

# HISTORIA: Y ARTE

PAUL GUIRAUD

## HISTORIA GRIEGA

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA  
DE LOS GRIEGOS



Guiraud

griega  
blica  
ada  
griegos

-2  
30

S. G. - 16

5 - 20

B.P. de Soria



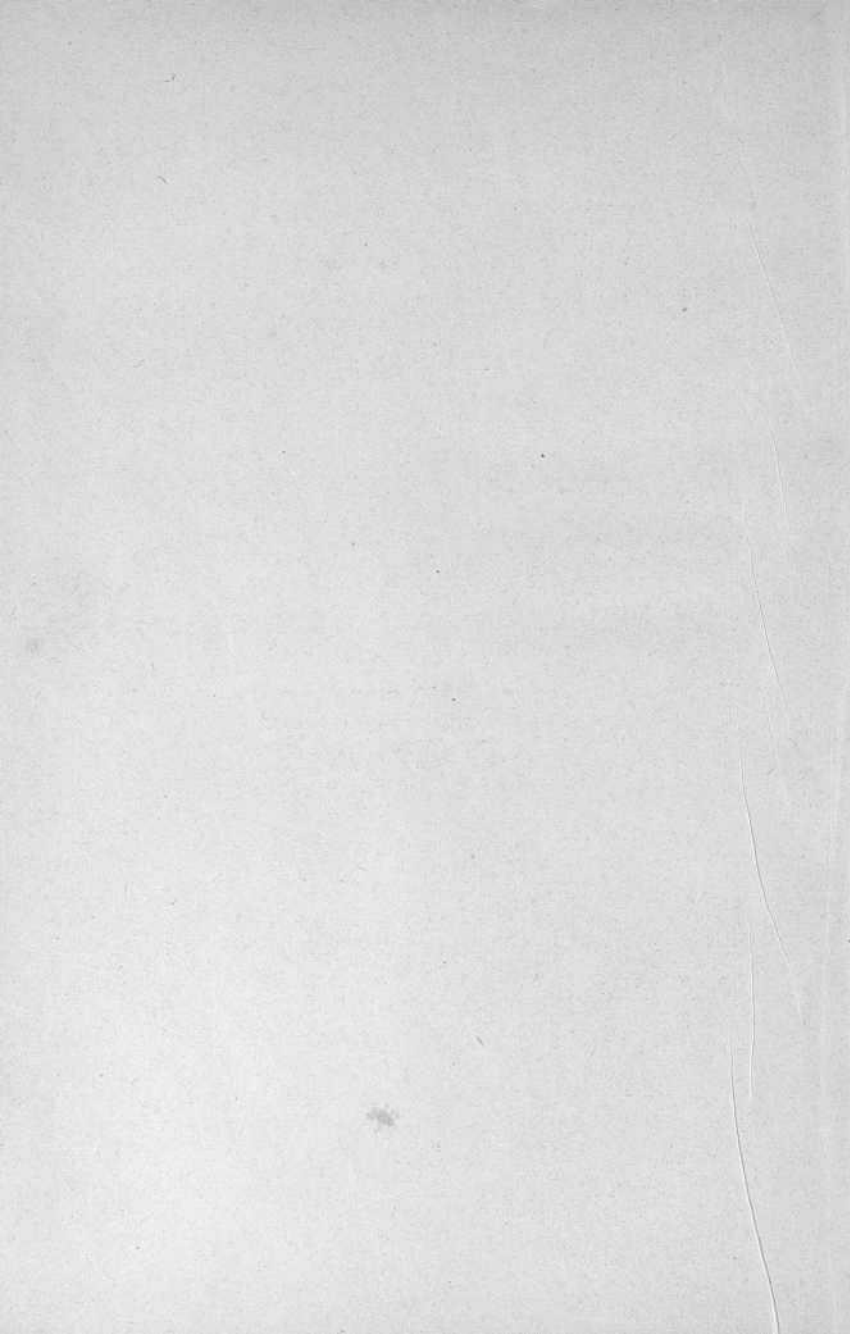
61109803

D-2 3530



C<sup>o</sup>.





HISTORIA GRIEGA. — VIDA PÚBLICA  
Y PRIVADA DE LOS GRIEGOS

PRECIO 15 PESETAS



D-2  
330

# ENCICLOPEDIA CIENTÍFICA

---

TOMOS PUBLICADOS

**BUSQUET (H.)**

**La función sexual.**—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1913.

**DUPRAT (G. L.)**

**Solidaridad social.**—Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1913.

**GUYOT (J.)**

**El comercio y los comerciantes.**—Traducción de Rafael Urbano. Madrid, 1914.

**MAZZARELLA (J.)**

**Los tipos sociales y el Derecho.**—Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1913.

**OCAGNE (M.)**

**Cálculo gráfico.**—Traducción de L. Gutiérrez del Arroyo. Madrid, 1914.

**RICHARD (Gastón.)**

**Pedagogía experimental.**—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1913.

**SEBILLOT (Pablo.)**

**El Paganismo contemporáneo en los pueblos celta-latinos.**—Traducción de F. Peyró Carrió. Madrid, 1914.

**VALLAUX (Camilo.)**

**El suelo y el Estado.**—(Geografía social). Traducción de Carlos G. Posada. Madrid, 1914.

Estas obras constan de tomos de 400 a 500 páginas, tamaño, 19 × 12, con o sin figuras en el texto, encuadernados en tela con planchas.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS



R. 2642

COLECCIÓN DE LECTURAS HISTÓRICAS

PAUL GUIRAUD

# HISTORIA GRIEGA

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DE LOS GRIEGOS

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA 5.<sup>a</sup> EDICIÓN FRANCESA

POR

DOMINGO VACA

ILUSTRADA CON 104 GRABADOS



MADRID  
DANIEL JORRO, EDITOR  
23, CALLE DE LA PAZ, 23

1915



ESTADOS UNIDOS  
DE AMÉRICA

HISTORIA CRISTIANA

---

ES PROPIEDAD

---

## ADVERTENCIA

---

El presente volumen tiene por objeto describir el conjunto de las instituciones, de las costumbres, de los usos que se refieren a la vida privada de los griegos. No repite el manual del curso de historia, es más bien su complemento necesario. Los manuales permanecen generalmente mudos respecto a estas materias, porque están obligados a referir ante todo los acontecimientos históricos, y no tienen espacio bastante para lo demás. Conviene, sin embargo, que los estudiantes tengan conocimientos precisos acerca de todos estos puntos, que sepan cómo se comía, cómo se vestía en Atenas, qué era un esclavo, un propietario rural, un industrial, de qué manera eran honrados los muertos, cuál era el armamento del hoplita, cómo se celebraban las ceremonias religiosas, etc.

He escrito yo mismo algunos de los trozos que contiene, los que no van firmados. Convencido de que no da nada idea tan clara de las cosas como la lectura de los documentos originales, he copiado muchos de los autores antiguos. Estos trozos, a

condición de elegirlos bien, son fácilmente comprensibles aun para inteligencias juveniles, y creo no haber incluido ninguno que no puedan comprender. No los he traducido todos de nuevo, pero siempre he comprobado la exactitud de las traducciones que citaba.

Cuando no he podido encontrar entre los contemporáneos textos que respondieran al objeto de este libro, he recurrido a las obras modernas. He transcrito varios pasajes sin variar nada en ellos. Pero a veces también me he permitido introducir algunos cambios, ya para rectificar un error, ya para aclarar una frase. Finalmente, he condensado muchas veces en dos o tres páginas lo que el autor había desarrollado con más amplitud.

Los grabados, copias todos de los monumentos originales, no tienen por objeto ilustrar el librito, sino más bien instruir a los alumnos por la vista, haciéndoles contemplar ciertos objetos que la palabra no basta para describir.

---

## ÍNDICE DE LOS GRABADOS

---

	Páginas
1. Casa griega.....	98
2. Silla.....	101
3. Lecho.....	102
4. Arcón.....	103
5. Pithos.....	105
6. Cratera.....	105
7. Kyathos.....	106
8. Cantharos.....	107
9. Cestillo de labor.....	107
10. Marmita.....	108
11. Lámpara de forma de barca.....	108
12. Adorno de un vaso.....	111
13. Traje primitivo de las mujeres.....	113
14. <i>Exomis</i> o <i>himation</i> .....	115
15. Clámide.....	115
16. Petasos.....	116
17 y 18. Calzados.....	116
19. <i>Jiton</i> femenino.....	117
20. Traje de casa y para salir.....	118
21. <i>Himation</i> terciado.....	119
22. Sombrero de mujer.....	119
23. Barba primitiva.....	120
24 y 25. Peinados primitivos.....	121
26. Cabellera del siglo IV.....	122
27 a 32. Peinados primitivos.....	123

	Páginas
33. Mujer elegante de Tanagra.....	128
34. Pendiente.....	129
35. Brazalete.....	129
36. Otro brazalete.....	130
37 y 38. Cadenas.....	130
39. Cinturón.....	131
40 a 42. Agujas para el pelo.....	132
43. Espejo.....	133
44. Comida griega.....	134
45. Esclavo cocinero.....	139
46. Bailarina.....	142
47. El cadáver de cuerpo presente.....	161
48. Cortejo fúnebre.....	162
49. Cítara y flauta.....	264
50. Carro griego.....	273
51. Templo griego.....	294
52. Teatro de Atenas.....	320
53. Actor trágico.....	331
54. Actor cómico.....	332
55. <i>Altis</i> o recinto sagrado de Olimpia.....	334
56. Estadio de Atenas.....	341
57. Salto con halteras.....	343
58. Lanzamiento del disco.....	344
59. Lanzamiento de la javalina con ayuda de una correa.....	345
60. Carrera de carros.....	345
61. Carro de guerra.....	454
62. Hoplitas.....	463
63. Jinete.....	464
64. Fortificaciones de Mesena.....	479
65. Puerta de Megalópolis en Mesena.....	480
66. Parte delantera de una trirreme.....	485
67. El Pireo.....	490
68. Plano del Partenón.....	531
69. Columna dórica.....	532
70. Capitel jónico.....	533

	Páginas
71. Frontón del templo de Athena en Egina.....	533
72. Procesión de las Panateneas (friso de la cela del Partenón).....	534
73. Procesión de las Panateneas (friso del Partenón)	535
74 y 75. Ídolos primitivos.....	542
76 y 77. Ídolos primitivos.....	543
78. Athena Parthenón.....	552
79. Metopa de Olimpia (Hércules y el toro de Creta).....	557
80. Altar de Pérgamo (restauración).....	559
81. Relieve de Pérgamo (grupo de Athena).....	562
82. Taller de alfarero.....	574
83. Horno de alfarero.....	576
84. Pintura de un vaso arcaico.....	578
85. Pintura de vaso (Aquiles y Troilos).....	579
86. Figurita de Tanagra.....	586
87. Figurita de Tanagra.....	587
88. Figurita de Tanagra.....	588
89 y 90. Figuritas de Tanagra.....	589
91. Copa de oro con estrias.....	590
92. Copa de oro.....	591
93. Diadema de oro.....	592
94. Botón de oro.....	593
95. Broche de oro.....	593
96. Pendiente.....	594
97 y 98. Vasos de Vafio.....	597
99. Collar de oro.....	604
100. Collar.....	605
101. Fialo.....	607
102. Vaso de Nicopol.....	608
103 y 104. Monedas de Evainetos.....	611





## BIBLIOGRAFÍA

---

No es mi intención hacer una bibliografía completa de la historia griega. Bastará indicar las obras de más útil consulta. Entre ellas, no citaré más que por excepción las que no están escritas o traducidas en francés.

### 1.<sup>o</sup>—*Historias generales de Grecia antigua.*

DURUY, *Histoire des Grecs*. París, Hachette, con numerosos grabados. Hay traducción española de la casa Montaner y Simón, de Barcelona

CURTIUS, *Histoire grecque*, traduite sous la direction de Bouché-Leclercq. París, Leroux, 5 volúmenes. La continúa un excelente *Atlas* del traductor.—Hay versión española.

GROTE, *Histoire de la Grèce*, traduite par de Sados. París, Lacroix, 19 volúmenes en 8.<sup>o</sup> (completa, pero indigesta).

### 2.<sup>o</sup>—*Obras generales acerca de las instituciones y las costumbres de Grecia.*

FUSTEL DE COULANGES, *La Cité antique*, París, Hachette. Traducción española, Madrid, Jorro, editor.

SCHÖMAM, *Antiquités grecques*, traducida por Galuski. París, Picard, 2 volúmenes en 8.<sup>o</sup>

BARTHÉLEMY, *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*. París, Hachette, 3 volúmenes en 8.<sup>o</sup> (data de siglo XVIII, pero ha

conservado mucho valor, sin contar con que su estilo es agradable).

SALOMÓN REINACH, *Manuel de philologie classique*. París, Hachette, 3 volúmenes en 8.º

GOW Y REINACH, *Minerva*. París, Hachette. Traducción española, Madrid, Jorro, editor.

K. FR. HERMANN, *Manuel des antiquités grecques* (alemán). (Fribourg-en-Brisgau).

IWAN V. MÜLLER, *Manuel de la science de l'antiquité classique* (alemán).

DAREMBERG ET SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités*. París, Hachette, en 4.º (en publicación).

‡ [GLOTZ, *La Solidarité de la famille dans le droit criminel des Grecs*. París, Fontemoing, en 8.º

### 3.º—Obras acerca de las instituciones y las costumbres públicas de Grecia.

GILBERT, *Manuel des antiquités politiques de la Grèce* (en alemán). Leipzig, 2 volúmenes en 8.º

PERROT, *Essai sur le droit public d'Athènes*. París, Thorin.

BÖCKH, *Économie politique des Athéniens*, trad. par Laligant. París, 2 volúmenes en 8.º La tercera edición alemana, aparecida en 1886, es más completa.

MEIER Y SCHÖMANN, *le Procès attique* (en alemán). Berlín, Calvary, 2.ª edición revisada por Lipsius.

THONISSEN, *le Droit pénal de la République athénienne*, Bruxelles, en 8.º

DARESTE, HAUSSOULLIER, REINACH, *Recueil des inscriptions juridiques grecques*, con traducciones y comentarios. París, Leroux, 2 volúmenes en 8.º

### 4.º—Obras acerca del Ejército y la Marina.

RUSTOW Y KÖCHLY, *Histoire de l'armée grecque depuis les temps les plus anciens jusqu'à Pyrrhus* (en alemán).

PASCAL, *Étude sur l'armée grecque d'après Vollbrecht y Köchly*. París, Klincksieck, en 12.º

HAUVETTE-BESNAULT, *Les Stratèges athéniens*. París, Thorin, en 8.º

A. MARTÍN, *Los Caballeros atenienses*. París, Thorin.

CARTAULT, *La Triera ateniense*. París, Thorin.

VARS, *El Arte náutico en la antigüedad después de Breusing*. París, Klincksieck.

5.º—Obras acerca de la religión y el culto.

MAURY, *Histoire des religions de la Grèce antique*. París, 3 volúmenes en 8.º

DECHARME, *Mythologie de la Grèce antique*. París, Garnier, en 8.º

PRELLER, *Mythologie grecque* (alemán).

BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire de la divination dans l'antiquité*. París, Leroux, 4 volúmenes en 8.º

J. MARTHA, *Los Sacerdotes atenienses*. París, Thorin, en 8.º

6.—Obras acerca de la vida social y económica.

PAUL GIRARD, *L'Éducation ateniense en el Vº y en el IVº siglo*. París, Hachette, en 8.º

GUHL Y KÖNER, *La Vida antigua*, trad. por Trawinski. Tome I. París, Rothschild.

WALLON, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*. Tome I. París, Hachette.

PAUL GUIRAUD, *La Propiedad fonciaria en Grecia hasta la conquista romana*. París, Hachette, en 8.º

—*La Mano de obra industrial en Grecia*. París, Alcan.

—*Estudios económicos sobre la Antigüedad*. París, Hachette, en 12.º

FRANCOTTE, *La Industria en la Grecia antigua*. Bruselas, 2 volúmenes en 8.º

7.º—Obras acerca del arte griego.

PERROT Y CHIPIEZ, *Histoire de l'art dans l'antiquité* (desde el tomo VI). París, Hachette.



- RAYET, *Monuments de l'art antique*. Quantin, en folio.  
— *Histoire de la céramique grecque* (terminada por Collignon). París, Decaux.
- COLLIGNON, *L'Archéologie grecque*. París, Quantin.  
— *Histoire de la sculpture grecque*. París, Didot, 2 volúmenes.
- LECHAT, *La Sculpture attique avant Phidias*. París, Fontemoing.
- LALOUX, *L'Architecture grecque*, París, Quantin.
- PAUL GIRARD, *La Peinture antique*. París, Quantin.
- POTTIER, *Les Statuettes de terre cuite dans l'antiquité*. París, Hachette.  
— *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre*.
- FR. LENORMANT, *Monnaies et médailles*. París, Quantin.
- DIEHL, *Excursions archéologiques en Grèce*. París, Colin.
-

# LECTURAS HISTÓRICAS

## GRECIA

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Generalidades.

SUMARIO: 1. El tipo helénico.—2. El genio griego.—3. La dicha a los ojos de un ateniense.—4. Paralelo entre los atenienses y los espartanos.—5. Espíritu de los lacedemonios.—6. Carácter de los tebanos.—7. Sencillez de la vida griega.—8. Divisiones del tiempo.—9. Medidas, pesas y monedas.—10. Manera de contar.

#### 1.—EL TIPO HELÉNICO

Era muy bella la raza helénica. De ello estaba persuadida, y los extranjeros no ponían en duda lo bien fundado del orgullo que sentían por tal motivo. Escuchad lo que dice Adamantios, médico célebre de principios del siglo v de nuestra Era, e imparcial en el pleito, puesto que era judío de raza y habitaba en Alejandría: «Si la raza helénica se ha conservado pura entre los habitantes de alguna comarca, éstos son suficientemente altos, anchos de hombros, erguidos, de robusta conformación; tienen el color claro, el pelo rubio, las carnes duras y moderadamente desarrolladas, las piernas derechas, bien formadas, terminadas en pies finos, la cabeza redonda y de tamaño mediano, el cuello fuerte. El pelo, matizado de rojo, es fino y se riza fácilmente. La cara es rectangu-

lar, los labios delgados, la nariz recta. Los ojos, muy húmedos, lanzan miradas dulces y penetrantes, y tienen gran brillo, porque entre todos los pueblos, los griegos son los que tienen ojos más hermosos».

Este análisis del tipo perfecto de la raza griega es de precisión tal, que impone confianza. Se aplica por otra parte perfectamente, hoy todavía, a los habitantes de ciertos distritos escondidos de Grecia, por ejemplo, a los del occidente de Arcadia. En parte alguna de Europa, el tipo varonil es tan hermoso como en aquellas montañas donde pocos invasores han penetrado, donde ninguno ha permanecido tiempo suficiente para que se haya alterado la pureza de la sangre helénica.....

No es de creer, sin embargo, que los artistas tuvieran más que dirigir las miradas a su alrededor para tropezar con el modelo de los tipos tan perfectos que dieron a los dioses y a los efebos. La estimación en que se tenía la elegancia de las formas y la pureza de los rasgos, prueba que no se encontraban en todos. En Atenas especialmente, donde los extranjeros y los esclavos domiciliados constituían la mayor parte de la población, y donde las uniones ilegítimas eran de uso corriente, la raza debía estar mezclada en grado sumo y los tipos de los individuos variar hasta el extremo. Jamás ha habido antropólogo que haya podido obtener la más ligera conclusión comparando los cráneos descubiertos en las tumbas de Atenas..... Basta, por otra parte, abrir los poetas cómicos para hallar la mención de narices encorvadas o chatas, de bocas abiertas hasta las orejas, de hombros encorvados, de vientres hinchados, de piernas delgadas o torcidas. Hay obras escultóricas, monumentos privados, retratos, estelas funerarias y bajo-relieves votivos que nos muestran frecuentemente fisonomías muy lejanas de la corrección clásica. Ni todos los cosmetas entre los efebos, ni entre los grandes hombres Eurípides y Demóstenes, eran hermosos. Sócrates era de lo más vulgarmente feo.

(Rayet, *Monuments de l'art antique*, t. II. París, Quantin, Libraires.)

## 2.—EL GENIO GRIEGO

Sorprende ante todo en la raza helénica la variedad de sus aptitudes. Juvenal observaba con amargura el carácter acomodaticio de aquellos griegos de la decadencia que invadían Roma y se juzgaban buenos para todos los oficios. Esta ocurrencia tiene su parte de verdad. Lo que al romano le parecía ridículo, a Tucídides le admiraba en los atenienses de su tiempo, y los atenienses, en esto como en muchas otras cosas, eran los más griegos de todos los griegos. Aristóteles, a su vez, observaba que en general los pueblos europeos, que habitan países fríos, tienen energía, pero poca viveza de espíritu. Los asiáticos, por el contrario, que viven en países cálidos, son de espíritu despierto, pero de escasas energías; en tanto los griegos deben a su clima templado el unir la energía del carácter a la inteligencia. Este desarrollo igual de facultades diversas, ha sido causa del dichoso equilibrio y de la armonía que se observa en las grandes obras de la literatura lo mismo que en las del arte. El heleno siempre ha mostrado la razón en lo imaginativo, el ingenio en lo sentimental, la reflexión en lo pasional. Nunca se ve que vaya del todo por un solo lado. Tiene, por decirlo así, varias facultades dispuestas para cada cosa, y asociándolas, comunica a sus creaciones su verdadero carácter.....

Otro rasgo de la raza griega es su inagotable curiosidad. En materia de Ciencias Naturales o Morales, de Historia, de Geografía, de Filosofía, de Matemáticas, los griegos han sido curiosos en el mejor sentido de la palabra, y por eso han sido los primeros en plantear los grandes problemas y en inaugurar casi todos los buenos métodos. El enigma, en cualquier forma que se les presentara, les ha tentado siempre, el del mundo particularmente. En todo han querido ver y saber. Esta necesidad de interrogar a cuanto puede responder, brilla en los pri-

meros filósofos físicos de Jonia. Se expresa con ingenuidad y maravillosa grandeza en la obra de Herodoto, y en la historia de las ciencias subsiste como una de las glorias de la escuela peripatética, que tantos caminos ha abierto a la investigación. Verdad es que la facilidad de entenderlo todo y de prestarse a todo es privilegio peligroso en ocasiones. En un poema antiguo, el héroe Amfiaraos dice a su hijo Amfiloco en el momento de separarse de él: «Hijo mío, inspírate en el ejemplo del pulpo, y aprende a adaptarte a las costumbres de aquéllos con quienes vayas; unas veces en un respecto, otras en otro, muéstrate semejante a los hombres entre quienes habites». Este consejo expresaba una de las tendencias del carácter nacional; el ductil y astuto Ulises es el griego por excelencia.

La raza helénica es esencialmente de espíritu agudo. «Pronto, dice Herodoto, el heleno se ha distinguido del bárbaro porque es más listo y libre de estúpida credulidad». Se ve en Grecia, en todos los tiempos y en todas las comarcas. Se opone muchas veces, no sin razón, la gravedad del genio dorio a la sutileza elegante del genio jonio; se bromea acerca de la simpleza de las gentes de Kyma, y se cita la torpeza de los beocios. Se trata, o de verdades muy exageradas, o de simples ocurrencias propagadas por la malicia. Sin alegar los grandes nombres literarios o políticos de Beocia, no se persuadirá a nadie de que los artistas ignorados que modelaban sin pretensiones las lindas figurillas de Tanagra, hayan sido palurdos y zopencos. Y en cuanto a la gravedad doria, sería singular error concebirla como una especie de pesadez de espíritu incompatible con la agudeza. Las agudas frases de los espartanos eran muy famosas en toda Grecia. Menos graciosas y ligeramente irónicas que las de los atenienses, tenían más concisión y más vigor. Varios sabios, célebres por sus sentencias, pertenecían a la parte doria de Grecia, y cuando Cicerón quería enseñar a aguzar las palabras espirituales, que son un arma para la elocuencia, buscaba ejemplos en todos los griegos sin distinción: «He



encontrado entre los griegos, decía, multitud de frases buenas; los sicilianos brillan en el género, y también los rodios y los bizantinos, pero sobre todo los atenienses...»

La tradición ha ejercido gran influjo en Grecia, pero jamás ha ahogado por completo la libertad individual.... Por lo atrevido del juicio, por la libertad de la imaginación, por la sinceridad espontánea o reflexiva de los sentimientos, el heleno se libra de cuanto puede estorbar el libre vuelo de la imaginación. No hay nada artificial que en él venga a superponerse a la pura humanidad. Los caracteres propios que adopta en sus obras son aquéllos de que no puede prescindir, porque realmente los lleva consigo. No nacen de un papel a que se somete ni de disciplina alguna.

Acerca de sus disposiciones morales, ha habido divergencias notables entre eminentes críticos. Para unos, la despreocupación y la alegría, tal es el fondo del carácter helénico. «Los griegos, dice M. Renan, como verdaderos niños que eran, tomaban la vida de una manera tan alegre que no pensaron nunca en maldecir a los dioses, en juzgar a la Naturaleza injusta y pérfida con el hombre». Y en otro lugar, el mismo escritor nos habla de «esa juventud eterna, de esa alegría que siempre han caracterizado al verdadero heleno, y que hoy todavía hacen que el griego aparezca extraño a las profundas preocupaciones que minan nuestra existencia». Julio Girard afirma lo contrario. «Ha habido en realidad en el griego, dice, una preocupación de sí mismo, de su condición y de su destino, que se despertó al mismo tiempo que su imaginación brillante, que puso en sus primeras obras, por enérgicas que fueran por lo demás, un acento de queja cuya intensidad patética no ha superado nada entre los modernos». Lo que esta opinión tiene de verdad, nadie puede ignorarlo. Pero la primera resume a grandes rasgos, con exageración sin duda voluntaria, una impresión en conjunto justa. Los griegos sentían las miserias de la vida y padecían por ello. Pero de eso a una concepción fundamentalmente triste de las cosas hay gran distancia.

Toda su poesía es, en definitiva, la poesía de la vida, su ideal, un ideal de juventud y de belleza, que tratan incessantemente de realizar y al que quieren ligar su pensamiento. La causa magna de la tristeza habitual, es decir, el sentimiento hondo de una desproporción constante entre lo que se desea y lo que se logra, los griegos la han conocido apenas. Algunos pensadores de los suyos han podido vislumbrarla; pero la raza griega ha sido, más que cualquiera otra, amiga de la vida, gozadora de sus pensamientos y de sus sentimientos, e inclinada por naturaleza a un optimismo siempre activo.

(Maurice Croiset, *Hist. de la litt. grecque*, t. I. páginas 3-20. París, Thorin, Fontemoing & C<sup>ie</sup>).

### 3.—LA DICHA A LOS OJOS DE UN ATENIENSE

«El hombre más feliz que he conocido, decía Solón a Creso, es Telo de Atenas. Ciudadano de una república próspera, ha tenido hijos hermosos y buenos, y de todos ellos ha visto nacer hijos que han vivido sin faltar uno. En segundo lugar, ha poseído bienes, tantos como conviene entre nosotros, y ha tenido el fin más brillante. En efecto, como los atenienses librasen batalla con nuestros vecinos de Eleusis, combatió en sus filas, decidió la victoria y encontró muerte gloriosa. Los atenienses le enterraron a expensas del Estado, en el sitio donde había caído, y le honraron grandemente».

En tiempo de Platón, Hippias, de acuerdo con el sentimiento popular, decía: «Lo más hermoso en cualquier tiempo, para todo hombre y en todo lugar, es tener riquezas, salud, ser considerado entre los griegos, llegar de esta suerte a la vejez, y después de haber cumplido honrosamente los últimos deberes con sus padres, ser conducido a la tumba por sus descendientes con igual magnificencia».

(Herodoto, I, 30; Platón (?). *Primer diálogo de Hippias*).

## 4.—PARALELO ENTRE LOS ATENIENSES Y LOS ESPARTANOS

Unos enviados de Corinto dirigieron estas palabras a los espartanos:

«Los atenienses son innovadores, prontos en concebir designios y en ejecutar lo que han resuelto; en cuanto a vosotros, es vuestro carácter conservar lo que existe, no variar nada en vuestros proyectos, retroceder aún ante los actos más necesarios. Son emprendedores más todavía de lo que alcanzan sus fuerzas, arriesgados más de todo lo que puede esperarse, y llenos de esperanza en el peligro. Es costumbre vuestra hacer menos de lo que podéis, no fiaros siquiera de las previsiones más seguras y creer que jamás saldréis con bien de un peligro. Son impacientes para obrar, y vosotros estáis llenos de lentitud. Les gusta abandonar la patria, y vuestro gran deseo es no salir de ella. Creen, en efecto, que salir podrá proporcionarles alguna ganancia, y vosotros, que quizá podría disminuir lo que poseéis. Vencedores de sus enemigos, dan rienda suelta a su ambición; vencidos, la reducen lo menos posible. En tanto abandonan completamente su cuerpo a la patria, como bien extraño, guardan con todas sus fuerzas, para mejor servirla, la plena posesión de su espíritu. Si queda sin ejecutar alguno de sus proyectos, se creen despojados de lo que les pertenece, y lo que acaban de lograr con las armas, les parece poco, comparado con lo que el porvenir les reserva. Si un intento resulta fallido, se contentan con nuevas esperanzas. Para ellos solamente, en efecto, la posesión se confunde con la esperanza, porque las empresas siguen inmediatamente a las resoluciones. Y así su vida toda se consume penosamente entre fatigas y peligros. No gozan en modo alguno de los bienes adquiridos, porque adquieren siempre, porque no conocen otra fiesta sino el ejercicio útil de su actividad, porque a sus ojos el descanso y la ociosidad son desgracia mayor que una

vida de trabajo y penosa. De suerte que si se dijera simplemente que han nacido para no sufrir la tranquilidad ni en ellos ni en los demás, se daría idea justa de su carácter».

(Tucídides, I, 70).

### 5.—AGUDEZA DE LOS LACEDEMONIOS

—A unos diputados de Samos que habían vertido larga arenga, los lacedemonios respondieron: «Hemos olvidado el principio, y no hemos entendido el final porque habíamos olvidado el principio».

—Elevaban los tebanos ciertas pretensiones contrarias a las de Esparta: «Necesitáis, les dijo un lacedemonio, tener menos orgullo o más fuerza».

—Un individuo que miraba un cuadro que representaba espartanos muertos por atenienses, decía: «¡Qué valientes son esos atenienses!»—Sí, en pintura», añadió un espartano.

—Se aplicaba el castigo a un individuo, y repetía sin cesar: «He pecado a pesar mío.—Bien, dijo un espartano, también a pesar tuyo te castigan».

—Unos que encontraron gentes de Esparta en el camino, les dijeron: «Sois muy afortunados, no hace más que un momento que han pasado por aquí los bandidos.—La suerte no ha sido nuestra, respondieron, sino suya, porque no han caído en nuestras manos».

—Un espartano oyendo a un orador verter largos períodos: «He aquí uno, dijo, que sabe mover bien la lengua sin tener nada que decir».

—Otro, a quien se preguntaba, respondió: «No.—Mientes.—Bien se ve, replicó el lacedemonio, que hablas por no estar callado, puesto que me preguntas lo que ya sabes».

(Plutarco, *Apotegmas de lacedemonios desconocidos*, 1, 2, 7, 9, 33, 56, 63).

## 6.—CARÁCTER DE LOS TEBANOS

Un escritor mesenio de fines del siglo IV hace este retrato de ellos:

«Los tebanos tienen el alma grande, y su optimismo es admirable; pero son atrevidos, insolentes, orgullosos, prontos para golpear al extranjero lo mismo que al compatriota, y faltos de todo sentimiento de justicia. Si aparece alguna diferencia entre ellos a propósito de un contrato, no apelan a la razón, sino a la violencia, y llevan a los dominios de la justicia los procedimientos usados por los atletas en las luchas gimnásticas. De donde ocurre que las causas allí duren treinta años. Si uno de ellos se querrela ante el pueblo, no tiene más remedio que salir inmediatamente del territorio. De otra suerte, se expone a perecer en alguna emboscada nocturna a manos de los que no quieren que el pleito se sentencie. Por nada se asesina entre ellos. Esto no impide, por lo demás, que se encuentren en Tebas personas dignas de estimación y amistad. En cuanto a las mujeres, su talle, su andar, el ritmo de sus movimientos, las colocan entre las más bellas y elegantes de Grecia».

(Dicearco, en *Fragmentos de historiadores griegos*, t. II, pág. 258).

## 7.—SENCILLEZ DE LA VIDA GRIEGA

Al trasladarse la civilización hacia el norte, hubo de proveer a necesidades de toda clase que no estaba obligada a satisfacer en sus primeras estaciones del sur. En un clima húmedo o frío, como el de la Galia, Germania, Inglaterra, América del Norte, el hombre come más, necesita casa más fuerte y abrigada, vestido más caliente y grueso, más fuego y más luz, más abrigo, víveres, instrumentos e industrias. Se hace forzosamente industrial, y como sus exigencias crecen con sus satisfaccio-

nes, dirige las tres cuartas partes de sus esfuerzos a la adquisición del bienestar. Pero las comodidades de que se rodea son otros tantos motivos de sujeción que le embarazan, y el artificio de su buen estar le mantiene cautivo.....

En la Grecia antigua, una túnica corta y sin mangas para el hombre; para la mujer una túnica larga que baja hasta los pies, y que, doblándose a la altura de los hombros, vuelve a descender a la cintura, tal es la parte esencial del vestido. Añadid una gran pieza cuadrada de tela para cubrirse; para la mujer un velo de tela cuando sale, con bastante frecuencia sandalias. Sócrates no las usaba más que los días de festín, y muchas veces iba con los pies y la cabeza desnuda. Todos estos vestidos pueden quitarse en un momento, no oprimen la cintura, señalan las formas, y el desnudo se muestra por sus intersticios y en los movimientos. Se quitan por completo en los gimnasios, en el estadio, en varias danzas solemnes. «Es característico en los griegos, dice Plinio, no velar nada». El traje no es para ellos sino accesorio suelto que deja al cuerpo en libertad, y que, cuando se quiere, en un momento, puede caer al suelo.

Igual sencillez para la segunda envoltura del hombre, la casa. Contad todo lo que forma hoy un domicilio pasadero, gran construcción de piedra labrada, ventanas, vidrios, papeles, tapicería, persianas, dobles y triples cortinas, caloríferos, chimeneas, alfombras, camas, sillas, muebles de todas clases, innumerables baratijas y utensilios de casa y de adorno, y comparadlo con el menaje helénico. Paredes que un ladrón puede agujerear, blanqueadas con yeso, todavía sin pinturas en tiempo de Pericles, un lecho con unas cuantas mantas, un cofre, algunos lindos vasos pintados, armas colgadas, una lámpara de estructura enteramente primitiva, una casita pequeña que nunca tiene más de un piso, esto basta a un noble ateniense. Vive fuera, al aire libre, bajo los pórticos, en la agora, en los gimnasios, y los edificios públicos que abrigan su existencia pública, están tan poco provistos como su casa..... En Grecia, un teatro contiene de treinta a cua-

renta mil espectadores, y cuesta veinte veces menos que entre nosotros. Es que la naturaleza provee. Una ladera de colina en que se labran gradas circulares, un altar abajo y en el centro, un gran muro esculpido para que repercuta la voz del actor, el sol para alumbrar, y como decoración lejana, unas veces el mar resplandeciente, otras grupos de montañas cuyos contornos suaviza la luz.

Hoy un Estado comprende treinta o cuarenta millones de hombres repartidos en un territorio de varios centenares de leguas cuadradas. Por esto es más firme que una república antigua; pero es en cambio mucho más complicado, y, para desempeñar un cargo en él, el individuo debe especializarse. En todas partes los cargos públicos son especiales como cualquier otro. La masa de la población no interviene en los asuntos generales sino a largos intervalos, en las elecciones. Vive o vegeta en provincias, sin poder formar para su uso opiniones personales ni precisas, reducida a impresiones vagas y a emociones ciegas, obligada a confiarse en manos de gentes más instruídas que envía a la capital y que la sustituyen cuando hay que decidir sobre la guerra, la paz o los impuestos.....

Por el contrario, el ateniense decide personalmente los intereses generales. Cinco o seis mil ciudadanos escuchan a los oradores y votan en la plaza pública. A ella se acude para hacer decretos y leyes, lo mismo que para vender el vino y las aceitunas. No siendo el territorio más que las afueras de la ciudad, el campesino no tiene mucho más camino que andar que el ciudadano. Además, los asuntos de que se trata están a su alcance, porque son intereses muy locales, dado que la república no es más que la ciudad. No le cuesta trabajo darse cuenta de la conducta que hay que observar con Megara o Corinto. Le basta para ello su experiencia propia y sus impresiones diarias, no necesita ser político de profesión, versado en geografía, en historia, en estadística y demás. De modo semejante es sacerdote en su casa, y de tiempo en tiempo pontífice de su patria o de su tribu, porque la religión es lindo cuento de nodriza y la ceremonia que realiza consiste en una

danza o un canto que sabe desde la infancia, y en una comida que preside vestido de cierto modo. Además es juez en los tribunales, en lo civil, en lo criminal, en lo religioso, abogado y obligado a defender su propia causa. Meridional, el griego es naturalmente vivo de espíritu, habla bien y mucho. Conoce las leyes aproximadamente, los que hablan se las citan. Por otra parte, la costumbre le permite dar oídos a su instinto, a su buen sentido, a su emoción, a sus pasiones, tanto por lo menos como al derecho estricto y los argumentos legales. Rico o pobre, es soldado. Como el arte militar es todavía sencillo, la guardia nacional constituye el ejército. Para formarla y formar el soldado perfecto, se requieren dos condiciones, y estas dos condiciones se dan por la educación corriente, sin instrucción militar, sin disciplina ni ejercicios de cuartel. Por un lado, quieren que cada soldado sea el cuerpo más robusto, el más flexible y ágil, el más capaz de herir bien, de defenderse y correr. A todo ello proveen sus gimnasios. Por otra parte, quieren que los soldados sepan andar, correr, hacer todas las evoluciones en buen orden. Para ello basta la orquímica. Todas sus fiestas religiosas y nacionales enseñan a los niños y a los jóvenes el arte de formar y deshacer grupos. Así preparado por las costumbres, se comprende que el ciudadano sea soldado sin esfuerzo y de primera intención. Será marino sin mucho más aprendizaje. En aquel tiempo, el barco de guerra no era más que un barco de cabotaje, que tripulaban a lo sumo doscientos hombres y que casi no podía perder de vista las costas. En una ciudad que dispone de puerto y vive del comercio marítimo, no hay nadie que no sepa el manejo de un navío semejante, nadie que no conozca de antemano o no aprenda pronto las señales del tiempo, las probabilidades de viento, las situaciones y las distancias, toda la técnica y todos los accesorios que un marino o un oficial no conocen entre nosotros sino después de diez años de estudio y de práctica.

Todas las particularidades de la vida antigua derivan de la misma causa, que es la sencillez de una civilización



sin precedentes, y todas conducen al mismo efecto, que es la sencillez de un alma bien equilibrada, en que ningún grupo de aptitudes e inclinaciones se ha desarrollado con detrimento de las demás, que no ha sido modelado de manera exclusiva, que ninguna función ha deformado. Hoy tenemos el hombre culto y el hombre inculto, el de la ciudad y el del campo, el provinciano y el de la capital, además, tantas especies distintas como clases sociales, profesiones y oficios hay, en todas partes el individuo recluso en el compartimento que se ha hecho, y asediado por la multitud de necesidades que se ha creado. Menos artificial, menos especial, menos alejado del estado primitivo, el griego se movía en un círculo político más proporcionado a las facultades humanas, entre costumbres más favorables al mantenimiento de las facultades animales; más cercano a la vida natural, menos sujeto por la civilización añadida, era más hombre.

(Taine, *Philosophie de l'art*, t. II., págs. 159-168. París, Hachette et C<sup>ie</sup>).

## 8.—DIVISIONES DEL TIEMPO

1.º *Era*.—Durante mucho tiempo, los Estados griegos no tuvieron Era común. Cada uno fechaba sus documentos públicos con el nombre de un magistrado local, llamado *epónimo*. Tal fueron los éforos en Esparta, los cosmos en Creta, el arconte en Atenas, el pritáneo en Chío. En el siglo IV, sin abolir esta costumbre, se empezó a contar por olimpiadas. Esta Era comienza en el año 776 a. de J. C. Como la olimpiada comprende un período de cuatro años, cualquier fecha griega se designa así: Olimpiada 100, 1.º, 2.º, 3.º ó 4.º año. Para reducir a cifras de la Era cristiana una fecha en olimpiadas, por ejemplo, Ol. 75, 1 (batalla de Salamina), se multiplican 75-1 por 4, y se resta el producto (296) de 776, obteniendo de esta suerte 480 a. de J. C.

2.º *Mes*.—El año griego se componía de doce meses

lunares, que sumaban 30 y 29 días alternativamente. El año lunar tenía, por tanto, 354 días, u 11 días menos que el año solar. Para salvar la diferencia, los atenienses imaginaron añadir cada ocho años tres meses de 30 días, que se colocaban el 3.º, el 5.º y el 8.º año. Como esto no bastaba todavía, se añadían cada dieciséis años 3 días suplementarios.

El año no empezaba en todas partes en el mismo momento. El de Atenas empezaba en el solsticio de estío (21 de Junio), el de Delos en el solsticio de invierno (21 de Diciembre), el de Boecia en Octubre.

Los meses tenían nombres diferentes según los países. He aquí el calendario ateniense:

Hécatombéon (por Julio).	Gamélion (Enero).
Métagitnion (Agosto).	Anthestériorion (Febrero).
Boédromion (Setiembre).	Elafébolion (Marzo).
Pyanepsion (Octubre).	Munyquion (Abril).
Mæmactériorion (Noviembre).	Thargériorion (Mayo).
Posidéon (Diciembre).	Skiroforion (Junio).

El mes intercalado venía después de Posidéon y se llamaba segundo Posidéon.

3.º *Días*.—Cada mes se dividía en tres décadas. Se designaban los días del siguiente modo:

1.º Νουμηνία (luna nueva).	13 Τρίτη ἐπὶ δέκα.
2 Δευτέρα ἰσταμένου (2.º día del mes entrante).	14 Τετράς ἐπὶ δέκα.
3 Τρίτη —	15 Πέμπτη ἐπὶ δέκα.
4 Τετράς —	16 Ἑκτὴ ἐπὶ δέκα.
5 Πέμπτη —	17 Ἑβδόμη ἐπὶ δέκα.
6 Ἑκτὴ —	18 Ὀγδοὴ ἐπὶ δέκα.
7 Ἑβδόμη —	19 Ἐνάτη ἐπὶ δέκα.
8 Ὀγδοὴ —	20 Εἰκάς.
9 Ἐνάτη —	21 Δεκάτη φθίνοντος (décima del mes que acaba, contando desde el último día del mes).
10 Δεκάτη —	22 Ἐνάτη —
11 Ἐνδεκάτη, ἢ πρώτη ἐπὶ δέκα, ἢ πρώτη μεσοῦντος (del medio).	23 Ὀγδοὴ —
12 Δωδεκάτη.	24 Ἑβδόμη —

25 Ἐκτῆ (décima del mes que acaba, contando desde el último día del mes). 26 Πέμπτῃ — 27 Τετράς — 28 Τρίτῃ —	29 Δευτέρα (décima del mes que acaba, contando desde el último día del mes). 30 Ἐνῆ καὶ νέα (vieja y nue- va luna).
--	--

En los meses de veintinueve días, suprimíase δευτέρα φθίνοντος, y el 29 se llamaba ἔνῆ καὶ νέα.

Es probable que los griegos no distinguieran, en un principio, más que el día y la noche. Con el tiempo y la diversidad creciente de las ocupaciones de la vida civil, se multiplicó el número de divisiones. En general, el día de veinticuatro horas comprende 6 partes, 3 para el día propiamente dicho (πρωτ, μεσημέρια, δείλη), y 3 para la noche (ἑσπέρα, μέση νύξ, ἔως). Se encuentran también designaciones bastante vagas, como ὄρθρος (la salida del sol), περι πλήθουσιν ἀγοράν (cuando la agora está llena de gente, entre la mañana y el medio día), περι λύχων ἀφάς (cuando se encienden las lámparas), περι πρώτου ὕπνου (al primer sueño). En el campo, la noche se dividía en tres vigiliās (φυλακαί).

Hasta después de Alejandro no se hizo empezar el día al salir el sol. Antes empezaba al ponerse.

Los antiguos dividieron el día y la noche en doce horas, contadas desde la salida del sol, de suerte que el medio día coincidía con el comienzo de la séptima hora del día, y media noche con el de la séptima de la noche. El uso de la palabra ὥραι en el sentido de *horas* es posterior a mediados del siglo IV. Variaba la duración de las horas según las estaciones, puesto que dependía de la del día y la noche. Sólo los astrónomos contaban por horas iguales como hacemos nosotros. En la época de Demóstenes, se disponía de relojes de agua o *clepsidras*, en que se medía el tiempo por la cantidad de agua que caía con regularidad de un depósito.

(Reinach, *Traité d'épigraphie grecque*, págs. 473 y siguientes. E. Leroux, éditeur, París; Gow. *Minerva*, Jorro, editor).

180  
170  
—  
250

## 9.—MEDIDAS, PESAS Y MONEDAS

*Medidas de longitud (áticas).*

	Metros.	
Dedo (δάκτυλος).....	0,0193	
Ancho de la mano (παλαιστή)..	0,0771	(4 dedos).
Σπιθαμή.....	0,2312	(12 dedos).
Pie (πούς).....	0,3083	(16 dedos).
Codo (πῆχυς).....	0,4624	(1 pie $\frac{1}{2}$ ).
Orgia (ὄργια).....	1,850	(4 codos).
Pletro (πλέθρον).....	30,83	(100 pies).
Estadio (στάδιον).....	184,98	(6 pletros).

*Medidas de superficie (áticas).*

Pie cuadrado .....	0,0950 m. c.
Pleto cuadrado .....	9,50 áreas

*Medidas de capacidad (áticas).*

	LÍQUIDOS		ARIDOS	
	Litros.		Litros.	
Metreto .....	39,39	Medimno .....	52,53	
Cous .....	3,283	Hecteo .....	8,754	
Cotilo .....	0,2736	Quénice ..	1,094	
Kyathos.....	0,0456			

Las medidas egméticas, usadas en Esparta y en el Peloponeso, eran próximamente un tercio mayores.

*Pesas y monedas áticas posteriores a Solón.*

	Gramos.	Pesetas.
Calco (1/8 de óbolo).....	0,091	0,02
Óbolo.....	0,728	0,16
Dracma (6 óbolos).....	4,366	0,98
Mina (60 dracmas)....	436,6	98,20
Talento (60 minas).....	26196	5894

El valor de las monedas no fue siempre el mismo. Se calcula que en la época de Alejandro el talento no valía más de 5.812 pesetas, y que descendió a 5.662 después de él. Estas variaciones dependían de la cantidad de plata que contenían las monedas.

(Hultsch, *Griechische und römische Metrologie*, páginas 234, 697, 700, 703, 705, segunda edición).

## 10.—MANERA DE CONTAR

Los griegos tuvieron varios sistemas de numeración.

1.º El sistema *acronímico*, que estuvo casi exclusivamente en uso entre el año 600 y el 400 a. de J. C., y que consiste en tomar como *cifra* la primera letra de la palabra que expresa el *número*. La unidad se representaba por una simple línea vertical:

I.....	=	1	X (χιλία).....	=	1000
II ó Γ (πέντε) .....	=	5	M (μύρια).....	=	10000
Δ (δέκα).....	=	10	La mitad de la unidad		
H (ἑκατόν).....	=	100	(ἡμισύ) se escribe C.		

2.º El sistema *alfabético*, usado a partir del año 500, que consiste en asignar a las 24 letras el valor de su número de orden en el alfabeto:

A = 1	Π = 7	<sup>5</sup> N = 13	T = 19
B = 2	Θ = 8	E = 14	Υ = 20
Γ = 3	I = 9	O = 15	Φ = 21
Δ = 4	K = 10	Π = 16	X = 22
E = 5	Λ = 11	P = 17	Ψ = 23
Z = 6	M = 12	Σ = 18	Ω = 24

3.ª El sistema *alfabético decimal*, que se concibe de esta suerte:

Las diez primeras letras del alfabeto, con un acento a la derecha y en lo alto, indican las cifras de 1 a 10:

$\alpha'$	= 1	$\zeta'$ ( <i>stigma</i> , letra desaparecida)	= 6
$\beta'$	= 2	$\xi'$ .....	= 7
$\gamma'$	= 3	$\eta'$ .....	= 8
$\delta'$	= 4	$\theta'$ .....	= 9
$\epsilon'$	= 5	$\iota'$ .....	= 10

Estas mismas letras, precedidas de  $\iota$ , designan las cifras de 11 a 19:

$\iota\alpha'$	= 11
$\iota\beta'$	= 12
$\iota\theta'$	= 19

Las decenas se representan por las nueve letras que siguen a  $\iota$ :

$\kappa'$	= 20	$\sigma'$ .....	= 70
$\lambda'$	= 30	$\pi'$ .....	= 80
$\mu'$	= 40	$\zeta'$ ( <i>koppa</i> , desaparecida)	= 90
$\nu'$	= 50	$\rho'$ .....	= 100
$\xi'$	= 60		

Las centenas se representan por las ocho letras siguientes:

$\sigma'$	= 200	$\chi'$ .....	= 600
$\tau'$	= 300	$\psi'$ .....	= 700
$\upsilon'$	= 400	$\omega'$ .....	= 800
$\varphi'$	= 500	$\wp'$ ( <i>sampi</i> , desaparecida)	= 900

Los millares, por las nueve primeras letras del alfabeto, con un acento a la izquierda y en la parte inferior:

$\alpha$	= 10.00	$\zeta$	= 6.000
$\beta$	= 20.00	$\xi$	= 7.000
$\gamma$	= 30.00	$\eta$	= 8.000
$\delta$	= 40.00	$\theta$	= 9.000
$\epsilon$	= 50.00		

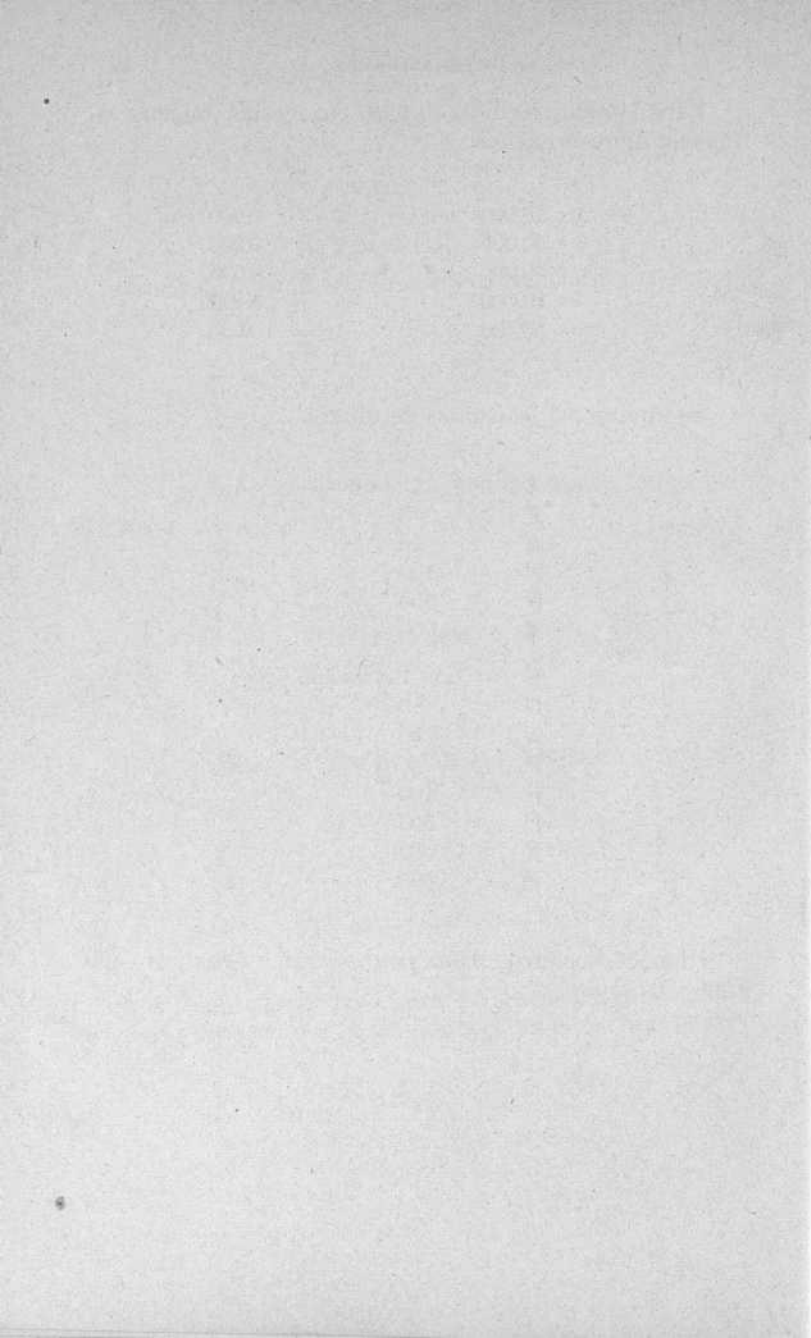
Para 10.000, 20.000, 30.000, etc., estas mismas letras con diéresis encima:

α̇	=	10.000	Ϛ̇	=	60.000
β̇	=	20.000	ϛ̇	=	70.000
γ̇	=	30.000	Ϝ̇	=	80.000
δ̇	=	40.000	ϝ̇	=	90.000
ε̇	=	50.000	Ϟ̇	=	100.000

Se anotan así las sumas de dinero:

Τ	=	1 talento.
Ρ	=	5 —
Δ	=	10 —
Η	=	100 —
Ϻ	=	500 —
Χ	=	1.000 —
τ	=	1 dracma.
ρ	=	5 —
Δ	=	10 —
Ϻ	=	50 —
Η	=	100 —
Ϻ	=	500 —
Χ	=	1.000 —
Ϻ	=	5.000 —

(Bouché-Leclercq, *Atlas pour servir à l'hist, gr.*, páginas 107-109).





## CAPÍTULO II

### La familia.

SUMARIO: 1. La familia primitiva.

2. La familia fundada en la religión.—3. El celibato.—4. Objeto del matrimonio en Grecia.—5. Ritos religiosos del matrimonio.—6. La dote.—7. Condición jurídica de la mujer.—8. La mujer ateniense.—9. Papel de la mujer en la casa según Jenofonte.—10. Las mujeres espartanas.—11. Energía de las mujeres de Esparta.—12. Valor de las argivas.

13. Divorcio.

14. Las ceremonias del sétimo y del décimo día después del nacimiento.—15. Los nombres propios.—16. La adopción.—17. La autoridad paterna.—18. Deberes de los hijos para con sus padres.

19. Reglas relativas a la trasmisión de las herencias

20. Reglas relativas al modo de repartir las herencias.—

21. El testamento.

22. Testamento de Platón.—23. Reparto amistoso de una herencia.—24. Robo de una herencia.—25. Pretensiones fraudulentas a una herencia.—26. La hija epiclera.

27. La tutela.

#### 1.—LA FAMILIA PRIMITIVA

En los tiempos primitivos de Grecia, la familia (*γένος*) difería mucho de lo que fue posteriormente, en el siglo v y en el iv. Era primeramente muy numerosa, y sus miembros permanecían todos agrupados bajo el mismo techo. Homero, que no estableció distinción alguna entre las

instituciones de los griegos y las de los troyanos, describe así el palacio de Príamo: «En el interior hay cincuenta departamentos, construídos los unos junto a los otros, de piedra labrada. Allí descansan, cerca de sus esposas, los hijos de Príamo. Al otro lado y enfrente, en el patio de las mujeres, se alzan uno junto a otro, construídos con piedra pulimentada, doce departamentos, en que reposan cerca de sus castas mujeres los yernos del rey».

Más tarde, cuando el γένος fue sustituido por el οίκος, es decir, por la familia entendida en el sentido moderno de la palabra, hubo la tendencia de considerarla asociación ficticia, en que no entraba para nada el parentesco. No obstante, sabemos que todavía, a los miembros de los γένη, se les llamaba εμογαλακτες (criados con la misma leche), lo cual indica parentesco de sangre. Poco importaba, por otra parte, que se entrase en la familia por nacimiento o por adopción. El hijo adoptivo era colocado en situación análoga al hijo común; su presencia no abolía la regla que quería que todos los γεννηται fueran de la misma sangre, su iniciación en el culto de la nueva casa le había separado por completo de su padre natural y le había dado por padre al adoptante.

El γένος era, por tanto, una reunión de personas que descendían todas de un antepasado común. Pero era necesaria una condición indispensable para ello. Estas personas no formaban parte del γένος, no eran parientes unas de otras, si no se unían por línea masculina a ese antepasado más o menos lejano. Los hijos de la hermana y los hijos del hermano eran extraños los unos para los otros.

El jefe de la familia tenía grande autoridad. El padre era el que generalmente la ejercitaba. Si había muerto, pasaba a su hijo mayor, y en este caso el *pater familias* era el mayor de los hermanos vivos. Sabido es, por otra parte, que la palabra *pater* «contenía en sí, no la idea de paternidad, sino la de poder» (Fustel de Coulanges), y que servía principalmente para designar la soberanía de los dioses. En un principio, el padre tenía entre los griegos derecho absoluto de vida y muerte sobre sus hijos.

Aún inocentes, era libre de hacerles perecer. Layo es informado por el oráculo de que su hijo Edipo le será un día fatal, y para conjurar el peligro, le expone en una montaña desierta. Los vientos son contrarios a la partida de la flota aquea, y Agamenón no vacila en inmolar a su hija Ifigenia para apaciguar la mala voluntad de los dioses. Con mayor razón, el padre tiene este derecho cuando los hijos son culpables. Dracón no había dictado pena alguna contra el parricida, porque el castigo de este crimen incumbía al cabeza de familia. Se refería en Atenas la historia de un arconte de fines del siglo VIII que, para castigar la culpa de su hijo, dejó que le devorase un caballo. Antes de Solón, el padre tenía la facultad de vender a sus hijas, y el hermano a sus hermanas, si a su vez era cabeza de familia. No era necesario que hubiesen cometido acción reprensible, la pobreza del padre bastaba para autorizarlo. Los viejos legisladores, Solón, Pittacos, Carondas, reconocían al padre el derecho de expulsar al hijo que le faltase al respeto. En Homero, el matrimonio es un contrato hecho entre dos padres de familia. Las más de las veces no se cuidan de consultar el gusto de los cónyuges. Los presentes que el novio ofrece al que ha de ser su suegro son verdadero precio de compra. A veces hay una especie de subasta de la muchacha. En casa, el primer deber de la mujer es la obediencia. Penélope baja de su cámara para rogar al aeda Femio que suspenda un canto que la importuna. Apenas ha aparecido, velada, en el umbral de la habitación, cuando su hijo Telémaco la interpela de esta suerte: «Vuelve a tu habitación, ocúpate en tus labores, del huso, de la tela; ordena a tus sirvientas que acaben su trabajo, los discursos están reservados a los hombres, *a mí principalmente que mando en este palacio*».

Todos estos rasgos nos muestran que la familia helénica estaba en un principio gobernada despóticamente por su jefe. La autoridad del padre establecía estrecha cohesión entre todos sus miembros e impedía que la agrupación se deshiciera. Sin duda ocurría de vez en cuando

que fuera expulsado de ella un individuo indigno, o que un varón saliera voluntariamente, por capricho, por espíritu de insubordinación, por deseo de buscar fortuna en otra parte; pero los que permanecían junto al dueño, eran para él como súbditos de un rey absoluto. Todos eran mutuamente solidarios. Cuando uno de ellos tomaba dinero a préstamo de un extraño, la comunidad respondía de la deuda; si uno de los hijos era víctima o autor de un hecho delictivo, toda la familia se unía para acordar o perseguir la reparación del daño. Poseía bienes, pero éstos, sobre todos los inmuebles, eran propiedad común de todos. El suelo no pertenecía al jefe, era del γένος entero, y el jefe no tenía, por decirlo así, más que el depósito y la guarda. Es más, cada una de las generaciones que se sucedían en aquel dominio indiviso, estaba obligada a transmitirlo a la siguiente, al menos tal y como lo había recibido, porque cada una no era en realidad más que un momento en la existencia de la familia, y ninguna tenía el derecho de acaparar el fruto de la larga labor que habían aportado las anteriores, y que era necesario aprovechar las demás cuando les llegara el turno. Platón reproduce fielmente las ideas de los antiguos acerca del particular cuando dice: «No considero a vosotros ni a vuestros bienes como vuestros, sino como de vuestra familia, tanto de los que os han precedido como de los que os sigan».

Múltiples causas llevaron poco a poco a la disolución de la familia patriarcal. Las diferentes ramas de un mismo γένος se separaron poco a poco unas de otras. Cada matrimonio se constituyó aparte, para vivir independientemente, sin tener con los hogares de sus padres relaciones más íntimas que entre nosotros. A lo sumo, en ciertas ceremonias religiosas y determinados actos judiciales, se veía reaparecer a veces algún recuerdo de la antigua unidad. Como siempre ocurre, en las familias nobles, sobre todo en las sacerdotales, persistió más tiempo el viejo espíritu de solidaridad, pero en forma cada vez más atenuada.

## 2.—LA FAMILIA FUNDADA EN LA RELIGIÓN

Para comprender la organización de la familia helénica, hay que darse cuenta de un hecho que Fustel de Coulanges ha puesto enteramente en claro y que es contrario en absoluto a nuestras costumbres.

Pensaban los griegos que los muertos seguían viviendo en la tumba. La existencia del muerto no era puramente espiritual, necesitaba comer y beber como en otro tiempo, cuando andaba por el mundo. «Vierdo sobre la tumba, dice, la Ifigenia de Eurípides, leche, miel, vino, porque con estas cosas se regocija a los muertos». Orestes dirige a su padre muerto esta plegaria: «Si vivo, tendrás ricos banquetes; pero si muero, no tendrás tu parte de las humosas comidas con que se alimentan los muertos». «Los muertos, escribe Luciano, comen los manjares que ponemos en su tumba, y beben el vino que derramamos en ella, de suerte que el muerto al que no se ofrece nada, vive condenado a hambre perpetua» (Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, Madrid, Jorro, editor). Constituía estrecha obligación para el hijo proporcionar a su padre los alimentos necesarios. No solamente estaba obligado a ello por agradecimiento, su propio interés le forzaba. Los muertos, efectivamente, eran en ciertos respectos «seres sagrados». Los antiguos les daban los epítetos más respetuosos que podían hallar, llamándoles buenos, santos, bienaventurados. Les tenían toda la veneración que el hombre puede tener a la divinidad que ama o que teme. En su mente, cada muerto era un dios (*Ibidem*). Tan poderoso para el bien como para el mal, el muerto causaba la dicha o la desgracia de los suyos, según que era a su vez objeto de sus homenajes o de su olvido.

Por eso cada familia tenía sus dioses particulares, que eran sus antepasados, y, por consiguiente, su religión.

Pero esta religión era muy exclusiva. Los muertos no aceptaban las ofrendas del primero que llegase; sólo les eran gratas las que aportaban sus descendientes. El extraño era para ellos un desconocido, casi un enemigo. Había, pues, que multiplicar las precauciones para que la posteridad no se extinguiera nunca. Había además, si algún extraño se introducía en la familia, que iniciarle ante todo en el culto doméstico y presentarle a los antepasados. De este doble principio nacieron todas las reglas relativas a la familia helénica.

### 3.—EL CELIBATO

La religión se unía al interés público para combatir el celibato. Si el Estado estaba interesado en que el matrimonio fuera origen de gran número de ciudadanos y de soldados, no era menos necesario que se asegurase la perpetuidad de las familias y que los antepasados estuvieran seguros de recibir sin interrupción el culto que les era debido. El hombre que permanecía célibe se hacía, pues, culpable de doble delito, para con sus antepasados y para con la sociedad. Platón (*Leyes*, pág. 721) quiere que el casamiento se haga entre los treinta y los treinta y cinco años. «Es un crimen, dice, negarse a tomar mujer. El que no se cuida de ello pagará una multa anual, para que no imagine que el celibato es estado cómodo y ventajoso. No tendrá tampoco parte alguna en los honores que la juventud rinde a las personas de edad avanzada». En un pasaje del *Banquete* (pág. 192), alude a las leyes que conciernen a la obligación de casarse. Dicho texto, unido al testimonio de Plutarco y de Pólux, parecería indicar que, aún en Atenas, era castigado el celibato. En cuanto al silencio de los oradores áticos sobre el particular, probaría simplemente que en el curso del siglo IV la ley había caído casi en desuso. No obstante, subsistía algo de

la antigua prohibición, si es cierto, como afirma Dinarco (*Demóstenes*, 71), que el orador, que el estratega, para inspirar confianza al pueblo, debían justificar que tenía hijos legítimos. En Esparta, había penas contra los célibes y hasta contra los que se casaban tarde o mal; pero no las conocemos. Plutarco y Ateneo dicen solamente que se trataba de ponerles en ridículo y que los jóvenes les respetaban poco. En todo caso, no perdían los derechos de ciudadanía, puesto que se nos indica uno que fue ilustre general.

#### 4.—OBJETO DEL MATRIMONIO EN GRECIA

En las ideas primitivas, el matrimonio no se ha instituído sino para asegurar la perpetuidad de la familia y la continuación de los sacrificios hereditarios. No se trata de inclinación mutua ni de conveniencias de cariño, los dos esposos no se unen para poner en comunidad sus ideas y sus sentimientos, para sostenerse uno a otro en las pruebas de la vida, satisfacen una obligación a la vez patriótica y religiosa. Estas ideas, aunque debilitadas con el tiempo, conservaron siempre imperio sobre las almas..... De ello procede que en el matrimonio, tal como le comprendían los griegos, la persona de la mujer no es nada. No se tiene en cuenta sus sentimientos, no es elegida por sí misma, sino aceptada como instrumento necesario para la conservación de la familia y de la república. Parece que no pueda prestar otro servicio y que sea incapaz de ninguna otra virtud. Su tarea está cumplida cuando ha dado a luz hijos. No es esto todo, sino que desde el momento en que el matrimonio no es más que un deber cívico, al que nadie puede sustraerse sin ser criminal para con la religión y para con el Estado, se suprime el encanto de la vida doméstica, y se disminuye al propio tiempo el influjo de la mujer. El ateniense se prestaba al

matrimonio como se paga una deuda, sin prisa y de bastante mala gana. Introducía una esposa legítima en la casa porque lo exigía el interés de la república. Por lo demás, calculaba estrictamente la parte que había de tener en su existencia, y una vez trazados estos límites, no se preocupaba más de gozar de la familia.

(Lallier, *De la condition de la femme dans la famille athénienne*, págs. 14-17, Thorin, editor).

### 5.—RITOS RELIGIOSOS DEL MATRIMONIO

El matrimonio era la ceremonia santa que tenía por efecto iniciar a la joven en el culto de su nueva familia. Es habitual en los escritores griegos aplicarle palabras que indican un acto religioso. Pólux dice que en los antiguos tiempos, en vez de designarle con su nombre particular, γάμος, se le designaba simplemente con la palabra τέλος, que significa ceremonia sagrada, como si el matrimonio hubiera sido la ceremonia sagrada por excelencia.

Esta ceremonia no tenía lugar en un templo, se realizaba en la casa, y era el dios doméstico quien la presidía. En verdad, también se invocaba a los dioses del cielo en las oraciones, y hasta se adoptó la costumbre de ir previamente a los templos y ofrecer a los dioses dichos sacrificios que se llamaban preludios del matrimonio (προτέλεια, προγάμια). Pero la parte principal y esencial de la ceremonia debía realizarse siempre delante del hogar doméstico.

El matrimonio se componía, por decirlo así, de tres actos. El primero tenía lugar delante del hogar del padre; ἐγγύησις; el tercero ante el hogar del marido, τέλος; el segundo era el paso de uno a otro, πομπή.

1.º En la casa paterna, en presencia del pretendiente, el padre, rodeado comúnmente de su familia, ofrece un sacrificio. Terminado éste, declara, pronunciando una fór-



mula sacramental, que da su hija al joven. Esta declaración es enteramente indispensable para el casamiento. Porque la joven no podría ir inmediatamente a adorar en el hogar del esposo, si su padre no la hubiera desligado previamente del hogar paterno. Para que entre en su nueva religión, ha de quedar libre de todo lazo y unión con la religión primera.

2.º La joven es trasportada a la casa del marido. A veces, el marido mismo es quien la conduce. En determinadas ciudades, el encargado de llevar a la contrayente es uno de aquellos individuos revestidos de carácter sacerdotal que se llamaban heraldos. Comúnmente se coloca a la muchacha en un carro, el rostro cubierto con un velo y en la cabeza puesta una corona. La corona era de uso en todas las ceremonias del culto. Su traje es blanco; blanco era el color de las vestiduras en todos los actos religiosos. La precede una antorcha encendida, la antorcha nupcial. Todo el camino se canta a su alrededor un himno religioso que tiene por estribillo: Ὁ Ὑμῶν, ὦ Ὑμέναιε. La joven no entra por sus pasos en la nueva morada. Es preciso que su marido la lleve, que simule un rapto, que dé algunos gritos y que las mujeres que la acompañan finjan defenderla. Se quiere, sin duda, hacer notar con este hecho que la mujer que va a sacrificar en el nuevo hogar no tiene por sí misma ningún derecho a hacerlo, que no se acerca por efecto de su voluntad, y que es preciso que el dueño del hogar y del dios la introduzca por una manifestación de su poder. Después de esta lucha simulada, el esposo la levanta en sus brazos y la hace franquear la puerta, pero teniendo buen cuidado de que sus pies no toquen el umbral.

3.º Lo que precede no es más que la preparación y el prelude de la ceremonia. El acto sagrado va a empezar en la casa. Se acercan al hogar; la esposa es puesta en presencia de la divinidad doméstica. Es regada con agua lustral; toca el fuego sagrado. Se pronuncian oraciones. Luego ambos esposos se distribuyen una torta, un pan, algunas frutas. Esta especie de frugal comida que empie-

za y acaba con una libación y una oración, este reparto del alimento frente al hogar, coloca a ambos esposos en comunión religiosa mutua y en comunión con los dioses domésticos.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*).

## 6.—LA DOTE

La mujer llevaba comúnmente dote al marido. Se ha pretendido erróneamente que el padre estaba obligado a dotar a su hija. Si lo hacía, era por libre voluntad. En cambio, el hijo que había llegado a ser cabeza de familia, estaba sujeto a esta obligación con respecto a su hermana. El hijo, en efecto, era el único que heredaba, y parecía justo separar una parte del patrimonio para ayudar a la hermana a establecerse, tanto más cuanto que si no se casaba, quedaba a su cargo. La ley ateniense ordenaba a los parientes más cercanos que dotasen a la huérfana pobre o que la casaran.

Las dotes no eran nunca considerables, salvo quizá en Esparta en la segunda mitad del siglo iv. La cifra más alta que se ha encontrado hasta aquí ha sido de 10 talentos (59.000 pesetas). En Atenas, 30 minas (2.946 pesetas), pasaban por ser una dote mediana. Las más de las veces, se dotaba en dinero o bienes mobiliarios. Pero no estaba prohibido hacer entrar en la dote inmuebles y hasta tierras.

La constitución de la dote no exigía la intervención de notario público, bastando la simple declaración ante testigos. No estaba prohibido añadir un acta escrita o recurrir a ciertos medios de publicidad, pero no era obligatorio. Cuando un individuo casaba a su hija, tenía cuidado, al entregar la dote, de exigir al yerno una garantía hipotecaria sobre sus bienes. La prenda se hacía constar en una inscripción puesta en la finca. He aquí un ejemplo: «Terreno hipotecado a Eutidiké por su dote».

El marido tenía la administración de los bienes dotales, pero debía transmitirlos íntegros a su posteridad. Si se disolvía el matrimonio por divorcio, restituía la dote a los padres y les pagaba el interés a razón de 18 por 100 anual. Si la mujer moría primero sin dejar hijos, los bienes volvían a los que los habían dado o a sus derechohabientes.

Cito algunos pasajes de una inscripción de Myconos que enumera cifras de dotes:

«Sostratos ha casado a su hija Janthé con Eparquides, y la ha dado una dote de 1.300 dracmas..... La ha entregado, además, 100 dracmas en dinero y un equipo valorado en 200 dracmas.....»

Calippos ha casado a su hija Aristoloque con Sostratos, con una dote de 1.400 dracmas, y ha añadido 406 dracmas de intereses que Sostratos le debía por la dote (pagada de antemano).

Ameinocrates ha casado a su hija con Filotimos, con una dote de 10.000 dracmas.

Calixenos ha casado a su hija Timecrate con Rodocles, con una dote de 700 dracmas, y a más un equipo de 300; Rodocles reconoce haber recibido el equipo y 100 dracmas. Por las 300 restantes, Calixenos ha hipotecado a Rodocles su casa de la ciudad.

Dexicles ha casado a su hija Mneso con Timeas, con una dote de 3.500 dracmas.

Ctesónides ha casado a su hermana Dikaie con Pappias, con dote de 1.000 dracmas en dinero y un equipo de 500. Pappias declara haber recibido el equipo y 100 dracmas en metálico.

Tharsagoras ha casado a Panthalis, hija de Mnesiboulos, con Pyrrhacos, y le ha dado la casa del arrabal, a condición de que Tharsagoras seguirá siendo propietario de la casa mientras viva.

Ctesión ha casado a su hija Hermóxene con Hierónides, y le ha dado de dote 1.600 dracmas, una casa y dos esclavas, una de las cuales se llama Syra...»

(*Inscriptions juridiques grecques*, I. pág. 48.)

## 7.—CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER

El resultado primero del matrimonio era someter a la mujer a la autoridad del marido, pero esta autoridad no era, propiamente hablando, un poder, y no se parece en modo alguno a la *manus* del derecho romano. Era una magistratura, y, como dice Aristóteles, un poder con carácter político. El marido deviene el *κύριος*, es decir, el dueño de su mujer, porque toda mujer debe tener un *κύριος*, y en el matrimonio este derecho no puede corresponder sino al marido. Sin él, la mujer no puede enajenar. No puede obligarse sino a concurrir por valor de medio hectólitro de cebada. Si la mujer queda viuda, tiene por *κύριος* a su hijo, o, a falta de éste, a su pariente más cercano. Su marido tiene todavía el derecho de elegirla, antes de morir, segundo esposo. En suma, es considerada menor durante toda la vida.

(Dareste, *Plaidoyers civils de Démosthène*, I. página xxv; Fustel de Coulanges. *La ciudad antigua*).

## 8.—LA MUJER ATENIENSE

Se habla a veces de las atenienses como se hablaría de las mujeres del Oriente moderno, y se exagera la rudeza de las costumbres antiguas, que las habrían recluso en el gineceo como en una prisión. No era la clausura rigurosa sino para las muchachas solteras; era menos severa para la mujer casada, y aún en ciertos casos desaparecía por completo. Era necesario tolerar estas excepciones, cualesquiera que fuesen las exigencias de la costumbre. La esposa del ciudadano rico podía sin esfuerzo acomodarse a ella y permanecer en el fondo de sus habitaciones; en las familias poco acomodadas, la

mujer era llamada fuera a cada momento por las necesidades de la casa. Tenía que ir al mercado, comprar las provisiones y realizar personalmente estos menesteres, que de ordinario se confiaban a las esclavas. A veces aún, ocurría que las mujeres fueran a vender a la ágora. La madre de Euxitheos, cliente de Demóstenes, vendía cintas, y Aristófanes pretende que la de Eurípides era vendedora de verduras. No obstante, eran muy raros hechos semejantes. La pobreza podía obligar a veces a algunas mujeres a adoptar este partido, pero la opinión era severa con ellas y las condenaba.

Dentro de la casa, las mujeres eran realmente soberanas. Vigilaban a las esclavas y dirigían el trabajo de sus sirvientas; estaban también encargadas de todos los pormenores de la administración y de los gastos del hogar. En los discursos de Lysias con motivo del asesinato de Eratóstenes, Eufiletos declara que había hecho entrega a su mujer de todo el personal de la casa. Y no era solamente en casa de Eufiletos, persona de posición modesta, donde esto ocurría, sino que en las moradas más opulentas, la dueña de la casa no está por completo dispensada de los cuidados domésticos. Tiene numerosos auxiliares para secundarla, pero conserva la dirección general y no deja que sus intendentes desempeñen lo que la compete. En general, la ateniense cuidaba mucho de su autoridad en el gobierno de la casa, la atendía tanto más cuanto que no la distraían otras ocupaciones. No poseía más que un poder determinado, quería conservarlo, y puesto que era el único punto en que lograba la confianza de su marido, pretendía tenerla completa.

Había algunos abusos. Más de una mujer, por negligencia, por golosina, malgastaba las provisiones. El marido debía intervenir y quitarla las llaves de la despensa. Pero habitualmente las atenienses merecían el elogio que Eufiletos hacía de su mujer: «Era un ama de casa entendida».

A veces aún, su economía degeneraba en avaricia. Des



costaba trabajo ver consumir las provisiones que administraban con tanto cuidado, no distinguían lo bastante los gastos necesarios de los superfluos, y se mostraban tan severas respecto a los primeros como respecto a los segundos. Festejaban a sus maridos cuando traían dinero a casa, pero estaban demasiado dispuestas a censurarles con acritud por lo que gastaban.

Tenían también otro defecto. Muchas veces su carácter era demasiado imperioso, orgullosas de su autoridad y deseosas de hacerla sentir a todo el mundo. Como vivían casi continuamente entre las esclavas, ocupadas en darlas órdenes, en fustigar su pereza, en reprender sus faltas, contraían el hábito del mando, y confundiendo en ocasiones al dueño con los sirvientes, le hablaban de mala manera. Añadiré que estaban orgullosas de su virtud, y cuando comparaban las costumbres ligeras de sus maridos con la severidad de su propia vida, su aplicación en el cumplimiento de todos sus deberes, su fidelidad para conservar intacto el honor de la casa, resultaban fácilmente convencidas de su superioridad. Los ocultos agravios que llevaban en el fondo del alma amargaban su carácter, y provocaban, con el menor pretexto, esas palabras secas y bruscas, esas vivas disputas que los autores cómicos las echan en cara.

Todas estas faltas se agravaban tratándose de herederas que enriquecían a sus maridos al casarse. Tenían más amor a una fortuna que había entrado con ellas en la casa. Eran por lo mismo más arrogantes, no olvidaban ni permitían a nadie que olvidase quienes eran y lo que poseían. «Si sois pobre y os casáis con mujer rica, dice un poeta cómico, os dáis ama y no mujer, os reducís a ser a la vez esclavo y pobre». «Por su orgullosa mirada, todo el mundo reconocerá a mi mujer o más bien a la dueña que sufro..... ¡Desgraciado de mí! ¡Es necesario que me haya casado con una Créobyta con sus diez talentos, una mujer que no tiene un codo de alta! ¡Y además un humor irresistible! ¡Por Zeus Olímpico y por Atenea, es inaguantable!.....

Ella me ha traído esta casa y estos campos, pero para tener todo esto ha sido necesario tomarla, y de todos los malos tratos que sea posible hacer, éste es el peor. Es un verdadero azote para todo el mundo, y no solamente para mí, sino para sus hijos y más todavía para su hija». (Menandro).

Los hombres sufrían estos defectos, pero eran responsables de ellos. Habían reducido a la mujer a las labores de la casa. En ellas se complacía, pero adquiriendo defectos de que la era difícil librarse. El vicio principal de la familia ateniense era que la mujer no estaba íntimamente asociada á la vida de su marido. Parecen haberlo comprendido así los mismos griegos, que reconocían a veces haber menospreciado la felicidad doméstica. Un personaje de Menandro deplora la ligereza con que se hacen los matrimonios. ¿No sería preferible pensar algo menos en la dote y preocuparse más de las buenas cualidades y de los defectos de la mujer con quien va uno a casarse? «Pero no, acudimos a tomar mil informes inútiles; preguntamos quién ha sido el abuelo, quién la abuela de la novia; hacemos que pongan la dote sobre la mesa para que el perito diga si la plata es de buena ley, la plata que no permanecerá cinco meses siquiera en casa, y respecto a la que ha de permanecer toda la vida a nuestro lado, no pensamos en informarnos de lo que vale, la tomamos al azar sin conocerla, a riesgo de encontrar en ella una mujer colérica, de trato difícil, charlatana quizá». (Ed. Didot, página 54).

El ateniense divide con gusto la existencia en dos partes. Al volver a su casa, olvida o más bien reconcentra en su interior lo que le ha ocupado fuera. Ha estado en la plaza pública, se ha sentado en la asamblea o en los tribunales, se ha mezclado en la conversación de los sofistas y de los retóricos, ha discutido acerca de los asuntos del Estado o arreglado los de su comercio, pero se guardará de decir nada a su mujer respecto a lo que ha visto u oído. Son pensamientos que le pertenecen, que pretende reservar para él solo. Sin duda se ve, por el ejem-

plo de Temístocles (1), que el marido permitía a veces a su mujer penetrar más en su vida y que hasta sufría su dominación. Pero ¿qué hemos de deducir de aquí? Temístocles obedece a su mujer, que a su vez obedece los caprichos de un niño. Se trata de una muestra de condescendencia o de debilidad, de una sorpresa del cariño que quiere someterse sin discutir y sin reflexionar, no de una confianza ilustrada, de un asentimiento razonado concedido a consejos cuya sabiduría hubiera reconocido y experimentado. No se puede realmente dar importancia alguna a semejantes ejemplos. Que hombres de carácter débil, o cansados por la actividad que desplegaban fuera de casa, hayan cedido en ella a los caprichos de sus mujeres, es un hecho sin consecuencias, y no basta para determinar que la ateniense haya sido admitida a compartir los pensamientos, los proyectos y las ambiciones de su marido.

Ni siquiera tiene parte considerable en la educación de sus hijos. En primer lugar, son confiados a nodrizas. No es que la madre les olvide; se interesa en sus juegos, les acaricia, pero entre ella y ellos media una extraña. Si la nodriza asume los cuidados más penosos, recoge para sí gran parte del cariño que la madre le abandona, al abandonarle los deberes que directamente no cumple. Los muchachos salen muy pronto a que les instruyan fuera. Las muchachas permanecen al lado de sus madres, pero su instrucción es reducidísima. Cuando llega el momento de casar a los hijos, la madre no es llamada a intervenir en una resolución que el padre, en virtud de las leyes, se reserva. No ha sido consultada cuando se ha dispuesto de su suerte. No lo es tampoco cuando se trata de establecer a sus hijos o a sus hijas.

---

(1) Temístocles decía chanceándose que su hijo, muy joven todavía, era el más poderoso de todos los griegos, «Los atenienses mandan a los griegos; yo mando a los atenienses, su madre me manda a mí y él manda a su madre». (Plutarco. *Temístocles*, 18).



Los únicos incidentes que interrumpen la regularidad de su vida, son las visitas que las mujeres se hacen mutuamente y las ceremonias religiosas que celebran con gran frecuencia. Los maridos desconfiaban de las visitas que cambiaban las mujeres, de las conversaciones que tenían unas con otras, como si no hubieran podido reunirse más que para contarse sus agravios contra el jefe de la familia, para urdir o combinar algún proyecto de venganza. Hacían más que visitarse entre vecinas, se invitaban mutuamente a comer. Menandro había escrito una comedia titulada *La cena de las mujeres*, de la que nos quedan fragmentos. En los funerales desempeñaban papel principalísimo. Su puesto estaba marcado en los festines tan numerosos de la ciudad. Las estaba prohibido aparecer en los grandes juegos de Grecia, pero eran admitidas en las representaciones dramáticas, por lo menos en las tragedias. Aquellas fiestas las arrancaban un día a sus ocupaciones habituales; elevaban su alma a una región más alta, las asociaban a las emociones patrióticas de los ciudadanos y las interesaban en cierta medida en las fiestas y el culto del Estado. A más de las divinidades nacionales, tenían divinidades particulares a las que profesaban gran devoción..... Platón se queja de que vayan en secreto a especies de oratorios domésticos a dirigir oraciones a multitud de dioses, de héroes y de genios. Ocurría con estas fiestas lo que con los festines que se daban unas a otras. Manteniéndolas apartadas de su propia existencia, los hombres las impulsaban, a veces contra la voluntad de ellas, a aislarse por su parte y a apartarse en distracciones y creencias particulares.

No era menospreciada la mujer ateniense. No hubiera tenido el gobierno de la casa si se hubiera dudado de su actividad o de su inteligencia. Los ataques de los poetas cómicos no deben hacérselo creer; parecen dictados por el temor más que por el desdén. Por otra parte, Menandro y los demás se contradicen ellos mismos. Se burlan del matrimonio, insultan a la mujer, pero hallan también para alabarla palabras conmovedoras. «Es espectáculo her-

moso la contemplación de la virtud de una mujer». Y en otra lugar: «La mujer virtuosa es la salvación de la casa» (Menandro). Los oradores insisten con energía en la santidad del matrimonio y en la fidelidad que se deben los esposos. Nos muestran a la mujer interviniendo en los consejos de familia, si no para dirigirlos, al menos para presenciarlos y asociarse a ellos. Lo cierto es que el ateniense, respetando siempre y amando a su mujer, no la conocía. Distráido por las ocupaciones y los placeres de fuera, vivía al lado de ella, contento con las virtudes que practicaba en la labor diaria y no exigiendo nada más. La mujer misma no sospechaba que había sido creada para más alto destino y existencia más completa. Como las costumbres de la época la encerraban en estrecho dominio, se habituaba a esta disminución de sus facultades y comúnmente lo hacía sin esfuerzo.

(Lallier. *De la condition de la femme dans la famille athénienne*. París, Thorin, Fontemoing & C<sup>ie</sup>. 4, r. le Goff).

#### 9.—PAPEL DE LA MUJER EN LA CASA SEGÚN JENOFONTE

Iscomacos se ha casado con una muchacha que apenas cuenta quince años y la ha llevado a su casa. Casi no se conocían. Antes de casarse, ni siquiera se han entrevistado; no ha decidido su unión inclinación natural, sino quizá lazo de parentesco, conveniencias de intereses y la voluntad de ambas familias. Ante este hombre, al que su existencia está unida para lo porvenir y que es todavía un extraño para ella, la joven aparece tímida y recelosa. La asusta su ignorancia, la asusta también la superioridad que dan a su marido la edad más madura y la razón más formada. Iscomacos no deja de ver que su esposa carece de experiencia, que ha vivido hasta aquí rodeada de estrecha vigilancia, «enseñada a no ver nada, a no oír nada, a no hacer pregunta alguna». Por todo saber, es

hábil en el trabajo de la lana y ha visto cómo se distribuye el trabajo a las sirvientas. Pero su ignorancia misma y su timidez, la predisponen a una especie de condescendencia afectuosa.

Cuando la ha dejado tiempo de acostumbrarse y de adaptarse, Iscomacos trata de instruirla. Se esfuerza, en primer lugar, en inspirarla confianza. No debe considerarse como esclava hecha para obedecer, sino como asociada de su marido, que tiene también su parte de autoridad. Sus deberes son distintos, pero no son menos importantes ni menos difíciles. El hombre y la mujer se unen para dejar detrás de sí hijos que continúen su estirpe, y esos hijos hay que educarlos. Al marido toca ir a buscar fuera lo necesario para mantener y cuidar a los suyos; a la mujer, hacer dentro de casa buen uso de estos recursos que ha proporcionado el trabajo del marido. Esta diversidad de funciones se explica por la desigualdad de las fuerzas físicas y la diferencia de las aptitudes morales.

Establecidos estos principios, Iscomacos entra en el pormenor de los deberes impuestos a la mujer. Ha de permanecer en casa; allí es soberana, y el marido no podría inmiscuirse en sus derechos sin tornarse a la vez ridículo y culpable. El dominio es limitado, pero la tarea es grande y capaz de llenar las mayores actividades. La reina de las abejas no abandona la colmena, y ¿no obstante, no es ella quien dirige todos los trabajos? No permite que ninguna de sus compañeras permanezca inactiva, las envía a trabajar fuera, recibe las provisiones que cada una trae, asegura el empleo y la duración de las mismas. De igual modo, sin salir nunca de casa, la mujer vigila la salida de los sirvientes que van al campo, indica su tarea a los que se quedan y no les pierde de vista. Lleva la cuenta de todas las provisiones que se traen, distribuye las que han de consumirse inmediatamente, guarda las restantes y arregla la despensa con prudente economía. Ella enseña también a las esclavas el arte de hilar y tejer la lana, recompensa a los buenos servidores y cas-

tiga a los malos, gobierna, en fin, la casa entera y todos los que la habitan están sometidos a su autoridad. No se exceptúa el marido mismo, sobre el cual puede, por sus buenas cualidades, adquirir un ascendiente verdadero, hacer de él su primer servidor y asegurarse, por su habilidad en la dirección de los asuntos domésticos, un cariño y un respeto que subsistirán aun cuando su belleza haya desaparecido, y la prepararán una vejez dichosa y honrada.

Iscomacos añade otros consejos. El orden, dice, produce la belleza de los coros y la fuerza de los ejércitos; sin él, los marinos no podrían moverse en una nave, donde el espacio es tan reducido, donde tantas cosas hay. «Y nosotros, cuando disponemos de espacio tan vasto en una casa, y cuando la casa está sólidamente edificada en terreno firme, ¿no podríamos hallar para cada cosa un sitio conveniente? Sería dar prueba de poca inteligencia». Elegir para la ropa y para las provisiones de todo género lugar adecuado, establecer por doquiera una distribución exacta y cuidar de que nada venga a perturbar este orden, es no sólo trabajar por la prosperidad de la familia y el aumento de su riqueza, sino también regocijar la vista y contentar el espíritu con el agradable espectáculo de la simetría. Los muebles más comunes y de uso diario, los utensilios domésticos más corrientes, se embellecen con esta distribución regular, y «las mismas cacerolas, cuando están colocadas con gusto, ofrecen un aspecto armónico». Iscomacos muestra a su mujer las diferentes habitaciones de la casa y la indica el destino de cada una. Hacen una especie de inventario de su hacienda y asignan a cada cosa el sitio que debe ocupar.

Y no es todo. Hay también un ama de gobierno que secundará a la esposa y dirigirá bajo sus órdenes a las esclavas. No basta designar para este puesto de confianza a la esclava menos gastadora, la más vigilante y casta, conviene asociarla a las alegrías y a las tristezas de la casa, interesarla en el aumento de la fortuna de sus amos, haciéndola ver que tendrá su parte de esa prosperidad. Con estas condiciones, la esposa encontrará en el ama de

gobierno una auxiliar devota, que será como el primer ministro de esta reina doméstica, pero un primer ministro que sabe mantenerse en su puesto y no mezclarse en las atribuciones de la soberana. Ayudará a su dueña sin sustituirla jamás, y, sobre todo, sin dispensarla de vigilarlo todo personalmente.

— Un día, la joven esposa se pinta el rostro para parecer más linda y se pone calzado con tacones para ser más alta. Iscomacos la reprende dulcemente esta inocente coquetería. Al casarse se han hecho entrega mutua de sus cuerpos, y por su parte creería engañar a su mujer si en vez de ofrecerla un cuerpo robusto y en buena salud, no la diera más que colorete para ver y tocar. ¿A qué, pues, recurrir a esos adornos de prestado, que por otra parte no engañan a nadie y perjudican a la belleza firme y verdadera? Esta no se mantiene con semejantes artificios; necesita menos refinamiento y artificios. «No vivir perpetuamente sentada, a la manera de las esclavas, sino de pie cerca del telar de las sirvientas, en actitud de mando, dirigir sus labores, inspeccionar la panadería, estar cerca del ama de gobierno cuando se miden las provisiones, recorrer toda la casa para ver si cada cosa está en su sitio», esos son los medios de que nuestras mujeres adquieran y conserven la única belleza franca y duradera, la que procede de la salud.

(Según Jenofonte, *La Económica*, capítulos VII y siguientes, y Lallier, páginas 45-55).

## 10.--LAS MUJERES ESPARTANAS

Gozaban las mujeres en Esparta de consideración mayor que las del resto de Grecia. Su educación las acercaba más a los hombres y estaban acostumbradas, desde la infancia, a sentirse ciudadanas y a tomar vivo interés en los asuntos públicos. Respecto al valor, el patriotismo y

la abnegación, no cedían al otro sexo, y de ahí el respeto de que estaban rodeadas. El elogio o la censura de las mujeres importaba mucho, se tenía muy en cuenta su opinión, aún en cosas que estaban fuera de su competencia. Tanto influían, que los griegos aparentaban considerar el gobierno de Esparta como un gobierno de mujeres.

Esto no las impedía, por otra parte, estar sometidas a sus deberes de esposas y de madres. Una vez casada, la mujer espartana se dedicaba a los cuidados de la casa. Platón dice que no tejía ni hilaba, porque estas ocupaciones se confiaban a las esclavas, pero que dirigía las labores domésticas. Cuidaba, tanto como su marido, de la educación de los hijos. Las relaciones de las mujeres con los hombres eran menos libres que las de las muchachas solteras. La frase de Pericles, que lo mejor es que una mujer no dé que hablar ni en bien ni en mal, era verdad también por lo que se refiere a Esparta. Las mujeres casadas no aparecían sino cubiertas con velo, en tanto las solteras iban con la cara descubierta. Un espartano, a quien se preguntó acerca del origen de esta costumbre, respondió: «Es necesario que la soltera busque marido; la casada no tiene sino que conservar el suyo». Esta frase prueba que el gusto de la persona intervenía en Esparta más que en otros lugares en la elección de esposa. Es además indicio de que en estos particulares las costumbres espartanas eran algo análogas a las inglesas o americanas.

(Schömann, *Antigüedades griegas*, I).

#### 11.—ENERGÍA DE LAS MUJERES DE ESPARTA

—Una madre, habiendo sabido que su hijo había escapado del enemigo huyendo, le envió la siguiente carta: «Se ha esparcido un rumor odioso acerca de tu persona; has de purificarte de él o dejar de vivir».

—Una espartana refería la muerte gloriosa de su her-

mano a la madre de uno y otro: «¿No es vergonzoso, la dijo, haber dejado de acompañarle en semejante viaje?»

—Una lacedemonia que había enviado a la guerra a sus hijos, en número de cinco, estaba a las puertas de la ciudad esperando con impaciencia el resultado de la batalla. Habiendo preguntado al primero que apareció, supo que todos sus hijos habían muerto: «No es eso lo que te pregunto, dijo. ¿Cómo va lo que importa al país?—Esparta ha vencido.—Pues bien, sé con alegría la muerte de mis hijos».

—Una lacedemonia estaba puesta en venta y se la preguntaba qué sabía hacer: Respondió: «Sé ser fiel».

—Otra replicó en análoga circunstancia: «Sé ser libre». Habiéndola ordenado su dueño un trabajo que no se avenía con su condición de mujer libre, le dijo: «Te arrepentirás de haber perdido una mujer como yo», y se mató.

(Plutarco, *Apotegmas de lacedemonias desconocidas*, 2, 5, 6, 26, 29).

## 12.—VALOR DE LAS MUJERES DE ARGOS

Cleomenes, rey de Esparta, había matado gran número de los de Argos y avanzaba sobre la ciudad. En aquel momento, un fuego y una audacia enteramente divinos se apoderaron de las mujeres que estaban en la flor de la edad y resolvieron salvar a Argos, rechazando al enemigo. Guiadas por Telesila, cogen las armas, se sitúan en las murallas y forman un cinturón de defensa alrededor de las fortificaciones, con gran estupefacción de los sitiadores. Cleomenes es rechazado después de haber perdido mucha gente, y Demarates, el otro rey, que había penetrado en el interior y ocupado un barrio, es arrojado por ellas de la posición conquistada. Libre de esta suerte la ciudad, las mujeres que habían sucumbido en la ba-

talla fueron enterradas en la vía Argiva, y a las supervivientes se permitió erigir, como testimonio de su valor, una estatua al dios Ares. Todos los años se celebra todavía el aniversario. Es una fiesta en que las mujeres visten túnicas y clámides de hombres, en tanto los hombres toman vestidos de mujer.

(Plutarco, *Acerca de las virtudes de las mujeres*, 4).

### 13.—DIVORCIO

El divorcio, casi desconocido en los primeros tiempos de Grecia, había llegado a ser muy frecuente en la época clásica, tan frecuente que los oradores griegos nos presentan la constitución de la dote como precaución necesaria para dar alguna firmeza al lazo matrimonial. El marido, con mucha frecuencia, no conservaba su mujer sino porque temía verse obligado, al repudiarla, a restituir la dote.

Tienen los atenienses dos palabras para designar el divorcio. Llamaban ἀποπομπή (repudio) al divorcio hecho por el marido y ἀπόλειψις (abandono) al que tenía lugar a instancias de la mujer. El primero no estaba sometido a ninguna formalidad. El marido podía, cuando lo juzgaba conveniente, despedir a su mujer, la que era repudiada sin intervención de ningún magistrado, volviendo al lado de su padre o de su κύριος y quedando los hijos con el marido. Por lo común, el marido repudiaba de esta suerte a su mujer delante de testigos, aun cuando esta solemnidad no fuera obligatoria. En cuanto a la mujer, no podía obrar por sí sola, y era necesario que fuera a buscar al arconte, dictando éste el divorcio, a instancias de ella, y en tanto justificaba, en una petición escrita, que tenía motivo suficiente para divorciarse. Por sencilla que fuera esta diligencia, la hacía muy difícil la dependencia



en que era mantenida la mujer (1). La opinión pública se mostraba, por otra parte, muy contraria a las que se divorciaban (2).

El divorcio, por tanto, podía tener lugar ya por consentimiento de ambos esposos, ya por voluntad de uno solo, a pesar de la resistencia del otro. En este último caso, el que se negaba al divorcio podía intentar contra la otra parte una demanda civil.

El divorcio podía ser también provocado por un tercero. El padre, por ejemplo, tenía el derecho de separar a la hija del marido, ya para hacerla volver a su casa, ya para casarla con otro. Después de muerto el padre, la huérfana podía ser intimada por su pariente más cercano para que abandonara al marido y le aceptase por esposo.

El marido estaba en libertad de dar a su mujer en matrimonio a otro. Parece que ni siquiera tenía necesidad para ello de su asentimiento. Plutarco, es cierto, cuando nos dice que Pericles cedió su mujer a otro hombre, añade que fue con el consentimiento de ella; pero no todos los textos están de acuerdo en este punto. Estrimodoro

---

(1) «Hipparetos, mujer de Alcibiades, era virtuosa y amaba a su marido, pero tenía mucho que padecer por la vida desordenada de aquél. Abandonó la morada conyugal para refugiarse al lado de su hermano. Alcibiades no pareció preocuparse y siguió su vida de orgías. Era necesario que Hipparetos entregase la demanda de divorcio en manos del arconte, y ningún intermediario podía cumplir esta diligencia. Cuando iba por la plaza pública para cumplir la formalidad legal, Alcibiades se precipitó sobre ella, la arrebató y la volvió a llevar a su casa, sin que nadie se opusiera y se atreviese a quitársela. Permaneció con él hasta la época de su muerte, que ocurrió poco tiempo después, cuando Alcibiades estaba en Efeso». Plutarco, *Vida de Alcibiades* 8).

(2) «Es áspero y difícil el camino que sigue la mujer para abandonar la casa de su marido y volver a la de su padre; es camino que se recorre con el rubor en la frente». (Anaxandrides).

de Egina casó a su mujer con su esclavo Hermeo. Sócrates, el banquero, dió la suya a Sátiros, su liberto.

El divorcio tenía por consecuencia la restitución de la dote, salvo quizá cuando era ocasionado por adulterio de la mujer. En caso de retrasarse la devolución, el marido debía intereses calculados a razón de 18 por 100.

El hijo nacido después del divorcio, pero concebido antes, era en principio hijo del marido, pero éste podía no reconocerle si dudaba de su paternidad.

En Thurium, aquel de los dos esposos que había tomado la iniciativa en el divorcio, no podía volverse a casar sino con persona de más edad que aquélla de que se había separado.

En Gortyna de Creta, el divorcio por consentimiento mutuo era lícito, pero bastaba también la voluntad de uno de los cónyuges. No obstante, se distinguía el divorcio arbitrario y el justificado por motivos serios. El marido, por ejemplo, que repudiaba a su mujer sin razón, o que la obligaba, por su torpe conducta o malos tratamientos a abandonarle, estaba obligado a pagar perjuicios e intereses. Si los esposos no se ponían de acuerdo para decir quien era responsable del divorcio, los tribunales sentenciaban.

(Caillemer, *Dict. des ant.* de Daremberg et Saglio, II, páginas 319-321).

#### 14.—LAS CEREMONIAS DEL SÉTIMO Y DEL DÉCIMO DÍA DESPUÉS DEL NACIMIENTO

Pocos días después de nacer el hijo, probablemente el sétimo, tenía lugar una ceremonia llamada ἀμφιδρόμια. La puerta de la casa se adornaba con coronas de olivo si el recién nacido era varón, y guirnaldas de lana si era niña. Las mujeres que habían asistido a la madre en el parto se lavaban las manos en señal de purificación. El

niño, que tenía una de ellas, era llevado rápidamente alrededor del hogar y asociado de esta suerte al culto doméstico; luego se reunían a comer los parientes y los amigos de la familia.

En el décimo día se daba nombre al niño. No era raro, no obstante, que esta formalidad se realizase el sétimo día. Los parientes y amigos eran convidados a un sacrificio y a un festín. La costumbre exigía que hicieran al niño algunos regalos, juguetes o cosas pequeñas que se le colgaban al cuello.

El cumplimiento de esta ceremonia era la prueba de que el padre consideraba suyo al hijo. «Ninguno de vosotros ignora, dice Demóstenes, que no se celebra jamás el décimo día de un hijo si no se cree ser su padre legítimo, y, por otra parte, que después de haberlo celebrado, después de haber concedido a la criatura el cariño que se tiene a un hijo, no es permitido declarar que no es suyo». (*Contra Boeotos*, I, 22).

(Según Becker Göll, *Chariklès*, II, págs. 21-24; y Sa-glio, *Dict. de ant.*, I, pág. 238).

### 15.—LOS NOMBRES PROPIOS

No se distinguían los griegos, como nosotros, por un nombre hereditario, el de familia, y otro variable, el de pila. No usaban comúnmente más que uno, al que se añadía el del padre en genitivo, por ejemplo: Κλέων Δίωνος (Cleón, hijo de Dión).

Muchas veces se daba al hijo el nombre del padre, como ocurrió con Demóstenes. Pero muchas veces también se le daba el nombre de su abuelo paterno, sobre todo si era primogénito, y así hizo Milciades con su hijo Cimón. De igual modo, las hijas llevaban comúnmente el nombre de su abuela. A veces se tomaba el nombre de un tío del niño o de un amigo. Ni tampoco era raro que se

tomase el nombre de un pueblo extranjero. Así Cimón llamó a sus tres hijos Lakedaimonios, Eleos y Thessalos.

Los padres elegían gustosos nombres que se relacionaran con su profesión o con la que pensaban dar a sus hijos. De donde coincidencias entre el significado de los nombres de los griegos y los talentos que les han hecho célebres (*Pericles*, es decir, aquél cuya gloria se extiende lejos: *Demóstenes*, la fuerza del pueblo). Estas coincidencias son especialmente frecuentes en los artistas, que continuaban por lo general la profesión de su padre (*Χερσίφρων*, *Χειρίσοφος*, *Εὐχειρος*).

Muchos nombres propios estaban compuestos con un nombre de divinidad o derivados de uno de estos nombres: Teodoro, Teodoto, Zenodoto, Diodoro, Herodoto. Si un dios o un héroe era adorado en calidad de protector de una familia, el nombre del niño recordaba esta protección: Diógenes, Apolonio, Demetrio, Dionisio.

Finalmente, ciertos nombres eran simples calificativos morales (*Σοφία*, *Ἀνδράγαθος*, *Ἀειμνηστος*, *Εὐκλεία*.)

(Según S. Reinach, *Traité d'épigraphie grecque*, páginas 503 y siguientes, París, E. Leroux, éditeur, y Hermann-Blümner, *Griechische Privatalterthümer*, páginas 284-285).

## 16.—LA ADOPCIÓN

Eran muy frecuentes las adopciones en Grecia. Iseo nos dice el motivo: «Todos aquéllos, dice, que ven llegar la muerte, se preocupan de no dejar su casa desierta, y de tener, por el contrario, alguien que aporte a sus manes las ofrendas funerarias y que les tribute todos los honores prescritos por el uso. Por tanto, el que está expuesto a morir sin hijos, se los crea por adopción». (*Acercas de la herencia de Apolodoro*, 30). «Menecles, dice en otro lugar, pensaba no quedarse sin hijos, sino encontrar

alguno que mientras viviera cuidase de su vejez, le enterrara después de muerto y de año en año honrase su tumba». (*Acercas de la herencia Menecles*, 10). Este pensamiento religioso, por tanto, multiplicaba las adopciones. Se adoptaba un hijo para estar seguro de recibir más tarde los homenajes debidos a los muertos.

Para adoptar, era necesario no tener hijos. No obstante, no era nulo el acto si tenía más tarde el adoptante un hijo legítimo. La herencia se repartía entonces entre éste y el adoptado. Claro está que un menor no podía ser adoptado por nadie sin el consentimiento de sus padres. Respecto al adoptado mayor de edad, no era necesaria autorización alguna.

La adopción se hacía ya por acta entre vivos, ya por testamento.

En el primer caso, el adoptante reunía a sus parientes cercanos, a los miembros de su fratria, y, después de hacer un sacrificio, les presentaba al adoptado. Se votaba, y si era favorable el resultado del escrutinio, el adoptado era inscrito, con su nuevo título, en el registro de la fratria. Esta formalidad, aun cuando fuera de uso general, no era obligatoria sin embargo.

La adopción testamentaria no tenía efecto hasta la muerte del adoptante. Se podía adoptar de esta suerte no sólo al individuo ya nacido, sino también al que todavía no había venido al mundo. Así, el padre que sólo tenía hijas, adoptaba a veces al hijo que pudiera tener una de ellas. Había también adopciones póstumas. Si un individuo moría sin descendencia, su pariente más cercano estaba obligado a designarle uno de sus hijos como hijo adoptivo.

El adoptado venía a ser heredero del adoptante y continuador de su persona, con el cargo de cumplir las obligaciones con respecto a él, principalmente la de darle sepultura y honrar sus manes. En cambio, rompía todo lazo con su familia primitiva. Si quería volver a ella, había de dejar en la familia adoptiva hijos nacidos de él.

(Caillemer y Gide, *Dict. des antiq.*, I, pág. 75).

## 17.—LA AUTORIDAD PATERNA

Esta autoridad había disminuído mucho desde los tiempos primitivos, y puede decirse, de modo general, que en el siglo v era sobre poco más o menos lo que entre nosotros. Había, no obstante, algunas diferencias notables.

En los primeros días que seguían al nacimiento, el padre tenía el derecho de repudiar al hijo, si dudaba de su legitimidad. Aun cuando le considerara suyo, tenía el derecho de abandonarle, y no es de dudar que lo hacía a veces, sobre todo cuando se trataba de una hija. En Tebas, la ley prohibía formalmente esta costumbre. No obstante, si una persona era demasiado pobre para alimentar a su hijo, era libre de llevarle a los magistrados. Estos se encargaban de hacerle criar a expensas del Estado, y se entendía que el padre que le alimentaba, para indemnizarse, se serviría más tarde del niño como de un esclavo. De modo semejante, en Efeso, la exposición de los recién nacidos no estaba autorizada sino en caso de indigencia absoluta.

El padre tenía también el derecho de repudiar, y por consiguiente de desheredar al hijo que se conducía mal con él. Este derecho le era especialmente reconocido por las leyes de Solón, de Pittacos y de Carondas. Platón impone al padre la obligación de consultar previamente al consejo de familia y someterse a la decisión de la mayoría. Pero no era lo habitual, ni siquiera en Atenas, y bastaba que el padre significara públicamente su voluntad por medio de un heraldo. No tenía que temer más que la opinión pública. Se llamaba a este acto ἀποχήρωςις. Conviene añadir que era excesivamente raro.

El padre, finalmente, tenía el derecho de nombrar los

tutores de sus hijos de menor edad, y de designar en su testamento el esposo que habría de tener su hija.

La autoridad del padre sobre sus hijos cesaba con la mayor edad, que empezaba ya a los dieciocho años cumplidos, ya con el año décimoctavo.

#### 18.—DEBERES DE LOS HIJOS PARA CON SUS PADRES

Los hijos estaban obligados a deberes generales de respeto y obediencia para con sus padres. Inútil es enumerar al por menor todas sus obligaciones. Bastará insistir en dos de ellas.

En primer lugar, el hijo debe atender a la manutención de sus padres, si éstos son necesitados. «La ley, dice Iseo, ordena alimentar a los ascendientes; son éstos el padre, la madre, el abuelo, la abuela, el bisabuelo y la bisabuela». (*Acerca de la herencia de Cirón*, 32). Había estrecha correlación entre el derecho de heredar y el deber de proporcionar alimentos, y un cliente de Iseo, para reclamar la sucesión de un individuo, se funda precisamente en el hecho de que si éste último viviera todavía y se encontrase sin recursos, a él le correspondería tenerle a su cargo. (*Acerca de la herencia de Cleónimo*, 39-40). No se libraba el hijo de esta obligación sino en un solo caso. Si el padre, a pesar de su pobreza, no había cuidado de enseñarle un oficio, perdía todo derecho a percibir pensión de alimentos. (Plutarco, *Solón*, 22).

En segundo lugar, el hijo había de tributar a sus padres difuntos los honores prescritos por la ley religiosa. Entre los agravios que el orador Licurgo alega contra Leocrates, figura «el crimen de ultraje con respecto a los padres, puesto que, por su parte, ha hecho caso omiso de sus tumbas y olvida las ceremonias fúnebres que exigen» (148).

El hijo que olvidaba sus deberes, podía ser acusado en justicia. El tribunal apreciaba la pena, que llegaba a veces a ser de muerte. En cualquier caso, se desposeía al culpable de todos sus derechos políticos.

#### 19.—REGLAS RELATIVAS A LA TRASMISIÓN DE LAS HERENCIAS

Pasan las herencias, en primer lugar a los hijos, y, a falta de hijos, a las hijas. El reparto se hace igualmente. El heredero en línea directa se posesiona directamente de los bienes, sin necesidad de pedir la toma de posesión. Los hijos adoptivos están enteramente igualados a los de la misma sangre. En cuanto a los hijos ilegítimos, no tienen ningún derecho a heredar. La ley les excluye de la familia y permite solamente hacerles un legado hasta la suma máxima de 1.000 dracmas (982 pesetas).

Después de los descendientes, la ley llama a los colaterales, sin fijarse en los ascendientes. Hacer remontar la herencia hubiera sido, para los antiguos, idea contradictoria. La sucesión en línea colateral se concede según el grado de parentesco. La ley llama primero a los descendientes del mismo padre, es decir, a los hermanos del difunto y sus hijos, luego a las hermanas y sus hijos; en segundo lugar, llama a los descendientes del abuelo paterno, es decir, a los primos del difunto y a los hijos de los primos, siempre prefiriendo al varón. Se detiene en los hijos de los primos. A falta de parientes en la descendencia del padre o del abuelo, vienen en el mismo orden los parientes por parte de la madre, luego por parte de la abuela materna. Se pasa luego a los parientes más cercanos por parte del padre.



Los colaterales no pueden posesionarse de la herencia sino pidiendo la toma de posesión judicial. Todos los herederos pueden renunciar. No se encuentran, por lo demás, huellas de una institución análoga al beneficio de inventario (1).

(Daresté, *Plaidoyers civils de Demosthène*, I. páginas XXVII-XXIX.)

## 20.—REGLAS RELATIVAS AL REPARTO DE LAS HERENCIAS

Las operaciones de reparto de la herencia no eran menos complicadas en Atenas que entre nosotros.

Había, ante todo, que reunir el caudal repartible.

Este caudal se componía primeramente de todos los bienes que el difunto poseía en el momento de morir. Para estar enteramente seguros acerca de su valía, los herederos se apresuraban a hacer, inmediatamente después del fallecimiento, un inventario. A los bienes existentes en la herencia se añadían los aportados por los herederos. Cada heredero, efectivamente, estaba obligado a aportar al caudal los dones recibidos del difunto y las sumas que le debía.

Cuando estaba constituido el caudal, los herederos, antes de hacer las partes, podían hacer determinados descuentos. Por ejemplo, si el padre de familia había en testamento mejorado a uno de sus hijos (*προσθετα*), el importe había de deducirse previamente del reparto. Si uno de los herederos había disipado cosas de la herencia, los otros herederos podían descontar un valor igual al que el coheredero había disipado. Finalmente, si uno de los herederos era acreedor del difunto, estaba autorizado ya a

---

(1) El beneficio de inventario es un expediente que permite al heredero no aceptar la herencia sino después de haberse inventariado ésta. Puede de esta suerte rechazarla si ve que el pasivo es superior al activo.

descontar del activo de la herencia el valor del crédito, ya a exigir el pago a los coherederos.

Cuando se procedía amistosamente al reparto de una herencia, los herederos podían hacer las partes a su antojo y repartirlas a la suerte o según las conveniencias de cada cual. Con frecuencia también uno de ellos hacía las partes y los otros elegían. Si no lograban ponerse de acuerdo, hacían las partes los *δατηται* y se distribuían a la suerte. En la formación de los lotes no se tenía en cuenta solamente el valor de los bienes, sino que preocupaba sobre todo su seguridad. Así, un taller para la fabricación de escudos, que no producía más de sesenta minas anuales, se consideraba equivalente a una casa de banca cuyos beneficios ascendían cada año a cien minas. Los coherederos veían en la fábrica una propiedad estable, en tanto les asustaban los riesgos anejos a la explotación de un banco.

A veces, para no dejar a uno solo de los herederos expuesto a todas las eventualidades de un reparto aleatorio, se decidía que ciertos bienes, una casa de banca, por ejemplo, una fábrica, quedaran provisionalmente sin repartir, y se distribuían los otros bienes entre los herederos. Los bienes excluidos del reparto seguían siendo de propiedad común y sus rentas se distribuían en épocas determinadas.

(Caillemer, *le Droit de succession légitime à Athènes*, páginas 199-204. Thorin, éditeur, 4, rue le Goff, París.)

## 21.—EL TESTAMENTO

Fue el testamento desconocido de los atenienses hasta principios del siglo VI, y de los espartanos hasta los comienzos del IV.

Se requerían varias condiciones para que fuera válido. Era necesario, ante todo, que el testador se hallase en

plena posesión de sus facultades. El que era víctima de violencia física o moral, aquél a quien la vejez, la enfermedad, la locura privaban del uso de sus facultades, no podía, legalmente, disponer de sus bienes. Todo ciudadano que hubiera tenido que manejar caudales públicos, estaba privado del derecho de testar en tanto no estaban aprobadas sus cuentas. El menor y la mujer se encontraban en el mismo caso. El hijo adoptivo no estaba tampoco en libertad de legar sus bienes, porque en caso de morir sin sucesión, su fortuna había de volver a la familia del adoptante.

El documento era habitualmente redactado por el testador en presencia de testigos y depositado ya en casa de un amigo, ya en un templo, o en poder de un magistrado. Era raro que del contenido se diese conocimiento a los testigos, los cuales sabían solamente haberse hecho el testamento. Había siempre derecho a modificarlo por medio de un codicilo y hasta de revocarlo.

Una frase de Plutarco parece indicar que en Esparta era absoluta la libertad de testar. En Atenas, la ley no permitía testar en provecho de un pariente o de un extraño, sino cuando no se tenía hijo varón. En ese caso, por otra parte, no era raro que se creara uno por adopción testamentaria. Si el padre no tenía más que una hija, podía testar, pero a condición de imponer al legatario la obligación de casarse con ella. Cuando tenía varias hijas, no designaba otros tantos herederos, sino que escogía uno, al cual pasaba la herencia, con encargo de casar y dotar a todas las demás.

A veces el padre no testaba sino para repartir con igualdad sus bienes entre sus hijos, pero comúnmente era para ir contra el derecho común y asignar a cada uno partes desiguales. Era libre de mejorar al que prefería, y casi siempre favorecía al primogénito. Podía, por lo demás, incluir además de sus hijos a un heredero cualquiera. En Creta, la parte disponible parece haberse reducido a unas cincuenta pesetas. En Atenas no había quizá límite legal, sino simplemente costumbres.

Cualquier testamento podía ser denunciado ante los tribunales. Los jueces exigían sin duda motivos serios para anular el testamento, cuando eran magistrados, como en Esparta, en Elis, en Gortyna. Por el contrario, los grandes jurados de Atenas, de Chío, de Mileto, de Eresos, y en general de los Estados democráticos, se inclinaban mucho menos a respetar la voluntad del difunto. Poco versados en el conocimiento de las leyes y poco cuidadosos de aplicar estrictamente sus reglas, se dejaban guiar gustosos por razones de hecho o por consideraciones extrañas a la causa.

## 22.—TESTAMENTO DE PLATÓN

«Platón ha dejado las cosas que abajo se dicen y dispuesto lo que sigue:

«El terreno situado en Ifæstiades..... no podrá ser enajenado ni por venta ni por cambio, sino que seguirá siendo, en tanto fuese posible, propiedad de mi hijo Adimanto;

De igual modo el terreno situado en Eresides, que he comprado a Calímaco;

3 minas de plata (295 pesetas);

Un jarro de plata que pesa 165 dracmas (720 gramos); una copa que pesa 45 dracmas (196 gramos); un anillo de oro y un pendiente del mismo metal que pesan juntos 4 dracmas y 3 óbolos (20 gramos);

Euclides, el marmolista, me debe 3 minas;

Liberto a Artemo;

Dejo los esclavos cuyos nombres siguen: Tycón, Bicta, Apoloniades, Dionysios;

Los muebles consignados en un escrito cuya copia tiene Demetrios;

No debo nada a nadie;

Los tutores son Sosthenes, Espeusipo, Demetrios, Hegias, Eurymedón, Calímaco, Thrasylo».

(Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, libro III, capítulo XLI-XLII).

### 23.—REPARTO AMISTOSO DE UNA HERENCIA

Convinimos, Olimpiodoro y yo, que cada uno de nosotros tomaría la mitad de la herencia de Conón. Redactamos acerca del particular un contrato escrito, y nos comprometimos mutuamente por los más solemnes juramentos, a repartir equitativamente y conforme a derecho todos los bienes aparentes (1), sin que el uno pudiera percibir más que el otro de la herencia, a hacer en común las consignaciones y restitución de lo que hubiese de más, poniéndonos de acuerdo siempre que fuera necesario..... Tomamos por testigos de estos acuerdos a los dioses, en nombre de los cuales nos juramentamos recíprocamente; luego juraron nuestros parientes, y, por último, Andróclides, en poder del cual depositamos la escritura. Hice en seguida dos partes. Comprendía la una la casa en que Conón vivía y los esclavos tejedores; la otra, la otra casa y los esclavos destinados a machacar las drogas. Todo el dinero aparente que Conón podía haber dejado en el banco de Heráclides, se gastó casi por entero en los funerales y demás ceremonias y en la erección del monumento. Después de haber hecho estas dos partes, di a elegir a Olimpiodoro, dejándole en libertad de tomar de las dos partes la que le conviniera, y tomó los machacantes de drogas y la casa. Recogí, por tanto, los tejedores y la otra casa.

(Demóstenes, *Contra Olimpiodoro*, 8-13).

---

(1) O lo que es igual, cuya existencia podía afirmarse fácilmente.

## 24.—ROBO DE UNA HERENCIA

He aquí a qué punto han llevado su audacia. Euctemón acababa de expirar; su cuerpo estaba en su casa, en el lecho. El primer pensamiento de los malvados fue encerrar a los esclavos, para que ninguno de ellos pudiera ir a notificar el fallecimiento a las dos hijas, a la mujer o a uno de los parientes del difunto; luego, con la mujer (la vieja querida del muerto), se dedicaron a trasladar el mobiliario a la casa contigua, alquilada para este objeto a uno de la banda, a cierto Antídoros. Las hijas y la esposa acabaron por enterarse del fallecimiento y se presentaron. No se las dejó entrar, las cerraron la puerta, las dijeron que no las correspondía enterrar a Euctemón. Con mucho trabajo pudieron al fin, al anochecer, penetrar en la casa. Encontraron el cadáver que, dijeron los criados, yacía abandonado dos días. En cuanto a lo que antes contenía la casa, todo se lo habían llevado aquellas gentes. Las mujeres, como era su deber, no se ocuparon más que del muerto, pero los otros parientes hicieron constar en seguida por los asistentes el estado de cosas, y empezaron por interrogar a los sirvientes para saber dónde había sido llevado todo el mobiliario. Estos respondieron que había sido depositado en la casa vecina. Se quiso ejercer entonces, según la ley, el derecho de seguir la pista a los objetos robados y hacerse entregar los esclavos que habían ayudado al robo. Estas gentes se negaron a hacer nada conforme a justicia.

(Iseo, *Acerca de la herencia de Filoctemón*, 39-42).

## 25.—ASPIRACIONES ILEGÍTIMAS A UNA HERENCIA

La oración de Iseo *Sobre la herencia de Nicostrato*, muerto en el extranjero dejando dos talentos, nos ofrece un cuadro animado y curioso de todas las ambiciones que suscitaba la apertura de una herencia.

«¿Quién no se cortó los cabellos en señal de luto, cuando llegaron los dos talentos? ¿Quién no se cubrió con oscura vestimenta, como si el luto hubiera de dar derechos a la herencia? ¡Cuántos supuestos parientes e hijos no se vieron aparecer, que se decían adoptados en testamento por Nicostrato! Demóstenes, que se presentaba como sobrino, y cuando quedó convicto de que mentía, desistió. Télefo, que suponía que Nicostrato le había dado todos sus bienes, y que también, al cabo de poco tiempo, renunció. Aminiades, que presentaba al arconte un niño de menos de tres años; le atribuía a Nicostrato, cuando se sabía que éste no había aparecido por Atenas desde hacía once. Pyrros de Lampra sostenía que Nicostrato había consagrado su fortuna a la diosa Atena, toda, excepto una parte que le había dejado a él. Ctesis de Besa y Cra-naos dijeron primeramente que habían ganado a Nicostrato un pleito en que éste fue condenado a pagarles un talento, y luego, cuando les fue imposible probarlo, afirmaban que el difunto había sido liberto suyo. En este punto tampoco pudieron conseguir la confirmación de lo dicho. Esos fueron todos los que, desde un principio, ambicionaron la herencia de Nicostrato. Cariades no presentaba entonces ninguna pretensión. Más tarde presentó como herederos instituidos no sólo a él mismo, sino también el hijo que había tenido de una cortesana. Sería necesario, oh jueces, que cuantos vienen de esta suerte a reclamar una fortuna a título de donación testamentaria, si el tribunal declarase infundada su demanda, fueran

castigados con una multa igual al valor del patrimonio de que habían esperado indebidamente hacerse poseedores. No se veía entonces las leyes menospreciadas, las familias ultrajadas por estos especuladores, y la memoria de los muertos insultada por todas sus mentiras.

(Iseo, *Acerca de la herencia de Nicostrato*, 7.11).

## 26.—LA HIJA EPICLERA

Las mujeres, en materia de herencia, eran peor tratadas que los hombres.

En primer lugar, cuando estaban en competencia con un varón de igual parentesco, éste era siempre el preferido.

En segundo lugar, la hija, al menos en Atenas, no heredaba legalmente en el caso de haber hijo. La dote que había recibido o que recibiría en su lugar era todo lo que podía pretender, y esta dote no era equivalente a la parte del hermano. Así, el padre de Demóstenes, que tenía dos hijos, no dejó a su hija más que dos talentos de dote de una fortuna de catorce. En Creta, la hija no tenía derecho sino a la mitad de los bienes muebles y de las rentas que habían de pagar los colonos.

Si el difunto no tenía más que una hija, era heredera, o más bien se la juntaba a la herencia. Se la llamaba *epiclera*. Muchas veces se cuidaba el padre, en vida o por testamento, de casarla o de dejarla prometida. Si no lo había hecho, tocaba a la autoridad pública, al rey entre los espartanos, al arconte entre los atenienses, proveer a este cuidado. Los magistrados, por otra parte, no estaban en libertad de casarla con quien querían, ni con quien quería ella. Había un orden de pretendientes determinado por la ley. Platón, de acuerdo con la ley de Gorty-



na (1), afirma que debía casarse primeramente con uno de sus tíos paternos, «empezando por el de más edad», luego con uno de sus primos hermanos, después con algún otro pariente, siguiendo de uno a otro los grados del parentesco. Todos estos casamientos eran obligatorios para la joven, so pena de perder la mitad de la herencia. Si, en el momento en que devenía epiclera, estaba ya casada, podía verse en la obligación de abandonar a su marido. Los parientes sucesivamente llamados a la mano de la epiclera no estaban obligados en absoluto a casarse con ella, sino que cada uno se hallaba en libertad de ceder su derecho al siguiente. No eran raras en Atenas estas especies de sustituciones. En Creta, el pariente recalcitrante podía ser obligado por los tribunales a casarse en el término de dos meses. Si todos los parientes, uno después de otro, se recusaban, la epiclera quedaba en libertad de elegir en la tribu. Finalmente, si nadie se presentaba en la tribu, los parientes decían: «¿Hay alguien que quiera casarse?» A veces había quien respondiera al llamamiento, y el casamiento tenía lugar en un plazo de treinta días. Si no aparecía pretendiente, la muchacha «se casaba con quien podía», aún fuera de la tribu. Cuando varios parientes se la disputaban, decidían los tribunales.

A decir verdad, la epiclera no tenía la propiedad de la herencia paterna, sino simplemente el depósito. El verdadero heredero era el hijo que nacería de ella. No era sino la intermediaria por la cual los bienes del abuelo pasaban al nieto.

Estas reglas, tan singulares en apariencia, fueron inspiradas por la religión: «El legislador quería dar al difunto, muerto sin herederos varones, un continuador póstumo, un heredero que recogiera su fortuna y perpetuara el culto del hogar. Quería además que este heredero fue-

---

(1) Gortyna era una ciudad de Creta. Se ha descubierto recientemente una larga inscripción que reproduce buena parte de su código civil.

se, en todo lo posible, de la sangre del difunto, y le buscaba en el matrimonio de la hija con el pariente más cercano. En cuanto nacía un hijo del matrimonio, era considerado *hijo* de su abuelo. Por él debía ser restaurada la casa de su abuelo, y los sacrificios domésticos reanudar su interrumpido curso.

(Caillemer, *Le droit de succession légitime à Athènes*, páginas 45-46. París, Thorin, éditeur, 4, rue le Goff).

## 27.—LA TUTELA

«A la muerte del padre, los hijos menores quedan bajo la autoridad del tutor designado por el testamento del difunto. No estando ésta hecha, la tutela pasa al pariente más cercano, en el orden seguido por la ley relativa a las herencias, y finalmente, a falta de parientes, en Atenas designa un tutor el arconte. El tutor administra los bienes del menor y puede disponer de ellos. Pero la ley le obliga a arrendarlos ante el arconte, hipotecando los bienes particulares del arrendatario». (Dareste).

Había tutores honrados, pero les había también que cumplían mal sus obligaciones. Nada tan curioso en este respecto como el ejemplo de Demóstenes.

«Mi padre, dice, dejó una fortuna próximamente de 14 talentos (82.000 pesetas), un hijo de siete años, yo, una hija de cinco, y nuestra madre que había aportado 50 minas (4.910 pesetas) al matrimonio. A punto de morir, adoptó sus disposiciones con respecto a nosotros, y entregó todo en manos de Afobos y de Demofón, sus dos sobrinos, nacidos el uno de su hermano y el otro de su hermana. Les agregó Therippides, con el que no estaba emparentado, pero que era su amigo de la infancia. Dió a este último el usufructo de 70 minas (6.874 pesetas), a deducir de mis bienes durante todo el tiempo que había de trascurrir hasta mi mayor edad, para evitar que por

ambición hubiera de administrar mal mis bienes. A Demofón le dió mi hermana y 2 talentos (11.788 pesetas), pagaderos al contado; a Afobos, nuestra madre con 80 minas (7.856 pesetas) de dote, y a más el disfrute de mi casa y de mis muebles. Al estrechar de esta suerte entre ellos y yo los lazos de familia, pensaba que iría mejor mi tutela».

(Demóstenes, *Primera oración contra Afobos*, 4-5).

Quedó defraudada esta esperanza. En primer lugar, Afobos no se casó con la madre de Demóstenes, ni Demofón con su hermana, lo cual no les impidió apropiarse las dos dotes, al mismo tiempo que Therippides ponía mano sobre el capital cuyas rentas debía percibir. En segundo lugar, los tutores dilapidaron el patrimonio que les estaba confiado. Para cumplir su cometido se les ofrecían dos medios. Podían manejar ellos mismos la fortuna de su pupilo como más conviniera a los intereses de éste. Podían también, y era el procedimiento más seguro, arrendar sus bienes en presencia del arconte. No pensaron un solo instante en arrendarlos; por el contrario, se entendieron para malgastar y echar a perder casi toda la herencia.

Vendieron a vil precio las materias primas que había en almacén para pagar a Therippides sus 70 minas. Para proporcionar a Afobos las 80 que le correspondían, vendieron la mitad de los esclavos armeros, de suerte que el taller quedó de pronto desorganizado. Durante los diez primeros años, Afobos dirigió la fábrica de armas, y pretendió que, lejos de obtener de ella ningún beneficio, había tenido que desembolsar cinco minas (491 pesetas). Luego hubo un paro forzoso prolongado. Finalmente, Therippides se encargó de ella, pero sin devolverla su antigua prosperidad. En cuanto a la fábrica de sillas, desapareció por culpa de Afobos. En suma, el abandono y la ambición de los tutores fueron tales, que al llegar Demóstenes a la mayor edad, es decir, cumplidos los diecisiete años, le ofrecieron en junto la irrisoria cantidad de 70 minas (6.874 pesetas), más sin duda la casa, que valía

30 (2.946 pesetas). Ahora bien; según cálculos muy plausibles de Demóstenes, la herencia, de haber estado bien administrada, hubiera debido alcanzar en aquel momento la suma de 30 talentos (177.000 pesetas).

Tras de esperar dos años, se decidió a presentar demanda contra sus tutores, y en primer lugar contra Afobos, al que reclamó 10 talentos. A pesar de las dificultades de todo género que suscitó su contrario, ganó el pleito. Pero Afobos no pagó en los plazos legales, y además, cuando Demóstenes quiso embargar sus fincas, tropezó con la oposición de Onetor, que se presentó como acreedor hipotecario de Afobos. El crédito, a lo que parece, era enteramente ficticio y no tenía otro objeto que garantizar los bienes de Afobos de todo embargo. Pero Demóstenes se vió entonces obligado a pleitear con Onetor, y se ignora cuál fue el resultado de esta segunda causa. No se sabe tampoco si los otros dos tutores, Demofón y Theripides, fueron igualmente perseguidos. Es probable que hubiera arreglo, y que Demóstenes, en último resultado, se encontrase mucho menos rico que a la muerte de su padre.

---

## CAPÍTULO III

### La educación.

SUMARIO.—1. El niño hasta los siete años.—2. En Atenas no había enseñanza oficial.—3. Enseñanza oficial en Teos y en otras partes.—4. Enseñanza literaria y musical.—5. La gimnástica.—6. Estudios de adorno.—7. Un profesor de moda.—8. La educación del niño fuera de la escuela.—9. La muchacha ateniense.—10. La efebía.—11. Juramento de los efebos.—12. Los efebos fuera del servicio.—13. La educación espartana.—14. Las muchachas en Esparta.—15. La educación pública en Creta.

#### 1.—EL NIÑO HASTA LOS SIETE AÑOS

Acercas de la manera de educar a los niños, había en Grecia dos sistemas. «Los espartanos practicaban la educación que nosotros denominamos *a la inglesa*. No apretaban el cuerpo del niño con fajas y trajes interiores; le acostumbraban a sufrir la intemperie, le lavaban con agua fría, le abrigaban poco, aún en invierno. Los atenienses usaban procedimientos más suaves. Se les censuraba por criar a sus hijos, como diríamos nosotros, *entre algodones*. No obstante, en la misma Atenas había *laconóma-*

nos, como tenemos en Francia *anglómanos*. Había la costumbre de ir a buscar nodrizas a los países de sanas constituciones físicas, a Tesalia, al Peloponeso. Pero los espíritus severos censuraban mucho aquella moda egoísta que separaba a la madre del hijo y le abandonaba a manos mercenarias. Los filósofos predicaban la lactancia materna y avergonzaban a las mujeres jóvenes por su inexplicable coquetería, por su molicie. Parece que la mayor parte se hacían las sordas, como nuestras parisienses». (Pottier, en *Le Temps* de 21 de Diciembre de 1889).

Hasta los seis o siete años próximamente, el niño se dedicaba por completo al juego. Las pinturas de vasos nos ofrecen curiosos pormenores respecto al particular. «Vemos muchachos corriendo, arrastrando carros minúsculos de dos ruedas; un niño de tres años apenas, sentado en el suelo, parece muy ocupado en juntar tierra alrededor de una ramita que es para él, sin duda, árbol frondoso. Otro, menos prudente y abandonado a sus instintos glotonos, va arrastrándose a cuatro pies hacia una mesa cargada de manjares y golosinas, dispuesto a entrar a saco en la comida de un compañero olvidadizo. Con frecuencia se ven animales mezclados en estos juegos. Se engancha un perrito cariñoso a un cochecillo, y se tienen por anticipado las emociones de las carreras del estadio, en que algún hermano mayor ha logrado el premio. A falta de caballo, se echa mano de un inocente pato, y se trata de engancharle para acostumarle a la equitación. Un vaso nos muestra a un muchacho que va a todo correr perseguido por un perro que le va a los alcances, enseñando los dientes y tratando de coger la torta que el fugitivo lleva en la mano. El coche de cabras, clásica diversión de nuestros pequeños, existía en Atenas».

(Pottier, *l'Artiste*, 1890, t. I, pág. 107).

## 2.—EN ATENAS NO HABÍA ENSEÑANZA OFICIAL

La enseñanza no era dada en Atenas por el Estado, ni por corporaciones semejantes a nuestras congregaciones religiosas. Era absolutamente libre y la daban simples particulares en locales privados. «Había disposiciones legislativas sobre la educación. La ley, por ejemplo, obligaba a los padres a hacer que sus hijos se instruyeran; pero muy pronto las costumbres nacionales, la afición natural del pueblo ateniense a las cosas del espíritu, hicieron esta prescripción casi inútil. No servía más que para preservar de la completa ignorancia a los niños que por su pobreza tenían que dejar de ir a la escuela, porque hay que convenir en que, si en el siglo v y en el vi hay en el Ática pocos analfabetos, no todos los ciudadanos, ni mucho menos, tienen la misma cultura. No hay programa, por otra parte, trazado por el legislador, que se contenta con indicar a los profesores un cuadro muy general, dejándoles el cuidado de llenarlo como les parezca. Nada de decretos de la Asamblea mezclando al pueblo en las cuestiones de educación; las leyes pedagógicas que mejor conocemos son viejos reglamentos de policía destinados a hacer que reinen en las escuelas la moderación y la decencia. Magistrados que se llaman *sofronistas* están encargados de asegurar en todas las reuniones de la juventud el respeto a las conveniencias sociales. Por cima de ellos, el Areópago, hasta mediados del siglo v, ejerce sobre los jóvenes una acción moral consecutiva a las facultades censoriales para que está autorizado. Efiialto se las quita. En el siglo iv le son devueltas, luego las pierde de nuevo para no recobrarlas sino en la época romana. Al final de este mismo siglo, vemos a los estrategas mezclados en la educación de los niños». (Según Girard, *l'Éducation athénienne*, páginas 59-60.)

La libertad de enseñanza no implicaba, a pesar de esto, la libertad de doctrinas. El maestro no debía olvidar jamás que tenía entre sus manos futuros ciudadanos, y no tenía derecho a conformar su espíritu a su antojo. Estaba obligado a desarrollar en ellos no sólo el amor a la patria, sino también el amor a las instituciones nacionales. El profesor que, bajo un régimen democrático, hubiera enseñado el menosprecio a la democracia, se hubiera expuesto a ser perseguido. Sócrates no tenía escuela propiamente hablando, y no propagaba ideas sino en la conversación. Fue, no obstante, acusado de corromper a la juventud, es decir, de hacerla enemiga de los principios del gobierno establecido y condenado a muerte por este hecho.

### 3.—ENSEÑANZA OFICIAL EN TEOS Y EN OTRAS PARTES

Una inscripción de Teos nos enseña que en el siglo III a. de J. C. había en esta ciudad profesores oficiales. Un individuo, de nombre Polythrous, hace donación a sus conciudadanos de 34.000 dracmas para subvenir a los gastos de instrucción de todos los niños libres de uno y otro sexo. El interés de esta suma servirá para sostener primeramente tres profesores de literatura, designados anualmente por la Asamblea del pueblo. El primero, el del grado superior, percibirá 600 dracmas anuales; el del segundo grado, 550; el del tercero, 500. Vienen luego dos maestros de gimnástica, con sueldo de 500 dracmas; un maestro de música, pagado con 700, y, por último, un maestro de armas y un profesor de tiro de arco y de javalina, con 300 dracmas el uno, con 250 el otro. La inscripción no dice si los maestros tenían derecho además a retribución de sus alumnos. Estos se dividían en tres clases, según la edad.

Este ejemplo no es único en Grecia. Hay vestigios de



enseñanza pública en Delfos en el siglo II antes de Jesucristo, y en las ciudades de la Italia meridional en época muy anterior.

(Dittenberger, *Sylloge inscriptionum Graecarum*, 349; Girard. *L'Éducation athénienne*, pág. 20).

#### 4. — ENSEÑANZA LITERARIA Y MUSICAL

La educación ateniense en el siglo V comprende tres partes: las letras, la música y la gimnástica. Las primeras se aprenden con el gramatista, la segunda con el citarista, la tercera con el pedotribo.

Probable es que el niño, desde los siete a los doce o catorce años, distribuyera su tiempo entre las letras y la música, y que a partir de los catorce se ocupara sobre todo de gimnástica, sin renunciar por esto a la vida intelectual.

Los primeros conocimientos que adquiriría eran, como en todas partes, la lectura, la escritura y los elementos de aritmética. Luego, el profesor le daba a leer, desde su puesto, versos copiados de los mejores poetas; le hacía aprender de memoria poesías llenas de saludables consejos o que contenían relatos edificantes, elogios de hombres abnegados, que en otro tiempo habían realizado grandes y nobles acciones. Era un medio de cultura, no literario, sino moral. Se leían trozos de los poetas épicos, principalmente de Homero, de los líricos y de los trágicos. Estas lecciones no se parecían en nada a las que en nuestros días se señalan en clase por el profesor y que el niño estudia en su casa. Para fijar un texto en la memoria de los escolares, el maestro lo declamaba punto por punto, y los niños lo repetían después de él, verso tras verso o frase tras frase. Era un dictado que no se escribía. Los alumnos iban sucesivamente o todos juntos delante del profesor, y se mantenían de pie hasta que la lección se supiese por completo.

La enseñanza de la música ocupaba mucho lugar en la educación y se recibía en casa del citarista. Los únicos instrumentos usados eran la cítara o lira y la flauta. Las pinturas de vasos nos indican el método que se empleaba. El maestro ejecutaba primeramente un aire, y el discípulo lo repetía después. Los niños cantaban también las obras de los mejores líricos, con o sin acompañamiento de la lira. Los griegos atribuían singular eficacia a la música. Platón pretende, por ejemplo, que este arte «inspira al alma el amor a la virtud», y Damón enunciaba como principio que no se pueden cambiar sus reglas sin trastornar el Estado. No hay que decir que para la mayoría no tenía otro objeto que agradar. Los jóvenes atenieneses la aprendían, porque estas lecciones constituían el complemento natural de los estudios, y porque el hombre bien nacido debía estar en disposición de tocar la lira para distraerse. Pero no era simple arte de agrado, sino que por la nobleza de sus ritmos y por la poesía que era de ella inseparable, elevaba los corazones y los libraba de mezquinos pensamientos.

(Según Girard, *L'Education athénienne*, 2.<sup>a</sup> parte, libro I, caps. 2 y 3).

## 5.—LA GIMNÁSTICA

A partir de los catorce años venía a ser la gimnástica, para el adolescente, un estudio serio..... Los principales ejercicios enseñados por el pedotribo eran la lucha, la carrera, el salto, el lanzamiento del disco, de la javalina.

El más antiguo y apreciado, porque exigía a un tiempo vigor, flexibilidad y presencia de espíritu, y ponía en juego todos los músculos a la vez, era la lucha. Se luchaba en el barro y en el polvo. El barro aumentaba la dificultad de la lucha, hacía menos fácil el mantenimiento del equilibrio, y como los adversarios rodaban el uno encima del otro, los miembros, ya resbaladizos por el aceite

con que se les había frotado, y empapados en sudor, eran casi imposibles de asir. El polvo, por el contrario, facilitaba la presa pegándose al cuerpo; de intento se levantaban nubes de él que se tendían sobre el adversario y permitían estrecharle sin que escapara. Aquella arena fina, que se pegaba a la piel, evitaba también los enfriamientos. Obstruyendo los poros, resguardaba al atleta del viento áspero que hace a veces tan riguroso el clima del Atica. Terminada la lucha, veíase a los combatientes que, para secarse, volvían a revolcarse en aquel polvo bienhechor. Luego se raspaban con ayuda de la estrigila (1), se lavaban en pilones, y de nuevo, sin duda, se friccionaban en aceite para que las articulaciones conservaran su elasticidad.....

El objetivo del luchador era tumbar al adversario de espaldas, de modo que los dos hombros tocasen al suelo. Para ser vencedor, había que lograr tres veces este resultado. La lucha consistía, por tanto, en derribar sin herir, de donde astucias y un arte verdadero, cuyas mayores delicadezas sabía expresar el idioma. Las dos principales formas de esta prueba eran la lucha de pie y aquella en que se rodaba por tierra. En la primera, se trataba de derribar al competidor sin caer el combatiente; en la segunda, que muchas veces era comienzo de la otra, los dos campeones, abrazados, se esforzaban recíprocamente por hacer que el contrario tocase con la espalda en el suelo. De donde resultaba un torneo lleno de peripecias, que hacía que tan pronto el uno como el otro estuvieran encima, hasta el momento en que el más fuerte o el más diestro sostenía en tierra a su adversario y le obligaba a confesarse vencido.....

La carrera era también uno de los ejercicios más antiguos. Fortalecía los músculos de las piernas y los pulmo-

---

(1). La estrigila era un pequeño instrumento de metal, provisto de un mango, que se pasaba por la piel para limpiarla de basura.

nes. Se corría en arena, para que la dificultad fuera mayor. Había varias clases de carrera: la carrera sencilla, de un estadio (185 metros); la carrera doble, o *diacula*, en que, una vez recorrido el estadio, se volvía al punto de partida; la carrera *hípica*, cuya longitud era la misma recorrida por un caballo en el hipódromo, es decir, que se iba dos veces desde el punto de partida a la meta, y al contrario, lo cual hacía cuatro estadios; finalmente, la carrera larga, o *dólico*, en la que variaba el espacio por recorrer llegando a veces a veinticuatro estadios (3.840 metros). Cuando la meta estaba próxima, lo que más se estimaba era la velocidad; en las carreras largas, se trataba menos de ir deprisa que de conservar la misma marcha y repartir las fuerzas. No se ve que el pedotribo ejercitase a sus discípulos en la carrera con armas. Era un ejercicio de atleta, cuya fatiga hubiera resultado exagerada para adolescentes. La carrera de antorchas no estaba en uso en las palestras, y se reservaba para ciertas solemnidades que se celebraban en parte de noche. Era, más que gimnasia, una especie de espectáculo.

El salto puede considerarse como una de las formas de la carrera. Los niños saltaban zanjas, más o menos anchas, según la edad, y también saltaban obstáculos. Para resultar más pesados y obligarse a mayor esfuerzo, cogían en cada mano una haltera de plomo. Las halteras no aumentaban solamente el peso del cuerpo, sino que se utilizaban también para alargar el salto. En el momento de iniciarse éste, se tiraban por delante con un movimiento rápido que arrastraba al atleta y le hacía caer más lejos que si hubiera estado reducido a su propio peso.

El disco y la javalina tenían gran importancia en las palestras. El primero desarrollaba los músculos de los brazos y de los hombros; la segunda, sin dejar de fortalecer los brazos, ejercitaba la vista. El disco era un círculo macizo, de bronce, cuyo diámetro variaba. El esfuerzo necesario para coger y mover aquel redondel de metal pulimentado era un primer ejercicio saludable para los dedos. Se lanzaba el disco indiferentemente con la

mano derecha o con la izquierda. Había también dos maneras de lanzarlo: a lo alto o en sentido horizontal. Se ejercitaban también en lanzarlo al aire, haciendo que diera vueltas, para recibirlo de lleno en el antebrazo y en la mano. Cuando se lanzaba hacia adelante, se le imprimía una especie de impulso echando el brazo hacia atrás. Para dar más fuerza al lanzamiento, se avanzaba rápidamente algunos pasos. No se ponía blanco a qué dar. Cuando había varios competidores, se proclamaba vencedor a aquél cuyo disco había llegado más lejos.

La javalina exigía tanta destreza como vigor. Se apuntaba al blanco, y para dar en él, era necesario seguridad en la mirada y justo tino para calcular la distancia..... Se tenía cuidado de no poner en manos de los niños javalinas con hierro, porque las imprudencias hubieran sido funestas. Se utilizaban únicamente palos de un largo determinado. Para dispararlos, ocurrióse muy pronto la idea de fijar en ellos una correa por la que se pasaba el índice y el dedo medio, o simplemente el índice, y que ayudaba a la vez a lanzar el arma con más fuerza y a dirigirla mejor. Pero los jóvenes, en general, parecen haberse servido poco de esta ayuda. El sitio por donde había de asirse la javalina tenía su importancia. Si se hubiera cogido demasiado cerca de la punta, el ejercicio hubiera resultado demasiado fácil. Se recomendaba, por el contrario, cogerla por enmedio..... Una vez asida el arma por el sitio conveniente, se alzaba a la altura de la oreja, luego se lanzaba avanzando con rapidez unos cuantos pasos.

Estos diversos ejercicios eran seguidos de cerca por el maestro. Con la varita en la mano, miraba lo que hacían los jóvenes, les elogiaba, les reprendía, les interrogaba para darles explicaciones. Cuando lo juzgaba necesario, no vacilaba en despojarse del manto, para apoyar la explicación con el ejemplo. Los jóvenes le secundaban en estos ejemplos. Había en las palestras verdadera enseñanza mutua, y los niños se encargaban sucesivamente de instruir y de dirigir a sus compañeros. Quizá

también el pedotribo designaba a los más fuertes para desempeñar cerca de los otros el oficio de monitores.

Aparte de éstos, otros ejercicios constituían una especie de gimnástica complementaria. Así los jóvenes hacían ejercicios destinados a darles más flexibilidad corporal, ejercicios que se complicaban con frecuencia teniendo en las manos halteras. Practicaban el manejo del aro y el juego de pelota. Se entregaban al pugilato, especie de lucha a puñetazos, y al pancracio, en que se daba con el puño, pero se trataba igualmente de agarrarse. Se iniciaban además en la instrucción militar. Se aprendía la equitación, al menos los hijos de familias ricas; en cuanto a la danza, no parece haber figurado entre las materias corrientes de la enseñanza.

(P. Girard, *l'Éducation atthénienne*, págs. 194-213).

#### 6.—ESTUDIOS DE ADORNO

Había además estudios de adorno, que sin llegar nunca a ocupar demasiado tiempo, se desarrollaron cada vez más a fines del siglo v y en el trascurso del iv. Las materias enseñadas en la época anterior no fueron ya suficientes, y se empezó a aprender el dibujo, las ciencias, principalmente la geometría, la astronomía, la geografía, por último la retórica y la filosofía. Como los conocimientos humanos habían realizado en aquella época grandes progresos en todos estos puntos, era natural que la educación se aprovechara de ellos. Pero se adivina sin esfuerzo que aquel suplemento de estudios estaba reservado, por la fuerza misma de las cosas, a los jóvenes más ricos e inteligentes de Atenas. Por eso casi no se ven, entre los oyentes de Sócrates, más que hijos de buenas familias. Los conservadores acérrimos, como Aristófanes, censuraban en vano aquellas innovaciones y las ponían en ridículo, pues subsistieron a pesar suyo.

Platón muestra a maravilla cuán grande era la curio-

sidad de espíritu de aquellos jóvenes, y la impresión que en ellos producía la palabra del maestro.

«El joven, dice, que por primera vez ha gustado de aquella fuente, se regocija como si hubiera encontrado un tesoro de sabiduría y se siente trasportado de gozo. Le encanta remover todos los discursos, reunir tan pronto todas las ideas y mezclarlas en una sola, tan pronto desarrollarlas y dividir las en partes, plantear la dificultad primero y principalmente a él mismo, luego a todos los que se le acercan, jóvenes, viejos, gentes de su edad, cualesquiera que sean, sin perdonar a su padre y a su madre, ni a ninguno de los que le escuchan».

Demódoco, viejo estratega, acude a consultar a Sócrates acerca de su hijo Theages. «Algunos jóvenes de su edad, dice, le repiten ciertos discursos que le llenan de turbación, y les envidia. Desde hace mucho tiempo me atormenta, diciendo que debo cuidarme de él y pagar un sofista para que le haga sabio. Pero pienso que, si va a casa de ellos, correrá grandes peligros. Hasta aquí le han contenido mis consejos; pero ya no puedo hacer más. Por eso pienso que lo mejor es ceder».

«Al apuntar el día, Hipócrates llamó tres veces a la puerta con su cayado. Como alguien le hubiera abierto, entró en seguida muy apresurado y dando grandes voces: «Sócrates, dijo, ¿estás despierto o duermes? Conoci tu voz y le respondí: Y bien, Hipócrates, ¿qué traes de nuevo?—Nada que no sea bueno.—Muy bien; pero ¿qué te pasa y por qué has venido a estas horas?—Protágoras, dice, ha llegado.—¿Qué te importa? ¿Es que Protágoras te ha hecho algún daño?—Sí, por los dioses, puesto que es sabio él solo y no me da parte de su sabiduría. Pero, por Zeus, no tienes más que darle dinero y hacer que te escuche; te hará sabio a ti también.—¡Plugue al cielo que sea posible! No ahorraré nada de mi fortuna ni de la de mis amigos. He venido, por lo demás, a verte para que le hables de mí. Se dice que nadie es más hábil que él en el arte de la palabra. Podríamos ir a verle, con objeto de encontrarle en casa todavía. Vive en casa de Calias».

He aquí en qué términos Alcibiades habla de Sócrates: «Cuando le escucho, el corazón me late. Vierto lágrimas oyéndole y veo a muchos otros que hacen lo mismo. Muchas veces ha llegado a conmoverme hasta el punto de que me parecía insoportable el género de vida que hago. Y no dirás, Sócrates, que no es cierto, porque en este mismo momento comprendo bien que, si quisiera prestarte oídos, no resistiría y quedaría turbado como de costumbre. Me obliga a confesar que teniendo necesidad de muchas cosas, me olvido de mí mismo para ocuparme de los asuntos de los atenienses. Por eso huyo a la fuerza, como se huye del lado de las sirenas, tapándome los oídos, para no envejecer sentado al lado suyo. Experimento delante de él algo de que nadie me creería capaz, vergüenza. Sólo delante de él me pongo colorado, porque yo mismo lo comprendo, nada puedo oponerle, no puedo decirle que no debo hacer lo que me aconseja, y no obstante, cuando le he abandonado, sucumbo al deseo de agradar al pueblo. Evito, pues, su presencia, como hace el esclavo fugitivo, y cuando le veo, me avergüenza lo que le he confesado. Muchas veces me alegraría que no estuviese en el mundo. Pero si esto ocurriera, estaría aún mucho más enojado, de suerte que no sé qué hacer con este hombre».

(Platón, traducido por Taine, *Essais de critique et d'histoire*, págs. 164, 167, 187).

#### 7.—UN PROFESOR DE MODA

De todos los profesores que explicaban a la juventud, no había ninguno más popular que Isócrates. Él mismo se alaba de ello, y recuerda con orgullo, al final de su vida, que se venía de muy lejos a escuchar sus consejos. Pinta el dolor de todos aquellos extranjeros que, próximos a abandonarle y tomar el camino del mar de regreso a su patria, no se separaban de él sino con lágrimas. Los atenienses no acudían menos solícitos a sus lecciones. Era



evidentemente el más escuchado de todos los retóricos de su época, y tuvo más discípulos que todos sus rivales juntos.

Era preciso, para aprovechar su enseñanza, vivir cerca de él tres o cuatro años. Sus discípulos eran, sobre todo, hijos de buenas familias, que por su preparación anterior eran capaces de abordar semejantes estudios, y que no estaban obligados a trabajar para ganarse la vida. Basta, para tener la prueba, recorrer la lista de los que lo fueron. Se encuentran gentes como Lysitheides, uno de los atenienses más ricos de su época, como Eunomos, Calippos, Onetor, Anticles, Filónides, Filomelos, Carmántides, todos honrados con coronas de oro por servicios hechos a la república; todos, por consiguiente, mezclados en los grandes negocios y formando parte de esa aristocracia que gobierna Atenas, en manos de la cual están las embajadas, los mandos militares, toda la influencia, todo el crédito. El célebre Androción, el adversario de Demóstenes, a quien Isócrates contó entre sus oyentes, era de vieja y opulenta familia. Su padre Andrón había sido, en el siglo anterior, familiar y admirador de los sofistas, lo cual no dejaba de costar algún dinero. Él mismo se nos presenta como uno de los hombres políticos más poderosos del siglo IV. Leodamas de Acarnes, que había recibido también las enseñanzas de Isócrates, gozaba de autoridad mayor aún, y su elocuencia no cedía a la de Demóstenes. Timoteo, el discípulo querido del maestro, era de una de las mejores casas de la ciudad. Fácil sería citar otros ejemplos. Estos muestran suficientemente a qué clase de gentes iba dirigida la enseñanza de Isócrates. Los jóvenes que trataban de conversar con él pertenecían a la mejor sociedad de Atenas.

Isócrates, a lo que parece, no exigía honorarios a sus oyentes de Atenas, pero a los extranjeros les pedía 1.000 dracmas (980 pesetas). Eran muchos los extranjeros que asistían a sus lecciones, y esto explicaría la gran riqueza del maestro, riqueza que no procedía sólo de ellos, porque sus discípulos atenienses le correspondían con es-

pléndidos regalos. Timoteo, con el cual había trabado amistad muy íntima, le regaló cierto día un talento (pesetas 5.894). Si se añade que los reyes y los tiranos con los cuales estaba en relación, a los que enviaba elogios mezclados con consejos, recompensaban generosamente su elocuencia, que el rey de Chipre Nicocles pagó hasta veinte talentos por el discurso que para él había compuesto, se acabará de comprender de donde podía venir a Isócrates aquella riqueza que sus enemigos le echaban en cara como un gran crimen. Aquellos bienes considerables y el aparato de vida fastuosa que era su consecuencia, aumentaban todavía el prestigio del profesor a los ojos de una juventud delicada y mundana, que gustaba de que la ciencia le fuera ofrecida con elegantes apariencias.

(P. Girard, *l'Éducation athénienne*, págs. 307-309).

#### 8.— LA EDUCACIÓN DEL NIÑO FUERA DE LA ESCUELA

No era la escuela el único sitio donde se aprendía algo. El simple hecho de vivir en un medio limitado, en que el hecho más insignificante era conocido y comentado, desarrollaba singularmente las inteligencias.

Los grandes procesos políticos atraían considerable auditorio. La gravedad de intereses en juego, el talento, la reputación de los oradores, agrupaban alrededor de los jueces a una multitud ansiosa. Al terminar los debates, se hablaba de ellos, y eran durante mucho tiempo tema de todas las conversaciones. El niño no permanecía ajeno a ellas. La fama de aquellas causas célebres llegaba a sus oídos, y seguía apasionado sus peripecias. Esquines, al final de su discurso contra Timarco, nos muestra a los hijos preguntando a sus padres el resultado del proceso; ¿no temen, absolviendo al culpable, tener que responderles que han dado un golpe de muerte a la moral?..... Los había, entre aquellos discursos pronunciados ante el ju-

rado, algunos que adquirirían el carácter de verdadera enseñanza dada a la juventud. Cuando el austero Licurgo ponía al descubierto delante de todos la afrenta de Leócrates, a ella quería dirigirse principalmente, y sus lugares comunes acerca de la virtud y el patriotismo, sus citas llenas de preceptos, no eran otra cosa que grandes lecciones para ella. El mismo da a entender esta preocupación didáctica, cuando a punto de referir la piedad filial de un joven que ha salvado a su padre de la lava del Etna, empieza de esta suerte su relato, volviéndose sin duda a los más jóvenes entre sus oyentes: «Quizá lo que voy a deciros os parecerá leyenda, pero os toca oirlo, jóvenes». Los peligros que corrían los acusados ilustres, los políticos de fama perseguidos por el odio de sus adversarios, conmovían hondamente a la juventud de Atenas. Se recuerda a Demóstenes logrando que su pedagogo le llevase al tribunal en que iba a resolverse la suerte de Calistrato de Afidna. Si no puede considerarse verdadera esta anécdota, es muy de notar el tipo de costumbre que revela.

El niño se instruía también en el teatro, porque sabemos que estaba abierto para él. ¿Se le llevaba a toda clase de espectáculos? Asistía a las tragedias, el hecho no es dudoso; por extraño que pueda parecer, asistía también, se cree, a las representaciones cómicas. Se adivina de qué utilidad eran para el desarrollo de su espíritu aquellas fiestas literarias. Aprendía también en aquellas asambleas en que el heraldo proclamaba las recompensas concedidas por el pueblo a aquellos a quienes quería honrar, cómo su patria reconocía el mérito y la gloria que había en servirla. «¿No sabéis, dice Esquines al terminar un discurso contra Ctesifón, que forma a los jóvenes menos la escuela y todos los lugares donde se cultiva su inteligencia, que las proclamaciones públicas del heraldo?» Y entiende con esto los decretos leídos en el teatro y que contienen la mención de las coronas y honores concedidos a los ciudadanos que habían merecido gratitud de la república. Atenas pasaba por conceder estos fa-

vores con más discernimiento que las otras ciudades. En una sociedad en que el ejemplo podía tanto, y en que sin esfuerzo se convertía todo en enseñanza, en lección para el porvenir, semejante equidad y lo solemne de las recompensas habían de estimular necesariamente a la juventud. Eran para ella escuela de emulación ciudadana.

(P. Girard, *l'Éducation athénienne*, págs. 258-261).

### 9.—LA MUCHACHA ATENIENSE

Hasta el matrimonio, que tenía lugar las más de las veces a los quince años próximamente, las atenienses vivían en el fondo del gineceo (1), en un retiro cerrado a todos los ruidos y a todas las agitaciones de fuera. Sin duda, podría desearse para la muchacha una educación más intensa, que poniéndola en contacto con el mundo exterior, la preparase de esta suerte para los deberes mismos que en algún momento tendría que desempeñar; pero ningún otro sistema habría mantenido mejor en ella las cualidades modestas y dulces que los griegos buscaban, sobre todo, en la mujer. Si conoce demasiado pronto la vida y sus dolores, el alma, parecían temer los griegos, que habría de obtener más daño que provecho; si adquiere más agudeza y clarividencia, este conocimiento se paga caro. ¿Qué llega a ser, con este conocimiento prematuro de la vida y de sus miserias, de la serenidad del pensamiento y la paz interior, a la que tanto valor concedían? Con intención o sin ella, la educación que daban a las jóvenes tenía por resultado mantenerlas en esta disposición de espíritu.

---

(1) El gineceo era la parte de la casa en que estaban habitualmente las mujeres, y en que no eran admitidos los extraños.

Niñas, habían crecido, rodeadas de cuidados atentos de sus madres o de sus nodrizas. Más tarde, se las había enseñado a cardar la lana y a tejer. Sentadas al lado de sus madres, habían aprendido a hacer bien estas labores, que eran la ocupación y la honra de las mujeres. Nada venía a trastornarlas en sus pacíficos quehaceres. La puerta del departamento interior era para ellas a modo de barrera que no franqueaban casi nunca, y ninguna persona extraña llegaba a su lado. No obstante, esta existencia pasiva no era monótona. Estamos en Atenas, y el gusto artístico sabe introducirse en el gineceo, por muy cerrado que esté. A estos conocimientos enteramente prácticos de que acabamos de hablar, se añadían algunos otros, la lectura, la escritura, la música. No hay que exagerar nada; jamás los griegos se preocuparon de cultivar la inteligencia de la mujer y de asociarla a los nobles estudios que elevan el alma y la fortalecen. Pero, en un pueblo de sensibilidad tan exquisita y despierta, la música era otra cosa que un simple entretenimiento; regulaba los movimientos del alma, despertaba en ella no sé qué expresiones armoniosas, que lentamente y por una fuerza casi insensible penetraban en el espíritu y le daban forma.

Luego, a largos intervalos, la muchacha sale de su retiro. Aparece en ciertas ceremonias religiosas y se mezcla en los coros de danza. O bien es designada para llevar en las fiestas las cestillas sagradas, o también, si pertenece a familia aristocrática, es elegida para bordar el velo destinado a Athena y que deberá pasearse solemnemente en la procesión de las grandes Panateneas. Cuando vuelve luego a casa de su padre, durante las largas horas de trabajo, en tanto está inclinada sobre su telar, el recuerdo de aquellas fiestas a que acaba de asistir eleva su espíritu y le llena de imágenes bellas y graciosas. En tanto sus dedos ágiles hacen correr la lanzadera, repasa en su memoria el orden regular de las pompas sagradas, las evoluciones de los coros y la noble arquitectura de los templos. En una existencia tan uniforme, los menores incidentes adquieren importancia y dejan huellas durade-

ras. Proporcionando a la joven ateniense raras ocasiones de vislumbrar el mundo de fuera, y de vislumbrarlo en esas fiestas de maravillosa elegancia, la religión no era inútil para educar su espíritu; no turbaba el recogimiento del gineceo, sino que le animaba de algún modo con recuerdos que, preciosamente guardados, contribuían a desarrollar en su espíritu el sentimiento del orden y de la armonía.

Así, cuando se examinan las ocupaciones de la joven y los escasos placeres que vienen a interrumpirlas, se deduce de estos pormenores una idea única: es algo discreto y reservado, una existencia igual y pacífica, dependiente, pero no envilecida, una ignorancia cuidadosamente mantenida, no para rebajar la inteligencia de la mujer, sino para conservar íntegra la delicadeza de su espíritu y esa flor de castidad que el conocimiento y la sospecha misma del mal no han marchitado todavía.

(Lallier, *De la condition de la femme*, páginas 41-44. París, Thorin, éd. 4. r. le Goff).

## 10.—LA EFEBIA

Al cumplir los dieciocho años, el ateniense salía de la adolescencia y era inscrito en el *ληξιαρχικὸν γραμματεῖον*, es decir, en la lista general de los ciudadanos. Estaba en lo sucesivo en posesión de los derechos civiles y políticos. No obstante, era preciso que durante los dos años siguientes sufriera una especie de noviciado en el cuerpo de los efebos, de lo cual sólo estaban dispensados los pobres.

La efebía era una institución del Estado. Sus reglamentos emanaban todos del Senado o del pueblo, sus principales funcionarios eran magistrados de la república y dependía de la autoridad superior de los estrategas.

Probable es que hasta la época macedónica no se diera a los efebos más que una instrucción militar. Las inscri-

ciones repiten frecuentemente que han salido de la ciudad para vivir en el campo. «Han habitado en los demos, en las fortalezas, han acampado en las fronteras». «En todas sus expediciones han respetado las propiedades que atravesaban y no han merecido más que elogios». La seguridad de los campos debía ser uno de los objetivos de aquellos paseos fuera de Atenas; vigilaban los caminos, eran una especie de guardia civil móvil, que al propio tiempo se acostumbraba a las armas y a la fatiga. No tenemos pormenores, pero vemos en Jenofonte y en Platón lo que era aquella vida al aire libre. «Ya corran los campos, cacen en la montaña, se acostumbran a sufrir hambre. El que no ha matado nada se contenta con algunas hierbas»; se acuestan donde les sorprende la noche, se envuelven en su manto y esperan la aparición del día. Platón quiere que se enseñe a los jóvenes la táctica, las marchas, las contramarchas y el arte de acampar. Sin duda eran el objetivo principal de aquellas expediciones en que los efebos eran llamados *περιπολοι*. Se les habituaba a manejar las máquinas, en particular la catapulta, a lanzar la javalina, a servirse del *kestros*. Se les conducía en naves del Estado y se les daban nociones del arte naval.

A más del cosmeta, que era el jefe de la efebía, se distinguían entre los maestros del colegio el pedotribo, que dirigía los ejercicios corporales en conjunto, el hoplomaco o profesor de esgrima, el akontista que enseñaba a lanzar la javalina, el *afetes* o profesor de balística, el *toxotes*, que enseñaba a tirar con el arco. Esta simple enumeración muestra bastante el carácter militar de la efebía.

El efebo, en una palabra, en tanto Atenas fue libre, era considerado menos como futuro ciudadano que como soldado del porvenir.

(Según Dumont, *Essai sur l'éphébie antique*, I., páginas 146-150, 177 y siguientes. París, Thorin, éd.).

## 11.—JURAMENTO DE LOS EFEBOS

En el primer año de la efebía, en el mes de Boedromión, los efebos acudían armados al templo de Aglaura, y allí, en presencia de las gentes de sus demos, pronunciaban el juramento siguiente:

«Juro no deshonorar jamás estas armas sagradas, no abandonar nunca mi puesto en la batalla. Combatiré por mis dioses y mi hogar, solo o con todos. No dejaré detrás de mí mi patria disminuída, sino más poderosa y fuerte. Obedeceré las órdenes que la prudencia de los magistrados acierte a darme. Estaré sometido a las leyes, a las que ahora están en vigor y a las que el pueblo establezca. Si alguien quisiera derribar estas leyes o desobedecerlas, no lo sufriré, sino que combatiré en favor de ellas, solo y con todos. Veneraré los cultos de mi padre. Tomo por testigos a Aglaura, Enyalos, Ares, Zeus, Thalo, Auxo y Hegemone» (1).

A propósito de este juramento. Fustel de Coulanges hacía notar que la vida cívica, en Atenas, se inauguraba,

---

(1) *Aglaura* era hija de Cécrope, y su leyenda se mezclaba con las más antiguas tradiciones atenienses; *Enyalos* era un dios protector de los ejércitos; *Thalo*, una de las Horas, símbolo de la juventud; *Auxo* y *Hegemone* eran dos Caridades o Gracias, que debían dar fuerza y poder a los que entraban en la vida pública bajo sus auspicios.

Dumont añade que este juramento no es completo. Plutarco (*Vida de Alcibiades*, 15), consigna una frase más, sin duda alterada. Quizá estaba concebida de esta suerte: «Los efebos juran defender todo lo que está comprendido dentro de nuestras fronteras, es decir, todas las viñas, todos los olivares (que hay en Atica), sin excepción; nuestra frontera se detiene allí donde ya no hay cultivo, es decir, en la montaña y en el mar».



no con una declaración de derechos, sino con una declaración de deberes.

(Estobeo, *Florilegium*, XLIII, 48; Pólux, VIII, 105; Licurgo, *Discurso contra Leócrates*, 77; Dumont, *l'Éphébie athénienne*, I., págs. 9-10).

## 12.—LOS EFEBOS FUERA DEL SERVICIO

En el siglo v y en el iv, los efebos no estaban acuartelados, sino que eran libres de vivir donde les parecía. Habitaban éstos en Atenas, aquéllos en los demos de los alrededores, sin verse obligados a abandonar su domicilio. No se reunían sino cuando eran llamados. Como los soldados comunes, proveían en el intervalo a sus negocios y disponían de su tiempo como les convenía. Fuera del servicio, seguían haciendo la vida brillante a que estaban acostumbrados, distribuyendo el tiempo entre lecciones que pagaban muy caras y costosos placeres. Ellos son los que Isócrates nos pinta abandonándose a la molicie, haciéndose refrescar el vino en el agua del Enneacrunos, bebiendo juntos en las tabernas, pasando el día en agitar los dados o en divertirse con las flautistas. Les ocurría asociarse varios para partidas de placer, y disfrazados con nombres extravagantes, amedrantaban a los ciudadanos pacíficos con sus raras acciones y su desprecio de todas las buenas costumbres. Se les encontraba en los tribunales, en las audiencias en que había de hablar algún orador célebre. Frecuentaban también mucho los gimnasios, que eran, en el siglo iv, los lugares de cita de la sociedad elegante. Esquines recuerda que su hermano mayor Filocares no es persona vulgar, que le gusta ir a los gimnasios, y él mismo se alaba de pasar en ellos largas horas conversando con los lindos adolescentes. Mostrarse en los gimnasios prueba que no se tiene nada que hacer, que no se está obligado, para vivir, a trabajar. Indica igualmente que se tienen buenas relaciones, porque los

jóvenes que allí se encuentran son ricos, muchas veces nobles. Por eso el vanidoso, en Teofrasto, se cree obligado a aparecer en ellos. Ya en el siglo v ocurría así. Los caballeros de Aristófanes, que reclaman tan vivamente el derecho a vivir tranquilos en los gimnasios, representan la aristocracia de la juventud ateniense. Equitación y gimnasia son dos artes que van juntas y que debe cultivar todo ciudadano de cierto rango.

Pero lo que hacía sobre todo costumbre aristocrática la asistencia a los gimnasios, era la enseñanza filosófica que en ellos se recibía. Esta enseñanza no todos podían seguirla, porque no estaba al alcance de todos los bolsillos. Varios discípulos de Sócrates, no imitando el desinterés del maestro, comunicaban su sabiduría a precio de oro, como Arístipo. Si Platón no admitía honorarios, sus oyentes eran en general jóvenes que pertenecían a las mejores familias y conocidos por su elegancia. Un poeta cómico nos les pinta vestidos de finas telas, el pelo y la barba cuidadosamente peinados, los pies calzados con sandalias sujetas con correas que se arrollan graciosamente alrededor de la pierna. Entre estos elegantes, todo inclina a creer que había muchos efebos. Según Diógenes Laercio, Teofrasto contó hasta dos mil discípulos, y es imposible que esta cifra no haya comprendido cierto número de efebos. Añadid que éstos seguían también las lecciones de los retóricos. Es de suponer que formaban en gran parte el auditorio de Sócrates. Eran estudios a que no podía llegar la juventud vulgar, y que los efebos ricos podían cultivar solamente.

(Según Girard, *l'Éducation athénienne*, páginas 298-302).

### 13.—LA EDUCACIÓN ESPARTANA

Desde su aparición en la vida, el niño estaba a disposición del Estado. No se confiaba a la decisión del padre, como en otras partes, si el niño tenía derecho a vivir o si

quedaba condenado a desaparecer. Una comisión formada por los más ancianos de la tribu resolvía acerca de su suerte. Si parecía enteco, débil o mal conformado, era enviado a la cima del Taigeto, a un lugar destinado al efecto y que se llamaba Ἀποθέται; si fuerte y sano, se le conservaba.

Hasta los siete años, el niño permanecía en la casa paterna al cuidado de las mujeres. Al cumplir esta edad era llevado al paidónomo, que dirigía la educación de toda la juventud. El paidónomo reunía a los niños en diferentes grupos, que se llamaban ἱλαί. La reunión de varios grupos formaba una clase (βοῦα). Cada grupo tenía al frente un ἰλάρχης, y cada clase un βουάγωγος, elegidos uno y otro entre los muchachos de más edad. Parece que el βουάγωγος era designado por los mismos niños. Estos jefes estaban encargados de dirigir los juegos y los ejercicios gimnásticos, bajo la vigilancia del paidónomo y de los βίβησοι, ayudados por los mastigóforos o azotadores. Numerosos asistentes seguían el espectáculo con interés. Tenían derecho a excitar a los niños para que hiciesen un ejercicio arriesgado, a suscitar entre ellos desafíos, a darles consejos, a reprenderles y hasta a castigarles.

Los ejercicios corporales se graduaban según la edad, pero no se puede especificar nada en este punto. Se sabe solamente que el pugilato y el pancracio estaban excluidos, como convenientes a atletas y no a guerreros. Correr, saltar, luchar, lanzar el disco y la javalina, eran los ejercicios habituales. Claro está que se concedía una parte al manejo de las armas. Se añadían varias clases de danzas, principalmente la pírrica.

Los jóvenes iban apenas cubiertos, la cabeza y los pies al aire desde los doce años. Llevaban, aún en invierno, un vestido único que debía durar todo el año. El pelo lo llevaban cortado al rape. Les estaba prohibido bañarse y perfumarse, a no ser en días señalados, y muy pocos. Dormían sin mantas, sobre hierba, paja, juncos o cañas. Su alimentación era muy sencilla y distribuída con tal parsimonia que no bastaba para satisfacer el hambre, de

suerte que se veían obligados a robar la comida. Estos robos no les valían más que elogios si no eran sorprendidos, pero se les castigaba en caso contrario.

Fuera de los ejercicios diarios, se había imaginado, como medio de endurecerles para el sufrimiento, la prueba del látigo, renovada anualmente ante el altar de Artemisa Orthia. Los jóvenes eran fustigados hasta hacer brotar la sangre, con prohibición de quejarse o pedir gracia, so pena de quedar descalificados. El que más se había sufrido era proclamado «vencedor en el altar». No dejaban de darse ejemplos de que las víctimas expirasen por los latigazos recibidos.

La educación intelectual era muy limitada. Isócrates echa en cara a los espartanos que ni siquiera conocen las letras. Es muy cierto que la lectura y la escritura no figuraban en el programa oficial, pero la mayor parte de los ciudadanos las aprendían espontáneamente. Por el contrario, la música entraba en la enseñanza pública, no sólo como distracción, sino como elemento de educación moral. Los niños entonaban cánticos relacionados con el espíritu patrio y tocaban la cítara o la flauta.

Eran admitidos a las comidas de los hombres y escuchaban sus conversaciones. Unas veces oían hablar de los asuntos públicos, de las acciones loables o reprobables de los antepasados o de los contemporáneos, otras eran testigos de las bromas alegres o mordaces que eran familiares en este pueblo. Podían tomar parte en aquellas conversaciones, expresar su sentir, responder a las burlas y a las preguntas dificultosas con tranquilidad de ánimo, viveza y parquedad. Se les habituaba, sobre todo, a decir muchas cosas en pocas palabras.

Los ciudadanos de más edad tenían derecho al respeto de los jóvenes, para con los cuales eran como maestro con discípulo, como superior con subordinado. Podían reprenderles y hasta castigarles, y si el niño iba quejándose a su casa, el padre le regañaba encima. Los niños eran en el Estado tanto como en su familia, y consideraban a todos los viejos al igual de su padre. Su decencia

y compostura admiraban a los griegos; permanecían silenciosos como estatuas, apenas levantaban la vista, siempre estaban en actitud seria y andaban despacio, con las manos ocultas bajo el manto.

Justamente al cumplir los dieciocho años, abandonaban la clase de los muchachos para tomar el nombre de *μειλλειρνεες* o aspirantes. Hacían entonces un servicio análogo al de los efebos atenienses. A los veinte años cumplidos pasaban al ejército regular, con el nombre de *ειρνεες* o *ιρανες*. Finalmente, a los treinta años, eran hombres hechos y podían crear su hogar propio. Era frecuente, por lo demás, que no esperasen a esta edad para casarse.

(Schömann, *Antigüedades griegas*, págs. 296 y sigs.).

#### 14.—LAS MUCHACHAS DE ESPARTA

Las muchachas, en Esparta, se ejercitaban en la gimnasia y en la música, pero no se sabe nada preciso acerca del modo cómo era dada esta enseñanza. Había probablemente para el caso reglamentos análogos a los de los varones: distribución de las niñas de igual edad en secciones y en clases, gradación de los ejercicios, inspección de los *paidónomos* y de los *βιθεςοι*, etc. Aprendían a correr, a saltar, a luchar, a lanzar el disco y la javalina; aprendían también el canto y la danza, puesto que en las fiestas danzaban en filas y cantaban en coro. Sin duda disponían de locales distintos, en que no entraba la muchedumbre. Había, sin embargo, ejercicios públicos en los que los muchachos asistían a los juegos de las muchachas, y hasta aparece que en aquellos momentos el elogio o la censura de las jóvenes eran para el otro sexo poderoso aguijón.

Aquellas costumbres eran motivo de grande escándalo para los otros pueblos, en que las mujeres eran tenidas en total apartamiento de los hombres, y cuando se com-

paraba una lacedemonia, fuerte y resuelta, con las débiles y tímidas atenienses, debía parecer que no tenían sexo. Se censuraba sobre todo su traje, que apenas las tapaba, principalmente la túnica sin mangas que sólo llegaba por cima de la rodilla. La moral, parece, no padecía con estos usos, y las mujeres espartanas eran en cambio las más robustas y enérgicas de Grecia.

(Schömann, *Antigüedades griegas*, págs. 302-303).

### 15.—LA EDUCACIÓN PÚBLICA EN CRETA

En Creta, los niños son conducidos a las *andrias* o comidas comunes, y allí, sentados en el suelo, comen juntos, vestidos con malas túnicas, que llevan en verano lo mismo que en invierno, sirviéndose ellos mismos y sirviendo al propio tiempo las mesas de los hombres. Muchas veces se les hace luchar unos con otros.

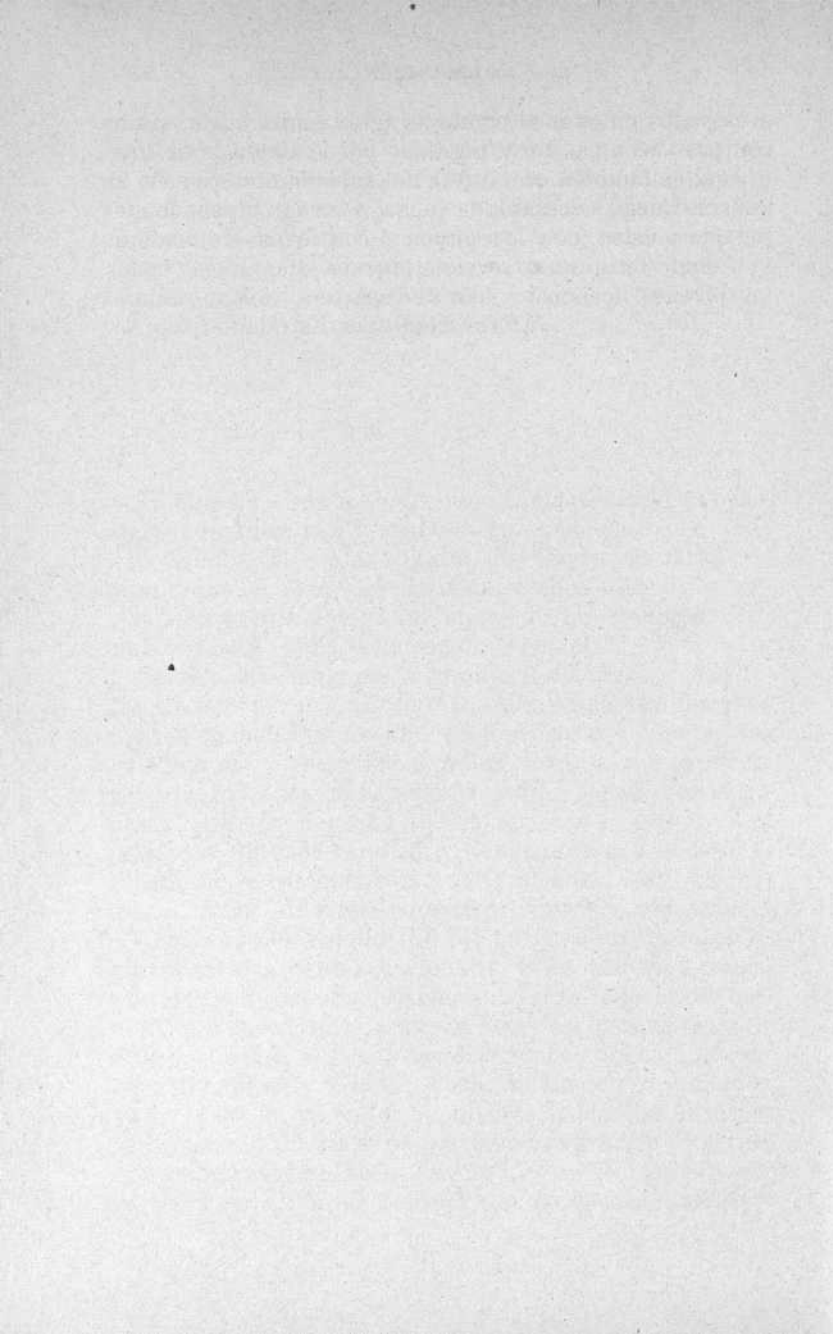
Cuando son mayores, a los diecisiete años, pasan todos sin excepción a las *agelas*. Cada agela está formada por los cuidados de un niño perteneciente a una de las más ilustres y poderosas familias. Recluta a este efecto y reúne todos los más compañeros que puede. Por lo general, el padre del niño que ha formado el grupo es el jefe, y es libre de conducirlo donde quiere, a la caza, al estadio, o de castigar como se le alcanza toda desobediencia a sus órdenes. Todos estos niños son alimentados a expensas del Estado. Se les enseñan rudimentos de gramática, los cantos nacionales y los primeros principios de la música. Se les ejercita sobre todo en el manejo de las armas; se trata de hacerles insensibles a la fatiga, al calor, al frío, a las dificultades del camino áspero y montuoso, a la sensación de los golpes recibidos, ya en la lucha, ya en los simulacros de batallas formales; se les enseña a tirar el arco, y la danza armada o pírrica, porque encuentran hasta en sus juegos útil preparación para la guerra. Varias veces al año, en épocas fijas, se ve

a todos los niños ir al combate, agela contra agela, y ello con paso acompasado y regulado por la flauta y la lira, lo cual es también costumbre del soldado cretense en la guerra. Luego se entabla la lucha, y se dan golpes lo mejor que pueden, con los puños o con armas de madera.

Cuando termina el servicio (duraba diez años), todos los jóvenes licenciados han de casarse al mismo tiempo.

(Eforo, citado por Estrabón, libro X).

---





## CAPÍTULO IV

### La vida privada.

SUMARIO: 1. Los palacios homéricos.—2. Aspecto general de las ciudades griegas.—3. La casa rica de los siglos V y IV.

4. El mobiliario.—5. Adorno de los vasos.

6. Variaciones del vestido griego.—7. El vestido de los hombres en el siglo IV.—8. El vestido de las mujeres.

9. La barba y el pelo.—10. Baños.—11. El tocado de las mujeres.—12. Las alhajas.

13. Las comidas.—14. Los cocineros.—15. Un simposión.—16. Los parásitos.

17. El lujo en Sibaris.

18. Precio de los artículos de comer.—19. Precio de los artículos de vestir y de los muebles.—20. Presupuesto de un hogar ateniense.

21. La medicina.—22. Los sacerdotes médicos.—23. Curaciones realizadas en el santuario de Epidauro.—24. Los médicos públicos.—25. Los médicos particulares.

26. Los funerales.—27. Necesidad de la sepultura.—28. Dos maneras de enterrar.—29. Objetos colocados en las tumbas.—30. El culto de la tumba según los monumentos figurados.—31. Una fundación funeraria.

#### 1.—LOS PALACIOS HOMÉRICOS

En las casas reales, una parte sola parece haber sido de piedra, las alcobas del dueño y de las personas de su familia. Tal es la habitación que Ulises construye alrede-

dor del tronco de olivo silvestre que sirve de apoyo a su lecho; tal las sesenta y dos cámaras destinadas a los hijos y a las hijas de Príamo en el gran palacio de Troya; tal es también el departamento de la maga Circe. Aquellas cámaras de piedra, muy pequeñas, debían estar envueltas en construcciones de madera. Con postes y tablas estaban hechas aquellas grandes salas en que se reunían para comer y beber; lo mismo aquellos almacenes en que se guardaban las provisiones, los vestidos y las armas, así como los tugurios en que dormían los esclavos.

El suelo era de tierra apisonada. Las paredes y los techos de las habitaciones, las hojas de las puertas, las jambas y en ocasiones los umbrales mismos eran de madera de pino, de encina, de fresno o de olivo. Con el pulimento y quizá con ayuda de barniz, el carpintero daba a las partes que se veían de los postes y de las tablas cierto brillo. El humo del hogar contribuía a oscurecer más el color de las maderas, y el de las grasas que al asar la carne chorreaban sobre las brasas encendidas, como también, por último, el de las teas que se encendían al oscurecer, para alumbrar las habitaciones. Por todas partes se depositaba aquel hollín que en la casa de Ulises había estropeado las armas colgadas del techo. No había, en efecto, chimenea, y se encendía el fuego en mitad de la habitación o pegado a la pared, escapándose el humo por la puerta o por los intersticios de las paredes y del techo.

Algunos pasajes de Homero parecen indicar el conocimiento de un género de decorado que el Oriente usó muy pronto. Queremos hablar de revestimientos de metal, de marfil o de porcelana esmaltada que se habrían aplicado a los techos y a las paredes, a veces a los umbrales de las puertas. Pero esos textos no conciernen sino a las moradas construídas por los dioses, o también al palacio de Alcinoó en aquella isla de Esqueria en que todo está encantado. En cuanto al palacio de Menelao, Telémaco admira en él el brillo del bronce, del oro, de la plata y del marfil; pero el poeta no dice que esas materias cubran las paredes, y quizá estaban inscrustadas en el mobiliario.

En el comedor donde se reunían los pretendientes, se guisa durante todo el día, y los despojos de los animales muertos se amontonan en cestos o se tiran por los rincones; patas y cabezas de buey, pieles frescas y chorreando sangre. El patio no está más limpio. Delante de la puerta de la casa hay un montón de estiércol, en que se tiende y dormita el viejo perro de Ulises, y lo mismo ocurre en el palacio de Príamo. Cuando tratamos de representarnos una habitación, pensamos en los konaks actuales de los bajaes y de los beys del Asia Menor. El mismo desarrollo de las construcciones, que parte de piedra y parte de madera, cubren gran espacio de terreno. Las mismas divisiones del edificio: la parte abierta y pública, el *selamlík*, que corresponde al *mégaron* de Homero; la parte secreta y privada, el *harem*, que es el antiguo *thalamos*; finalmente, vastas dependencias para los esclavos y las provisiones. Delante y entre estos edificios, patios espaciosos y poco limpios, por los que vagan las personas y andan los animales. Dentro, la misma mezcla de cierto lujo y abandono, que sorprende al europeo. Armas de valor, pipas enriquecidas con piedras preciosas, tazas, cafeteras, fuentes de elegante forma, y, sobre todo, hermosos tapices. Con esto, el polvo por todas partes, paredes sucias, techos que la lluvia ha abierto y manchado. En alacenas se ven amontonadas en pilas las mantas, que al llegar la noche los sirvientes tienden sobre los divanes y las tablas, como lo hacen sin cesar en *La Odisea*.

(Perrot, *Revue des Deux Mondes*, págs. 294 a 298 del tomo LXX, 1885.)

## 2.—ASPECTO GENERAL DE LAS CIUDADES GRIEGAS

Durante mucho tiempo, las ciudades griegas no conocieron el lujo sino en los monumentos públicos. Las casas particulares, de una mezquindad que nos sorprende, ca-

recían de las comodidades más elementales. Evidentemente, aquellas gentes no vivían casi en casa, y las más de las veces dormían fuera, bajo los porches. Las calles de las ciudades, estrechas y tortuosas, reducidas aún más por las salientes y los balcones del primer piso, dejaban pasar apenas la luz. Atenas sobre todo, conservó durante mucho tiempo el aspecto más lamentable. La ciudad, no obstante, había sido quemada en las guerras médicas, pero fue reedificada con el mismo abandono. Las calles siguieron serpenteando al azar, las casas de los barrios populosos continuaron reducidísimas e incómodas. Los extranjeros hablaban de ellas con menosprecio. El mismo Demóstenes veía con una especie de admiración las pobres moradas de Milciades, de Arístides, de Temístocles. Con mucho trabajo fue penetrando el lujo en las casas particulares. Se había ensanchado el muro de recinto e inaugurado barrios nuevos. El arquitecto Hippodamos de Mileto hizo una verdadera revolución en la construcción de ciudades. En sus obras del Pireo, de Thurium, de Rodas, se ocupó de disponer las calles en orden regular, de alinear las casas. Platón alude a los nuevos reglamentos urbanos dirigidos contra los propietarios. En Atenas, los astínomos y el Areópago fueron encargados de velar por la decencia de las casas, de imponer su arreglo, de castigar las contravenciones. Casi todas las ciudades, Atenas y Megara, Escione y Potidea, Samos y Sardes, se rodearon de grandes arrabales, en los que el lujo se desplegó más a sus anchas. Para comprender este cambio, basta comparar en Atenas los viejos barrios del Pnix y del Areópago con los barrios nuevos del Cerámico y del Dipilón, en que a los tétricos tugurios habían sucedido verdaderas casas. Pero es difícil transformar las calles comerciales de las ciudades y ensanchar sus casas. Por eso la clase rica conservó la costumbre de vivir en el campo. Tucídides e Isócrates afirman que en su tiempo había que buscar fuera de los muros las casas lindas. En el siglo IV, Demóstenes se asusta del lujo creciente de las casas particulares. No obstante, en los países del otro lado del

mar, principalmente en las colonias, aparece ese gusto nuevo; allí la habitación helénica, en los siglos v y iv, llega a su apogeo en los palacios de los tiranos y de los reyes.

(Monceaux, *Dict. des antiquités*, II, pág. 342.)

### 3.—LA CASA RICA DE LOS SIGLOS IV Y V.

Precedía a la casa, generalmente, una barrera que se metía en la calle. El espacio libre entre ella y la puerta formaba un vestíbulo, muchas veces adornado con pinturas, con una inscripción destinada a ahuyentar los ladrones y la mala suerte, con la primitiva imagen de Hecate, de Hermes y un altar de Apolo Agyeus..... A derecha e izquierda de la entrada había cuadras o tiendas (*J. H.*), que directamente comunicaban con la calle. Al extremo del vestíbulo (*A*), se tropezaba con la puerta (*αὐλεία θύρα*). Para llamar se golpeaba con un martillo de metal, o bien, como en Esparta, se decía a grandes voces: «¡Eh!», porque sólo de noche se cerraba la puerta con cerrojo, más tarde con llave. Al ruido, el perro, atado con cadena, empezaba a ladrar y el portero salía de su cuchitril. Desde la época en que se construyeron grandes casas particulares, todo ciudadano que se tenía en algo tenía su portero.

Abierta la puerta, se entra en el patio (*B*) (*αὐλή*), rodeado por tres, a veces por los cuatro lados, por peristilos. Es el centro de la casa, en donde están muchas veces durante el día los dueños, donde se reciben las visitas, y hasta donde se come en tiempo bueno. En medio se alza el altar de Zeus Herkeios. En el fondo, a derecha e izquierda, en los rincones del patio o en habitaciones laterales, están los altares de los dioses de la propiedad (*θεοὶ κτήσιοι*) y de los de la familia (*θεοὶ πατρῶοι*). A ambos lados, bajo los pórticos, se abren diferentes habitaciones, alcobas, despensas, de servicio. Allí están también las destinadas a los huéspedes.

Por el pórtico que da frente a la entrada, o si el pórtico no se prolonga por este lado, por una puerta ancha, se penetra en la sala de los hombres (*C*). Es la habitación principal de la casa y en la que se reúne la familia. Encierra el altar de Hestia, a veces metido en una capillita redonda.

Toda esta parte de la casa que acaba de describirse

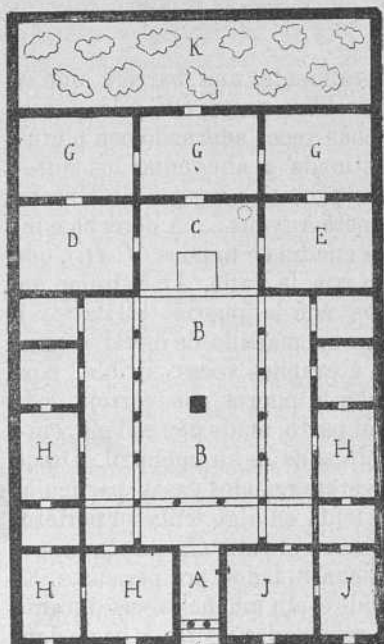


Fig. 1.ª—Casa griega.—Plano.

formaba<sup>el</sup> *ἀνδρωνίτις* o departamento de los hombres. En el fondo de la sala del hogar se abría una puerta, la de detrás del patio (*θύρα μεταύλος*), por donde se entraba al departamento de las mujeres o *gineceo*. Allí se encontraba comúnmente<sup>la</sup> cámara conyugal (*θάλαμος*) y la de las hijas (*E. D.*), colocadas a derecha e izquierda de la sala de los hombres; luego otras habitaciones (*G*), en que trabajaban las esclavas. Detrás del gineceo era frecuente que hubiera un jardincito (*K*), al que se llegaba por una puerta

llamada «puerta del jardín» (*θύρα κηπαία*).

El patio y las habitaciones bajas cubrían sótanos, cisternas y cuevas. Las casas ricas estaban también provistas de cuarto de baño, de panadería, de horno. Cuando se dejó de preparar la comida en el altar de Hestia, se construyó una cocina cercana a la sala de los hombres,

donde se comía habitualmente. El humo de las hornillas se escapaba por chimeneas, únicas que había en la casa, porque las habitaciones no se calentaban jamás sino con hogares trasportables, análogos a los braseros de Italia y Oriente.

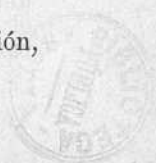
Las casas griegas, principalmente de Atenas, tenían casi siempre un piso alto. Cuando las habitaciones bajas eran bastantes para la familia, se alquilaban a gente extraña las de arriba, a las que conducían, directamente desde la calle, escaleras especiales. En las casas modestas, el primer piso estaba unido al bajo por una escalera interior, y comprendía despensas, graneros, muchas veces el departamento de las mujeres. Allí también dormían las sirvientas.

El primer piso sobresalía al patio y a la calle. Ya Hipias, hijo de Pisistrato, había establecido un impuesto sobre los balcones, las escaleras exteriores y las ventanas con rejas del piso alto. En el siglo IV, Ificrates hizo que los atenienses aprobaran un impuesto análogo sobre las galerías. En las casas bien decoradas, las galerías tenían balaustradas y columnas. Las paredes que daban a la calle estaban llenas de ventanitas, por las que se asomaban curiosas las mujeres. Estas ventanitas estaban defendidas por persianas, no usándose cristales hasta la época del Imperio romano.

En Atenas, después de la guerra del Peloponeso, se empiezan a construir casas más altas. Se añade un segundo piso, y hasta un tercero. Aristófanes, en el *Pluto*, censura la altura de la casa de Timoteo. La de Midias, en Eleusis, era tan desmesurada que cubría con su sombra a las vecinas. Todas estas casas estaban cubiertas de teja.

Para la construcción se empleaban materiales diversos, piedras labradas o guijarro para los cimientos, adobe y madera para las paredes, las cuales se agujereaban fácilmente. Era la especialidad de una clase de ladrones (*τοιχωρύχοι*).

Durante mucho tiempo fue sencillísima la decoración,



que se limitaba a tender sobre las paredes una capa de cal. En el siglo iv se propagan hábitos de lujo. En la casa de Foción, las paredes estaban adornadas con placas de bronce. Se empleaban también en la ornamentación el oro y el marfil. Alcibiades mandó adornar su casa con pinturas murales, lo cual fue copiado muy pronto. Las había en todos los vestíbulos de la pequeña Tanagra. En el peristilo se colocaban tapices, bordados, ricos pavimentos. La mayor parte de las habitaciones estaban cerradas con cortinones. En ocasiones, y desde los tiempos de Esquilo, se cubrían los techos con arabescos. Los corintios dieron el ejemplo de los artesonados esculpidos, en los que se ven muchas veces verdaderos cuadros.

Si se considera el decorado, la distribución, las proporciones de la gran casa helénica del siglo iv, no puede menos de juzgársela de bella apariencia. Pero escaseaban las casas ricas, y no es posible trazar de ellas sino un plano ideal. En toda la ciudad había una porción de moradas intermedias entre la pobre tienda abierta en la roca y la gran casa de peristilo (1).

(Monceaux, *Dict. des antiquités*, II, págs. 343-346).

#### 4.—EL MOBILIARIO

1.º **Sillas.**—El *difros* es una silla baja, sin respaldo, con cuatro pies en forma de X o perpendiculares. Cuando tenía la primera forma, se plegaba sin dificultad; cuando tenía la segunda no se plegaba, porque el asien-

---

(1) La mayor parte de la población vivía en miserables habitaciones que daban directamente a la calle, compuestas de ordinario por dos piezas reducidísimas y a veces por una habitación alta con escalera interior. La peña formaba el suelo y muchas veces la parte baja de las paredes. La parte superior de éstas era de madera, de adobe, de guija-



to y los pies estaban sólidamente unidos. Añadiendo un respaldo al *difros* de esta clase, se inventó el κλισμός, que presenta gran analogía con nuestras sillas. Se entendía por θρόνος todas las sillas más grandes, que a más de respaldo alto tenían apoyos a los lados para posar los brazos. En los templos, el *tronos* era el asiento de la divinidad; en las casas particulares, era el sitio de honor del dueño de la casa y de sus amigos. Difíciles de trasladar a causa de sus dimensiones, estos muebles estaban a veces fijos en las paredes, en tanto los demás asientos se variaban de sitio. Se les hacía generalmente de madera dura. Los de los dioses y los magistrados eran frecuentemente de mármol. Casi siempre tenían, en todas sus partes, ricos adornos. Se les cubría con pieles blandas, tapices o almohadones. Para llegar a ellos se usaban con frecuencia escabeles.



Fig. 2.ª—Silla.

2.º **Lechos.**—La armadura de la cama antigua no era otra cosa que la prolongación del *difros*. Si se prolonga el *difros* de patas cruzadas, se obtiene un lecho de campaña; si el de patas derechas, se tiene una especie de banqueta sin respaldo. Añadiendo un respaldo en la cabecera, luego otro a los pies, más tarde un tercero a lo largo, se hicieron muebles semejantes a nuestras *chaises longues* y sofás. En cuanto a materiales se usaban, a más de las maderas comunes, el arce y el haya. Con esta última se fabricaban muebles macizos unas veces, cha-

---

rros que unía un mortero de tierra diluída en agua. La parte baja servía frecuentemente de tienda. A veces las habitaciones del primer piso estaban alquiladas a gente pobre o a personas de fuera que querían tener habitación en la ciudad. En tal caso, la escalera era exterior. (Monceaux, *ob., cit.*, pág. 342).

peados otras. Los lechos eran labrados con esmero, sobre todo las partes que no cubrían telas, como son las patas y las cabeceras. Las patas eran esculpidas o torneadas. El resto de la cama tenía muchas veces incrustaciones de oro, plata o marfil.

En Homero, no se hace nunca mención de cojines y otros enseres de cama lujosos. La cama del rico se compone primeramente de ῥηγέα, que eran especie de mantas tejidas con lana larga, o una especie de colchón. Por cima se colocaban τάπητες. A veces se extendían sobre los ῥηγέα pieles de cordero. Encima del cuerpo se coloca-



Fig. 3.<sup>a</sup>—Lecho.

ban χλαίνας. Esta palabra, que significa manto, indica que antes de acostarse se quitaban los vestidos para taparse con ellos, o bien que había mantas de lana para este uso. Después de Homero, se puso inmediatamente sobre el catre el colchón llamado κέφαλον, τυλείαν ο τυλή, formado con lana y pluma mezcladas, contenidas en una envoltura de lona o lana. Sobre este colchón se colocaban mantas. Completaban el lecho almohadas muy rellenas.

Los griegos tenían también lechos para leer, para escribir y para comer. Los cubrían con tejidos blandos y felpudos notables por su finura y el brillo de los colores. Uno o dos cojines, muy abultados, mantenían

el cuerpo semiechado o servían de apoyo al brazo izquierdo.

3.º **Mesas.**— No se utilizaban las mesas más que para sostener los utensilios necesarios en las comidas. Cuadradas unas veces, otras redondas u ovals, descansando en tres patas o en una sola, eran comparables a las nuestras, con la única diferencia de que el tablero llega-

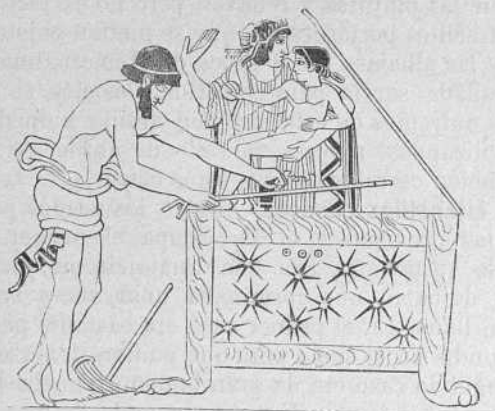


Fig. 4.º—Arcón.

ba apenas a la altura del lecho. Las patas se labraban con buen gusto. Se prefería darles forma de patas de animales o que terminaran en pezuñas. Se hacían estos muebles principalmente de haya, y más tarde de bronce, de metales finos y de marfil.

4.º **Cofres.**— Los griegos guardaban sus vestidos en cofres más o menos grandes (1). Es dudoso que en los

---

(1) Las antiguas pinturas de vasos nos muestran la sólida armazón y las dimensiones de los más grandes de estos cofres. Dos personas pueden caber en ellos. La tapa es llana y gira sobre una charnela. Descansa comúnmente

tiempos más antiguos se hayan conocido las cómodas con cajones y los armarios rectos con hojas. Esto no se ve más que en monumentos de época más reciente. Los cofres para guardar vestidos, mencionados con bastante frecuencia en Homero, tenían, sin duda alguna, semejanza con nuestros viejos arcones. Estaban recargados de figuras y adornos de toda especie, esculpidos o incrustados en metal y marfil. Estos muebles se representan pocas veces en las pinturas y relieves, pero no es raro encontrar cofrecillos portátiles en que se metían objetos de tocador y las alhajas. En la época de Homero, una tira de tela anudada servía para cerrarlos. Después se afirmaron los extremos de esta tira con arcilla humedecida o cera, aplicándose a veces un sello de anillo. Se inventaron también cerraduras para estos cofres.

5.º **Utensilios caseros.**—Entre los usados para conservar las provisiones, el *πίθος* ocupa el primer lugar a causa de su tamaño. Era una tinaja sin pie, de grueso vientre de barro que terminaba unas veces en punta, otras en llano. En el primer caso era bastante pequeña y se la hundía en el suelo para que pudiera tenerse en pie; en el segundo caso era de gran tamaño y ancha boca. El *στάμνος* se parecía al *pitthos*, aun cuando de menor cabida. El *βίκος* era semejante. En todas estas vasijas se ponía vino, aceite, higos, conservas. El ánfora era un vaso con dos asas, de ancha panza ovoidal, con cuello más o menos largo, con un orificio proporcionado a la panza. Descansaba frecuentemente en un pie, pero muchas veces también terminaba en punta y era necesario entonces apoyarla contra una pared o colocarla sobre un pie. El *κάρδος* era una variedad del ánfora. La hidria era una es-

---

en pies poco elevados, de forma de garras. La caja en que se metía el dinero, los títulos de propiedad y los objetos de valor que se tenían se llamaba *ἀργυροθήκη*, y estaba en la parte más escondida de la casa. (Saglio, *Dict. des antiq.*, I, 362-363).

pecie de cántaro que en la panza tenía una tercer asa, permitiendo meterla en el agua y sacarla luego para colocarla encima de la cabeza. El κώθων se usaba para viaje, principalmente por los soldados en campaña. Era una botella de cuello estrecho, con asas y con bastante panza. Estaba hecha de un barro especial que libraba al agua de sus impurezas. Tal era también el βομβυλιός, del cual salía el líquido gota a gota, produciendo un ruido característico. Los leцитos eran vasos con

pie de forma alargada, provistos de un asa y destinados a contener perfumes. El ἀλάβαστρον era un frasco-

Fig. 5.<sup>a</sup>—Pithos.Fig. 6.<sup>a</sup>—Cratera.

cilíndrico, un poco estrecho por la punta del cuello y con dos orejas en que había a veces una abertura; se colgaba por medio de un hilo pasado por estos agujeros. Se le destinaba a guardar perfumes y esencias. — Los vasos para hacer mezclas, usados en las comidas y en las libaciones, llevaban el nombre general de *crateras*. La cratera tenía gran panza, ancha boca, dos asas a los lados y un pie para sostenerse sin peligro alguno; la forma varió mucho por

lo demás (1).—Se distinguan entre las vasijas para echar líquidos: el aribalo, ancho en la parte baja y estrecho por el cuello, dice Ateneo, como una bolsa con los cordones apretados; el *oenocoe*, el *cous*, el *procous*, que presentaban alguna semejanza con nuestros jarros; el cotilo, que se usaba como medida, pero que era también vaso de libaciones y que servía en las comidas para beber el vino puro; el *kyathos*, especie de cacillo con mango largo que permitía extraer de otra vasija, sin meter los dedos en el líquido. — En cuanto a los vasos para beber, figuraba el *φιάλη*, escudilla llana, sin asas y sin pie, de fondo un tanto abombado; la *κύλιξ*, copa con dos asas, sostenida en un pie muy gracioso; el *σκύφος*, taza grande con dos asas, de fondo llano unas veces, otras puntia-gudo; el *κάνθαρος*, copa con grandes asas y pie alto; el *καρχήσιον*, copa oblonga, ligeramente inflada en medio de la panza y provista de asas que llegaban hasta abajo; finalmente, el *ρυτόν ο κέρας*, que tenía forma de cuerno. — Respecto a batería de cocina, no queda, salvo algunos platos, casi ningún vestigio. La *χύτρα* era una marmita con dos asas

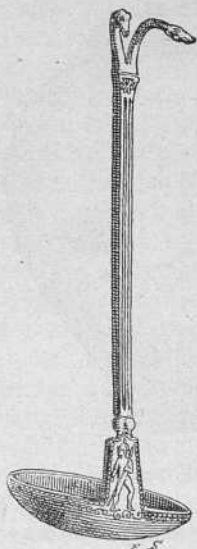


Fig. 7.<sup>a</sup>—Kyathos.

llegaban hasta abajo; finalmente, el *ρυτόν ο κέρας*, que tenía forma de cuerno. — Respecto a batería de cocina, no queda, salvo algunos platos, casi ningún vestigio. La *χύτρα* era una marmita con dos asas

(1) Los griegos no tenían costumbre de beber el vino puro. Antes del banquete, los sirvientes mezclaban el agua y el vino en las crateras en proporciones variables y determinadas de antemano. Luego se colocaba la cratera sobre la mesa, y cada convidado, o el esclavo copero, cogía de ella lo que quería. (Pottier, *Dict.*, pág. 1553). -- Crateras de oro, de plata y de bronce figuraban en gran número entre las ofrendas religiosas. Se utilizaban también para adorno de los jardines, siendo en este caso de mármol.

en que se cocían las legumbres y la carne. A veces tenía tres pies, pero comúnmente se colocaba sobre un trípode. El λέβης, generalmente de bronce, era muy semejante. Nuestros museos poseen ejemplares de platos, todos muy macizos.

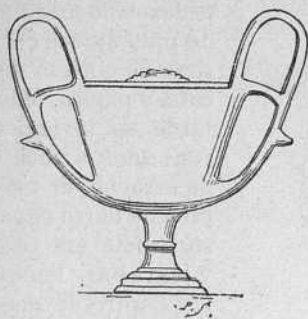


Fig. 8.ª—Cantharos.

Los peces que representan sus pinturas indican suficientemente su uso, y de ahí el nombre *ιχθύαι* que se les daba (1). — El *calathos* era una cesta hecha de junco o de mimbre entrelazado, bastante estrecha por abajo y que ensanchaba gradualmente. En ella se ponía la lana destinada a las labores de tapicería y bordado. Se podían poner también flores, frutas, espigas, los productos de la cosecha o de la vendimia. Durante las comidas, el pan y los pastelillos eran servidos en cestas redondas u ovaladas, bastante bajas y con asas (*καυσῶν*). Se empleaban también estas cestas para las ofrendas a los dioses. En la procesión de las Panateneas figuraban jóvenes llamadas *canéforas* (2).



Fig. 9.ª  
Cestillo de labor.

6.º **Antorchas y lámparas.**—Para alumbrar y calentar las habitaciones, los griegos se servían ya, en tiempo

(1) Se puede añadir el asador (*ὄβελος*), el trinchante (*κρεάγγρα, ἐξαυστήρ*), el cuchillo (*μάχαιρα*).

(2) Los griegos conocieron el vaso de noche (*ἀμῖς*). Era indispensable en los banquetes y las reuniones de bebedores. Los convidados hacían que se lo trajeran los esclavos. Podría suponerse aún que cada uno de ellos tenía un *ἀμῖς* bastante cerca, porque Esquilo y Sófoles habían representado, en obras hoy perdidas, griegos borrachos que se rompían dichos vasos en la cabeza. (Ch. Morel, *Dict.*, I, pág. 229).

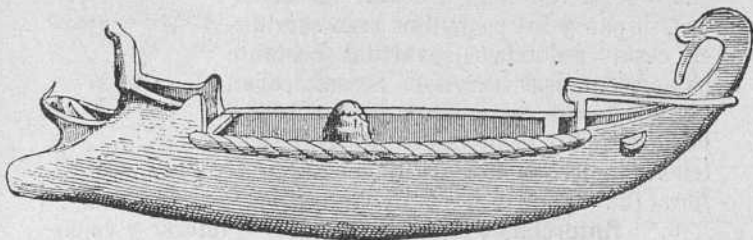
de Homero, de recipientes para fuego que se colocaban en altos pilares y se llenaban de astillas y de madera seca o teas. Tenía también antorchas compuestas de



10.—Marmita.

pedazos de madera de pino atados con tiras de corteza de caña o pápiro. Más tarde se inventaron unos a modo de estuches de metal o de barro cuya superficie era lisa y estaban llenos por dentro de materias resinosas. Se les llamaba *φανός*.

Debajo se ponía generalmente un tiesto para que en él cayera la brasa o la resina que goteaba. El *fanos*, puesto sobre un pie, se llamaba *λαχνοῦχος*. Se ignora en qué mo-



11.—Lámpara de forma de barca.

mento preciso se introdujo en Grecia el uso de las lámparas de aceite, conocidas ya, en todo caso, a fines del siglo v. Eran de barro cocido o de metal y tenían las formas más variadas. Tenían dos aberturas, una para echar el aceite, otra por la que salía la mecha. De noche, para alumbrarse por la calle, se utilizaban antor-



chas o linternas que consistían en una lámpara metida en un cuerno trasparente. Se encendía el fuego con brasas que se conservaban bajo la ceniza del hogar. Sabíase, no obstante, producir llama frotando con fuerza dos pedazos de madera, uno de los cuales, de forma de berbiquí, se introducía en el otro.

(Guhl y Koner, *La vida antigua*).

### 5.—ADORNO DE LOS VASOS

Reproduzco la descripción de algunas pinturas de vasos para mostrar cuán grande era muchas veces la riqueza de su adorno.

«Se conoce una serie de vasos cuyo destino exigía asuntos de índole especial. Se trata de las hermosas ánforas de panza ancha, de cuello largo, designadas con el nombre de *loutroforas*, y que desempeñaban papel en las ceremonias del casamiento. En una de ellas se representa, por un lado, la partida de la nueva pareja para su morada. El esposo, muy joven, coronado de mirto, ha cogido a su mujer en los brazos y va a depositarla en el carro de que tiran mulos guiados por el *parocos*, elegido entre los amigos del casado. Cerca de ellos está uno de los niños encargados de guiar a la desposada. En otra parte, separada de la primera por una columna dórica, el padre y la madre del esposo, ésta teniendo antorchas nupciales, acogen al matrimonio en el umbral de la casa paterna.....

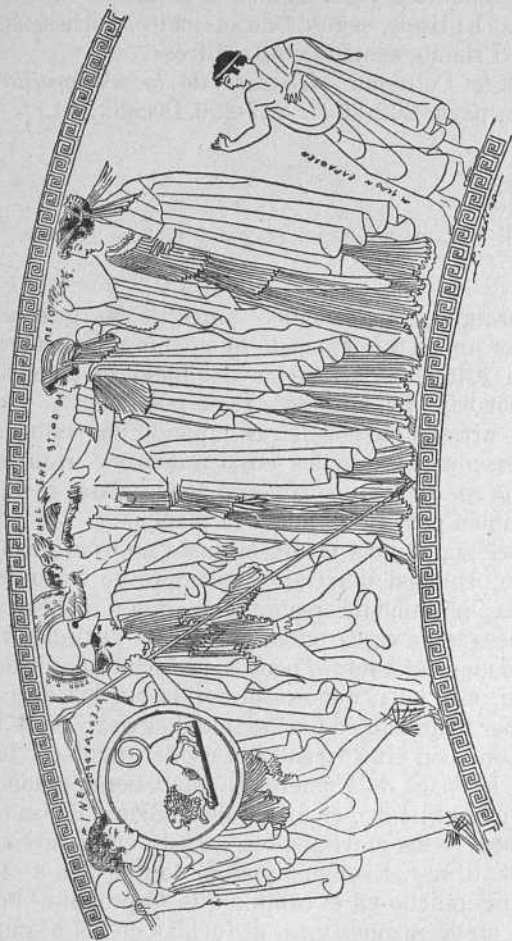
»La pintura de una cenocóe pone ante nosotros una escena doméstica del gineceo. El centro de la composición está ocupado por una especie de mesita con patas, quizá simplemente un taburete, colgada del techo con ayuda de tres cuerdas. Una mujer, que en la mano tiene un objeto pequeño y redondo que parece un vaso de perfumes, está ocupada en ir colocando sobre la mesita vesti-

dos cuidadosamente doblados. Cerca de ella, otros vestidos, tirados apresuradamente en una silla de respaldo, esperan que les llegue la vez. Al otro lado, una mujer con vestido de tela fina y corta túnica sin mangas cubierta de bordados, está absorta en una operación que excita en sumo grado la curiosidad de un muchacho: vierte el contenido de una *œnocoé* en objetos reunidos en montón y en que precisa ver quizá piezas de tela.

» La primera cara de un *scifos* del siglo v representa el rapto de Helena. Páris va hacia la izquierda con paso rápido. En la cabeza lleva el gran casco argivo, sobre el cuerpo se ven dos finas túnicas y en los hombros gran manto de viaje. En la diestra sostiene larga lanza, y con la mano izquierda oprime la muñeca de Helena, que le sigue con los ojos bajos, el paso indeciso, en púdica actitud de tristeza. Lleva velo sobre la cabeza, a la manera de las solteras y de las desposadas. Afrodite, de pie detrás de ella, trabaja con ambas manos para arreglar bien los pligues de este velo y alienta a su protegida para que marche alegre. Eros, representado en los aires en forma de niño alado, trata también de arrastrarla mostrándola el camino. Algunas figuras acaban de completar la escena. Detrás de Afrodite, Peitho (la Persuasión), parece como la diosa hablar a Helena y confirmarla en su resolución. Delante de Páris, un joven guerrero, Eneas, la cabeza descubierta, los cabellos ligeramente rizados, el *petasos* colgado a la espalda, con dos javalinas en la diestra mano y en la izquierda un escudo redondo adornado con la figura de un león, muestra pensar que se retrasan, y vuelta la cabeza en dirección a sus compañeros, parece excitarles a ir de prisa. Finalmente, a la derecha del todo de este grupo de seis personajes, en el pequeño espacio que deja vacío el asa de la copa, hay un hombre joven, y mucho más pequeño que los otros, que da muestras de admiración.

» En la otra cara está Menelao, encontrando en el palacio de Príamo, después de la toma de Troya, a su esposa infiel y tirando de espada para matarla. Helena

huye en dirección a Afrodite. Ésta, con movimiento de singular audacia, quita rápidamente el manto en que



12. — Adorno de un vaso.

Helena estaba envuelta, y su actitud imperiosa, la cabeza erguida, los ojos mirando bien de frente, el brazo de-

recho tendido, ordenan a Menelao reconciliarse con su esposa. Tres figuras de relleno rodean el grupo en composición ingeniosa y animada: a la izquierda la joven sacerdotisa Khriseis, seguida de su padre, Khrisseus. A la derecha Príamo, sentado en un difros».

(Rayet et Collignon, *Histoire de la céramique grecque*, págs. 202-203 y 247-250 Décaux. éd.)

#### 6.—VARIACIONES EN EL TRAJE DE LAS MUJERES

El antiguo traje helénico, antes de las guerras Médicas, era un vestido ajustado que ceñía a las caderas un cinturón estrecho. Alrededor del torso se pegaba a la carne; por bajo del talle caía recto por delante, y en las mujeres arrastraba por detrás tapando los talones, con pequeños pliegues rizados cuyo número y rigurosa simetría no se explican solamente por la clase de la tela, sino también por el engrudo y la plancha.

Pocos siglos más tarde, el gusto no es el mismo. El elemento principal del traje es siempre un trozo de tela de forma ligeramente rectangular, que broches, y más raras veces cosidos, permiten colocar de distintas maneras alrededor del cuerpo, pero esa tela ha adquirido más amplitud, y la lana, que era preferida por los dorios, parece haber triunfado en todo el mundo griego sobre la tela de hilo que con gran frecuencia usaban también los jonios en la época de Homero. El paño tiene mucho más cuerpo que el lienzo, es más independiente de las formas que cubre, y los movimientos acusan en él surcos más anchos y firmes. Esta sustitución de una tela a otra debió influir mucho en el cambio que se produjo. Podrían hallarse otras razones más, deducidas de las costumbres que sufrieron un cambio, del sentimiento estético que se refinó. Sea lo que quiera, los paños se vieron libres de las minucias del apresto, y se libraron de aquel aire



Fig. 13.—Traje primitivo de las mujeres.

de molestia y sujeción que acompañan siempre a los trajes ajustados.

Los antiguos jonios eran muy aficionados a la clara blancura de las telas de hilo; pero teñían la lana de encarnado, de violeta, de amarillo, de azul. Gustaban mucho de los dibujos complicados, que el tejedor lograba para ellos en el telar mezclando hilos, o que la aguja de la bordadora trazaba sobre el fondo. En los bordes, el elemento geométrico prodigaba estas combinaciones; dentro, se trazaban estrellas, hojas, flores, animales reales o quiméricos, a veces figuras de dioses y de genios, escenas de caza o de guerra. Los griegos no perdieron nunca la afición a los trajes multicolores, a las telas de ramos grandes. No obstante, lo que dominó en el siglo v y en el iv, fue un vestido sencillo y liso, blanco u algo oscuro, adornado, a lo sumo, con una faja amarilla, roja o azul. Esta faja era a veces sobriamente adornada con una línea ondulante u otro motivo análogo.

(Perrot, *Revue des Deux Mondes*, tomo LXX (1885), páginas 299-300.)

#### 7.—EL TRAJE DE LOS HOMBRES EN EL SIGLO IV

La prenda principal en los hombres era el *jiton*, que se ponía directamente encima de la carne, sin camisa. Era una pieza de tela que, de arriba abajo, envolvía todo el cuerpo. Por un lado, era completamente cerrado, y sólo tenía una escotadura para pasar el brazo. Por el otro, las puntas de arriba de la tela se unían encima del hombro por medio de un broche o de un botón. Por este lado iba unas veces cosido todo a lo largo; otras, pero más raramente, abierto. Un cinturón permitía subirlo hasta donde se quisiera. Los atenienses lo llevaron primero largo, como los jonios de Asia Menor, y después de las guerras Médicas, lo sustituyeron por el modelo

corto de los dorios, que no pasaba de la rodilla. Muchas veces se le pegaban mangas enteras o medias mangas. El de los esclavos y los obreros (*exomis*), no tenía más que una abertura para el brazo izquierdo y dejaba al descubierto el lado derecho.



Fig. 14.— *Exomis* o *himation*.

Por cima del *jiton*, se ponía un vestido de forma oblonga y muy amplio llamado *himation*.

Se sujetaba una de las puntas de la tela sobre el pecho, por bajo del brazo izquierdo. La tela cubría luego el

hombro izquierdo, la espalda, pasaba por encima o por debajo del brazo derecho, volvía al hombro izquierdo, y caía finalmente, por una de sus puntas, sobre la espalda. Era, por tanto, una especie de capa española. Variedad de este manto era el *tribonion*, especie de gabán mucho más pequeño, originario de las ciudades dorias.



Fig. 15.— *Clámide*.

La *clámide* era un manto corto que se sujetaba con un corchete alrededor del cuello y que flotaba libremente sobre los hombros y la espalda. Se usaba para caza, para campaña y para

viaje. Los jóvenes en Atenas, y los ciudadanos en Esparta, la usaban comúnmente.

En la ciudad, los griegos iban habitualmente con la cabeza descubierta. En el campo, o cuando viajaban, se resguardaban del sol, ya con el *πιλος*, casquete de fieltro sin alas, o con alas pequeñísimas, ya con el *πέτασος*, sombrero de fieltro, menos alto de copa que los nuestros y provisto de una correa que servía para sujetarlo a la cabeza, o para sostenerlo cuando se dejaba caer a la espalda.



Fig. 16.—Petasos.

El calzado más frecuente era una sandalia sujeta al pie con correas. Los griegos co-



Fig. 17.



Fig. 18.

Calzados.

nocían también una bota verdadera que llegaba hasta la pantorrilla y más arriba aún, y que se sujetaba por delante. Por lo demás, iban muchas veces descalzos.

## 8.—TRAJE DE LAS MUJERES

Nada más sencillo que el traje femenino. La parte fundamental era la túnica (*jiton*) que caía hasta los talones. El cuerpo iba, en la túnica, unido a la falda. Unas veces tenía mangas pequeñas, otras era abierto por arriba y se sujetaba al hombro. Era el traje de casa, hecho de una tela a la vez flexible y de cuerpo, generalmente de lana, a



veces de hilo. Comúnmente esta túnica era blanca y rodeada de una franja de color, y la sujetaba al talle un cinturón que permitía darla varias formas. Las solteras se la sujetaban al talle, las casadas se ponían el cinturón más arriba, conforme a la moda que la época del Directorio copió de la antigüedad. Los brazos quedaban al descubierto y los pies iban delicadamente calzados. «Las mujeres de Tebas, dice un escritor antiguo, llevan botitas finas, bajas y estrechas, de color encarnado. Están tan bien atadas, que el pie parece ir casi desnudo». Las figuritas de Tanagra llevan botitas amarillas con suela roja.

Tal era el traje de casa; pero este abandono algo sumario no era de



Fig. 19.— *Jiton* femenino.

suficiente abrigo ni bastante decente para la calle, ni tampoco lo que exigía la elegancia. Cuando querían salir e ir compuestas, las griegas se ponían por encima el *himation*, llamado unas veces *peplos*, otras *calyptra*. Es bastante difícil indicar la diferencia entre estas dos palabras, tanto más cuanto que las griegas no tenían menos afán por las modas nuevas que las mujeres de nues-



Fig. 20. — Traje de casa y para salir.

tro tiempo. Parece, no obstante, que la *calyptra* era más pequeña y más fina, y el *peplos* más grueso y amplio.

Lo importante, por lo demás, era saber colocar elegantemente aquel trozo de tela de metro y medio de anchura y de dos a dos veces y media más largo, que unas veces era blanca y otras de color de rosa, como en Tanagra, o rodeada de franjas de color de púrpura o negro. La manera de llevarla variaba hasta lo infinito. «Si hacía un poco de calor, dice Rayet, y quería la griega ir a gusto, dejaba que la *calyptra* colgase por detrás a la altura del talle, sosteniéndola solamente con ambos brazos semidoblados, y dejando que las puntas cayeran a uno y otro lado, o bien recogía una de las puntas y la echaba

al desgaire por encima del hombro izquierdo. No era entonces más que una elegante banda, un pretexto para graciosas actitudes». Si quería cubrirse mejor, se tapaba la cabeza con la tela y dejaba caer la punta derecha por encima del hombro izquierdo, de modo que colgase por detrás, adhiriéndose de esta suerte el vestido al cuerpo y dejando una mano libre. A veces la parte inferior del rostro iba



Fig. 21.—Himation terciado.



Fig. 22.—Sombrero de mujer.

velada por la tela, lo cual era moda entre las mujeres de Tebas. «La parte de su himation, dice un autor antiguo, que la cubre la cabeza, está dispuesta de suerte que el rostro se encuentra reducido a las proporciones de un antifaz. Sólo los ojos están al descubierto, todo lo demás lo tapa la tela».

Sobre la cabeza, las mujeres se ponían con gusto un sombrero redondo, casi sin copa y terminado en punta. En la mano llevaban el abanico de forma de loto, gene-

ralmente pintado de azul claro. En los brazos, en las manos llevaban alhajas de oro. Finalmente, la pintura y el antimonio servían para desfigurar la cara, y sabias mixturas daban al pelo lindo tinte dorado que recuerda el rubio veneciano.

(Diehl, *Excursions archéologiques en Grèce*, págs. 375 y siguientes. París, Colín et C<sup>ie</sup>, éditeurs).

### 9.—LA BARBA Y EL PELO

En los monumentos más antiguos no se ven la barba y el bigote completos, sino solamente una barba espesa a la asiria que circunda las mejillas, una perilla muy larga y el resto completamente afeitado alrededor de los labios. Esta moda persistió en Esparta. Los lacedemonios tenían



Fig. 23.  
Barba primitiva.

la barba larga y espesa, porque les parecía varonil, pero todos los años, al posesionarse del cargo, los éforos renovaban la prescripción legal «de cortarse el bigote». En Atenas se dejaba crecer la barba, sin exageración no obstante, y en esto se ponía el mayor cuidado. Había, sin embargo, individuos que por presumir se afeitaban y se depilaban sin temor a las chanzonetas de que eran objeto. Algunos raros testimonios prueban que las navajas de afeitar y las pastas depilatorias estuvieron muy pronto en

uso, principalmente en la Magna Grecia. No obstante, sólo a partir de Alejandro se renunció, de una manera general, a usar barba. Cortarse la barba, o, por el contrario, llevarla larga, fue, según los tiempos, señal de tristeza y de luto. (Saglio, *Dict. des antiquités*, I, páginas 667-669).

Antes de las guerras Médicas, el peinado de los griegos tiene carácter enteramente oriental. Las grandes túnicas de lino y las largas cabelleras, que distinguían entonces a los ciudadanos de más nota, debían darles un aspecto semejante al de los dignatarios egipcios o asirios. Unas veces los cabellos caían en libertad, divididos en mechones rizados que iban a parar tiesos a la espalda, de donde en parte se recogían a uno y otro lado sobre el pecho; otras se echaban hacia atrás, ya en largas trenzas, ya recogidos todos con una cinta. A veces, en vez de dejarles colgar a la espalda, se les daba vuelta y se recogían sobre



Fig. 24.

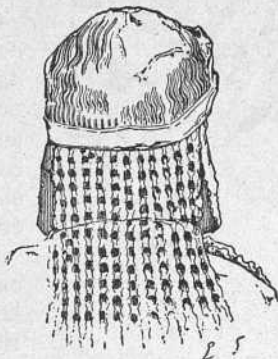


Fig. 25.

## Peinados primitivos.

la nuca en forma de rodete.—Después de las guerras Médicas, el peinado de los hombres se reduce y viene a ser enteramente distinto al de las mujeres. En Atenas, los hombres ya no llevan el pelo largo sino en la infancia y hasta la edad de la efebía. Se renuncia a los peinados simétricos. El pelo se lleva corto, pero no cortado al rape, al menos entre los que frecuentan todavía los gimnasios y las palestras. Más tarde tiene mediano largo y cae tapando el cuello, sin llegar a los hombros. Si se riza, es naturalmente. Espesa cabellera, despejada la frente, circundando el rostro, fue siempre, a los ojos de los griegos,

señal de energía y altivez. Respecto a los espartanos, no se sabe si usaban el pelo largo o corto en circunstancias comunes, pues los datos de los antiguos sobre el particular son contradictorios. Los eubeos se caracterizan por el epíteto de *ὀπισθοκόρμαι* (que llevan el pelo hacia atrás), los tracios por el de *ἄκροκόρμαι* (que lo recogen en la parte alta de la cabeza). Los macedonios usaron el pelo largo hasta Alejandro y corto después. — Estas costumbres, por lo demás, estaban sujetas a excepción. En Atenas, por ejemplo, los elegantes, como Alcibiades, llevaban el pelo largo y muy cuidado. Fue también característico en los filósofos llevar el pelo largo. Los atletas, por el contrario, usaban comúnmente el pelo muy corto, y a veces cortado al rape.



Fig. 26.

Cabellera del siglo IV.

El peinado de las mujeres cambió igualmente después de las guerras Médicas, en el sentido de que tuvo menos apresto. Muchas dejaban caer libremente sus rizos. Otras se ataban las puntas del pelo o lo aprisionaban en una especie de bolsa, y otras, también, lo repartían en partes lisas, que juntaban en un rodete o las levantaban y arrollaban formando corona alrededor de una cinta, sujetándolas con una trenza. Las había, por último, que dejaban caer el pelo solamente hasta el cuello, llegando apenas a los hombros. Cintas, agujones, redcillas o especies de pañuelos ayudaban a consolidar el edificio, muchas veces bastante alto, del peinado. Un sencillo mechón recogido y anudado en lo alto de la cabeza parece haber sido peinado propio de las muchachas solteras. En Esparta, éstas usaban el pelo largo y suelto, pero el día que se casaban, se las afeitaba por completo.

mente sus rizos. Otras se ataban las puntas del pelo o lo aprisionaban en una especie de bolsa, y otras, también, lo repartían en partes lisas, que juntaban en un rodete o las levantaban y arrollaban formando corona alrededor de una cinta, sujetándolas con una trenza. Las había, por último, que dejaban caer el pelo solamente hasta el cuello, llegando apenas a los hombros. Cintas, agujones, redcillas o especies de pañuelos ayudaban a consolidar el edificio, muchas veces bastante alto, del peinado. Un sencillo mechón recogido y anudado en lo alto de la cabeza parece haber sido peinado propio de las muchachas solteras. En Esparta, éstas usaban el pelo largo y suelto, pero el día que se casaban, se las afeitaba por completo.

Se acudía con gusto al auxilio del peluquero o de la peina-  
nadora. Los utensilios comunes de estos artistas eran los  
peines, las tijeras para el pelo, para las uñas, las navajas  
de afeitar, los espejos, los paños, las tenacillas para rizar.



Fig. 27.



Fig. 28.



Fig. 29.



Fig. 30.



Fig. 31.



Fig. 32.

## Peinados femeninos.

Se perfumaba el pelo con esencias olorosas, se peinaba y  
se rizaba. No desconocían tampoco las mujeres griegas  
los tintes. Ya en el siglo V sabían ponerse rubias o more-  
nas. El pelo postizo se usaba también. Se llevaba peluca

entera o simplemente añadidos. Según algunos epigramas de la *Antología*, era artículo corriente que se compraba en la agora juntamente con los demás artículos de tocador.

(Pottier, *Dict. des antiq.*, I, págs. 1.355 y siguientes).

## 10.—BAÑOS.

El uso de los baños, calientes o fríos, fue común en Grecia desde los tiempos antiguos. Los hombres y las mujeres no se contentaban con bañarse en el mar o en los ríos, sino que tomaban también baños preparados en casa. Homero los describe con su precisión habitual. El fuego está encendido en un trípode; encima se ha colocado una vasija de bronce, en que se calienta el agua que ha de echarse en el baño para mezclarla con agua fría. La persona para quien se destina el baño entra en él, y otra la lava derramando el agua por la cabeza y los hombros, luego la frota con aceite y la viste. Corren estos cuidados a cargo de mujeres, comúnmente de sirvientes o hijas de la familia, a veces de la misma dueña.

En Homero, no se considera el baño sino como un medio accidental de descanso, no es todavía de uso corriente y diario. Bastantes siglos más tarde, el uso de los baños calientes, fuera del gimnasio, pasaba por ser indicio de molicie. Las antiguas leyes de Atenas prohibían establecerlos en el recinto de la ciudad, en tanto los baños fríos y la natación formaban parte de la educación primaria. Los espartanos se bañaban todos los días en las aguas del Eurotas, pero los baños calientes no les eran permitidos sino por excepción.

Poco a poco, no obstante, prevalecieron otras costumbres. En Atenas principalmente se adoptó la costumbre de bañarse todos los días a mitad de la tarde. Algunos hasta se bañaban dos o tres veces al día, se pasaban el



día entero en los baños, allí cenaban, allí se dedicaban a ejercicios y distracciones de toda especie.

Había baños públicos en Atenas. Los había también particulares en las casas ricas, otros, finalmente, que eran de empresas particulares, donde se entraba pagando. Los que iban a los baños públicos pagaban igualmente una cantidad insignificante. Muchos individuos los frecuentaban por gusto; los pobres acudían a ellos para calentarse. El bañero proporcionaba en caso preciso el aceite, las arcillas, la sosa y los diversos ingredientes que se utilizaban para el tocador, pero las más de las veces los llevaban los bañistas, o hacían que los llevase un esclavo, así como la ropa y las estrigilas.

Se ve en un vaso pintado un edificio constituido por un pórtico que corona un frontón. Dentro, el agua brota de dos hocicos de pantera. Dos hombres, en pie, la reciben en forma de ducha, frotándose el pecho, la espalda y los hombros, haciendo ellos mismos y sin ayuda las operaciones de que estaba comúnmente encargado un sirviente. Unos efebos, agrupados dos a dos a cada lado del pórtico, se hacen también las unciones de costumbre, con el aceite contenido en pequeños vasos que tienen colgados de las ramas de los árboles, cerca de sus vestidos. Todo ello indica una representación del baño muy antigua. La escena tiene lugar al aire libre, y por lo que puede juzgarse, no hay en el establecimiento ninguna habitación destinada especialmente a las fricciones, ni a la conservación del aceite, ni al depósito y custodia de los vestidos, otras tantas dependencias que se juzgaron indispensables en los baños cuando hubieron adquirido todo su desarrollo, o en los gimnasios de que los baños formaban parte.

Por lo común, el baño caliente precedía al baño frío. El bañista se metía en el agua caliente y hacía que le fuera derramada por el cuerpo, o bien provocaba el sudor metiéndose en una estufa, seca unas veces, es decir, en cuyo interior el aire era seco y caliente, otras llena de vapor de agua que se obtenía haciendo aspersiones de

agua en piedras y pedazos de hierro incandescentes. Herodoto menciona el baño de vapor como algo conocido de todo el mundo en el siglo v.

Los sibaritas, dicese, fueron los primeros en tener baños en que poder estar echados. Llegó a haber en algunos establecimientos piscinas alimentadas por agua corriente. Pero lo que con más frecuencia se ve en las representaciones de los monumentos, son grandes pilones circulares, sostenidos en un pie redondo o una columnita, junto a los cuales están los bañistas, hombres o mujeres, de pie, metiendo los brazos en el pilón, haciéndose echar agua por encima, u ocupados en los menesteres de su limpieza. En una pintura de vaso, un sirviente de baño se dispone a derramar el agua de un recipiente sobre un personaje colocado delante de él, en tanto otro se raspa con una estrigila. Un instrumento semejante está colgado de la pared, así como un saco para la esponja o un frasco de aceite.

(Saglio, *Dict. des antiquités*, I, págs. 648-651).

## 11.—EL TOCADO DE LAS MUJERES

Los largos ocios a que daba lugar entre las mujeres la vida que hacían dentro de la casa, las obligaban a ocuparse mucho del tocador.

Iscomacos vió un día a la suya «toda cubierta de albayalde, a fin de aumentar la blancura de su cutis, y de rojo, para tener falsos colores; llevaba además calzado alto, para parecer más alta». La censuró aquellos refinamientos «que sólo pueden engañar a los de fuera» y la aconsejó que se mostrase ante él «sencilla y convenientemente adornada». (Jenofonte, *Económica*, capítulo X).

La mujer de Estrepsíades, al decir de su marido, olía siempre «a perfume, a azafrán». (*Nubes*, 50). Aristófanes nos representa a las mujeres honradas de su tiempo

muy peripuestas, adornadas con flores, aún dentro de casa, con calzados elegantes y túnicas de vistosos colores (*Lisistrata*, 43-45). Un poeta de la *Antología* menciona «telas ligeras, teñidas con azafrán o púrpura, pelo postizo perfumado con nardos, chinelas blancas, una caja para el colorete y las pomadas». He aquí, según Aristófanes, la enumeración de los objetos que constituían los pertrechos del tocado femenino: navaja de afeitar, espejo, tijeras, cerato, natrón, cabellos postizos, franjas, cintas, mitras, rojo vegetal, albayalde, perfumes, piedra pómez, cordones, redecilla, velo, afeite, collares, lápices para los ojos, ropa de hilo, eleboro, cinturón, manteleta, túnica larga, tenacillas de rizar, pendientes, colgantes, brazaletes, corchetes, ajorcas, sellos, cadenas, sortijas, untos, estuches, cornalinas» (*Fragm.* 309, éd. Didot).

Estaba muy adelantado el arte de ocultar las imperfecciones físicas. «¿La mujer es baja? Se le pone corcho en el calzado. La alta lleva suelas delgadas, y no sale sin bajar la cabeza, para disminuir su estatura, ¿No tiene caderas? Se le cose algo por debajo, y los transeuntes exclaman al verla: «¡Qué bien formada!» Si tiene mucho vientre, se le hace un pecho parecido al de los actores cómicos. Cuando esté de pie, el vientre parecerá recogerse, como si tiraran de él con un gancho. Si tiene las cejas rojas, hay color negro para pintarlas. Si es muy morena, se la da con albayalde. Si tiene el color demasiado pálido, se usa entonces polvo de amores». (Alejo, en los *Fragmentos de los autores cómicos griegos*).

## 12.— ALHAJAS

Antes que hacer seca enumeración de las alhajas que se usaban en Grecia y de los nombres con que se designaban, prefiero reproducir la descripción de algunas de ellas.

**Pendientes.**—Un cisne pequeñito de esmalte blanco suspendido de una flor que bordea un festón de anillitos



Fig. 33. — Mujer elegante de Tanagra.

de hilo de oro y un filete de esmalte. A cada lado del cisne tres cadenetas de diversas formas unidas a la flor; una, compuesta de astragalos, termina en una campanilla; las otras dos, de hilos trenzados, en una anforita y una varilla de punta cónica. (Saglio, *Dict. des antiquités*, I, página 797).

**Brazaletes.** — Un brazaletes griego del siglo IV, encontrado en Crimea, en la tumba de un rey o de una reina del Quersoneso, consiste en una cadeneta, que termina en los dos extremos por una virola adornada con óvalos de esmalte azul y filigranas, de las que sale el cuerpo de una esfinge, las alas desplegadas, las manos hacia adelante, y entre las garras un hilo de oro. Otro

consiste en un anillo calado que forman gruesos hilos de oro forjado. Lleva una placa cuadrada sostenida por medio de charnelas.

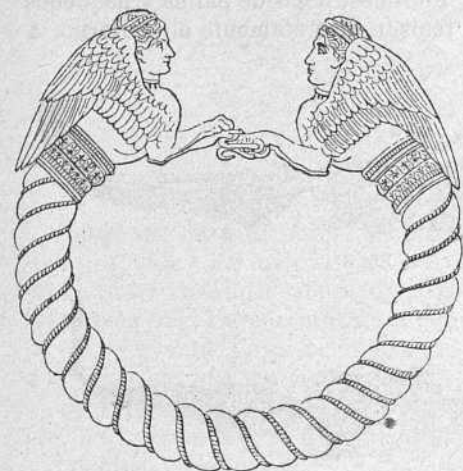


Fig. 35. — Brazaletes.



Fig. 34.  
Pendiente.

La compone una hoja de oro que tiene ocho veces repujado el cuerpo delantero de un león echado. La placa está adornada con nueve granates engarzados y flores de forma de campanilla. Cada charnela está rodeada de granates menudos (*Ibidem*, página 435).

**Cadenas.**—Se encuentran en la antigüedad aproximadamente todas las formas de cadenas que se usan en los tiempos modernos. Reproducimos una en forma de collar,

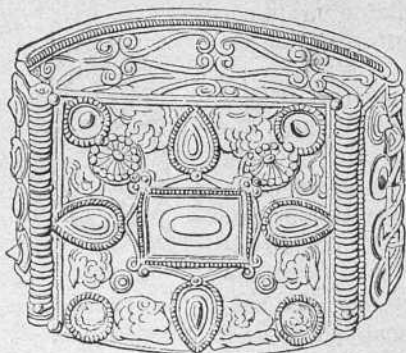


Fig. 36. — Otro brazalete.

procedente de la isla de Chipre, y un trenzado plano que forman cinco filas de anillos, descubiertas ambas en la Rusia meridional (Saglio, *Dict. des antiquités*, I, pág. 969).

**Cinturón.**— Un cinturón procedente de Itaca consiste en una cinta de oro, con un nudo por broche.

Los dos extremos de la cinta están bordados con pequeño festón. Florones, hojas de palma y pequeños jacintos incrustados realzan discretamente el contorno. A



Fig. 37.

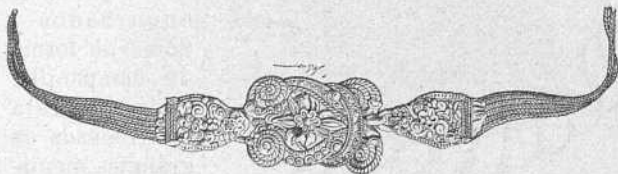


Fig. 38.

Cadenas.

cada lado del cierre cuelgan tres cuerdecillas, sujetas al cinturón por medio de un anillo que corona una máscara de Sileno y terminadas en granadas. (*Ibidem*, pág. 798).

**Diadema.**—Una de las más lindas alhajas griegas del Louvre es una diadema de mujer o *stefane*, en la que se asocian perlas de vidrio y palmitas esmaltadas con adornos de oro cincelado. La diadema imita una corona de flores, formada por margaritas y flores más pequeñas, a las que se han mezclado copetes de hojas de labor exquisita. (Collignon, *Manuel d'archéologie grecque*. París, Quantin).

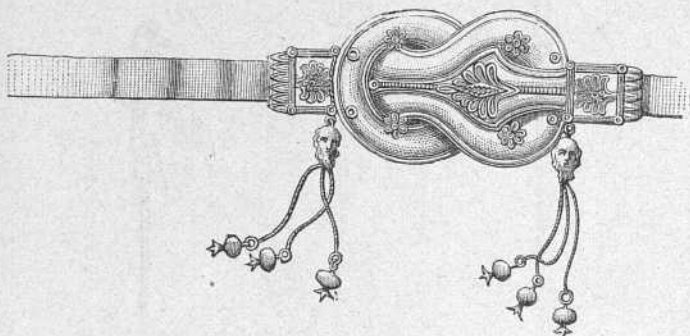


Fig. 39.—Cinturón.

**Agujones para el pelo.**—El grabado adjunto reproduce, a mitad del natural, una aguja de oro, adornada en la punta con una cabeza de ciervo o de alce, de la labor más fina. Corona otra un amorcillo tocando la flauta. Una tercera lleva la imagen de un geniecillo alado que tiene en una mano una patera, en la otra un objeto de forma cilíndrica, quizá un vaso de perfumes. (Saglio, *Dict. des antiquités*, I, pág. 62).

**Espejos.**—Los espejos griegos son de bronce, y generalmente redondeados. Desde el punto de vista de la técnica, se dividen en dos clases: 1.º, los espejos simples, en

forma de disco, que presentan una cara convexa, bien pulimentada, que refleja la imagen, y otra cóncava, adornada con figuras trazadas al buril. Estos discos están provistos de un mango en forma de estatuita con su apoyo, que permite tenerlos en la mano o colocarlos sobre una mesa; 2.º, espejos en forma de caja. Se componen de dos discos metálicos que ajustan uno dentro de otro, a veces unidos por una charnela. El disco superior



Fig. 40.



Fig. 41.



Fig. 42.

Agujas para el pelo

o cubierta está adornado por fuera con figuras en bajo relieve, mientras que por dentro está pulimentado con esmero y plateado. Esta cara es la que refleja la imagen. El segundo disco está adornado por dentro con figuras grabadas al contorno. Muchas veces el contorno de las figuras está relleno con una capa ligera de plata, en tanto el fondo es dorado.

(Collignon, *Manuel d'archéologie grecque*, págs. 347-348. París, Quantin, libraire).





Fig. 43.—Espejo.



## 13.—LAS COMIDAS

Se almorzaba dos veces, una al levantarse, con un poco de pan mojado en vino, otra (*ἄριστος ο ἄριστον*) a medio día. Sabemos poco acerca de la naturaleza de esta comida, pudiendo solamente deducir de algunos textos que el alimento era más sustancioso, puesto que venía de la cocina.

La comida que corresponde a nuestra cena (*δειπνον*), se tomaba al oscurecer o ya empezada la noche. Para esta

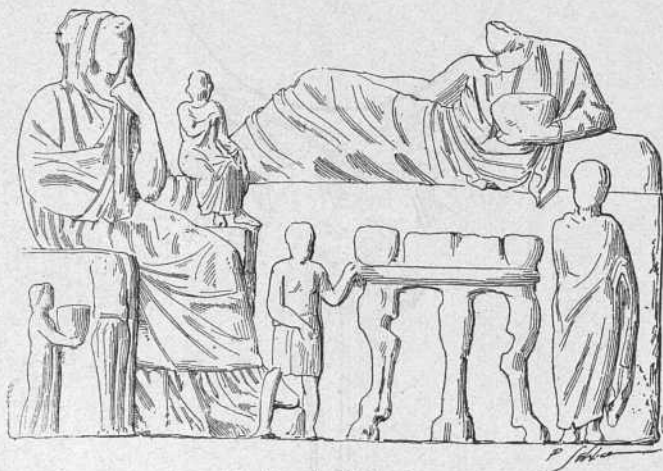


Fig. 44.—Comida griega.

era para la que se hacían invitaciones. Al griego que vivía en población no le gustaba comer solo, no creía haber cenado realmente si no cenaba con amigos. De dónde el gran número de reuniones, las suscripciones y escotes que permitían participar de comidas de varios. Estos festines tenían lugar, ya en casa de uno de los convidados, ya en casa de algún liberto, que tenía un salón destinado

para este uso, ya en casa de una cortesana. Se decía también ἀπὸ σπυρίδων δεῖπνον a la cena en que cada cual llevaba su parte en cestas (σπυρίδες).

Las invitaciones se hacían de manera muy sencilla. Se rogaba a los amigos que acudieran, ya de viva voz, ya en la agora, ya enviando un esclavo a su casa. Los invitados relacionados con la familia gustaban llevar consigo a otros amigos. No era raro que se invitase uno mismo, por un abuso que engendró la tan menospreciada casta de los parásitos. Plutarco consagra un capítulo entero a examinar hasta qué punto se puede usar de esta licencia.

Los convidados se vestían cuidadosamente, y lo común era que tomaran un baño y se perfumaran. La etiqueta exigía de ellos puntualidad absoluta, y los comensales empezaban a comer sin esperar a los que llegaban tarde.

En tiempos primitivos se comía sentado. Pero esta costumbre no se conservó sino en corto número de ciudades, principalmente en Creta. Ya, antes de las guerras Médicas, los espartanos mismos habían adoptado la costumbre oriental de tenderse en lechos. No se trata en este caso más que de los hombres, porque los niños y las mujeres, si por casualidad eran admitidos a una comida, siempre estaban sentados. Esta regla no se aplicaba a las cortesanas.

Cada lecho servía para una o dos personas, y colocados uno al lado de otro, formaban una especie de diván. Estaban cubiertos con hermosas telas, y con frecuencia eran lo bastante altos para que se necesitase subir a ellos valiéndose de banquetas. Los convidados tenían detrás cojines semejantes a almohadas o almohadones cubiertos con fundas de colores y dibujos variados. A veces los llevaban consigo. Los convidados apoyaban el codo izquierdo en el almohadón, y de esta forma permanecían medio sentados, medio echados de un lado. Los dos convidados de un mismo lecho se volvían la espalda, pero es probable que, sin dejar de apoyarse en el mismo brazo, dieran inclinación distinta al cuerpo, colocando el brazo el uno más bien a la espalda, el otro delante del pecho.

Variaba el número de lechos y de mesas, que se disponían de suerte que los convidados estuvieran lo más cerca posible unos de otros, formando, sin duda, semicírculo o herradura alrededor de las mesas. Estas, cuadradas y más tarde redondas, eran algo más bajas que los lechos. Había una para cada lecho y se observaba cierto orden de preferencia. El sitio principal era a la derecha del dueño de la casa; el menos considerado, el más alejado de él. Eran frecuentes las disputas entre los convidados por los sitios. Por eso Plutarco recomienda al anfitrión que designe a cada uno el que ha de ocupar.

Ante todo, se quitaban el calzado para no volver a ponerse hasta el momento de marcharse. Los esclavos lavaban a todos los pies, y a veces los perfumaban, luego iban pasando agua para que se lavasen las manos. Entonces solamente se llevaban las mesas del todo servidas. Cada cual no tenía más que alargar la mano para coger los pedazos ya dispuestos en los platos. No se usaban tenedores ni cuchillos. La cuchara se utilizaba para los líquidos o los platos de salsa, pero se sustituía sin esfuerzo por una corteza de pan. Casi todo se comía con los dedos. No había tampoco mantel ni servilletas, y se limpiaban los labios con migas de pan o con una masa especial que se arrollaba entre los dedos para hacer bolitas. Cada invitado estaba en libertad de llevar consigo sus esclavos, y, de no hacerlo, le servían los del anfitrión. Para dirigir a todo el personal, había un individuo llamado *ἐφεστηκός* o *τραπεζοποιός*. En algunas casas, era de rigor que el cocinero sometiera a la aprobación del dueño la lista de platos. Se decía *πρῶται τραπέζαι* a la comida propiamente dicha, que podía comprender varios platos, y *δεύτεραι τραπέζαι* al postre con el comienzo de la symposia. Esta denominación procedía de que en el intervalo se cambiaban las mesas.

Tenemos pocos datos acerca del orden general de una gran comida griega. No parece que se empezase, como entre los romanos, con ordubres fríos acompañados de vino dulce, al menos antes del Imperio. Hasta entonces

había la costumbre de empezar con manjares propios para excitar el apetito, pero que no eran necesariamente fríos. Se presentaban luego las carnes, pescados, legumbres y guisados de todas clases, que componían los *πρῶται τράπεζαι*. Después de esto, los esclavos traían agua y tohallas. Los convidados se perfumaban y se coronaban de flores. Se hacían libaciones al Buen Genio, bebiendo un trago de vino puro. Entonces se llevaban las mesas y se traían otras en que venía servido el postre. Era el final de la *δειπνον* y la señal de la *συμπόσιον*, momento en que los convidados empezaban a beber. Los manjares anteriores se llamaban *ἐδέσματα*, los del postre, *τρωγάλια*. El postre era sencillo en tiempos antiguos. En la época macedónica era a modo de segunda comida, con caza y aves. Se consumían frutas frescas o secas, luego queso. Para excitar las ganas de beber, se tomaba ajo, cebolla, sal mezclada con cominos u otras yerbas, pasteles salados y con especias. Tampoco faltaban los pasteles. Era célebre por ellos el Atica, y se hacían con miel en lugar de azúcar. Se hacían también con queso, con adormideras y con sésamo.

Naturalmente, el lujo de las comidas no fue siempre, ni en todas partes el mismo. En el siglo v, los refinamientos de la mesa eran desconocidos en Grecia. Hasta los tiempos de Alejandro, Atenas fue famosa por la frugalidad de sus moradores, por la sencillez que reinaba aún en las casas de los ricos. Los beocios, por el contrario, gustaban de los grandes festines y succulentas comidas. Sibaris y las ciudades de la Magna Grecia llevaban todavía más lejos estas aficiones. Los espartanos, que durante tantos siglos fueron muy sobrios, no cedían en nada a cualquiera otra ciudad helénica, en cuanto al lujo de la mesa, en la época de Cleómenes. (2.<sup>a</sup> mitad del siglo III).

(Ch. Morel, *Dict. des antiquités*, tomo I, págs. 1272-1276).

## 14.—LOS COCINEROS

La palabra que en Grecia designa propiamente las funciones del cocinero es μάγειρος. Los lexicógrafos antiguos hacen derivar esta palabra de μαγίς, μᾶζα, pan de harina, o bien de μάσσω, amasar. En efecto, originariamente, la fabricación del pan era el cometido principal de la cocina, y las atribuciones del cocinero comprendían indistintamente, todo lo que se refiere a la alimentación. En tiempo de Homero, las esclavas son las que se ocupan de la molienda del trigo dentro de la casa, y sin duda de hacer todos los preparativos de la comida, no viéndose que las funciones de cocinero se atribuyan a un sirviente determinado. Es más, la costumbre es que los hombres libres, los mismos héroes y reyes, se encarguen de inmolar los animales destinados al consumo, y con ayuda de algunos servidores procedan ellos mismos al descuartizamiento y cocción de las carnes. La comida que Aquiles ofrece en su tienda a los enviados de los griegos, las de Menelao, en casa de Néstor, la recepción de Ulises por el porquero Eumeo, son ejemplos típicos de esta costumbre. No obstante, puede creerse que la intervención directa del jefe de la casa se debe, en la mayor parte de los casos, al deseo de honrar al huésped. Probable es que en circunstancias comunes se dejase el cuidado de estos preparativos a jóvenes compañeros de armas (κοῦροι) o a escuderos trinchantes (δαιτροί). De todas suertes, en la vida homérica, estas funciones no tienen ningún carácter servil. Los preparativos de la comida lo son al mismo tiempo de un sacrificio a los dioses, mézclase siempre un pensamiento religioso que aleja de ellos toda vulgaridad.

Es bastante posterior la existencia de cocineros, y durante mucho tiempo satisfizo la comida más sencilla, preparada dentro de la casa por los mismos dueños. Herodoto da a entender que en su tiempo los griegos desco-

nocían aún el uso de los *ordubres* y los platos numerosos y complicados que gustaban ya a los orientales, y Ateneo dice que, hasta la época de Alejandro, Atenas misma fue famosa por la frugalidad y la sencillez de la alimentación. Podemos creer, no obstante, que antes de dicha época los atenienses habían introducido en sus casas cierto lujo de mesa, que imponía una servidumbre bastante numerosa. Desde mediados del siglo v, se habla de *μάγειροι*, encargados especialmente de preparar las comidas. En una comedia de Cratinos, se ve aparecer el personaje del cocinero, que alaba su arte y dice que no es dado a todo el mundo saber preparar un pescado. En Aristófanes, la sirvienta de Pesefone anuncia a Jantias, a quien toma por Heracles, el *menú* de la comida que su dueña ha hecho preparar para él: dos marmitas de guisantes mondados, un buey entero, pasteles y panes, aves cocidas, croquetas fritas y vino delicioso; sólo a él se esperaba, porque el cocinero iba a retirar los pescados de la lumbre y se disponía la mesa.

¿Hay que creer, según Ateneo, que todos los cocineros hasta los primeros macedonios fueran hombres libres? Parece probable, por el contrario, que el arte culinario se abandonara más pronto a sirvientes subalternos. ¿No vemos en numerosos fragmentos de la comedia nueva que el tipo del esclavo cocinero, tunante y charlatán, llegó a ser desde principios del siglo iv muy común en la escena griega? Sus nombres mismos designan esclavos: *Σύρος, Καρίων, Δράκων, Δαιδαλος*, sobrenombres que indican su país de origen o su carácter tragón y engañador. Se les hacía venir muchas veces del extranjero, de Bizancio, de Sicilia, etc. En una comedia de Posidipo, un cocinero dice formalmente que ha sido comprado como esclavo.



Fig. 45.

Esclavo cocinero.

A pesar de su vil condición, los cocineros de Atenas parecen haber gozado de bastante estima en la ciudad, si se juzga por las burlas de que los poetas cómicos hacen objeto sus pretensiones. Son artistas en su género. Su aprendizaje dura dos años, dirigido por un cocinero de reputación, y, mientras dura, llevan el delantal del aprendiz. Muchas veces empieza a enseñárseles desde la infancia. Para un oficio tan difícil, el aprendiz no sólo recibe las lecciones de sus maestros, sino que se le ponen en las manos libros que contienen las reglas de su arte. Finalmente, de tiempo en tiempo, el discípulo sufre exámenes. Sólo después de largos estudios puede aspirar a ser uno de esos artistas ilustres, cuyos nombres se citan, y que un solo plato ha bastado para hacer célebres. Siete de ellos se comparan con los siete sabios de Grecia.

En Atenas, el cocinero tiene a sus órdenes el *ὄψοποιός*, que machaca los condimentos, enciende y atiza la lumbre; el *τραπεζοποιός*, que prepara la mesa, friega los platos, llena las copas; el *διάκονος* ο *ἀγοραστής*, que va a la plaza, etc. En una comida de aparato no se cuentan menos de doce cocineros empleados en los preparativos del festín. Las casas acomodadas no tenían a diario tanto lujo de servidumbre. Se tenían facilidades para proporcionarse, en caso necesario, mayor número de cocineros. Había en la agora un sitio en que estacionaban cocineros para alquilar, con todos sus utensilios y ayudantes.

En suma, el lujo en este punto parece haberse llevado, en Atenas y en el siglo iv, tan lejos como se llevó en Roma. La lista de los manjares era sin duda menos complicada en Grecia, pero el número de cocineros no fue menor. Ateneo refiere que el cocinero de Demetrio Falereo, llamado Mosquion, se enriqueció con los sobrantes de la mesa de su dueño, hasta el punto que en dos años pudo comprar tres grandes casas, y que en la ciudad muchas familias de gran posición tuvieron que aguantar sus insolencias. Jenofonte se indignaba ya por los refinamientos que se habían introducido en la cocina de su tiempo, y



Platón no vacilaba en arrojar a los cocineros de la República. El cocinero es uno de los tipos característicos de la comedia nueva, y los latinos no hicieron más que trasportarlo a su escena, donde le hallamos con la divertida fisonomía de Congrio, de Anthrax, de Cario, de Cylindrus. Es la misma figura de esclavo, charlatán, ladrón, comilón y falaz. En la escena griega se presentaba con dos aspectos y sin duda con dos máscaras diferentes. La primera representaba al cocinero del país, la otra al cocinero venido de fuera, de Sicilia o de otras partes. El traje debía componerse de la túnica corta que usaban las sirvientes y los esclavos, con el cinturón rodeado al talle.

No era igualmente exagerado el lujo de los cocineros en todas las ciudades griegas. En tanto en Atenas, en Beocia, en Sicilia y en las ciudades de la Magna Grecia adquiría gran desarrollo, Esparta resistió durante más tiempo la invasión de los refinamientos culinarios. No se toleraban allí cocineros sino para preparar el más sencillo de los platos, y Elión pretende que se expulsaba de la ciudad a los que trataban de introducir algún refinamiento en este punto.

(Pottier, *Dict. des antiq.* I, págs. 1.499-1.501).

### 15.—UNA SYMPOSIA

«Una vez que se hubieron retirado las mesas, hecho las libaciones y entonado el pean, entró para divertirnos un siracusano, seguido de una excelente flautista, de una danzarina maravillosa por sus movimientos, de un muchacho que tocaba la cítara y era un asombro bailando. El hombre que hacía ver aquellas maravillas sacaba dinero de ellas.

» Cuando la flautista hubo tocado bastante, y el citarista dejado oír suficientemente sus sonos, y ambos parecie-

ron haber divertido lo que correspondía, «¡Por Zeus, dice Sócrates, nos tratas de una manera espléndida, Calías! No te basta obsequiarnos con una comida magnífica, es preciso también que nos ofrezcas un espectáculo y una música muy agradables». Entonces Calías dijo: «Pero si también nos trajeran perfumes, gozaríamos de su olor».

Sócrates rechaza la idea.

«Con lo cual, la tocadora hace oír su flauta, y un individuo, colocado cerca de la bailarina, la da tijeras, hasta doce pares. Las coge, luego baila y las tira al alto, calculando la altura a que debe arrojarlas para recogerlas siguiendo el compás. Traen luego un aro guarnecido de espadas, con la punta para adentro. La danzarina se mete dentro de él dando un salto, y sale con otro; de modo que hace temer a los espectadores que esté herida, pero acaba sus vueltas con seguridad y sin contratiempo....



Fig. 46.  
Bailarina.

» Entonces el muchacho empieza a bailar. «Ved, dice Sócrates, cuánto más bello aun parece este lindo muchacho cuando señala actitudes que cuando

no se mueve. Al bailar, ninguna parte de su cuerpo ha permanecido inactiva. Cuello, piernas, manos, todo estaba en movimiento. Así debe bailar el que quiera tener ligero el cuerpo. ¡A fe mía, siracusano, con gusto aprendería de ti todas esas posturas!—¿De qué te serviría?—¡Para bailar, por Zeus!.....—¡Pues bien, Sócrates, avísame cuando quieras aprender; me pondré en frente de ti y estudiaremos juntos!—Vamos, exclamó Filippo (el bufón), que toquen también la flauta para mí; voy a bailar». Se levantan

ta en efecto, y da vuelta a la sala, imitando la danza del muchacho y de la muchacha. En primer lugar, como se había felicitado al muchacho por parecer embellecido en sus posturas, colocóse los vestidos con exageración ridícula. La muchacha había dado la vuelta echándose para atrás; Filipo, so pretexto de imitarla, se encorvaba hacia adelante. Finalmente, se había alabado al muchacho porque todos sus miembros estaban en movimiento durante la danza. Filipo ordena a la flautista que toque un aire más vivo, y agita a la vez la cabeza, los brazos, las piernas, hasta que, no pudiendo más, se deja caer en un lecho diciendo: «La prueba, amigos míos, de que mi danza es un buen ejercicio, es que muero de sed. ¡Eh! muchacho, lléname una copa grande. — Sí, añadió Calfas, y a nosotros también; nos has dado sed haciéndonos reir....»

«En aquel momento, habiendo armonizado la cítara con la flauta, el muchacho empieza a tocar su instrumento y a cantar. Todo el mundo aplaude. «Me parece, dice Sócrates, que esas gentes se hallan en disposición de divertirnos, pero estoy seguro de que nosotros podríamos hacerlo mejor que ellos. ¿No podríamos, puesto que nos vemos reunidos, tratar de sernos tan útiles como agradables?—Bien, exclaman algunos convidados, indícanos de qué hemos de hablar para lograrlo».

Una conversación mitad en broma, mitad en serio, se entabla entre ellos.

«En medio de ella, el siracusano se dió cuenta de que se echaba en olvido su espectáculo. Envidioso de Sócrates, ¿no eres tú, le dijo, el que se dice que está siempre en las nubes?—Más justo sería decir que sueño poco.—Sí, si no pasases por estar siempre en las nubes.—¿Conoces algo que esté más en las nubes que los dioses?—No, por Zeus, solamente se pretende que te preocupas poco de ellos.—Pues bien, he aquí justamente que me ocupo de ellos; desde lo alto son útiles enviando la lluvia, de lo alto envían la luz.—Dejemos esto; pero dime, ¿cuántos saltos de pulga hay entre nosotros? Se dice que estás muy fuerte en esta geometría. Entonces dice Antistenes:

«Dime, ¿no te hace el efecto este hombre de ser un insolente?»

«¿No podríamos, añade Sócrates, cantar todos a coro? Y al mismo tiempo empezó una canción. Cuando la hubo acabado, trajeron a la bailarina un torno de alfarero, sobre el cual debía hacer maravillosos ejercicios. «Siracusano, dice Sócrates, pienso el medio de que tu muchacho y esa joven puedan entregarse a ejercicios fáciles y productivos a nosotros viva alegría; estoy seguro de que tú lo deseas también. Juzgo que dar saltos a través de un círculo de espadas es ejercicio muy peligroso, y que no conviene en un banquete. Es cosa admirable también leer y escribir dando vueltas sobre una rueda, pero no veo qué placer pueda proporcionar semejante espectáculo..... Si estos niños adoptasen actitudes que representasen a las Gracias, las Ninfas, las Horas, sería más fácil y al propio tiempo más bonito.—«A fe mía, Sócrates, dijo el siracusano, tienes razón, y voy a mostraros un espectáculo que os divertirá».

Sale el siracusano para disponerlo todo, y mientras tanto se entabla nueva conversación. Vuelve y hace que sus gentes representen el casamiento de Dionisos y Ariana.

(Jenofonte, *El banquete*, cap. 2 y siguientes).

## 16.—LOS PARÁSITOS

Un poeta de la comedia antigua, Eúpolis, ha creado el tipo, tan famoso después, de los parásitos. En su obra titulada *Los aduladores*, son filósofos, artistas, poetas dramáticos los que entran en casa del rico Calías, y como pago de sus cumplimientos y buenas palabras, hacen que les alimente y sostenga el rico anfitrión, en cuyos bienes entran a saco. El parasitismo debía nacer naturalmente en una sociedad tan enamorada del buen hablar, en que

el ingenio daba derecho a todo y excusaba todos los atrevimientos. Los poetas Acestor y Melanthios, el sabio Protágoras, clientes importunos y famélicos de Calías, son los primeros de la serie. Dúctiles y diestros, humildes y solícitos, sufren todos los desprecios y se aprovechan de todas las complacencias, tienen la mano y las espaldas siempre dispuestas a recibir los golpes o los presentes. De ello se alaban en un pasaje que ha llegado a nosotros. «Espectadores, vamos a contaros la vida que hacen los parásitos; escuchad. Somos en todo gentes ordenadas; tenemos primeramente para que nos siga un esclavo, que las más de las veces no nos pertenece, pero que es, sin embargo, algo nuestro. Yo tengo estos dos elegantes mantos, que me pongo sucesivamente para ir a la agora; allí, cuando veo a un rico imbécil, doy vueltas a su alrededor, y si el ricacho dice una palabra, le felicito ardientemente, y me extasío, como si sus dichos me produjeran gran placer. Luego vamos todos, cada uno por su lado, a buscar la sopa ajena, y entonces es preciso que el parásito sepa decir con viveza muchas buenas palabras, porque en caso contrario le ponen a la puerta. Es lo que acaba de ocurrir a Acestor. Dejó escapar una broma que no venía a cuento, y el esclavo le puso a la puerta, las manos atadas, y le entregó a la policía».

(Couat, *Aristophane*, págs. 366-367).

### 17.—EL LUJO EN SIBARIS

Los sibaritas usaban de su riqueza para mantener un lujo inaudito, mucho más conforme con las costumbres de Asia que con las de Grecia. No había entre ellos casa acomodada que no tuviera sus enanos y sus perritos de Malta, comprados a buen precio. Era costumbre que los niños llevarsen, hasta la pubertad, túnicas de púrpura y rica cinta de oro en el pelo. Los de la ciudad no admitían

que una persona que se estimara pudiese usar otra cosa que aquellas telas de Mileto, de lana excepcionalmente fina, cubiertas de suntuosos bordados, que pasaban por ser entonces, en todo el contorno del Mediterráneo, la última palabra del lujo en el vestir. Ha llegado a nosotros la descripción de la maravilla en su clase, de aquel peplos bordado que el sibarita Alcistenes había encargado a los más famosos talleres de Asia Menor, y con que se mostró adornado un día en una gran procesión. Era una larga pieza de tela cuyos bordados aparecían dispuestos en tres fajas: en lo alto los animales sagrados de los indios, en la parte baja los de los persas, y en medio, la faja más ancha de las tres, una serie de divinidades, Zeus, Thémis, Atena, Afrodita y Hera, colocadas entre las dos figuras de Alcistenes y del río Sibaris, que ocupaban los dos extremos. Siglo y medio más tarde, Dionisio de Siracusa, habiendo encontrado aquella célebre vestidura entre el botín de la toma de Cortona, donde era conservada, la vendió a los cartagineses en 120 talentos, es decir, al *peso solamente*, en 691.999 pesetas, si se trata de talentos áticos, 1.216.000 pesetas, si se trata de talentos cartagineses, y como valor efectivo, próximamente, 2.760.000 pesetas en el primer caso, 4.432.000 en el segundo...

Sibaris había inventado en obsequio a los cocineros el sistema de las patentes de invención. El que había inventado un plato nuevo, gozaba durante un año del privilegio de ser el único en explotarlo. Entre los manjares más refinados de la cocina griega, entre otras maneras de preparar el pescado, que los helenos consideraban el más delicado manjar, había buen número cuya invención se atribuía a los sibaritas. Por ejemplo, pasaban por haber imaginado los primeros aquel condimento tan preferido que se llamaba *garon*, y que se hacía con huevas de caballa preparadas en salmuera, diluídas luego en vino dulce y aceite. Debía parecerse algo a la *salsa de anchoas* tan apreciada de los ingleses. Pero el pescado que los sibaritas tomaban ante todo, era la anguila. Se refiere que habían eximido de impuestos a los que se dedicaban

a la cría de anguilas, lo mismo que a los cazadores de oficio que proveían el mercado de la ciudad.

Perfectos gastrónomos, los sibaritas eran también grandes bebedores. Fueron, dícese, los primeros de los griegos en tomar semilla de repollo mientras bebían después de las comidas, porque creían retrasar de este modo los efectos de la embriaguez. Como no les gustaba molestar-se, se dice también que fueron los primeros en tener orinales en las salas de festín, debajo de los hechos ocupados por los convidados.

Era más grave, y chocaba con el espíritu de las costumbres griegas en lo mejor que tenían, el respeto a la mujer casada, que los sibaritas hicieran figurar en sus comidas y en los banquetes públicos, que siempre acababan en el desorden de la embriaguez, a las mujeres libres mezcladas con los hombres.....

Dieron el ejemplo de cubrir las calles para evitar el calor excesivo de los rayos solares, prolongando de uno y otro lado los tejados de las casas. Era un testimonio en favor de su sentido práctico. Comprendían las condiciones de la edificación de ciudades en los países cálidos mejor que los constructores modernos, que hacen en Argel, en Atenas, en Alejandría, amplios bulevares y grandes plazas en que el sol cae de plano. Puede llegar a sospecharse que, en este punto, los sibaritas fueron mucho menos inventores que importadores de una vieja costumbre del Oriente, que se ha conservado fielmente hasta nuestros días en las poblaciones árabes. Lo mismo debe ocurrir con su afición a los baños de vapor, en los que habían introducido refinamientos no conocidos de los demás griegos. En cuanto a su costumbre de hacerse en el campo grutas artificiales, para pasar al fresco las horas de calor de las jornadas de estío, es un bienestar refinado que muestra personas delicadas, pero que es, en sí, bastante inocente. Finalmente, lo que se refiere del cuidado que ponían en relegar los oficios ruidosos a los arrabales, para que no molestasen a los vecinos en el interior de la ciudad, y la prohibición de tener en ella gallos, para que

no despertasen de noche a los que querían dormir, no pasarían en nuestras ciudades por otra cosa que por ordenanzas de buen gobierno.

(Fr. Lenormant, *La Grande Grèce*, I, páginas 285-288).

### 18.—PRECIO DE LOS ARTÍCULOS DE COMER

	Pesetas, hectólitros.
<i>Trigo:</i>	
Fines del siglo VI.....	1,86
Fines del siglo V.....	7,31
En 393.....	5,48
Mediados del siglo IV.....	7,30
Época de Demóstenes.....	9,30
Principios del siglo III.....	11,50

Las transacciones, por otra parte, podían variar mucho de un año a otro, y aún de uno a otro mes.

	Pesetas, hectólitros.
<i>Vino:</i>	
Vino de Chio (siglo V).....	250
Otro vino fino.....	48,70
Vino ático (siglo IV).....	10
Otro vino común.....	19,50
Vino de Tracia.....	5

	Pesetas, hectólitros.
<i>Aceite:</i>	
Lampsaco.....	89,50
Atenas (siglo IV).....	19,50
Délos (282 a. de J. C.).....	69,70
En la época de Sócrates, un hectólitro de aceitunas costaba.....	3,65



*Pescados:*

- Anguilas del lago Copais: 3 dracmas a fines del siglo v.  
 Congrio: 10 óbolos (1,60 pesetas).  
 Mujol: 8 óbolos (1,28 pesetas).  
 Lobo de mar: 8 dracmas (7,84 pesetas).  
 Tres buenas jibias: 1 dracma (0,98 pesetas).  
 Almejas: 7 calcos (0,28 pesetas).  
 Un pulpo: 4 óbolos (0,64 pesetas).  
 Un lote de erizos: 1 óbolo (0,16 pesetas).  
 Un pescado salado: 5 calcos (0,20 pesetas).  
 Una raja de atún a la marinera: 2 a 3 óbolos (0,32 a 0,48 pesetas).

*Carne:*

Doy los precios del ganado vivo:

1.º Buey. En el siglo VI, un buey ordinario se vendía a 5 dracmas (4,90 pesetas). Por el año 410 a. de J. C., se tiene el precio de 51 dracmas (50 pesetas), y por el año 374, el de 77 dracmas, 2 óbolos (76 pesetas). Un poco más tarde, subió a 100 dracmas (98 pesetas).

2.º Carnero. A principios del siglo VI, un carnero se vendía en 1 dracma (0,98 pesetas). A principios del siglo III, un carnero pequeño valía 10 dracmas (9,80 pesetas).

3.º Cerdo. Un lechoncillo, 3 dracmas (2,94 pesetas) en 413.

*Caza y aves:*

- Perdiz: 1 óbolo (0,16 pesetas).  
 Tordos: 1 dracma (0,98 pesetas).  
 Siete pinzones: 1 óbolo.  
 Grajo: 1 óbolo.  
 Corneja: 3 óbolos (0,48 pesetas).

(Según Böckh, *Économie politique des Athéniens*, libro I, cap. XV-XVII; Caillemer, *Mémoires de l'Académie de Caen*, 1877, pág. 606 y siguientes; 1878, páginas 450 y siguientes, y Guiraud, *La propriété foncière en Grèce*, págs. 559-561).

19.—PRECIO DE LOS ARTÍCULOS DE VESTIR  
Y DE LOS MUEBLES

En Plutarco, Sócrates dice que un exomis de 16 dracmas (9,80 pesetas), es barato. Una clámide costaba 12 dracmas (11,76 pesetas). Se pagaban hasta 20 dracmas (19 pesetas) por un himation elegante. Los tejidos de Amorgos y las telas hechas con el byssos de Arcadia alcanzaban precios todavía más altos. Sócrates parece calcular en 3 minas (294 pesetas) el precio de una tela teñida de púrpura. Un buen par de botas para hombre se vendía en 8 dracmas (7,85 pesetas) en la época de Aristófanes.

Un carrito para jugar los niños valía un óbolo (0,16 pesetas). Por seis crateras de barro cocido, no se pedían más que 4 dracmas (3,92), por un *κάρδος*, 3 dracmas (2,94). Una hidria, hecha de materia desconocida, se estima en 30 dracmas (29,40). Un trincherero adornado con figuras de sátiros y cabezas de toro en bronce, cuya labor no era perfecta, valía, según Lisias, 30 dracmas. Un carrito de dos ruedas para las carreras, probablemente con adornos de marfil y de metal, costaba 3 minas (294 pesetas). Diógenes Laercio indica 3.000 dracmas (2.940 pesetas) como precio en que se compró una estatua de tamaño natural. (Böckh, *Économie politique des Athéniens*, libro I, capítulo XIX).

20.—PRESUPUESTO DE UNA CASA ATENIENSE

Los atenienses no eran gastadores. Tenían en Grecia una fama de sobriedad que justificaban plenamente. Comían muy poca carne y se alimentaban, sobre todo, con verdura y pescados. No tenían esas necesidades naturales o ficticias que en nosotros proceden del clima y del

afán de comodidades. No querían para alimentarse más que lo estrictamente necesario, y no eran menos felices ni menos adelantados por eso.

Veamos cuál podía ser, en el siglo v, el gasto anual de una familia pobre compuesta de tres personas.

1.º *Alimentación.*—En una comedia de Aristófanes, un individuo pretende que con 3 óbolos (0,48 pesetas), él, su mujer y su hijo tienen para vivir un día entero. Esta afirmación no tiene nada de exagerada. Sabemos que un ateniense consumía, próximamente, un litro de harina diario. No bebía casi más de un cuarto de litro de vino, tanto más cuanto que nunca lo tomaba puro. Lo cual hacía en total 0,057 pesetas, y para tres personas 0,174 pesetas. Resta todavía, para los gastos comunes, 0,306 pesetas, y esta suma bastaba probablemente si se recuerda el ínfimo precio de los artículos alimenticios. Por eso la alimentación de aquella familia importaba 175 pesetas al año.

2.º *Casa.*—Los alojamientos de los pobres eran muy modestos. Los antiguos griegos se preocupaban mucho menos que nosotros de tener la casa cómoda, porque pasaban casi todo el tiempo fuera de ella. Cierta Eratóstenes, que gozaba de algún bienestar, puesto que poseía una esclava, vivía en una casa de un piso, que parece no haber tenido más de cuatro piezas. Un viajero que visitó Atenas a fines del siglo iv antes de Jesucristo, nos dice que las casas eran en su mayor parte miserables, y si una persona como el padre de Demóstenes, que tenía una renta de 5 a 6.000 pesetas, consagraba 350 al alquiler de su casa, se adivina que una familia pobre no debía pasar de la décima parte de dicha suma, o sean 35 pesetas próximamente.

3.º *Vestido.*—Cuento para tres personas tres túnicas a 9 pesetas, tres pares de sandalias a 1, y tres mantos a 9, que duraban al menos cuatro años. Se llega con esto a un total de 37 pesetas para vestir, y esta suma es indudablemente muy superior a la realidad.

4.º *Gastos diversos.*—No se comprende muy bien lo

que un ateniense pobre podía incluir en su presupuesto por este concepto. Había diversiones, pero eran gratuitas. Con mucha frecuencia, durante el año, se asistía a lindas fiestas, pero todos los espectáculos, procesiones, carreras de caballos y de carros, luchas atléticas, regatas, conciertos, representaciones dramáticas, no costaban absolutamente nada. Ni siquiera era raro que en semejantes días dieran de comer los ricos. Se bañaba y hacía gimnasia sin aflojar la bolsa, pues para ello había establecimientos abiertos a todo el mundo. Si caía enfermo, era asistido gratuitamente por un médico oficial. Si se le ocurría ir en peregrinación a Olimpia u otro lugar, lo hacía a pie, como Sócrates. Los viajes, por lo demás, no eran costosos, al menos por mar, si es cierto que sólo se pedían 2 pesetas por llevar una familia desde Egipto al Pireo. Los padres tenían obligación de dar a sus hijos un mínimo de instrucción primaria; la escuela no era pública ni gratuita y la retribución escolar era de una docena de pesetas al año. No obstante, no tenemos por qué tenerlo en cuenta en este caso, porque suponemos que la familia de que tratamos estaba compuesta de tres adultos.

Se llega, en suma, a la conclusión de que esta familia pobre tenía suficiente con un presupuesto de 250 pesetas, y dejando cierto margen para imprevistos, con 270. La vida que en esta capital se hacía era seguramente muy modesta, pero no se carecía de nada. Ahora bien, se calcula que hoy una familia de aldeanos, compuesta de las mismas personas, gasta por término medio 450 pesetas.

Naturalmente, era necesario mucho más para vivir con comodidades. En una oración de Demóstenes, un individuo que había heredado 45 minas (4.400 pesetas), declara que se verá mal si queda reducido a la renta de un capital semejante, es decir, a 528 pesetas. Otro pretende que ha podido ser criado y educado con 636 pesetas anuales. El mismo Demóstenes, su hermana, más joven que él, y su madre, percibían anualmente siete minas (688 pesetas) y no tenían que pagar casa. A más, los gas-

tos de educación del primero se contaban aparte. Lisias creía hacer bien las cosas calculando en 1.000 dracmas (980 pesetas) el gasto anual de dos muchachos, de una muchacha y de dos criadas jóvenes.

En cuanto a los que tenían cierto lujo en su casa, apenas podían soportarlo con un capital de 50.000 pesetas y una renta de 6.000. (Jenofonte, *Económica*, cap. II). Verdad es que habían de pagar contribuciones bastante crecidas.

## 21.—LA MEDICINA

Había en Grecia dos clases de medicinas: la que procedía por encantamientos y fórmulas mágicas y la que observaba y trataba por remedios empíricos. La primera parece haber dominado en la época de Homero, y aún mucho tiempo después de él, pero fue poco a poco sustituida por la segunda.

Un pasaje de las obras atribuidas a Hipócrates (médico de los siglos v y iv) muestra el cuidado que los médicos ponían en el diagnóstico: «Diagnosticamos las enfermedades según la naturaleza común a todas las cosas y según la naturaleza especial de cada individuo, según la enfermedad y el enfermo, según las cosas que le son administradas....., según la constitución general de la atmósfera y según la que es propia de cada comarca, según los hábitos, el régimen, el género de ocupaciones habituales, la edad, las palabras, las costumbres, el silencio, las ideas, el sueño, los insomnios, la naturaleza y el momento de los sueños, los movimientos de las manos, las picazones, las lágrimas, los paroxismos, las deyecciones, las orinas, los esputos, los vómitos. Hay que considerar también el sudor, el frío, los estremecimientos, la tos, el estornudo, el bostezo, la respiración, los eructos, los vientos despedidos con o sin ruido, las hemorragias, las hemorroides. Hay que examinar también lo que estos

signos suponen». (*Traité des épidémies*, libro I, cap. III, párrafo 10; trad. Daremberg).

Los médicos tenían muy en cuenta la acción del medio. «El que quiera practicar bien la medicina, debe hacer lo siguiente: considerar en primer lugar los efectos que cada una de las estaciones del año puede producir. Porque no se parecen del todo, sino que difieren mucho una de otras, y cada una en particular difiere mucho en sí en sus vicisitudes. En segundo lugar, los vientos cálidos y los vientos fríos, sobre todo los que son comunes a todos los países; luego los que son propios de cada comarca. Hay que considerar igualmente la calidad de las aguas, porque en tanto difieren por su sabor y por su peso, en tanto difiere cada una de ellas por sus propiedades. El médico que llegue a una ciudad nueva deberá examinar en qué posición se encuentra con respecto a los vientos y al sol levante..... Examinará también si el suelo está desnudo y seco o arbolado y húmedo, si está hundido y abrasado por los calores o si es alto y frío. Finalmente, estudiará el género de vida que más agrada a los habitantes. Sabrá si son aficionados al vino, muy comedores y holgazanes, o si tienen gusto por los ejercicios gimnásticos y la fatiga, si tienen buen apetito y beben poco». (*Traité des airs, des eaux et des lieux*, cap. I; trad. Daremberg).

## 22.—SACERDOTES MÉDICOS

Los primeros médicos fueron en Grecia los sacerdotes adscritos a los templos de Asclepios, el dios de la salud. Algunos de estos templos eran muy antiguos, principalmente los de Tricca en Tesalia y de Titane en Sicio-ne. En lo sucesivo, fueron cada vez más numerosos, y Pausanias no menciona menos de sesenta y tres.

«Estos santuarios habían sido construídos en general a

cierta distancia de las ciudades, en lugares altos y saludables, en la proximidad de límpidas fuentes, en medio de bosques sagrados, cuyo fresco verdor regocijaba la vista. Estaban servidos por sacerdotes, que se hacían intérpretes del dios ejerciendo la medicina. La historia de la medicina griega se confunde en su origen con la de los santuarios de Asclepios; la ciencia médica fue primeramente monopolio de las familias sacerdotales, que de padres a hijos se trasmitían sus secretos ocultos a los profanos. Bastante pronto, es cierto, los *Asclepiades* salieron de los templos para ir a cuidar a los enfermos, y admitieron en sus escuelas discípulos que no eran de su casta. Pero esto no impidió que se acudiera en multitud a curarse en los *Asclepieia* más famosos.

» Antes de poder consultar al dios en su templo, el enfermo era sometido a gran número de prácticas, unas de las cuales, tal como los ayunos, las abluciones y los baños, eran simplemente higiénicas, en tanto las otras, como las purificaciones y los sacrificios, tenían carácter religioso. Después de esta preparación, era admitido en el templo para pasar la noche, ya sobre la piel del animal que había sacrificado, ya en lechos colocados cerca de la estatua de Asclepios. Era lo que se llamaba la *incubación*. Allí, en el silencio y la semi-oscuridad del santuario, en que veía a las serpientes familiares desarrollar sus largos anillos en el atrio, o creía ver muy cerca de él al dios presente, su imaginación era vivamente sorprendida. Mientras dormía, el dios se le aparecía en sueños o se acercaba a él para indicarle los remedios que le habían de curar. Al día siguiente contaba lo que había visto u oído a los sacerdotes, que interpretaban estas visiones y aplicaban el tratamiento prescrito por el dios. Los que salían curados, colgaban en el templo ex-votos, arrojaban monedas de oro o de plata a la fuente sagrada, y hacían grabar en estelas, con su nombre, la indicación de sus enfermedades y de los remedios aplicados».

(Decharme, *Mythologie de la Grèce antique*, páginas 296-297).

## 23.— CURACIONES REALIZADAS EN EL SANTUARIO DE EPIDAURO

Se han encontrado en Epidauro inscripciones que dan fe de curaciones realizadas en el santuario de Asclepios, uno de los más célebres de Grecia:

«Un individuo que tenía paralizados los dedos de la mano, a excepción de uno sólo, vino suplicante al dios, y viendo las pinturas (ex-votos) en el recinto sagrado, empezó a dudar de las curaciones y a burlarse de los letreros que las atestiguaban. Durmiéndose entonces, tuvo una visión. Le pareció que jugaba a los huesecillos cerca del templo y que se disponía a tirar. De pronto apareció el dios, y lanzándose a su mano, le estiró los dedos, uno después de otro. Habiéndose marchado el dios, para vencerse bien, volvió a encoger los dedos y a abrirlos uno por uno. El dios le preguntó si tenía aún dudas acerca de lo consignado en las ofrendas del templo y respondió negativamente. El dios le dijo entonces: «Porque no has creído hace un momento en cosas que no son increíbles, te concedo ahora una curación increíble». Y habiendo amanecido, salió curado.

»Ambrosia de Atenas era tuerta. Esta mujer vino suplicante al dios, y paseándose por el recinto sagrado, se burló de algunas de las curaciones, pretendiendo que era inverosímil e imposible que cojos anduviesen y que vieran ciegos, simplemente por haber tenido un sueño. Habiéndose dormido, tuvo una visión. La pareció que el dios se la aparecía, y la comunicaba que la curaría, pero que exigía de ella, en pago, que colocase en el templo un cochino de plata en memoria de la estupidez de que había dado muestras. Hablando así, entreabrió el ojo enfermo, y en él vertió cierto remedio. Cuando apareció el día, salió curada.

»Un niño mudo, vino suplicante al templo para recobrar la voz. Después que hubo ofrecido el sacrificio pre-



liminar y realizado las demás ceremonias de costumbre, el sirviente encargado del fuego del sacrificio se volvió al padre del niño y le dijo: «¿Consientes de aquí a un año, si has obtenido lo que viniste a pedir, en ofrecer un sacrificio al dios en premio de esta curación?» Entonces el niño dijo de pronto: «Consiento». El padre, admirado, le mandó que hablase de nuevo, y el niño habló, y desde aquel momento quedó curado.

»Pandaros, de Tesalia, tenía manchas en la frente. Habiéndose dormido, tuvo una visión. Le pareció que el dios pasaba una venda alrededor de sus manchas y le ordenaba, cuando hubiera salido del dormitorio, quitarse la venda y colocarla como ofrenda en el templo. Como amaneciera, se levantó y se quitó la venda. Vió que su rostro estaba libre de las manchas y consagró la venda en el templo.

»Enfanés, niño de Epidauro, sufrió mal de piedra. Se durmió y le pareció que el dios se le presentaba y le decía: «¿Qué me darás si te curo?» El niño respondió: «Diez huesecillos». El dios empezó a reír y dijo que se curaría. Al llegar el día salió curado.

»Evippos llevó durante seis años en la mejilla una punta de lanza. Durmióse, y el dios, habiéndola arrancado, se la puso en las manos. Cuando amaneció salió curado, llevando la lanza en las manos.

»Hermodicos de Lampsaco no podía moverse. Durmióse, y el dios, habiéndole curado, le mandó salir y llevar al recinto sagrado la piedra más grande que pudiera. En efecto, llevó la que hoy está delante del dormitorio.

»Un hombre fue curado de un mal en el dedo por la serpiente. Sufría mucho por una llaga horrible en el dedo gordo. Los sirvientes del templo le llevaron fuera y le hicieron sentarse en un banquillo. Habiéndole cogido el sueño, una serpiente salió del dormitorio y le curó el dedo con la lengua, hecho lo cual volvió a meterse. El hombre, ya despierto, y sintiéndose curado, dijo que había tenido un sueño, y que un lindo joven había parecido aplicarle un remedio al dedo.

»Héraico de Mitilene. Este hombre no había tenido pelo en la cabeza, pero tenía mucho en la cara. Avergonzado de las burlas de que era objeto, durmióse en el dormitorio. El dios le frotó la cabeza con unguento e hizo que le creciera el pelo».

(Reinach, *Traité d'épigraphie grecque*, págs. 76-79).

#### 24.—MÉDICOS PÚBLICOS

Había médicos públicos en la mayor parte de las ciudades griegas. Uno de los más antiguos que se mencionan es Demócedes de Crotona. «Obligado a escaparse de junto a su padre que le maltrataba, se había refugiado en Egina. Allí se estableció, y desde el primer año, aventajó a todos los demás médicos, aun cuando no tuviera instrumento alguno, ni nada de lo que podía ayudarle a practicar su arte. Al segundo año, los eginetas le dieron un talento de sueldo; al tercero, los atenienses le dieron cien minas, y al cuarto, Polícrates, tirano de Samos, dos talentos». «La guerra le hizo caer en manos del Rey de Persia, Darío. Tuvo la suerte de curar a este príncipe de una enfermedad, y desde entonces quedóse en su corte colmado de bienes «salvo la libertad de volver a Grecia» (Herodoto, IV, 131-132). No volvió a Crotona sino al término de su vida.

El médico público era probablemente director de un *ιατρειον* puesto a su disposición por la ciudad, y provisto por ella de medicamentos, de instrumentos de medicina y de cirugía, de camas, etc. Allí, pagado por el Estado, ejercía su arte y cuidaba gratuitamente a los enfermos que acudían a consultarle. Era secundado por todo un personal de esclavos, cuyo mantenimiento corría a cargo de la ciudad. Es preciso representarnos esos *ιατρεία*, al menos los más importantes, como tímidos ensayos de hospitales civiles, especialmente reservados para los pobres.

Una inscripción ateniense de la primera mitad del siglo III antes de Jesucristo, prueba que en dicha ciudad abundaban los médicos públicos. Formaban una especie de corporación con intereses comunes, y sin duda con un fondo de reserva. Había cierta rivalidad entre ellos y los sacerdotes curanderos, tanto más cuanto que los Asclepieia vinieron a ser con el tiempo focos de superstición y de charlatanismo. No obstante, los médicos no dejaron nunca de aparentar gran respeto a Asclepios y a la diosa Higia, a los que consideraban como patronos. En Atenas tenían la costumbre de ofrecerles, dos veces al año, un sacrificio solemne, y los tratados que se atribuyen a Hipócrates reconocen la eficacia de la oración, de los votos, de las súplicas, de las ceremonias religiosas, sin dejar de recomendar que se acuda también a otros medios.

(Según P. Girard, *l'Asclépiéion d'Athènes*, páginas 83-87).

## 25.—MÉDICOS PARTICULARES

Había médicos particulares que hacían visitas a domicilio. Jenofonte habla de los que «por mañana y tarde van a ver a sus enfermos». (*Económica*, cap. XIII, párrafo 2.º)

El documento hipocrático titulado *Juramento* indica cuáles eran sus principales deberes. «Pondré todas mis facultades y todo mi discernimiento al cuidado de los enfermos, alejaré cuanto pueda contribuir a su pérdida o a su detrimento. Jamás daré un medicamento mortal a nadie, pídaseme como se quiera, jamás seré autor de semejante consejo..... Conservaré mi vida y mi profesión puras y santas. No operaré nunca a los que padecen cálculos, sino que les enviaré a los que se ocupan especialmente de esta operación. En la casa a donde me llamen, entraré con intención de aliviar a los enfermos, conservándome

puro de toda iniquidad voluntaria y corruptora..... Las cosas que vea o que oiga decir en el ejercicio de mi arte, o fuera de mis funciones en el trato con los hombres, y que no deben ser divulgadas, las callaré, considerándolas secretos inviolables». (*Ceuvres choisies d'Hippocrate*, por Daremberg, pág. 5, 2.<sup>a</sup> edición).

He aquí también algunas prescripciones curiosas acerca de la profesión médica:

«Es deber del médico conservar, en tanto se lo permita su naturaleza, color fresco y buen aspecto, porque el vulgo imagina que el médico que no tiene buena apariencia no debe cuidar bien a sus enfermos. Debe ser limpio en su persona, ir vestido decente y llevar perfumes agradables, pero cuyo olor no resulte molesto; porque esto agrada a los enfermos. Debe perseguir ese espíritu de moderación que no consiste solamente en el silencio, sino también en una vida perfectamente arreglada, pues nada contribuye tanto a la buena reputación. Tenga carácter noble y generoso, muéstrase como tal y pasará a los ojos de todos por hombre respetable y amigo de la Humanidad. Demasiada prontitud para hablar y excesivo apresuramiento para obrar, aún cuando fueran cosas útiles, son causa de menosprecio. Obre con la prontitud a que le da derecho el enfermo, porque los mismos oficios dedicados a las personas ganan en valor a causa de su rareza. En cuanto a su exterior, el médico debe tener aire pensativo, pero no disgustado; de otro modo parecería arrogante y misántropo. Por otra parte, el que se deja llevar de risa inmoderada y de jovialidad excesiva, pasa por insoportable. Debe, por lo tanto, evitar mucho este defecto. Acompañe la honestidad al médico en todas sus relaciones. La honestidad debe, en muchas circunstancias, ser firme apoyo, y para el médico especialmente, es prenda preciosa en sus relaciones con los enfermos». (*Ibid*, página 57).

## 26.—LOS FUNERALES

Casi todos los pueblos de la antigüedad han concedido a las ceremonias de los funerales más extensión y solemnidad que los modernos. Entre los griegos, en particular, constituían una especie de drama en tres actos, cuyos más insignificantes pormenores regulaban con precisión las costumbres y las leyes.

El primero de estos actos era la exposición del cuerpo o *πρόθεσις*. Apenas enfriado el cadáver, las mujeres de la familia se apoderaban de él, le lavaban, le ungían con aceite perfumado, le cubrían con vestidos blancos y le



Fig. 47.—El cadáver de cuerpo presente.

echaban en un lecho de lujo colocado en la primera habitación de la casa mortuoria, en sitio visible desde la calle. Los hombres se ponían a la cabeza una corona de follaje. Una *stefané* de oro en las ricas, de cera pintada en las pobres, adornaba la cabeza de las mujeres. A veces también, a lo que parece, una máscara puesta sobre la cara ocultaba la alteración del rostro. Lecitos llenos de perfumes se colocaban aquí y allá sobre el lecho para combatir el mal olor.

La *πρόθεσις* duraba un día entero, a fin de comprobar

que la muerte era efectiva, y de que todo el mundo pudiera observar que no se debía a violencia. En este día, los parientes y los amigos venían a unir sus lamentaciones a las de las gentes de la casa. Un vaso lleno de agua de fuente, colocado junto a la puerta de la casa, les permitía purificarse al salir, porque entrar en casa castigada por la muerte constituía una mancha, y antes de haberla borrado, no se hubiera podido sin impiedad tomar parte en ceremonia religiosa ni penetrar en un santuario, ni siquiera poner el pie en la agora.....

Al día siguiente de la *πρόθεσις*, se verificaba el transporte del muerto al lugar de la sepultura (*ἐκφορά*). La partida tenía lugar todavía muy de mañana, ya de noche cerrada,



Fig. 48.—Cortejo fúnebre.

ya a los primeros resplandores del alba, de modo que el entierro hubiera terminado antes de salir el sol y sin que este astro hubiera presenciado un espectáculo impuro. Antes de abandonar la casa mortuoria, se hacía un sacrificio, no sabemos a qué divinidades. La víctima inmolada se llamaba *προσφάγιον*, y en cada ciudad era de determinada especie. En Atenas, una ley de Solón prohibía sacrificar un buey. A veces, es de suponer que cuando el difunto pertenecía a familia acomodada, el cuerpo era colocado en una carreta arrastrada por caballos y mulos. Otras veces, sin duda las más, era colocado en unas parihuelas que llevaban hombres pagados. El cadáver llevaba la cabeza delante, la cara descubierta, amortajado

con las mismas ropas que durante la *πρόθεσις*..... En Atenas, en Ceos, y probablemente también en muchas ciudades, la ley limitaba a tres como máximo el número de vestidos que se dejaban al muerto: la manta colocada debajo del cuerpo, la túnica con que iba vestido y el manto que le envolvía..... Entre los lacedemonios, una ley atribuida a Licurgo ordenaba esparcir sobre el cadáver del guerrero muerto hojas de olivo, y tender encima su manto de guerra; una clámide roja llamada *φοινικίς*.

En Atenas, la ley determinaba el orden del cortejo. Delante del muerto iba una mujer llevando el vaso (*χυτρίς*) destinado a las libaciones que habían de hacerse sobre la tumba. Se la llamaba la *ἐγχυτρίστρια*. Luego venían los parientes del muerto con trajes oscuros, hasta los primos inclusive. Estaba prohibido a los parientes más lejanos y a los extraños mezclarse en la ceremonia, a menos que no tuvieran más de sesenta años. Esta excepción autorizaba la presencia de lloronas pagadas. Los hombres iban primero. Si el muerto había sido asesinado, uno de ellos, el pariente más próximo, llevaba una lanza en señal de amenaza contra el asesino. Detrás venían las mujeres. Una ley de Gambreon, en Misia, las prohibía llevar vestidos desgarrados. Finalmente, cerraban la marcha los flautistas, encargados de acompañar con sonidos de lamentación de sus instrumentos el treno salmodiado por la familia. En Roma, la ley de las Doce Tablas limitaba en número a diez, y es probable que los romanos no hubieran hecho en este punto más que traducir la ley de Solón.

En este orden todo el cortejo se encaminaba por las calles estrechas, las mujeres llorando, gimiendo, golpeándose el pecho (la ley de Solón las prohibía desgarrarse las mejillas con las uñas), los hombres lamentándose con más reserva, los flautistas tocando lo mejor que sabían, de modo que el estrépito despertaba al paso a los habitantes del barrio.

Se llegaba de esta suerte al despuntar el alba a las afueras de la ciudad, al lugar elegido para sepultura, y

entonces comenzaba el tercer acto de los funerales, el entierro del cuerpo, las más de las veces, por lo menos en Atenas, sin que hubiera cremación.

(Rayet, *Monuments de l'art antique*, tomo II. París, Quantin, libraire).

## 27.—NECESIDAD DE LA SEPULTURA

El alma que no tenía su tumba carecía de morada y permanecía errante. En vano aspiraba al descanso, que debía amar después de las agitaciones y el trabajo de esta vida, le era preciso vagar siempre, en forma de espectro o de fantasma, sin detenerse jamás, sin recibir nunca las ofrendas y los alimentos de que tenía necesidad. Desgraciada, bien pronto se hacía maléfica. Atormentaba a los vivos, les enviaba enfermedades, destrozaba sus mieses, les asustaba con apariciones lúgubres, para advertirles que dieran sepultura a su cuerpo y a ella misma. De aquí ha surgido la creencia en los aparecidos. Toda la antigüedad ha tenido la persuasión de que, sin la sepultura, el alma era miserable y que con la sepultura llegaba a ser dichosa. No se realizaba la ceremonia fúnebre para hacer ostentación de dolor, sino por el reposo y la felicidad del muerto.....

Puede verse en los escritores antiguos cuánto atormentaba al hombre el temor de que después de su muerte no se cumplieran los ritos que le eran debidos. Era motivo de punzantes inquietudes. Menos se temía la muerte que la privación de sepultura, porque en ello iba el reposo y la dicha eterna. No nos debe sorprender demasiado ver que los atenienses condenasen a muerte a generales que, después de una victoria naval, se habían olvidado de enterrar a los muertos. Estos generales, discípulos de los filósofos, distinguían quizá el alma del cuerpo, y como no creían que la muerte de la una estuviera unida a la del otro, les



había parecido que importaba bastante poco que un cadáver se corrompiera en tierra o en el agua. No habían desafiado la tempestad por el vano formalismo de recoger y enterrar a los muertos. Pero la multitud que, aún en Atenas, permanecía aferrada a las viejas creencias, acusó a sus generales de impiedad y les condenó a muerte. Con su victoria habían salvado a Atenas, pero con su negligencia habían perdido miles de almas. Los parientes de los muertos, pensando en el largo suplicio que aquellas almas iban a sufrir, habían acudido al tribunal vestidos de luto y habían pedido venganza.

En las ciudades antiguas, la ley penaba a los grandes criminales con un castigo que se reputaba terrible, la privación de sepultura. Se castigaba al alma misma, y se la imponía un suplicio casi eterno.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*).

## 28.—DOBLE MODO DE SEPULTURA

Desde la época homérica, en Grecia y en las colonias, la inhumación y la incineración de los muertos fueron practicadas al mismo tiempo. Se encuentran en la necrópolis de Myrina (1) estos dos modos de sepultura empleados simultáneamente. La inhumación es de uso más frecuente, y es natural, puesto que resulta más barata. Se observa, sobre todo en los sarcófagos, la presencia de esqueletos calcinados. La incineración ha debido hacerse por lo general fuera de la tumba, más raras veces en la tumba misma, cuyas paredes conservan entonces huellas

---

(1) Esta necrópolis, situada en Asia Menor, a 7 kilómetros próximamente de la antigua Cyme, ha sido explorada metódicamente por MM. Pottier y Reinach en los años de 1880 a 1883. Data de los dos primeros siglos antes de Jesucristo.

de las llamas. Los restos calcinados descansan en el fondo de la caja de piedra volcánica o del sarcófago. Están colocados en ocasiones en una vasija de barro o de metal. Los objetos pequeños que se enterraban con los muertos se encuentran mezclados con los huesos. Ocurre a veces que en la misma tumba hay enterramientos de las dos clases, y que esqueletos inhumados descansan al lado de osamentas calcinadas.

La posición del cuerpo inhumado es casi uniforme. Está tendido boca arriba, en el fondo de la caja, con los brazos a lo largo del cuerpo. Esta posición varía cuando se han enterrado juntos varios cadáveres, lo cual ocurre con bastante frecuencia. Muchas tumbas contenían dos o tres cuerpos, tendidos en sentido inverso, a veces superpuestos y como encajados unos en otros. En varios lugares había verdaderos osarios, especie de fosas comunes, en que los esqueletos se confundían, apenas tapados con tierra y mezclados con pedazos de cacharros toscos. Esta comunidad de sepultura para los miembros de una misma familia metidos en una sola cripta, o para los pobres arrojados en una misma fosa, nos autoriza a creer que los ritos religiosos de los griegos no prohibían abrir de nuevo la tumba para enterrar sucesivamente a varias personas, porque no puede admitirse que todos los cadáveres hayan sido depositados al propio tiempo en el mismo lugar. Una tumba permite afirmar más seguramente todavía un enterramiento doble hecho en épocas distintas, un muerto descansa con algunos objetos en el fondo de la fosa, y por encima de él se han colocado otros dos, pero separados del primero por una capa de tierra. Se ve que la tumba ha sido abierta de nuevo, la tierra sacada hasta cierta profundidad, y los cuerpos depositados sobre la en que ya descansaba un miembro de la misma familia. Estaba prohibido, por lo demás, enterrar en la tumba el cadáver una persona que no fuese de la familia.

Varios cuerpos inhumados no tenían cabeza. Unas veces falta sólo la cabeza en el esqueleto, otras la cabeza y los pies. En otras partes ha sido quemado todo el cuerpo,

excepto la cabeza que permanece intacta, o bien, por el contrario, toda la parte superior del cuerpo ha sido incinerada, y sólo quedan visibles los huesos de las piernas. El doble procedimiento de inhumación y de incineración, aplicado al mismo cuerpo es, por tanto, un hecho auténtico, que debe tenerse en cuenta en la historia de los ritos funerarios de la antigüedad, por extraño que parezca.

(Pottier y Reinach, *la Nécropole de Myrina*, tomo I, páginas 73-75).

## 29.—OBJETOS COLOCADOS EN LAS TUMBAS

Los griegos tenían la costumbre de depositar en las tumbas objetos destinados a las necesidades del muerto; porque pensaban que éste seguía viviendo dentro de ella. Estos objetos son, en general, de cuatro clases:

1.<sup>a</sup> Los que debieron pertenecer al muerto y servirle en los diarios menesteres de la vida. En las tumbas ricas se observa que el cuerpo ha sido enterrado con ciertos adornos, por ejemplo, una diadema de oro que se sujetaba a la frente por medio de un cordón que pasaba por dos agujeros en los extremos. Algunos de estos objetos, entre otros coronas formadas por delgadas hojas de metal, tienen un destino puramente funerario, dada la extremada delgadez y lo quebradizo de estos adornos. No se ha encontrado ninguna alhaja preciosa en la necrópolis de Myrina, salvo una sortija de oro provista de un enorme vidrio engarzado que imita el color de la esmeralda, algunas otras sortijas y brazaletes de bronce, broches, amuletos y cuentas de collar.

2.<sup>a</sup> Los objetos destinados a contener la bebida y el alimento del muerto, copas y platillos, fuentes de barro y de bronce, etc., son a veces simples imitaciones, como ciertas botellas de barro de dimensiones reducidas, que ni siquiera tienen cavidad interior. La bebida ocupa, sobre

todo, importante lugar, porque casi no existe sepultura en que no se encuentren una o varias botellas de barro. En ciertas tumbas, se han recogido hasta cincuenta o sesenta. Las lámparas de barro cocido son también muy frecuentes en ciertas necrópolis, pero escasean en Myrina.

3.<sup>a</sup> Las monedas que se encuentran con bastante abundancia, pero no en todas las tumbas, representan el óbolo de Caronte (1). Están por lo general próximas a la cabeza, pero su verdadero sitio es entre los dientes del muerto. A veces hay varias en una misma tumba, de ordinario una solamente. Son todas de bronce, muchas veces en mal estado.....

4.<sup>a</sup> Las figurillas de barro cocido constituyen una clase especialísima de objetos, cuyo destino se discute todavía en la actualidad. Es difícil no ver alguna relación entre los barro cocidos hallados en la tumba y el sexo o la edad del ocupante. En una tumba de mujer no se encontrarán casi más que estatuitas femeninas, y entre las divinidades, Afrodita y Eros, Demeter, Nikes, etc. En una tumba de hombre se hallarán, en proporciones casi iguales, estatuitas masculinas y femeninas. A veces aún, las figuritas y los objetos menudos están de alguna suerte reducidos a la estatura del joven muerto. Los juguetes y los huesecillos que se encuentran en sus tumbas prueban que se adaptaba el mobiliario fúnebre a los gustos y los hábitos de los niños.

(Pottier y Reinach, *la Nécropole de Myrina*, t. I, páginas 101-108).

---

(1) El muerto daba este óbolo a Caronte para pasar la Estigia en su barca y llegar de esta suerte a los infiernos.

30.—EL CULTO DE LA TUMBA, SEGÚN LOS MONUMENTOS  
FIGURADOS

Como en las escenas de *πρόθεσις*, el papel de las mujeres parece ser preponderante en las ceremonias de ofrendas en la tumba. Aun cuando no sea rara la presencia de los hombres, los asistentes son en su mayor parte mujeres. Sus actitudes son, en general, más mesuradas y tranquilas que en la *πρόθεσις*. Se ve, no obstante, a algunos asistentes llevarse la mano a la cabeza como para arrancarse el pelo, pero la actitud ordinaria es la de un personaje en pie y tranquilo que lleva en las manos las ofrendas destinadas al muerto o que parece reflexionar tristemente. En otras partes avanza hacia la estela con la mano levantada a la altura del rostro, o se arrodilla al pie y parece hablar a la tumba. La expresión de dolor domina en todas las escenas menos que una especie de disgusto religioso y de resignada melancolía.

Una de estas actitudes parece, sin embargo, tener carácter más especial y significar otra cosa que vaga expresión de pesar y de homenaje. Se observa cierto número de pinturas en que los personajes, al tender la mano hacia la tumba o levantarla a la altura del rostro, juntan dos dedos, generalmente el pulgar y el índice. Es señal de adoración.

En estas escenas, ocurre frecuentemente que el himation tenga colores claros, azul o encarnado. Estas pinturas, en efecto, no corresponden ya a la ceremonia mortuoria propiamente dicha. Los ritos fúnebres obligaban a los parientes a volver a la tumba el tercer día después del fallecimiento, luego el noveno y el treinta. Se llevaba al difunto la comida fúnebre, se renovaban las libaciones y las ofrendas de los primeros días. Este período de un mes representaba en Atenas la duración completa del luto. Se abandonaban entonces los vestidos oscuros, y he

aquí la causa de que el himation aparezca con colores claros. El día de aniversario del fallecimiento, o según otros, el aniversario del nacimiento del difunto, daba lugar a otra reunión de los parientes junto a la tumba. Pero nada impedía que el tiempo restante vinieran a sentarse al pie de la estela para hablar del muerto, para renovar las flores y las cintas, para llevar nuevas ofrendas. La misma situación de la necrópolis a las puertas de la ciudad inducía a estas visitas piadosas, que figuran en los usos y costumbres de todos los pueblos.

Los objetos que se ven en manos de los personajes, al pie o alrededor de la estela y en el fondo de la pintura, son de muy distinta naturaleza. No todos representan ofrendas. Cierta número no figuran sino como utensilios necesarios para la realización de los ritos fúnebres, por ejemplo, la cesta, el cofrecillo, los vasos de libaciones. Algunos, como la cinta, las coronas, los vasos de perfumes, están especialmente destinados al adorno de la estela. Los restantes, en fin, objetos de tocador, armas, aves, tortas y frutas, libaciones, son ofrendas de que goza exclusivamente el muerto.

Es interesante observar en las pinturas de los siglos v y iv la sencillez y la frugalidad de estas ofrendas. No se ve en ellas alusión alguna a las libaciones de sangre, a los holocaustos de víctimas con tanta frecuencia mencionados por los autores. No es casualidad, sino el carácter verdadero de los ritos de la época. En los tiempos homéricos, la sangre de los humanos y de los animales es el alimento más agradable que se puede ofrecer al muerto. Aquiles, en la tumba de Patroclo, degüella a doce jóvenes troyanos, cuatro caballos, dos perros, multitud de bueyes y corderos. Ulises evoca las sombras de los muertos inmolando corderos al borde de una fosa, y las sombras, reuniéndose a su alrededor como enjambre de moscas, beben ávidamente aquella libación sangrienta. Los holocaustos humanos forman parte de toda la historia heroica. Más tarde, los poetas harán de ellos resorte dramático para mover a terror y piedad el alma de los espec-

tadores. Pero esas costumbres bárbaras no existen ya cuando comienza la historia verdadera. En el siglo VII ya, la costumbre de sacrificar reses mayores se considera como un rito dispendioso reservado para las divinidades, y la ley de Solón prohíbe inmolar un buey en las ceremonias fúnebres. En el siglo VI, la ley de Iulis permite todavía inmolar víctimas según el rito antiguo, pero en el V la ofrenda de las víctimas parece haber llegado a ser privilegio de los dioses y de los héroes muertos. Así el héroe Pélope era honrado anualmente. Los guerreros de Platea recibían en una ceremonia anual la ofrenda de un toro. Honores semejantes eran excepcionales en el siglo V. Este sentimiento se hace todavía más evidente en los escritores de fines de ese siglo y de principios del IV. Platón recuerda como costumbre bárbara los sacrificios humanos, y cita como un uso igualmente abandonado el de inmolar animales antes de la ceremonia de la *ἐκφορά*. El sacrificio de las víctimas no se representa nunca tampoco en los vasos pintados de esta época.....

Dos usos muestran bajo un aspecto íntimo y familiar los homenajes tributados a los muertos. En primer lugar, la conversación de los asistentes con el difunto. De pie o arrodillados ante la estela, tienden las manos a la tumba en actitud que parece indicar que hablan al muerto. La representación de estas conversaciones familiares, tal como las repiten numerosas inscripciones fúnebres que contienen la palabra de despedida, *χαίρει*, o un corto diálogo entre el difunto y el que pasa. En los vasos, la escena tiene el carácter más íntimo de entrevista entre el muerto y sus parientes.

La segunda costumbre es tocar al pie de la tumba, para regocijar al muerto en su soledad. El instrumento utilizado es la lira. En las pinturas de vasos, es un efebo de pie o sentado el que tiene la lira, en tanto los asistentes parecen escucharle. Diferentes pasajes de los autores hacen alusión al empleo de la música en las ceremonias mortuorias. En particular la flauta era usada en la *πρόθεσις* y en la *ἐκφορά*. Vemos, igualmente, un *tympanon*

en manos de una mujer en un lecito del Louvre. La lira es conocida como instrumento fúnebre. Notamos aquí uno de los pensamientos más delicados de la religión de los muertos. Las ofrendas materiales, el alimento y la bebida no bastan al difunto, y el cariño de sus allegados debe pensar en proporcionarle distracciones intelectuales. Desde el fondo de su tumba, oirá todavía el sonido de las voces que ha amado, sus palabras de ternura y consuelo, y los suaves acordes de la lira le mecerán en el sueño eterno.

(Pottier, *Étude sur les lécythes blancs attiques à représentations funéraires*, págs. 56 y siguientes).

### 31.—UNA FUNDACIÓN FUNERARIA

A veces un individuo, antes de morir, determinaba él mismo las ceremonias que habrían de tener lugar perpetuamente cerca de su tumba y dejaba dinero para ello. Es lo que hizo cierta Epicteta, de Thera:

«¡Ojalá siga administrando mis bienes, fuerte y sana! No obstante, si algo me ocurriera, atendiendo a la humana condición, dispongo lo que sigue, conforme a la recomendación de mi marido Foenix, que mandó hacer una capilla consagrada a las Musas en honor de nuestro hijo difunto Cratósilocos, que colocó en este *Museo* las figuras y estatuas de él y de Cratósilocos, con los monumentos funerarios, y que me ha rogado que termine el museo colocando en él las Musas, las estatuas y los monumentos. Dos años después, el hijo que me quedaba, Andrágoras, ha fallecido, y me ha recomendado, a su vez, que ejecute por completo la recomendación de su padre Foenix de erigir en su honor una estatua y un monumento, como se ha hecho en memoria de su padre y de su hermano, que funde una comunidad de hombres parientes, y que dé a esta comunidad una suma de tres mil dracmas, cuya ren-



ta servirá para los gastos de sus asambleas. En consecuencia, habiendo acabado y erigido todo según las recomendaciones de Foenix y de Andrágoras, y habiendo también fundado la comunidad de parientes, cuyos nombres abajo se insertan, cuya comunidad se reunirá en el Museo, doy tres mil dracmas a la dicha comunidad..... Dejo el Museo con el recinto y los monumentos funerarios a mi hija Epiteleia. Quiero que, habiendo recogido todos nuestros bienes, pague cada año, en el mes Eleusiniano, doscientas diez dracmas (1) a la comunidad fundada por mí. Nadie tendrá derecho a vender el Museo ni el recinto de los monumentos. Ninguna de las figuras que hay ya en el Museo, ya en el recinto de los monumentos, podrá ser puesta en prenda, ni cambiada, ni enagenada de ninguna manera, ni por ninguna connivencia, ni podrá ser levantada en el recinto construcción alguna, a menos que se quiera edificar un pórtico. El Museo no podrá ser puesto a disposición de nadie, si no es para las bodas de un descendiente de Epiteleia..... Nadie tendrá derecho a llevarse ninguno de los objetos que figuran en el Museo..... El sacerdocio de las Musas y de los héroes (2), pertenecerá al hijo de mi hija, Andrágoras, y a falta de éste, sucesivamente al de más edad de los descendientes de Epiteleia. La comunidad se reunirá en el Museo todos los años en el mes Delfinios. Recibirá de mis herederos las doscientas diez dracmas; designará de su seno tres individuos como oficiantes, y sacrificará el décimonono día a las Musas, el vigésimo a los héroes Foenix y Epicteta, el vigésimoprimeros a Cratósilocos y Andrágoras. Si el pago de las doscientas diez dracmas no es hecho por Epiteleia y

---

(1) Estas doscientas diez dracmas representan el interés, al 7 por 100, de las mil dracmas que Epicteta, lega a la comunidad. El capital se deja a la hija, a condición de que pague regularmente los intereses. Como garantía, Epiteleia dará en hipoteca la tierra de Melenes, que heredará de su madre (Dareste).

(2) Es decir, de los muertos enterrados en esta tumba.

sus herederos a la comunidad, ésta se apoderará de los frutos de mis tierras de Melenes, hasta reunir dicha suma..... Los nombres de los parientes que he reunido en comunidad son (siguen veinticinco nombres) (1). Se admitirá igualmente a las mujeres que habiten con ellos y a sus hijos, a saber: las hijas en tanto estén bajo la patria potestad, y a los muchachos aún después de su mayor edad, por último, a sus descendientes, según igual distinción. Las epicleras serán admitidas también con sus maridos y sus hijos, conforme a las reglas antedichas.

(*Inscriptions juridiques grecques*, II, págs. 78 y siguientes).

---

(1) La comunidad comprenderá todos los parientes varones, presentes y futuros. En la actualidad son veinticinco. Las mujeres y los niños son admitidos, pero a título excepcional y supletorio (Dareste).

---

## CAPÍTULO V

### La esclavitud.

SUMARIO.—1. Esclavitud primitiva.—2. Opinión de Aristóteles acerca de la esclavitud.—3. Orígenes de la esclavitud.—4. Venta de esclavos.—5. Precio de los esclavos.—6. Procedencia de los esclavos.—7. Número de esclavos.—8. Condición del esclavo.—9. Carácter del esclavo.—10. Esclavos públicos.—11. Los esclavos fugitivos.—12. Rebeliones de esclavos.—13 La emancipación.—14. Acta de emancipación.—15. Otra acta de emancipación.

#### 1.—ESCLAVITUD PRIMITIVA

Los esclavos se llamaban δμῶες. Lo eran por nacimiento, a consecuencia de la guerra o de un contrato de compra. Herodoto dice que esta institución no era conocida en la Grecia primitiva. Timeo, sin ir tan lejos, sostiene que los antiguos griegos no se servían «de esclavos adquiridos a costa de dinero». Basta abrir los poemas homéricos para ver que ambas afirmaciones son equivocadas. Lo cierto es que la esclavitud tuvo en la antigua sociedad helénica mucha menos importancia que en tiempos posteriores. Se ha hecho el cálculo de los esclavos

que debía poseer Ulises, y resulta un centenar, la mitad de ellos mujeres ocupadas en el interior de la casa. Esta cifra no es enorme seguramente, si se observa que los rebaños eran en número de sesenta y dos, y que veinticuatro piaras de cerdos constituían un efectivo de mil doscientas cabezas. En la mayor parte de las casas ricas, el personal de la servidumbre estaba lejos de alcanzar tan grandes proporciones, y los propietarios sin esclavos no eran raros. En casa de Ulises se dedicaban principalmente a cuidar de los ganados. Había, por ejemplo, en Itaca porqueros, cabreros, boyeros, pastores. Había entre ellos cierta jerarquía. Así Eumeo tenía cuatro individuos a sus órdenes. Por otra parte, se nos indica un boyero jefe, un pastor jefe.

El esclavo, aun cuando sujeto a un dueño que tenía sobre él todos los derechos, gozaba de condición bastante aceptable. Formaba parte de la familia, y era por lo general bien tratado. Eumeo había sido criado con Ktimene, la hija de Laertes: «Su madre Anticlea, dice, nos quería casi lo mismo». Cuando Ktimene se casó, Eumeo recibió como regalo una túnica, un manto, lindas sandalias. Se le envió al campo, y Anticlea siguió teniendo para él «corazón de madre». Después de la partida de Ulises, añade, todo ha cambiado mucho. Ya no me es dado oír las dulces palabras de Penélope. La desgracia ha caído sobre su casa; los esclavos tienen, no obstante, necesidad de hablar a su dueña, de interrogarla, de comer, de beber a su lado, y de traer a los campos esos regalos que reconfortan el ánimo». Dedicado a un cometido especial, Eumeo vive muy independiente. Dispone para sí y para sus huéspedes de los cerdos confiados a su guarda. Ha edificado establos, sin consultar a nadie; tiene su peculio, que le ha permitido comprar un esclavo. Si sufre, es porque Ulises ha muerto quizá, y porque los pretendientes disipan sus bienes. No es esta, por lo demás, una pintura ideal, ni siquiera una situación privilegiada. En todas partes el esclavo ama a su dueño y es querido de él. Se asocia a sus penas lo

mismo que a sus alegrías. Su actitud con respecto a él es una mezcla de familiaridad y de respeto, y reconoce con abnegación sin límites la benevolencia de que es objeto.

(Guiraud, *La propriété en Grèce*, págs. 71-73).

## 2.—OPINIÓN DE ARISTÓTELES ACERCA DE LA ESCLAVITUD

Para Aristóteles, la familia es un conjunto «de hombres libres y de esclavos». No se contenta con señalar este hecho, sino que proclama su legitimidad. «Algunos pretenden que el poder del dueño es contra naturaleza, que si el uno es esclavo y el otro libre es sólo porque la ley lo quiere, que naturalmente no hay entre ellos diferencia alguna, y que la servidumbre no es obra de la justicia, sino de la violencia». Aristóteles no participa de esta opinión. «El hombre, dice, no puede prescindir de instrumentos, aun cuando sólo fuera con objeto de proporcionarse las cosas necesarias para la vida. Entre estos instrumentos, unos son animados, otros inanimados. Así, para el piloto de una nave el timón es instrumento inanimado, y el marinero que vigila en la proa es instrumento animado. De igual modo, todo objeto que se posee es instrumento útil para la vida y la propiedad es el conjunto de estos instrumentos. El esclavo es una propiedad animada y un instrumento superior a todos los demás».

Aristóteles va todavía más lejos. Sin dejar de reconocer que ciertos individuos no son esclavos sino por accidente (tal muchas veces los prisioneros de guerra), piensa que muchos han nacido para ser esclavos, y que ese es su destino propio. De igual modo que todo ser humano está organizado de suerte que el alma ordena y el cuerpo obedece, así también «el individuo que es inferior a sus semejantes en la medida que el cuerpo lo es al alma, o el bruto al hombre, es esclavo por naturaleza, y es ven-

tajoso para él que así ocurra. Ahora bien, es la condición de todos los que están destinados a hacer uso de sus fuerzas corporales y que no tienen medio alguno de hacer cosa mejor».

Si un gran espíritu como Aristóteles enunciaba semejantes ideas, se adivina sin esfuerzo cual debía de ser la opinión común. Los griegos jamás han dudado de la necesidad ni de la legitimidad de la esclavitud.

### 3.—ORÍGENES DE LA ESCLAVITUD

En el siglo v y en el iv, la esclavitud se alimentaba de varios orígenes distintos.

Había primeramente esclavos nacidos en la casa (*οικογενής*). Estos no pertenecían a su padre ni a su madre, incapaces uno y otro de poseer nada, sino al dueño de su padre o de su madre. No eran, en general, muy numerosos.

Después de cada guerra, el vencedor vendía sus prisioneros como esclavos. No hay más que recorrer Tucídides para encontrar multitud de ejemplos. «Se degolló a doscientos de Platea, y las mujeres fueron reducidas a servidumbre (III, 68)». «Los atenienses redujeron a servidumbre a las mujeres y a los hijos de los Toroneos (V. 3)». La mayor parte de los atenienses, que tomaron parte en la expedición de Silicia, perecieron o cayeron en la esclavitud. No hubo de estos últimos menos de 7.000 (VII, 87).

Ciertos individuos tenían como profesión robar hombres, en mar o en tierra, y venderlos luego. Este uso no desapareció nunca por completo, a pesar de la severidad de las penas a que daba lugar. Para impedir semejante delito, una ley ateniense estipuló «que nadie podría tratar con un mercader de esclavos sin exigir la presentación de un certificado que atestiguara que la persona vendida había servido ya en casa de tal dueño taxativamente designado».

Antes de Solón, la persona del deudor respondía de sus deudas, y no era raro que en caso de insolvencia llegase a ser esclavo. Solón abolió esta costumbre. La miseria obligaba a veces a la mujer adulta a sacrificar su libertad, y la ley no se lo impedía. El niño a quien el padre *exponía* al nacer, estaba habitualmente destinado a la esclavitud, y hay que creer que así ocurría con frecuencia, porque tal se dice muchas veces en los desenlaces de las comedias. En Atenas, el padre de familia tenía el derecho de vender a su hija, si ésta hacía vida desordenada.

Finalmente, la pérdida de la libertad podía ser decretada por los tribunales. Se castigaba de esta suerte al extranjero que ocultaba su condición y trataba de introducirse fraudulentamente entre los ciudadanos. El ciudadano que había sido rescatado de cautiverio por uno de sus compatriotas, podía incurrir en esta pena «si no pagaba su rescate», pero es dudoso que esta amenaza se haya realizado nunca. Un decreto dado por la ciudad de Halicarnaso el año 457 antes de Jesucristo, da como sanción eventual, en ciertos casos, la venta al extranjero.

#### 4.—VENTA DE ESCLAVOS

En el tratado que se titula *Las sectas a subasta*, Luciano aplica a los filósofos puestos en venta los procedimientos usados en las ventas de esclavos:

«*Zeus*.—Vamos, tú, coloca los asientos; prepara este lugar para los que han de venir; haz que coloquen por orden las distintas sectas, pero ten cuidado primero de adornarlas, para que tengan buena cara y atraigan a muchos compradores. Tú, *Hermes*, haz el oficio de pregoneiro, llama a los compradores, y que buena suerte les traiga al mercado. Vamos a vender al pregón sectas filosóficas de toda especie. Los que no puedan pagar al contado, dejarán señal.

*Hermes.*— ¿A quién quieres que pongamos en venta el primero?

*Zeus.*— A este jonio de pelo largo; parece persona respetable.

*Hermes.*— ¡Eh! pitagórico, baja y muéstrate a los que aquí están reunidos.

*El comprador.*— ¿De dónde eres?

*Pitágoras.*— De Samos.

*El comprador.*— ¿Dónde has sido instruído?

*Pitágoras.*— En Egipto, entre los sabios del país.....

*El comprador.*— Quítate la túnica, quiero verte desnudo. ¿Qué vale?

*Hermes.*— Diez minas.

*El comprador.*— Helas aquí. Me quedo con él.

*Zeus.*— ¿Pero el nombre del comprador y su patria?

*Hermes.*— Es, según pienso, algún italiano, un habitante de Crotona o de Tarento.

*Zeus.*— Que se le lleve, y que lleve otro esclavo.

*Hermes.*— ¿Quieres este hombre sucio, nacido en el Ponto?

*Zeus.*— Justamente.

*Hermes.*— ¡Eh!, el del zurrón y la túnica sin mangas, ven aquí, da vuelta a la sala. ¿Quién te compra?

*El comprador.*— ¿Para qué puede valer un sér tan grasiento, tan mal vestido? No es posible dedicarle más que a cavar o de aguador.

*Hermes.*— Hazle portero; te guardará mejor que un perro.

*El comprador.*— Doy por él dos óbolos a lo sumo.

*Zeus.*— ¡Vamos con otro! Llama a ese cirineo vestido de púrpura y coronado de flores.

*Hermes.*— ¡Vamos, atención todo el mundo! Es un artículo magnífico y que pide un comprador rico.

*El comprador.*— ¿Qué hombre de sentido ha de querer un esclavo tan corrompido, tan depravado? ¡Qué olor a perfumes exhala! ¡Qué vacilante y poco seguro es su andar! Pero, tú, Hermes, dime, cuáles son sus talentos, lo que sabe hacer.



*Hermes.*—Sabe especialmente hacer pasteles; es cocinero muy hábil. Educado en Atenas, ha servido en Sicilia en casa de los tiranos, que le tenían en gran estima.

*El comprador.*—Yo no puedo comprarle.

*Hermes.*—Temo mucho que nos quedemos con él.

*Zeus.*—Retírale de la venta y saca otro.....»

(Luciano, *Las sectas a subasta*, 1-13).

### 5.—PRECIO DE LOS ESCLAVOS

Se puede calcular en dos minas o dos minas y media (196 y 245 pesetas), el precio ordinario de los esclavos empleados en la extracción de la plata o en las más rudas labores del campo. El del esclavo obrero debía ser por término medio más alto; tres a cuatro minas (294 y 392 pesetas), y una mitad más, de cinco a seis minas (491 y 600 pesetas), los jefes de taller. Nicías había pagado por su intendente un talento (5.894 pesetas); pero era un caso enteramente excepcional.

Los esclavos domésticos presentaban una serie de valores que correspondían con los de los esclavos trabajadores, según que se les relegaba a los menesteres más bajos o que se elevaban a servicios más inteligentes e íntimos. Demóstenes cuenta en la herencia de Spudias un esclavo que vale 2 minas (196 pesetas), pero sin especificar su empleo. En el discurso contra Teocrines, una mujer esclava es valorada en 5 minas (491 pesetas), pero este valor, resultado de tasación judicial, podría ser considerado máximo. El precio de 5 minas era bastante común cuando el esclavo aportaba alguna habilidad a su dueño. Los esclavos consagrados al servicio del lujo se pagaban sin duda más caros. Los peores cocineros no se alquilaban en menos de 6 óbolos (0,95 pesetas) al día. Una cortesana fue comprada conjuntamente por dos individuos en 30 minas (2.946 pesetas), y cuando se can-

saron de ella la ofrecieron la libertad por 20 minas (1.964 pesetas). Estos dos últimos precios son dados por Isócrates para mujeres de esta clase, en un pasaje en que de ellas habla de manera general.

En las inscripciones relativas a actas de emancipación se encuentran indicados multitud de precios. El más común es de 3 a 4 minas (294 a 392 pesetas). En la colección de Wescher y Foucart, ciento cincuenta esclavos próximamente, hombres y mujeres por mitad, son vendidos al precio de 3 minas, y ciento veinte al precio de 4. Por cima y por bajo de estos precios, los números suben o bajan sensiblemente. Así cuarenta y cinco, de ellos veinte mujeres, se venden en 2 minas (196 pesetas); catorce, en su mayor parte jóvenes de uno y otro sexo, en 1 mina (98 pesetas) y algo más; tres o cuatro, menos de 1 mina; y por otra parte, se encuentran cuarenta, hombres y mujeres, vendidos en 5 minas (491 pesetas); veinte a veinticinco, en 6 minas (600 pesetas); un hombre, en 7 minas (687 pesetas): un esclavo comprado y un sidonio, 8 minas (785 pesetas); otro, 9 minas (883 pesetas); tres mujeres nacidas en la casa, 7, 8 y 10 minas (687, 785 y 982 pesetas); otra, 8 minas; otra, tocadora o fabricante de flautas, 10 minas; un muchacho nacido en la casa, 10 minas; una mujer nacida en la casa, 15 minas (1.475 pesetas). Los bárbaros no están excluidos de los precios más altos. De cinco hombres valorados en 10 minas, dos son tracios y uno gálata. Un armenio alcanza el precio de 18 minas (1.767 pesetas). Hay que añadir que estas emancipaciones eran consentidas a título oneroso, y que en varias de ellas se añadía al rescate la obligación de permanecer cerca del vendedor, ya por un tiempo definido, ya por toda la vida, o de pagarle, ya a él, ya para él, cierta renta. Semejantes condiciones constituían un precio suplementario, que debía necesariamente disminuir el principal. Hay que notar, además, que de estos documentos algunos son de época romana, y que ninguno es anterior a la época macedónica. Son, por consiguiente, de un tiempo en que el dinero, ya me-

nos escaso, había hecho subir el valor de las cosas. Todas estas cifras deberían, pues, rebajarse un poco en lo que se refiere al siglo de Demóstenes.

(Wallon, *Histoire de l'esclavage*, tomo I, págs. 210-218; 2.<sup>a</sup> edición. París, Hachette).

## 6.—PROCEDENCIA DE LOS ESCLAVOS

Dos series de documentos indican cual era la procedencia habitual de los esclavos.

Una inscripción ateniense de fines del siglo v enumera los esclavos de cierto Kefisodoros, extranjero establecido en el Pireo. He aquí la lista de estos esclavos, con el precio de cada uno de ellos. Comúnmente, se pagaban más caros. (*Corpus inscriptionum Atticarum*, tomo I, pág. 277):

	Dracmas.	Pesetas.
Una tracia.....	165	161
Una tracia.....	135	132
Un tracio.....	170	166
Un sirio.....	240	235
Un cario.....	105	103
Un ilirio.....	161	157
Una tracia.....	220	215
Un tracio.....	115	112
Una escita.....	144	141
Un ilirio.....	121	118
Un calcidio.....	153	150
Un joven cario....	174	170
Un niño cario.....	72	70
Un sirio.....	301	295
Un tesalio.....	151	148
Un lidio.....	?	—

Poseemos, por otra parte, gran número de inscripciones delficas, de los siglos III y II antes de Jesucristo, en que se señala la procedencia del esclavo. Según M. Wallon (I, págs. 171-173), de trescientos de ellos, se encuentran

18 tracios (7 hombres y 11 mujeres), 15 sirios (10 mujeres), 2 frigios y 2 lidios (1 mujer de cada país), 7 gálatas, 3 capadocios, 4 armenios (1 mujer), 4 ilirios (3 mujeres), 3 sármatas (2 mujeres), 1 bastarna, 2 árabes, 1 judío y 1 judía. La Misia, la Bitinia, la Paflagonia, el país de los Tibarenos, la Meotida, Sidón, Chipre, el Egipto, aportan cada uno un individuo.

Se encuentran también esclavos nacidos en Grecia. La Macedonia, el Epiro, la Peonia, la Perrebia, la Atamania, la Beocia, la Fócida y la Lócrida, Calcis, Megara, la Laconia (6 hombres y 3 mujeres), Heraclea del Ponto, Alejandría, Apamea, etc., son sus patrias. Y no son esclavos bárbaros venidos de esas comarcas, sino naturales de ellas reducidos a servidumbre.

#### 7.—NÚMERO DE LOS ESCLAVOS

El año 309 antes de Jesucristo, un censo oficial estimó el número de esclavos residentes en el Atica en 400.000, siendo la población total de 550.000 almas. En este país, como en todos los demás, estos esclavos hacían las tareas más diversas: agricultura, comercio, industria, explotación de minas, servicio doméstico, etc. He aquí lo que dice M. Wallon del número de esclavos empleados en las faenas domésticas:

«Platón afirma textualmente que en las casas ricas se cuentan por lo común más de cincuenta esclavos. Con ello se proveía ampliamente a todas las exigencias del servicio doméstico. Terencio, que muchas veces traduce a Menandro, muestra en algunas de sus comedias las distintas funciones de la servidumbre, distribuídas entre un número bastante grande de esclavos.

Los griegos, no obstante, eran aficionados a practicar el precepto de Aristóteles, de que la multitud de criados constituye una dificultad. El mismo Aristóteles tenía tre-

ce esclavos; Teofrasto tenía nueve; Straton, más de seis, y Licón, doce. Puede creerse, en honor de la lógica, que este número no excedía de los límites de la moderación prescrita por todos estos filósofos. ¿Era la medida común? No, sin duda; otros podían contentarse con menos. Pero raras veces, entre las gentes de mediana fortuna, se poseían menos de tres o cuatro. En todas las escenas caseras, la comedia atribuye al esclavo un papel que no supone menos personas para desempeñarlo, y lo que se ve en el teatro, en aquellas pinturas tan fieles de la sociedad griega, se repite en las escenas de la vida real que describen los oradores. Jenófanes se quejaba de ser tan pobre, que no podía tener dos esclavos.

» Añadid a esto que se tomaban muchas veces esclavos de alquiler, a más de los que se tenían permanentemente. Había ciudadanos que, para introducir economía en su vanidad, alquilaban los que daban séquito a sus mujeres, o los lacayos que les acompañaban a ellos a paseo. Hacíase esto, principalmente, en circunstancias extraordinarias, en los días de bodas y de grandes regocijos. Se alquilaban entonces los cocineros que preparaban las comidas, las danzarinas y los flautistas que venían a terminarlas».

(Wallon, *Histoire de l'esclavage*, I, págs. 188-189 y 235-238).

## 8.—CONDICIÓN DEL ESCLAVO

Formaba el esclavo, en ciertos respectos, parte de la familia. Cuando entraba en un hogar ateniense, era costumbre sentarle junto al hogar y esparcir sobre su cabeza higos secos, dátiles, tortas, como para iniciarle en el culto doméstico. Esta ceremonia, sin embargo, no le confería ningún derecho positivo. En principio, el esclavo no era nada ni nada poseía. Su dueño tenía absoluto domi-

nio sobre él, disponía a su antojo de la persona del esclavo, y hasta podía apropiarse sus pequeñas economías. La obediencia del esclavo no tenía límites; la ley, la justicia de los tribunales eran para él letra muerta; se le consideraba como un sér humano, pero se le trataba como cosa.

No obstante, la práctica suavizaba muchas veces lo que el derecho tenía de excesivamente riguroso. Algunos hasta creían que en Atenas se iba demasiado lejos en el camino de la dulzura: «Se concede a los esclavos, dice un escritor del siglo v, licencia increíble; no está permitido pegarles, y el esclavo no se molesta por vosotros. La razón es muy sencilla. Si la costumbre autorizase al hombre libre para pegar al esclavo, tomaría más de una vez a un ateniense por un esclavo, y le pegaría por equivocación, porque van vestidos de igual manera. Se llega hasta el punto de permitir a los esclavos vivir con lujo y ostentación..... (Jenofonte? *Gobierno de los atenienses*, capítulo V, § 10-11). Platón se queja igualmente de que en los Estados democráticos «los esclavos de uno y otro sexo seán tan libres como los que les han comprado». (*República*, libro VIII).

La costumbre toleraba gustosa «que el esclavo tuviese mujer, que tuviera peculio, y que ejercitase, en el círculo de la soberanía del dueño, un principio de autoridad sobre su mujer, sobre sus hijos, sobre su hacienda» (Wallon, I, 331). «Se trataba de estimular su celo por el bien de la casa, y su actividad para el trabajo, dándole parte de los productos. Así el intendente de una finca tenía alguna porción de tierra, el pastor, un cordero. Los esclavos empleados en la industria o el comercio, tenían a veces interés en los artículos que estaban encargados de fabricar o de vender. Añadid a esto todos los pequeños gajes que tocaban a los familiares de la casa, las propinas que se les daban. Añadid, además, lo que arrebataban a la generosidad o el descuido de sus dueños. Cuando éste era un pródigo que disipaba su fortuna «tratar de que ahorrarse, era perjudicarse sin provecho para él», decía un

personaje de Menandro. El esclavo salvaba, por tanto, lo que podía del abismo sin fondo en que todo iba a perderse, imponiendo, si llegaba el caso, doble diezmo sobre todo gasto, robando, saqueando, tomando su parte en el botín». (*Ibid.*, 291-292).

El esclavo podía influir sobre su dueño, precisamente porque vivía en continuo contacto con él y era testigo de todas sus acciones. Un cliente de Lysias, para demostrar a sus jueces que no ha podido cometer un delito de que se le acusa, dice que imprudencia tal hubiera sido bien tonta por su parte. «De esta suerte, dice, habría llegado a depender de mis esclavos, me habría sido imposible en lo sucesivo castigar hasta sus más graves faltas, porque mi severidad les hubiera impulsado a vengarse denunciándome» (VII, 16). Se mimaba a los esclavos porque su concurso era indispensable en todo, y constantemente había necesidad de su ayuda o de su complicidad. Sin duda, se era libre para imponérseles por el temor, y no faltaban medios para ello. Pero se prefería lograr su adhesión por buenos medios. «¿Queréis guardar con más seguridad a un hombre, dice Plauto, e impedir que se marche? No tenéis más que encadenarle con buena taja-da y buen vino; atadle por el hocico a una mesa bien servida. Siempre que le déis de comer y de beber con amplitud, a diario cuanto quiera, jamás se escapará, aun cuando hubiere incurrido en pena capital. Para guardarle con facilidad, esos son los lazos con que hay que atarle. ¡Admirable elasticidad la de esos lazos alimenticios! Cuanto más se sueltan, mejor y más firme sujetan». (*Mencemas*, 11 y siguientes).

La ley misma, al menos la ley ateniense, aseguraba algunas garantías al esclavo. «Le protegía en su persona y en su vida, concediendo en su favor la acción de ultraje como para el hombre libre, y vengando su muerte como la de un ciudadano. Hacía más, penetraba hasta el hogar del dueño para vigilarle en el ejercicio de sus derechos. El esclavo era suyo, pero no podía arbitrariamente acabar con él. La ley lo prohibía bajo una sanción, es cier-

to, menos grave que en los casos comunes: el destierro y una expiación religiosa. Aun cuando el esclavo hubiera merecido la última pena, si había matado a su dueño, los parientes del muerto no debían darle muerte, sino entregarle a los magistrados. El dueño ni siquiera podía abusar de sus medios de disciplina. El esclavo que tenía justos motivos de queja, podía pedir la venta y pasar de esta suerte, por autoridad de justicia, a un dueño más suave. La ley le concedía un defensor de oficio, y los santuarios, principalmente los de Teseo, de las Euménides y de Erecteo, le daban su asilo hasta el momento del juicio». (Wallon, I, 313-314).

#### 9.—CARÁCTER DEL ESCLAVO

La comedia griega nos da idea bastante exacta del papel y del carácter de los esclavos.

En la *comedia antigua* (es decir, hasta fines del siglo v), este papel está poco marcado todavía. No es el personaje principal, como en la vida real no lo era tampoco. No figura sino como accesorio obligado, o bien como intermedio para divertir y alegrar a los espectadores con sus gritos cuando le pegan. No obstante, en *Los abejas* y en *La pax*, de Aristófanes, los esclavos tienen ya parte mayor en el diálogo y en la trama de la obra. En *Las ranas* y en *Pluto*, del mismo autor, animan la acción entera con su presencia y su vena cómica. En *Las ranas* es Jantías, de palabra grosera, atrevido en las respuestas, que se burla de las fanfarronadas de su dueño y le domina por su firmeza en el peligro; en *Pluto* es Carión que deplora, al principio de la obra, la triste condición del esclavo ligado a la suerte de su dueño y fatalmente arrastrado a sufrir las consecuencias de sus locuras; pero que, por su parte, se promete poner remedio, preguntando, aconsejando, queriendo mezclarse y mezclándose en todo. El es-



clavo de Aristófanes es siempre el mismo personaje, curioso, importuno, descarado, burlón, mostrando igualdad en las preguntas que hace a su amo, como en los consejos que le da, y compitiendo de algún modo en autoridad con él.

Estos rasgos son todavía más sensibles en la *comedia nueva* de los siglos iv y iii. Imagen de la vida privada, debía, naturalmente, conceder más lugar al esclavo. Las más de las veces hizo de él resorte de la acción, y presentándole como nudo de ella, supo poner más en claro las relaciones que le unían con los demás personajes, y sobre todo con su dueño. Esta comedia no ha llegado a nosotros, pero la conocemos por Plauto y por Terencio, que de ella han tomado la mayor parte de sus argumentos. Casi todos los esclavos de Plauto tienen con sus amos ese tono de confianza y familiaridad que, como costumbre general, era en Atenas de más realidad que en Roma. Tal son principalmente Epídico y Pséudolo en las dos comedias que llevan sus nombres. Epídico, haciéndose fuerte con guiar él sólo a su dueño y al amigo de su dueño, las dos mejores cabezas del Consejo, y entregándose luego a su cólera con una franqueza de expresión y una resignación atrevida, que les hacen temer un nuevo lazo. Pséudolo, presentándose audazmente frente a Simón, declarándole su designio de engañarle el mismo día, desafiándole con que no podrá impedirlo, y, después del triunfo, obligándole a cargar con las 20 minas que ha ganado. Tal también los esclavos de Terencio, unas veces despreocupados y burlones, tratándose de los tormentos de su joven dueño, como Byrrias en la *Andriana*, otras abnegados y encargándose de sus asuntos, como Davo de la *Andriana*, o Siro del *Heautontimorumenos*, el uno, con la abnegación que ha merecido las bondades de Pánfilo para con él, el otro con la autoridad que le dan sus servicios.

(Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, I, páginas 300-304).

## 10.—ESCLAVOS PÚBLICOS

Para ciertos oficios de orden inferior, se empleaban en Atenas y en la mayor parte de las ciudades griegas esclavos públicos. Tal los barrenderos, los verdugos, los agentes encargados de dar tomento. Tal, también, los trescientos arqueros instituidos poco después de la batalla de Salamina, más tarde los mil o mil doscientos arqueros que formaban una especie de Guardia civil en el Atica, llamados *Escitas* a causa de su origen. Böckh calcula que había que comprar todos los años de treinta a cuarenta, de un valor de tres a cuatro minas. El gasto anual era, por tanto, de talento y medio o dos talentos, y si se admite un sueldo diario de tres óbolos, el presupuesto resultaba gravado por este concepto en la suma de treinta y siete a treinta y ocho talentos (218.000 a 224.000 pesetas). Esclavos públicos eran los afectos a la guarda de los marcos de pesas y medidas, que atendían a la buena fabricación de las piezas que pudieran necesitar los magistrados o los particulares. Otros desempeñaban las funciones de heraldo, de escribano, de contador. Otros, finalmente, eran obreros del Estado, por ejemplo, los monederos. En una cuenta de gastos hechos en 329/8, se ven diecisiete esclavos empleados en trabajos de construcción. El Estado les alimentaba a razón de tres óbolos (48 céntimos) por cabeza y por día; les vestía, puesto que la cuenta menciona la compra de diecisiete sombreros (*πίλοι*) de un valor aproximado de cinco dracmas (4,90 pesetas), y la compostura de diecisiete pares de calzado a cuatro dracmas (3,90 pesetas) el par; les proveía también de sus instrumentos. Ignoramos si había en Atenas muchos obreros de esta clase. En Epidamno, de Iliria, tenían el monopolio de las obras públicas.

La situación de estos esclavos, de algunos por lo menos, era bastante mejor que la de los esclavos particula-

res. Los que eran empleados públicos gozaban de cierta consideración. Demóstenes llegaba a pretender que los *δημόσιοι* colocados cerca de un magistrado que maneja los fondos del Estado están, en límites bastante amplios, encargados de inspeccionar su gestión.

Los escitas estaban acuartelados en tiendas plantadas primero en la agora, y más tarde trasladadas al Arcópagο. Los otros esclavos moraban donde querían. Tenían su casa, su mobiliario, su familia. Su fortuna la formaban sus pequeñas economías. Esquines cita uno que era rico y se daba buena vida. No es probable que tuvieran el derecho de presentarse en juicio. Si tenían que sostener una demanda, debían hablar indudablemente por mediación de un patrono ciudadano. Eran admitidos a las ceremonias del culto, y el Estado les concedía lo que necesitaban para figurar honrosamente en ellas. Se encuentran en una inscripción los gastos siguientes: Por una víctima que los esclavos públicos han ofrecido con ocasión de la fiesta de los *Choai*, 23 dracmas; para la iniciación de dos esclavos públicos en los misterios menores, 30 dracmas.

(Caillemer, *Dict. des antiq.*, II, págs. 91-93).

## 11.— ESCLAVOS FUGITIVOS

No era raro que un esclavo huyese, a pesar de las precauciones que se adoptaban para retener a los sospechosos de semejante designio: cadenas en los pies, argollas en los brazos, cepo al cuello y a veces marcada con hierro la frente. Aprovechaban las menores crisis, guerras o perturbaciones interiores, para evadirse, y a veces ni siquiera esperaban estas ocasiones. Sus dueños trataban de apoderarse otra vez de ellos, porque cada esclavo representaba un capital que nadie quería perder. Se lanzaban gentes en su persecución; se reclamaba su extradición a los Estados donde se habían refugiado; se hacían pu-

blicar anuncios prometiendo justa recompensa al que los presentase. He aquí una muestra de estos anuncios. Se ha encontrado en Egipto, pero está escrita en griego, y concierne a un esclavo de Alejandría, ciudad griega en absoluto.

«Un esclavo de Aristógenes, hijo de Crisippo de Alabanda (en Asia Menor) se ha escapado de Alejandría. Se llama Hermón, y es también llamado Nilos; sirio de nacimiento, de la ciudad de Bambyce, próximamente de dieciocho años, estatura media, sin barba, las piernas derechas, la barbilla hundida. Tiene una señal a la izquierda de la nariz, una cicatriz por cima del pliegue izquierdo de la boca, y en la muñeca izquierda un tatuaje de letras bárbaras hecho con puntos.

»Tenía, cuando huyó, un cinturón conteniendo tres piezas de oro por valor de una mina, y diez perlas; un anillo de hierro en el que hay un lecito y estrigilas. Su cuerpo estaba cubierto con una clámide y un perizoma.

»El que le presente recibirá dos talentos de cobre y 3.000 dracmas. El que solamente indique el lugar donde se oculta, recibirá, si está en lugar sagrado, un talento y 2.000 dracmas; si está en casa de persona solvente y que pueda sufrir castigo, 3 talentos y 5.000 dracmas.

»Si se quiere hacer declaración, dirigirse a los empleados del estratega.

»También se ha fugado con él Bión, esclavo de Calícrates. Bajo de estatura, ancho de hombros, piernas robustas, ojos garzos. Llevaba puesto, cuando huyó, un himation, manto corto de esclavo y un cofrecillo de mujer cuyo valor era de 6 talentos y 5.000 dracmas de cobre.

»El que lo presente recibirá lo mismo que por el primero. Hágase también declaración, respecto a éste, a los empleados del estratega».

(Letronne, *Journal des Savants*, 1833, pág. 329).

## 12.—SUBLEVACIONES DE ESCLAVOS

»El esclavo, dice Platón, es prenda bastante enojosa. La experiencia lo ha hecho ver más de una vez, y las frecuentes sublevaciones de esclavos de Mesenia, los males sobrevenidos en los Estados donde hay muchos esclavos que hablan la misma lengua, y todavía lo que ocurre en Italia, donde esclavos vagabundos ejercen toda especie de actos de bandidaje, todo lo prueba demasiado. A la vista de estos desórdenes, no es de admirar que no se sepa cuál es la mejor resolución. No veo, por mi parte, más que dos recursos: el primero no tener esclavos de una sola y misma nación, sino, en cuanto sea posible, esclavos que hablen diferentes lenguas, si se quiere que les sea más llevadera la servidumbre; el segundo, tratarles bien, no sólo por ellos mismos, sino por nuestro propio interés». (*Leyes*, libro VI).

El historiador Ninfodoro cuenta una sublevación de esclavos que tuvo lugar en la isla de Chío, en donde eran muy numerosos. Este relato, por lo demás, no es quizá más que leyenda.

«Los esclavos de los chiotas abandonan a sus dueños y se refugian en las montañas. Desde ellas se lanzan en masa sobre las propiedades y las saquean. Favorecía la naturaleza de la isla, llena de montañas y bosques. Los mismos de Chío cuentan que hace poco un esclavo huyó a la montaña. Era valiente y tenía alguna aptitud militar. Agrupó a los esclavos cimarrones, y con ellos hizo un ejército de que era jefe. Se dirigieron frecuentes expediciones contra él, pero sin resultado. Finalmente, Drimacos (era su nombre), se dirigió a los de Chío en estos términos: «Los males que os causan vuestros antiguos esclavos no cesarán, porque un oráculo divino nos lo anuncia. Escuchadme, dejadnos tranquilos y os resultará bien». Se negoció un tratado, concertóse una tregua, y Drimacos se mandó hacer medidas, pesas y un sello para él.

Mostrólos a los de Chío y les dijo: «Todo lo que os coja lo mediré y lo pesaré, y cuando tenga lo suficiente, sellaré vuestros graneros. Si uno de vuestros esclavos se escapa, estudiaré el caso; conservaré a mi lado a los que tengan agravios legítimos contra sus dueños, y despediré a los que no». Hubo desde entonces menos esclavos fugitivos, porque todos temían sus juicios. Los que estaban junto a él, le temían mucho más que habían temido a sus dueños, y le obedecían como a un jefe de ejército. Castigaba la indisciplina y no permitía a nadie saquear los campos, ni hacer daño alguno sin que él lo ordenase. Los días de fiesta recorría las campiñas y recibía de los dueños vino, víctimas, cebadas y otros regalos. Si sabía que uno de ellos conspiraba para su pérdida, le castigaba. Más tarde, el gobierno de Chío puso su cabeza a precio. «He vivido bastante, dijo a uno de sus amigos; tú eres joven y estás en la flor de la edad: mátame, serás rico, libre y dichoso». Su amigo se resistió, luego se dejó persuadir y llevó a los de Chío la cabeza de Drimacos. Pero vieron-se los isleños víctimas otra vez de las depredaciones de los esclavos fugitivos, y entonces se acordaron del espíritu de justicia del muerto y le erigieron una tumba como a un semi-dios. Hasta este día, los esclavos fugitivos le ofrecen las primicias de todo lo que cogen. Se cuenta que se aparece en sueños a muchos amos para prevenirles de los malos designios de sus esclavos. Aquéllos a quienes tales servicios presta, van a hacer un sacrificio a su tumba». (Ninfodoro, *Fragmenta historicorum graecorum*, de Didot, tomo II, pág. 378).

### 13.—LA EMANCIPACIÓN

El esclavo ateniense podía conseguir la libertad, ya en virtud de una concesión del Estado, ya pagando rescate por su independencia, ya por emancipación que su dueño le concedía.

1.º Cuando un esclavo había prestado un servicio grande a la república, por ejemplo, denunciando un crimen o combatiendo en la guerra, el Estado, en recompensa, le concedía la libertad. Así, los esclavos que tomaron parte en la batalla de las Arginusas, fueron declarados libres. En este caso, el dueño tenía derecho a una indemnización que le pagaba el Tesoro.

2.º El esclavo podía también comprar su libertad con sus economías o con dinero de otro. No se sabe, sin embargo, si el dueño estaba en la obligación de aceptar el precio del esclavo o si quedaba en libertad de negarse.

3.º La emancipación provenía las más de las veces del testamento del dueño, que al morir otorgaba la libertad a los que le habían servido bien. Pero podía tener también lugar por acta *inter vivos*. Así se encuentran emancipaciones otorgadas ante los tribunales o ante la Asamblea del pueblo.

Fuera del Atica, se usaban también otras formas. En Mantinea y en muchas ciudades tesalias, el Estado garantizaba al emancipado la libertad, mediante el pago de un derecho satisfecho de una vez. En otras partes, principalmente en Beocia y en Fócida, ocurría muchas veces que el dueño consagraba a una divinidad el esclavo a quien emancipaba. Desde este momento estaba prohibido que volviese a la servidumbre, y el sacerdote y los magistrados tenían que defenderle contra cualquier intento de esta clase. Se recurría también al siguiente procedimiento. El dueño y el esclavo se presentaban a la puerta de un templo. Allí los sacerdotes recibían al esclavo, que era llevado al dios, y en presencia de unos cuantos testigos, pagaban al dueño un precio convenido. El esclavo entonces pertenecía al dios, pero como él había puesto previamente en manos del dios el precio de su rescate, quedaba libre, bajo la salvaguardia de la misma divinidad.

El liberto era colocado en una situación intermedia entre la servidumbre y la plena libertad. Quedaba asimilado a los metecos, y, por consiguiente, pagaba al Estado una capitación anual, y estaba obligado a tener un pa-

trono, de ordinario el que había sido su dueño. No gozaba de ninguno de los derechos políticos del ciudadano, y ni siquiera tenía todos los derechos civiles. En Atenas no podía poseer terrenos. No tenía siquiera la facultad de testar y, si moría sin hijos, sus bienes iban a parar necesariamente a manos de su patrono. Este tenía hasta el derecho de restringir a capricho la libertad del emancipado, como se verá en las actas que siguen. En todo caso, el liberto tenía, con respecto a él, deberes de deferencia y respeto; estaba obligado a ofrecerle en todo momento sus servicios, a consultarle cuando se casaba, a no casarse cuando el dueño desaprobaba la unión. Si faltaba a estos deberes, una sentencia de los tribunales podía hacerle volver a la esclavitud.

(Según Caillemer y Foucart, *Dict. des antiquités*, I, páginas 301 y siguientes).

#### 14.—ACTA DE EMANCIPACIÓN

«Praxias, hijo de Theon, liberta a Eupraxis y a su nieto llamado Dorión. Que nadie los esclavice de ninguna forma. Que permanezcan cerca de Praxias y de su mujer Afrodisia, en tanto vivan, que los entierren y cumplan con ellos los deberes fúnebres. Si no satisfacen esta obligación, la emancipación será nula y pagarán una multa de treinta minas de plata. Si alguien se apodera de ellos o les reduce a servidumbre, ésta será nula y maldita, y el culpable pagará una multa de treinta minas, que serán entregadas por mitad al patrono de los libertos y a Asclepios. Todo ficidio que lo desee podrá tomarlos bajo su protección».

(Dittenberger, *Sylloge inscript. Græcar*, 445).



## 15.—OTRA ACTA DE EMANCIPACIÓN

«Epicaridas, hijo de Eudamos, de Lelæa, ha vendido en las siguientes condiciones una mujer, de origen sirio, llamada Asia. El precio es de tres minas de plata, según se ha convenido entre Asia y el dios. Será libre y quedará al abrigo de toda reivindicación durante su vida entera; gozará de la facultad de hacer lo que la plazca, pero a condición de vivir en Lelæa. Los fiadores son Diodoro, hijo de Herakón, y Timocles, hijo de Thraseas, de Delfos. Si alguien pretende reducir a Asia a esclavitud, Epicaridas y los fiadores estarán obligados a asegurar la validez de la venta hecha al dios. Si no lo hacen, serán perseguidos conforme al contrato y a las leyes. De igual modo, cualquiera que encuentre a Asia esclava, podrá devolverla a la fuerza la libertad, sin exponerse a ningún proceso ni a pena alguna. Que Asia no vaya a fijar su morada fuera de Lelæa sin permiso de Epicaridas, porque, si así ocurre, la venta será nula. La está igualmente prohibido enajenar parte alguna de sus bienes, de cualquier manera que sea, y, de hacerlo, la venta será nula. Si muere, toda su herencia pasará a Epicaridas o a sus herederos. Testigos: tres magistrados y seis particulares. El contrato de venta está depositado en casa del focio Kafisón, hijo de Euclidas, de Lelæa, y en casa del delfio Mantias, hijo de Damocares».

(Dittenberger, *Sylloge*, 465)

---



## CAPITULO VI

### El trabajo y la riqueza.

- SUMARIO: 1. Opinión de los griegos acerca del trabajo.  
2. - Elogio de la agricultura.—3. El vasallaje.—4. Contrato de arriendo.—5. Los pequeños propietarios.—6. Los propietarios ricos.—7. Producciones del suelo.—8. Producción del ganado.  
9. La industria en Grecia.—10. División del trabajo industrial.—11. Organización del trabajo industrial.—12. Las minas.  
13. El comercio en Grecia.—14. El mercado de las ciudades griegas.—15. Usos de los mercaderes.—16. Ferias.—17. Legislación mercantil.—18. La política de Atenas y el comercio del trigo.  
19. El comercio del dinero.—20. El banquero Pasion.  
21.—Una ciudad rica de la Magna Grecia.  
22.—La riqueza en Atenas.—23. Pormenores relativos a algunas fortunas atenienses.  
24. El socialismo.

#### 1.—OPINIÓN DE LOS GRIEGOS ACERCA DEL TRABAJO

Grecia homérica no sintió por el trabajo manual ni por los que a él consagraban su vida los desdenes que se observan en época menos remota. Los héroes más ilustres trabajaban gustosos manualmente. Páris se había hecho su casa con ayuda de los más hábiles obreros de Tro-

ya. Ulises, en la isla de Calipso, derriba árboles, los corta las ramas, hace con ellos vigas y tablones; luego los agujerea, lo ajusta con clavos y clavijas, y construye una nave; más tarde, corta las velas de su nave y prepara todos los aparejos. El sólo ha hecho la cama que ocupa en la cámara nupcial.

En aquella época, los obreros profesionales, armeros, curtidores, carpinteros, plateros, tenían un nombre honroso. Eran *δημοურγοί*, es decir, que trabajaban para el público, como los médicos, los adivinos, los músicos y los heraldos. ¿Por qué se les había de menospreciar? El jefe de familia, en tanto las mujeres tejían la tela, cultivaba la tierra, hacía con los servidores todos los muebles, las armas, los utensilios domésticos o los útiles de labranza que no exigían habilidad especial. Solamente cuando la obra exigía aptitudes especiales, se dirigía a los artífices.

Hesiodo recomendaba a todos el trabajo. «El ocioso es igualmente aborrecible a los dioses y a los hombres: es el insecto sin aguijón, el zángano avaricioso, que engorda descansado con el trabajo de las abejas..... El que se entrega al trabajo, ve aumentar sus rebaños y crecer su riqueza. Por el trabajo conseguirás ser querido de los dioses y de los hombres, porque no pueden sufrir la holganza. Trabajar no tiene nada de vergonzoso; la vergüenza no está más que en la holganza.....»

Con el tiempo variaron las costumbres de la clase alta. Los grandes propietarios del suelo se apoderaron del gobierno y organizaron una aristocracia territorial. Las rentas de sus dominios, explotados por arrendatarios o colonos, les permitieron consagrarse exclusivamente a los intereses del Estado y al manejo de las armas y relegar todos los menesteres de la vida en esclavos u obreros pobres. Estos ricos propietarios, que hacían ya poco caso del que poseía escasas tierras, despreciaron profundamente a aquéllos cuyos servicios utilizaban. El obrero, decían, no debe saber más que obedecer. Es incapaz de mandar, porque la necesidad de proveer a su subsistencia con el trabajo le coloca bajo la dependencia de los que le emplean.

Aristóteles era intérprete fiel de esos sentimientos cuando escribía: «Los trabajadores son casi todos esclavos. Nunca una república bien ordenada los admitirá entre los ciudadanos, o si los admite, no les concederá la totalidad de los derechos cívicos, derechos que deben quedar reservados para los que no necesitan trabajar para vivir». Así, en las repúblicas verdaderamente aristocráticas, el obrero no podía ser ciudadano o si, lo era, no podía aspirar a las magistraturas.

En los Estados donde el poder se daba a la riqueza, la condición del trabajo era un poco mejor; bastaba allí ser rico para tener acceso a los cargos públicos. Así, en Atenas, Solón no se mostró desfavorable a los trabajadores. Las leyes que se le atribuyen prueban que ni siquiera tenía prevención contra el trabajo manual. Según él, el hijo no estaba obligado a alimentar al padre, cuando éste no había tenido cuidado de enseñarle un oficio. El individuo que no tenía recursos propios y que no hacía nada, era perseguido ante los tribunales. El derecho de ciudadanía era ofrecido a los extranjeros que venían a establecerse en Atenas para ejercer un oficio. Los artistas pobres quedaban excluidos de las magistraturas, pero tenían acceso a la Asamblea y aún a la tribuna. Estaba prohibido censurar a nadie por su profesión, aun cuando fuera muy baja.

En las democracias, los trabajadores eran asimilados por la ley a los demás ciudadanos. «Entre nosotros, decía Pericles (Tucídides, II, 40), no es una vergüenza confesar la pobreza; lo es no hacer nada para librarse de ella. Se ve aquí a los mismos hombres cuidar a la vez de sus intereses particulares y de los del Estado, simples artesanos entender suficientemente las cuestiones políticas». Se lee en las *Memorables* de Jenofonte un capítulo entero en que Sócrates induce a los hombres libres que tienen pocos recursos a pedirlos al trabajo; pruébales que con ello se harán útiles a sí mismos y a sus conciudadanos (II, 7). Temístocles aconsejaba la exención de todo impuesto a los artesanos, con objeto de que los ciudada-

nos se animasen a trabajar. Pericles, en fin, se vanagloriaba de haber emprendido grandes obras públicas, porque, por tal medio, había guiado la actividad de los atenienses a las artes, a la industria, y contribuído a enriquecer la ciudad toda hermoseándola.

Pero la opinión pública no seguía gustosa, en este punto, la inspiración de Temístocles y de Pericles. Después de haber dicho que en Egipto los guerreros viven ociosos, añade Herodoto: «No sé si los griegos han aprendido estas costumbres de los egipcios, puesto que veo a los tracios, a los escitas, a los persas, a los lidios y a casi todos los bárbaros poner en último lugar en su estimación a aquellos ciudadanos que han aprendido las artes mecánicas, así como a sus descendientes, y considerar más nobles a los que se emancipan del trabajo manual, principalmente a los que se dedican a la guerra. Estas ideas son las de todos los griegos, sobre todo de los lacedemonios; los corintios son los que menos desprecian a los artesanos». (II. 167).

Alentaban esta preocupación los filósofos más eminentes, que este punto no hacían más que exagerar las ideas de las clases superiores. «Las artes manuales, dice Jenofonte (*Económica*, IV, 2), están justamente desautorizadas, porque minan el cuerpo de los que las ejercen, les obligan a vivir sentados, a permanecer a la sombra, a veces a estar cerca del fuego. Ahora bien, cuando los cuerpos se afeminan, las almas pierden pronto toda su energía». «Las artes manuales, dice Aristóteles, no dejan tiempo para pensar en el Estado; no permiten que la inteligencia se desarrolle libremente y se eduque». Por eso prohíbe a los jóvenes «las ocupaciones de artesanos». No hay, en su opinión, sino pequeña diferencia entre el obrero libre y el esclavo. «Trabajar para una persona es ser esclavo; trabajar para el público es ser obrero y mercenario».

(Caillemer, *Dict. des antiquités*, I, págs. 441-443).

## 2.—ÉLOGIO DE LA AGRICULTURA

Sócrates: «La agricultura es una fuente de placer, de prosperidad para la casa, y de ejercicio para el cuerpo, al que pone en disposición de cumplir todos los deberes del hombre libre. En primer término, todo lo que es esencial a la vida la tierra lo proporciona a los que la cultivan, y las dulzuras de la existencia las da como premio. Luego, los adornos de los altares y de las estatuas, los de los hombres mismos, con su cortejo de perfumes suaves y de delicias para la vista, ella también los proporciona. Añade mil alimentos que produce o que desarrolla, porque la crianza de ganados se enlaza íntimamente con la agricultura, de suerte que nos da animales para los sacrificios con que apaciguamos a los dioses y subvenimos a nuestras propias necesidades.

» Por otra parte, ofreciéndonos tan abundante variedad, no es a costa de hacernos holgazanes, pues nos enseña a sufrir los fríos del invierno y los calores del verano. El ejercicio que impone a los que labran la tierra con sus manos les da vigor, y en cuanto a los que dirigen las labores, les hace hombres fuertes, despertándoles temprano y obligándoles a andar mucho.....

» La tierra alienta a los cultivadores para que defiendan la patria con las armas en la mano, por el hecho de que sus productos se ofrecen a cualquiera y vienen a ser presa del más fuerte. ¿Hay, además, un arte que dé más aptitud para correr, para lanzar, para saltar, que dé mejores resultados a los que lo ejercitan, que ofrezca, en fin, más atractivos?..... Por mi parte, me sorprendería que el hombre libre buscara una situación más atractiva, o una ocupación más agradable y útil para la vida. No es esto todo; la tierra enseña la justicia al que está en situación de aprenderla, porque sus beneficios son proporcionados a las atenciones que se la dedican. La agricultura nos en-

seña también a ayudarnos unos a otros. Para ir contra los enemigos son necesarios hombres, y con hombres se hace la tierra. Aquél, pues, que quiere ser buen labrador, debe prepararse obreros activos y dóciles, y de igual modo, el que va contra los enemigos, debe tener por sistema recompensar a los valientes y castigar a las gentes indisciplinadas. Así, el labrador no debe alentar con menos frecuencia a sus trabajadores que el general a sus soldados. La esperanza, en efecto, no es menos necesaria a los esclavos que a los hombres libres. Lo es más aún, puesto que les induce a permanecer junto a su dueño.

» Se ha dicho una gran verdad, a saber: que la agricultura es madre y nodriza de las demás artes. En cuanto la agricultura marcha bien, todas las demás artes florecen con ella. Pero allí donde la tierra permanece inculta, la mayor parte de las demás artes desaparecen».

(Jenofonte, *Económica*, cap. V).

### 3.—LA SERVIDUMBRE

La tierra era explotada ya por siervos o colonos, ya por arrendatarios libres, ya directamente por el propietario.

La servidumbre se mantuvo en todas partes en las repúblicas aristocráticas, allí donde la ley o las costumbres prohibían todo trabajo al ciudadano. Desapareció, por el contrario, bastante pronto en las democracias, principalmente en Atenas.

En Laconia, los siervos llevaban el nombre de *hilotas*. El Estado era, en cierto respecto, su dueño, puesto que no podían ser emancipados sino por su iniciativa o con su consentimiento. En este sentido, Estrabón les llama «esclavos públicos», lo cual no impedía, por otra parte, que cada uno tuviera su dueño particular. Estaba prohibido vender el hilita al extranjero, como se hacía con un esclavo común. Comúnmente se le fijaba en un lote de



tierra, que no abandonaba nunca y que pasaba a sus hijos. Había de pagar una renta anual. La cuantía variaba, parece, según que se trataba de un mesenio o de un lacedemonio. En el primer caso, la parte del dueño equivalía a la mitad de la cosecha total; en el segundo, la proporción era sin duda algo menor. Había sido fijada de una vez para siempre desde un principio, y una imprecación religiosa caía sobre el propietario que hubiera tratado de aumentarla. Como observa Plutarco, era un medio de interesar al hilota en el cultivo, puesto que él sólo se beneficiaba del aumento de productos. Hay que creer que la carga no era demasiado pesada, puesto que permitía a muchos de ellos reunir algún dinero. A mediados del siglo III antes de Jesucristo, el rey Cleomenes ofreció la libertad a todos los que quisieran comprarla por cinco minas, y seis mil aceptaron. Estaban sujetos a otra obligación: servían en el ejército, no accidentalmente como los esclavos, sino regularmente. Verdad es que, si se conducían bien, la libertad venía a veces a recompensar su bravura. Los autores pretenden que eran tratados deliberadamente con dureza extremada. Esta afirmación parece, al menos, muy exagerada. En realidad, los espartanos les temían, porque sabían que eran muchos y dispuestos a sublevarse. Ejercían por consiguiente sobre ellos vigilancia activísima, multiplicaban las medidas policíacas para impedir sus conciliábulos, para deshacer sus conjuraciones y, si estallaba alguna sublevación, se mostraban implacables al reprimirla, salvo cuando no podían reducirlos por la fuerza y la prudencia les obligaba a hacerles concesiones.

La condición de los *Penestes* de Tesalia, de los *Mariandinos* de Heráclea Póntica, de los *Clarotas* de Creta, era poco más o menos la misma. Acerca de estos últimos, la ley de Gortyna nos da algunos pormenores nuevos. El siervo cretense podía casarse y divorciarse sin necesitar autorización para ello. Debía tomar mujer en su clase, pero no necesariamente entre las gentes de su amo. No tenía todas las prerrogativas del padre. El hijo

del siervo pertenecía al propietario del marido, o, de no querer éste, al propietario de la mujer. El siervo tenía el derecho de adquirir y de poseer, por lo menos bienes muebles y ganados. No sabemos si ocurría lo mismo con los siervos de todos los demás países.

#### 4.—CONTRATO DE ARRENDAMIENTO

Muchas personas arrendaban sus tierras. El documento que sigue dará idea de las condiciones comunes del contrato. Se trata de una finca que pertenecía a un demoático. Cuando el propietario era un simple particular, la duración del arriendo era bastante corta, pero no había regla.

«He aquí en qué condiciones las gentes del demo de Aixoné arriendan la tierra de Feleis a Autocles y a su hijo Auteas, por cuarenta años, en el precio de ciento cincuenta y dos dracmas anuales, con la cláusula de que habrán de sembrar la tierra y cultivarla a su antojo.

»La renta se pagará en el mes de Hecatombeon. Si no la pagan, los aixeneanos podrán apoderarse de las cosechas y de cualquier otra cosa que pertenezca a los arrendatarios.

»Los aixeneanos contraen la obligación de no vender o alquilar el inmueble antes de cuarenta años.

»Si los enemigos impiden el cultivo o hacen daños, los aixeneanos recibirán por toda renta la mitad de los productos de la tierra.

»Al expirar los cuarenta años, los arrendatarios dejarán sin cultivo la mitad de la tierra, con la misma cantidad de árboles que hoy tiene. Durante los últimos cinco años, los aixeneanos tendrán derecho a enviar un viñador a la finca.

»El plazo empezará, para los cereales, con el arcontado de Eubulo (345-344 antes de Jesucristo). Por lo que concierne a las plantaciones, al año siguiente.

» Los tesoreros del demo mandarán grabar el contrato en estelas de piedra, que se colocarán una en el interior del templo de Hebe, otra en el pórtico. Harán plantar en la finca mojones de tres pies por lo menos de altura, dos a cada lado.

» Si algún impuesto (*εισφορά*) es establecido sobre la finca por la república, los aixeneanos lo pagarán. Si lo pagan los arrendatarios, deducirán su importe de la renta.

» Queda prohibido llevar ninguna parte del suelo a lugar fuera de la finca.

» Si alguien propone o hace votar una modificación a este contrato antes de los cuarenta años, los arrendatarios podrán reclamar contra él daños y perjuicios».

(*Corpus inscriptionum Atticarum*, t. II, 1.055).

## 5.—LOS PEQUEÑOS PROPIETARIOS

Había en Grecia toda una clase de pequeños propietarios que explotaban directamente sus bienes con la ayuda de su familia y unos cuantos esclavos. Hesiodo nos ha descrito claramente su condición social, sus costumbres y sus sentimientos. El propietario de que habla posee dos arados, uno de ellos de repuesto, una pareja de bueyes y criados que viven en su casa. No se contenta con dar órdenes y vigilar a sus trabajadores, sino que trabaja con ellos, toma parte en sus tareas, siembra, recolecta, hace en persona los instrumentos de labranza. Muestra, sobre todo, ese afán de ganancia, ese egoísmo, ese espíritu de orden y economía que caracterizan habitualmente al campesino. «Es favorito de la fortuna el que de ella ha obtenido un vecino honrado..... Toma de tu vecino en justa medida, y sé fiel en devolverle en la misma medida. Haz todavía más, si puedes, a fin de asegurarte una ayuda cuando la necesites». «Poco con poco, si la cosa se repite, hará pronto mucho. El que añade a lo que tiene, está

seguro de evitar el hambre. Lo que se guarda en casa no da preocupaciones. Vuestros bienes están más seguros en casa que fuera. Causa placer tomar de lo que se tiene; es duro no tener de donde tomar..... Más bienes exigen más cuidados, pero producen más». «Que tu morada esté provista de todos los útiles de labranza, que no hayas nunca de pedirlos prestados, te los negarían y perderías de esta suerte la ocasión favorable, el momento de trabajar. No dejes nada para mañana, para pasado. El que teme el trabajo, el que lo difiere, no llena su granero. La actividad hace adelantar el trabajo, y el holgazán está siempre a manotazos con la miseria».

Varios poetas cómicos tuvieron la idea de sacar a escena al campesino ateniense, y conocemos, al menos por los títulos, multitud de piezas relativas a este asunto, prueba de que la clase tenía alguna importancia en el Atica. A ella pertenecen aquel Dercetes de los *Acar-nios* de Aristófanes, que viene a quejarse de que los beocios le han robado una pareja de bueyes; el Cremilo del *Pluto*, que come las mismas cebollas silvestres que sus esclavos, el Cremes, copiado sin duda por Terencio de Menandro, que perpetuamente trabaja su suelo, como si no tuviera criados. A ella pertenecen también el Cliton y el Héronax, que en la *Antología* se expresan de esta suerte: «Esta pequeña alquería es de Cliton; de él son estos pocos surcos para sembrar, esa reducida viña de al lado, ese bosquecillo en que se cortan unos haces de leña. ¡Y bien!, con esta pequeña finca, Cliton ha vivido ochenta años». «A Demeter, protectora de los cribadores, a las Horas protectoras de los surcos, el labrador Héronax consagra de su cosecha esta parte de espigas y legumbres diversas. Coloca en este trípode de piedra esta pequeña ofrenda, tomada de su pobre cosecha. No posee, efectivamente, más que una reducidísima heredad en esta triste colina».

## 6.—LOS PROPIETARIOS RICOS

La *Económica* de Jenofonte nos muestra un tipo de propietario rico que, sin dejar de explotar directamente sus tierras, se limita a dirigir las labores, sin tomar parte activa en ellas. Iscomacos tiene su domicilio en Atenas, pero va todos los días a sus tierras, poco alejadas de la ciudad. Todos los trabajos los hacen esclavos o libertos. Los compra todavía poco enseñados y se dedica a instruirlos. Sabe a fondo su oficio, no desconoce particular alguno del arte de la agricultura. No tiene solamente las cualidades morales del buen agrónomo, sino que también posee todos los conocimientos técnicos. Convencido de que nada vale lo que el ojo del dueño, siempre está entre sus trabajadores, corrigiendo a éste, alabando a aquél, ofreciendo a todos un modelo perfecto de aplicación y de celo, tratando a cada cual según sus merecimientos, teniendo, en fin, en sumo grado, las dotes de mando.

No todos los atenienses eran tan cuidadosos ni tan expertos. Los había que no amaban la tierra y que sólo trataban de desembarazarse de ella. Otros no visitaban su labranza sino a raros intervalos, por ejemplo, en las épocas de siembra y de recolección, y hacían que cuidase de sus fincas un intendente de condición servil. Pero al lado de los propietarios a quienes las necesidades de la política, los cuidados del comercio o de la industria, a quienes sus aficiones también apartaban del campo, no faltaban quienes, encontrando en la vida rural grande encanto o buen provecho, tomaban muy a pechos su oficio. El Estrepsiades de Aristófanes, aquel hombre que, a pesar de haberse casado con una mujer distinguida, seguía viviendo en las afueras, y exhalando olor de vendimia, de queso y de lana, no es personaje fingido. Los oradores nos señalan más de uno cuya existencia es próximamente igual. Muchos ricos, sin dejar de tener una casa en la

ciudad, tenían su domicilio principal en los demos rurales. Al principio de la guerra del Peloponeso, cuando los campesinos hubieron de huir ante el enemigo y refugiarse en Atenas, la emigración fue considerable. Tucídides, que fue testigo de aquel espectáculo, dice que la mayor parte de las familias antiguas no habían dejado de residir jamás en todo tiempo en sus tierras, y que la partida fue para ellas un verdadero destierro.

La descripción que hace Teócrito de la finca de Augias da alguna idea del régimen de las tierras en Sicilia. A falta del dueño, un esclavo de confianza, ayudado de personal numeroso, desempeña las funciones de intendente. Pero Augias se ocupa todo lo posible de sus bienes, esperando de esta suerte obtener mayor renta de ellos, y cuando comienza el relato, se encuentra perfectamente en disposición de vigilar las labores. Jenofonte nos representa a los aristócratas de Mantinea viviendo en medio de sus propiedades y explotándolas sin intermediarios. Filopomen tenía en los alrededores de Megalópolis una hermosa granja. A ella iba siempre que los asuntos públicos le daban tregua, y era un placer para él ver cómo trabajaban sus pastores y sus vendimiadores. Un historiador ensalza los cultivos de Corfú, la belleza de las casas de labor, el buen estado de las construcciones rurales, la multitud de ganados y de esclavos, lo cual atestigua el sistema de explotación directa más que de arrendamiento.

Las labores agrícolas eran ejecutadas principalmente por esclavos, y al frente de éstos se colocaba un capataz, que era también esclavo o liberto. A veces también se empleaban obreros libres (μισθωτοί).

(Según Guiraud, *La propriété en Grèce*, libro III, cap. IV).

## 7.—PRODUCCIONES DEL SUELO

*Cereales.*—Los únicos conocidos eran el trigo y la cebada. Los textos permiten observar fácilmente que se recolectaban en todas partes. No obstante, el cultivo no estaba extendido en todas partes de manera uniforme. En Atica, la cebada era diez veces más abundante que el trigo, durante el siglo IV, excepto en los confines de Beocia, donde la proporción era de dos por uno. En Sciros y en Myrina de Lesbos, la relación era de tres a uno; en Hefæstia, de cinco a uno; en Imbros, de uno a dos; en Salamina no había más que cebada; Tanagra y Anthédon eran pobres en cereales. Lo mismo ocurría evidentemente con todas las comarcas que tenían grandes praderas, como la Arcadia, la Tesalia, la Etolia, la Acarnania, o importantes viñedos, como la mayor parte de las islas.

*Vino.*—Desde la época homérica, el vino era la bebida común. Se servían también de él en los sacrificios y en las ceremonias fúnebres. Por eso la viña era muy común, no pareciendo completa una finca si no tenía viñedos. Había vinos de distintas clases. Homero alaba los de Pramné, cerca de Esmirna, y el de Maronea, en la costa de Tracia, el cual podía resistir veinte veces su proporción de agua. En tiempo de Aristófanes, el vino era uno de los principales productos del Atica. Se sabían gustar las excelencias y defectos de cada vino. «Dad a vuestros amigos, en los días de fiesta, el vino que se llama *sapprias*, dice un poeta cómico, y a vuestros enemigos el vino de Peparethes». El vino de Chío, sobre todo el del distrito de Ariusia, tenía fama de ser el mejor de todos. El litoral asiático y la mayor parte de las islas vecinas, excepto Samos, producían vinos análogos, muy buscados por las gentes de buen paladar y excelentes para los enfermos. Tales eran, según Estrabón, los vinos de Efeso, de Metrópolis, del Mesogis, del Tmolo, de la Catakekau-

mena, de Cnido y de Esmirna. El propio autor alaba el vino de Messina. Algunos tenían bastante proporción de alcohol para conservarse muchos años.

*Frutas y legumbres.* — El fruto más extendido era el del olivo. En ocasiones lo consumían directamente los griegos, después de haberlo hecho aliñar, pero se utilizaba sobre todo para extraer aceite. El huerto de Alcino, el cercado de Laertes, en la *Odisea*, tienen ya olivos. Abundaban en el Ática, y la ley prohibía expresamente arrancarlos. Este cultivo resultaba sin duda muy remunerador, porque era exclusivo en ciertas propiedades. Diodoro dice que estos árboles ocupaban buena parte del territorio de Agrigento, con gran provecho de los agricultores. Jenofonte se admira de que una comarca ribereña del Ponto Euxino carezca de ellos. Se les ve, en efecto, en toda Grecia, en Epidamno, en Sicione, en Asia Menor, en los Ciclades, en Samos, en Creta, en Italia. — El país no era menos rico en higueras. Sabido es que los higos eran uno de los alimentos que preferían los atenienses, hasta el punto de que su exportación estaba prohibida. Se producían también en la Laconia, en Citera, en Rodas, Chío, Naxos, Paros, Itaca. Los mayores eran los de Olinto. — Los griegos cogían otras muchas frutas, en particular manzanas, peras, membrillos, granadas, almendras, castañas, nueces y ciruelas. — Tenían de igual modo gran variedad de hortalizas y legumbres. Bastará indicar el haba, la lenteja, el guisante, el altramuza, el repollo, el nabo, el rábano, la alcachofa, la lechuga, la cebolla, el ajo, el puerro, el pepinillo, la calabaza, el melón y la sandía, la zanahoria.

*Plantas textiles.* — Los autores nos señalan una especie de lino que se sembraba en Amorgos y con el cual se hacían telas muy estimadas para los trajes femeninos. La Elida daba a la industria una materia análoga llamada *byssos*, que servía para fabricar tejidos muy ligeros. No obstante, los griegos iban preferentemente a buscar el lino fuera, sobre todo a Egipto y a la Cólquide. Plinio alaba el cáñamo de Alabanda y de Mylasa en el Asia.



No añade que ésta fuera la única procedencia de dicha planta.

*Maderas.* —La Hélade estaba en un principio muy poblada de monte. Parece aún que las montañas conservaron sus bosques hasta una época bastante cercana al siglo v. Pero los progresos de las construcciones navales y de la roturación acabaron poco a poco con los grandes árboles, excepto en Arcadia, en Eubea y en las regiones del Olimpo y del Parnaso. En todos los demás sitios no quedaron casi más que arbustos, buenos a lo sumo para proporcionar leña y carbón. En cuanto a las maderas de construcción, había que llevarlas de Macedonia, de Tracia y de las orillas del Mar Negro.

(Según Guiraud, *La propriété en Grèce*, lib. III, capítulo VI).

#### 8.—PRODUCCIÓN DEL GANADO

No escaseaban los pastos en territorio helénico. Eurípides denomina a Mesenia comarca «surcada en todos sentidos por aguas corrientes, y favorable para los bueyes y los carneros». Dicearco dice que la llanura de Tebas era muy a propósito para criar caballos. Estrabón alaba mucho en este respecto la Arcadia, la Etolia, la Acarnania, la Tesalia. Según Jenofonte, se encontraban en el Quersoneso de Tracia excelentes terrenos de pasto. Los valles de Asia Menor, por ejemplo los de Magnesia y Colofón, estaban en el mismo caso. Por lo demás, no había distrito tan áspero e infecundo que no ofreciera algún alimento a los carneros y a las cabras. Allí donde el suelo se prestaba a ello, se practicaba la cría de ganados. En Orcomenes de Beocia los prados del común eran tan grandes que una sola persona obtuvo la merced de enviar a ellos doscientas veinte cabezas de ganado mayor y mil de menor. La Tesalia no dejó nunca de ser rica en caballos y la Arcadia en carneros.

Se utilizaba poco el caballo en las labores del campo, pero servía para montar y para arrastre. Por deber cívico tanto como por gusto, la clase aristocrática era aficionada a concurrir a los juegos, y sabido es que las carreras de caballos y de carros eran el atractivo principal de estas solemnidades. Había que contar, en fin, con las necesidades del ejército. Los principales centros de producción eran la Etolia, la Tesalia, la Acarnania, el Epiro, la Eubea, la Beocia, Sicione, Epidauro, la Arcadia, la Élide, Sicilia, la Cirenaica y ciertas partes del Asia Menor.

El asno no es mencionado más que una vez por Homero, y ni una siquiera por Hesiodo. Por tanto, es probable que se utilizara muy poco en un principio. Posteriormente se usó mucho más para montar y para cargar, y hasta se llegó a consumir su carne. Los más estimados eran los de Arcadia. Los de Cirene, Tesalia y Epiro tenían igualmente alguna fama.

El mulo era muy de estimar en país tan accidentado como Grecia. Labraba, trasportaba cargas, tiraba de los carros y demás vehículos. Figuraba, en fin, en las carreras de Olimpia.

El buey era el animal de trabajo por excelencia. En la época homérica, su carne tomaba mucha parte en la alimentación. Con el tiempo variaron los gustos, y sin renunciar por completo a su consumo, se adoptó poco a poco un régimen distinto. En las ciudades regidas por la legislación de Pitágoras, estaba prohibido enviar al matadero un buey de labor. En Ática se procuraba no inmolarse estos animales a los dioses, siempre que resultaba perjuicio para la agricultura. En todas partes, por lo demás, había la libertad de cebar para el matadero al buey viejo y cansado. La raza mejor era originaria del Epiro. Eubea, la Cirenaica, Mesenia, el Ponto. Beocia, tenían también las suyas. Se sacaba partido de la leche de vaca para hacer queso. No obstante, este artículo no llegó a ser de consumo general hasta los dos últimos siglos antes de nuestra era.

Según el historiador Filocoro, hubo un tiempo en que la ley ateniense prohibía comer cordero, y Androción llega a decir que había que abstenerse de sacrificar las ovejas cuya lana no se hubiera cortado nunca y que no hubieran criado. Esta regla, si existió, cayó pronto en desuso. No obstante, los griegos criaban la especie ovina menos por la carne que por la leche y la lana. De todos los quesos de oveja, el más famoso era el de Cythnos. Su bondad procedía de una clase de hierba que abundaba en aquella isla. Se sembró dicha hierba en las otras Ciclades, luego en el resto de Grecia, y la industria quesera ganó de esta suerte. Las mejores lanas procedían de Ática, de Tarento y de Mileto. Se citaban también las razas de Epiro, de Beocia, de Arcadia, de Sicilia, de Megara, de Acaja, de Eubea y del mar Egeo.

Las cabras ofrecían la ventaja de ser muy fáciles de alimentar, y eran, por consiguiente, el recurso de las comarcas montañosas y estériles. Por eso abundaban en las islas, principalmente en Scyros, Icaria, Naxos y en las Arginusas. En Atica eran igualmente abundantísimas. Su leche daba cantidad considerable de queso.

Resulta de un pasaje de Platón que los porqueros eran el elemento esencial de la población de la república. La carne de cerdo era efectivamente muy del gusto de los griegos. En los campos del Ática no había casi una choza miserable que no tuviera su cochino. Cebado, este animal proporcionaba grandes beneficios. Abundaba principalmente en Megara, en Beocia, en Arcadia, en Etolia, Acarnania y Sicilia.

A todos estos productos hay que añadir las aves, tales como el pavo real, la gallina de Guinea, el faisán, la gallina común, la paloma, el ganso y el pato.

(Según Guiraud, *Ob. cit.*, libro III, cap. VI).

## 9.—LA INDUSTRIA EN GRECIA

Desde la época homérica, hubo cierta industria en Grecia, pero esta industria, muy rudimentaria todavía, se limitaba a fabricar los objetos más usuales y comunes. Todos los de lujo venían del extranjero. Hasta mediados del siglo VII «las familias ricas se vistieron con telas egipcias o fenicias, cubrieron el suelo de sus casas con tapices de Sardes, comieron o bebieron en vajilla de metal procedente de Tiro o de Sidón». (Rayet. *Hist. de la céramique grecque*, pág. 41).

A la larga, no obstante, la industria helénica se desarrolló, primero imitando muy de cerca los productos orientales, luego inventando a su vez. Los griegos llamaron a su país obreros de fuera; se proporcionaron moldes y modelos; crearon otros, una vez que su gusto se hubo formado, tanto que acabaron por no importar casi objetos fabricados y exportarlos en todas direcciones. No tenemos por qué seguir aquí todos estos progresos que estuvieron lejos, por lo demás, de ser los mismos en las diferentes repúblicas. Todo dependió de las circunstancias más o menos favorables en que se encontró cada una de ellas, de su situación, de los recursos naturales de su territorio, a veces de su gobierno. Una de las que más se anticiparon en este respecto fue Corinto, cuyos vasos pintados, desde el siglo VIII, llegaban hasta Etruria. Atenas vino más tarde, pero apenas entró en el camino, no tardó en eclipsar a todas sus rivales. «Resultado de las leyes de Solón y de la dominación inteligente de Pisistrato, la ciudad, antes pequeña y pobre, alcanzó a mediados del siglo V alto grado de prosperidad. La explotación del plomo argentífero del Laurión puso en manos de sus habitantes grandes cantidades de plata, y aquella riqueza nueva dió rápido impulso a la industria y al comercio. La población libre pidió a la industria y a la marina los re-

cursos que la infecundidad del suelo le negaba, y que no quería buscar en el penoso trabajo de las minas. En todas partes se fundaron fábricas de muebles, de armas, de telas, de vasos principalmente. Atenas vino a ser, y continuó siendo en lo sucesivo, una ciudad manufacturera, y la conquista de Salamina, una guerra victoriosa contra los eginetas, la permitieron lanzar sin temor al mar Egeo navíos encargados de llevar a lo lejos los productos de sus talleres». (*Ibid.*, pág. 97).

En la esfera industrial, los griegos desplegaron las mismas cualidades que en cualquiera otra. Tuvieron habilidad manual extraordinaria, un genio inventivo siempre despierto, singular golpe de vista para adivinar los gustos de sus compradores, finalmente, sorprendente destreza para abrirse sin cesar nuevos mercados.

#### 10.—DIVISIÓN DEL TRABAJO INDUSTRIAL

«En las ciudades pequeñas, las mismas personas hacen lecho, puerta, arado, mesa y hasta edifican las casas. ¡Dichosos cuando estos oficios dan de comer al que los practica! Ahora bien, es imposible que hombre que haga tantos oficios los haga bien todos. En las grandes ciudades, por el contrario, en que multitud de gentes tienen necesidad de las mismas cosas, un solo oficio da de comer a un hombre, y a veces aún no lo ejerce por entero, sino que uno hace calzado para hombres, otro para mujeres, uno vive solamente de coser los zapatos, otro de cortar el cuero; uno corta las túnicas (χιτωνας), otro se contenta con coser los pedazos. Necesariamente, el hombre cuyo trabajo se limita a una sola labor ha de hacerla bien».

(Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 2-5).

## 11.—ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO INDUSTRIAL.

Había en Atenas dos clases de obreros: los esclavos y los hombres libres.

Los esclavos, a su vez, se dividían en dos clases, según que trabajaban por cuenta de su dueño o por cuenta propia. Los primeros estaban reunidos en talleres. Había fábricas en Grecia, pero eran mucho menos grandes que entre nosotros, por la razón de que en ellas no se utilizaban máquinas y todo se hacía a mano. Se reunían en un mismo taller veinte, treinta, cuarenta, ciento, ciento veinte esclavos, no más. En todo caso, no sabemos de cifra superior a esta última. Estos hombres eran alimentados, alojados, vestidos por su dueño, y todo el beneficio de su trabajo era para él.

\* Se practicaba también otro sistema. Para precaverse de todo riesgo y librarse de los cuidados de la vigilancia, el dueño autorizaba muchas veces a sus esclavos a trabajar para otro, a condición de cederle parte determinada de su salario. Así Nicias alquilaba a los concesionarios de minas 1.000 esclavos que le daban un producto líquido de 1.600 pesetas diarias. A veces también, el dueño permitía a sus esclavos trabajar por cuenta propia, mediante una cantidad fija por persona y por día. Timarco, por ejemplo, tenía diez esclavos curtidores que formaban una especie de sociedad cooperativa dirigida por uno de ellos. Cada uno le entregaba 2 óbolos diarios (32 céntimos) y el jefe, 3 (48 céntimos). Todas estas rentas eran bastante crecidas, si se comparan con el precio habitual de los esclavos. Se lograba 40 por 100 en las minas y 15, 20, hasta 30 por 100 en las demás industrias. Pero sabido es que en Grecia la cifra normal del interés era de 12 por 100. Además, el esclavo era un capital que se desgastaba por el trabajo mismo, y era preciso que esta depreciación se compensase por un suplemento de interés.

Aquellos grandes explotadores de esclavos eran unas veces ciudadanos, otras extranjeros domiciliados. Los documentos nos dan a conocer número bastante grande de ellos. Nausicydes, negociante en harinas; Cyrenos, panadero, «que vive muy bien»; Demeas, fabricante de clámidas; Cleón y Anytos, curtidores; el padre de Demóstenes, armero y ebanista; el banquero Pasion, fabricante de escudos; Hypérbolos, fabricante de lámparas; el padre de Isócrates, fabricante de instrumentos de cuerda: Cleofón, fabricante de liras; Leocrates, «que da ocupación a obreros forjadores»; Kéfalos, el padre del orador Lysias, fabricante de escudos.

Había además, en Atenas y otras partes, pequeños patronos. Así se veían en la agora multitud de tiendas de drogueros, de peluqueros, de zapateros o de otras gentes de oficio. Según Jenofonte, la Asamblea del pueblo comprendía en su mayor parte bataneros, zapateros, albañiles, caldereros, labradores, mercaderes, chamarileros. Estos individuos, con un caudal modestísimo, se proporcionaban los útiles necesarios y trabajaban directamente para sus parroquianos. Hacían que les ayudasen ya sus hijos, ya un obrero libre, ya un esclavo de su propiedad o alquilado. Las profesiones eran generalmente hereditarias. Es la regla común en las sociedades sencillas, como era la helénica. Además, la ley imponía a todo ciudadano pobre o poco acomodado la obligación de enseñar oficio a su hijo, y era natural que le enseñase el suyo.

Algunos indicios hacen pensar que la competencia de los esclavos produjo la disminución gradual de esta clase, y que tras las desventuras de la guerra del Peloponeso, muchos pequeños patronos descendieron al lugar de obreros mercenarios. Estos fueron, por tanto, en el siglo iv, más numerosos que en el v, y no siempre encontraban trabajo.

Se distinguía en Grecia el trabajo a jornal y a destajo. Poseemos una inscripción en que ciertos obreros son pagados según el trabajo hecho, en tanto otros trabajan a tanto diario. En Paros, un oficial de policía llamado ago-

ranomo velaba «porque los jornaleros y sus patronos no se hiciesen mutuamente daño alguno, obligando a los primeros a cumplir sus compromisos, a los segundos a pagar sus jornales sin juicios (Rangabé, *Antiquités helléniques*, 770, B). Platón quiere que los litigios de esta naturaleza sean juzgados por los comisarios de policía (astynomos), hasta la cuantía de 50 dracmas y más alto por los tribunales (*Leyes*, VIII). No sabemos si reproduce una ley ateniense.

Variaba evidentemente mucho la cuantía de los jornales. He aquí algunas cifras que se encuentran en los documentos. Un cargador ganaba 4 óbolos diarios (64 céntimos); un peón de albañil 3 óbolos (48 céntimos). Los tallistas en piedra que fueron empleados en la construcción del templo de Erecteo recibían una dracma (98 céntimos). Se pagaba lo mismo a los obreros que trabajaron en otro edificio público, quizá el Partenón o los Propileos. El trabajo nocturno era más productivo. Se citan dos jóvenes que, ocupados de noche en un molino, ganaban 2 dracmas (1,96 pesetas) cada uno.

Por pintar a la cera un cimacio del Partenón se pagaba a 5 óbolos (80 céntimos) el pie corriente; por el estriado de una columna se calculaban de 18 a 20 dracmas (17 a 19 pesetas), y 60 (59 pesetas) por estatuas pequeñas labradas solamente en la parte delantera. Por limpiar un himation no se pedía menos de 3 óbolos (48 céntimos).

Ultima cosa que ha de hacerse notar, es que las mujeres se empleaban en la industria, principalmente en el tejido de las telas.

(Según Büchschütz, *Besitz und Erwerb im griechischen Alterthume*, págs. 366 y siguientes; Brants, *De la condition du travailleur libre dans l'industrie athénienne*, págs. 6 y siguientes, y Caillemer, *Dict. des antiq.*, I, págs. 321 y 445).



## 12.—LAS MINAS

Grecia producía tres metales principalmente: cobre, oro y plata. El cobre se encontraba sobre todo en la isla de Chipre y en la de Eubea; el oro en la isla de Sifnos, en la de Thasos, en Tracia, en Macedonia, en algunas comarcas de Tesalia y en Epiro; la plata, en Sifnos, en Macedonia, en Epiro y en Ática. De todos los distritos mineros, el más célebre, era el del Laurión, en el Atica meridional, donde abundaba el plomo argentífero. «El yacimiento metálico, dice un escritor del siglo iv, lejos de agotarse, parece extenderse cada día más. Aún en el tiempo en que se empleaban más brazos, ni un solo hombre ha carecido de trabajo. Este, por el contrario, era mayor que el número de obreros. Y hoy todavía, ni un propietario de minas reduce su personal, sino que cada uno de ellos se esfuerza para aumentarlo todo lo posible. (Jenofonte, *Rentas de Atenas*, cap. IV).

«La legislación de minas ateniense se fundaba en los mismos principios que la nuestra. Las minas eran concedidas por el Estado a los particulares mediante una cantidad fija. El concesionario se comprometía a explotar y a pagar al Estado una renta anual equivalente a la vigésimacuarta parte del producto. La falta de cumplimiento de estas obligaciones podía traer consigo la denuncia de la concesión. Las peticiones de ésta se publicaban por medio de anuncios. Se hacía la concesión según un plano indicador del perímetro de la superficie concedida». (Darreste).

Pertenecía la mina unas veces a un solo individuo, otras a un grupo de accionistas. Hipérides cita una «en que tenían participación la mayor parte de los ciudadanos ricos».

Como el uso de las máquinas era desconocido, todo el trabajo lo hacían esclavos. Se explotaban de dos maneras

distintas. O bien el concesionario arrendaba la mina, provista o no de esclavos, a uno o varios individuos, que le pagaban una renta fija, conservando para sí el exceso de producto, caso de que nos ofrece un ejemplo el discurso de Demóstenes *Contra Panteretes*. O bien el concesionario explotaba directamente la mina, proporcionándose, por compra o alquiler, los esclavos necesarios. Este último sistema parece haber sido el más usado.

La imperfección de sus procedimientos metalúrgicos impedía a los atenienses sacar del mineral toda la plata que contenía, hasta el punto de que hoy las fábricas del Laurión no trabajan más que con las escorias amontonadas por los antiguos. No obstante, el rendimiento de las minas era muy remunerador. El autor del tratado de las *Rentas de Atenas* afirma que enriquecía a multitud de particulares. Sabemos, por otra parte, que un esclavo alquilado al explotador de la mina producía a su dueño el 40 por 100 de su valor.

### 13.—EL COMERCIO EN GRECIA

En tiempo de Homero existía ya en el mundo helénico cierta actividad comercial. Pero, a más de que la estorbaba la piratería, a la sazón muy floreciente, se observaba que el tráfico con el exterior se hacía principalmente por mediación de los extranjeros. Poco a poco, no obstante, los griegos se familiarizaron con el mar. Dieron ejemplo las ciudades del litoral asiático, y siguieron las de la Grecia propia. El gran movimiento de expansión colonial que empezó en el siglo VIII, aumentó todavía esta afición al comercio de que era, por otra parte, indicio muy significativo, y los griegos llegaron a ser pronto los primeros negociantes del Mediterráneo oriental. Desde el fondo del mar de Azof hasta la Toscana actual, sus navíos fueron a todas partes en busca de artículos alimenticios o de materias primas, y a llevar los productos de la

industria nacional. Durante varios siglos, las grandes plazas comerciales fueron Egina, Corinto, las ciudades de Eubea, la isla de Delos, Mileto, Samos, Focea, Rodas, Efeso y la mayor parte de las ciudades del Asia Menor. Pero, a partir del siglo vi y sobre todo del v, Atenas las eclipsó a todas. «Todo lo mejor que hay en Sicilia, decía un ateniense, en Italia, en Chipre, en Egipto, en Lidia, en el Ponto, en el Peloponeso y en otras partes, todo se reconcentra en nuestro país». Basta recorrer las alegaciones civiles de Demóstenes para convencerse de que Atenas estaba en relaciones mercantiles con el Bósforo (Crimea), el Egipto, Rodas, la Tracia, Bizancio, Calcedonia, Cirene, Sicilia. Entre los extranjeros que frecuentan su puerto del Pireo, el mismo autor nos señala individuos de Marsella, de Bizancio, de Fenicia, de Fasélis, de Halicarnaso, de Chipre, de Heraclea, del Ponto. La difusión de la cerámica de procedencia ática permite trazar, por decirlo así, los límites del horizonte comercial de los atenienses. Ahora bien; esos vasos se encuentran con abundancia en Eleusis, Tanagra, Tebas, Thespias y Thisbé de Beocia, en la Lócrida y en la Fócida, en Tegea, en el Peloponeso, en Rodas y Chipre, en la Cirenaica, en Asia Menor, en Crimea, en Sicilia y en la Italia central.

#### 14.—EL MERCADO DE LAS CIUDADES GRIEGAS

El mercado de las ciudades griegas o *agora* no era una plaza exclusivamente reservada para los vendedores. En Atenas contenía edificios importantes, el palacio del Senado, tribunales, templos. Allí se veían los lindos paseos de plátanos y olmos que Cimón había mandado plantar, allí también estaban las estatuas de los héroes epónimos en cuyos pedestales se fijaban determinados anuncios oficiales, y la tribuna a que subía el heraldo para las proclamaciones y las adjudicaciones. En medio de todos

estos edificios y alrededor de ellos se agrupaban los vendedores.

Había lugares destinados a los productos de cada clase, y cada uno recibía el nombre del género que en él se vendía, llamándose de esta suerte «del queso», «del pescado», «del vino», «de los cacharros», etc. Los vendedores estaban instalados unos al aire libre, otros al amparo de modestas tiendas de lona, otros en tiendecitas trasportables, hechas de junco o caña. Algunos tenían verdaderos almacenes. En la vecindad había establecidos talleres de todas clases, los cuales acabaron por confundirse con la agora. En la plaza misma, sentados delante de sus mostradores (τράπεζαι), estaban los banqueros o trapezitas. A poca distancia se fijaban los hombres libres o esclavos que querían alquilar sus servicios.

En ocasiones, las ciudades hicieron construir edificios especiales para los mercados. Había en Atenas, desde el tiempo de Pericles, un mercado para las harinas, y en Megara otro para la venta de los perfumes. En algunas ciudades, sobre todo en Asia Menor, existían verdaderos bazares, distintos unos de otros y separados por callejuelas.

La mujer rica o acomodada no iba nunca al mercado, y ni siquiera era costumbre que enviase a las criadas. El marido mismo era quien, si no encargaba de este menester a un esclavo, iba a comprar las provisiones y las hacía llevar luego a su casa por un mozo. No era raro ver a un soldado con uniforme de gala regateando sardinas o higos, y en rigor podían encontrarse, como en la *Lisistrata* de Aristófanes, oficiales de caballería que, en el casco, llevaban con la mayor seriedad un puñado de legumbres. Teófrasto y Pólux mencionan, es cierto, el *mercado de las mujeres*, pero se trata, sin duda, ya del sitio donde se vendían los artículos a ellas destinados, ya del mercado en que eran mujeres las vendedoras.

Había ordenanzas que los *agoranomos* hacían respetar. Así el mercado de la pesca no podía empezar sino cuando un toque de campana había dado la señal. Los poetas

cómicos mencionan todavía determinados pormenores: prohibición a los pescaderos de rociar con agua los pescados que no estaban frescos; al vendedor de rebajar nada del precio primeramente pedido, pero éstos, el segundo sobre todo, son sospechosos.

(Caillemer, *Dict. des antiquités*, I, pág. 15).

## 15 — COSTUMBRES DE LOS VENDEDORES

He aquí un pasaje de Platón en que alude a las costumbres de los vendedores:

«Todo hombre debe poner en un mismo lugar la adulteración de las mercancías, la mentira y el engaño, y es máxima detestable la que corre en boca del vulgo, a saber: que esta clase de engaños, cuando se hacen oportunamente, no tienen nada de ilegítimos..... Que nadie se haga culpable, ni en palabras ni en acciones, de mentira, de engaño, de adulteración, tomando al mismo tiempo por testigos a los dioses de que no engaña..... Que el que vende en el mercado un artículo cualquiera no ponga nunca dos precios a su mercancía, sino que, después de fijado el primer precio, si no encuentra comprador, se lo lleve para ponerlo en venta otra vez, y que, en el mismo día, no suba ni baje su precio primero. Que se abstenga también de alabar su mercancía y de añadir juramentos a las alabanzas»

(Platón, *Leyes*, XI, págs. 916-917).

## 16.—FERIAS

En las proximidades de todos los grandes santuarios se celebraban ferias, que, como es sabido, atraían muchedumbre de peregrinos y de curiosos. Las siguientes líneas

de una inscripción del Peloponeso darán idea de las ordenanzas que en ellas estaban en vigor:

«Los *hieroi* determinarán el sitio en que han de verificarse las ventas. El *agoranomo* de la ciudad tendrá cuidado de que los vendedores no engañen y procedan con honradez, y de que se sirvan de pesas y medidas que estén de acuerdo con las oficiales. No fijará precio ni tiempo para la venta. No exigirá a los vendedores ningún impuesto de mercado. Los que de ellos no se conformen a estas prescripciones serán azotados, si son esclavos, y pagarán multa, si son hombres libres».

(Dittenberger, *Sylloge inscript. Græcar*, 388, líneas 99 y siguientes).

#### 17.—LEGISLACIÓN MERCANTIL

Las mercancías importadas al Ática, o de ella exportadas, pagaban derechos de aduanas equivalentes al 2 por 100 de su valor. Pero no era una tarifa proteccionista, sino puramente fiscal, porque el trigo mismo estaba sujeto a ella, aun cuando la producción del país fuera muy inferior al consumo. Por el contrario, la ley, en ciertos casos, dictaba prohibiciones muy rigurosas. Así no estaba permitido exportar trigo, maderas y otros productos agrícolas. Se prohibió durante algún tiempo todo comercio con Megara.

No había en Atenas monopolios ni compañías privilegiadas, y cada uno, ciudadano o meteco, hacía el comercio como le parecía. Esta regla, no obstante, se interrumpía cuando el interés público parecía exigirlo. Se ve, por ejemplo, que ciertos individuos no tenían derecho a navegar hacia el Helesponto o la Jonia, quizá porque habían incurrido antes en fraudes perjudiciales al buen nombre de Atenas. Estaba prohibido prestar dinero sobre un barco o su cargamento, siempre que el armador no se comprometiera a traer al Pireo cereales u otras mercan-

cias. Para impedir el acaparamiento de trigo, la ley fijaba la cantidad que cada individuo podía comprar.

Se concedían gracias especiales a los comerciantes. Habitualmente se les dispensaba del servicio militar. Un texto añade que estaban exentos del impuesto sobre el capital, pero no es muy probable que así ocurriera. En parte alguna los comerciantes extranjeros eran tan bien tratados como en Atenas. Una ley citada por Demóstenes decía «que los comerciantes y los capitanes de buques podían acudir en queja a los tesmotetes, si recibían algún daño en el puerto. Los culpables eran metidos en prisión hasta el pago completo de las sentencias pronunciadas contra ellos». El mismo autor señala otra ley dirigida contra los que tratan de engañar a los armadores y comerciantes, ley que prohibía promover causa contra éstos últimos, «a menos que el denunciante no estuviera bien seguro de poder probar sus imputaciones». Se sabía en Atenas que el tiempo es oro. Así las causas mercantiles eran juzgadas, en el siglo vi, en el mes que seguía a la presentación de la instancia, y preferentemente en invierno, cuando se paralizaba la navegación.

#### 18.—LA POLÍTICA DE ATENAS Y EL COMERCIO DEL TRIGO

Buena parte del trigo que se consumía en Atenas era producto de importación. Estaba, por tanto, interesada en procurarse acceso a las comarcas en que más abundaba, principalmente la región del Bósforo Cimeriano, que corresponde a la Rusia meridional. Por eso, Pericles tuvo cuidado de instalar allí, en algunos puertos fortificados, guarniciones atenienses. Después de la guerra del Peloponeso se evacuaron aquellos puertos lejanos, pero desde aquel momento fue política constante de Atenas el mantener las más cordiales relaciones con los dueños del país. Tenemos toda una serie de decretos dictados en honor de

los soberanos del Bósforo. Son otros tantos testimonios del valor que se concedía a su alianza.

Era preciso, además, que siempre hubiera libertad de comunicaciones con los puertos de los países trigueros. Nunca los ingleses vigilaron el camino de las Indias con más cuidado que los atenienses el del Bósforo. Había un paso que importaba sobre todo guardar, y eran los dos estrechos que unen el Archipiélago al mar Negro. En tiempos de su dominación marítima (siglo v), los atenienses se habían apresurado a reducir a su mando la ciudad de Bizancio (Constantinopla). Además habían enviado al Helesponto (Dardanelos) comandantes militares, sin duda con tropas y una escuadra, para conservar allí el orden. Finalmente, el Quersoneso de Tracia (península de Galípoli) era todo él una colonia de Atenas, en relaciones permanentes con la metrópoli. La victoria definitiva de Esparta puso fin a esta situación. Pero, inmediatamente que se hubieron rehecho de sus derrotas, los atenienses dirigieron de nuevo sus miradas a los estrechos, y una de las primeras ciudades que incorporaron a su restaurado imperio fue Bizancio. La Propóntide (mar de Mármara) era tanto para ellos el punto vulnerable por excelencia, que Filipo de Macedonia empleó todas las fuerzas de su ejército y todos los recursos de su diplomacia para su plantarles en ella, y se vió a Demóstenes hacer expresamente un viaje para conquistar la amistad de los inconstantes bizantinos.

(Guiraud, *Études économiques sur l'Antiquité*, página 9).

## 19.—EL COMERCIO DEL DINERO

Conocían los atenienses como nosotros el arte de obtener producto del dinero. Distingúan el dinero *ocioso* y *el que trabaja*. Se daban también cuenta de que el crédito es el alma del comercio. «No son los que toman dine-



ro a préstamo, dice el autor del discurso *Contra Formion*, sino los que lo dan, los que hacen prósperas todas las profesiones marítimas».

Había en ocasiones préstamos puramente verbales, pero casi siempre se redactaba, en presencia de testigos, un documento escrito que se depositaba en casa de tercera persona.

El acreedor exigía habitualmente garantías. Unas veces hipotecaba los bienes del deudor, otras recibía de él un objeto en prenda, Por último, ocurría casi siempre que una o varias personas saliesen fiadoras de la solvencia del prestatario.

Dos cláusulas esenciales figuraban en esta clase de contratos: una estipulaba el reembolso del capital en tal fecha; otra, el pago de los intereses.

Si el capital no era devuelto en el plazo fijado, se distinguía el caso en que había prenda hipotecaria o de otra clase, y aquél en que no la había. En el primer caso, el acreedor se apropiaba la prenda hasta la restitución de la cantidad debida; en el segundo, se doblaba la deuda.

En cuanto al interés, la ley no fijaba su cuantía, dejándola al arbitrio de las partes. Variaba según las circunstancias, sobre todo según los riesgos que corría el capital. Se tiene un ejemplo de un interés de 3,14 por 100, pero la cifra más común era de 12 por 100, y a veces hasta se llegaba a 20, 30 y 36 por 100.

Se encontraban muchos particulares que prestaban su dinero. No es raro ver mencionar títulos de acreedores en los inventarios de herencias. Pero había toda una clase de personas que especialmente se dedicaban al comercio del dinero, y eran los banqueros, llamados *trapexitas*, porque su oficina se llamaba *trapexa* (mesa). Todos los que se conocen eran extranjeros o libertos. He aquí cuáles eran sus principales operaciones:

1.º Ayudaban a sus clientes en la redacción de los contratos y los admitían en depósito.

2.º Se encargaban de hacer los pagos, ya con los fondos que les remitía el deudor, ya adelantando ellos el di-

nero. Ejemplo: «Lycón de Heráclea, estando a punto de partir para Africa, arregló sus asuntos con un banquero, y le dió orden de pagar a Cefisiades 16 minas y 40 dracmas que dejaba en su casa». (Demóstenes, *Contra Calip-po*, 3). Timoteo va a dejar Atenas. Espera maderas de Macedonia, y conviene con su banquero que, a la llegada de éstas, pagará los gastos de transporte (1.750 dracmas). El banquero paga «y anota a Timoteo como deudor suyo». (Id., *Contra Timoteo*, 29-30)

3.º Abrían a sus parroquianos cuentas corrientes. Un joven extranjero viene a Atenas. Confía al banquero Pasion el dinero que ha traído, y va retirándolo a medida que lo necesita. (Isócrates, *El trapexítico*, 4).

4.º Giraban a otra plaza. Un ateniense iba a Mileto y no quería llevar dinero consigo, por miedo a perderlo. Entregaba cierta suma a su banquero, y éste escribía a su corresponsal en Mileto para que entregase igual cantidad al viajero.

5.º Prestaban dinero unas veces a particulares, otras, más raras, a Estados.

El banquero operaba con capital propio, y también con dinero de sus clientes. Para inspirar confianza al público, asociaba a su empresa especie de comanditarios, que le proporcionaban dinero y salían fiadores de él. Estos tenían derecho a una parte de los beneficios, y en cambio eran personalmente responsables respecto a los acreedores. Eran bastante frecuentes las ruinas, y había entonces liquidación o quiebra. Por tal motivo, las personas prudentes colocaban sus fondos en casa de varios banqueros distintos, repartiendo de esta suerte las probabilidades de perderlos. El padre de Demóstenes, principalmente, tenía «2.400 dracmas en la casa de banca de Pasion, 600 en la de Pílates, y 1.600 en la de Demomeles».

## 20.—EL BANQUERO PASION

Al final de la guerra del Peloponeso había en el Pireo una casa de banca dirigida por dos asociados, Arquestrates y Antistenes. El primero tenía un esclavo, Pasion, que pronto se había hecho notar por su inteligencia. Arquestrates acabó por emanciparle y por cederle el negocio de acuerdo con su asociado. Contra este Pasion escribió Isócrates, el año 394, el discurso titulado *El trapexítico*. Lo escribió para el hijo de Sopæos, uno de aquellos aventureros griegos que hacían fortuna cerca de los príncipes semi-barbaros del Bósforo cimeriano y de Tracia. Sopæos tenía un hijo que quiso ir a visitar Atenas. El padre puso a su disposición una fuerte suma y le envió al Pireo con varios cargamentos de trigo y otros artículos. El advenedizo quería que el heredero de su fortuna hiciera buen papel en Atenas. Sin dejar de gozar de los placeres de la gran ciudad, el joven no olvidaría los negocios. Colocaría los artículos de su padre, mantendría sus relaciones, cobraría sus créditos y atendería al empleo de sus caudales.

Al principio todo fue lo mejor posible. Enviado por Sopæos a Pasion, el joven encontró cerca de él una acogida amable y obsequiosa. Pasion y sus socios estaban completamente al servicio del viajero. Se le proporcionaron amigos y placeres, se recibió en depósito todo el dinero que obtuvo de la venta de las mercaderías, se le hizo promesa de interesarle en las especulaciones de la banca. Nuestro hijo de ministro se entregaba sin deseo a los encantos de aquella estancia, largo tiempo deseada, y creía que en Atenas hasta los banqueros eran gentes amabilísimas.

Al cabo de unas cuantas semanas, se supo que había ocurrido allá, en el Ponto, una revolución palatina. Sopæos había incurrido en el desagrado del príncipe, y en-

cerrado en prisiones, sus bienes habían sido confiscados. Satyros, su dueño, iba a enviar a Atenas delegados con encargo de buscar y echar mano a todas las sumas que su exministro poseía en dicha ciudad. Quizá llegaría a pedir la extradición de su hijo. Atenas, por el comercio de trigos, tenía tanta necesidad de estar a bien con aquellos príncipes del Bósforo, que no correría el riesgo de indisponerse con él por semejante bagatela.

Perdido, el extranjero fue a ver a su buen amigo Pasion y le refirió el asunto. El astuto personaje pareció participar mucho en su dolor. Se trataba sobre todo para la banca de no desprenderse de las sumas que hacía valer. Pasion aconsejó, por tanto, al joven que entregase sin dificultad, a los representantes de Satyros, las mercancías y el poco dinero que tenía en su poder. En cuanto a los capitales depositados en casa de Pasion, ocultaría su existencia. Sostendría que, lejos de poseer nada, era deudor del banquero y de varios otros ciudadanos. Encantó al extranjero la idea, sin darse cuenta de que Pasion quería engañarle. No tardó, sin embargo, en comprenderlo. Inquieto por las medidas que los atenienses podrían tomar contra él, resolvió salir para Bizancio. Esperaba quizá cobrar allí sumas debidas a su padre, y que, en todo caso, su libertad y la vida estarían aseguradas. Como Bizancio disponía de los trigos de Tracia, no necesitaba de los del Bósforo, y no temía a los reyezuelos del Ponto. Antes de embarcarse, quiso retirar su dinero de manos de Pasion. Este le recibió amablemente. Reconocía la deuda, pero había comprometido los fondos en interés del depositario, y había que esperar para recuperarlos. El cliente aceptó el motivo, pero como, ante nuevas instancias, el banquero respondía siempre con iguales pretextos, acabó por concebir sospechas. Envió a ver a Pasion a dos de sus amigos. Pasion entonces cambió de tono, dijo no saber qué querían de él, que nada había recibido y no debía nada, siendo, por el contrario, acreedor en 300 dracmas. No había duda, Pasion había resuelto apropiarse los despojos del desventurado. Era imposible

entablar proceso. No había escritura alguna, y el depósito no tenía otro testigo que un esclavo, afecto a la caja del banquero. Por lo demás, ¿no había repetido en todas partes la víctima que no tenía nada y que vivía de prestado? Pasion estaba, por tanto, seguro de la impunidad.

De pronto llegó la noticia de que Sopæos había vuelto a la gracia del príncipe, y que éste había llegado al punto de negociar la boda de su propio hijo con la hija del ministro. La situación del cliente de Pasion variaba por completo, y por ello el banquero se apresuró a tomar sus precauciones. Lo más urgente era alejar al cajero Kittos, único testigo de la entrega hecha por el extranjero. Pasion le envía secretamente fuera, luego, jugándose el todo por el todo, acusa a dos amigos del demandante, uno de los cuales se llamaba Menexenes, de haber sobornado a su dependiente, sustraído seis talentos de la banca por mediación suya y favorecido la fuga. El otro quedó aturdido ante un ataque tan imprevisto. Hubo de prestar fianza para no ser encarcelado, y pasar de pronto de demandante a demandado. En vez de demostrar que era víctima de un robo, necesitaba demostrar primero que no era sobornador y ladrón.

Felizmente, su amigo Menexenes no se aturdió. Lejos de renunciar a la lucha, partió en busca de Kittos. Tuvo la suerte de poner mano sobre él y de traerle a Atenas. Allí rogó a Pasion que dejase aplicar el tormento a su esclavo. Para impedir que su cajero entrase en el camino de las confesiones, he aquí lo que imaginó Pasion. Afirmó que Kittos era de condición libre y no podía, por consiguiente, ser tratado como esclavo. Menexenes respondió que el banquero no quería más que ganar tiempo, y se opuso a la libertad provisional de Kittos, a menos que Pasion no prestase a su vez una fianza cuya cuantía fuera igual a las sumas de que la banca era deudora. Pasion se resuelve y deposita 7 talentos, más de 40.000 pesetas, para conjurar el peligro y asegurar los privilegios de la libertad al empleado a quien había acusado recientemente de abuso de confianza grave. La consecuencia era eviden-

te. Cogido en sus propias redes, Pasion parecía contradecirse. Comprendió que le sería difícil explicar los pasos dados y que se encontraba en un callejón sin salida, y trató de volver atrás. Dijo a sus adversarios que podían interrogar a Kittos cuando quisieran. Estos aceptaron y convinieron en avistarse en un templo con Pasion, su esclavo y las personas encargadas de hacerle hablar. Pero, en el día fijado, el banquero se opuso abiertamente a que se recurriera al tormento.

Aquella obstinación produjo mal efecto, y Pasion comprendió que era prudente transigir. Tuvo una entrevista secreta con el hijo de Sopæos. En ella, lejos de todo oído y de toda mirada indiscreta, fue enteramente distinto. Con la punta del manto se ocultaba el rostro, como hombre avergonzado de su conducta; lloraba, decía que había sido necesario, para decidirle a negar el depósito, graves dificultades de dinero; se comprometía a restituir, siempre que no se divulgase el asunto y que no perdiera en su reputación. El extranjero creyó sincero el arrepentimiento, prometió a Pasion callar y le concedió plazos. Tres días más tarde, en una nueva entrevista, se estipuló que Pasion embarcaría para el Bósforo con su cliente, y que allí le devolvería el dinero. De esta manera no se sabría nada en Atenas. Si no pagaba, Satyros sería tomado por árbitro, y, en el caso en que el príncipe se declarara en contra suya, tendría que pagar, a más del principal de la deuda, una mitad más de la suma reclamada. Las cláusulas del contrato se consignaron por escrito, y el documento se confió a un capitán de barco llamado Pyron, de Feres en Tesalia. Pero, inmediatamente, Pasion soborna a uno de los esclavos del capitán, proporcionándose de esta suerte el texto del documento, lo falsifica y la falsificación es sustituida al original por su cómplice. Vuelve entonces a levantar cabeza y recobra el descaro que siempre tuvo. A las primeras intimaciones de su cliente, que le ruega que marche con él, responde negándose. Al insistirse, pide la presentación del contrato. Se abre el documento y se encuentra, en lugar del conve-

nio primitivo, que el extranjero libra de toda responsabilidad a su banquero. No quedaba más que un recurso al robado, y era demostrar que Pasion había cometido falsificación en documento privado.

El asunto tuvo todavía algún retraso. El extranjero se fue al Bósforo, acompañado por Kittos. El joven y el esclavo expusieron el asunto en presencia de Satyros, y el príncipe se declaró incompetente. Dió, no obstante, al hijo de su favorito una muestra de simpatía, reunió a los negociantes atenienses que a la sazón había en el puerto y les recomendó el asunto. Además, escribió una carta al pueblo ateniense, en que solicitaba para él la buena voluntad de los magistrados y de los jurados. De esta suerte, al amparo de su soberano y fuerte con su apoyo moral, el cliente de Pasion, a su vuelta, sometió la demanda al Tribunal. Isócrates escribió un alegato para él, pero no sabemos si la sentencia le fue favorable.

La opinión pública no parece haber sido muy severa en Atenas con maldades como las de Pasion. Podían obligar a indemnización de daños y perjuicios, pero no a sanción penal ni, por consiguiente, a verdadera deshonra. Además, la raza griega no ha sido nunca exigente en materia de moralidad. Añádase que nada atestigua que Pasion fuera culpable. Conocemos la acusación, pero no la defensa, y quizá el joven extranjero fuera una especie de aventurero, que haciendo sonar mucho el crédito de su padre cerca de Satyros, amigo de Atenas, esperaba intimidar a Pasion con la amenaza de un proceso escandaloso y sacarle dinero.

La mejor razón que tenemos para suspender nuestro juicio es que la prosperidad de Pasion no hizo más que aumentar, y esa prosperidad no podía nacer sino de la estimación inspirada a toda una clientela de atenienses y de extranjeros. Recordando, cuarenta años más tarde, los orígenes de aquella fortuna, muy humilde en sus comienzos, decía Demóstenes: «Pasion inspiró confianza. Ahora bien, entre la gente que vive en la Bolsa y se dedica a los negocios, la reputación de hombre trabajador,

unida a la de hombre honrado, tiene maravilloso poder». ¿Se admitiría que, en los primeros pasos de su carrera, cedió Pasion a una mala tentación? Siempre le habría aprovechado la lección. Inteligente como era, comprendió muy pronto que lo más hábil era ser honrado. Su antiguo dueño, Arquestrates, había dejado fondos en la banca. En manos de su sucesor, la casa vino a ser la primera de Atenas. Los ciudadanos más ricos y de posición más brillante, Agyrrhios, el padre de Demóstenes, Timoteo, le entregaron sus capitales o le pidieron dinero. Hizo al Estado más de un servicio pecuniario, y obtuvo, por lo tanto, con bastante facilidad el título de ciudadano.

Figuraba todavía al frente de la casa el año 372, y murió el 370, después de larga y dolorosa enfermedad. Mientras tanto, sintiéndose ya viejo y enfermo, puso en orden sus asuntos y arregló lo futuro con una sabiduría que hace honor a su buen juicio. El hombre de confianza para él era entonces Formion, de origen extranjero y servil, como Kittos, que se había establecido por su cuenta. Formion había recibido la libertad, y luego, a medida que su dueño envejecía, había ido adquiriendo mayor importancia en la banca, y Pasion había acabado por encargarle de todo el despacho. Se había podido creer que el banquero dejaría la casa a su hijo Apolodoro. Pero Apolodoro tenía otras miras. Su padre le había educado como hijo de familia acomodada, su instrucción era muy esmerada, le había dejado frecuentar las escuelas de los retóricos, intimar con jóvenes ambiciosos y ricos. Apolodoro soñaba con la política, con los honores, con el poder. Quizá le hubiera avergonzado sentarse en la oficina de su padre. Quizá también, Pasion no opinaba bastante bien de él para hacerle su sucesor. El caso es que se fijó en Formion para continuar su obra. Le cedió, a la vez, la banca y una fábrica de escudos, mediante renta. Referíase ésta, para la fábrica, al material y a los esclavos que en ella trabajaban; respecto a la banca, al crédito y al uso de los capitales depositados. Además, Pasion daba su garantía para el reembolso de 11 talentos, procedentes de



los fondos de depósitos prestados a distintas personas por el banco sobre hipotecas. Formion, simple liberto aún, habría tenido alguna dificultad para perseguir ante los tribunales el pago de estos créditos. Para que estuviera cubierto por este lado, con respecto a los depositarios, Pasion se había reconocido deudor de estos 11 talentos. El precio del arriendo era para la fábrica de 1 talento (5.894 pesetas), y parece que con facilidad producía esta suma, pero el alquiler anual de la casa de banca se había fijado en 100 minas (9.820 pesetas). Parece que era muy oneroso, porque ocho años más tarde, cuando Formion se retiró, los herederos de Pasion no arrendaron el banco a un precio superior, aun cuando hubiera prosperado en el intervalo.

Poco antes de morir, Pasion dictó sus últimas disposiciones. Su fortuna era considerable. Tenía por valor de 20 talentos en fincas, y cerca de 40 colocados en negocios, en préstamos marítimos, en hipotecas, en créditos de toda especie, que debían apoyarse en sólidas garantías. Era un total aproximado de 60 talentos (353.000 pesetas). Como tenía dos hijos, uno menor de edad, designó como tutor a Formion, sin dejar de asociar a esta responsabilidad algunos parientes y amigos. Luego, para estar todavía más seguro de él, le hizo prometer que se casaría con su viuda Arquippé, la cual llevaría en dote 2 talentos colocados en Atica y en la isla de Peparethos, una casa-habitación valorada en 100 minas, el mobiliario de la misma, sirvientas, alhajas, todo cuanto necesitaba finalmente para mantener su lujo habitual. Sabemos por Demóstenes que muchos trapezitas, en Atenas, en Egina y en otras partes, hacían lo que en esta ocasión hizo Pasion.

(Según Isócrates, *El Trapezítico*; Demóstenes, *Discurso en favor de Formion*, y Perrot, *Mémoires d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire*, págs. 379-414).

## 21 — UNA CIUDAD RICA DE LA MAGNA GRECIA

Sibaris contaba, aparte los esclavos, con 300.000 habitantes de condición libre. Su recinto tenía más de nueve kilómetros de circuito. Un hecho dará idea de la riqueza que acompañaba a este desarrollo de la población. En las procesiones solemnes, Sibaris hacía desfilar 5.000 caballeros vestidos con los más suntuosos trajes. Ahora bien, en las ciudades griegas no era caballero sino el que justificaba tener una renta considerable. Caballero quería decir joven rico perteneciente a la clase más considerada. Atenas, en sus buenos tiempos, no tuvo más que la cuarta parte de los que tenía Sibaris.

Grandes obras habían saneado el suelo naturalmente húmedo que servía de asiento a la ciudad. Un sistema de canales bien ideado hacía que corrieran hacia el mar las aguas de la parte baja de la llanura, que hoy es otra vez un pantano. Estos canales eran navegables y los sibaritas se servían de ellos para trasportar en barcos a la ciudad o hasta el puerto el vino estimadísimo que recogían abundantemente en las colinas que rodeaban la parte baja en que estaba Sibaris.

La fertilidad del territorio era prodigiosa. Varrón pretende que el trigo daba ciento por uno. Ateneo dice, no obstante, que los cereales del país bastaban apenas para el consumo de la ciudad. Fuera de los vinos, indicados como objeto de extenso comercio, la agricultura daba a Sibaris muchos artículos de exportación. Sus campiñas producían aceite. Daba al comercio el cuero de los ganados de sus ricas praderas, la lana de los carneros que pacían en las montañas circundantes, las maderas de los bosques de sus montañas y en particular de la Sila, muy buscadas para las construcciones navales; la pez recogida en la misma montaña y que pasaba por ser la mejor de todo el Mediterráneo, la cera de las

abejas que criaba en gran cantidad. Tenía también minas de plata, que explican la abundancia de sus monedas. Finalmente, como los sibaritas tenían un puerto en Laos, del mar Tirreno, y estaban aliados de una parte con los milesios, de otra con los etruscos, servían de mediadores entre estos dos pueblos. Las naves de Mileto llevaban sus mercancías a la misma Sibaris, los etruscos llevaban las suyas a Laos, y entre estos dos puntos, los sibaritas se encargaban del tránsito por tierra. Era cosa fácil porque la distancia no es grande, y hasta había un collado que facilitaba el paso. Daba tanta importancia Sibaris al hecho de subsistir como especie de gran mercado internacional, que eximía de todo derecho aduanero a los productos más estimados del Asia Menor y de los países del mar Tirreno.

(F. Lenormant, *La Grande-Grèce*, II, págs. 260-262, 274-275).

## 22. - LA RIQUEZA EN ATENAS

Se encuentran multitud de pequeñas fortunas en los siglos v y iv. ¡Cuántas gentes poseían menos de un talento (5.894 pesetas) y hasta menos de 10 minas (982 pesetas)! Un talento podía bastar para vivir, de modo que no se cayese precisamente en el número de los necesitados. Se ven mencionadas con frecuencia fortunas de 2 a 5 talentos. La herencia de Esquines el orador era de 5 talentos (29.470 pesetas). La fortuna de Cristóbulo es estimada por Jenofonte en 500 minas (49.100 pesetas) y pasaba por ser hombre rico. Timocrates poseía más de 10 talentos (58.940 pesetas). Diceogenes tenía 80 minas (7.856 pesetas) de renta anual, lo cual supone un capital aproximado de 11 talentos (65.000 pesetas), y esta suma se juzgaba considerable. Un negociante llamado Diodotos tenía 14 talentos (82.516 pesetas). El padre de Demóstenes dejó 15 (88.000 pesetas).

Con una fortuna semejante se era bastante rico, dado el elevado tipo del interés y el poco precio de las cosas. No obstante, muchos atenienses tenían más. Onetor poseía 30 talentos (176.000 pesetas); Conón, 40 (236.000); Stefanos, hijo de Talos, y el banquero Pasion, 50 (295.000) cada uno.

En primer lugar, entre las familias más opulentas, se coloca la de Nicias. Los bienes de este personaje se calculaban en 100 talentos (598.000 pesetas). Su hijo Nicératos era citado como el más rico de los atenienses, y esta circunstancia causó su pérdida en la época de los Treinta tiranos. La familia de los Calias era más rica aún. Calias I compró los bienes de Pisistrato, con tanta insistencia que fue expulsado de Atenas. Hacía grandes gastos para criar caballos. Venció en los juegos olímpicos y dió grandes dotes a sus tres hijas. Su nieto Calias II se dice que tenía 200 talentos (1.179.000 pesetas). Dejó esta fortuna a su hijo Hipponicos, que al parecer pidió autorización para edificar una casa en la Acrópolis, a fin de encerrar en ella sus tesoros y tenerlos seguros. Su hija, que casó con Alcibiades, recibió 10 talentos de dote (pesetas 58.940), lo cual era enorme en aquella época. Su hijo disipó aquel enorme patrimonio, y se pretende que por el año 385 no le quedaban más que 2 talentos. La fortuna de Alcibiades ascendía a un centenar de talentos. En la segunda mitad del siglo IV, los bienes confiscados a cierto Difilo produjeron 160 talentos (943.000 pesetas). La opinión pública atribuía 600 (3.536.000 pesetas) a Epicrates.

En suma, había en Atenas algunas grandes fortunas, pero eran pocas, y además duraban poco tiempo. Dominaban las fortunas regulares y las pequeñas. Los pobres eran muchos en número, si es cierto que el año 322 nueve mil ciudadanos solamente, de veintidós mil, poseían 1.960 pesetas y más. Hay que añadir, sin embargo, que esas 1.960 pesetas equivaldrían a cerca de 6.000 hoy.

(Según Böckh, *Economie politique des Athéniens*, IV, III).

## 23.— ENUMERACIÓN DE ALGUNAS FORTUNAS ATENIENSES

1.º Stratocles (Iseo, *Acerca de la herencia de Hagnias*, 42-43).

Una tierra valorada en 2 1/2 talentos (14.735 pesetas) y arrendada en 12 minas (1.178 pesetas).

Una casa en Melito valorada en 30 minas (2.946 pesetas) y una casa en Eleusis, que vale 5 minas (491 pesetas), arrendadas juntas en 3 minas (294 pesetas).

4.000 dracmas (3.920 pesetas), invertidas al 18 por 100.

Mobiliario, ganado, provisiones, en total por valor de 4.900 dracmas (4.800 pesetas).

Nueve minas de plata en caja (884 pesetas).

1.000 dracmas (982 pesetas) prestadas a amigos.

Total: 29.000 pesetas próximamente.

2.º Euctemón. (Iseo, *Acerca de la herencia de Filocémon*, 33-34).

Una tierra valorada en 75 minas (7.365 pesetas).

Un establecimiento de baños, 3.000 dracmas (2.940 pesetas).

Una casa en la ciudad, 44 minas (4.320 pesetas).

Un rebaño de cabras y un cabrero, 13 minas (1.276 pesetas).

Dos parejas de mulas, 1.350 dracmas (1.323 pesetas).

Esclavos.

Total: más de 3 talentos (17.700 pesetas).

3.º Padre de Timarco. (Esquines, *Contra Timarco*, 97-99).

Una casa en la ciudad, 20 minas (1.964 pesetas).

Tierra en Sfetos, valor ignorado.

Tierra en Alopeke, 2.000 dracmas (1.960 pesetas).

10 esclavos curtidores, que producen al día 21 óbolos (3,36 pesetas).

Una tejedora.

Un tejedor.

Documentos de crédito.

Mobiliario.



4.º Padre de Demóstenes. (Demóstenes, *Contra Afo-bos*, I, 9-11).

Dos talleres que producen 42 minas de renta líquida (4.124 pesetas).

Materias primas, 150 minas (1.473 pesetas).

Casa, 3.000 dracmas (2.940 pesetas).

Mobiliario, 10.000 dracmas (9.800 pesetas).

Metálico, 31.000 pesetas próximamente.

Total: 14 talentos (82.000 pesetas).

## 24.—EL SOCIALISMO

Hubo en Grecia teorías socialistas, pero fueron obra de los filósofos, y no parece que ejercieran grande influjo. El mismo Platón, que en su *República* se muestra partidario de la comunidad de bienes, organiza firmemente la propiedad en sus *Leyes*, es decir, en el libro en que pretende determinar las instituciones del Estado efectivo.

Los griegos, no obstante, se han preocupado menos que nosotros de garantizar el derecho de propiedad. No admitían que el interés público desapareciera ante un interés particular, tanto que les parecía legítimo atacar a este último, desde el momento en que la sociedad había de obtener algún provecho. En segundo lugar, los derechos del ciudadano, aun los derechos civiles, no eran respetables a sus ojos, sino cuando este último satisfacía sus deberes con el Estado, y bastaba que fuese o que se le creyera mal ciudadano para que la ley dejara de protegerle.

Síguese de aquí que la riqueza estaba en la Grecia antigua en mucho peor situación que hoy. Una persona que no era ciertamente un revolucionario, Demóstenes, para conseguir una sentencia de confiscación contra su contrario Midias, alega la razón de que su opulencia le hace insolente con las gentes del pueblo. Puesto que le proporciona los medios de ultrajarnos, dice, sería imprudente

dejarla en sus manos. Arrebatársela, es quitarle «el instrumento de sus crímenes». Además, añade «Midias no será muy digno de lástima, cuando su fortuna sea igual a la de la mayor parte de vosotros, que ahora insulta y trata de mendigos, ni cuando se le haya privado de las riquezas cuyo exceso le inspira un orgullo culpable». En Atenas, el impuesto y la justicia estaban organizados de suerte que el Estado podía, sin salirse de la legalidad, apropiarse una parte grande a veces de los bienes particulares, y beneficiar luego con ellos, en diversas formas, a la muchedumbre. En la mayor parte de las demás ciudades, se recurría francamente a la violencia.

Aun cuando la vida fuera en Grecia mucho más fácil que entre nosotros, había en todo ciudadano pobre un socialista latente. Aquellos espíritus sencillos y prácticos no cubrían sus apetitos con ningún principio teórico, no imaginaban lindos sistemas, como los han ideado los modernos, para resolver sus graves problemas. Su único pensamiento era despojar a los ricos y ponerse en su lugar. Se intentaba para ello una revolución. Si había probabilidad de vencer, se mataba, se desterraba a los vencidos, se confiscaban sus bienes y se repartían entre los afiliados al partido triunfador. Todo se reducía, en último término, a un cambio de personas.

La historia de las ciudades helénicas está llena de excesos de ese género. En el siglo iv, Esparta se vanagloriaba de ser la única que se había librado de este azote, y Aristóteles declara que las cuestiones relativas a la propiedad son el origen de todas las discusiones. Al final del reinado de Alejandro, había en el mundo oriental una masa flotante de individuos sin casa ni hogar, cuyo único recurso era la guerra. Estos individuos no eran aventureros ni soldados de profesión, eran casi todos desterrados a quienes el azar de las revoluciones había arrancado del suelo natal y sumido en la miseria. Eran 20.000. Alejandro volvió a abrirles las puertas de sus patrias. Polyspercon hizo lo mismo algo más tarde, pero constantemente había que empezar de nuevo. El mal redobló en el

siglo III y en el II. Polibio nos explica en pocas palabras la razón de este fenómeno. «Hechos tales, dice, se producen en las ciudades, como en las familias, cuando la situación es apurada». Grecia estaba entonces muy empobrecida, y por consecuencia natural, la clase indigente se mostraba más ambiciosa todavía que en otros tiempos. No se disputaba gran cosa el poder. Era objeto efectivo de las luchas entre los partidos la riqueza, sobre todo la inmueble, y no se trataba de apoderarse del mando sino para hacer mangas y capirotos con los bienes ajenos. «Cada golpe de Estado, se ha dicho, se señalaba por una confiscación o por una restitución forzosa». Estas disposiciones eran siempre violentas y se realizaban brutalmente. Aratus admiró mucho a sus contemporáneos, cuando después de la caída del tirano de Sicione, indemnizó a los propietarios que hubieron de ceder el puesto a los desterrados. Era costumbre no guardar estos miramientos. Hubo durante este período verdadero derroche de expoliaciones. Muchos demagogos imitaban a aquel Molpagoras de Kios, que degollaba a las gentes acomodadas o las desterraba y distribuía sus bienes entre el pueblo. Muchas ciudades estuvieron largo tiempo trastornadas, como Cynætha de Arcadia, por los asesinatos, las proscripciones, los pillajes. La plebe no cesaba de ambicionar los bienes de los ricos y a la menor ocasión se apoderaba de ellos. Los aristócratas, por su parte, se comprometían mediante juramento «a ser siempre enemigos del pueblo, y a perjudicarle todo lo posible». En resumen, la riqueza, ya se pretendiera conservarla, ya se quisiera apoderarse de ella, era causa de profundos odios y de perpetuas agitaciones.

---



## CAPÍTULO VII

### La vida social.

SUMARIO: 1. La vida al aire libre en Atenas. — 2. Tipos de la calle.—3. Detalles de las costumbres.

4. Genio sociable de los atenienses. — 5. Una invitación.—6. Círculos.—7. Sociedades de auxilio mutuo.

8. Algunos juegos griegos,—9. El cottabos.—10. Riñas de gallos.—11. Música vocal e instrumental.—12. La música en Esparta.

14. Las peluquerías.—15. Una disputa entre jóvenes.

16. La caza.

17. Los viajes.—18. La hospitalidad.

#### 1.—LA VIDA AL AIRE LIBRE EN ATENAS

En los intervalos del día, sobre todo por la mañana antes de mediodía, y por la tarde antes de cenar, se va a las orillas del Iliso y todo alrededor de la ciudad, a gozar de la extremada pureza del aire y de los encantadores espectáculos que se ofrecen por todos lados, pero de ordinario las gentes van a la plaza pública (*agora*), que es el lugar más frecuentado de la ciudad. Casi todos son atraídos allí por sus negocios o por los de la república. Varios vienen también porque tienen necesidad de distraerse, y otros porque tienen que ocuparse. A ciertas horas, la plaza, libre de los estorbos del mercado, ofrece

campo libre a los que quieren gozar del espectáculo de la multitud u ofrecerse ellos mismos a las miradas de todos. Alrededor de la plaza hay tiendas de perfumistas, de cambiantes, de barberos, etc., abiertas a todo el mundo, donde se discuten con gran bulla los intereses del Estado, los sucesos de las familias, los vicios y las ridiculeces de los particulares. Del seno de estas reuniones, que confuso movimiento separa y renueva sin cesar, parten mil dardos ingeniosos y sangrientos contra los que aparecen en el paseo vestidos con negligencia, o que no temen ostentar un lujo escandaloso, porque este pueblo, burlón con exceso, emplea una especie de broma tanto más terrible cuanto que esconde con cuidado su malicia. Se encuentran a veces buenas compañías y conversaciones instructivas en los distintos pórticos distribuidos por la ciudad. La afición insaciable de los atenienses a las novedades, consecuencia de la actividad de su espíritu y de la ociosidad de su vida, les obliga a acercarse unos a otros. Esta afición se exalta terriblemente en tiempo de guerra. Entonces las conversaciones públicas tratan de las expediciones militares, las gentes no se tropiezan sin preguntarse apresuradamente si ocurre algo nuevo, se ven por todas partes enjambres de noticieros trazando en el suelo o en las paredes el mapa del territorio en que se encuentra el ejército, anunciando triunfos en voz alta, reveses en secreto, recogiendo y abultando rumores que sumen a la ciudad en la alegría más inmoderada o en la más horrible desesperación.....

Se anda comúnmente a pie, por la ciudad o sus alrededores. Las gentes ricas unas veces se sirven de carros y otras de literas, cuyo uso no dejan de censurar y ervidiar los demás ciudadanos; otras veces se hacen seguir por un criado que lleva una silla de tijera, para que puedan sentarse en la plaza pública, y siempre que estén cansados del paseo. Los hombres se presentan casi siempre con un bastón en la mano, las mujeres frecuentemente con sombrilla. De noche va alumbrando un esclavo, con una antorcha adornada de distintos colores.

En los primeros días de mi llegada, iba recorriendo con la vista los carteles colocados sobre las puertas de las casas. Se lee en unos: «Se vende, se alquila»; en otros: «Casa de fulano; ¡qué nada ma'lo entre aquí!» Me costaba trabajo satisfacer esta pequeña curiosidad. En las calles principales, le empujan, le oprimen, le atropellan a una multitud de gentes a caballo, carreteros, aguadores, pregoneros, mendigos, obreros y otras gentes del pueblo. Un día que estaba con Diógenes mirando unos perrillos a los que se había enseñado a dar vueltas, uno de aquellos obreros, cargado con un gran madero, le dió fuerte golpe y le gritó: «¡Cuidado!». Diógenes le respondió al momento: «¿Pero es que vas a darme otra vez?» Si de noche no se va acompañado de algunos criados, se corre el riesgo de ser desvalijado por los ladrones, a pesar de la vigilancia de los magistrados obligados a hacer la ronda todas las noches.

(Barthélemy, *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*, capítulo XX).

## 2.—TIPOS DE LA CALLE

Entre las estatuitas de barro cocido halladas en el Asia Menor, muchas reproducen los tipos de personas que con más frecuencia se veían en las calles.

«He aquí el esclavo cocinero, la cabeza afeitada, la cara lisa. En una mano lleva una fuente, probablemente destinada a la comida de sus amos, y acerca la otra a la boca, como si comiese una golosina. Otros vuelven del mercado con un gazapo y cestos de uvas. Tres estatuitas recuerdan los goces inocentes de la pesca con caña. Primero un buen viejo con cara gruñona, apoyado en largo bastón y que lleva en la mano izquierda el cesto de junco trenzado en que mete la pesca. Sin duda está escogiendo un sitio bueno. Luego vemos al segundo, a la cabeza un mal sombrero sin alas, las piernas juntas, tendi-

do el brazo derecho, muy ocupado en observar el corcho que flota. Finalmente, el tercero, la pierna izquierda levantada, la cabeza hacia atrás, parece tirar de la caña con apresuramiento. El pez ha mordido el cebo y la pesca es buena, a juzgar por el cómico esfuerzo del pescador. He aquí al campesino que va a la ciudad. El camino es largo y polvoriento, el sol ardiente. Por eso, el caminante hace frecuentes paradas y se sienta para pedir alguna fuerza y ánimos a la calabaza que ha cuidado de llevar consigo. Subamos un grado más, y encontramos al ricachón paseando por las calles su hocico desdeñoso, correctamente embutido en su manto, con un aire divertidísimo de persona seria que mira desde lo alto al vulgo. He aquí también la caricatura del vendedor de feria. Vestido con sencillo calzón, tiene delante, apoyado contra su vientre, el cesto abierto del que no queda más que un pedazo, y el busto echado hacia atrás, la cabeza desnuda y la boca abierta, pregona su mercancía. Otra estatuita representa a un niño que va de paseo. Cuidadosamente envuelto en su manto y con su gorro a la cabeza, da la mano a una nodriza vieja y encorvada. Una niña acompaña a su madre. Va algo detrás, levantando la cabeza y preguntando acerca de todo. Para no perderse, ha cogido la punta del manto de su madre y se hace llevar a remolque. Un estudiante vuelve a su casa medio dormido encima del hombro del esclavo, que le ha cogido del brazo y va alumbrando el camino con una linterna».

(Pottier, *les Statuettes de terre cuite dans l'antiquité*, págs. 169-173.)

### 3.—DETALLES DE COSTUMBRES

*El charlatán.*—«El charlatán, sentado junto a un desconocido, empieza a alabarle su propia mujer, a referirle un sueño que ha tenido la noche anterior, a contarle los platos de una comida de que ha disfrutado.

Luego añade que los hombres de hoy no valen lo que los antiguos, que el trigo ha subido de precio, que el mar es navegable a partir de las Dionisiácas, que si lloviera más, la cosecha sería mejor, que cultivará su tierra el año próximo, y que cuesta mucho trabajo vivir.....»

*El avaro.*—«Va a casa de las gentes a reclamar en persona el interés mensual de sus créditos, aun cuando sea de medio óbolo (8 céntimos). Cuenta el número de copas que ha bebido cada uno de sus convidados. Si un esclavo rompe una cacerola o una fuente, se la cobra de la comida. Si su mujer pierde un tricalco (5 céntimos), hay que remover los muebles, las camas, los cofres y que buscar debajo de las mantas. Prohibido coger un higo en su huerta, atravesar su tierra, recoger una aceituna caída en el suelo. Va a comprobar a diario si los mojones están en su sitio. Recomienda a su mujer que no dé prestada la sal, ni la mecha para la lámpara, ni cominos, ni orégano, ni cebada, ni guirnaldas, porque estas cosas pequeñas representan una gran suma al cabo del año. Lleva un manto que no le tapa siquiera las piernas. Un frasquito diminuto de aceite le basta para ungiarse. Se corta el pelo hasta quedar mondado, y se descalza en pleno día»...

*El atolondrado.*—«Compra en pleno mercado nueces, mirtos, castañas, y las va comiendo en tanto charla con el vendedor. Llama a los transeuntes por sus nombres, aun cuando no le conozcan. Si ve a uno que va de prisa, le ruega que le espere. Cuando ve a un demandante que acaba de perder un pleito de importancia, se acerca a él y le felicita. Se para delante de la tienda de un peluquero o de un perfumista, para decir que va a beber al momento hasta emborracharse. Si acompaña a su madre a casa de un adivino, no hace más que decir palabras de mal agüero. Cuando se ora y hace una libación, deja caer el vaso y rompe a reír, como si ocurriera algo notable. Aplauda a una flautista cuando todos están quietos; tararea la música que ejecuta, o bien pregunta si acabará pronto. Escupe por encima de la mesa sobre el escanciador».

*El hombre amable.*— «Se corta el pelo con frecuencia, tiene cuidado de llevar los dientes blancos, siempre usa lindos mantos y se cubre de perfumes. En la agora, se mantiene cerca de los despachos de los banqueros, y frecuenta los gimnasios de los efébos; en el teatro, cuando hay función, se sienta al lado de los estrategas. No compra nada para él, pero envía a sus amigos bonitos regalos, a Cizico perros de Laconia, a Rodas miel del Hime-to, y tiene cuidado de que se sepa en la ciudad. Tiene en su casa monos que sabe enseñar, palomas de Sicilia, huescillos de corzo para jugar, frascos de Thurium para los perfumes, bastones retorcidos de Lacedemonia, telas persas con personajes representados. Tiene hasta un juego pequeño de pelota y una reducida palestra con el polvo necesario. Si se pasea por la ciudad y encuentra filósofos, sofistas, maestros de armas o músicos, les ofrece su casa para que cada cual ejercite en ella su arte.....»

*El orgulloso.*— «Si alguien quiere hablarle, le dice sin pararse que podrá hacerlo después de comer. Nombrado por el pueblo para una magistratura, no acepta, jurando que no dispone de tiempo para desempeñar el cargo. Jamás habla a nadie el primero. Para tratar de un asunto exige que vayan a su casa al despuntar el día. En la calle se guarda de hablar a los que pasan, y va con la cabeza baja. Si invita amigos a comer, no les acompaña a la mesa, y encarga a algún subalterno que se ocupe de ellos. Si va de visita, empieza por prevenir su llegada».

(Teofrasto, *Caracteres*, cap. III, X, XI, XXI, XXIV).

#### 4.— GENIO SOCIABLE DE LOS ATENIENSES

El griego ha nacido sociable, y la amistad para él es un bien precioso. Un gracioso escolio que se cantaba en los festines, enumerando las condiciones que hacían felices a los mortales, señala en primer lugar la salud, en segundo la belleza, en tercero la riqueza honradamente ad-

quirida, en cuarto, en fin, la amistad que se tiene, cuando se es joven, a las gentes de la misma edad. Parece que esta definición de la dicha sea ateniense, tanto concuerda con las ideas y las costumbres de los de esta ciudad. Más que en otras partes, en efecto, se anuda en Atenas y se cultiva la amistad. Sin ella no hay placer, ella es el encanto y el adorno de la vida. Recuérdese el cuadro que Aristófanes traza de las alegrías campestres, en la abundancia y la paz: «¿Hay nada más agradable que ver la tierra sembrada, y en tanto un dios la riega, decir a algún vecino: «¡Eh! Comarquides, ¿qué haremos ahora? ¿Si bebiéramos juntos, puesto que los dioses están con nosotros?» Estas relaciones familiares, tan gratas en cualquier edad, los niños las conocían y eran para ellos origen de grandes goces. En casa del pedotribo, sobre todo, se formaban las tiernas uniones que continuaban los jóvenes más allá de la adolescencia, y que vemos más tarde significarse en mármoles por los varios títulos que se dan los efebos. Recuérdese la amistad de Menexenes y de Lysis y la confesión llena de ingenuidad a que da lugar por parte de Sócrates: «Desde mi infancia, tengo deseo de un bien, como los demás hombres, que todos desean uno, cada cual el suyo. Porque éste desea caballos, aquél perros, uno riquezas, otro honores. Por mi parte, respecto a todo, estoy muy tranquilo, pero deseo muy ardientemente tener amigos, y preferiría tener un buen amigo a la mejor codorniz y el mejor gallo del mundo, si, ¡por Zeus!, y al más hermoso caballo y el más lindo perro. Y ¡voto al perro!, preferiría, creo, poseer un amigo más bien que el tesoro de Darío, mejor que Darío mismo; tan deseoso estoy de amistad. Así, al veros, a Lysis y a ti, me quedo absorto, y os creo felices, porque siendo tan jóvenes, habéis sido capaces de lograr un bien semejante con tanta facilidad y prontitud».

(P. Girard, *l'Education athénienne*, págs. 261-262).

## 5.—UNA INVITACIÓN

*Sócrates:* «Había bajado ayer al Pireo con Glaucon, para hacer mi oración a la diosa Bendis y ver lo que ocurría en la fiesta, que por vez primera se celebraba. La procesión me pareció muy linda..... Cuando hubimos orado y visto la ceremonia, volvimos a tomar el camino de la ciudad. Polemarco, hijo de Céfalo, habiéndonos visto de lejos, dijo al esclavo que le seguía, que corriese a nuestro lado y nos rogase que le esperáramos. El esclavo se llegó a nosotros, y tirándome del manto: «Polemarco, dijo, os ruega que le esperéis». —Me volví y le pregunté donde estaba su amo.— «Viene detrás de mí, me dijo, esperadle un momento». — «Le esperaremos, dijo Glaucon». — Poco después vimos venir a Polemarco con Adimanto, hermano de Glaucon, y Niceratos, hijo de Nicias, que volvían de la procesión. Polemarco, al reunirse con nosotros, me dijo: «Sócrates, parece que volvéis a la ciudad. —No te equivocas, le dije. —¿Ves los que somos?— Sí.— Seréis los más fuertes, u os quedaréis aquí. —Hay un medio, y es persuadiros de que nos dejéis marchar.— ¿Cómo nos persuadiréis, si no queremos escuchar vuestras razones? —En efecto, dijo Glaucon, casi no es posible.— ¡Pues bien, añadió Polemarco, estad seguros de que no las escucharemos.— ¿No sabéis, dijo Adimanto, que esta noche la carrera de las antorchas en honor de la diosa se hará a caballo....., y que, además, habrá una velada que valdrá la pena de ser vista? Iremos a verla después de cenar y nos entretendremos con gente joven que habrá allí. —Veo que hay que quedarse, dijo Glaucon.— Puesto que lo deseas, le dije yo, quedémonos».

Fuimos, pues, a casa de Polemarco, donde encontramos a sus dos hermanos, Lisias y Eutidemo, con Trasimaco de Calcedonia, Carmantide y Clitofón. Céfalo, padre de Polemarco, estaba también allí: «No le había visto ha-



cía mucho tiempo, y me pareció muy envejecido. Estaba sentado, la cabeza apoyada en un almohadón. Llevaba una corona porque había hecho aquel día un sacrificio doméstico. Nos sentamos a su lado en sillas dispuestas en círculo. En cuanto me hubo visto, Céfalo me saludó y me dijo: «Sócrates, pocas veces vienes al Pireo. Sin embargo, sería un placer para nosotros. Si yo tuviera aún ánimos para ir a la ciudad, te ahorraría el trabajo de bajar hasta aquí, e iría a verte. Me obligarás a ir en lo sucesivo más a menudo, porque has de saber que me encanta más que nunca tu conversación, a medida que me abandonan los placeres del cuerpo. Ten, pues, esta amabilidad conmigo. Conversarás también con estos jóvenes, pero no olvides a un amigo que te es muy adicto».

(Platón, *República*, libro I.)

## 6.—CÍRCULOS

Los atenienses constituían asociaciones puramente privadas, donde era de rigor vivir como buenos camaradas y prestarse mutuo apoyo. Un discurso de Lisias nos da algunos datos acerca de ellas. Se ve que los miembros de estas sociedades tenían la costumbre de sostenerse unos a otros ante los tribunales. Cada uno servía de testigo de descargo a sus colegas y hablaba en su favor. Si se necesitaba dinero, se acudía preferentemente a ellos, pero parece que no se tenía escrúpulos en engañarles, si llegaba el caso. «Me habéis comprometido, dice uno de ellos, a prestar 12 minas (1.178 pesetas) a Policles, a condición de que me entregaría un caballo en prenda. Policles me trajo uno que se había despeado en la guerra. Quería yo en absoluto que se lo llevase, pero Diodoro me determinó a aceptar la prenda, asegurándome que si el caballo llegaba a morir, Policles no tendría dificultad en devolverme las 12 minas. El mismo Diodoro, no obstante, en cuanto el caballo hubo muerto, se puso del lado de mis enemigos,

pretendiendo que yo no podía exigir el dinero». (Lisias, discurso VIII, 10.)

Cuando se tenía alguna queja contra uno de los miembros de la asociación, podían exponerse en una reunión general, y precisamente el discurso de Lisias fue pronunciado en tales circunstancias. Por otra parte, siempre había la libertad de presentar la dimisión.

### 7.—SOCIEDADES DE AUXILIOS MUTUOS

Estas sociedades, por su organización filantrópica, lo mismo que por su carácter religioso, hacen pensar en más de una institución que se hubiera creído exclusivamente moderna. Cada asociación poseía una caja común con ingresos de dos clases: primero los donativos voluntarios, luego la cuota pagada por los asociados y llamada *ἐρανος*. El que se negaba a pagar esta cuota quedaba excluido, a menos que no le excusara pobreza o enfermedad. Los socios o *eranistas* celebraban en común determinadas fiestas, se reunían para sacrificios y banquetes, y al mismo tiempo se sostenían mutuamente cuando lo necesitaban. El socio que sufría reveses de fortuna recibía auxilios de sus colegas, a cuenta de devolverlos cuando las circunstancias le fueran otra vez favorables. Las sociedades se reunían para deliberar, y adoptaban resoluciones que se consignaban en estelas colocadas en el santuario y que constituían los archivos de la orden. Las mujeres eran admitidas a estas reuniones.

Las asambleas eran secretas, no pudiendo penetrar en las mismas ninguna persona extraña. En ellas había de reinar el orden más perfecto. El reglamento prohibía todo alboroto, y condenaba al miembro recalcitrante a multa y penas corporales. A la cabeza de la sociedad había cierto número de dignatarios, la mayor parte designados a la suerte. Los principales eran: un presidente general, un arqueranista que cuidaba de la administración económica,

un secretario, tesoreros, síndicos, comisarios, sacrificadores, un heraldo, una sacerdotisa que dirigía la sección femenina de la comunidad.

Cuando estos dignatarios dejaban el cargo, después de haber desempeñado bien sus funciones, encontraban la recompensa en los honores que les concedía la comunidad agradecida.

Estas sociedades adoptaban casi siempre los nombres de los dioses que veneraban.

(Wescher, *Revue archéol.*, nouv. série. t. X, páginas 460-461, París, Leroux, éditeur).

## 8.—ALGUNOS JUEGOS GRIEGOS

1.º *El juego de las cinco piedras.*—«Se utilizan, dice Pólux, piedrecitas (λιθίδια), dados (ψήφοι) o huesecillos (ἀστράγαλοι) en número de cinco. Se les tira al aire y se trata de recogerlos en el revés de la mano. Si no se consigue más que en parte, hay que recoger los huesecillos caídos al suelo, con los dedos. Es exactamente nuestro juego de los cantillos.

Una pintura del Museo de Nápoles representa a cinco diosas. Dos de ellas, Aglaé e Hileæra, en primer término, juegan con huesecillos a este juego. Tres huesecillos hay en el suelo, el cuarto está bajo el pulgar de Aglaé, y el quinto oculto sin duda bajo los paños, a menos que no esté en la mano izquierda de Aglaé. Ahora toca jugar a la otra diosa. Acaba de tirar los cinco huesecillos y ha recogido tres en el revés de la mano y dos caen al suelo.

2.º *La gallina ciega.*—Con el nombre de *juego del ciego*, Pólux describe varios juegos análogos, que tienen de común que uno de los jugadores tiene siempre los ojos cerrados. Todos entran en el que llamamos la gallina ciega. Son tres:

1.º «Uno de los jugadores cierra los ojos y dice: ¡Val

y empieza a perseguir a los demás. El que coge ocupa su puesto y cierra a su vez los ojos».

2.º «Uno de los que juegan cierra los ojos y los otros se esconden. El ciego les busca hasta que logra encontrar uno».

3.º «Es preciso que el ciego, ya toque a uno de sus compañeros, ya le designe, adivine quien es y le nombre. (Pólux, IX, 113).

3.º *El juego de pelota*.—«Los jugadores, dice Pólux, se dividían en dos partidos. En medio se trazaba una línea con una piedra, y en esta línea se colocaba la pelota. Detrás de los dos partidos, se trazaban otras dos líneas. Los que habían cogido la pelota, la tiraban por encima de los jugadores del partido opuesto, y éstos trataban de recogerla y devolverla. El juego continuaba de esta suerte hasta que uno de los dos partidos había logrado hacer retroceder al otro más allá de su línea».

Eustato añade algunos pormenores. Primero había una verdadera lucha. Los dos partidos, probablemente colocados de pie en las dos líneas de detrás, se precipitaban sobre la pelota colocada en el centro del juego. El que había logrado apoderarse de ella la lanzaba con todas sus fuerzas, y los del campo opuesto trataban de devolverla. Para ello se servían de todos los medios, la devolvían en el aire o se apoderaban de ella y la lanzaban con el brazo. Si iba por tierra, la recogían con el pie. Cada partido avanzaba o retrocedía, según donde estaba la pelota, hasta que pasara de uno de los límites extremos. Este juego exigía a la vez destreza y fuerza. Antes de empezar la partida, los jugadores se frotaban con aceite para dar mayor flexibilidad a sus miembros y evitar que les sujetasen los adversarios.

Variación del juego de pelota era la *fæninda*. En este juego, el partido que tira la pelota a partir de un punto determinado, se esfuerza en hacerla llegar lo más lejos posible de este punto. El partido contrario, en cambio, la devuelve de manera que vaya a caer lo más cerca posible de su punto de partida. Cuando se tira la pelota, si no se

devuelve, ya antes de caer, ya al primer bote, se para el juego. Se señala el sitio adonde ha llegado, y los dos partidos cambian de posición. Al otro partido corresponde tirar la pelota, siempre desde el mismo sitio, y esforzarse por hacerla caer más allá de la primera señal. De esta suerte, en el juego anterior, los límites que había que traspasar eran fijos y conocidos de antemano. En la *fæninda* el límite varía, y es determinado por el juego del contrario.

4.º *El juego de los dados.*—Los griegos eran muy aficionados al juego de los dados. Los tesalios, dice Teopompo, pasaban gran parte del tiempo jugando a los dados y bebiendo. Era una afición de que también participaban los espartanos. En Atenas estaba bastante extendida para que los poetas cómicos hayan sacado a escena a los *jugadores de dados*. Las casas de juego abundaban en esta ciudad, a pesar del rigor de las leyes. Los jugadores se ocultaban, salían de la ciudad. Eustato llega a decir que se refugiaban en los templos, y sobre todo en el de Athena Sciras. «Allí, añade, las casas de juego tomaron el nombre de *Scirafias*».

El dado (*κύβοϛ*) era semejante al nuestro, de marfil, de hueso, de madera, a veces de oro o de materia preciosa. En cada cara había puntos pintados de negro para que destacaran sobre el fondo blanco. Estos puntos estaban dispuestos como en nuestros dados, el as en el centro, el dos y el tres en la misma línea diagonal, el cuatro y el seis en líneas paralelas, y el cinco en tresbolillo. En un principio se tiraban los dados con la mano. Más tarde, se utilizó el cubilete. De esta suerte se echaban al suelo o a una superficie cualquiera. Se jugaba a voluntad con uno, dos o tres dados. Se decía *juego mayor* cuando se sacaban los tres seises.

5.º *El juego de las tabas.*—Los griegos llamaban *astragalo* a la taba. Generalmente se usaban naturales, pero con mucha frecuencia se fabricaban de marfil, de bronce y de oro. La forma de la taba impide que se sostenga apoyada en ninguno de sus dos extremos. No tiene, por tan-

to, más que cuatro caras, y no seis como el dado. Cada cara, sin distinguirse por ninguna señal, tenía un valor numérico, 1, 3, 4 y 6. El lado del as se llamaba el *perro* o *Chios*; el del seis, que le era opuesto, se llamaba *Coos*. Se jugaba con la mano o con un cubilete.

Este juego y el de los dados eran en Grecia los dos principales juegos de azar. Se empleaban cuatro tabas a la vez. Se había calculado que podían ofrecerse treinta y cinco combinaciones, y las jugadas, por consiguiente, se dividían en buenas, malas y regulares. Cada jugada tenía un nombre especial. La de Afrodite, por ejemplo, era aquella en que cada taba aparecía por lado distinto. Era la mejor de todas, en tanto la peor era la de los cuatro ases.

(Becq de Fouquières, *Les jeux des anciens*).

#### 9.—EL COTTABOS

Este juego, importado de Sicilia, llegó a ser acompañamiento obligado de todos los festines. Se jugaba durante el *symposiún*. Consistía en dejar en la copa, después de beber cada trago, una pequeña cantidad de vino, coger la copa pasando el dedo por una de las asas, e imprimirla un movimiento parecido al de la honda, lanzando el resto del vino conservado en el fondo, ya a la pared opuesta de la sala del banquete, ya a un sitio determinado. Mientras tanto se pensaba, o aun se decía en voz alta, el nombre de la persona amada, y según la precisión con que el líquido llegaba al sitio propuesto, según el sonido más o menos seco que hacía al caer, el jugador creía saber si esa persona le correspondía o le miraba con indiferencia. Con esta base, la imaginación de los bebedores inventó cien combinaciones diversas. El cottabo tuvo un ordenador, un *rey*. Llegó a constituir una especie de concurso, tuvo sus vencedores y sus premios, hasta sus apuestas y sus multas. El líquido se lanzó con medida y al compás

de la flauta. El blanco vino a ser una balanza cuyos platillos se trataba de hacer caer, o todo un artificio de objetos uno de los cuales, al que tocaba el líquido, daba lugar al caer a una serie de caídas sucesivas.

El cottabo llegó a ser y permaneció durante más de un siglo el furor de Atenas, de Corinto, de Tebas, de todas las ciudades en que se amaba el placer y en que se presumía de elegancia. No había festín bien dispuesto que no alegrase este juego. Las gentes tenían a gala el poseer al efecto las copas más ricas y lindas, y copas más lujosas aún podían servir para premios.

(Rayet y Collignon. *Hist. de la céramique grècque*, páginas 161-162).

#### 10.—RIÑA DE GALLOS

Los griegos eran apasionados por este género de diversión. Los jóvenes, los hombres de todas las edades criaban y ejercitaban gallos para la riña. Los de Tanagra y Rodas, que pasaban por ser los más valientes, eran especialmente estimados, y después de ellos, los de Melos y Calcis. Se les hacía comer ajo y cebolla, para que aumentase su furia. En el momento de la riña, se ponía a los gallos frente a frente en una especie de mesa o plataforma de bordes altos, y se les reforzaba el espolón con otro de bronce. En Atenas, una ley disponía que todos los años hubiera riña de gallos en el teatro. Los jóvenes estaban obligados a asistir al espectáculo para aprender cómo se lucha hasta el último extremo. El gallo con una palma, que se ve en las tetradracmas de Atenas, recuerda esta institución. Se observa un símbolo semejante en las monedas de otras muchas ciudades, tal como Dardanos de la Troade, Caristos de Eubea, Antioquía de Pisidia, Clazomene, Calatia, Cales, Nápoles. A veces se hacían riñas de codornices. Los griegos, efectivamente, eran bastante aficionados a estas aves, cuyo ardor en la pelea

no cede en nada al de los gallos. Había individuos dedicados a cazar, mantener y enseñar codornices para las riñas. Había también riñas de perdices. El premio era, ya el ave vencida, ya dinero. Las apuestas eran con frecuencia considerables y hasta ruinosas para el que perdía.

(Saglio, *Dict. des antiquités*, t. I, págs. 180-181).

## 11.—DANZA

Los griegos concedían a la danza lugar muy distinguido entre las artes. Los movimientos rítmicos, ligeros, expresivos les entusiasmaban. El lirismo primeramente, luego el drama, asociaron la danza a sus pompas, queriendo con ella aumentar sus esplendores. Sabemos por Ate-neo (xiv) y por Luciano (*Acerca de la danza*), los nombres de multitud de bailes tradicionales. Había danzas de todas clases, unas ejecutadas por bailarines sueltos, otras por coros, unas tristes, otras alegres, unas pacíficas, otras guerreras. Aparte las danzas propiamente dichas, había marchas, que a veces casi eran danzas. Se harían enumeraciones interminables con todos los géneros de movimientos rítmicos que los griegos pusieron en práctica.

¿Qué se pedía a todas estas danzas? Dos cosas: en primer lugar la belleza plástica, en segundo la expresión clara de ciertos sentimientos o de determinadas ideas.

La belleza plástica de una danza estaba primeramente en cada bailarín considerado aparte. «Hay, nos dice Platón, danzas que atienden principalmente al cuerpo. Sirven para desarrollar su fortaleza, su agilidad, su belleza; ejercitan cada miembro para que se pliegue y se tienda, para que dócilmente se preste, en movimientos fáciles y armónicos, a todas las figuras, a todas las actitudes que cabe exigir». Era una especie de gimnasia, pero gimnasia rítmica y musical. No solamente había danzas que tenían por principal objeto desarrollar la belleza del cuerpo, sino que puede decirse que todas la suponían implícitamente.



Los escritores griegos se expresan con mucha claridad en este punto. Es preciso que el bailarín no sea alto ni bajo con exceso, ni demasiado grueso, ni delgado por demás. Los movimientos han de ser bellos y bien regulados. Si mueve las manos, ha de ser con gracia y con la fuerza de un Hermes, de un Hércules, de un Pólux ejercitándose en el pugilato.

A la belleza de los individuos aislados se añadían, en el lirismo coral, la gracia de las evoluciones realizadas por el coro, las líneas alternativamente rectas y sinuosas, los movimientos paralelos opuestos, simétricos, combinados y diversificados de mil maneras, a veces la presencia simultánea de un coro compuesto a medias de muchachos y muchachas, el entrelazamiento de los grupos, las figuras sencillas o complicadas que ejecutaban con compás y orden. Luciano describe de modo agradable dos de estas danzas corales. Se trata de danzas espartanas, es decir, de danzas dorias por excelencia, y además de danzas líricas, porque se habla del canto que las acompaña. Unas la bailan varones solamente, los cuales empiezan con una lucha a que la danza se enlaza sin interrupción. «El flautista entonces se sienta en mitad del coro y toca llevando el compás con el pie. Los bailarines se siguen en filas y marchan a compás, trazando las más variadas figuras, primeramente guerreras, pronto inspiradas por Dionisos y Afrodite». La otra danza se llama el collar. El coro se compone por mitad de efebos y de muchachas. «Todos los bailarines, dice Luciano, se siguen en fila de modo que forman un collar. Un muchacho dirige la danza con actitudes marciales, del género de las que habrá de tomar en la guerra; una joven sigue con gracia, dando ejemplo a sus compañeras, de modo que el collar está formado de modestia virginal y de fuerza viril».

La danza no es solamente belleza, es además expresión. Según Platón «imita las palabras de la Musa». Aristóteles se expresa casi en los mismos términos: «Imita con movimientos rítmicos las costumbres, las pasiones, los actos». «Es, dice Luciano, ciencia imitativa, que hace

ver las ideas, que las expresa y da cuerpo al pensamiento invisible».

¿Qué hemos de entender por estas palabras? ¿Se trata de una especie de pantomima, es decir, de la reproducción fiel de los movimientos adecuados a las situaciones que expresan las palabras, o se trata de una imitación más general?

No es de dudar que la danza fuera muchas veces imitativa en el sentido más estricto de la palabra. Prácticamente, por ejemplo, los bailarines simulaban un combate, ejecutaban a compás todos los movimientos que se ejecutaban en batalla, aparentaban alternativamente lanzar y huir de una flecha, herir con la lanza y parar el golpe. Se les veía avanzar corriendo, retroceder, bajarse, caer al suelo como heridos o muertos, levantarse de pronto y cambiar de frente. En el *Banquete* de Jenofonte, dos personajes, un joven y una muchacha, representan danzando la unión de Dionisos y Ariana. Danzan y cantan al sonido de la flauta. Sus posturas, sus movimientos, sus gestos reproducen toda la escena. Es un verdadero drama que se representa ante los convidados.

La danza tiene otra manera de imitar. Puede, por la lentitud o la rapidez de los movimientos, por su armonía más o menos severa, despertar simplemente en el espíritu emociones que se adaptan al carácter general de estos movimientos. Por tal motivo es también imitación. La danza grave, noble, imita naturalmente la belleza moral, la nobleza, la gravedad de un alma no turbada por las pasiones. Por el contrario, movimientos muy variados que se suceden con viveza expresan el exceso de la alegría o de las pasiones, cualquiera que sea por otra parte el tema de estas pasiones o de esta alegría. Aun en las danzas descritas anteriormente, la imitación no resulta tan sólo de los gestos especiales con que los bailarines figuraban la acción en su realidad y la ponían de algún modo, con toda su vida, ante los ojos de los espectadores. Resulta todavía y sobre todo del carácter general de estos movimientos y de la emoción triste o alegre, suave

o violenta, que producían en el alma por su armonía propia, independiente de toda aplicación especial a tal o cual acontecimiento determinado.

En medio de la diversidad ilimitada de las danzas, se distinguía un corto número de tipos principales a los que se referían todas las diversidades secundarias. Había la danza seria, tranquila, religiosa; luego, la danza viva y alegre; por último, la danza apasionada, rápida, arrebatadora. En el drama, estos tres tipos fundamentales estaban representados por la *emmelia*, la *cordax* y la *sicinnis*. En el lirismo propiamente dicho se llamaban la *gimnopedía*, la *hiporquema* y la *pírrica*. La *emmelia* era bailada por el coro trágico y respiraba nobleza y dignidad. La *gimnopedía* espartana no era sin duda más que una variedad suya. La *cordax*, bailada por el coro de la comedia, se parecía a la *hiporquema* por el aire vivo y ligero, pero era muchas veces licenciosa, lo cual dependía del espíritu general de la comedia griega, en tanto la *hiporquema* no lo era en modo alguno. Igualmente, la *pírrica* y la *sicinnis* se parecían por su embriagadora rapidez, pero la una, enteramente guerrera, no inspiraba más que fieras pasiones, y la otra, reservada al coro del drama satírico, expresaba muchas veces una embriaguez de muy distinta naturaleza.

(A. Croiset, *La Poésie de Pindare*, págs. 65-70).

## 12.—MÚSICA VOCAL E INSTRUMENTAL

La música griega se dividía, como la nuestra, en vocal e instrumental.

Entre las voces, se distinguían primeramente las de hombres y las de mujeres. Luego cada una de estas dos clases de voces se distribuía a su vez en tres *regiones*: la más alta, la más baja y la intermedia. Pero como los griegos llamaban altas a las notas graves y bajas a las agudas, al contrario de lo que nosotros hacemos, su *re-*

*gión* baja correspondía al registro de tenor o de soprano, la media al registro de barítono o de mezzo-soprano, y la alta al de bajo o contralto. A los antiguos les parecía que las voces más agudas expresaban mejor los sentimientos exaltados y violentos, que las intermedias daban la expresión de la calma y la gravedad. Nuestro modo de entender en este punto se aproxima al de los antiguos, so-



Fig. 49.—Cítara y flauta.

bre todo si se admite que estas divisiones no eran absolutamente rigurosas y fijas.

Sus instrumentos, por el contrario, eran enteramente distintos de los nuestros. Nada más sencillo, nada menos matizado, desde el punto de vista de los timbres y de la fuerza de los sonidos, que los instrumentos de que se servían los griegos. Si prescindimos de los de percusión, cuyo uso era muy limitado, los instrumentos de cobre, reservados para el ejército, y finalmente los órganos de

viento o hidráulicos, de origen relativamente reciente, vemos que no se usaban en el siglo v más que dos clases de instrumentos: primeramente los de cuerda del tipo de la cítara, luego instrumentos de viento del tipo de la flauta.

La cítara es uno de los instrumentos más pobres, menos expresivos que cabe imaginar. Se ha comparado con un arpa sin pedal. Es seca, monótona y poco sonora, no puede acentuar los compases fuertes ni suavizar los débiles, es tan incapaz de sostener una nota como de acelerarla. No tiene, en una palabra, variedad, ni movimiento, ni fuerza de sonido. ¿Qué le queda, pues? Una sola cosa, pero capital para los griegos; una claridad pura y grave, y no sé qué aire de serenidad verdaderamente varonil. Los griegos no pedían a su cítara la imagen brillante o apasionada de los placeres, de las luchas, de los sufrimientos que llenan la vida, ni el reflejo cambiante de los sueños en que se sumerge a veces nuestra alegría o nuestra tristeza, sino impresiones serenas y sencillas, y como el eco de aquel Olimpo en que reina eterna felicidad. Platón proscribió de la república los instrumentos demasiado ricos y expresivos, y conserva la cítara. Era el instrumento nacional por excelencia...

La flauta tenía más brillo, más variedad, mayor adaptación y era más agradable. De ella, sobre todo, se servían los solistas, prestábase mejor que la cítara a dejarse oír sola. Unida a la cítara, sostenía mejor las voces del coro, se confundía con ellas o disimulaba aún, en caso necesario, las ligeras imperfecciones. Las fiestas brillantes la reclamaban, acompañaba por lo común a los cantos voluptuosos y apasionados. No nos ilusionemos sin embargo; la flauta, que parecía a Platón tan expresiva, lo era sobre todo en comparación con la cítara. Aquella flauta apasionada, casi no era más que un clarinete con menos notas agudas que la de los modernos. Más tarde se hicieron flautas más fuertes, verdaderas rivales de la trompeta. Horacio nos dice que en su tiempo se reforzaban de bronce. Pero la flauta antigua no sirvió nunca más que para dirigir y sostener el canto de los coros.

Si pasamos ahora de los instrumentos a la música misma, no hallaremos diferencias menos sorprendentes entre el arte de los antiguos y el de los modernos.

En primer lugar, la armonía es casi extraña a la música griega. No es que a los griegos les faltara por completo el conocimiento o aun el uso de los acordes, pues conocían y aplicaban algunos, pero nada más limitado, nada más elemental que esta armonía, que quedaba reducida a muy poca cosa en el acompañamiento y a casi nada en el canto mismo.

El único acorde que los griegos parecen haber admitido en el canto de los coros es el que llamaban *antifonía*, es decir, el acorde de octava. Voces de hombres, de mujeres o de niños, reunidas en un mismo coro, daban origen a esta antifonía, que les parecía el más bello de todos los acordes. Es de advertir que podemos juzgar de él con bastante dificultad, y que lo que les parecía noble y grande nos parece duro. Su gusto musical estaba dominado por ideas religiosas o morales, por hábitos espirituales e imaginativos que no son los nuestros. En música como en todo, gustaban de una claridad pura y tranquila, más bien delicada de tono que rica de colorido. Cantaban comúnmente al unísono. Si realzaban el unísono con un acorde, era con el más sencillo y claro de todos. Gustaban de las impresiones bien definidas, las preferían como artistas y como moralistas también, desconfiaban de la armonía demasiado rica y sensible, que parecíales voluptuosa y poco varonil.

En el uso de los instrumentos, sin embargo, concedían mucho más lugar a la armonía. A la *antifonía* añadían la *sinfonía*; al acorde de octava, los acordes de cuarta y quinta, y quizá algunos otros. Estos acordes tenían lugar a veces entre los diversos instrumentos, con más frecuencia entre los instrumentos y las voces. Pero todo ello era muy sencillo aún, sólo se trataba de tímidos ensayos en un camino poco conforme con el genio de la antigüedad y que nunca siguió ésta sino con vacilaciones. Los textos que nos hacen indicaciones acerca del empleo de ciertos

acordes acusan, al propio tiempo, predilección persistente por la belleza más severa del unísono.

Esta sencillez se encontraba también en la melodía. La constitución definitiva de la octava ha venido muy tarde en Grecia, y la invención de la lira heptacorde no es muy antigua. No obstante, aquellos aires tan sencillos les encantaban. No solamente tenían por ellos afición muy acentuada, sino que lograban gran variedad de efectos y poderoso influjo en los espíritus. Se habla sin cesar en los autores de la belleza tranquila del modo dorio, de la dulzura del lidio, de la altiva energía del eolio, de los acentos patéticos del frigio..... No daba lugar únicamente a la originalidad de los diferentes modos la nota que servía de final a sus melodías, sino además ciertas cadencias, ciertos motivos propios de estos países de que los modos eran originarios, y que luego se asociaban más o menos al uso de las escalas con ayuda de las cuales se habían ejecutado primeramente. Todo esto es hoy incomprendible. Nuestros músicos se admiran de que el dorio, que corresponde a nuestro tono menor, fuera famoso por su gravedad firme y varonil. Pero el cambio de las ideas morales entra quizá por mucho en estas diferencias de apreciación. Lo que los griegos entendían por acento varonil, no conforma sin duda enteramente con la idea que estas mismas palabras representarían para nosotros.

(A. Croiset, *la Poésie de Pindare*, págs. 72-83).

### 13.—LA MÚSICA EN ESPARTA

Los espartanos concedían gran atención a la música y a los cantos. Los suyos tenían algo penetrante, que infundía valor y sentimientos generosos, que inspiraba un aliento entusiasta y fecundo. La letra era sencilla y varonil. No repetía otra cosa que el elogio de los que habían vivido noblemente y habían tenido la dicha de morir por Esparta, o la censura de los que se habían mostrado co-

bardes, a los que se consideraba destinados a una existencia deplorable y desgraciada. Finalmente, se proclamaba en ellos, se glorificaba la bravura, según convenía a las distintas edades.

Había, pues, tres coros según las edades. Cuando estaban reunidos en la fiesta, el de los viejos empezaba y cantaba:

«Hemos sido en otro tiempo  
Jóvenes, valientes, audaces».

Después de ellos, el coro de los hombres decía:

«Nosotros lo somos ahora,  
A cualquiera se lo probaremos».

Luego el tercero, el de los niños, decía:

«Y nosotros lo seremos algún día,  
Y en mucho os sobrepujaremos».

Sus marchas, finalmente, eran propias para inspirar valor, confianza y desprecio a la muerte. Aquellas marchas, que se cantaban a coro, eran acompañadas por el sonido de la flauta, cuando se cargaba contra el enemigo. En efecto, Licurgo había adoptado la afición a la música, a los ejercicios militares, a fin de que el exceso de ardor bélico resultara regulado por la cadencia, y que presidiera a él constantemente una armonía y un concierto perfectos. Por esto también, antes de la batalla, el rey empezaba por hacer un sacrificio a las Musas, a fin de que los combatientes realizaran acciones dignas de ser referidas y de pasar gloriosamente a la posteridad.

Pero no se permitía variar la antigua música. Terpanδρο mismo, el músico más hábil de su época, el cantor de las hazañas heroicas, no dejó por ello de ser multado por los éforos, porque había añadido una cuerda a la lira



con objeto de variar los acordes. ¡Tanto era el apego a las melodías más sencillas!

(Plutarco, *Costumbres de los lacedemonios*).

#### 14.—LAS PELUQUERÍAS

El cuidado de parecer elegantes llevaba a cortos intervalos a los atenienses a casa de su peluquero, y mientras envuelto en un peinador el parroquiano se hacía cortar el pelo y la barba, las lenguas andaban sueltas, pues los griegos siempre fueron aficionados a charlar. Por eso las peluquerías eran en Atenas lugar de reunión de los desocupados, y desempeñaban el papel de nuestros cafés actuales. A ellas se acudía aún sin tener necesidad, para conocer o propagar los rumores del día, para discutir acerca de política..... Cada clase, cada persona tenía sus hábitos, y cuando se sabía un poco lo que era la Atenas en que se vivía, se sabía también que en tal tienda había probabilidad de encontrar a tales o cuales gentes..... El deseo muy loable de distraer a sus parroquianos, la costumbre de oír charlar a su alrededor a los desocupados, habían comunicado a los peluqueros la manía de hablar de todo, con acierto o sin él. Su reputación de charlatanes y de papanatas estaba bien fundada, y Plutarco (*De garrulitate*, 13) refiere algunas anécdotas para probar que estaba bien fundada..... Un peluquero de Atenas fue quien extendió la noticia del desastre de Sicilia. Fue el primero en saberla por el esclavo de uno de los que habían podido escapar, y abandonando en seguida la tienda, corrió de un salto a la ciudad.

(Rayet, *Monuments de l'art antique*. París, Quantin, libraires).

## 15.—UNA DISPUTA ENTRE JÓVENES

«Una noche me paseaba, según tengo por costumbre, por la agora, con Fanostrato, joven de mi edad. Llega de pronto Ctesias, hijo de Conón, en estado de embriaguez. Nos ve, lanza un grito, y hablando solo como un borracho, sin que se pudiera entender lo que decía, pasó delante de nosotros para subir al barrio de Melito. Allí estaban reunidos bebiendo, en casa de Pánfilo el cardador, Conón que está aquí, Teótimo, Archebiades, Spintharos, Teógenes, bastantes como se ve. Ctesias les hizo levantarse y fue hacia la agora. Nos encontraron y se entabló una disputa. Uno de ellos, que no ha podido ser reconocido, se lanzó sobre Fanostrato y le sujetó. Conón, su hijo, y Teógenes me rodearon, se echaron sobre mí, me despojaron primeramente del manto, luego de una zancadilla me hicieron caer al arroyo y tan bien me pusieron, a fuerza de patadas y mordiscos, que me partieron el labio y salí con los ojos hinchados hasta el punto de no poder abrirlos. En una palabra, me dejaron en tan mal estado que no podía levantarme ni proferir palabra. Tirado en el suelo, les oía decir toda clase de injurias..... Conón empezó a cantar, imitando al gallo que lanza su grito de victoria, y los otros decían que imitase el agitar de las alas con los brazos. Vinieron gentes y me llevaron, en tanto aquellos hombres huían con mi manto. Cuando llegué a la puerta de mi casa, no hubo más que un grito de dolor por parte de mi madre y de sus sirvientas. Me llevaron al baño, no sin trabajo, y cuando estuve bien enjugado, me mostraron a los médicos».

(Demóstenes, *Contra Conón*, 7-9).

## 16.—LA CAZA

Barthélemy supone que el escita Anacarsis es recibido por Jenofonte en su finca de Scilonte y aprovecha la ocasión para describir las cacerías, según un libro de Jenofonte mismo.

«Otras veces nos exhortaba a ir de caza, pues no cesaba de recomendarla a los jóvenes como el ejercicio más adecuado para acostumarles a las fatigas de la guerra.

»Diodoro (su hijo) nos llevaba muchas veces a cazar codornices, perdices y varias otras aves. Las sacábamos de las jaulas para atarlas en el centro de nuestras redes. Aves de la misma especie, atraídas por su canto, caían en el lazo y perdían la vida o la libertad.

»Estas diversiones traían consigo otras más violentas y variadas. Diodoro tenía varias jaurías de perros, una para liebres, otra para ciervos, una tercera, procedente de la Laconia o de la Lócrida, para jabalíes. Los conocía todos por sus nombres, sus defectos y sus buenas cualidades. Sabía mejor que nadie la táctica de esta especie de guerra, y hablaba de ella tan bien como su padre ha escrito.

»He aquí cómo se hacía la caza de la liebre. Se habían tendido redes de distintos tamaños en los senderos y en las salidas ocultas por donde el animal podía escaparse. Salimos vestidos a la ligera, con un palo en la mano. El picador soltó uno de los perros, y en cuanto le vió seguir la pista, soltó a los otros y pronto salió la liebre. En este momento todo contribuye a aumentar el interés, los ladridos de los perros, los gritos de los cazadores azuzándolos, la carrera y las astucias de la liebre, a la que se ve en un abrir y cerrar de ojos correr la llanura y las colinas, saltar las zanjas, meterse entre las matas, aparecer y desaparecer varias veces, y acabar por meterse en una

de las redes que la esperan al paso. Un guarda colocado muy cerca se apodera de la presa y la presenta a los cazadores, a los que llama con la voz y con los brazos. Con la alegría del triunfo comienza nueva batida. Hacíamos varias en el día. A veces la liebre se escapaba, pasando a nado el Selino.

» Para la caza del jabalí, teníamos chuzos, jabalinas y gruesas redes. Las huellas del animal recientemente grabadas en el terreno, la marca de sus colmillos en la corteza de los árboles y otros indicios, nos llevaron pronto junto a una gran espesura. Soltamos un perro de Laconia que siguió la huella, y al llegar al retiro donde estaba la fiera, nos advirtió con un ladrido de su descubrimiento. Le llamamos en seguida, tendimos las redes en las salidas y ocupamos nuestros puestos. El jabalí vino por donde yo estaba. Lejos de meterse en la red, se paró y sostuvo durante unos momentos el ataque de la jauría entera y el de los cazadores que se acercaban para lanzarle flechas y piedras. Pronto cayó sobre Mosquión, que le esperó a pie firme con el designio de meterle el chuzo, pero el arma resbaló en la espaldilla, y cayó de la mano del cazador, que al momento adoptó el partido de tirarse de cara al suelo.

» Creí segura su muerte. Ya el jabalí, no pudiendo hallar por donde levantarle, le pisoteaba, cuando vió a Diodoro que corría en auxilio de su compañero. Lanzóse inmediatamente sobre el nuevo enemigo, que más diestro o más feliz, le hundió el chuzo en la coyuntura de la espaldilla. Vimos entonces un terrible ejemplo de la ferocidad de este animal. Aun cuando herido mortalmente, siguió avanzando con furor contra Diodoro, y él mismo se hundió el hierro hasta la guarnición. Varios de nuestros perros resultaron muertos o heridos en la lucha, menos no obstante que en una segunda, en que la batida duró el día entero. Otros jabalíes, perseguidos por los perros, cayeron en los cepos que se habían cubierto con ramas.

» Los días siguientes perecieron ciervos del mismo modo. Descubrimos otros que los perros cansaron de tal suer-

te que se paraban al alcance de nuestras flechas, o se tiraban unas veces a las charcas, otras al mar».

(Barthélemy, *Viaje del joven Anacarsis a Grecia*, capítulo XXXIX).

### 17. — LOS VIAJES

Los griegos viajaban principalmente por mar. En el interior, los caminos eran muy pocos y apenas si estaban trazados. Se encuentran, no obstante, huellas de carreteras en las comarcas bajas y pantanosas, en forma de muer-

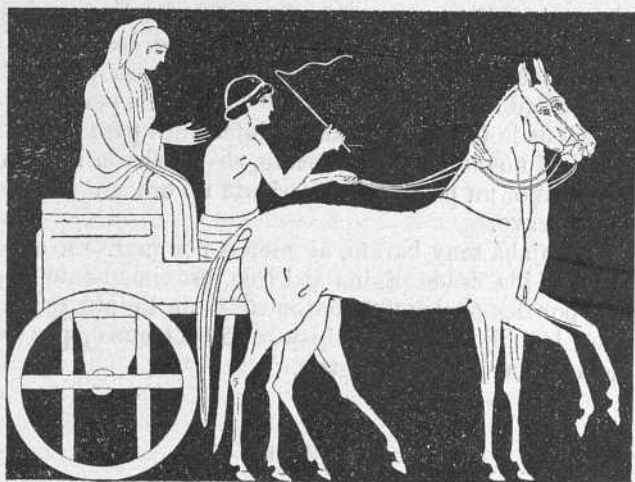


Fig. 50.—Carro griego.

les o diques. Principalmente se indica una en Beocia, que tiene 6;60 metros de ancha. Entre Atenas y Eleusis había una carretera bien cuidada que servía para las procesiones. Alrededor de los grandes santuarios internacionales, como el de Olimpia, se desarrollaba una verdadera

red de vías sacras por donde llegaban los peregrinos. En ellas se abrían roderas para los carros. Como muchos ríos estaban secos en el estiaje, los puentes eran de menos utilidad que en otras partes. La mayor parte eran de madera, y algunos, pero bastante pocos, de piedra.

Se iba generalmente a pie o a caballo. A veces se usaban vehículos como medio de transporte. Eran o bien cochecillos de dos ruedas, cuyo eje sostenía una caja cerrada por tres lados, o coches de cuatro ruedas, más anchos y capaces de transportar equipajes juntamente con las personas.

Había en Grecia posadas, pero no siempre se encontraba qué comer en ellas, y era prudente llevar provisiones consigo. Esta precaución no se descuidaba por consiguiente. Cuando se llegaba a una ciudad, las gentes se hospedaban las más de las veces en una casa amiga. La hospitalidad se consideraba un deber, y toda persona rica o acomodada tenía en su casa habitaciones para sus huéspedes. Si no se conocía a nadie, se pasaba la noche al fresco, bajo un pórtico. En Oriente no era un inconveniente grave.

Se viajaba muy barato, al menos por mar. En el siglo IV, se iba desde Egina al Pireo (próximamente 6 leguas) por dos óbolos (32 céntimos), y de Egipto «con la mujer, los hijos y los equipajes» (200 leguas), por dos dracmas (menos de 2 pesetas).

## 18.—LA HOSPITALIDAD

Telémaco, que ha partido en busca de su padre, llega a casa de Menelao, rey de Esparta, en compañía del hijo de Néstor.

«Paran sus corceles bajo el pórtico. El robusto Eteoneo, servidor del glorioso Atrida, acude al ruido, les ve y se lanza al palacio para anunciar su llegada al rey. «He aquí dos huéspedes, Menelao, dos guerreros semejantes a los hijos de Zeus. Dime si desenganchamos sus corceles

rápidos, o si les enviamos a buscar en otra parte quien les acoja.—Hijo de Boetes, exclama el rubio Menelao gimiendo, hasta hoy habías sido discreto, pero hoy hablas como un niño sin juicio. ¿Cuántas veces no hemos gustado los manjares de la hospitalidad en pueblos lejanos, antes de volver aquí? Ve, pues, a desenganchar los caballos y a convidar a nuestros huéspedes al festín».

»Dice, Eteoneo se apresura a salir, llamando a los otros servidores que le siguen. Desenganchan los caballos llenos de espuma, les atan al pesebre, les dan espelta mezclado con blanca cebada, y apoyan el carro contra el muro. Luego introducen a los huéspedes en el palacio..... Entran en lindos baños, esclavos les bañan, les perfuman con aceite de oliva, les visten túnicas y suaves mantos, finalmente se sientan en tronos cerca del hijo de Atreo. Una sirvienta vierte de rica jarra de oro en una jofaina de plata agua con que se lavan las manos, pone ante ellos una mesa que la intendenta, llena de gracia para los convidados, cubre de pan y manjares. El trinchante les presenta en seguida la fuente llena de diversas carnes y coloca delante de ellos copas de oro. Menelao les tiende la mano derecha y les dice:

«Tomad de estos manjares y regocijaos. Cuando hayáis comido en nuestra mesa, os preguntaremos quiénes sois entre los hombres.....»

Después de la comida «Helena ordena a sus esclavas que amontonen bajo el pórtico hermosas mantas teñidas de púrpura, que tiendan encima tapices y que los cubran con gruesos mantos. Las cautivas salen del palacio llevando en la mano antorchas encendidas. Tienden lechos y un heraldo conduce a los huéspedes.....»

En el momento de la partida, Menelao da a Telémaco «un arma maravillosamente labrada, de plata maciza», que con anterioridad le ha regalado a él el rey de Sidón. Helena trae también un velo, el más lindo y grande que posee.

(Homero, *Odisea*, IV, 20-62; 296-301 y XV, 101 y siguientes).





## CAPÍTULO VIII

### La religión.

SUMARIO: 1. Origen de los dioses griegos.—2. Los dioses semejantes a los hombres.—3. Desenvolvimiento del mito de Apolo.

4. Caracteres de la religión en Grecia.—5. Los dioses de la ciudad.

6. El templo de Zeus en Olimpia.

7. Los sacerdotes.—8. Falta de clero.

9. El ritual.—10. Persistencia de las prácticas religiosas.—11. El culto en la época homérica.—12. Descripción de un sacrificio.—13. Ceremonia expiatoria.—14. Abundancia de los sacrificios.

15. Ofrendas a los dioses.—16. Una fundación piadosa.—17. Rentas del templo de Delos.—18. Los ex-votos en Delos.—19. Deudores del templo de Delos.—18. Administración de los bienes de Apolo Delio.

21. La oración.

22. Las Panateneas.—23. La procesión de las Panateneas. 24. La fiesta de las Antesterias en Atenas.—25. Representaciones dramáticas. — 26. La peregrinación de Olimpia.—27. Los juegos de Olimpia.

28. Creencia de los griegos en lo sobrenatural.—29. Un ateniense supersticioso.—30. El oráculo de Delfos.—31. Preguntas hechas al oráculo de Dodona.—32. Oráculo de Trofonios en Lebadea.

33. Los misterios de Eleusis.

#### 1.—ORIGEN DE LOS DIOS GRIEGOS

El hombre de los primeros tiempos estaba sin cesar en presencia de la naturaleza, los hábitos de la vida civiliza-

da no ponían todavía un velo entre la naturaleza y él. Encantaban su vista aquellas bellezas y las grandezas naturales le deslumbraban. Gozaba de la luz, le asustaba la noche, y cuando veía volver «la santa claridad de los cielos» experimentaba agradecimiento. Su vida estaba en manos de la naturaleza, esperaba la nube bienhechora de que dependía su cosecha, temía la tempestad que podía destruir la labor y la esperanza de todo un año. Comprendía en todo momento su flaqueza y la incomparable fuerza que le rodeaba. Sentía perpetuamente una mezcla de veneración, de amor y de terror hacia esta naturaleza poderosa.

Este sentimiento no le condujo inmediatamente a la concepción de un Dios único que gobierna el Universo, porque no poseía aún la idea del Universo, no sabía que la tierra, el sol, los astros son parte de un todo, no se le ocurría que pudieran ser regidos por un mismo Sér. Las primeras veces que contempló el mundo exterior, el hombre se figuró que era una especie de república confusa en que se harían la guerra fuerzas rivales. Como juzgaba las cosas exteriores según él mismo y sentía en sí una persona libre, vió también en cada parte de la creación, en el suelo, en el árbol, en la nube, en el agua del río, en el sol, otras tantas personalidades semejantes a la suya. Las atribuyó el pensamiento, la voluntad, la elección de sus actos. Como las comprendía poderosas y sentía su dominio, confesó su dependencia, las rogó y las adoró, hizo de ellas dioses.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, libro III, cap. II).

## 2.—LOS DIOSES SEMEJANTES A LOS HOMBRES

Los griegos formaron los dioses a su propia imagen. Es lo que se llama *antropomorfismo*.

Según Homero, «los dioses constituyen en el cielo, o

por mejor decir, en la cima de las montañas en que residen, en lo alto del Olimpo, una verdadera república, una ciudad en que todos los ciudadanos son de algún modo reyes. Los dioses habitan en dorados aposentos y pasan la vida en alegres festines. Tienen las pasiones y las ideas de los hombres. Es más, el poeta les supone apariencia corporal, pero exceden en fuerza, en estatura, en belleza a los humanos. «Eres de una belleza tan perfecta, dice Ulises a Eurialo, que ni un dios podría ser de otro modo». Ares y Atena, en el escudo de Aquiles, hacen admirar sus proporciones colosales y su belleza maravillosa. Cuando el dios citado cae a los golpes de una diosa, su cuerpo inmenso ocupa en el suelo una extensión de siete pletros. En los relieves de tiempos posteriores, los dioses se representan generalmente de estatura superior a sus adoradores, y a su lado, éstos parecen criaturas.

Como los dioses tienen cuerpo como el nuestro, están sometidos a las mismas necesidades. Comen, duermen, beben y pueden sentirse dominados por el hambre o la necesidad de descanso. La sangre es sustituida en ellos por una especie de líquido divino, cuyo principio y fondo constituye la ambrosía, alimento celestial. El cuerpo de los inmortales es imperecedero. Permanece siempre joven y sus órganos tienen un grado de poder que los nuestros no alcanzan. Entre las facultades que poseen, una de las más notables es la de metamorfosearse, de tomar la forma de un animal o hasta de un objeto inanimado. Atena, por ejemplo, se cambia tan pronto en llama que se escapa del cielo, como en estrella errante, como en ave que se cierne en los espacios. Tienen pasiones más fuertes, proyectos mejor ordenados, puntos de vista más extensos que los de los hombres. Homero les atribuye sentimientos de odio y de amor, de cólera y de envidia. Son celosos y persiguen a todo el que ha incurrido en su desagrado. No ambicionan ser imparciales ni justos. Hera y Atena hacen a los troyanos responsables de la afrenta que las ha hecho París, y Poseidón persigue con furor

incesante al desgraciado Ulises. Todos reclaman los homenajes de los mortales, y se irritan si les olvidan, castigándolos con calamidades. Para castigar a una persona que ha olvidado ofrecerle un sacrificio, Artemisa hace que tales sus tierras un jabalí. Por eso los hombres se esfuerzan para atraérseles con presentes y promesas. Los dioses no son extraños a las penas, a los sufrimientos morales. Su corazón sufre llegado el caso, y Tetis vierte lágrimas. Tienen todas las alegrías de la humanidad, aumentadas por la superioridad de su naturaleza, y conocen igualmente todas las tristezas, excepto la muerte.

(Según Maury, *Histoire des religions de la Grèce antique*, t. I, págs. 251-259).

#### 5.—DESENVOLVIMIENTO DEL MITO DE APOLO

Para mostrar el desenvolvimiento de los mitos en la religión helénica, tomo a Apolo como ejemplo.

Apolo o *Foibos* (de φως, luz), es el dios luminoso, el dios brillante. Su madre es Leto, personificación de la Noche, y nace en la isla de *Delos*, la Clara, que se llamaba también *Asteria*. Apenas ha empezado a andar, el niño pide su arco y sus flechas. Marcha, y la isla entera «florece de oro». Como el sol ilumina primeramente las cumbres antes de penetrar en lo profundo de los valles, el joven dios avanza sobre las rocas del monte Cintos, no se complace más que «en los lugares elevados, en las cimas agudas de las altas montañas».

El primer hecho importante de su vida es el triunfo sobre la serpiente Pitón. Este mito se encuentra en todas las religiones de la raza aria. En las *Vedas* (India), Indra, el dios de la luz, triunfa de Ahí, la serpiente, la nube que se alarga en el cielo, o de Vrita, el dragón celestial cuya cabeza rompe. En el *Avesta* (Persia), Mithra, el dios del cielo puro, combate con la culebra que es el símbolo de Ahrimán, el genio del mal. Papel análogo desempeña

Sigfrido en la mitología del norte. Esta lucha, en su significación más general, es lucha de la luz contra las tinieblas.

Contábase que Apolo había pasado nueve años al servicio del rey de Tesalia, Admeto, cuyas yeguas y bueyes llevaba al pasto. En esta leyenda aparece como un dios que sufre y de momento está puesto a prueba. Es alusión a los sufrimientos del sol. El astro poderoso, que en la estación caliente del año ha vencido a sus enemigos y desplegado su majestad a los ojos de los hombres, más tarde llega a ser esclavo. Encadenado en los lazos del invierno, pierde su fuerza y su brillo, palidece y se oculta con frecuencia, parece relegado al norte de Grecia, a las comarcas de donde vienen las nieves y las escarchas.

La misma imagen se expresa más claramente en las fábulas que conciernen a *Apolo hiperboreo*. Los griegos creían que en una comarca lejana, al norte, no había invierno. La noche era desconocida en aquel país, constantemente iluminado por los rayos del sol. Apolo gustaba trasladarse allí y vivir una parte del año en medio de un pueblo de hombres dichosos y justos que cantaban sus alabanzas. Luego, en primavera, volvía a Grecia, montado en un carro que conducían cisnes tan deslumbradores como la luz.

Apolo, dios solar, ejerce sobre los frutos de la tierra un influjo que puede ser bienhechor o funesto. Él los hace germinar y madurar, él igualmente los seca y abrasa. De ahí el doble significado de las fiestas que se celebraban en su honor con el nombre de *Targelia*, a mediados de Mayo, en el mes de Targelion, cuyo nombre expresa el calor del sol de verano. Es el momento en que la cosecha en Grecia está en sazón casi y no tardará en ser segada. Los ánimos se inclinaban a dar gracias al dios por tan dichoso estado, pero al mismo tiempo se imploraba en gracia para que no destruyera, con el ardor excesivo de sus rayos, las esperanzas de los labradores.

El arquero celestial cuyas flechas hieren de lejos, y con seguridad, debía ser concebido como un dios temible

para sus enemigos. Los gigantes Aloides, los hijos de Niobe, caen atravesados por sus flechas. Cuando toma parte en los combates de la *Iliada*, se muestra dotado de fuerza invencible, ligeramente y sin esfuerzo derriba y destruye todo a su paso. Por consecuencia natural, tiene muchas veces el carácter de dios exterminador. Cuando la peste diezma a los griegos delante de Troya, él es quien lanza sus dardos contra los animales, luego contra los hombres. Así, por un contraste singular, Apolo, dios de la vida y de la alegría, viene a ser dios de la destrucción y de la muerte.

Pero si es dios que mata, es también dios que salva. El sol de verano es a veces funesto. Por el contrario, sus rayos purifican la atmósfera, secan el suelo, disipan los miasmas y reconfortan los cuerpos agotados por la enfermedad. Apolo es, pues, dios de la salud, puede poner término a las epidemias, aleja el mal, auxilia, cura a la humanidad, tiene, en fin, por hijo a Asclepios, el dios de la medicina.

Su acción bienhechora, limitada primeramente al mal físico, se extendió al mal moral. Médico de los cuerpos, fue concebido como médico de las almas, fue dios purificador, que las lavaba de las culpas que las habían mancillado. Todo crimen que se cometa trae consigo un castigo o una expiación. Pero Apolo, dios de claridad y de luz, no se irrita con los culpables. Les recibe en su gracia, tiene para ellos medios de reparación y de salvación, les reconcilia con los hombres y con los dioses y es realmente el dios salvador, el redentor del mal moral.

Es el dios de la música, porque la música influye en el alma de una manera habitualmente dichosa. En el Olimpo encanta con sus acentos los ocios de los inmortales. Es el director del coro de las Musas, y la cítara es su atributo. Inspira a los poetas, y como el entusiasmo profético no era a los ojos de los griegos más que una variante del entusiasmo poético, pronuncia oráculos por mediación de los adivinos y de las sibilas. Conviene consul-

tarle, cuando se trata de fundar una ciudad, de establecer lejos una colonia. De donde resulta que, entre los dorios principalmente, de los cuales era el dios más importante, las leyes que rigen la fundación de las ciudades estaban colocadas bajo su patronato, o se consideraban emanar de él. Protector de las colonias, cuyos enjambres guiaba a través de los mares, era, con el nombre de *Délfico*, dios de los navegantes. Se colocaba a veces en la proa de los navíos para dirigir su curso, y los jonios, que tanto se extendieron fuera de su país, pretendían descender de él, veían en él al padre de Ion y el fundador de su raza.

(Según Decharme, *Mythologie de la Grèce antique*, libro I, cap. V. París, Garnier frères, librairie).

#### 4.—CARÁCTERES DE LA RELIGIÓN EN GRECIA

El genio helénico no ha separado jamás el poder de la religión del del Estado. Ni siquiera le parece de desear semejante distinción. La Asamblea del pueblo, las sesiones del Senado y del Areópago se inauguraban con sacrificios. Los oradores invocaban, al empezar sus discursos, a los dioses protectores. Muchas prescripciones de la ley civil siguieron estando siempre bajo la salvaguardia de los dioses. El decreto mercantil, el reglamento de medidas figuraba bajo la protección de una divinidad especial. El carácter sagrado de la moneda es evidente hasta la época macedónica. Se guardaban los marcos de las pesas en los templos, y las tablas de medidas que hoy hallamos llevaban una inscripción declarándolas sagradas. El Metroon, donde se conservaban los archivos, era el templo de la Madre de los dioses. El banco de Delos se titulaba *τὸ πρὸ τῶν τραπεζῶν*; el comercio de Atenas, como el del Oriente moderno, hacía de los edificios del culto lugares de depósito para las mercancías. Los decretos de proxenia, los documentos en que se declaraba a un ciudadano indigno, te-

nían carácter religioso. Las emancipaciones tenían lugar muchas veces en los templos.

Si la religión se mezclaba a todo, muy pocos espíritus se colocaban por cima de las reglas que imponía. Las historias de Herodoto parecen un libro de la Edad Media. En cada página encontramos relatos que recuerdan a Gregorio de Tours o la Crónica de Mateo París. Los griegos que combatieron en Platea y en Maratón eran creyentes sinceros y supersticiosos. No hay necesidad alguna de admitir, para explicar el carácter de Jenofonte, que fuera una excepción en su tiempo. Jenofonte es el tipo del hombre distinguido de su época, del ciudadano fiel al pasado, respetuoso con las conveniencias. Sócrates no ha llegado a tocar ni ha variado las convicciones de este discípulo que consulta de buena fe a las víctimas y que sigue todas las prácticas de un culto minucioso. Los progresos de la filosofía entre los latinos destruyeron la religión. En Grecia, y sobre todo en Atenas, los hábitos piadosos encuentran nuevo fervor en el momento en que la decadencia de la vida pública es completa. Las viejas supersticiones subsisten siempre, Pausanias y Plutarco lo atestiguan. Las inscripciones y los monumentos figurados nos dan acerca del particular datos todavía más precisos. Los relieves conservados en Grecia o en nuestros museos, son en su mayor parte de la última época, y muestran de qué modo persistieron las viejas doctrinas. Hay usos que parecen un tanto olvidados en el gran siglo y que reaparecen con todo su vigor en la decadencia.....

Si esta religión ha podido vivir tantos siglos en medio de las circunstancias más difíciles, el hecho se explica en gran parte por la escasez de su autoridad sobre la conducta moral de la vida, sobre los caracteres y sobre las pasiones. No era natural en ella aspirar a un imperio absoluto, que no habría podido ejercer mucho tiempo sobre espíritus rebeldes a toda sujeción duradera; jamás ha tratado de llevar hasta las consecuencias lógicas y extremas el poder que el consentimiento universal de los contemporáneos la concedía. De ahí la falta de sacerdocio



firmemente constituido, la admisión de todos a muchas funciones religiosas anuales, un perpetuo cambio entre el Estado y la religión, que se prestan el uno sus magistrados, la otra sus sacerdotes; de ahí la imposibilidad para esta religión de llegar a una profesión de fe, la afición escasa que siempre ha mostrado a ciertos problemas, en especial a los de la vida futura, la recompensa y el castigo después de la muerte. No sabemos lo que se enseñaba en Eleusis, pero la doctrina de los Misterios no trataba de hacer propaganda, y siguió siendo durante mucho tiempo privilegio de una casta muy limitada. Cuando fueron admitidos a ella todos los atenienses, los conocimientos que se les revelaron no produjeron ningún trastorno. Lo que la religión tenía de preciso en cada distrito era enteramente exterior, y no interesaba ni a la teogonía, ni a la filosofía, ni muchas veces siquiera a la moral. Podía mezclarse a todos los actos de la vida política o privada, nada de lo que era sencillamente conveniente desde el punto de vista del derecho natural la chocaba, como el genio griego, se adaptaba a todo. Las mismas leyendas de una comarca no se imponían forzosamente a todos los griegos, las de la comarca vecina las contradecían. Los ataques que se dirigían contra ellas, en el teatro por ejemplo, tenían frecuentemente poca gravedad. El dios no era concebido como omnipotencia absoluta, colocada por cima de la censura de los hombres. Poner en duda su perfección teológica era mucho menos grave que negar ciertos pormenores de la tradición nacional. Las teorías de los filósofos podían pasar fácilmente a los ojos de los sacerdotes por concepciones con las que no tenía que ver nada la religión. Aquellos soñadores explicaban el mundo, estudiaban las pasiones; pero el sacerdocio se ocupaba poco de estas materias.

La religión griega, es cierto, fue intolerante en ocasiones. No se puede decir, sin embargo, que haya habido nunca lucha continuada en Atenas entre la investigación filosófica y el culto establecido. El Estado condenaba las doctrinas que podían comprometer los principios en que

se fundaba la república, que atacaban las creencias de los antepasados, que querían derribar aquel altar común del Pritaneo, más querido todavía del pueblo que de los sacerdotes. En todos los procesos religiosos de la antigüedad, por poco conocidos que nos sean, es fácil ver que la preocupación dominante es sobre todo política, que el acusador no habla en nombre de una teología precisa. No encontramos huella de guerra religiosa en el sentido que damos a estas palabras, de persecución general, de condenación en masa. Jamás los partidos se formaron en nombre de un culto particular. La intolerancia era enteramente patriótica, no aparecía sino raras veces, pero entonces, bajo el influjo de una causa enteramente accidental, podía llegar a singulares excesos. Es lo que todavía se observa hoy en parte entre los griegos. Poco cuidadosos de los dogmas, parecen ser el más tolerante de todos los pueblos en lo que respecta a creencias distintas de las suyas. No obstante, en ciertos momentos, manifiestan muy pronunciada antipatía contra los cultos extraños, sobre todo si éstos anuncian intenciones de propaganda. No influye para nada en esto la doctrina, ni nadie se ocupa de ella, no es tampoco la iglesia ortodoxa la que predica esos odios, el pueblo entero, sin que se le excite, los siente en nombre de su historia, que jamás ha separado los intereses de la nación del culto nacional.

La naturaleza misma del sentimiento religioso entre los atenienses no les exponía sino muy poco a las seducciones de los cultos extraños. Estos cultos habían nacido de un estado de espíritu que conocían apenas, la insuficiencia de sus doctrinas o de sus prácticas no les aparecía nunca con claridad. Las thiasas, las procesiones orgiásticas, la propaganda órfica no han hecho casi prosélitos en Atica, y los afiliados que estas doctrinas nuevas encontraron, eran sin duda, en su mayor parte, extranjeros. Si los orgeones de la Madre de los dioses contaron más atenienses, esta divinidad había adquirido muy pronto derecho de ciudadanía. Los cultos místicos no llegaron siquiera a establecerse en Atenas sino perdiendo sus ca-

racteres primeros. Fue lo que evidentemente ocurrió al de Dionysos, que tal como lo vemos celebrar en el teatro y en los templos, es muy distinto de lo que había sido en Beocia y en Tracia. El aticismo se distinguía por ello claramente del helenismo, con el cual se le confunde sin cesar. El aticismo era una de las formas más perfectas, quizá la más singular, la más irreprochable del genio griego, pero, completamente a su alrededor, la vida conservaba más energía, evitaba menos los excesos que son señal de fuerza. De no considerar más que los vasos pintados de Corinto y de las islas, el helenismo admite todas las concepciones raras que la más enrevesada imaginación religiosa puede crear. Comparad los leцитos de fondo blanco, que son los vasos atenienses por excelencia, con la cerámica cuyo origen asiático es indudable.

Asia instituye cultos que suponen pasiones profundas, a veces aún desordenadas. En las costas, en las ciudades griegas de Siria, de Egipto, en las islas, se observa una preocupación visible de los grandes problemas religiosos: la predicación, el apostolado, el martirio, el espíritu de sacrificio, asociaciones, doctrinas secretas imbuídas de metafísica, ensayos de sistema acerca de la vida y la muerte, entusiasmos singulares por religiones nuevas que parecen llevar a las almas esperanzas seguras. El ateniense conduce las procesiones, cuida de que las estatuas estén bien doradas, conserva el recuerdo de la gloria de otro tiempo, tan íntimamente unida a los actos nacionales, lleva sin grande esfuerzo, en medio de las fiestas y los discursos, el peso de aquella *ananké* que casi siempre fue para él tan ligero, y cuando le toca abandonar el mundo, no sin disgusto pero sin gran miedo, afligido solamente por no volver a ver la luz, ¡que es tan dulce!

La religión ateniense era supersticiosa, tenía creencias sin alcance metafísico, que no podía destruir nada, que arraigaban en el corazón mismo de la raza, contra las cuales la filosofía, ni más tarde el cristianismo, pudieron nada. El conjunto de las prácticas tan poco razonadas que componían el culto de los muertos, conservó siempre gran-

dísima importancia. Jamás la fe en la vida futura tuvo en Ática forma precisa; las islas Afortunadas siguieron siendo siempre creación de los poetas, que las consagraban a los héroes. No obstante, el ateniense quería que se diera sepultura a los muertos. Faltar a este deber era un sacrilegio, y aquél con quien no se cumplía, vagaba presa de los más crueles tormentos. Era necesario además alimentar al difunto, llevarle en época fija trigo y granadas. Estas obligaciones eran imprescindibles, y así los generales vencedores en las Arginusas fueron condenados a pena capital por no haber podido cumplirlas. En el pormenor del culto, el ateniense no podía apartarse de las minucias de un formalismo exigente. Había buen número de obligaciones religiosas y asimismo de templos. Hoy se ven aldeas griegas de trescientas casas, sobre todo en las islas, donde hay ciento y ciento cincuenta capillas. De igual modo, los santuarios se multiplicaban en la antigüedad hasta el infinito. En ellos se buscaba raras veces la tranquilidad del espíritu o motivos de meditación, ¡pero cuántas ofrendas no llevaba la piedad de los fieles! No hubiera faltado por nada a estos deberes. Aquellas supersticiones tenaces prescindían de las exhortaciones de los sacerdotes, eran naturales en todos, han seguido siendo hasta el último momento la única exigencia absoluta que la Grecia religiosa impusiera a la piedad ateniense.

Parece que hubo perfecta armonía entre este culto y el genio ático. Aquella religión, humana, sin excesos, que exigía pocos esfuerzos, de una moral suave, calmaba las inquietudes de un día, las preocupaciones de orden sobrenatural a que el ateniense no podía sustraerse del todo. Una torta a Asclepios, una libación a Zeus, una corona a las Ninfas, daban esperanza al enfermo, al soldado que iba a campaña, al labriego enredado en un pleito. Si sus deseos no eran oídos, se aguantaba, sabiendo que no era bueno luchar contra los dioses. No dejaba por más tiempo de sustraerse a los atractivos del mundo que le rodeaba, volvía a sus placeres habituales, sin tratar de

comprender los misterios de la vida. Cuando los grandes problemas le preocupaban, el teatro y la poesía le ofrecían soluciones magníficas y contradictorias que interesaban su espíritu sin comprometer demasiado su corazón. Se complacía con aquellas lindas creaciones imaginativas, o los razonamientos de los filósofos le probaban que, si todo es probable, nada es cierto.

(A. Dumont, *Essai sur l'éphébie attique*, I, páginas 250-259).

### 5.—LOS DIOSES DE LA CIUDAD

Cada ciudad tenía dioses que no pertenecían más que a ella. Se les llamaba Genios, Héroes, Demonios, y con todas estas denominaciones, eran almas humanas divinizadas por la muerte, la mayor parte de las veces los antepasados del pueblo. Los cuerpos estaban enterrados ya en la ciudad misma, ya en su término, y como se creía que el alma no se separaba del cuerpo, resultaba que aquellos muertos divinos estaban unidos al suelo en que sus huesos yacían sepultados. Desde el fondo de sus tumbas velaban por la ciudad, protegían el país y eran de alguna suerte sus jefes y sus dueños.

Estas opiniones procedían del grandísimo poder que las generaciones antiguas habían atribuído al alma humana después de la muerte. Todo individuo que había prestado un gran servicio a la ciudad, desde el que la había fundado hasta el que para ella había conseguido una gran victoria o había mejorado sus leyes, venía a ser dios para la república. Ni siquiera era preciso haber sido grande hombre o bienhechor, bastaba haber impresionado vivamente la imaginación de los contemporáneos y haber llegado a ser protagonista de una tradición popular para devenir héroe, es decir, muerto poderoso cuya protección había que desear y temer la cólera.....

Los muertos, cualesquiera que fuesen, eran los guardia

nes del territorio, a condición de que se les ofreciera culto. «Los megarienses preguntaban un día al oráculo de Delfos cómo sería dichosa su ciudad, y el dios respondió que lo sería si tenía cuidado de deliberar siempre con la mayoría. Comprendieron que el dios quería indicar los muertos, que son efectivamente más numerosos que los vivos. En consecuencia edificaron la sala del Consejo en el sitio mismo donde estaba la sepultura de sus héroes» (Pausanias). Era gran dicha para una ciudad tener muertos de alguna nota. Para proporcionarse estas reliquias preciosas, se apelaba a veces a algún subterfugio. Herodoto refiere la superchería de que se valieron los espartanos para robar los restos de Orestes. Verdad es que estos restos, a los cuales estaba unida el alma del héroe, dieron inmediatamente una victoria a los espartanos. En cuanto Atenas hubo logrado poder, el primer uso que de él hizo fue apoderarse de los restos de Teseo, que estaba enterrado en la isla de Esciros, y levantarles un templo en la ciudad, para aumentar el número de sus dioses protectores.

A más de estos héroes y estos genios, los hombres tenían dioses de otra especie, como Zeus, Hera, Athena, a que había elevado su pensamiento la contemplación del espectáculo de la naturaleza. Pero estas creaciones de la inteligencia humana tuvieron mucho tiempo el carácter de divinidades domésticas y locales. No se concibió en un principio que estos dioses velasen por el género humano entero, se creyó que cada uno de ellos pertenecía exclusivamente a una familia o a una ciudad. No ha de deducirse de que dos ciudades dieran a su dios el mismo nombre que adorasen al mismo dios. Había una Athena en Atenas y otra en Esparta. Eran dos diosas. Gran número de ciudades tenían un Zeus como divinidad poliada, constituyendo tantos Zeus como ciudades. Argos y Samos tenían cada una su Hera. No era la misma diosa, porque se la representaba en las dos ciudades con atributos muy diferentes.

La ciudad que poseía una divinidad no quería que pro-

tegiere a los extranjeros, ni permitía que fuera adorada por ellos. Los argivos eran los únicos que tenían derecho a entrar en el templo de la Hera de Argos. Para penetrar en el de la Athena de Atenas, era preciso ser ateniense... Cada ciudad tenía su cuerpo de sacerdotes. Entre los sacerdotes de dos ciudades no había unión alguna, ninguna relación, ningún cambio de enseñanza ni de ritos. Si se iba de una población a otra, se encontraban otros dioses, otros dogmas, otras ceremonias. Los antiguos tenían libros litúrgicos, pero los de una ciudad no se parecían a los de otra. Cada una tenía su colección de oraciones y de prácticas, que conservaba muy en secreto. Hubiera creído comprometer su religión y su destino si la hubiera dejado ver a los extranjeros. El individuo, por lo común, no conocía más que los dioses de su ciudad, y sólo a ellos veneraba y respetaba. Todos podían decir lo que en Esquilo dice un extranjero a las mujeres de Argos: «No temo a los dioses de vuestro país, ni les debo nada».

Cada ciudad esperaba la salvación de sus dioses. Se les invocaba en el peligro, diciéndoles: «Dioses de esta ciudad, no permitáis que sea destruída con nuestras casas y nuestros hogares.... ¡Oh tú, que habitas tanto tiempo hace en nuestra tierra! ¿la harás traición? ¡Vosotros todos, guardianes de nuestras torres, no las entreguéis al enemigo!» Con el objeto, pues, de asegurar su protección, los hombres rendían culto a sus divinidades. Aquellas divinidades estaban ansiosas de ofrendas, y se les prodigaban, pero a condición de que velasen por la salvación de la ciudad. Había a modo de un contrato entre ellas y los humanos. La piedad de éstos no era tributada a título gratuito, ni las divinidades concedían por merced. En Esquilo, los tebanos se dirigen a sus divinidades protectoras y las dicen: «Sed nuestra defensa, nuestros intereses son comunes, y si la ciudad triunfa, honra a sus dioses. Demostrad que queréis a nuestra ciudad, pensad en el culto que este pueblo os rinde, y acordaos de los pomposos sacrificios que se os ofrecen».

Habitualmente, los dioses se esforzaban mucho por su

ciudad. En tiempo de guerra iban al combate, entre los ciudadanos. Se encuentra en Eurípides un personaje que exclama, estando cercana una batalla: «Los dioses que combaten a nuestro lado no son menos fuertes que los de los enemigos». Jamás los eginetas entraban en campaña sin llevar consigo las imágenes de sus héroes nacionales, los Eacidas. Los espartanos llevaban en todas sus expediciones a los Tindáridas. En la pelea, los dioses y los ciudadanos se sostenían recíprocamente, y cuando se triunfaba, era que todos habían cumplido con su deber. Si, por el contrario, había vencimiento, se culpaba a los dioses de la derrota, se les reprochaba haber cumplido mal su deber de defensores de la ciudad, se llegaba en ocasiones a derribar sus altares y arrojar piedras contra sus templos.

Cuando una ciudad resultaba vencida, se creía que sus dioses eran vencidos con ella. Si era tomada, sus dioses quedaban cautivos. Verdad es que variaban las opiniones en este último punto. Muchos estaban persuadidos de que nunca podía ser tomada una ciudad en tanto sus dioses estaban en ella, y que si sucumbía, era que la habían abandonado. Cuando Eneas ve a los griegos dueños de Troya, dice que los dioses de la ciudad han partido, abandonando sus templos y altares. Por consiguiente, era necesario, para apoderarse de una ciudad, hacer salir de ella a sus dioses. En tiempo de Tucídides todavía, cuando se sitiaba una población, no se dejaba de dirigir una invocación a sus dioses para que permitiesen que fuera tomada. Muchas veces, en lugar de aplicar una fórmula para atraer al dios, se robaba diestramente su imagen. Conocida es la leyenda de Ulises robando la Pallas de los troyanos. Herodoto refiere que los atenienses querían hacer guerra a los eginetas, pero era empresa atrevida, porque Egina tenía un héroe protector de gran poder y de singular fidelidad, Eaco. Los atenienses aplazaron treinta años la ejecución de su empresa, y al mismo tiempo establecieron en su ciudad el culto de dicho Eaco, persuadidos de que, si durante treinta años seguidos se rendía este culto, el



dios ya no pertenecía a los eginetas, sino a los atenienses. Les parecía que un dios no podía aceptar tanto tiempo víctimas cebadas sin sentirse obligado con los que se las ofrecían.

(Fustel de Coulanges, *la Cité antique*, libro III, capítulo VI).

## 6. — EL TEMPLO DE ZEUS EN OLIMPIA

El templo tiene de largo 64,10 metros, de ancho 27,70. La fachada principal mira al oriente.

El pórtico exterior presenta seis columnas en la fachada y treinta a los lados. Estas columnas, cuyo diámetro en la base varía desde 2,25 a 2,29 metros en las columnas de los ángulos, y de 2,19 a 2,22 en las demás, se elevaban a 19,50 metros próximamente. Por cima, una primera hilada de piedras formaba el arquitrabe, adornado con escudos dorados. Una segunda hilada ofrecía alternativamente una superficie con ranuras llamada *triglifó*, y una superficie lisa llamada *metopa*. Por encima aún, se alzaba en cada fachada un frontón triangular adornado con hermosas esculturas. Otras esculturas estaban aplicadas a las paredes del templo, bajo el pórtico. Estas representaban los doce trabajos de Hércules.

El interior del edificio se dividía en tres partes: el *pronaos*, el *naos* o *cella* y el *opistodomo*.

La entrada del *pronaos* se anunciaba por dos columnas y la cerraba una verja de bronce. El suelo estaba adornado con un mosaico de piedrecitas. En todos los rincones se amontonaban los ex-votos de mármol o de metal.

Una puerta de bronce conducía a la *cella*, de 28 metros de larga por 13 de ancha, subdividida a su vez en tres naves por dos filas de 7 columnas. En frente de la tercera se había colocado una balaustrada cuyo objeto era contener al público. Entre la tercera y la quinta, en



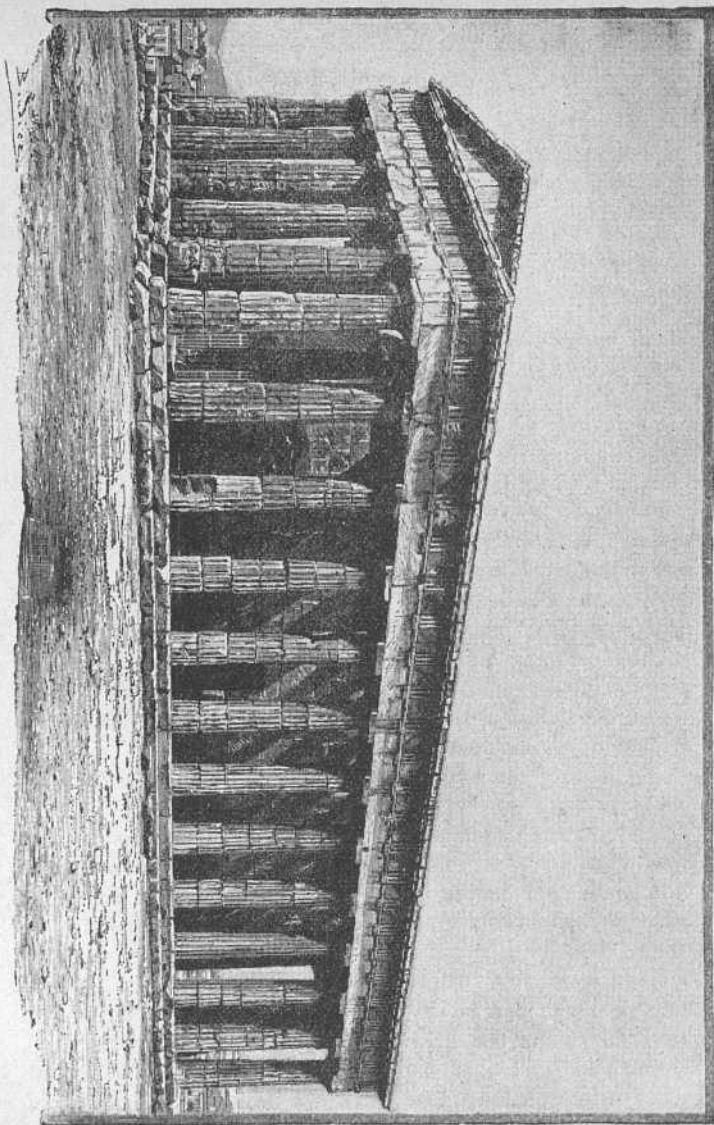


Fig. 51.—Templo griego.

una longitud de 7 metros, la *cella* estaba a cielo descubierto. De esta manera el interior del templo tenía luz. En medio estaba el altar de Zeus. Inmediatamente se encontraba la estatua.

Numerosos exvotos colgados de las paredes y de las columnas, grupos de esculturas llenaban la *cella*.

Delante de la estatua de Zeus se admiraba un magnífico velo de lana, teñido de púrpura y ricamente bordado. De día era levantado hacia el techo, de noche se le dejaba caer. Resguardaba a la vez de la luz y del fresco.

El pedestal de la estatua, obra maestra de Fidias, tenía cerca de 10 metros. En sus caras había relieves dorados y pinturas. La estatua tenía 17 metros de altura. Zeus, de oro y marfil, figuraba sentado. Su trono era una maravilla de ebanistería y de cincelado. En el adorno se mezclaban el oro, las piedras preciosas, el marfil, el ébano, el bronce y las pinturas. El dios tenía en la mano derecha una estatuilla de la Victoria, y en la izquierda un cetro. El rostro mostraba expresión de dignidad reconcentrada y de tranquilo poder.

Detrás del coloso había un pasillo que unía las dos naves laterales. Estas estaban cubiertas por un techo. Dos escaleras de caracol daban acceso al piso superior.

Después de la *cella* venía el *opisthodomos*, libremente abierto a la multitud y separado del templo por un muro sin huecos. En otros sitios, por el contrario, estaba en comunicación con el templo y cerrado al público.

(Según Laloux y Monceaux, *Restauration d'Olympie*, págs. 69 y siguientes. París, Quantin, libraires).

## 7.—LOS SACERDOTES

Ciertos sacerdocios tenían carácter patrimonial, es decir, estaban reservados a los miembros de una misma familia. Se citan, por ejemplo, en Atenas, los Eumólpidas, los Eteoboutades, los Licomides. Una inscripción de Hali-

carnaso contiene, respecto a un período de 504 años, la lista de los sacerdotes de Poseidón Istmios, todos de la misma familia. He aquí la copia: «Telamón, hijo de Poseidón, 12 años; Antidios, hijo de Telamón, 27 años; Hyperes, hijo de Telamón, 9 años; Alcyoneus, hijo de Telamón, 12 años; Telamón, hijo de Antidios, 22 años; Hyrieus, hijo de Antidios, 22 años; Hyrieus, hijo de Antidios, 8 años; Anthas, hijo de Alcyoneus, 19 años; Nesiotetes, hijo de Hyrieus, 29 años, etc.». (Dittenberger, *Sylloge inser. Græc.*, 372). Estas familias privilegiadas no constituían una casta dedicada a las funciones religiosas, hacían la vida de todo el mundo, se ocupaban de política, intrigaban para obtener las magistraturas públicas. Tenían solamente la obligación de dar al Estado el titular de tal o cual sacerdocio, siempre que la plaza quedaba vacante.

La mayor parte de los sacerdotes eran designados a la suerte. Esta, en efecto, se consideraba como un medio de conocer la voluntad de los dioses. «Por lo que concierne a las cosas sagradas, dice Platón, dejamos a la divinidad el cuidado de elegir a los que la son agradables, y nos confiamos a la suerte». Esta regla se practicaba en Atenas y en casi todas las ciudades griegas, principalmente en Delfos, en Siracusa, en Olimpia. El cargo, en tal caso, era generalmente anual.

Finalmente, se ven en algunas ciudades del Asia Menor, en Eritreas en particular, sacerdocios vendidos por el Estado a ciudadanos, y revendidos o cedidos por éstos como una propiedad. Ejemplo: «1.º Ventas de sacerdocios hechos por el Estado el año tal, tal mes... Sacerdocio de los Coribantes. Aristocles, hijo de Adimanto, lo ha comprado por 180 dracmas. Derecho de venta, 5 dracmas. Fiador, Sosimos, hijo de Aristocles. 2.º Cesiones de sacerdocios hechas en otra fecha: Iatrocles ha cedido a Arístides el sacerdocio de Afrodite de Embatos que había comprado a Kefision.....» (Dittenberger, *Ibid*, 370).

Para ser sacerdote no se requería ninguna condición especial. Salvo raras excepciones, bastaba estar en apti-

tud de desempeñar las funciones del Estado. Ni siquiera era preciso hallarse al corriente de las prácticas de la liturgia, que se aprendían antes de entrar en el cargo.

#### 8.—FALTA DE CLERO

En Grecia no había clero. El sacerdocio era una función como otra cualquiera, que se tomaba, que se dejaba, que no imponía hábitos nuevos ni espíritu especial. Sin duda algunos sacerdotes tenían el cargo vitalicio, pero la perpetuidad de sus funciones no les apartaba de la vida activa, sino que se mezclaban de cerca, como los demás ciudadanos, en los asuntos de la república, y no eran sacerdotes más que a las horas en que se trataba de desempeñar ciertas ceremonias.

Atenas no tenía religión, es decir, una doctrina teológica, una enseñanza moral, prácticas uniformes. Tenía una serie de cultos diferentes, todos con sus devociones especiales, sus fiestas, sus ceremonias, su etiqueta. Tenía, no un sacerdocio, sino sacerdocios. Cada divinidad contaba el suyo, y de esas divinidades, no había dos que tuvieran el mismo origen, la misma leyenda, igual carácter, los mismos gustos. Como los sacerdotes no tenían más que hacer sino agradar a un dios cumpliendo los actos y diciendo las palabras que a ese dios agradaban, cada uno tenía su formulario y no se apartaba de él. Vivían dispersos en sus santuarios, separados unos de otros, dedicados cada uno a un servicio particular. Nada les reunía más que el nombre de *ιερείς*, la analogía aparente de sus atribuciones y la casualidad de ser magistrados juntos en el mismo año y en la misma ciudad.

Si no existía clero, con mayor razón no había jerarquía alguna sacerdotal. Los oficiantes del culto, cada uno por su lado, desempeñaban funciones bien determinadas y que todas tenían carácter distinto. Su competencia estaba reducida a los límites de un santuario, y no podía llegar

a juzgar o corregir lo que pasaba en un santuario vecino. Por eso ninguno de ellos tenía sobre los demás la menor jurisdicción. Si un sacerdocio era más considerado en la república, debíase a que tal divinidad era más popular. Pero este aumento de crédito y de honores no implicaba ninguna supremacía litúrgica. El sacerdocio de Athena era la dignidad más alta, porque se trataba de la divinidad protectora de la ciudad y su culto dominaba toda la vida ateniense. Pero los sacerdotes de los demás dioses no dependían de la sacerdotisa de Athena.

Por cima de todos ellos no había más que una autoridad, la del pueblo. El les daba los poderes necesarios para desempeñar sus funciones, a él habían de rendir cuentas, él sólo les castigaba, caso de que infringieran las leyes.

(J. Martha, *les Sacerdotes athéniens*, págs. 140-142. París, Thorin, Fontemoing & Cie.)

## 9.—EL RITUAL

La religión de los antiguos era un conjunto mal unido de pequeñas creencias, de prácticas menudas, de ritos minuciosos. No había que buscar su significado, no era preciso pensar en él, explicárselo. La palabra «religión» no significaba lo que significa para nosotros. Por ella entendemos un conjunto de dogmas, una doctrina acerca de Dios, un símbolo de fe relativo a los misterios que hay en nosotros y a nuestro alrededor. La misma palabra, entre los antiguos, significaba ritos, ceremonias, actos del culto externo. La doctrina entraba por poco, las prácticas eran lo importante, ellas eran obligatorias e imperiosas. La religión constituía un lazo material, una cadena que mantenía al hombre esclavo. El hombre la había forjado y ella le gobernaba. La tenía miedo y no osaba razonar, ni discutir, ni mirarla frente a frente. Dioses, héroes, muertos, reclamaban de él culto material, y pagaba la deuda que

con ellos tenía, para hacérseles amigos, y más todavía para que no fueran enemigos suyos.

¿Pero cómo contentarles, cómo sobre todo estar seguro de que se les contentaba y de que se gozaba de su favor? Se creyó conseguirlo con el empleo de ciertas fórmulas. Tal oración, compuesta de tales palabras, había ido acompañada del éxito querido. Sin duda era que el dios la había escuchado, que le había conmovido, que había tenido poder, más poder que el dios, puesto que no había podido resistirse a ella. Se conservaron, pues, los términos misteriosos y sagrados de aquella oración. Era un arma que el hombre empleaba contra la inconstancia de sus dioses. Pero no había que variar una palabra, ni una sílaba, ni sobre todo el ritmo con que tenía que cantarse. Porque entonces la oración hubiera perdido su poder y los dioses hubieran quedado en libertad.

La fórmula no era bastante, había también actos exteriores cuyo pormenor era minucioso e inmutable. Los menores gestos del sacrificador y las partes más pequeñas de su vestimenta estaban reguladas. Al dirigirse al dios, había que llevar la cabeza tapada con un velo; al dirigirse a otro, la cabeza descubierta; en ciertos actos, había que llevar los pies desnudos. Había oraciones que no tenían eficacia sino cuando el individuo, después de haberlas pronunciado, daba un salto de izquierda a derecha. La naturaleza de la víctima, el color de su pelo, la manera de degollarla, la forma del cuchillo, la clase de leña que había de utilizarse para asar las carnes, todo estaba determinado para cada dios por la religión. En vano el corazón más ferviente ofrecía a los dioses las víctimas mejor cebadas, si se olvidaba uno de los innumerables ritos del sacrificio, éste perdía toda eficacia. La menor falta hacía de un acto sagrado un acto impío. La alteración más ligera turbaba y trastornaba la religión de la patria, y transformaba a los dioses protectores en otros tantos enemigos crueles. Por eso Atenas era severa con el sacerdote que cambiaba en algo los antiguos ritos.

Todas estas fórmulas y estas prácticas habían sido le-

gadas por los antepasados, que habían experimentado su eficacia. No había que variar nada en ellas. Era preciso descansar en lo que los antepasados habían hecho y la suprema piedad consistía en hacer lo que ellos. Importaba muy poco que la creencia variase, podía modificarse libremente en el trascurso del tiempo, y adoptar mil formas diversas, al agrado de la reflexión de los sabios o de la imaginación popular. Pero era de la mayor importancia que las fórmulas no cayeran en olvido y que los ritos no fueran modificados. Por eso cada ciudad tenía un libro en que se conservaban todas estas cosas.

(Fustel de Coulanges, *la Cité antique*, págs. 194-197).

#### 10. — PERSISTENCIA DE LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS

Los ejemplos siguientes, que copio de Plutarco, demostrarán todo el cuidado que los griegos ponían en conservar las viejas prácticas.

«A consecuencia de una sequía, el hambre hacía estragos en Delfos. Los habitantes vinieron con sus mujeres a las puertas del palacio, a fin de implorar auxilio. El rey mandó repartir harina y legumbres a los principales de ellos, porque no había suficiente para todos. Luego, como una muchachita, huérfana de padre y madre, se presentara pidiendo con insistencia, el rey la dió un golpe con su zapato, y aun se lo tiró a la cara. A pesar de su pobreza y su abandono, aquella muchacha tenía el corazón altivo. Se retiró inmediatamente, y con ayuda de su cinturón se ahorcó. Mientras tanto el hambre redoblaba en intensidad y se le habían agregado las enfermedades. La Pitonisa manifestó al rey que tenía que apaciguar los manes de Carila, aquella virgen que se había dado muerte. Con mucho trabajo se había averiguado ser éste su nombre. Se celebró un sacrificio, acompañado de ceremonias expiatorias, sacrificio que hoy todavía se repite cada nueve años. El rey lo preside en persona, distribuyendo



harina y legumbres a todos los forasteros, y en él se lleva un maniquí que representa a Carila. Cuando todos han recibido su parte, el rey con su sandalia cruza la cara del muñeco. Luego una sacerdotisa le coge y le lleva a un sitio donde hay un barranco. Allí se rodea el cuello del muñeco con una cuerda y se le entierra en el sitio mismo donde Carila, después de haberse ahorcado, fue enterrada».

«¿Qué son los *Monófagos* de Egina? De los eginetas que habían tomado parte en la guerra de Troya, muchos perecieron en los combates o en el mar. Los pocos que quedaban fueron recogidos por sus parientes, pero éstos, viendo a sus conciudadanos de luto y llorando, no creyeron tener derecho a regocijarse manifiestamente ni a ofrecer sacrificios a los dioses. En secreto y en el interior de sus casas se entregaron a festines y regocijos, sirviendo ellos mismos a la mesa a sus padres, parientes, hermanos y familiares, sin que ningún extraño fuera admitido. Para conservar recuerdo de aquellas circunstancias, hacen a Poseidón sacrificios denominados *tiasas*. En estas ceremonias, que duran dieciséis días, celebran en sus casas festines en los que nadie habla ni aparece ningún esclavo. He aquí por qué son llamados *monófagos* (los que comen solos).

«¿Por qué, entre los de Samos, cuando se sacrifica a Hermes Caridoto es lícito cometer hurtos y robar vestidos? Procede de que habiendo los de Samos, en obediencia a un oráculo, abandonado su isla para establecerse en Micala, vivieron del robo durante diez años, pasados los cuales volvieron a su patria».

«¿Por qué en Antimaquía, en la isla de Cos, el sacerdote de Heracles empieza el sacrificio vestido de mujer y con una mitra a la cabeza? Porque Heracles, después de un combate que tuvo que sostener en este punto y en que fue vencido, se refugió en casa de una mujer de Tracia que le ocultó prestándole sus ropas. El sacerdote hace el sacrificio en el lugar mismo donde tuvo lugar el combate».

(Plutarco, *Cuestiones griegas*, 12, 44, 55, 58).

## 11.—EL CULTO EN LA ÉPOCA HOMÉRICA

«Los hombres, dice Homero, calman a los dioses con sacrificios, con votos pacíficos, con libaciones y con el humo».

La libación santificaba multitud de actos de la vida y era como su consagración. Por ejemplo, acompañaba al juramento. Al principio de la comida, correspondía al *benedicite* de los cristianos. Unas veces se hacía con agua que se derramaba (*λοιδή*), otras vertiendo vino, antes de beber, en la mesa o en el suelo, o derramándolo sobre la víctima (*σπονδή*). Las libaciones santificaban también los convenios, las treguas, las alianzas.

Las oraciones eran de dos clases: unas veces simples votos dirigidos al cielo (*εὐχή*), otras súplicas más apremiantes (*λιτή*). Homero hace de estas últimas las hijas del gran Zeus, y en una alegoría ingeniosa, nos las representa cojas, arrugadas, o con ceño adusto, los ojos bizcos, siguiendo a Até, que es, por el contrario, joven, vigorosa, despierta. Para invocar a los dioses, los griegos se ponían unas veces de pie, dirigiéndose entonces a los dioses del cielo, otras de rodillas, invocando entonces por lo común a los dioses de los infiernos. Cuando en vez de los dioses se dirigía la súplica a algún sér humano, el suplicante se prosternaba ante él, posaba una mano sobre su rodilla y en la barbilla la otra. A veces, en lugar de simples oraciones, de súplicas fervientes, se recurría, tratándose de los dioses, a adjuraciones más apremiantes, más reiteradas, a actos destinados a conmover más sus corazones. Era lo que se llamaba *εὐλογοαί*, es decir, quejas desgarradoras, gemidos, chillidos, golpes de pecho y tiro-nes del pelo hasta arrancárselo, actos todos tan habituales en los cultos de Oriente.

Las ideas de pureza física y moral hicieron admitir muy pronto que no se podían realizar los ritos sagrados y

presentarse al sacrificio sino después de haberse lavado y purificado con agua, Nestor pide que se vierta sobre sus manos una onda pura, antes de dirigir a Zeus sus invocaciones. Aquiles, cuando iba a invocar a los dioses en favor de Patroclo, se lava también las manos. Principalmente cuando las manos se habían manchado de sangre, debía realizarse un acto previo de purificación. Hector no quiere hacer una libación al soberano de los dioses sin haber antes hecho desaparecer en el agua la sangre que cubre sus manos. Se lavaban también los vasos destinados a los usos sagrados. Para los griegos, la sal daba al agua, y es idea que se ha conservado entre los cristianos, una virtud santa, carácter más puro. Era el motivo que hacía preferir muchas veces para los usos religiosos el agua de mar al agua dulce. Se hacían igualmente lustraciones solemnes, purificaciones generales, a fin de calmar a los dioses, y de ello nos da ejemplo la *Ilíada* cuando nos representa a Agamenón ordenando una ceremonia semejante para vencer la cólera de Apolo.

La ofrenda y el sacrificio sangriento eran actos más solemnes y que aseguraban más el favor de la divinidad. Las víctimas habían de ser de poca edad, bien conformadas, no haber sufrido mancilla alguna. Los bueyes, en cuanto era posible, debían no haber estado sometidos al yugo y no contar a lo sumo más de cinco años. Las víctimas comunes eran bueyes, cabras, corderos y cerdos, pero preferentemente bueyes, que eran por excelencia los animales destinados para el sacrificio, llegando a inmolarse hasta un centenar de ellos en las grandes solemnidades, las que se llamaban hecatombes. Ciertos dioses tenían sus víctimas especiales. Por ejemplo, se inmolaba una vaca estéril al dios de los infiernos. Pero esta atribución de determinados animales al culto de tal o cual dios, parece no haberse generalizado sino después de los tiempos homéricos. La víctima, previamente adornada, era conducida al altar, donde se la purificaba con agua, en tanto los ministros divinos se lavaban las manos en una jofaina. Luego, recitando oraciones, levantaban en el aire

el οἰλόχουται, masa hecha con cebada, agua y sal. Esparcían sobre la cabeza del animal esta harina sagrada, al mismo tiempo que arrojaban a la llama encendida en el altar algunos pelos arrancados de la frente. Este acto se designaba con el verbo ἀπαρχεσθαι, es decir, ofrecer las primicias (ἀπαρχαί), sobreentendiendo κεφαλῆς τρίχας. Cuando el sacrificio se dirigía a los dioses del cielo, se echaba hacia atrás la cabeza de la víctima y se la mataba con hacha. Una vez que el animal había recibido el golpe mortal, se le desangraba con un cuchillo, y se recogía la sangre en un vaso llamado ἀμνίον. Se desollaba a la víctima, que era luego despedazada. Las piernas se ponían aparte, y para que el olor pudiera subir hasta los cielos, para que el humo, cuya ascensión en línea recta era señal favorable, fuera abundante y espeso, se cubría la víctima de grasa, se colocaban sobre sus miembros pedacitos sacados de las restantes partes del cuerpo y se asaba todo. La operación se hacía valiéndose de madera seca cortada en astillas. Cuanto más alta subía la llama, más propicio era el augurio. Se vertía luego vino tinto, o, caso de no haberlo, agua pura. Las piernas, por ser las partes más gruesas y estimadas, se ofrecían a los dioses. Asarlas fue durante mucho tiempo ceremonia santa. Es un momento del sacrificio que en ocasiones se representa en los monumentos. En un vaso pintado se ve una escena de sacrificio de los tiempos heroicos. Dos jóvenes ministros están de pie, a cada lado del altar, con dos asadores en las manos en que se han puesto las carnes que han de consumirse. En tanto se verificaba la operación, otros jóvenes alimentaban la llama, porque era señal funesta que la víctima no resultara bien asada, o que la carne en estos momentos cayera al suelo. Mientras así se hacía, se cortaban en pequeños pedazos y se enfilaban en asadores otros trozos. A veces, de los restantes unos eran ofrecidas a divinidades inferiores, a las Ninfas, a Hermes, antes de que los otros fueran distribuídas entre los convidados. Se pensaba que los dioses asistían invisibles a las comidas sagradas.

A más de las víctimas, se ofrecían coronas a Apolo, peplos a Athena, a otras divinidades brillantes vestiduras, en general vasos, fuentes y especialmente objetos cogidos al enemigo.

(Maury, *Histoire des religions de la Grèce antique*, I, págs. 315-32).

## 12.—DESCRIPCIÓN DE UN SACRIFICIO

«Es preciso, dice Egisto a Orestes y a Píladés, que hoy os sentéis a nuestro lado en nuestro piadoso festín. Ofrezco un sacrificio a las ninfas. Mañana os levantaréis con el alba y ganaréis el tiempo perdido. Entremos en mi morada, no tenéis derecho a rehusar». Una vez que hubimos entrado, exclama: «Que traigan lo más pronto posible baños para nuestros huéspedes, para que puedan aproximarse al altar, y aguas lustrales». —Acabamos de purificarnos, responde Orestes, en las claras aguas del río. Pero si es lícito a extranjeros tomar parte en los sacrificios de los ciudadanos, Egisto, dispuestos estamos, no rehusamos este honor». Dejan, pues, de hablar de este asunto y todos los esclavos ponen manos a la obra. Unos van a buscar el vaso del sacrificio, otros traen las cestas, otros encienden el fuego y ponen los barreños alrededor del hogar, toda la casa está en movimiento. Egisto derrama la cebada sagrada sobre el altar, pronunciando estas palabras: «¡Ninfas de las rocas, pueda yo ofreceros otras muchas veces un sacrificio semejante en unión de la esposa que habita esta casa, la hija de Tíndaro! Concedednos la duración de nuestra dicha y la desgracia de nuestros enemigos.....» Luego se arma con un cuchillo recto, corta unos cuantos pelos a la ternera, y con la mano derecha los arroja al fuego sagrado. Hiere a la víctima, en tanto con sus brazos vigorosos los servidores la levantan por las espaldas, y volviéndose a Orestes, le ruega que la descuartice. Orestes coge un cuchillo dorio bien forja-

do, y echándose a las espaldas el rico manto que sujeta un corchete, aparta a los sirvientes de Egisto. No quiere más que a Pilades para ayudarle al sacrificio. Coge entonces a la víctima de una pata, y adelantando los brazos, deja al descubierto las carnes blancas. La despoja de la piel y abre las entrañas..... «Tomemos, dice, los pedazos que han de servir para el banquete sagrado. Dénme un cuchillo tesalio para abrir el pecho de la ternera». Coge el arma y hiere. Egisto examina las vísceras, sacándolas con cuidado. En tanto baja la cabeza, Orestes le asesta un golpe en la espalda y le mata.

(Eurípides, *Electra*, págs. 784 y siguientes).

### 13.—CEREMONIA EXPIATORIA

*El Coro.*—Ofrece un sacrificio expiatorio a estas diosas a que te has acercado primeramente, y cuyo suelo sagrado pisaste.

*Edipo.*—¿Cómo debo ofrecerlo?, decídmelo, extranjeros.

*El Coro.*—Empieza por tomar libaciones santas en la fuente inagotable, con manos purificadas.

*Edipo.*—¿Y cuándo haya tomado ese agua pura?

*El Coro.*—Hay copas artísticamente labradas, cuyos bordes coronarás y las dos asas.

*Edipo.*—¿Con follaje o lana, o de algún otro modo?

*El Coro.*—Con lana recién cortada de un corderito.

*Edipo.*—Bien, ¿y qué he de hacer después?

*El Coro.*—Derramar las libaciones, volviéndote al Oriente.

*Edipo.*—¿Las verteré de las copas de que me has hablado?

*El Coro.*—Verterás tres veces de cada una, y vaciarás por completo la última.

*Edipo.*—¿Y con qué la llenaré? Dímelo también.

*El Coro.*—Con agua y miel, sin añadir vino.

*Edipo*.—¿Y cuándo la tierra de sombras espesas haya recibido esas libaciones?

*El Coro*.—Ofrece tres veces nueve ramas de olivo y recita oraciones.

*Edipo*.—Deseo oirlas, porque me importa saberlo.

*El Coro*.—Las llamamos Euménides. Ruégalas tú mismo que acojan benévolamente al suplicante que ha de ser salvador de este país, o que otro las invoque por ti, en voz baja y con pocas palabras. Retírate en seguida, sin volver la cabeza. Cumplidas estas ceremonias, me acercaré a ti con confianza. De otro modo, habré de temer tu proximidad.

(Sófocles, *Edipo en Colona*, 466-492).

#### 14.—ABUNDANCIA DE LOS SACRIFICIOS

Un hecho puede darnos idea del número enorme de víctimas que eran inmoladas en los sacrificios públicos en Atenas. Las pieles y demás despojos (entrañas, cuernos, etcétera), pertenecían al Estado y se vendían en provecho suyo. El producto de la venta se denominaba *δερματικόν* y tenemos la prueba de que era bastante considerable.

En la cuenta de este ingreso de los años 334 a 331, se observa que el año 334, en el espacio de siete meses, el tesoro ha percibido por este concepto 5.099 dracmas y 4 óbolos (5.000 pesetas). Después y a consecuencia de las Dionisíacas urbanas, han ingresado más de 808 dracmas (791 pesetas). Se han cobrado 1.050 (1.029 pesetas) después de un sacrificio a Zeus Salvador. No poseemos el total de los años siguientes, pero nos encontramos el año 333 con un ingreso de 2.610 dracmas y 3 óbolos (2.557 pesetas); el año 332 con otro de 1.183 dracmas (1.160 pesetas), a consecuencia de un sacrificio en honor de Teseo; otro de 711 dracmas (696 pesetas), después de un sacrificio a la Paz. Las cifras varían naturalmente de un año a otro, según el esplendor de la fiesta. Así, en las fiestas

de la Paz, hay 874 dracmas (856 pesetas) el 335, y 711 (696 pesetas) el 332. En las de Zeus Salvador, la cantidad es mayor: 2.610 dracmas (2.557 pesetas) el año 333, y 1.050 (1.029 pesetas) el 334.

(*Corp. inscript. Atticar*, tomo II, 741; Caillemer, *Dict. des antiq.*, II, pág. 106).

### 15.—OFRENDAS A LOS DIOS

La idea que los hombres primitivos tuvieron al hacer presentes a los dioses constituía un cálculo, la ofrenda se concibió primeramente como un trato. Los dioses, formados a imagen del hombre, se deciden como él por interés, dan a quien les da, y si algo se ha recibido de ellos, es preciso, en justo cambio, pagarles el precio. La ofrenda puede tener triple carácter: es propiciatoria, expiatoria y gratulatoria. Es, según los casos, un anticipo hecho para obtener provecho ulterior, la compensación de un daño o el pago de una deuda. ¿No es necesario, por otra parte, a esos dioses que se nos parecen, que comparten nuestras necesidades lo mismo que nuestras pasiones, poseer cuanto puede serles útil o agradable?

Primitivamente, la ofrenda debió ser un anticipo realizado en beneficio de los dioses sobre los diversos bienes que el hombre utiliza, sobre los productos de que se alimenta. Cuando se fundaba una ciudad, una vez dividida la tierra en lotes y antes de distribuirla, se empezaba por poner a un lado los lotes divinos. El reparto del botín se hacía del mismo modo y las primicias les eran consagradas. Parte de las rentas públicas se atribuían a los dioses. La obligación de consagrarles las primicias de las cosechas era sancionada con frecuencia por las leyes civiles. Esto en cuanto al Estado.

Los particulares hacían lo mismo. El ciudadano que era nombrado para un cargo público o religioso, el miembro de una asociación que era objeto de una distinción,



empezaba por rendir tributo de agradecimiento a los dioses, autores primeros de todo bien. El que obtenía un provecho, hacía un descubrimiento, heredaba, ganaba en el juego, tenía suerte en la caza, triunfaba en un concurso, obtenía éxito en sus empresas, prosperaba en su comercio, se creía obligado a hacer una ofrenda. Los productos naturales del suelo, principalmente, estaban sometidos al pago del diezmo sagrado. En este punto la obligación se mantuvo más tiempo y siguió siendo más estricta que en cualquier otro. Cuanto nace, cuanto crece, constituía materia de homenaje y las generaciones humanas no estaban dispensadas del tributo. Los griegos han conocido esta bárbara costumbre, y el ἀπαρχή ἀνδρῶν ha proporcionado primitivamente víctimas para los sacrificios, más tarde individuos para la hierodulia y la colonización.

Una vez admitida la obligación de la ofrenda, los sacerdotes trataron de reglamentarla y de determinar su cuantía. Esta se fijó comúnmente en el diezmo de los objetos cuyas primicias eran debidas, o bien todavía en múltiplos del diezmo.

Con el tiempo, la ofrenda adquirió otro carácter. No fue obligatoria más que en ciertos casos, por ejemplo, tratándose del botín, o de ganancias extraordinarias e imprevistas, como un hallazgo. Lo fue también cuando resultaba de un compromiso formal, por ejemplo, de un voto hecho. Faltar entonces era cometer un verdadero delito que los dioses, o los hombres a falta de ellos, castigaban. Pero, salvo estas circunstancias, la ofrenda no fue más que homenaje voluntario y libre, en una palabra, acto piadoso. Los dioses, por lo demás, tenían medios para recordar a los hombres y a las ciudades el pensamiento de honrarles con presentes. Las calamidades públicas, las enfermedades, las hambres, las guerras, los prodigios eran advertencias. Lo mismo también los oráculos, los sueños, las apariciones. Los dioses especificaban aún, en caso necesario, las cosas que podían satisfacerles.

No es posible pensar en la enumeración de todos los casos en que los Estados o los individuos hacían ofrendas.

He aquí los más frecuentes: 1.º ofrendas para implorar una merced; 2.º para dar gracias por un triunfo alcanzado en la guerra o en los juegos, una curación, una salvación milagrosa, casamiento, parto feliz, proceso ganado, libertad recobrada por el pago de rescate, emancipación, magistratura obtenida, beneficio realizado; 3.º para expiar, por ejemplo, confiscaciones y multas con que se castigaban los sacrilegios. Los dones a los dioses se prodigaban principalmente en la época de las fiestas. Ocurría también que se hicieran ofrendas, siempre semejantes, en épocas fijas, en virtud de costumbre, de una prescripción legislativa, o de fundación perpetua. Se distinguían, por tanto, las ofrendas usuales, regulares, que obedecían a causas permanentes, y las ofrendas extraordinarias motivadas por un acontecimiento especial.

La ofrenda exige el concurso de dos personas, el individuo que ofrece y el sacerdote que recibe en nombre de la divinidad. Se divide en dos actos, aquél por el cual el donante se desprende, y aquél en que el sacerdote coge en nombre del dios. Las intenciones del donante y del sacerdote, las fórmulas que recitan, y ellas solamente, tienen la virtud de comunicar a los objetos carácter sagrado, llegan a imprimirlo a cualquier objeto en absoluto, sea el que quiera.

La donación es a veces plena y entera, sin condición ni reserva. Otras veces no se confiere sino la nuda propiedad del objeto. Así el donante puede dar una tierra conservando el usufructo, puede asimismo dar dinero, estipulando de antemano la aplicación que ha de hacerse de las rentas. Hay casos en que el dón es puramente ficticio, cuando el dueño, para emancipar a su esclavo, le consagraba a un dios, especificando que permanecía a su servicio hasta que muriera. Hay una forma singular de ofrenda que consiste en donar a los dioses aquéllo de que no se tiene la propiedad o no se puede disponer libremente, invitándoles en una oración a apoderarse ellos mismos de lo ofrecido. Por este procedimiento pueden entregarse los enemigos propios, o los de los dioses que se adoran, a

la divinidad. Se invoca contra ellos la venganza de los cielos y se les entrega a quien quiera hacerse ejecutor de ella. Esta consagración recae sobre las ciudades o sobre la persona. El suplicio es, originariamente, una ofrenda verdadera. La víctima es dada a los dioses que ha ofendido, para apartar de su familia, de su país escarnecido por ella, el contagio del crimen y el riesgo del castigo.

El objeto ofrecido al dios y por él recibido viene a ser *ἱερὸν*. Robarlo, mudarle de lugar, hacer de él uso distinto y apropiárselo son actos sacrílegos. Las ofrendas, es cierto, pueden ser despojadas de este carácter sagrado, dedicadas a usos profanos, hasta destruídas, pero es preciso para ello la intervención de la autoridad pública, de acuerdo con la autoridad religiosa.

Es probable que las ofrendas se hicieran en un principio en especie. No eran más que parte de los bienes del hombre, cedida por él a los dioses. Pero muy pronto se sustituyeron a estas rentas objetos cuya forma recordaba el origen de la antigua ofrenda y cuyo valor era igual, permitiéndose las *ofrendas simbólicas*, hechas a imagen de la cosa cuyas primicias representaban. Así se explica aquella cosecha de oro que los metapontinos enviaban a Delfos, las espigas doradas que mencionan los inventarios del Partenón, las viñas, los árboles, las plantas, los animales que se encontraban en todos los santuarios, de barro, de bronce, de plata, de oro. De esta suerte, en lugar de hombres, no se consagraron más que representaciones humanas; así se fabricaron para los templos, lo mismo que para las tumbas, imágenes de objetos, impropios para ser usados, destinados únicamente a evocar el recuerdo y a presentar la imagen de las cosas efectivas. Luego, con el tiempo, se dejó de tener en cuenta la íntima relación existente entre la ofrenda y la causa. Los sacerdotes tenían la costumbre de vender los panes, los animales consagrados que no necesitaban para los usos del templo y sustituirlos por una ofrenda del valor del precio obtenido, y los donantes verificaron también previamente la sustitución. Desde entonces ocuparon vasos y está-

tuas, generalmente, el lugar de las ofrendas primitivas.

Las ofrendas podían referirse a toda clase de objetos materiales, tierras, edificios, capitales, árboles o plantas, seres animados, personal de servicio, objetos destinados al culto o al adorno del santuario, etc.

(Según Homolle, *Dictionnaire des antiquités*, II, páginas 364 y siguientes).

#### 16.—UNA FUNDACIÓN PIADOSA

Cuando los Diez Mil llegaron a Cerasonte, se repartieron el botín. Se reservó el diezmo para Apolo y Artemisa y los generales fueron encargados de hacer la ofrenda. Jenofonte recibió, con tal motivo, parte de aquel dinero, y he aquí el uso que de él hizo, una vez que se hubo establecido en Scilonte.

«Compra en este lugar un terreno que consagra a Artemisa. En él erige un templo y un altar, y desde entonces no deja de ofrecer a la diosa un sacrificio y el diezmo de los productos de sus tierras. Todos los moradores de la ciudad y de sus cercanías, hombres y mujeres, toman parte en la fiesta. La diosa provee a los asistentes de harina de cebada, pan, vino, golosinas, parte de las víctimas cebadas en los pastos sagrados y caza. En esta ocasión, efectivamente, los hijos de Jenofonte y los de los demás ciudadanos organizan una gran cacería a la que es admitido todo el que lo desea. Se cazan ya en el dominio de la diosa, ya en el de Foloé, jabalíes, venados y ciervos. En el recinto consagrado a Artemisa hay bosquecillos y montañas cubiertas de árboles, donde pueden criarse cerdos, cabras, bueyes y caballos, tantos que es fácil dar de comer bien a cuantos acuden a la fiesta. Alrededor del templo mismo se ha plantado un vergel de árboles frutales, con lo que hay frutas en todo tiempo. El templo se asemeja, en pequeño, al de Efeso, pero en Efeso la estatua de la diosa es de oro, y aquí es de madera de ciprés. Cer-

ca del templo hay una columna con esta inscripción: «Estas tierras están consagradas a Artemisa. El que las ocupe y recoja sus frutos, habrá de ofrecer todos los años el diezmo, y con el resto proveer al sostenimiento del templo. Si no cuida de hacerlo, la diosa cuidará de que lo haga».

(Jenofonte, *Anabasis*, V, 3).

17. — RENTAS DEL TEMPLO DE DELOS (POR EL AÑO 180  
ANTES DE JESUCRISTO)

1.º *Locales y arrendamientos.*—Apolo Delio poseía casas y tierras de labor que arrendaba. Las condiciones se ajustaban a un modelo de contrato que se ha encontrado en nuestros días. El contrato se hacía por diez años; el arrendatario había de presentar fianza en un plazo determinado, sin lo cual se anulaba el arrendamiento; la renta se pagaba en épocas fijas, y si había retraso, se aumentaba en concepto de multa. Luego venía un conjunto de medidas de rigor sucesivamente aplicables: venta de las cosechas, embargo de los animales y de los esclavos, embargo general de los bienes, cualesquiera que fuesen, pertenecientes al arrendatario o a sus fiadores, inscripción hereditaria en la lista de los deudores del dios.

2.º *Derechos.*—Se cargaban, por concesión del Estado delio, sobre la navegación, el comercio o la industria. Consistían en un derecho sobre la pesca de la púrpura en aguas de la isla, otro sobre la pesca general en el estanque o en el mar, sobre los que disfrutaban los prados del dios, derechos de anclaje sobre los barcos que fondeaban en el puerto, de descarga sobre las mercancías importadas.

3.º *Préstamos con interés.*—El templo prestaba sus capitales a particulares o al Estado. Los préstamos eran

consentidos por diez años y al 10 por 100. El deudor había de proporcionar hipoteca y presentar fiadores. En caso de insolvencia, el dios tenía derecho de embargar sus bienes y los de los fiadores. Las garantías no eran menores cuando se prestaba al Estado. La ciudad estaba representada por fideicomisarios, que sin duda eran responsables y que habían de presentar fiadores. Daba en hipoteca las rentas públicas.

4.º *Ingresos diversos*.—Consistían principalmente en el producto de la venta de los gansos, de las tórtolas dadas en ofrenda, de las pieles de las víctimas inmoladas, el producto de los cepillos, etc. (1)

(Homolle, *Bulletin de correspondance hellénique*, t. VI (1882), págs. 62 y siguientes.

#### 18.—LOS EXVOTO EN DELOS

Las ofrendas de los fieles venían todos los años a amontonarse en el templo de Apolo Delio y en sus dependencias. Se las conservaba con cuidado y de ellas se hacían inventarios detallados. Cuando estos objetos se habían deteriorado o estorbaban por su acumulación, se les enviaba a fundir y se hacían de ellos lingotes.

Apolo tenía en primer lugar su vajilla, su servicio de mesa, compuesto de vasos y platos de todas formas, generalmente de plata o de oro, entre los cuales abundaban más las fiallas. Eran especies de fuentes o de copas de boca muy ancha, cuyo adorno variaba hasta el infinito. Los templos de Delos las poseían en cantidades considerables. Sólo el santuario de Apolo contenía más de mil seiscientas, lisas o adornadas, cinceladas o labradas en

---

(1) Las rentas anuales del templo ascendían aproximadamente a 28.000 pesetas.

relieve, con decoración de frutas o follaje, animales o figuras, doradas o damasquinadas y también con piedras preciosas incrustadas. Luego había vasos de todas clases, de todos nombres, de todas formas, de todos tamaños, vasos para beber y vasos para las libaciones. Había cofres, cazoletas para el incienso, lámparas, candelabros de metal, arañas de cristal, mesas para poner las ofrendas, pies para exponer las estatuas, trípodes, en suma; un mobiliario completo.

Después del servicio de mesa venía el guardarropa, multitud de telas y alhajas, de tocados y coronas, de tejidos bordados de oro y púrpura que servían para vestir la imagen del dios, o, en su defecto, para vestir a los sacerdotes. La estatua de Apolo llevaba a la cabeza una corona, y el tesoro tenía una diadema de repuesto. Una sortija brillaba en el dedo del dios. Las Carites eran coronadas de igual modo. Otra estatua también tenía guardarropa y tocado completos. Luego había multitud de coronas, de sortijas, de brazaletes, de collares, cadenas, agujas, pendientes, enriquecidos con piedras preciosas o adornados con piedras grabadas, broches, cajitas para perfumes y cofrecillos para el afeitado, abanicos y espantamoscas de marfil con incrustaciones de oro. Todos estos objetos se mostraban al público los días de fiestas solemnes y debían producir maravilloso efecto.

Añadid los útiles de los diversos oficios, sondas y caduceos, arcos y aljabas, espadas y cascos, anclas y timones, multitud de exvotos consagrados por los fieles en memoria de los peligros de que habían escapado; finalmente, lingotes de metal y monedas, sobre todo obras de arte, muebles con tableros pintados, cuadros, retratos, estatuillas de hombres o de animales de oro, de plata, de bronce o de madera, estatuas de Artemisa y de Apolo de mármol y de madera dorada.

(Diehl, *Excursions archéologiques en Grèce*, páginas 179-181. París, Colin, éditeur).

## 19.—DEUDORES DEL TEMPLO DE DELOS

Intereses pagados por las ciudades siguientes (Años 377/6, 376/5 y parte de 375/4 antes de Jesucristo):

Miconos.....	1.260	dracmas
Syros.....	2.300	»
Tenos.....	1	talento
Ceos.....	5.972	dracmas 4 1/2 óbolos.
Sérifos.....	1.600	»
Sifnos.....	3.194	>
Ios.....	800	>
Paros.....	2.970	>
Ænoe de Icaros....	4.000	»
Thermæa de Icaros.	400	>
<i>Total</i> .....	4 tal., 3.993 dr., 2 1/2 ób.	(27.489 pts.)

Intereses pagados por los particulares cuyos nombres siguen:

Aristón de Delos, en nombre de Apolodoro de Delos.....	900	dr.
Artysiléos de Delos, por Glaukétos de Delos.....	700	»
Eypsocles de Delos.....	800	»
Agasicles de Delos, por Theocys de Delos.....	225	>
Theognetos de Delos, por Hypsocles de Delos.....	912	> 3 ob.
Antipatros de Delos, por Hypsocles de Delos.....	287	> 3 »
Poly... de Tenos, por M... de Tenos...	400	>
Leucinos de Delos, por Cletarcos de Delos.....	840	>
Cleofón de Delos, por Pistoxenes de Delos.....	350	>
Patrocles de Delos, por Hypsocles de Delos.....	300	»
Aristides de Tenos, por Ænades de Tenos.....	210	>
<i>Total</i> .....	4.965	dr. (4.866 pts.)

(*Corpus inscript. Atticar*, t. II, 814.)



## 20.—ADMINISTRACIÓN DE LOS BIENES DE APOLO DELIO

Los bienes del dios se administraban por cuatro hieropes anuales. No se sabe cómo eran nombrados, si por elección o a la suerte.

Se les ve dar a préstamo con interés las sumas disponibles, en arrendamiento los bienes raíces, arrendar asimismo los impuestos, examinar los contratos de obras por ejecutar y pagar a los contratistas. Tienen, por último, a su cargo la custodia de las ofrendas consagradas al dios y del material del culto.

Están sometidos a la autoridad de la Asamblea popular, que en materia financiera como en todo lo demás es soberana. El secretario de la ciudad asiste a todas las operaciones y da valor con su presencia a los actos de los hieropes. La entrega del tesoro se hace en su presencia. Entradas y salidas, todo movimiento de la caja es certificado por él. No tienen lugar sino conforme a la decisión del pueblo. Las obras ejecutadas en los edificios sagrados o las propiedades del dios no se adjudican, los pagos no se efectúan sino conforme a las leyes y en virtud de un decreto especial. Los hieropes son nombrados por el pueblo, y sin duda éste puede destituirlos. Están obligados a rendir cuentas.

Intervención más directa, incesante aun, es ejercida por el Senado entero, en particular por la sección permanente, es decir, por los pritaneos en ejercicio. Asisten y vigilan a los hieropes en todos los actos de su administración. Sin ellos no se pueden hacer los inventarios, ni hacer entrega del tesoro, ni abrir la caja sagrada.

El tesoro sagrado está depositado en el templo de Apolo. Se le llama *επὶ κιβωτός*. El dinero se conserva en jarras. Cada una lleva un letrero que contiene una o varias de las indicaciones siguientes: Procedencia de la suma contenida en la vasija, año y mes del ingreso, nom-

bre y calidad de los magistrados que la han recontado, con la fecha, naturaleza del ingreso y cuantía de la suma.

Las rentas del dios no se pagan directamente a los hieropes, sino que hay intermediarios. Estos seguramente no son arrendatarios. ¿Son recaudadores? ¿Son banqueros? Se ignora. Ingresaban el dinero, anotaban en sus registros el total de lo recibido, y al final del ejercicio entregaban lo recibido a los hieropes, con documentos justificativos.

Cuando los hieropes tenían que hacer un pago, sacaban del templo una jarra. Unas veces se gastaba todo el contenido de ésta, otras parte solamente. No había la obligación de gastar siempre de la misma hasta vaciarla. Podían empezarse varias sucesivamente.

(Homolle, *Bulletin de correspondance hellénique*, tomo VI (1882), págs. 58-61, 71-72, 76-77).

## 21.—LA ORACIÓN

«Toda persona discreta, dice Platón, implora a la divinidad, mañana y tarde, mediante libaciones, el humo del incienso y la oración».

Las oraciones no se dirigían siempre a los mismos dioses, variaban según las circunstancias. A veces se invocaba a los dioses en general, a veces se invocaba a uno solamente, sobre todo si se solicitaba un favor para el cual tenía competencia especial. Muchas veces, al invocar a un dios por su nombre, se ponía en guardia el suplicante contra la posibilidad de no ser escuchado. «Nosotros los humanos, dice Platón, no sabemos nada acerca de los dioses, ni sobre su naturaleza, ni sobre los nombres que se dan a sí mismos y que son, sin embargo, los verdaderos. De donde procede que haya costumbre, al invocarles, de confesar esta ignorancia y de añadir: «con cualquier nombre que os plazca ser nombrados». Lo

mismo se lee en Esquilo: «¡Zeus, quien quiera que seas, si este nombre te agrada, con este nombre te invocó!»

En las oraciones solemnes se observaban ciertos ritos. Por lo menos había que lavarse las manos y que rociarse con agua lustral (bendita). Se hacían también libaciones y se quemaba incienso, colocándose una corona en la cabeza. Cuando el suplicante se dirigía a los dioses del cielo, alzaba las manos y se volvía del lado del oriente; cuando a los dioses marinos, tendía las manos hacia el mar; cuando a las divinidades subterráneas, las bajaba hacia el suelo. A veces se cogía un bastón de suplicante, envuelto en lana, o una rama de olivo. Comúnmente se oraba de pie. No obstante, no era raro arrodillarse, prosternarse en tierra y besar el suelo. Las gentes piadosas, cuando pasaban por delante de un santuario, tenían costumbre de llevarse la mano a la boca.

Generalmente la oración se recitaba en voz baja, pero también se presentaban a los dioses oraciones escritas. Se utilizaban para ello tablillas que el fiel depositaba, autorizadas con su sello, en los pliegues de las vestiduras del dios, o que se fijaban en sus rodillas con cera.

Un diálogo platónico nos muestra la idea que de la oración se formaban los grandes espíritus de Grecia. Sócrates propone en él esta fórmula: «Zeus, danos los verdaderos bienes, pidámoslos o no, y aleja de nosotros los males, aun cuando los pidiéramos». Sócrates rogaba también a los dioses que le concediesen lo que sabían ser bueno para él, porque mejor que a él se les alcanzaba lo que le convenía. Como no había dogmas, cada cual se colocaba, para orar, desde el punto de vista de sus creencias, y el nivel medio de éstas no era muy elevado.

En las ceremonias públicas ocupaba mucho lugar la oración, en forma de himnos y cánticos. En el momento de ir a la batalla o de abandonar el puerto, en las bodas y en los funerales, hasta en el final de la comida y el principio del symposion, se cantaba una especie de oración llamada *Pcean*.

(Schömann, *Antigüedades griegas*, tomo II).

## 22. — LAS PANATENEAS

Las Panateneas eran la gran fiesta religiosa de Atenas, dedicadas a la divinidad protectora del Estado, Atena. Tenían lugar en el mes de Julio, y cada cuatro años se celebraban con especial esplendor. Duraban entonces seis días y llevaban el nombre de *Grandes Panateneas*.

Empezaba la serie de fiestas con las representaciones del Odeón, en que se dejaban oír los maestros de canto y de recitado, de cítara y de flauta. La música coral se ejecutaba en el teatro vecino. Luego venían los juegos gimnásticos, comprendiendo, a más de las luchas comunes del estadio, carrera, pancracio y otras, la carrera de las antorchas que tenía lugar en noche sin luna y era la parte más brillante de la fiesta. La mayor parte de los ejercicios hacían aparecer sucesivamente a competidores de distinta edad, niños, adolescentes y adultos. Los rivales se presentaban unas veces en nombre propio, otras en nombre de su tribu. Los vencedores obtenían como premio vasos de barro pintados, llenos de aceite cosechado de los olivos sagrados. Se concedían a los vencedores que habían concurrido por su propia cuenta de 6 a 140 ánforas de esta especie, recibiendo los otros tan sólo presentes honoríficos, que consagraban piadosamente a la diosa en nombre de su tribu. Era un motivo de emulación para las diez tribus, pues cada una quería presentar los campeones más hermosos y robustos. A poca distancia del Pireo estaba el Hipódromo, donde se verificaban las carreras de caballos y de carros. Delante del Pireo tenían lugar las regatas de las trirremes. La tribu cuyos barcos de guerra se habían distinguido más, recibía una suma de dinero para ofrecer un sacrificio.

Cuando habían terminado los juegos se celebraba la procesión, que desde la salida del sol se reunía en el barrio del Cerámico para subir de allí a la Acrópolis. De

igual modo que en las pequeñas Panateneas se ofrecía todos los años a la diosa un peplos tejido bajo la inspección de los sacerdotes por las doncellas de Atenas, para vestir de nuevo la vieja estatua de madera el día del aniversario del nacimiento de la diosa, así también en las grandes Panateneas se llevaba al santuario un tejido magnífico, puesto a modo de vela en un barco con ruedas. Era un paño en que se habían bordado las acciones de la diosa, así como los acontecimientos de la historia nacional, hasta los retratos de los ciudadanos que habían servido bien a la patria. En esta procesión se veía desfilar a los vencedores de los días precedentes, los más hermosos y robustos de los atenienses de todas las edades, en carros, a caballo, a pie, con trajes de fiesta, coronados de flores y en solemne ordenación. Era la flor de la ciudad que se presentaba a la divinidad del Estado.

Pero el poderío del Estado mismo se manifestaba también en aquella ceremonia. Después de los ciudadanos iban los metecos, que se encargaban de ciertos menesteres inferiores, que habían de llevar las sombrillas, los asientos, los vasos preciosos, las fuentes, las ánforas, y a quienes de esta suerte se recordaba su estado de sujeción. Todas las colonias de Atenas estaban representadas por diputaciones obligadas a inmolar a la diosa bueyes y corderos. Se tenía costumbre aun, en el siglo v, de invitar a los embajadores de las ciudades extranjeras para que asistiesen a aquel despliegue espléndido del poderío y de la riqueza de Atenas.

(Curtius, *Historia griega*, t. II).

### 23.—LA PROCESIÓN DE LAS PANATENEAS

Al frente iban los pontífices, viejos elegidos entre los de mejor presencia, vírgenes de familia noble, las diputaciones de las ciudades aliadas, con ofrendas, luego metecos con vasos y utensilios de oro y plata cincelada, los

atletas a pie, o en sus caballos, o en sus carros, larga fila de sacrificadores y de víctimas, finalmente el pueblo con traje de fiesta. La trirreme sagrada se ponía en movimiento, llevando en el mástil el velo de Palas que las doncellas sostenidas en el Erecteion habían bordado. Partida del Cerámico, la procesión iba al Eleusinion, daba vuelta a este lugar, seguía a lo largo de la Acrópolis al norte y al este, y se detenía cerca del Areópago. Allí se desataba el velo para llevarlo a la diosa, y el cortejo subía la inmensa escalera de mármol de cien pies de larga, de setenta de ancha, que conducía a los Propileos, vestíbulo de la Acrópolis. Esta meseta abrupta y enteramente consagrada a los dioses desaparecía bajo los monumentos sagrados, templos, capillas, colosos, estatuas, pero desde su altura de cuatrocientos pies, se dominaba toda la comarca. Entre las columnas y los ángulos de los edificios perfilados en el cielo, los atenienses percibían la mitad de su Ática, un círculo de montañas desnudas, abrasadas por el verano, el mar brillante marcado por la saliente mate de sus costas, el Pentélico, el Himeto y el Anquesmo.

Llevaban el velo hasta el Erecteion, el más augusto de sus templos, verdadero relicario donde se conservaba el Paladio caído del cielo, la tumba de Cécrope y el olivo sagrado, padre de todos los demás. Allí toda la leyenda, todas las ceremonias, todos los nombres divinos elevaban en el espíritu un vago y grandioso recuerdo de las primeras luchas y de los primeros pasos de la civilización humana. En la semiclaridad del mito, el hombre vislumbraba la lucha antigua y fecunda del agua, de la tierra y del fuego, la tierra emergiendo de las aguas, tornándose fecunda, cubriéndose de plantas útiles, de semillas y de árboles alimenticios, poblándose y humanizándose bajo la acción de las fuerzas secretas que ponen en pugna las fuerzas salvajes, y poco a poco, a través de su desorden, establecen el ascendiente del espíritu... En aquel lugar el ateniense percibía, oscura e indistinta, la historia de su raza. Persuadido de que los manes de sus fundadores y de sus antepasados seguían viviendo alrededor de la tum-

ba y prolongaban su protección a los que honraban su sepultura, les llevaba tortas, miel y vino, y al depositar sus ofrendas, comprendía en una mirada, atrás y adelante, la larga prosperidad de Atenas, y unía en la esperanza su porvenir a su pasado.

Al salir del santuario antiguo donde la Palas primitiva moraba bajo el mismo techo que Erecteion, veía casi enfrente el templo erigido por Ictino, donde habitaba sola y donde todo hablaba de su gloria... No tenía necesidad de reflexión y de saber, no necesitaba ojos y corazón de poeta para distinguir la afinidad de la diosa y de las cosas, para sentirla presente en el esplendor del aire iluminado, en el brillo de la luz sutil, en la pureza de aquel aire fino a que los atenienses atribuían la viveza de su inventiva y de su genio. Ella era el genio del país, el espíritu mismo de la nación. Eran sus dones, su inspiración, su obra lo que veían manifiesto en todas partes tan allá como su vista podía llegar, en los campos de olivos y en las vertientes matizadas de diversos colores de las alturas, en los tres puertos en que humeaban los arsenales y se amontonaban navíos, en las largas y fuertes murallas que unían la ciudad al mar, en la hermosa ciudad misma, que con sus gimnasios, sus teatros, su Pnyx, con todos sus monumentos reedificados y todas sus casas recientes, cubría la altura y las laderas de las colinas, y que por sus artes, sus industrias, sus fiestas, su inventiva, su valor infatigable, habiendo llegado a ser «la escuela de Grecia», extendía su dominación por todo el mar y su ascendiente por toda la nación.

En aquel momento, las puertas del Partenón podían abrirse y mostrarse, entre las ofrendas, vasos, coronas, armaduras, aljabas, máscaras de plata, la colosal efigie, la Protectora, la Virgen, la Victoriosa, en pie, inmóvil, la lanza apoyada en el hombro, el escudo en pie a su lado, mostrando en la mano derecha una Victoria de oro y marfil, la egida de oro sobre el pecho, estrecho casco de oro puesto en la cabeza, con gran túnica de oro de diversos tintes, el rostro, los pies, las manos, los brazos desta-



cándose sobre el esplendor de las armas y las vestiduras con la blancura cálida y viva del marfil, los ojos claros de piedra preciosa brillando con claridad fija en la penumbra de la *cella* pintada. Ciertamente, al imaginar su expresión serena y sublime, Fidias había concebido una fuerza que excedía de todo límite humano, una de las fuerzas universales que guían el curso de las cosas, la inteligencia activa que para Atenas era la imagen de la patria.

(Taine, *Filosofía del arte*, t. I.)

#### 24.—LA FIESTA DE LAS ANTESTERIAS EN ATENAS

Las Antesterias debían su nombre a las flores ( $\alpha\nu\theta\eta$ ) que se presentaban como ofrenda y con que se adornaban los asistentes. Duraban tres días, desde el 11 al 13 del mes de Antesterion, que corresponde aproximadamente a fines de Febrero. Es una fecha en que abundan ya las flores primaverales en el clima de Atenas.

Los tres días se designaban con nombres especiales. El primero se llamaba  $\tau\acute{\alpha}$  Πιθοίγία (apertura de los toneles), el segundo οἱ Χόες (los jarros), y el tercero οἱ Χύτροι (las marmitas).

Los dos primeros de estos nombres están en relación con los episodios de la industria vinícola que habían dado lugar a que la fiesta fuera instituida. Primeramente el día en que se abría la tapa de los grandes *pithos* de barro cocido que contenían el vino de la cosecha pasada. El propietario probaba entonces su vino, para saber si había resultado bueno, y lo sacaba del *pithos* para venderlo en odres en el mercado. El aldeano lo llevaba a vender a la ciudad. El día siguiente, el de los jarros, todos festejan el final de la fabricación del vino y la adquisición que acaba de hacerse en alegre barahunda. El nombre del tercer día se debe a un rito menos primitivo, que está en relación con el papel de Dionisio en los misterios.

La jornada de los *Pithoigia* se inauguraba con un sa-



crificio doméstico que ofrecía cada padre de familia, rodeado de los suyos y de sus esclavos. Este sacrificio había de hacerse en el altar de Hermes Agyieus, colocado en todos los rincones de las calles, o en el altar de Zeus Herkeios, situado en la casa misma. Aprovechando la licencia que disfrutaban tanto esclavos como obreros, en aquel día se ajustaban para todo el año los obreros del campo. Por consiguiente, el primer día de las Antesterias había venido a ser el momento acostumbrado del principio y del fin de muchos ajustes anuales. El día de los *Pithoigia* lo era también de gran feria. Era ante todo mercado de vino; pero se vendían igualmente muchos cacharros.

Todos los templos estaban cerrados a partir de la mañana del 11 y durante los tres días. Uno solo permanecía abierto que estaba cerrado durante el resto del año, y era el de Dyonisos Eleuthereus. Encerraba el viejo *κοαρον* del dios, que se pretendía haber traído Pegaso, en el reinado de Anfición. En la noche del 11 al 12 se trasportaba aquella estatua, con cierto misterio, al pequeño santuario del Cerámico exterior.

La mañana del segundo día se dedicaba a los preparativos de la procesión solemne. Esta ceremonia tenía lugar al oscurecer, a las cinco, por consiguiente al resplandor de las antorchas. Partía del pequeño templo del Cerámico y terminaba en el Lenaion, con estaciones marcadas por cánticos y danzas sagradas. Toda una mascarada báquica se desplegaba en aquel cortejo, Sátiros y Panes, Silenos montados en burros, Coreutas vestidos con pieles de animales y coronados de follaje, agitando crótalos y campanillas de cobre, mujeres vestidas de Horas, de Ninfas, de Ménades, saltando al sonido de la flauta. Una porción de hombres enmascarados iban subidos en carros y desde ellos lanzaban a los espectadores apóstrofes burlescos y groseros. La mascarada y el cuerpo de los caballeros atenienses escoltaban el carro triunfal que llevaba el *κοαρον* de Dionysos. La procesión renovaba aquélla en que en otro tiempo el rey Anfición había instalado la estatua

en su templo del Lenaion. Pero era la procesión asimismo y ante todo una ceremonia nupcial. En ella se conducía la nueva esposa a su esposo divino, y esta esposa era la mujer del arconte rey en representación de la ciudad. Por eso la ceremonia se realizaba a la hora en que era costumbre conducir a la esposa a casa de su marido. Como en las bodas, había un carro en que iba la *basilissa* con traje de desposada, con el cetro en una mano y un membrillo en la otra. A su alrededor iban catorce *gérarai* o «damas de honor», designadas entre las más distinguidas de Atenas, en cuanto era posible entre las eupátridas.

A la llegada del cortejo al recinto del Lenaion, después de un sacrificio, las *gérarai* entraban con la mujer del arconte rey en el santuario. Allí se realizaba el rito misterioso del casamiento simbólico del dios con la *basilissa*. Las *gérarai* se retiraban en seguida y la nueva esposa pasaba la noche con el dios. Un personaje enmascarado, representando al demonio dionisiaco Comos, se colocaba ante la puerta cerrada para alejar a los profanos.

Entonces el populacho iba al teatro para el episodio final de la jornada, que era un gran concurso de bebedores. Se instalaban jueces como para los juegos. Cada trago se anunciaba con un toque de trompetas. El bebedor más valiente recibía como premio una corona de follaje y un pellejo lleno de vino. Los que querían hacer una hombrada, trataban de beberse el vino ganado puestos de pié encima de un pellejo impregnado de aceite resbaladizo.

No habrían creído poder los atenienses de todas las clases sociales dejar de tomar parte en estos desafíos báquicos, pero la personas de buena sociedad evitaban la alegría sonante y crapulosa que en ellos desplegaba la multitud. Festejaban los *Jarros* en banquetes particulares en que los invitados eran parientes y amigos. En aquellas comidas de la noche de los Joes, quería la costumbre que cada uno llevase su *χοῦς*, un vaso de barro nuevo comprado en la feria de la víspera, vaso que debía ser para todos de igual cabida. Se pasaba alrededor de la panza del vaso la corona de flores que se había llevado

durante la fiesta. Aquellas borracheras duraban la noche entera (Fivel, *Gazette archéologique*, 1879, págs. 7 y siguientes).

El día siguiente era el de las *Marmitas*. Cerca del templo de Zeus Olímpicos de Atenas había una hendidura del suelo, que se mostraba a los devotos y por donde se decía haberse sumido las aguas del diluvio de Deucalión. Aquel abismo era una puerta de comunicación con el mundo inferior, y los atenienses pensaban que aquel día las sombras de los muertos subían por allí a la tierra para venir a vagar alrededor de los vivos. Había que saciar el hambre que se suponía padecían en los infiernos y poner comida a su disposición. En cada casa, en el altar de Zeus Herkeios, protector del hogar, se encendía lumbre, y en la lumbre se colocaba una marmita sagrada de barro que sólo para esto se utilizaba. En ella se ponía a cocer una mezcla de toda clase de granos, que se llamaba *panspermia*, y de la cual estaban excluidas las habas. Se suponía que aquella *panspermia* era el alimento que Deucalión había puesto a cocer en la primera marmita que arrimó al fuego después del diluvio. Una vez cocida, estaba prohibido probarla, so pena de sacrilegio, a quien quiera que fuese. La marmita se dejaba intacta y llena, y nadie debía entrar durante el día en la habitación en que se había colocado sobre el altar, a fin de que las sombras errantes pudieran acudir a alimentarse libremente y sin testigos indiscretos.

(F. Lenormant, *la Grande Grèce*, tomo II, páginas 202-204).

## 25.—REPRESENTACIONES DRAMÁTICAS

Las fiestas en honor de Dionysos (Leneanas y Dionisiacas), ofrecían la particularidad de que en ellas se daban representaciones dramáticas durante tres o cuatro días. En el siglo v se admitían tres poetas trágicos y tres

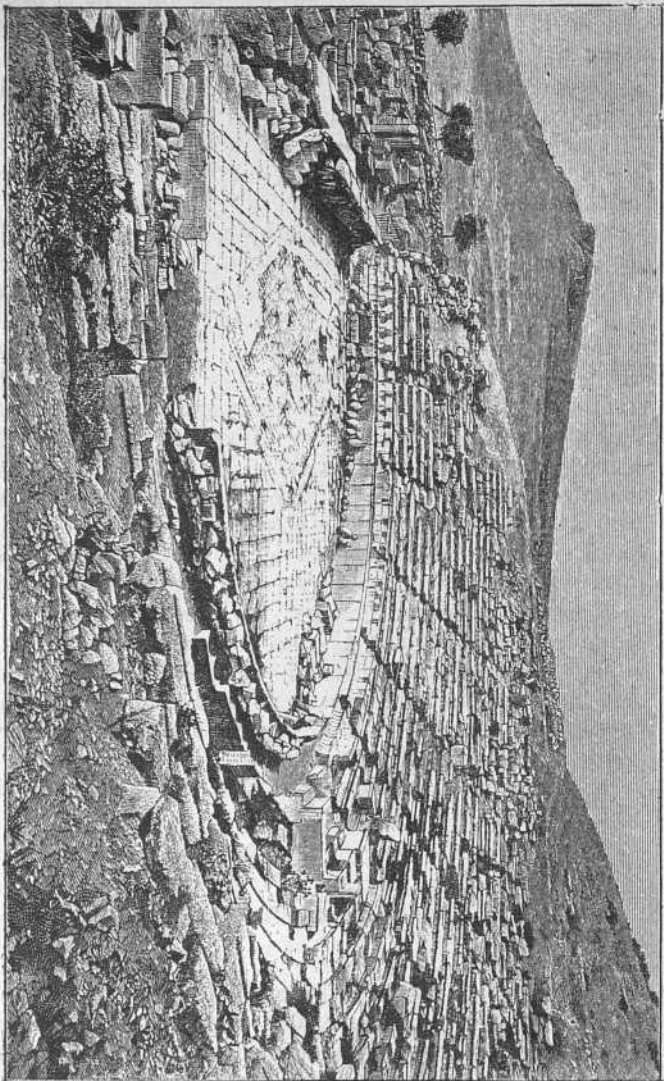


Fig. 52.—Teatro de Atenas.

poetas cómicos. Los primeros aportaban cada uno cuatro obras, tres de las cuales formaban una *trilogía*, es decir, una historia trágica en tres partes, en tanto la cuarta era un drama satírico, pieza cómica con un coro de satíros. Los segundos no entregaban cada uno más que una comedia. Estas obras, por lo demás, eran bastante cortas. La trilogía de Esquilo que ha llegado a nosotros (*Agamenón, Coéforas, Euménides*), consta en total de 3.796 versos, y las comedias de Aristófanes tienen por término medio 1.400 versos. Los poetas eran escogidos para las Dionisíacas por el arconte epónimo y para las Leneanas por el arconte rey. Cada uno de ellos recibía del magistrado una compañía de coristas y actores. Un ciudadano rico estaba encargado de reunir el coro, de hacerle instruir, de vestirle, de pagarle. El Estado se contentaba con pasar una retribución al poeta y a los actores. Los ensayos eran dirigidos por el poeta, que a veces, como sucedía a Sófocles, tenían un papel en la obra.

El teatro griego tiene tres partes principales: 1.º el θέατρον propiamente dicho, donde se sentaban los espectadores; 2.º la ὀρχήστρα, donde evolucionaba el coro; 3.º el λογεῖον, donde estaban los actores. El θέατρον se compone de cierto número de gradas dispuestas en semicírculo y adosadas a la ladera de una colina. El hemicírculo está dividido en secciones por escaleras que irradian de abajo a arriba y también por anchos pasadizos transversales. La orquesta es una plataforma artificial que ocupa más de la mitad del círculo inferior. Las gradas y la orquesta están a cielo descubierto. El λογεῖον da frente a la orquesta. En las ruinas de teatros que nos quedan, es una plataforma de piedra, de 12 pies de altura próximamente, abierta en dirección al teatro y cerrada por los otros tres lados. Como el fondo común de las obras era un palacio, el segundo término representaba usualmente un edificio de tres pisos, que se comunicaba con la escena por tres o cinco puertas. Se cree que la escena estaba resguardada por un techo construído a la ligera. Durante mucho tiempo, el teatro de Atenas no fue de piedra. En la época de

Sófocles, las gradas superiores estaban labradas en la peña, las inferiores eran bancos de madera. La orquesta era un círculo pavimentado con losas de mármol, y el escenario era de madera. El teatro de fábrica que existe todavía hoy, no fue terminado sino por el año 330 a. de J. C.

Platón afirma que contenía en ocasiones hasta 30.000 espectadores. Todos los moradores de Atenas, excepto los esclavos, tenían entrada en el teatro. Las mujeres también asistían a las comedias, no obstante ser tan licenciosas éstas. Cada cual pagaba su asiento, a razón de dos óbolos (32 céntimos) por todo el día. Los pobres percibían esta suma de los fondos del tesoro. Los ingresos iban a manos del arrendatario del teatro. Los mejores sitios estaban reservados para los magistrados, para los sacerdotes, para los extranjeros distinguidos, para los ciudadanos a quienes se quería honrar especialmente. Agentes de policía armados de bastones mantenían el orden. El público aplaudía o silbaba. Cuando el corega era generoso, no era raro que repartiese entre los espectadores bigos, golosinas u otros pequeños obsequios.

Las decoraciones eran tan poco complicadas como en nuestras obras teatrales del siglo XVII. Generalmente servían para toda la tragedia y para toda la comedia. Cuando había necesidad de cambiarlas, como en el *Ajax* de Sófocles, ignoramos la tramoya, porque no había telón. Quizá se limitaban a dar vuelta a los bastidores móviles (*περίακτοι*) que sostenían las decoraciones. Se empleaban ciertas maquinarias, si no para producir ilusión completa, al menos para facilitar la comprensión de la obra. 1.º la *ἐγκύκλιμα*, pequeño escenario montado sobre ruedas, que conducía a presencia del público a personajes que se suponía colocados en el interior de una casa. Así, en el *Agamenón* de Esquilo, Clitemnestra no mataba a Agamenón y a Casandra en escena, pero después del asesinato, sus cuerpos eran llevados fuera del palacio en la *ἐγκύκλιμα*. 2.º los fantasmas (*Persas* de Esquilo), surgían de debajo de la escena, ya por una escalera oculta, ya por escotillón. 3.º Los personajes que subían al cielo o que

de él descendían (*Medea* de Eurípides, *Aves* de Aristófanes), se colocaban en una plataforma puesta en movimiento con una cuerda y una polea. 4.º El *κεραυνοσκοπεῖον* era una combinación de espejos destinados a proyectar luces que imitaban los relámpagos. 5.º El *βροντεῖον* era un barril lleno de piedras que se rodaba sobre una plancha metálica para imitar el ruido del trueno.

Todos los papeles, incluso los de mujeres, eran desempeñados por hombres. Los actores trágicos tenían calzados de piso muy alto y grandes pelucas. Los trajes estaban rellenos para que parecieran más amplios. Los reyes y las reinas llevaban túnica con mangas (*χιτῶν*) que bajaba hasta los pies. Esta túnica estaba adornada con bandas de colores muy vivos en los personajes *dichosos*. Para los fugitivos y los desgraciados, el color era gris, verde o azul. Para el luto era negro. Las mujeres llevaban a veces cola. Eurípides hizo aparecer a algunos de sus héroes con el jiton desgarrado, pero se le censuró. Encima llevaban los comediantes una especie de chal, comúnmente de colores vivos. Los dioses y las diosas se distinguían por sus insignias (egida, caduceo, tridente, etc.). Los adivinos llevaban camiseta de lana; los cazadores un chal purpúreo arrollado al brazo izquierdo. Los actores, a quienes el calzado dificultaba para andar, se apoyaban frecuentemente en un bastón. Los coristas no usaban calzado alto, ni probablemente máscaras. El jiton era corto, el himation era un pañolón cuadrado, puesto sobre los hombros. El color y la calidad de estas ropas estaba en armonía con la condición social de los individuos que representaban.—El traje de la comedia era próximamente el corriente, salvo que el pecho y el vientre de los actores se exageraba de una manera gro-



Fig. 53  
Actor trágico.

tesca metiéndose almohadones. Los coristas estaban vestidos diferentemente, según la composición del coro. Las *Aves* de Aristófanes tenían alas, las *Arispas* aguijones, las *Nubes* llevaban grandes mantos flotantes. — Las máscaras constituían parte importante del equipo de los actores. Representaban ciertos *tipos expresivos*, de suerte que si un personaje pasaba de pronto de la felicidad a la desgracia, de la alegría a la tristeza, había de cambiar de máscara durante la representación. Las máscaras eran de corteza de árbol, y más comúnmente de



Fig. 54.—Actor cómico.

tela. La abertura de la boca era enorme y dispuesta, a lo que parece, de manera que reforzase la voz. La máscara trágica estaba coronada de espesa peluca; la máscara cómica era menos alta.

Terminadas las representaciones, una comisión de diez miembros, nombrados a la suerte entre los ciudadanos más competentes, concedía el premio al poeta trágico y al poeta cómico cuyas obras habían sido juzgadas las mejores. Primitivamente este premio era un macho

cabrío para la tragedia, un cesto de higos y un ánfora de vino para la comedia. Más tarde fue una corona de hiedra, que en el escenario era entregada al poeta por el arconte, en presencia del público reunido. Se daban premios a los coregas que habían hecho mejor las cosas y a los actores que habían desempeñado el papel principal en las distintas obras.

(Según Gow, *Minerva*, trad. de Salomón Reinach. Traducción española, Madrid, Jorro, editor).





## 26. — LA PEREGRINACIÓN DE OLIMPIA

La fiesta de Olimpia tenía lugar cada cuatro años. Era fiesta movable, como la Pascua de los cristianos, y se celebraba del onzavo al décimoquinto día de la hieromenia, es decir, del mes sagrado que se inauguraba con la aparición de la luna nueva más próxima al solsticio de verano. Caía, por tanto, a fines de Junio o principios de Julio.

Se informaba a los griegos de la fecha mediante mensajeros que partían de Olimpia e iban por grupos hasta los últimos confines del Mar Negro, hasta Egipto y hasta las colonias de España. Al propio tiempo estos enviados, llamados *theores*, proclamaban la tregua sagrada o *ekheiria*. He aquí algunos artículos de este reglamento: 1.º Serán suspendidas las hostilidades en todos los países desde el día en que se haya notificado la hieromenia; 2.º La comarca en que está situado el santuario de Zeus será inviolable para todos los pueblos que tomen parte en las fiestas. 3.º Todo cuerpo de tropas extranjeras debe deponer las armas al entrar en territorio eleano. 4.º La maldición del dios caerá sobre todos los que traten de apoderarse de este territorio o no hayan socorrido a los eleanos contra enemigos sacrílegos. 5.º Se infringirá una multa de dos minas por soldado a cuantos violen la tregua. 6.º En caso de negativa al pago, los culpables serán castigados con excomunión. 7.º La maldición y la multa serán el castigo de cuantos hagan violencia al viajero que se dirija a la fiesta de Olimpia.

En principio, todos los peregrinos eran considerados huéspedes de Zeus. Pero, entre ellos, algunos eran objeto de acogida privilegiada. Eran, por ejemplo, los huéspedes públicos de Olimpia, los diputados de las ciudades que habían convenido con el Estado eleano un contrato de hospitalidad, los *theores*, finalmente, encargados oficial-

mente por su ciudad de ofrecer un sacrificio a Zeus. Todos estos personajes eran objeto de consideraciones especiales, y si no se les alojaba a todos, se les daba de comer al menos en el pritaneo. En cuanto a los simples peregrin-

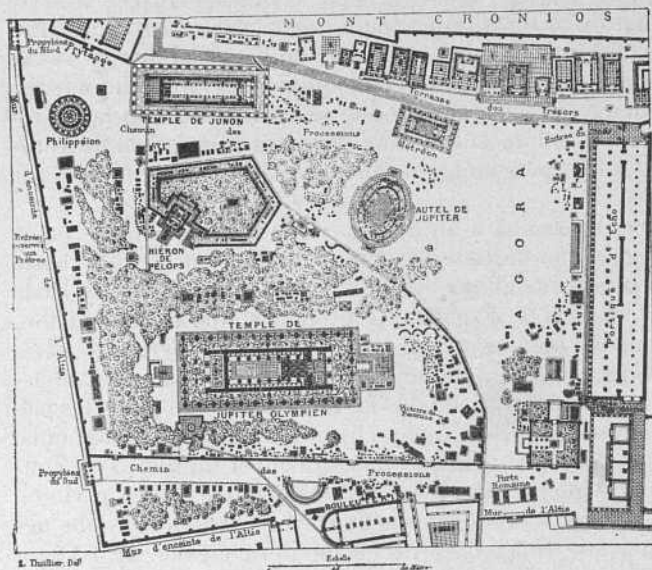


Fig. 55.—*Altis* o recinto sagrado de Olimpia.

nos, salían del paso como podían. Muchos habían venido a pie, como Sócrates (1), otros desembarcaban en las bocas del Alfeo y remontaban el río. Algunos buscaban acomodo en casa de un amigo, pero la mayor parte de los pobres dormían al raso, y al raso se duerme muy bien en aquel país y en aquella estación. Las personas acomodadas habían viajado a caballo o en vehículos. Llevaban

(1) Cuando no se iba deprisa, eran necesarios cinco o seis días para ir desde Atenas a Olimpia.

una tienda y acampaban en las orillas del Alfeo, alrededor del recinto, hasta en el Altis. A lo largo de los caminos y de los muros del recinto, se alineaban las barracas de madera en que vivían los mercaderes de toda especie, porque los juegos daban ocasión para una gran feria. Un pormenor dará idea del número de peregrinos. En el estadio podían caber por lo menos 40.000 personas, y sólo los hombres asistían a estos espectáculos. Parece que las doncellas estaban autorizadas para andar por el Altis en el momento de las fiestas. Pero las mujeres casadas estaban excluidas de esta autorización, so pena de muerte.

No faltaban atracciones a los peregrinos. En todo momento resonaba la voz de un heraldo, que proclamaba un decreto de ciudad extraña, la dedicatoria de una estatua o de una corona, un tratado entre varios Estados. Se aprovechaba la presencia de aquella muchedumbre de varias naciones para hacer públicas las disposiciones importantes de la vida pública o privada.

A pesar del calor abrumador, tropeles de peregrinos se agitaban en todos sentidos. Se alineaban ante el gran altar para contemplar un sacrificio, se colocaban para dejar paso a una procesión, corrían a los juegos, visitaban los templos, se extasiaban ante el Zeus de Fidias, visitaban sobre todo los viejos monumentos embellecidos por la leyenda, iban a la sala del Eco, para oír a las paredes repetir siete veces la misma palabra; se admiraban los exvotos, principalmente los que recordaban la patria, se escuchaban ávidamente las explicaciones de los exégetas, que repetían las páginas de sus catálogos descriptivos.

En las fiestas olímpicas tenían su principal asiento las vanidades humanas. A ellas se veían acudir las gentes célebres o los ambiciosos. Después de las guerras médicas, Temístocles se ostentó en Olimpia y su presencia ocasionó bastantes distracciones durante las ceremonias. Los filósofos Anaxágoras, Sócrates, Aristipo, Diógenes edificaron a la multitud en Olimpia con sus amables sermones o la escandalizaron con su fantasía cínica. En el

estadio se vió muchas veces a Pitágoras y a Platón, tanto más apasionados por las luchas cuanto que ellos mismos, en su juventud, habían logrado premios. Oradores, Gorgias, Lisias, Demóstenes fueron a ser admirados en la ciudad sagrada, y con frecuencia a dar a Grecia reunida una muestra de su talento. Los poetas, Píndaro, Simónides y muchos otros, buscaron en Olimpia inspiración y quizá clientes.

A los grandes hombres se mezclaban los charlatanes, seguidos de la admiración respetuosa de los tontos. El más original fue quizá Menecrates, aquel médico de Siracusa que antes de curar a sus enfermos les hacía firmar el compromiso de acompañarle a todas partes y obedecerle en todo. Un día, en los grandes juegos, se vió llegar en carne y hueso el divino cortejo de los dioses del Olimpo. A la cabeza iba Zeus, vestido con túnica de púrpura, armado con el cetro, la cabeza doblada bajo el peso de una corona de oro. Detrás de él se apretaba la santa cohorte divina, Apolo, Hermes, Heracles, Asclepios, con sus atributos consagrados, Eran el doctor de Siracusa y sus enfermos.

Pero el atractivo más serio de las fiestas eran las ceremonias del culto y los juegos.

Cada cual, conforme a sus recursos, aportaba su ofrenda. En tanto los ricos inmolaban hecatombes, las devociones más modestas se contentaban con un carnero, un cabrito, unas gotas de vino, unos granos de incienso. Según las reglas, las divinidades de Olimpia no acogían directamente más que a los ciudadanos de la Élida. Los extranjeros habían de serles presentados por un eleano, y debían pagar además un impuesto especial. Pero era lo común que ni siquiera los más pobres se asustasen por estas dificultades. Así, desde la mañana a la noche, los devotos rodeaban los altares en que humeaban el vino, los licores perfumados y la sangre. Cada cual tenía sus dioses preferidos, pero se sentía principalmente el deseo de ofrecer sacrificios a Zeus, y se esperaba pacientemente turno delante del gran altar. Era esta, en todo caso, una

obligación para los theoures de las ciudades. Las delegaciones avanzaban con sus trajes de fiesta, con túnicas blancas bordadas de oro, cuyas bandas purpúreas se agitaban al viento. Detrás del jefe de la misión, jóvenes de familia noble y esclavos llevaban los objetos del culto y las ofrendas o empujaban a la víctima. Según los casos, el proxeno de cada ciudad o los magistrados de Élis presentaban al dios al architheoures, que se prosternaba, entonaba un himno y daba la señal de la ceremonia. Cuando los sacrificadores habían quemado las piernas de la víctima y los adivinos habían dictado un oráculo, la procesión se alejaba para implorar a algún otro dios o para mezclarse a la muchedumbre.

La fiesta duraba cinco días. El segundo, el tercero y el cuarto se dedicaban a los juegos del estadio y del hipódromo. Hasta los tiempos del Imperio Romano, los concursos musicales y literarios no ocuparon lugar oficialmente en las asambleas de Olimpia. No obstante, las artes se deslizaron en ellas por iniciativa privada. Los sabios daban a conocer allí sus inventos nuevos. Muchas veces los pintores exponían sus obras. Poetas, oradores, filósofos, historiadores, peroraban o leían sus obras en las escaleras de los pórticos de los templos, con preferencia a la entrada del opisthodomos del templo de Zeus. En Olimpia adquirió su reputación Herodoto. Rapsodas declamaban episodios de Homero, de Hesiodo, de los poemas de Empédocles. Varias odas de Píndaro, de Simónides, de todos los cantores habituales de las victorias olímpicas fueron ejecutadas durante estas fiestas, con danza y música. Los retóricos conocidos iban allí a pronunciar discursos que se llamaban olímpicos o panegíricos. La política misma se introducía en la peregrinación. Isócrates expuso allí lo que Filipo de Macedonia representaba en el mundo griego. Lisias exhortó a los griegos reunidos, unas veces a dirigir sus fuerzas contra Persia, otras a derribar a Dionisio de Siracusa y a libertar a Sicilia.

(Laloux y Monceaux, *Restauration d'Olympie*, páginas 177 y siguientes. París, Quantin, libraires).

## 27.—LOS JUEGOS DE OLIMPIA (1)

Los juegos ocupaban en gran parte tres jornadas de la peregrinación. Durante horas interminables, cuarenta o cincuenta mil personas, venidas de todas partes del mundo, disfrutaban con placer divino viendo hombres que se maltrataban a puñetazos y caballos que luchaban en rapidez. El atractivo de aquellos espectáculos no consistía, como en las carreras de la Europa moderna, en la emoción vulgar de las apuestas. Lo que arrastraba a los helenos era una necesidad estética, la necesidad de admirar, en el pleno desarrollo de su belleza y la seducción de su audacia, a los dos reyes de la naturaleza, el hombre y el caballo. A este placer se mezclaba una preocupación patriótica. En aquellas arenas en que se encontraban todos los pueblos griegos, cada uno deseaba impacientemente el triunfo de su ciudad natal. No hay que decir que los competidores cedían sobre todo al acicate de la ambición personal, que querían hacer aplaudir su fuerza o su lujo, pero sabían también que su triunfo haría ilustre a su patria.

1.º *Los jueces de los concursos y los reglamentos.*— Todos los concursos eran presididos por los helanódicos o jueces de los helenos. Eran magistrados eleanos, designados para cada olimpiada, nombrados a la suerte entre una clase restringida de ciudadanos. Eran en número de diez. Entraban en funciones diez meses antes de inaugurarse las fiestas. Cuando iban a Olimpia, antes de penetrar en

---

(1) No eran los únicos en Grecia que tenían carácter internacional. Había también los juegos *ístmicos*, celebrados cada dos años en el istmo de Corinto, los juegos *nemeanos*, celebrados en Nemea de Argólida cada dos años, y los juegos *píticos*, celebrados en Crisa, de Fócida, cada cuatro años.

el recinto consagrado, se bañaban e inmolaban un cerdo. Recibían en el Bouleuterion el juramento de los competidores, de sus familias y de sus maestros. Ellos mismos, en el altar de Zeus Herkeios, juraban cumplir su deber. Examinaban a los atletas, los niños, los caballos y los potros, los clasificaban por clases, y hacían para cada concurso la lista de los competidores. Cuidaban, en fin, del arreglo material de los campos de carrera. Muchas veces se dividían en comisiones de tres jueces, que alternativamente presidían los diversos juegos. Para ellos se ponían asientos elevados en la extremidad del estadio o a la entrada del hipódromo. Su labor era muy complicada. Ordenaban a un heraldo llamar por su nombre a los concursantes, vigilaban el sorteo de los puestos, daban la señal, notaban las infracciones al reglamento, dictaban su sentencia y mandaban proclamar al vencedor. Tenían a sus órdenes agentes de policía mandados por el Alitarco.

He aquí los principales artículos del reglamento: 1.º Se excluye de los juegos a los esclavos y a los bárbaros; 2.º Se excluye también a los reincidentes en delito, a los homicidas, aun por imprudencia, a los sacrílegos, a los particulares o los ciudadanos de los Estados que no han satisfecho una multa; 3.º Todos los competidores deben hacerse inscribir de antemano en los plazos legales, pasar en el gimnasio de Élis cierto tiempo de prueba y prestar juramento; 4.º Se declara fuera de concurso al que llegue con retraso; 5.º Se prohíbe en absoluto a las mujeres casadas mostrarse en el Altis o en los campos de carrera durante la gran fiesta; 6.º Durante los ejercicios del estadio, los maestros de los competidores serán reclusos en un recinto cercano y allí deberán estar completamente desnudos; 7.º Se prohíbe matar al adversario, voluntariamente o por descuido, en la lucha o en el pugilato, so pena de perder el premio y de incurrir en multa; 8.º Se prohíbe empujar al adversario, recurrir a ningún manejo desleal; 9.º Se prohíbe intimidar al adversario, ofrecerle dinero para que se deje vencer; 10.º Será dado de palos cualquiera que trate de corromper a los jueces;

11.º Se prohíbe hacer manifestación pública contra la sentencia de los jueces; 12.º Cualquier concursante que no esté satisfecho de la decisión de los helanódicos, puede apelar al Senado de Olimpia, y hacer que sean condenados los jueces culpables, pero por su cuenta y riesgo.

Toda contravención era castigada con una multa que fijaba la ley y que decretaban los jueces. La familia del atleta y hasta su ciudad natal eran solidariamente responsables del pago de la suma.

2.º *Los competidores.*— Llegaban de todas partes del mundo helénico. A pesar de las apariencias que había de organización liberal, los concursos casi no eran accesibles más que a los ciudadanos de las clases altas. Sólo los ricos podían enviar tiros de caballos al hipódromo, criar caballos de carrera y satisfacer los gastos que ocasiona el mantenimiento de una gran cuadra. Aun para los ejercicios del estadio, la necesidad de una preparación larga, los gastos de viaje y de estancia en la Élide alejaban las más de las veces a las gentes del pueblo. En realidad, la lucha tenía lugar, en el hipódromo, entre los miembros de las aristocracias, en el estadio, entre los representantes de la burguesía.

Los competidores se hacían inscribir con un año de anticipación en un registro que llevaban los magistrados de Élis. Se preparaban por espacio de diez meses. Todos, salvo los que habían sido ya vencedores en Olimpia y algunos atletas universalmente conocidos, debían hacer una preparación de treinta días en el gimnasio de Élis. La mayor parte pasaban en él sus diez meses de prácticas, bajo la vigilancia de los helanódicos, que se informaban acerca de cada uno de ellos. Al aproximarse los juegos se trasladaban a Olimpia, donde se les alojaba en sitios especiales. Seguidos de sus padres, de sus hermanos y de sus maestros, iban con gran pompa al Bouleutéon. Allí ponían la mano sobre el altar de Zeus Herkeios, donde humeaban las entrañas de un jabalí, y juraban, en presencia de los helanódicos, luchar con lealtad.

3.º *Los diversos concursos.*— Comenzaba la primera



jornada con las carreras del estadio. Mucho antes de la aurora, todos los peregrinos, agrupados por naciones, se han reunido en los taludes. Al salir el sol resuena un toque de trompeta. Los helanódicos, vestidos de encarnado, cruzan todo el campo de carreras y van a su estrado que está frente a la meta. A su alrededor, en sitios reservados, se sientan los magistrados y los sacerdotes de Élis, los huéspedes públicos, los diputados de los Estados, to-

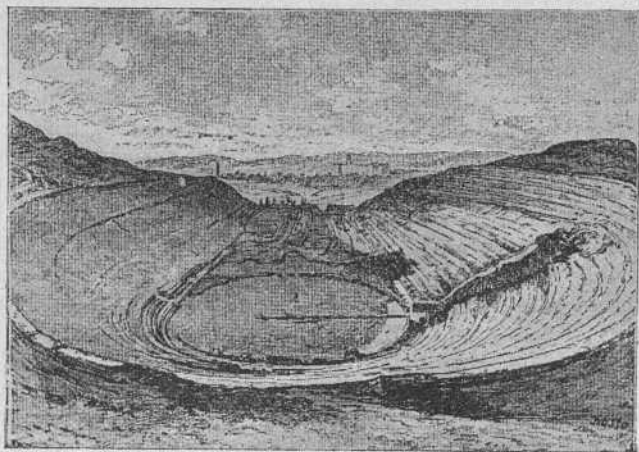


Fig. 56.—Estadio de Atenas.

dos los extranjeros de distinción. Cerca de allí se ve en sitio elevado la única mujer casada que es admitida al espectáculo, la sacerdotisa de Demeter Camina. He aquí que suenan de nuevo las trompetas. Un heraldo se adelanta en la arena y dice en alta voz: «¡Preséntense los corredores del estadio!» Un oficial de policía va llamando a los competidores, en tanto un pregonero los designa a la multitud, diciendo su nombre y su patria, preguntando si alguien pone en duda su calidad de ciudadano o de hombre honrado. Un helanódico arenga a los atletas y ordena a los

candidatos indignos que se retiren. Luego los corredores entran en un edificio situado entre el estadio y el hipódromo, para despojarse de sus vestidos y frotarse con aceite. Reaparecen desnudos. Se trae la urna de Zeus, vaso de plata que encierra fichas de madera en que están grabados caracteres alfabéticos. Cada competidor sortea uno de los veinte puestos que ha de ocupar. El alitarco recoge la ficha, la examina y hace conducir al atleta a su puesto. A toque de trompeta parten los cuatro primeros corredores. Se pone aparte al vencedor, al que ha llegado primero a la meta, cerca de los helanódicos. Sucesivamente salen cinco grupos de cuatro corredores. Luego se hace correr juntos a los que vencieron. Los jueces dictan su fallo y un heraldo proclama el vencedor definitivo, el olímpionico por excelencia, el que dará su nombre a la olimpiada. Tal es la carrera sencilla. Para la carrera doble (*diaulos*), se parte de donde están los helanódicos y se vuelve hacia ellos. En la carrera séxtuple (*dolicos*), se recorre seis veces la longitud del estadio. En cuanto a la carrera armada, se deja para el final de los juegos. En este ejercicio había que recorrer dos veces el estadio con equipo de guerra. Primitivamente se llevaba el equipo completo, escudo, casco, lanza, perneras. Poco a poco se aligeró la carga, tanto que en el siglo IV no se llevaba más que el escudo.

Lo mismo que las carreras, las luchas se complicaron cada vez más. En la lucha simple, la pelea era no más que con las manos. Para resultar vencedor, había que derribar tres veces al adversario y hacer que tocara al suelo con los hombros. Se sorteaba a los luchadores por parejas. Había en la urna dos letras *A*, dos *B*, etc. Los que resultaban con la misma letra combatían a un tiempo. Luego los vencedores de cada grupo volvían a formar parejas a la suerte, hasta que resultase un solo vencedor. Lo mismo se hacía en el pugilato y en el pancracio. En el pugilato, los atletas llevaban defendida la cabeza por un casquete de bronce. Sus puños estaban provistos de correas de cuero con cabeceras de metal. Era una lucha

terrible. Se observaban los luchadores antes de dirigir el golpe, alzaban los brazos para cubrir la cabeza, trataban de que al adversario le diera el sol en los ojos. Entonces, con toda su fuerza, se dirigía a los costados, a la cara o a los miembros del adversario el puño forrado de hierro. Comúnmente, se salía de este ejercicio estropeado o desfigurado, completamente bañado en sangre. Muchas veces el resultado era la muerte. El combate duraba hasta el momento que uno de los adversarios se declaraba vencido. El pancracio era una combinación de la lucha y del pugilato. Había derecho a pegar, a derribar, a apretar el cuello, pero no se debía hacer uso de los dientes, y las manos no estaban armadas de guanteletes. Se paralizaba frecuentemente al contrario retorciéndole o apretándole los dedos.

El pentatlo comprendía cinco partes: el salto, el disco, la javalina, la carrera sencilla y la lucha. Conocemos ya las dos últimas. Para dar el salto,

los competidores se subían a un montón de tierra. Tomaban impulso balanceando halteras, y de esta suerte saltaban distancias enormes, hasta cincuenta pies, según se dice. Se utilizaban para el ejercicio siguiente tres discos de bronce, de forma de lenteja, muy pesados y pulimentados, con un agujero. El atleta



Fig. 57.  
Salto con halteras.

subía al montón de tierra y lanzaba el disco lo más lejos posible. Con la javalina se tiraba al blanco. Sonidos de flauta acompañaban a los movimientos de los atletas. Se ha preguntado mucho en qué forma podía concederse el premio del pentatlo. Es probable que los tres primeros ejercicios fuesen pruebas eliminatorias. Con las piernas, el disco o la flecha se trataba de llegar a cierto límite. El que no lo lograba, quedaba excluido de la carrera y de la lucha.

Los ejercicios de los niños eran reproducción exacta

de los de los hombres. No obstante, pronto fue suprimido el pentatlo, demasiado fuerte para gente joven.

En el hipódromo, la carrera más antigua, la de los carros tirados por cuatro caballos, siguió siendo siempre la



Fig. 58.—Lanzamiento del disco.

más popular. Había que dar doce veces la vuelta a la meta. Más tarde se introdujeron los tiros de mulos, los carros con dos caballos, los carros con dos o con cuatro potros. La innovación más importante fue la de la carrera de caballos montados. No se hacían saltos de obstáculos, pero antes de llegar a la meta, el jinete tenía que tirarse al suelo y seguir al caballo sin abandonar las riendas. Se añadieron también carreras de yeguas y de potros. El premio era concedido al dueño del caballo o del carro, no al que le montaba o al cochero.

Se ignora en qué orden se sucedían los concursos.

En un principio, todo quedaba terminado en el día. Cuando se recargó más el programa, duraron tres días. Se empezaba con los ejercicios de los niños. Al día siguiente, por la mañana, se hacían las carreras de hombres, y por la tarde, la lucha, el pugilato, el pancracio. La mañana del tercer día se reservaba para el concurso hípico, la tarde para el pentatlo y la carrera con armas. Pero no siempre se observaba este orden.

En el siglo iv se imaginó hacer dos concursos de pregoneros y de trompetas.

4.º *Los vencedores.*—Después de cada ejercicio, un

heraldo proclamaba el nombre del vencedor, el de su padre y su patria. El atleta o el dueño del carro se acercaba

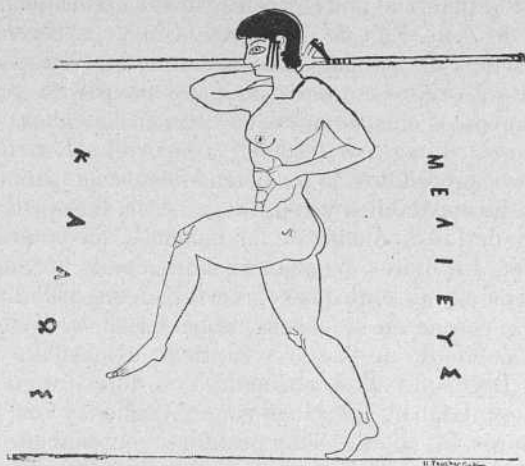


Fig. 59.—Lanzamiento de la javalina con ayuda de una correa.

a los jueces, que le entregaban una rama de palma. Entonces parientes, amigos, compatriotas, admiradores conocidos y desconocidos, le saludaban, le arrojaban flores, le levantaban en hombros. La distribución de los premios



Fig. 60.—Carrera de carros.

tenía lugar el último día de las fiestas. En un principio, se distribuían objetos preciosos, trípodes, telas ricas. Lue-

go, se dieron sencillas coronas de olivo silvestre adornadas con cintas. El árbol que las proporcionaba se decía haber sido plantado por Heracles y estaba cercano al gran templo de Zeus. En este templo tenía lugar la ceremonia. En presencia de los magistrados y de los sacerdotes eleanos, ante los representantes de todos los países griegos, los helanódicos colocaban las coronas en la cabeza de los vencedores. Luego se formaba un cortejo. Los nuevos olímpicos, precedidos de los helanódicos, acompañados de las autoridades civiles y religiosas, de los huéspedes públicos y de los diputados de las naciones, hasta de las estatuas de los dioses, bajaban al Altis, donde la multitud se estremecía de entusiasmo. Vestidos con brillantes colores, la corona en la cabeza, la palma en la mano, con acompañamiento de flautas y cánticos, avanzaban lentamente. Detrás de ellos, adornados con flores, el cuello levantado, piafaban los caballos, las yeguas y los potros vencedores. A su alrededor, cantores entonaban a toda voz poesías adaptadas a las circunstancias. Después de las estrofas o las canciones, todos los asistentes repetían a coro el estribillo consagrado de los versos de Arquíloco: «¡Gloria a ti, poderoso Heracles, vencedor en los juegos! ¡Gloria a ti, Iolaos! ¡Gloria a la noble pareja! ¡Tenela, tenela, gloria al vencedor!» El cortejo llegaba a los altares de los doce dioses. En medio de la multitud devota, los vencedores ofrecían sus sacrificios y sus oraciones de gracias. La procesión se ponía otra vez en movimiento. Esta vez se dirigía al pritaneo, donde los eleanos habían mandado preparar un gran festín. Al banquete de los vencedores se invitaba a todos los privilegiados de Olimpia, magistrados, sacerdotes, proxenos y theores. La multitud agrupada a las puertas recogía ávidamente el eco de los alegres vivas. La gloria de los vencedores quedará eternamente consagrada, una vez que sus nombres se hayan inscrito en el gimnasio en la lista de los olímpicos.

Desde este momento quedaba oficialmente cerrada la fiesta, pero de ordinario se prolongaba varios días por la generosidad de los vencedores. A su vez reunían en ban-

quetes a sus parientes, a sus amigos, a sus compatriotas. Alcibiades invitó a todos los peregrinos.

A partir del siglo VI, los vencedores tuvieron el derecho de consagrar una estatua en el Altis. Las más de las veces fue primeramente una figura ideal, pero todo atleta coronado tres veces pudo mandar hacer su retrato. Estas figuras eran encargadas habitualmente a los principales artistas de la época. Los gastos eran de cuenta del vencedor, de su familia, de su dueño o de su ciudad natal. El bien más precioso, decía un proverbio, era una estatua de oro en Olimpia.

La vuelta del vencedor a su patria era un deslumbrante triunfo. Llegaba con numeroso séquito de amigos y de curiosos. Hacía su entrada vestido de púrpura y montado en una cuadriga. Exeneto de Agrigento apareció con innumerable séquito de carros, trescientos de ellos arrasados por caballos blancos. La procesión se dirigía al templo de Zeus, donde el vencedor consagraba su corona, luego, entre himnos y trompetería, se encaminaba al prítaneo, donde un suntuoso banquete nacional esperaba al nuevo héroe. Durante mucho tiempo se festejaba el aniversario. Aquel día el olimpiónico iba al santuario de Zeus, recogía su corona, recorría la ciudad con sus parientes y amigos, visitaba los templos, se ofrecía a la admiración de todos. El Estado le concedía diversos privilegios. Muchas veces se le erigían dos estatuas, una en Olimpia, otra en la plaza pública, en un templo o en el gimnasio de su ciudad natal. Se exponía bajo los pórticos su retrato pintado. En varios países, sobre todo en Sicilia, se acuñaban monedas conmemorativas de las victorias olímpicas. En Atenas recibía la cantidad de quinientos dracmas, a más de una renta vitalicia, en Argos un escudo de bronce, en Pelene un manto de lana. Parecía designado de antemano para los cargos públicos, sobre todo para la dirección del gimnasio. Tenía su puesto de honor en el teatro, en las fiestas, en los campos de batalla. Se le erigía a veces una tumba a expensas del Estado. Los caballos vencedores podían contar con una

buena vida y una vejez dichosa. Se les concedían los honores de una sepultura monumental coronada por una pirámide.

Para la vuelta del vencedor o para los aniversarios se encargaba a algún gran poeta, a Píndaro, a Simónides, una oda triunfal, que era ejecutada con acompañamiento de música y de danza como una ópera. En estas odas se asociaba a su gloria a sus padres, a sus antepasados, a su soberano y a su patria, a las divinidades y a los héroes del país o a los de Olimpia.

Nada igualaba al orgullo del olimpiónico. Por su triunfo de un momento había logrado figurar entre los primeros personajes de su época. Llegaba a ser una primera figura, intervenía a veces como árbitro entre Estados, estaba seguro de que su nombre figuraría en la historia. Alrededor de su persona surgían leyendas. Se llegó hasta rendir honores divinos a estos personajes y los hubo que empezaron a tener culto en vida. Así Eutymos de Locres pudo ofrecer libaciones y sacrificios a su propia imagen.

(Laloux et Monceaux, *Restauration d'Olympie*, páginas 196-208. París, Quantin, libraires).

## 28.—CREENCIA DE LOS GRIEGOS EN LO SOBRENATURAL

Lo sobrenatural sorprendía a cada instante el espíritu de los griegos, estatuas que lloraban y se trasladaban de un lugar a otro, templos cerrados que se abrían espontáneamente. Los relatos de Herodoto están llenos de prodigios, algunos de los cuales tienen poesía y grandeza. Cuando los persas están a punto de penetrar en el Atica, se levanta de pronto en el camino que conducía a Eleusis un polvo misterioso e inexplicable, como si pasara una procesión invisible y se oye en los aires la voz divina de Iacco. Son los dioses que se retiran. Pero otros prodigios son bien extraños. Así nos habla de un templo, próximo a Halicarnaso, donde le crecía la barba a la sacerdotisa



cuando iba a ocurrir alguna desgracia. Nos admira sobre todo porque él no se admira y cuenta sin el menor embarazo. Una yegua pare una liebre. No se comprende, dice, la significación de este prodigio, «y no obstante, era fácil de comprender». Los prodigios estaban tan acreditados y tan constantemente previstos, que podían hacerse engaños valiéndose de esta disposición de los espíritus. Un jefe aterroriza al enemigo haciendo aparecer soldados con la cara pintada de blanco, que son tomados por fantasmas. Hay, sin embargo, prodigios que Herodoto se resiste a creer, pero su imaginación es sencilla y poco dispuesta a ponerse en guardia contra lo que le sorprende. Recoge ávidamente historias, como la de aquella muerta que se queja de tener frío en la tumba, porque los vestidos que con ella se han enterrado no pueden servirla, supuesto que antes no los han quemado como han hecho con el cuerpo. La fe en la adivinación se confunde en absoluto con la fe en los dioses, en él como en todos los de su época. La adivinación, es decir, la interpretación de los presagios celestes, se contaba con seguridad entre todas aquellas artes de la vida de que el hombre está en posesión y de que se siente orgulloso, lo mismo que la escritura y la medicina. Herodoto recuerda y saca a colación a cada momento oráculos. Son la causa que explica todos los acontecimientos. Si se podía robar al enemigo los oráculos que guardaba en su templo, se creía haberle robado sus más preciados tesoros.

(E. Havet, *Le Christianisme et ses origines*, tomo I, págs. 122-123. París, Calmann, éditeur).

## 29.—UN ATENIENSE SUPERSTICIOSO

Un hombre supersticioso, después de haberse lavado las manos y purificado con agua lustral, sale del templo y se pasea gran parte del día con una hoja de laurel en la boca. Si ve una comadreja, se para sin más tardanza y

no continúa su camino hasta que alguien haya pasado antes que él por el camino que cruzó el animal, o no haya él mismo tirado tres piedrecitas en el suelo, como para alejar aquel mal presagio. En cualquier sitio de su casa que haya visto una culebra no tarda en erigir un altar, y en cuanto ve en las encrucijadas de las calles esas piedras que la devoción del pueblo ha consagrado, se acerca, vierte encima todo el aceite de su ampolla, dobla la rodilla ante ellas y las adora. Si una rata le ha roído un saco de harina corre al adivino, que no deja de inducirle a que ponga un remiendo en el saco, pero lejos de quedar satisfecho con la respuesta, asustado de tan extraordinaria aventura, no se atreve a servirse más del saco y se deshace de él. Su flaco es asimismo purificar incesantemente la casa que habita, cuidar de no sentarse en una tumba, como de asistir a unos funerales o entrar en la habitación de una mujer que esté de parto, y cuando le ocurre tener en sueños alguna visión, va a consultar a los intérpretes de los sueños, a los adivinos y a los augures, para oír de su boca a qué dios o a qué diosa debe ofrecer sacrificio. Es exactísimo en visitar al final de cada mes a los sacerdotes de Orfeo para hacerse iniciar en sus misterios. Lleva también a su mujer, o si se excusa con otras ocupaciones, hace que una nodriza lleve a sus hijos. Cuando va por la ciudad, no deja de lavarse toda la cabeza con el agua de las fuentes que hay en las plazas. A veces recurre a sacerdotisas que le purifican de otra manera, sujetando y colocándole alrededor del cuerpo un perro pequeño o *squilla* (cebolla marina). En fin, si ve a un hombre atacado de epilepsia, sobrecogido de horror, se escupe en el pecho, como para evitar la desgracia de aquel encuentro.

(Teofrasto, *Carácteres*, XVI).

## 30.—EL ORÁCULO DE DELFOS

La Pitonisa, de que Apolo se servía para dictar sus oráculos, era escogida entre todas las muchachas de Delfos. El dios, que debía ser en adelante su único esposo, la quería bella y casta. ¡Desgraciado del sacrílego que osara hacerla objeto de malos deseos! Por secreto que hubiera permanecido el crimen, podía ser denunciado por el dios. No se ve, sin embargo, que los sacerdotes hayan dictado con este motivo reglamentos análogos a los que regían para las vestales romanas. Cuando el tesalio Equestrates hubo raptado a una pitonisa (fines del siglo iv), previnieron semejantes escándalos eligiendo en lo sucesivo mujeres que hubieran pasado de los cincuenta años, pero más tarde se volvió a la antigua costumbre. El oráculo se había contentado en un principio con una sola pitonisa. Cuando su clientela se extendió al mundo entero, no fueron demasiadas dos pitonisas de número y otra suplementaria. En tiempo de Plutarco, una sola pitonisa era suficiente. Se consideraba a estas mujeres órganos pasivos. No formaban, a decir verdad, parte de la corporación sacerdotal que las empleaba, que las quería dóciles y las prefería ignorantes, estimándolas tanto más perfectas cuanto más se asemejaban a los animales.

La interpretación del oráculo tocaba a la corporación de los sacerdotes de Apolo. Eran dos y su dignidad de por vida. Por bajo de ellos se encuentra mencionado a veces una especie de agente de negocios que se llamaba el *prostata* del santuario, y el guardián del material o *neocoro*. Posible es, por otra parte, que todo esto haya variado según los tiempos. Probablemente eran idénticos los *sacerdotes* y los *profetas* de Apolo. La pitonisa era siempre acompañada en sus éxtasis por uno o varios profetas que recogían sus palabras confusas, sus gritos inarticulados, y con todo ello componían un orácu-

lo, comúnmente en verso, recargado con giros pomposos y meditadas oscuridades. El profeta, en posesión de conocimientos teológicos y de noticias acerca del consultante, teniendo por otra parte la memoria provista de versos y de formas poéticas, llegaba a enunciar una respuesta suficientemente clara cuando se trataba de cuestiones de moral, de consejos que dar, vaga y tortuosa cuando el consultante quería realmente saber el porvenir.

El oráculo redactado de esta suerte no era muy comprensible para el cliente. Este lo llevaba a examinar a exegetas de profesión. Cada *manteion* debía tener sus exegetas autorizados, lo cual no excluía la intervención de exegetas libres. A la sombra del templo de Delfos se abrigaba todo un enjambre de adivinos, cuyo destino principal era interpretar los oráculos.

En un principio no se consultaba a la pitonisa sino de tarde en tarde, quizá una vez al año. Pero después el dios consintió en hablar una vez al mes, sin duda el día séptimo. Si se toma este régimen como promedio y se quitan del año los tres meses de invierno en que se suponía que Apolo no estaba en Delfos, se llega a un total aproximado de nueve días de consultas regulares cada año.

La suerte decidía el orden en que se presentaban los consultantes, a menos de que algunos de ellos no hubiesen recibido del sacerdocio délfico el privilegio de *προμαντσία*, o derecho de entrar antes que los demás. Se necesitaba ante todo hacer una prueba, para saber si Apolo les recibía con agrado. Esta prueba era un sacrificio. La víctima, generalmente una cabra, a veces una oveja, un toro o un jabalí, era sometida por los sacerdotes a examen atento. «No hay oráculo, dice Plutarco, a menos que la víctima no tiemble con todo su cuerpo y se agite desde los cuernos a las patas en tanto se vierten sobre ella libaciones. No basta que mueva la cabeza, como en los restantes sacrificios, es preciso que todos sus miembros se estremezcan a un tiempo, sobrecogidos de palpitations y temblores que acompañe movimiento convulsivo». Más adelante, Plutarco parece decir que la prueba

del agua estaba reservada a las cabras. «En cuanto a los toros y a los jabalíes, se les da harina o garbanzos. Si no comen, se juzga que no están sanos».

Si los indicios eran favorables, la Pitonisa, después de haberse purificado con abluciones en el agua de Kastalia, con fumigaciones obtenidas quemando laurel y harina de cebada, penetraba en el *adyton*, vestida con traje teatral, bebía agua de la fuente Kassotis, se metía una hoja de laurel en la boca, y con una rama del mismo árbol en la mano, se subía a un trípode suspendido encima de una especie de grieta del suelo (1). Entonces los consultantes, que esperaban en una habitación contigua, eran introducidos sucesivamente y hacían su pregunta, ya de viva voz, ya por escrito. La Pitonisa, decía que embriagada por los vapores del antro y sobrecogida por el dios, caía inmediatamente en un éxtasis que los poetas se han complacido en describir con los colores más vivos. Esta crisis nerviosa no era siempre simulada, porque en tiempo de Plutarco una Pitonisa murió de resultas.

Cada consultante recibía en seguida la trascripción del

---

(1) «El oráculo, dice Estrabón, es un antro profundo de boca no muy ancha. De este antro sube un aliento inspirador. Sobre la boca está colocado un trípode alto. La Pitonisa sube a este asiento, y recibiendo el aliento de abajo, dicta oráculos». Longino da exactamente la misma explicación: la Pitonisa sube al trípode en un lugar «donde hay una hendidura del suelo y de donde se exhala, dícese, un aliento inspirador». Lo mismo Justino y el escoliasta de Aristófanes. Todos estos pasajes están de acuerdo entre sí y con un pasaje del falso Aristóteles que generaliza el hecho: «Lo mismo ocurre con las exhalaciones que salen del interior de la tierra. Unas inspiran a los que se acercan violento entusiasmo, otras producen en la economía una especie de agotamiento. Las hay que hacen decir oráculos, como en Delfos». Por eso los sacerdotes tenían cuidado de elegir para Pitonisa a una mujer sencilla, atacada de alguna enfermedad nerviosa que la hacía víctima de convulsiones, histérica aun, y parece que esta clase de enfermedad era frecuente en la Grecia del Norte. (Foucart, *Mémoire sur l'histoire de Delphes*, págs. 75-76).

oráculo hecha por el profeta. Si no era más que delegado del cliente verdadero, se le entregaba la respuesta sellada, y el proverbio decía que corría el riesgo de perder los ojos, la mano o la lengua en caso de indiscreción. Los oráculos que se entregaban a los enviados de las ciudades (θεωροί, θεοπρόποι) se depositaban en los archivos. En Esparta eran confiados a la custodia de los reyes y de los Pitios, theores permanentes del Estado. En Atenas, los Pisistrátidas los habían depositado en la Acrópolis. Se habla de una colección análoga en Argos. Los sacerdotes de Delfos, que tenían necesidad de coordinar las respuestas del oráculo con las dadas anteriormente, conservaban copia de todo lo que salía de sus manos.

(Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination de l'antiquité*, tome III, págs. 93-102. París, Leroux, éditeur).

### 31.—PREGUNTAS HECHAS AL ORÁCULO DE DODONA (EPIRO)

Cierto Evandro y su mujer preguntan «a Zeus Naios y a Diona a cuál de los dioses, de los héroes, o de los genios debían hacer votos y sacrificios para gozar de más bienestar y prosperidad, ellos y su casa, al presente y en todo tiempo».

Agis «pregunta a Zeus Naios y a Diona, con respecto a las mantas y a las almohadas, si él las ha perdido o si alguien de fuera se las ha robado».

Herakleidas desea saber si tendrá otros hijos que su hija Eglé.

Un desconocido hace esta pregunta: «Si ocupar yo mismo mi casa de campo y mis tierras, será más conveniente para mí y más provechoso».

Otro quiere saber: «¿Conseguiré mejor resultado comerciando de la manera que creo ventajosa y haciendo lo que he ideado, aplicándome a ello con arte?»

Un pastor promete quedar agradecido a Zeus y a Diona

si saca buen provecho de sus carneros, después de lo cual preguntaría sin duda si era buena ocasión para venderlos.

(Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination*, t. II, páginas 319-320).

### 32.—ORÁCULO DE TROFONIOS EN LEBADEA

Formaba el oráculo una gruta o más bien una grieta abierta en la ladera de una montaña. La plataforma circular que daba acceso a ella estaba rodeada de un pequeño parapeto de mármol blanco, de dos codos de altura y coronado por una reja de bronce. Se bajaba, por medio de una escala, a un subterráneo que no tenía más de cuatro codos de ancho por ocho de profundidad. En una de las paredes de la excavación, próximamente a mitad de altura, terminaba una galería horizontal, cuya sección apenas bastaba para dar paso a un cuerpo humano. Esta galería iba introduciéndose hacia las regiones misteriosas en que moraba Trofonios.

El consultante que se sentía capaz de arrostrar los terrores de un viaje subterráneo había de pasar primero por cierto número de ejercicios preparatorios.

«Empieza por morar algún tiempo en la capilla del Buen Genio y de la Fortuna. En tanto está allí, evita con cuidado cuanto podría hacerle perder la pureza. Le están prohibidos los baños calientes, no se baña más que en el arroyo de Herkyna. Pero la carne de las víctimas le proporciona abundante alimento, porque ofrece sacrificios a Trofonios y a sus hijos, a Apolo, a Kronos, a Zeus Basileus, a Hera Henoquia y a Démeter Europa. Un adivino asiste a cada uno de los sacrificios. Examina las entrañas de las víctimas y predice, según su examen, si Trofonios será favorable. La noche misma en que ha de bajarse al subterráneo, se sacrifica un carnero negro. Las entrañas de la víctima confirman o anulan las indicaciones obtenidas en los sacrificios anteriores.

«Cuando todos los presagios están de acuerdo, sois conducido, de noche, al arroyo de Herkyna. Allí os bañan y frotan con aceite dos muchachos, de trece años de edad, que se llaman los Hermes. Luego los sacerdotes os cogen por su cuenta y os hacen beber agua de dos fuentes, la del *olvido*, para que olvidéis cuanto os ha preocupado hasta entonces, la de la *memoria*, para que recordéis todo lo que vais a ver. Se os muestra una estatua de Trofonios, esculpida, según se dice, por Dédalo. La dirigís vuestras adoraciones y vuestras súplicas, y después de esto camináis a la gruta, vestido con túnica de lino, ceñido con cintas y calzado con sandalias del país. Bajáis por la escala hasta el nivel de la abertura lateral. Entonces os tienden en el suelo, y con una torta de miel en la mano, os introducen en el agujero los pies y las piernas. En el instante mismo el resto del cuerpo es arrastrado por una fuerza comparable a la de un remolino formado por el más rápido y violento de los ríos. Una vez llegados al adyton interior, no todos conocen el porvenir del mismo modo, pues los hay que vieron y otros que oyeron. Pero todos vuelven a salir del mismo modo y son despedidos por la abertura los pies por delante». (Pausanias, IX, 39).

Pausanias, que fue a consultar el oráculo, se muestra muy discreto acerca de lo que ha visto u oído. Plutarco refiere las visiones de Timarco de Queronea, contemporáneo de Platón: «Cuando hube descendido, dice Timarco, me encontré al principio rodeado de espesas tinieblas. Recité una oración y permanecí largo tiempo tendido en el suelo. No me daba bien cuenta de si estaba despierto o de si soñaba. Tan sólo me pareció que después de haber estallado un gran ruido, recibía un golpe en la cabeza, y que habiéndose desunido las suturas de mi cráneo, daban paso a mi alma». (Plutarco, *Acerca del genio de Sócrates*, 22).

Comúnmente, el desvanecimiento y el delirio de los consultantes no se prolongaban mucho tiempo. Los sacerdotes trataban de no ir demasiado lejos en estas peligro-



sas experiencias. «Se dice que ninguno de los que han bajado a la morada de Trofonios ha perecido, salvo uno de los guardias de Demetrio. Este individuo no había querido someterse a ninguna de las prescripciones establecidas por la liturgia del santuario. Por lo demás, no bajaba a consultar al dios, sino para robar el oro y la plata que esperaba hallar. Su cadáver apareció en otro sitio y no fue despedido por la abertura sagrada» (Pausanias). Se adivina que había ocurrido una desgracia y que los sacerdotes habían salido del trance echando la culpa de la desgracia a la víctima.

«Cuando ha vuelto a la superficie, el consultante es colocado por los sacerdotes en un asiento llamado de Mnemosina (la Memoria), que está cerca de la gruta, y le preguntan qué ha visto y aprendido. Cuando se les dice, os hacen trasportar, helado de miedo, sin conciencia de lo que os pasa ni de quienes os rodean, a la capilla de la Buena Fortuna y del Buen Genio. Al cabo de cierto tiempo la razón os vuelve por entero y la risa también» (Pausanias). La risa, sin embargo, no volvía siempre tan pronto. Aquella conmoción nerviosa dejaba en general tras de sí una especie de melancolía proverbial, y se cita el caso de un pitagórico llamado Parméniscos, que se vió obligado a ir en consulta al oráculo de Delfos para saber el medio de recobrar la alegría perdida. En tanto el paciente se reponía de sus emociones, un *profeta* redactaba la interpretación oficial que constituía la respuesta del dios.

Poco interesa averiguar por qué procedimiento podían producirse aquellas sensaciones extrañas y la sobreexcitación nerviosa que describen los autores. Las exhalaciones mefíticas, las poções soporíferas, añadidas a ciertos artificios en caso necesario, permiten explicar suficientemente fenómenos en que se tiene la seguridad de no hallar nada de sobrenatural.

(Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination*, tomo III, págs. 323-327).

## 33.—LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Al lado de las ceremonias públicas del culto nacional y popular, había en Grecia ceremonias religiosas de carácter secreto, de las que estaba excluido el que no había satisfecho determinadas condiciones. Se las llamaba *misterios*. Se relacionaban sobre todo con los cultos de Demeter, de Persefone y de Dionysos, es decir, con el grupo de las divinidades telúricas. La razón se comprende fácilmente. Nada más misterioso para el hombre que la tierra, que es a la vez fuente de toda producción y de toda vida y tumba común de los seres. Las divinidades que la habitan deben poseer, por tanto, el secreto de la vida y de la muerte, y este secreto sin duda era lo que se iba a buscar a Eleusis, tratando de ponerse en comunicación con ellas mediante ritos especiales.

Era necesario para esto cierta preparación. Los que querían ser iniciados no podían serlo sino por grados. Había una gradación claramente establecida; de un lado, de los misterios menores a los grandes, separados entre sí por un intervalo de siete meses; de otro, de los grandes misterios a los de la *epoptia*, entre los cuales debía transcurrir un año al menos. Los sacerdotes podían negar en absoluto la participación en los ritos sagrados. Durante mucho tiempo fue este un privilegio reservado a los ciudadanos de Atenas. Más tarde, cuando todos los griegos fueron admitidos, se exigieron siempre algunas condiciones de moralidad. Esta religión, nacida para una aristocracia, conservó al ensancharse la pretensión de realizar en los espíritus una transformación verdadera y de hacer de sus fieles especie de elegidos.

En los *misterios menores* se recibía una primera instrucción. Ante todo había una purificación cuya forma nos es desconocida, pero que se refería probablemente a la pureza moral que necesitaban los iniciados. En Samotra-

cia, un sacerdote llamado *Coes* estaba encargado de oír la confesión de las culpas del aspirante. Nada prueba que se exigiera una confesión semejante en los misterios menores. A ésta ceremonia sucedían quizá oraciones, letanías, la recitación de leyendas sagradas y la traducción de estas leyendas en representaciones mímicas, que tenían relación con la unión de Dionysos y de Ceres cuya reaparición sobre la tierra en primavera era celebrada.

Los *grandes misterios* o *Eleusínias*, que, en la época de Herodoto, no se celebraban todavía más que cada cinco años, tenían lugar más tarde anualmente, en la segunda mitad del mes de Boedromion (Setiembre). Esta fiesta, que no duraba menos de doce o catorce días, se dividía en dos partes distintas. Se celebraba sucesivamente en Atenas y en Eleusis. En Atenas era donde se reunían los *mistes*, el 15 de Boedromion, bajo los pórticos del Eleusinion, para oír la voz del hierofante que anunciaba las condiciones prescritas para la admisión a los misterios. Al día siguiente iban todos a la orilla del mar para hacer abluciones. Los tres días posteriores eran consagrados a ceremonias expiatorias. Finalmente, el 20, la procesión se ponía en marcha, llevando con gran pompa la imagen de Iaccos. El dios, coronado de mirto y con una antorcha en la mano, avanzaba a los acordes de la flauta, entre los acentos de los himnos, mezclados con danzas, y entre los gritos entusiastas de la muchedumbre que repetía mil veces su nombre. Partido del Eleusinion, el cortejo cruzaba la Agora y el Cerámico, se purificaba de nuevo en el agua consagrada de los *Reitoi*, llegaba al puente del Cefiso, donde se cambiaban frases burlescas, ocurrencias cómicas, luego reanudaba su marcha solemne, siguiendo la vía Sacra hasta Eleusis, donde, después de varias estaciones, entraba de noche cerrada.

Entonces comenzaban realmente los *misterios*, es decir, larga serie de ceremonias, unas de las cuales tenían por actores a los que el año precedente habían recibido la iniciación simple y querían llegar a la *epoptia*, en tanto las otras estaban reservadas a los nuevos iniciados

o *neófitos*. El ritual de las mismas nos es poco conocido, pero se adivina que correspondía a las principales escenas de la leyenda de Demeter y de Persefone. Demeter, en busca de su hija, había recorrido la tierra por espacio de nueve días, sin tomar ningún alimento, sin probar bebida alguna. Al décimo solamente, había consentido en beber una mezcla de agua, menta y miel llamada *cyceon*. Los *mistes* ayunaban como ella durante nueve días; al décimo rompían el ayuno, y a imitación de Demeter, bebían el *cyceon*, símbolo de la alegría que iba muy pronto a suceder a la tristeza de la primera parte de la fiesta.

Los ritos que se sucedían en el santuario eran de dos clases: los *actos* y los *espectáculos*. Entre los primeros, uno de los más importantes era la presentación de ciertos objetos sagrados que los iniciados tocaban, de un alimento divino que gustaban. Era una especie de sacramento divino que se les confería. Se oían salir de boca de los sacerdotes fórmulas sacramentales, palabras misteriosas dotadas de especial virtud, se aprendían de ellos los nombres sagrados de los dioses. En cuanto a los espectáculos, tenían por objeto poner ante los ojos la leyenda misma de las dos Grandes Diosas. El drama de Eleusis no era hablado, sino un drama mímico cuya acción muda, representada por los sacerdotes con gran aparato, se desarrollaba en una serie de cuadros. La ausencia de toda palabra aumentaba el efecto. Aquel silencio no era interrumpido más que un instante por los gritos de Demeter llamando a su hija, a los que respondía el sonido del bronce desde el fondo del santuario, o también cuando la alegría de la diosa estallaba a la vista de Coré. Uno de los cuadros figuraba la estancia de Persefone en los infiernos, seguida de la vuelta de Coré a la luz y de su ascensión al Olimpo. Era un contraste sorprendente. Los iniciados permanecían largo tiempo sumergidos en tinieblas «Primeramente, dice Plutarco, hay una marcha a la ventura, con penosos rodeos en medio de la oscuridad, a través de temibles pasos, por un camino interminable. Antes de llegar al fin el terror lle-

ga al colmo. Los asistentes se estremecen, tiemblan de espanto, les hiela un sudor frío, pero luego aparece de repente una luz maravillosa, se sienten trasportados a lugares de delicias, de los que se escapan voces y armonías sagradas, donde se oyen palabras santas, donde se ven coros de danzas y divinas apariciones». Se trata de uno de esos cambios de decoración cuyo secreto había proporcionado el arte del teatro antiguo.

Estas escenas no iban acompañadas de una enseñanza dogmática que explicase su sentido oculto. Hablaban a la vista, y por los ojos impresionaban la imaginación y el sentimiento. El drama era ante todo espectáculo que se seguía con interés y en que se experimentaban emociones de orden superior a las de cualquiera representación puramente humana. Se recibía, sí, cierta instrucción previa en los misterios menores, pero limitadísima, y sería vana tarea buscar la huella de dogmas especiales en la religión de Eleusis. La enseñanza era indirecta y resultaba de la contemplación de las ceremonias santas. Esta era la causa de que la leyenda de Persefone tuviera importancia especial. La imagen de los infiernos donde moraba la diosa después de raptada, el cuadro de hadas de su ascensión a la luz y de las alegrías del Olimpo, despertaban en el alma de los iniciados la preocupación de su destino. Pensaban que algún día ellos también, habiendo descendido al seno de la tierra, verían aquellos horrores o aquellas felicidades. Los poetas les habían hablado vagamente de estas cosas, pero allí, en Eleusis, contemplaban imágenes que les producían el estremecimiento de las realidades infernales. En efecto, la preocupación de la vida futura, el temor de las penas del Tártaro, parecen haber llevado sobre todo a los griegos a los misterios de Eleusis. Tomando parte en ellos se creía apaciguar a las divinidades subterráneas, y los honores que se les tributaban en vida eran un medio de asegurarse su gracia después de la muerte. Gran número de textos hacen alusión a la existencia bienaventurada que gozan en el Hades las almas de los iniciados. Sócrates principal-

mente afirma que los misterios proporcionan «las más dulces esperanzas, no sólo para el término de esta vida, sino también para toda la duración del tiempo». «¡Oh tres veces dichosos, dice también Sófocles, los mortales que después de haber asistido a las ceremonias santas vayan al Hades, porque para ellos, y sólo para ellos, la vida es posible en el mundo inferior, y para los demás no puede haber sino sufrimientos!» No todo se reducía, por otra parte, para los iniciados a simples prácticas de devoción. Sin que se vieran sujetos a determinadas reglas de conducta, parece que todos aquellos espectáculos producían en ellos una edificación piadosa que hacía bien a su espíritu. Esta hipótesis se justifica por el tono de admiración y de respeto con que los autores más serios, desde Andócides hasta Cicerón, hablan de los misterios eleusinos. «Habéis sido iniciados, decía Andócides a sus jueces, habéis visto las ceremonias de las dos Grandes Diosas, para castigar a los impíos, para salvar a los que se defienden de la injusticia». «Se pretende, escribía más tarde Diodoro de Sicilia, que los que han participado de los misterios se tornan más piadosos, más honrados y mejores en todo que lo eran antes».

(Decharme, *Mythologie de la Grèce antique*, páginas 389-404, 2.<sup>a</sup> edición. París, Garnier, éditeur).

---

## CAPÍTULO IX

### El gobierno.

SUMARIO: 1. Fundación de las ciudades.

2. Pequeñez de los Estados griegos.—3. El espíritu municipal.

4. Las clases sociales.—5. Los no ciudadanos en Atenas.  
6. Concesión del derecho de ciudadanía.—7. Persecuciones contra un falso ciudadano.—8. Revisión de las listas ciudadanas.

9. El ciudadano.—10. Sujeción del ciudadano al Estado.  
11. Las comidas públicas en Esparta.

12. Demos y tribus.

13. Amor a la libertad.—14. Obligación del ciudadano de defender las instituciones nacionales.

15. Preferencia dada al gobierno de la clase media.  
16. Instituciones democráticas.—17. La Asamblea ateniense según los poetas cómicos.—18. Una sesión de la Asamblea ateniense.—19. Reunión ordinaria de la Asamblea.

20. Un hombre de Estado en el siglo v: Pericles.—  
21. Un personaje político del siglo iv: Hipérides.—22. Defectos de la democracia ateniense.

23. El Senado de Esparta.—24. La Asamblea popular de Esparta.—25. La realeza en Esparta.—26. Los éforos.

27. Luchas de los partidos en Grecia.—28.—Matanzas en Corcira.—29. Un tirano griego del siglo II antes de Jesucristo.

#### 1.—FUNDACIÓN DE LAS CIUDADES

Los griegos creían que el emplazamiento de una ciudad debía ser elegido y revelado por la divinidad. Así,

cuando querían fundar una, consultaban al oráculo de Delfos. Herodoto señala como acto de impiedad o de locura que el espartano Dorieo osase construir una ciudad «sin consultar al oráculo y sin practicar ninguna de las ceremonias prescritas», y el piadoso historiador no se admira de que ciudad así fundada, a despecho de las reglas, haya durado solamente tres años. Tucídides, recordando el día en que se fundó Esparta, menciona los cantos piadosos y los sacrificios que hubo entonces. El mismo historiador nos dice que los atenienses tenían un ritual especial y que jamás fundaban una ciudad sin conformarse a él. Puede verse en una comedia de Aristófanes una descripción bastante exacta de la ceremonia acostumbrada en semejantes casos. Cuando el poeta representaba la burlesca fundación de la ciudad de las Aves, pensaba ciertamente en los usos que se observaban en la fundación de las ciudades de los hombres, y por eso sacaba a escena a un sacerdote que encendía un hogar, invocando a los dioses, un poeta que cantaba himnos y un adivino que recitaba oráculos.

Pausanias recorría Grecia por los tiempos de Adriano. Al llegar a Mesenia, hizo que los sacerdotes le contaran la fundación de la ciudad de Mesene, y nos ha transmitido el relato. El hecho no era muy antiguo, pues había tenido lugar viviendo Epaminondas. Tres siglos antes, los mesenios habían sido arrojados de su país, y desde entonces habían vivido dispersos entre los demás griegos, sin patria, pero conservando con cuidadosa piedad sus costumbres y su religión nacional. Los tebanos querían volverles al Peloponeso, para colocar un enemigo al lado de Esparta, pero la mayor dificultad era decidir a los mesenios. Epaminondas, que tenía que habérselas con hombres supersticiosos, creyó que convenía poner en circulación un oráculo prediciendo a aquel pueblo la vuelta a su antigua patria. Apariciones milagrosas atestiguaron que los dioses nacionales de los mesenios, que les habían hecho traición en la época de la conquista, habían vuelto a serles favorables. Aquel pueblo tímido se decidió enton-



ces a volver al Peloponeso siguiendo a un ejército tebanos. Pero se trataba de saber si se fundaría la ciudad, porque no había que pensar en ocupar de nuevo las antiguas poblaciones del país que había mancillado la conquista. Para elegir el lugar donde había de establecerse, no se contaba con el recurso común de consultar al oráculo de Delfos, porque la Pitonisa era a la sazón del partido de Esparta. Por dicha, los dioses tenían otros medios de manifestar su voluntad. Un sacerdote mesenio tuvo un sueño, en que uno de los dioses de su nación se le apareció y le dijo que iba a establecerse en el monte Itome e invitaba al pueblo a seguirle. Indicado de esta suerte el emplazamiento de la ciudad nueva, restaba todavía saber los ritos que eran necesarios para la fundación; pues los mesenios los habían olvidado. No podían, por otra parte, adoptar los de los tebanos ni los de ningún otro pueblo, y no se sabía cómo edificar la ciudad. Un sueño vino muy a propósito a otro mesenio. Los dioses le ordenaban trasladarse al monte Itome, buscar allí un tejo que había junto a un mirto y cavar el suelo en dicho lugar. Obedeció, y descubrió una urna y en ella hojas de estaño en que estaba grabado el ritual completo de la ceremonia sagrada. Los sacerdotes sacaron copia inmediatamente y la consignaron en sus libros. Se creyó que la urna había sido depositada allí por un antiguo rey de los mesenios antes de la conquista del país.

En cuanto se tuvo el ritual, empezó la fundación. Los sacerdotes ofrecieron primeramente un sacrificio. Se invocó a los antiguos dioses de Mesenia, los Dioscuros, al Zeus del Itome, a los antiguos héroes, a los antepasados conocidos y venerados. Todos aquellos protectores del país le habían abandonado aparentemente, según las creencias de los antiguos, el día que el enemigo se había apoderado de él, y se les conjuró para que volvieran. Se pronunciaron fórmulas que debían tener por resultado determinarles a habitar la ciudad nueva en compañía de los ciudadanos. Era lo importante, fijar a los dioses con ellos era lo que aquellos hombres anhelaban más, y cabe creer

que la ceremonia religiosa no tenía otro objeto. Pensaban, mediante fórmulas y ritos, unir a los dioses nacionales al suelo que ellos iban a ocupar y encerrarles en el recinto que iban a trazar. Así les decían: «¡Venid con nosotros, seres divinos, y habitad con nosotros esta ciudad!» Se empleó el primer día en estos sacrificios y estas oraciones. Al día siguiente se trazó el recinto, en tanto el pueblo cantaba himnos religiosos.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*).

## 2.—PEQUEÑEZ DE LOS ESTADOS GRIEGOS

A los ojos de los modernos, un Estado griego aparece como una miniatura (1). La Argólida tiene de ocho a diez millas de longitud por cuatro a cinco de latitud; Laconia próximamente otro tanto; Acaya es una faja estrecha de terreno en la ladera de una sierra que desciende al mar. El Ática entera apenas iguala a la mitad de uno de nuestros departamentos. El territorio de Corinto, de Sicione, de Megara se reduce a un suburbio. Por lo común, y principalmente en las islas y las colonias, el Estado no es

(1) He aquí, según Clinton, cuál era la población de los principales Estados griegos, incluyendo los esclavos:

Fócida, Lócrida, Dórida.....	655.700
Beocia.....	135.000
Ática.....	527.000
Megara y Corcira.....	150.000
Corinto.....	100.000
Argólida.....	110.000
Laconia y Mesenia.....	300.000
Élida.....	186.000
Acaya.....	61.000
Sicione.....	46.000
Flionte.....	31.000
Arcadia.....	161.000

más que una ciudad, con una playa y un cintura de granjas. Desde cualquier acrópolis se ve a simple vista la acrópolis y las montañas del vecino. En un recinto tan limitado todo se claró para el espíritu. La patria moral no tiene nada de gigantesco, de abstracto y vago como entre nosotros, los sentidos pueden abrazarla, se confunde con la patria física, estando ambas fijas en el espíritu del ciudadano por contornos precisos. Para representarse Atenas, Corinto, Argos o Esparta, imagina las líneas de su valle o la silueta de su ciudad. Conoce en ella a todos los ciudadanos, como se representa todos los límites. (Taine, *Philosophie de l'art*, II, pág. 125).

Los espíritus más grandes no concebían que un Estado helénico pudiera tener vasta extensión. Cuando Platón trata de organizar una república que, en su pensamiento, era perfectamente viable, empieza por decir que no debe comprender más de 5.040 familias. «Si el territorio, dice, basta para el sostenimiento de esta cantidad de habitantes, es bastante grande, y no es preciso ir más lejos». (*Leyes*, V). Aristóteles es de la misma opinión: «Al Estado cuya población es demasiado numerosa le cuesta trabajo gobernarse bien, aun cuando no fuere del todo imposible. Por lo menos no vemos que en ninguno de los que se consideran en posesión de un buen sistema de gobierno se haya dejado llegar la población a un desarrollo ilimitado». (*Política*, IV (VII), 4, 5).

### 3. — ESPÍRITU MUNICIPAL

Cada ciudad, por exigencia de su misma religión, debía ser en absoluto independiente. Era preciso que cada una tuviera su legislación especial, puesto que tenía su religión y de la religión se desprendía la ley. Cada una debía tener su justicia soberana y no podía haber ninguna justicia superior a la de la ciudad. Cada una

tenía sus fiestas religiosas y su calendario. Los meses y el año no podían ser los mismos en dos ciudades, puesto que era distinta la serie de los actos religiosos. Cada una tenía su moneda especial, que en un principio estaba marcada con su emblema religioso. Tenía asimismo sus pesas y sus medidas. No se admitía que pudiera haber nada común entre dos ciudades. La línea de demarcación era tan honda, que apenas se imaginaba que fuera lícito el matrimonio entre habitantes de dos ciudades distintas. Semejante unión pareció siempre extraña y fue mucho tiempo reputada ilegítima. La legislación de Atenas se negaba visiblemente a admitirla. Casi en todas partes, los hijos que nacían de tal unión eran confundidos con los bastardos y privados de los derechos de ciudadanía. Para que fuera legítimo el casamiento entre habitantes de dos ciudades, se hacía necesario que entre ellas hubiese un convenio especial.

Cada ciudad tenía alrededor de su territorio una línea de límites sagrados. Era el horizonte de su religión nacional y de sus dioses. Más allá de estos límites, otros dioses reinaban y se practicaba otro culto.

El carácter más saliente de la historia de Grecia es la división llevada al exceso y el espíritu de aislamiento de cada ciudad. Grecia jamás ha conseguido formar un solo Estado. Se ha atribuído la incurable división de los griegos a la naturaleza de su país, y se ha dicho que las montañas que allí se entrecruzan determinaban líneas naturales de demarcación entre los hombres. Pero no había montañas entre Tebas y Platea, entre Argos y Esparta, entre Sibaris y Crotona. La naturaleza física ha ejercido sin duda influjo en la historia de los pueblos, pero las creencias del hombre han sido mucho más poderosas. Entre dos ciudades vecinas había algo más infranqueable que una montaña, y era la serie de guardacantones sagrados que indicaban los términos respectivos, la diferencia de los cultos, la barrera que cada ciudad levantaba entre el extranjero y los dioses. Esta barrera impedía al extranjero entrar en los templos de sus divinidades polia-

des, exigía de éstas que odiasen y combatiesen al extranjero (1).

Por tal motivo, los antiguos no pudieron establecer ni siquiera concebir otra organización social que la de la ciudad. Los griegos no pensaron que varias ciudades pudiesen unirse y vivir con igualdad bajo un mismo gobierno. Entre dos ciudades podía haber alianza, asociación momentánea en atención a un beneficio posible o a un peligro que conviniera alejar, pero no había jamás unión completa, porque la religión hacía de cada ciudad un organismo que no podía agregarse a otro alguno. El aislamiento era la ley de la ciudad.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*).

#### 4.—LAS CLASES SOCIALES

Si se examina el estado social de Grecia en la época más antigua, es decir, durante el período monárquico, se observa en primer lugar una clase que comprende a todos los cabezas de familia. Estos individuos son frecuentemente tan nobles como el rey y se atribuyen gustosos origen divino. Como el rey, ostentan el nombre de βασιλεύς. En Itaca, la casa de Ulises era la más real de todas, pero no era sin embargo la única que tuviera carácter real. Había además ricos propietarios de bienes raíces, y buena parte de la tierra de labor les pertenecía. En fin, se reunían en consejo cerca del soberano y, según los casos, le ilustraban con sus consejos o le dictaban su voluntad.—La segunda clase de la sociedad comprendía todos los que estaban emparentados con los jefes de las familias nobles. Ellos también se enlazaban con la aristocracia por el nacimiento, lo mismo que por los dere-

---

(1) No se trata más que del período primitivo de las ciudades, porque estos sentimientos se suavizaron mucho con el tiempo.

chos. Poseían el suelo, y si no se sentaban en el consejo, asistían a la Asamblea de los ciudadanos. Su inferioridad procedía simplemente de su obediencia al cabeza de familia, en tanto este último sólo obedecía al rey.—El tercer lugar lo ocupaban los servidores permanentes de la casa, subdivididos a su vez en esclavos y libertos.—Puede colocarse en una última clase a todos los individuos que no figuraban por ningún motivo en las listas de las familias de que hablo, ya hubiesen salido de ellas de grado o por fuerza, ya se les hubiera negado la entrada en las mismas. Por el mismo motivo, su existencia era muy precaria. Eran gentes de oficio, obreros del campo a veces, vagabundos, mendigos.

Cuando desapareció la monarquía, la organización social de los Estados griegos no se modificó lo más mínimo. La aristocracia siguió dominando, y solamente hubo la diferencia de que el gobierno la perteneció desde entonces en absoluto. Esta clase, a la vez noble y rica, es muchas veces llamada por los antiguos de los *caballeros*. Hay que entender bien el sentido de la palabra. El caballero no era el que iba a la guerra montado en un caballo, era el individuo que poseía caballos. En un tiempo en que los pastos abundaban, los caballos eran, lo mismo que los bueyes y los carneros, uno de los principales orígenes del capital. La riqueza se reconocía principalmente por la posesión de numerosas cabezas de ganado, y bastaba decir que una persona se dedicaba a la cría de ganados para significar que poseía extensos campos. La preponderancia de los caballeros procedía de que era suya buena parte del territorio. En algunas repúblicas esta clase social llevaba el nombre de *geomores*, palabra que indica los que se reparten el suelo. Era usada principalmente en Siracusa y en Samos. Los geomores ocupaban todo el suelo y detenían todo el poder.

La aristocracia no constituía una casta absolutamente cerrada, porque no era raro que un extranjero, si era de noble nacimiento, entrara en ella. Pero no se abría casi a las gentes de origen plebeyo, y hasta parece que no esta-

ban permitidos los matrimonios mixtos. Poco a poco, sin embargo, se forma fuera de ella una especie de burguesía rica, cuyos avances fueron constantes en lo sucesivo. El origen de la riqueza de esta última venía del comercio y de la industria, que, a partir del siglo VIII, adquirieron enorme desarrollo. Pero llegó también a adquirir el suelo. Cultivó terrenos improductivos, pastos, bosques que el Estado la cedía. Se apresuró a aprovechar todas las ocasiones que se ofrecieron de penetrar en los dominios de los nobles, y estas ocasiones se hicieron más frecuentes cada día. Grecia, en aquella época, nos ofrece el ejemplo de una sociedad en que las clases están lejos de permanecer invariables, y en que, por el contrario, un movimiento continuo ascensional lleva a la clase baja a aproximarse a la clase media, y a esta última a confundirse con la clase alta. Este progreso se realiza por el trabajo. Hesiodo ensalza esa emulación que excita al hombre a competir en actividad con su vecino. Encuentra expresiones de singular energía para traducir su ardimiento en la labor, su afán de ganancia. No era el único en pensarlo. No hace en este punto sino reproducir las ideas corrientes a su alrededor, y se concibe que aptitudes semejantes hayan conducido a numerosos individuos al bienestar, más tarde a la riqueza.

Tendió a desaparecer toda barrera entre las dos clases que se repartían la riqueza, se unieron por casamientos, con gran escándalo de los nobles que tenían empeño en mantener la pureza de su sangre, y muy pronto la antigua aristocracia de origen fue casi en todas partes sustituida por la aristocracia del dinero. Así, en Atenas, las distinciones sociales fueron determinadas desde la época de Solón (principios del siglo VI) por la renta de cada uno. Hubo una clase primera, la de los *pentacosiomedimnos*, que comprendió a todos los ciudadanos cuyas tierras producían una renta anual de 500 medimnos (262 hectolitros), ya en granos, ya en líquidos. La segunda, la de los *caballeros*, debía recolectar 300 medimnos (157 hectolitros). La tercera, la de los *xeugites* (infantes pesadamente

armados), 200 medimnos (105 hectolitros). Los que no llegaban a estas cifras eran incluidos en los *thetes*. Cada una de estas clases gozaba de privilegios especiales, pero las cargas estaban en relación con los privilegios y el ciudadano tenía tantas más obligaciones respecto al Estado cuanto de más derechos gozaba. Es de notar que en este reparto de los ciudadanos no se tenían en cuenta más que los bienes raíces. Más tarde, los atenienses tuvieron también en cuenta la riqueza mobiliaria y admitieron en las primeras clases al que tenía renta o capital suficiente, sin inquirir la procedencia. Pero las clases no tenían entonces el mismo carácter que en otro tiempo, ya no conferían derechos políticos ni servían más que para determinar las distintas categorías de contribuyentes.

La antigua división soloniana llegó a ser suprimida en el curso del siglo iv. Se distinguen en lo sucesivo en Atenas *los más ricos*, los que tenían el *censo litúrgico*, y finalmente los que no llegaban a él. No se trataba, a decir verdad, de clases sociales, sino de cuadros instituidos para la percepción del impuesto. No hay que creer, sin embargo, que haya reinado desde este momento en Ática la igualdad más absoluta, pues siempre hubo verdadera distinción de clases. Los esclavos, los libertos, los metecos o extranjeros domiciliados ocupaban grados inferiores, y la ley les colocaba a todos muy por bajo del ciudadano, puesto que no reconocía ningún derecho al esclavo, pues negaba todos los derechos políticos al meteco y al liberto y ni siquiera les concedía todos los derechos civiles. Así, en las sociedades más democráticas, los ciudadanos, todos iguales entre sí a pesar de insignificantes restricciones, formaban una oligarquía muy exclusiva, que se distinguía claramente de la masa de la población, que se dejaba penetrar fácilmente por los individuos que habían quedado fuera, y que afectaba, respecto a estos últimos, el desdén que habían tenido en otro tiempo los nobles para con la plebe. En Atenas, estos privilegiados eran en número de 80.000, y los otros excedían de la cifra de 400.000.



En los Estados aristocráticos, las clases eran todavía más distintas. Si se toma Lacedemonia como tipo, se ven tres órdenes de personas: los *hilotas*, colonos unidos al suelo de modo indisoluble; los *periecos*, que descendían de los habitantes primitivos del país y que sólo gozaban de los derechos civiles; finalmente, los *espartanos*, dorios de origen y únicos ciudadanos. Entre éstos se crearon a la larga subdivisiones. En el seno mismo de esta oligarquía, ya poco numerosa, surgió una nueva oligarquía más restringida que se llamó la clase de los *Iguales*, y que reconcentró en sus manos toda la riqueza y todo el poder. Los *Neodamodes*, los *Mothakes*, los *Inferiores*, se escalonaron por bajo de ellos. Se designaban con estos nombres individuos que no habían logrado adquirir todos los derechos cívicos, o que por múltiples razones los habían perdido en parte. Todas las clases subordinadas tenían odio profundo a los *Iguales*. «No había un perieco, hilota o neodamode, dice Jenofonte, a quien no hubiera sido agradable comérselos a todos crudos».

Hubo en todas las repúblicas una línea divisoria que las leyes no pudieron borrar porque estaba en la naturaleza de las cosas, y era la que separaba a ricos y a pobres. Puede verse aún que, desde el siglo iv, fue la única distinción que subsistió entre los ciudadanos. Aun cuando no era legal, no dejaba de ser efectiva. En algunas ciudades se hicieron esfuerzos para atenuarla mediante un sistema de impuestos que despojaba cada año al rico de una parte considerable de su fortuna, y por un sistema de auxilios que, si no elevaba al pobre hasta el bienestar, le impedía sin embargo caer en la última miseria. Así ocurrió en Atenas. Esta manera de proceder tuvo por resultado disminuir el antagonismo de clases y conjurar las revoluciones. Pero la paz social no fue en Grecia sino excepción. El pobre tenía menos facilidad que entre nosotros para elevarse por el trabajo y la economía, porque había de contar con la competencia de los esclavos y no siempre encontraban ocupación su brazo y su inteligencia. No dejaba seguramente de haber ejemplos de algún

individuo, salido de las últimas capas sociales, que llegase poco a poco a las primeras, pero era bastante raro. Había, por tanto, en cada ciudad dos clases enemigas: una que poseía, que aumentaba su riqueza y que quería conservarla; otra «indigente a la vez que perezosa, tan envidiosa como miserable, que ambicionaba la riqueza, y que no sabía ni podía alcanzarla» (Fustel de Coulanges). Esta tenía en su favor el número y la fuerza bruta, e imaginó aprovecharse de esta doble ventaja para apropiarse los bienes de sus adversarios. De donde provinieron largas series de violencias y de guerras civiles. Fue en Grecia un azote de todos los tiempos, pero se agravó en el siglo III y en el II.

#### 5.—LOS NO-CIUDADANOS EN ATENAS

Aparte todavía de los esclavos, había muchos moradores del Ática que no eran ciudadanos.

1.º *Metecos*.—Meteco era el extranjero que se establecía en una ciudad con intención de permanecer en ella en lo sucesivo. Estaba obligado a designar un patrono entre los ciudadanos, so pena de confiscación de bienes. Se veía sujeto a los impuestos comunes y al servicio de las armas, salvo que no era admitido en la caballería. Además pagaba una contribución especial de 12 dracmas anuales. No podía poseer bienes inmuebles, y sí sólo esclavos y bienes muebles, por lo cual la mayor parte de los metecos se dedicaban a la industria y al comercio. Algunos recibían el privilegio de la *isotelia*. En este caso no tenían patronos, estaban dispensados del impuesto especial y gozaban de todos los derechos civiles del ciudadano.

2.º *Libertos*.—Siendo casi siempre de origen extranjero, el liberto era asimilado al meteco. No difería de él más que en un punto, tenía necesariamente por patrono al que había sido su dueño, en vez de elegirle libremente.

3.º *Nótoi*.—Se llamaba así no solamente a los hijos nacidos de dos personas no casadas, sino también a los individuos cuyo padre o cuya madre eran extranjeros. Su condición social era la de los metecos. Conviene añadir que las más de las veces se hacía la vista gorda en punto a esta irregularidad.

Era un gran favor la obtención del derecho de ciudadanía; pero se necesitaba llenar numerosas formalidades. En primer lugar, la ley prohibía «hacer ateniense al que no hubiera merecido lograr la ciudadanía por servicios notables hechos al Estado» (Demóstenes, *Contra Neera*, 89). En segundo lugar, un particular hacía un proyecto de decreto en este sentido y el pueblo decidía si el decreto podía ser sometido o no a su aprobación. Si se tomaba en consideración, votaba en otra reunión, figurando en la Asamblea seis mil ciudadanos al menos. Finalmente, todo ciudadano tenía derecho a procesar al autor de la moción si no la juzgaba justificada, y los tribunales tenían la facultad de anularla.

A veces se intentaba la inscripción indebida en los registros ciudadanos, contando con la complicidad de algún magistrado. Si el engaño era descubierto, el que lo intentaba se exponía a perder los bienes, y a ser vendido como esclavo.

#### 6.—CONCESIÓN DEL DERECHO DE CIUDADANÍA

«Considerando que Evenor el médico se ha mostrado siempre bueno con el pueblo, que ha puesto su arte al servicio de los ciudadanos y de los demás habitantes de la ciudad, y que recientemente ha dado al tesoro un talento de plata, el pueblo ha decidido elogiar a Evenor, hijo de Epepios, de Argos, y concederle una corona de olivo, como premio a su buena voluntad para con el pueblo ateniense. Será ateniense, él y todos sus descendientes. Podrá hacerse inscribir en la tribu, el demo y la fra-

tría que quiera, conforme a la ley. Se votará acerca de él en la próxima reunión de la Asamblea. El presente decreto será grabado en una estela de piedra y depositado en la Acrópolis».

(*Corp. inscript. Attic.*, t. II, 187).

#### 7.— PERSECUCIONES CONTRA UN FALSO CIUDADANO

Cierto Panceón, extranjero, se decía *plateo*, lo que casi le hubiera asimilado a los ciudadanos de Atenas. Un ateniense, que tenía motivos de querrela con él, le persiguió en justicia, y tenemos el discurso que pronunció con este motivo.

«Como no cesaba desde hacía mucho tiempo de perjudicarme, fuí a la batanería donde trabajaba y le cité ante el polemarcha (1), pensando que era meteco. Pretendió que era plateo. Le pregunté cuál era su demo, y me respondió que era del demo de Decelia. Fuí entonces a la casa de un peluquero que frecuentaban las gentes de Decelia y me informé de si conocían en su demo a cierto Panceón, pero nadie le conocía. Me puse en relación con el plateo Eutícrites, para saber si conocía a Panceón, plateo, hijo de Hipparmodoros. Me dijo que conocía a Hipparmodoros, pero que éste no tenía hijos. Los plateos se reúnen el último día de mes en el mercado del queso. Fuí allí, pregunté y nadie conocía a Panceón. Uno solo, llamado Nicomedes, me dijo que había tenido un esclavo de este nombre, cuya edad y oficio me indicó, y que este esclavo se había fugado. En efecto, pocos días después, Nicomedes se apoderó de Panceón, como siendo de su propiedad. Amigos de este último se le arrancaron a la fuerza.....»

(Según Lisias, Discurso XXIII).

(1) Uno de los nueve arcontes.

## 8.—REVISIÓN DE LAS LISTAS CIUDADANAS

En ocasiones se procedía a una revisión general de la lista de los ciudadanos. Esta operación se hacía dentro de cada demo. Los miembros del demo, reunidos en asamblea, votaban sucesivamente los distintos nombres y se borraba a los que habían sido incluidos sin derecho. Por otra parte, se podía apelar a los tribunales, cuya sentencia era definitiva. El discurso de Demóstenes *Contra Eubulides* nos proporciona numerosos pormenores acerca de todo esto.

«Cuando se pronunció mi nombre, dice el demandante, ya no había luz. Se llegaba al número sesenta y fui el último llamado aquel día. Los más viejos de los del demo habían marchado ya para sus casas y no quedaban más de treinta personas. Al oír mi nombre, Eubulides se levantó de un salto y empezó a difamarme, hablando mucho y deprisa, a grandes voces, sin presentar un solo testigo en apoyo de lo que decía. Luego incitó a los miembros del demo a votar mi exclusión. Pedí que se dejase el asunto para el día siguiente. La hora era avanzada, yo no tenía nadie que me defendiera, me encontraba cogido de improviso. Pero aquel hombre no tuvo ninguna consideración para mi demanda formal y distribuyó sin perder tiempo fichas de votación a los ciudadanos presentes. Sus partidarios se levantaron por lo tanto, y votaron. Ya no se veía, recogieron cada uno dos o tres fichas y las metieron en la urna. No había más de treinta votantes y se encontraron más de sesenta fichas, con gran sorpresa de todos nosotros» (10-13).

El demandante plantea entonces la cuestión ante el tribunal, y se esfuerza en demostrar que su padre no es extranjero, como se ha supuesto, sino ateniense, que su madre también es ateniense. Por su parte, siempre ha gozado de la calidad de ciudadano, como lo prueba el haber ejercido un sacerdocio en su propio demo.

Señala también otros abusos que se han cometido en la revisión de las listas: «He aquí hermanos que tienen el mismo padre y la misma madre. Unos han sido borrados, otros no. He aquí desventurados viejos que han sido excluidos, y cuyos hijos permanecen. Pero escuchad lo más fuerte. Hubo extranjeros que querían ser ciudadanos. Los han admitido, mediante una suma que se han repartido a razón de cinco dracmas cada uno. Es grande el número de los que han borrado los cómplices de Ebulides o mantenido mediante dinero. En otro tiempo ya, Antífilo, su padre, siendo demarca, empleó una artimaña semejante para recibir dinero de varias manos. Pretendió que había desaparecido el registro público, hizo votar a los habitantes del demo acerca de sí propios, y arremetió contra diez que fueron excluidos, pero el tribunal los restableció a todos, excepto uno» (58-60).

## 9.— EL CIUDADANO

Ciudadano era el que gozaba de la plenitud de los derechos civiles y políticos. Los derechos civiles consistían en el de contraer matrimonio legítimo, poseer bienes raíces y muebles, y sostener personalmente una causa ante los tribunales. Los derechos políticos eran el de asistir a las sesiones de la Asamblea popular, tomar en ella la palabra, y aspirar a las magistraturas.

En los Estados aristocráticos, todos los hombres libres y mayores de edad (excepto los extranjeros) gozaban de los derechos civiles, pero no todos gozaban de los derechos políticos. Así, en Atenas, aun después de Solón, los cargos públicos se reservaban para las clases ricas o acomodadas y los pobres estaban excluidos en absoluto del poder. Casi en todas partes había que satisfacer ciertas condiciones de nacimiento o de riqueza para tomar parte en el gobierno, y el progreso de la democracia consistió justamente en suprimir poco a poco todas estas trabas. Tal es

principalmente la nota característica de la historia interna de Atenas. Pero allí mismo, los ciudadanos eran reducidísima minoría con relación a la cifra total de habitantes. No contaban más de 20.000 por 500.000 almas, y algunos juzgaban que todavía eran demasiados. No hubo muchos más de 5.000 bajo el régimen oligárquico de los Cuatro Cientos.—En Esparta, se siguió una marcha enteramente contraria. En un principio se contaban, según se dice, 9.000 ciudadanos, y llegó un momento en que la cifra descendió a 700.

Una de las penas que los tribunales prodigaban más era la privación de los derechos cívicos o *atimia*. Esta pena tenía sus grados. Unas veces se reducía a la pérdida del total o de parte de los derechos políticos, otras se extendía a los derechos civiles, era unas veces temporal, otras definitiva y hasta hereditaria. Dependía del delito cometido. Los ἀτιμοί eran numerosos en todas las ciudades griegas. A veces eran amnistiados y recobraban su anterior condición. Pero era difícilísimo obtener la rehabilitación de un ἀτιμος sólo, y se necesitaban aproximadamente las mismas formalidades que para el nombramiento de nuevo ciudadano.

#### 10.—SUJECIÓN DEL CIUDADANO AL ESTADO

La ciudad había sido fundada sobre una religión y constituída como una Iglesia. De aquí procedía su fuerza, de aquí también su omnipotencia y el imperio que ejercía sobre sus miembros. En una sociedad fundada sobre tales principios, no podía existir la libertad individual. El ciudadano estaba sometido en todo y sin reservas a la ciudad, la pertenecía por entero. La religión que había concebido al Estado y el Estado que mantenía la religión se sostenían mutuamente y formaban un solo cuerpo, ambos poderes asociados y confundidos constituían un poder

casi sobrehumano a que estaban igualmente sujetos el alma y el cuerpo.

No había nada en el hombre que fuese independiente. Su cuerpo pertenecía al Estado y estaba dedicado a su defensa. Su riqueza estaba siempre a disposición del Estado. Si la ciudad tenía necesidad de dinero, podía ordenar a las mujeres que la entregasen sus alhajas, a los acreedores que la cedieran sus créditos, a los dueños de olivares que la cediesen gratuitamente el aceite que habían elaborado.

No se libraba la vida privada de esta omnipotencia del Estado. Muchas ciudades griegas prohibían al varón permanecer célibe. Esparta no solamente castigaba al que no contraía matrimonio, sino también al que se casaba tarde. El Estado podía prescribir en Atenas el trabajo, en Esparta la ociosidad. Ejercía su poder tiránico hasta en las cosas más pequeñas. En Locres, la ley prohibía a los hombres beber vino puro. En Mileto, en Marsella, lo prohibía a las mujeres. Era corriente que las leyes de cada ciudad determinaran el traje. La legislación de Esparta regulaba el tocado de las mujeres, y la de Atenas las prohibía llevar en viaje más de tres vestidos. En Rodas, la ley prohibía afeitarse la barba. En Bizancio, castigaba con multa al que tenía en su casa una navaja de afeitar. En Esparta, por el contrario, exigía que se llevase afeitado el bigote.

El Estado tenía el derecho de no tolerar que sus ciudadanos fuesen deformes o contrahechos. En consecuencia, ordenaba al padre que tuviera un hijo tal, hacerle morir. Esta ley figuraba en el antiguo código de Esparta. No sabemos si existía en Atenas, y si solamente que Aristóteles y Platón la consignan en sus legislaciones ideales.

Hay en la historia de Esparta un rasgo que Plutarco y Rousseau admiraban mucho. Esparta acababa de experimentar una derrota en Leuctra y muchos ciudadanos habían perecido. Al saber la noticia, los padres de los muertos hubieron de mostrarse en público con rostro alegre. La madre que sabía que su hijo había librado del desas-



tre y que iba a volverle a ver, mostraba aflicción y lloraba. La que sabía que no volvería a ver a su hijo mostraba alegría y recorría los templos, dando gracias a los dioses. ¿Cuánto era, pues, el poder del Estado que ordenaba la inversión de los sentimientos naturales y era obedecido?

El Estado no admitía que nadie permaneciera indiferente a sus intereses, el filósofo, el hombre estudioso no tenía el derecho de vivir apartado. Era obligación que votase y fuera magistrado cuando le correspondiera. En una época en que abundaban las discordias, la ley ateniense prohibía al ciudadano permanecer neutral, y le obligaba a luchar con uno o con otro partido. Contra el que quería permanecer alejado de los partidos y mostrarse en paz, la ley decretaba severa pena, la pérdida del derecho de ciudadanía.....

No podía el individuo elegir sus creencias, tenía que creer y someterse a la religión de la ciudad. Se podía odiar o despreciar a los dioses de la ciudad vecina. En cuanto a las divinidades de carácter general o universal, como Zeus celeste, se era libre de creer o no creer. Pero nadie pensaba dudar de Atena Poliade, o de Erecteo, o de Cécrope. Habría habido en ello gran impiedad que hubiera lesionado la religión y el Estado al mismo tiempo, y que el Estado habría castigado severamente. Sócrates fue condenado a muerte por este delito. La libertad de pensamiento con respecto a la religión de la ciudad, era absolutamente desconocida entre los antiguos. Había que conformarse a todas las reglas del culto, figurar en todas las procesiones, tomar parte en el banquete sagrado. La legislación ateniense penaba a los que se abstendían de celebrar religiosamente una fiesta nacional.

No tenía el Estado solamente, como en nuestras sociedades modernas, derecho de justicia con respecto a los ciudadanos. Podía castigar sin haber culpa, y sólo porque así conviniera a sus intereses. Seguramente Arístides no había cometido ningún delito y ni siquiera podía pensarse, pero la república tenía derecho a expulsarle de su territorio por el mero hecho de que sus virtudes le habían

hecho adquirir grande influencia y de que podía llegar a ser peligroso, si quería. A esto se llamaba *ostracismo*, institución que no era especial de Atenas, pues se encuentra en Argos, en Megara, en Siracusa, y Aristóteles da a entender que existía en todas las ciudades griegas regidas por un gobierno democrático. Ahora bien, el ostracismo no era un castigo, era una precaución que la república adoptaba contra el ciudadano con respecto al cual había temor de que pudiera ser algún día molesto. En Atenas, se podía acusar a un individuo y condenarle por falta de civismo, es decir, por falta de cariño al Estado. La vida humana no estaba garantida por nada, en cuanto se trataba del interés de la república.

Es, por tanto, error singular entre todos los errores humanos haber creído que en las ciudades antiguas el hombre gozaba de libertad. Ni siquiera tenía idea de ella. No creía que pudiese haber derecho con respecto a la ciudad y sus dioses. El gobierno varió diferentes veces de forma, pero la naturaleza del Estado siguió siendo próximamente la misma y su omnipotencia no disminuyó gran cosa. El gobierno se denominó unas veces monarquía, otras aristocracia, otras democracia, pero ninguno de estos cambios dió a los hombres la verdadera libertad, la libertad individual. Tener derechos políticos, votar, designar los magistrados, poder ser arconte, eso era lo que se llamaba libertad, pero el individuo no dejaba de estar sujeto al Estado.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, libro III, capítulo XVIII).

## 11.—LAS COMIDAS PÚBLICAS EN ESPARTA

En parte alguna era tan fuerte como en Esparta la disciplina social. El Estado arreglaba la vida del ciudadano hasta en los más insignificantes pormenores. Le prohibía, por ejemplo, todo trabajo, toda ocupación lucrativa. Que-

ría que sólo pensase en sus deberes cívicos o militares. Hasta le imponía la obligación de hacer en común con todos los demás la comida de la tarde.

«Las comidas públicas, dice Plutarco, son llamadas *fitidia* por los lacedemonios. Cada mesa la formaban quince personas por término medio. Cada comensal aportaba al mes un medimno de harina de cebada (78 litros), ocho congios de vino (39 litros), cinco minas de queso (3 kilogramos), cinco medias minas de higos, y con esto algún dinero para las cosas usuales. Por otra parte, cuando se hacía un sacrificio o se había ido de caza, se enviaban carnes a la comida común, porque estaba permitido cenar en casa los manjares del sacrificio o de la caza, pero en cualquier otra circunstancia había que comer en la mesa común. Durante mucho tiempo se observó estrictamente esta ley. Así el rey Agis, al volver de una expedición en que había vencido a los atenienses, quiso cenar con su mujer y mandó a pedir raciones. Los polemarcas se las negaron.

» Los mismos niños asistían a estas comidas, a las que se les conducía para enseñarles a ser morigerados. En ellas oían hablar de política, tomaban modelo de los hombres libres y se acostumbraban a chancearse, a gastar bromas de buen gusto y a aguantarlas sin enfadarse.....

» A medida que iban entrando los convidados, el de más edad de la reunión les mostraba la puerta y les decía: «Por ahí no sale una palabra».

» Cuando se deseaba ser admitido a una mesa común, era preciso, según cuentan, pasar por la prueba siguiente: Todos iban cogiendo una bolita de pan y la tiraban, a modo de sufragio, en un vaso que el esclavo de servicio llevaba a la cabeza. Para decir que sí, se dejaba simplemente caer la bolita; para decir que no, se la aplastaba fuertemente entre los dedos. Si no había más que una en el vaso, no se recibía al solicitante, supuesto que no se quería admitir a nadie que no fuese agradable a todos los demás.

» El plato más en boga entre los espartanos era el caldo

negro. Los viejos le preferían a la carne, que cedían a los jóvenes. Se dice que un rey del Ponto compró expresamente un cocinero lacedemonio para saber cómo era aquel manjar, lo probó y le pareció detestable: «Príncipe, le dijo el cocinero, para saborearlo es necesario haberse bañado en el Eurotas».

»Después de haber bebido moderadamente, los convidados volvían a su casa sin alumbrarse. No estaba permitido que les acompañaran con luces ni en esta ocasión ni en ninguna otra. Se quería que se acostumbrasen a andar de noche y entre tinieblas con seguridad e intrepidez» (1).

(Plutarco, *Vida de Licurgo*, 12).

## 12.—LOS DEMOS Y LAS TRIBUS

Todo ciudadano formaba parte de un demo y de una tribu (2). Se conocen los nombres de más de 150 demos áticos, y éstos estaban agrupados en 10 tribus.

«El demo era una parte determinada del territorio de un Estado, era un ayuntamiento, con el doble carácter de asociación y de división administrativa» (Haussoullier). No todos los demos tenían igual importancia, pero todos tenían la misma organización. Cada uno de ellos tenía al frente una especie de alcalde electivo, llamado *demarca*, y varios funcionarios civiles o religiosos; cada uno tenía sus cultos locales, sus bienes, su presupuesto, sus fiestas. Sus asuntos eran administrados por la totalidad de los ciudadanos que habitaban en el demo.

En cuanto a la tribu, no era una circunscripción territorial, sino simple reunión de demos, tomados a capricho en distintas regiones del país, absolutamente como si en-

(1) En Creta había también comidas en común.

(2) Formaba parte asimismo de un grupo más reducido, la *fratría*.

tre nosotros cada distrito se compusiera de ayuntamientos situados en los cuatro puntos cardinales de una provincia. He aquí los nombres de las diez tribus del Ática: Erecteis, Ægeis, Pandionis, Leontis, Acamantis, Ceneis, Cécropis, Hippothontis, Eantis, Antioquis. Tenían también sus magistrados, sus asambleas y sus recursos especiales.

Decreto dictado por una tribu (*Corpus inscript. Attic.*, tomo II, 564):

«Considerando que Antistenes, hijo de Nicandros..., ha hecho votar un decreto que permitirá a los miembros de la tribu conocer el estado de sus tierras, y el cual dice principalmente que los epimeletas de la tribu inspeccionarán dos veces al año las propiedades para ver si se cultivan conforme a los contratos, y si los mojones están en su sitio....., la tribu Erecteis resuelve alabar a Antistenes, y concederle una corona de oro, a causa de su virtud y del espíritu de justicia que muestra sin cesar con respecto a los miembros de la tribu, y como no tiene más que una hija, los epimeletas cuidarán especialmente de ella. Si algo necesita, informarán a la tribu reunida en asamblea, y no consentirán que se la cause ningún perjuicio.....»

Decreto dictado por un demo (*Ibidem*, 579):

» Propuesta de Filoctemón, hijo de Cremes: Considerando que Demócrates, hijo de Eufiletos, y Hegesias, hijo de Lisistratos, encargados de los gastos de la coregia, han cumplido bien su cometido, los aixoneanos deciden alabarles y conceder a cada uno de ellos una corona de oro de 50 dracmas, en recompensa de su buena voluntad y de su celo con respecto a los demotas. El demarca Doroteos y los tesoreros les darán para un sacrificio 10 dracmas de las rentas del demo. El demarca Doroteos mandará grabar este decreto en una estela de piedra y la hará colocar en el teatro, a fin de que los coregas venideros sepan que el demo de Aixonné recompensará su celo».

## 13.—AMOR A LA LIBERTAD

«La tiranía es el peor azote de los Estados. Y ante todo, la ley deja entonces de reinar sobre todos los ciudadanos. El tirano dispone de ellos a su antojo, es su único dueño y la igualdad ya no existe. Por el contrario, bajo el imperio de la ley, el pobre y el rico tienen iguales derechos, es lícito al más humilde responder al poderoso que le insulta, y el pequeño vence al grande si de su lado tiene la justicia. Un pueblo es libre cuando se pregunta a los ciudadanos: «¿Quién tiene algo que decir para bien de la república?» (1). Si se quiere hablar, se hace al descubierto; si no, se guarda silencio. ¿Dónde hallar igualdad más completa? Allí donde el pueblo es soberano, tiene la dicha de tener a su servicio ciudadanos valientes. Al tirano le preocupan por el contrario, y a los más ilustres, aquéllos que cree capaces de pensar, les hace perecer, porque tiembla por su tiranía. ¿Cómo, pues, un Estado podría ser fuerte cuando hay un hombre que siega y recoge los alientos juveniles como las espigas en el campo, en primavera? ¿De qué sirve reunir riquezas y ganar el pan de sus hijos, si no se trabaja más que para enriquecer al tirano? ¿Se educa castamente una virgen en la casa materna para que sirva para los placeres, para los caprichos del tirano, y haga caer a los padres en la desesperación? ¡Antes morir que ver a mis hijas expuestas a estas violencias!»

(Eurípides, *Las Suplicantes*, 429 y siguientes).

---

(1) Aristóteles dice: «Uno de los caracteres esenciales de la libertad es que los ciudadanos se encuentren en el caso de mandar y obedecer alternativamente». (*Política*, VI (IV) 1, 6).

## 14.—OBLIGACIÓN DEL CIUDADANO DE DEFENDER

## LAS INSTITUCIONES NACIONALES

El año 409 antes de Jesucristo, los atenienses aprobaron la siguiente ley, que prueba hasta qué punto el ciudadano estaba en el deber de respetar y defender las instituciones establecidas.

«Si un individuo derriba la democracia en Atenas o ejerce una magistratura cualquiera después de este hecho, será tratado como enemigo del pueblo ateniense, podrá matársele impunemente, y sus bienes serán confiscados, excepto el diezmo que se destina a Atena. El asesino y el cómplice del asesino quedarán puros de toda mancha y de toda impiedad. Todos los atenienses, al inmolar víctimas perfectas, jurarán matarle. Que el juramento sea como sigue: «Me comprometo a hacer perecer por la palabra o por la acción, por un voto o con mi propia mano, si puedo, a cualquiera que derribe la democracia en Atenas, o que después de derribada acepte algún cargo público, aspire a la tiranía, o ayude al tirano. Y si otro le mata, consideraré santo al asesino a los ojos de los dioses y de los demonios, por haber matado a un enemigo del pueblo ateniense. Venderé todos los bienes del muerto y daré al asesino la mitad del producto, sin guardar nada. Si algún ciudadano muere matando o tratando de matar a uno de estos criminales, le daré muestras de mi agradecimiento así como a sus hijos, según se ha hecho con Harmodio y Aristogiton y sus descendientes.....» Tal es el juramento ordenado por la ley, que deberán pronunciar todos los atenienses antes de la fiesta de las Dionisiacas, inmolando víctimas perfectas, e invocando sobre el que permanezca fiel a lo jurado bienes en abundancia, sobre el perjuro la ruina para él y para los suyos».

(Andócides, *Sobre los misterios*, 96-98).

15.— PREFERENCIA DADA EN EL GOBIERNO  
A LA CLASE MEDIA

«Hay tres clases de ciudadanos: los ricos, que son inútiles y no piensan más que en reunir constantemente más riquezas; luego los que no poseen nada y carecen de lo necesario, violentos, siempre envidiosos, siempre dispuestos a lanzar dardos ingeniosos contra los que poseen y a dejarse engañar por las palabras de jefes mal intencionados. La clase media es la que salva a los Estados, manteniendo en la república el orden establecido» (Eurípides, *Suplicantes*, 238 y siguientes).

«La sociedad civil más perfecta es la que existe entre ciudadanos que viven en mediana condición. No puede haber Estados bien regidos a no ser aquéllos en que la clase media es numerosa y más fuerte que las otras dos, o por lo menos más poderosa que cada una de ellas. Porque puede hacer inclinarse la balanza en favor del partido al cual se una y de esta forma impide que una u otra obtenga superioridad decisiva. Es gran dicha, por tanto, que los ciudadanos no posean más que mediana riqueza, suficiente para sus necesidades. Porque siempre que los unos tienen inmensas riquezas y los otros no tienen nada, o resulta la peor de las democracias, o una oligarquía desenfrenada, o una tiranía intolerable» (Aristóteles, *Política*, VI (IV), 9, 8).

16.— LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS

«He aquí cuáles son las instituciones democráticas: que todas las magistraturas sean electivas para todos, y entre todos los ciudadanos; que todos tengan autoridad sobre cada uno, y cada uno a su vez sobre todos; que las magistraturas se confieran a la suerte, al menos las que no



exigen experiencia ni conocimientos técnicos; que las dignidades o los empleos no se distribuyan según cierta cifra de caudal, o lo sean según una cifra muy pequeña; que la misma persona no pueda ejercer dos veces ninguna magistratura, o que sean muy pocos los que se encuentren en este caso, y que no puedan ser poseídas sino un número muy reducido de veces por el mismo individuo, a excepción de los empleos militares; que todos los cargos, o el mayor número posible, no sean nunca de larga duración; que todos los ciudadanos sean llamados a juzgar en los tribunales; que los jueces se nombren en todas las clases sociales, y juzguen de toda clase de asuntos, o acerca del mayor número, de los más graves, como son los rendimientos de cuentas de los magistrados, los asuntos generales del Estado y los contratos particulares; finalmente, que la resolución de todas las cosas, al menos de las principales, dependa enteramente de la Asamblea general de los ciudadanos, y no de ninguna magistratura, o al menos en número muy reducido de casos» (Aristóteles, *Política*, VII (VI), 1, 8).

Según estos principios se organizó la democracia ateniense. La *Asamblea del pueblo* estaba abierta a todos los ciudadanos desde que cumplían los veinte años. Es más, para que a ella acudieran hasta los ciudadanos más pobres, se ideó dar primeramente un óbolo (16 céntimos), y más tarde tres (48 céntimos) a todo el que viniera a sentarse en ella. Celebraba muchas sesiones, nombraba los magistrados electivos, hacía las leyes, decidía la paz y la guerra, juzgaba ciertos crímenes o delitos y dirigía realmente toda la política exterior e interior de la república. El *Senado* o *Consejo*, compuesto de quinientos miembros nombrados a la suerte entre los ciudadanos de treinta años de edad, estudiaba previamente todas las proposiciones que habían de ser sometidas al pueblo, sin tener derecho a detenerlas con un veto preventivo. Vigilaba además a todos los funcionarios adseritos a los diferentes servicios de la administración. Los senadores no permanecían en el cargo más que un año y percibían indem-

nización diaria de cinco óbolos (80 céntimos). Todas las magistraturas eran conferidas por elección o a la suerte. Para aspirar a ellas no era necesario poseer determinado caudal ni ofrecer garantías de capacidad o de competencia, bastaba justificar que se era persona de buena conducta y costumbres. No duraban más que un año y eran ejercidas cada una por varios individuos a la vez: así, los diez estrategas ejecfan a un tiempo el poder ejecutivo. El magistrado ateniense no tenía ninguna autoridad propia, era sólo agente de las decisiones del pueblo, del cual dependía íntimamente. No se contentaba este con pedirle cuentas de su conducta, una vez expirado el cargo, sino que en diez ocasiones distintas, en el trascurso del año, se examinaban sus actos y se abría votación para decidir si había de ser destituido. El pueblo, en una palabra, era soberano en la realidad lo mismo que en teoría, era el origen de todos los poderes, y gobernaba el Estado, no por intermediarios, sino directamente.

#### 17.—LA ASAMBLEA ATENIENSE SEGÚN LOS POETAS CÓMICOS

Concurrían a la Asamblea del pueblo sobre todo los artesanos y vendedores del Pireo y de la ciudad, pues los propietarios que habitaban lejos de Atenas, no tenían lugar de hacerlo, a no ser en circunstancias excepcionales. Desde el día que se pagó por asistir, es decir, desde principios del siglo iv, los ciudadanos más pobres, a quienes la necesidad de ganar el sustento cotidiano había detenido hasta entonces, la invadieron. Así, los intereses más graves del Estado dependían de una mayoría de proletarios. Aristófanes inventa un divertido ejemplo en la *Asamblea de las mujeres*. Estas, disfrazadas de hombres, llenan el Pnyx y se mezclan con los ciudadanos que van a deliberar. Su jefe, Praxágoras propone un decreto que tiene por objeto confiar en lo sucesivo a las mujeres

la resolución de los negocios. Entonces, refiere un testigo ocular, la multitud de los zapateros, es decir, de los proletarios, rompe en aplausos. Los aldeanos, más sensatos, protestan con un gruñido; pero como son minoría, resultan derrotados. He aquí, según Aristófanes, cómo pasaban las cosas.

¿Qué decisiones reflexivas y prudentes podían ser tomadas por una reunión tal de ciudadanos ignorantes, e irresponsables por razón mismo de su pobreza? Todos aquellos atenienses, que considerados aisladamente y en la vida diaria eran tan inteligentes, tan sensatos, venían a ser, una vez sentados en la roca del Pnyx, mentecatos a los que se podía hacer ver cualquier cosa. En medio del tumulto, de los gritos, de los aplausos y de los silbidos, sin dejar de comer y de beber, hasta el punto de que los arqueros encargados del orden en la Asamblea se veían obligados a llevarse a veces a los más escandalosos, escuchaban a los oradores, dispuestos a seguir al que mejor supiese atacarles por el lado sensible. Los asuntos más graves del Estado les conmovían menos que las cuestiones de personas, y cuando de ellos se ocupaban, era para dejarse llevar de las ilusiones de su ardiente imaginación, o de los impulsos de sus instintos. Que el precio del pescado con que se alimentaban hubiera bajado, eso les interesaba bastante más que hacer paces con Lacedemonia. Los individuos a quienes se confiaban no habían de ser sino proveedores de sus necesidades y de sus placeres. Les escuchaban en tanto servían sus pasiones y les volvían la espalda en cuanto hallaban otros más dispuestos a tenerles la mesa preparada. Preferirán el charlatán que les prometa buenas sandalias y túnica de abrigo para el invierno, al general que se apoderó de Esfacteria. Tan implacables en su rencor como ciegos en su confianza, su ídolo de hoy será mañana su víctima. En vano se esforzará el favorito de la víspera, con toda clase de bajezas, para conservar el favor del pueblo, en vano se pondrá a sus pies y le ofrecerá su cabeza para que en ella se enjague los dedos con que se ha limpiado

las narices, el pueblo está cansado de su último cortesano y sonríe al nuevo. Su egoísmo natural ha sido excitado con exceso por los halagos de sus ministros, se ha habituado a considerarse dueño de todo, y refiriéndolo todo a sí mismo, aprueba las exacciones de que se aprovecha, favorece las expoliaciones que comparte, y hace a la ley cómplice de sus robos.

La poca fijeza de su imaginación lleva al pueblo a desear constantemente lo que no tiene, hoy Pílos, mañana Sicilia, luego Cartago. Su ignorancia le hace creer que todo es posible y le anima a trastornarlo todo. No se figura que gobernar pueda ser otra cosa que hacer y deshacer sin cesar las leyes. Deja para mañana las medidas que se había apresurado a tomar la víspera, juega con los decretos como los niños con la pelota, las leyes se parecen entre ellos a las telas de araña que se quitan de un escobazo y que una noche basta para volver a tejer. Dejad a Atenas por tres meses y no la conoceréis. La mayoría de que antes hablábamos aplaude la proposición ridícula de Praxagora, porque es la única novedad que todavía no ha probado.

Cuando ha gustado una vez el placer de ser árbitro soberano de todo, disponiendo con su voto de las magistraturas y de los mandos, el pueblo no quiere renunciar a este poder, al que se aferra tanto más fuertemente cuanto más trabajo le ha costado adquirirlo y menos digno se juzga de poseerlo. Se hace celoso, desconfiado, enemigo de toda superioridad, Por temor a los tiranos se hace tirano él mismo. El recuerdo de la tiranía de Hippias no se borró de la memoria de la democracia. Al final de los banquetes, a guisa de canción de brindis, se entonaban las famosas coplas de Harmodio. A poco que un ciudadano rico desagrade a las gentes de la clase baja, ven en él un pretendiente a la tiranía, y de esta suerte se forma una clase de sospechosos. Cleón es denunciado como tirano por su rival el salchichero. El coro de los jueces viejos, en *Las avispas*, olfatea en Bdelicleón un tirano, porque quiere impedir que su padre vaya al tribunal. Sus invec-

tivas contra el joven aristócrata son el resumen de muchos discursos de demagogos: «¿No es evidente para todos nosotros, los pobres, que la tiranía se desliza en secreto en nuestro seno para cogernos? ¡Eh! miserable, nuevo Aminias, con tus largos cabellos, pretendes prohibirnos el uso de las leyes de la república, sin pretexto, sin capciosos discursos, ¡quieres mandar solo! El coro de los viejos ve en el complot de Lisistrata una empresa tiránica. Por lo demás, no se habla en Atenas más que de conjuraciones. La tiranía está de moda, corre por el mercado, abunda más en él que el pescado salado.

De esta suerte una Asamblea soberana, en que domina gran mayoría anónima de gentes pobres preocupadas solamente de vivir a expensas de los ricos y de asegurar en contra de ellos el poder que han llegado a conquistar, tal es la nueva realeza de Atenas.

(Couat, *Aristophane*, págs. 69 72)

#### 18.—UNA SESIÓN DE LA ASAMBLEA ATENIENSE

En este pasaje, Eurípides, so pretexto de describir la Asamblea de Argos reunida para juzgar a Orestes, describe una sesión de la Asamblea popular de Atenas:

«Venía del campo y había entrado casualmente en la ciudad..... Veo a la multitud llegar y tomar asiento en la colina donde, según se dice, Danaos fue el primero que reunió una asamblea pública. Al ver aquella multitud, preguntó a un ciudadano: «¿Qué ocurre en Argos? ¿Es una noticia llegada del enemigo lo que así pone en conmoción a la ciudad de Danaos?—¿No ves, me responde, a Orestes que avanza, para sostener una lucha contra la muerte de que está amenazado?» Entonces, en efecto, se ofrece a nuestra vista un espectáculo inesperado que nunca habría querido ver. Pílates y Orestes marchan juntos, el uno abatido, agotado por la enfermedad, el otro compartiendo como hermano los dolores de su amigo. Cuando

la Asamblea de los argivos está completa, un heraldo se levanta y dice: «¿Quién quiere hablar? Se trata de resolver si Orestes debe perecer o no, por haber matado a su madre». Tras de lo cual se levanta Talthybios. Siempre del partido de los poderosos, pronuncia un discurso ambiguo. Mezcla el elogio y la censura, ensalzando a Agamenón, pero acusando a Orestes de haber establecido con respecto a los padres un precedente enojoso, y al mismo tiempo no cesaba de acariciar con la mirada a los enemigos de Egisto..... Después de él habla el rey Diómedes. No quiere que se condene a muerte a Orestes, sino que se observe la ley religiosa, condenándole a destierro. Su discurso es acogido con murmullos de aprobación y de censura. Luego se levanta un charlatán desenfrenado, poderoso por su audacia, argivo sin ser de Argos, intruso en la ciudad, que cuenta con el escándalo, con la intemperancia inculta de su lengua y que sin duda podría aún lanzar a la república a alguna desgracia. Porque cuando un hombre de palabra agradable y espíritu perverso persuade a la multitud, es grande azote para la ciudad. Pero los que no la dan sino buenos consejos, inspirados por la sabiduría, sirven útilmente su causa, si no en el presente, al menos en el porvenir..... Aquel hombre decía, pues, que había que lapidar a Orestes. Tíndaro era quien le animaba a hablar así. Pero he aquí que otro se levanta y sostiene contraria opinión. No es hermoso, pero es hombre de corazón, que frecuenta poco la ciudad y las Asambleas, uno de esos trabajadores del campo que son únicos en salvar a su patria, hábil sin embargo, cuando le place, en las luchas de la palabra, íntegro, de vida irreprochable. Propuso que se coronase a Orestes, el hijo de Agamenón, por haber querido vengar a su padre matando a una mujer pérfida e impía..... Las gentes honradas juzgaron que tenía razón y nadie habló después de él..... El triunfo fue, sin embargo, de aquel malvado demagogo que pedía la muerte de Orestes».

(Eurípides, *Orestes*, versos 866 y siguientes).

## 19.—REUNIÓN EXTRAORDINARIA DE LA ASAMBLEA

Demóstenes cuenta en estos términos la Asamblea extraordinaria que tuvo lugar al saberse que Filipo se había apoderado de Elatea, muy cerca de la frontera del Ática.

«Era por la tarde y un hombre vino a anunciar a los pritanos que Elatea había sido tomada. Inmediatamente los unos se levantan de la mesa, arrojan a los vendedores de la agora y mandan abrir las barreras, los otros envían a buscar a los estrategas, llaman al trompeta, sólo hay turbación en la ciudad. Al día siguiente, al despuntar la aurora, los pritanos convocan el Consejo. Vosotros, por vuestro lado, acudís a la Asamblea, y antes de que el Consejo hubiera discutido nada, nada resuelto, todo el mundo estaba en sus puestos en la colina. Muy poco después llegan los miembros del Consejo. Los pritanos comunican la nueva y hacen aparecer al que la ha traído. El individuo habla. El heraldo pregunta: «¿Quién quiere subir a la tribuna?» Nadie se levanta. Repite la invitación varias veces. Nadie tampoco. Y todos los estrategas, todos los oradores estaban presentes. Y la patria, con aquella voz que es la voz de todos, llamaba a un ciudadano que hablase para salvarla, porque la voz del heraldo que se hace oír, cuando las leyes lo ordenan, es la voz de la patria. ¿Quién, pues, había de presentarse entonces?..... Hacía falta un hombre que hubiera seguido las cosas desde el principio, que hubiera estudiado la conducta de Filipo y penetrado sus designios..... El que quería tal claridad era yo. Aparecí, subí a la tribuna».

Propuso que se enviase una embajada a Tebas para concertar una alianza con esta ciudad.

«Nadie se opuso, todos aplaudieron, y no solamente di este consejo, sino que redacté el decreto. Aprobado éste, fui como embajador. En mi cargo, persuadí a los tebanos.

Seguí mis gestiones, pasando por todo, desde el principio al fin».

(Demóstenes, *Discurso de la corona*, 169 y siguientes).

## 20.—UN HOMBRE DE ESTADO EN EL SIGLO V: PERICLES

«Todo el tiempo que Pericles estuvo al frente del Estado durante la paz, gobernó con moderación. Supo reservarle de los peligros, y bajo su dirección, Atenas llegó a ser muy grande. Cuando la guerra (del Peloponeso) hubo estallado, es evidente que entonces también tuvo, para lo venidero, el justo sentimiento de la fuerza de su patria. Y cuando hubo muerto, se hizo todavía más completa justicia a su previsión con motivo de la guerra..... Poderoso por su consideración y por su inteligencia, y al abrigo de toda sospecha de venalidad, mantenía a la multitud liberalmente. La conducía, en lugar de ser arrastrado por ella, porque como no debía su poder a medios ilegítimos, no la halagaba en sus discursos, sino que podía por su autoridad contradecirla hasta con fiereza. Cuando veía a los atenienses abandonarse a una confianza inmotivada e insolente, les fustigaba con su palabra y les llenaba de temor. Si cedían a insensatos terrores, les infundía nuevos ánimos y les devolvía la confianza. Había, pues, en Atenas de nombre democracia, de hecho la autoridad suprema del primero de los ciudadanos. Pero los hombres que vinieron después de él, más iguales entre sí y deseosos todos del primer puesto, dejaron abandonados los negocios a los caprichos del pueblo. De aquí vinieron muchas desventuras».

(Tucídides, II, 65).



## 21. — UN PERSONAJE POLÍTICO DEL SIGLO IV: HIPÉRIDES

Hipérides empezó, como la mayor parte de los restantes oradores, por ser logógrafo. Era un oficio difícil de desempeñar. La discusión de derecho era, ciertamente, menos sabia y complicada que entre nosotros, pero había que desplegar una habilidad muy de otro modo grande para vencer en el resto del alegato. Conservar al personaje, al que se hacía hablar, el carácter que convenía a su edad y posición, instruir y encantar a aquella especie de jurado, ignorante y delicado, que había de pronunciar la sentencia, halagar sus pasiones políticas en las causas importantes en que llegaba a ser bastante numeroso para constituir una verdadera asamblea, y no obstante, no apartarse sino raras veces de la elegancia viva y familiar, que parecía impuesta igualmente por el gusto de aquellos tribunales populares, con tanta frecuencia renovados por medio de la suerte, y por la necesidad de mantenerse en los límites de tiempo que con bastante avaricia medía el reloj de agua, tales eran las condiciones que había de satisfacer el buen redactor de defensas. Al cabo de algunos años en esta profesión, cuando en ella lograba éxito, poseía un talento singularmente adaptable y se sentía dueño de sus destinos, ya como abogado, ya como orador político. Si se limitaba a poner al servicio de los particulares su saber de legista y su habilidad de escritor, se aseguraba una clientela buena. Si se atrevía a afrontar la plaza pública, llevaba las cualidades que más apreciaban los atenienses, la soltura y la naturalidad, los recursos de una dialéctica ingeniosa, el tacto y el conocimiento de los hombres, por último, las gracias discretas que había podido desarrollar cómodamente en la práctica de negocios en que no ponía más que su ingenio. El lenguaje que había de usar en la Asamblea del pueblo difería poco del que había complacido a los tribunales en sus alegatos políticos. Por otra parte, el orador no rompía con el aboga-

do. Llenaba muchas veces su papel, pero no ya con cara extraña. No solamente las necesidades de la vida política le obligaban con frecuencia a defenderse o a acusar por propia cuenta, sino que muchas veces acudía también en persona y a título de amigo a sostener al acusador o al acusado con un discurso suplementario que podía ser la pieza principal del proceso. Entonces hallaba medio de mostrar abnegación por su partido y de fundamentar o mantener el propio crédito en su tribu. Así el hombre político, por interés mismo de su carrera, dedicaba a las luchas de los tribunales parte considerable de su actividad. Era, por tanto, del todo provechoso para él haberse preparado muy de antemano en estas lides.

Tal fue el camino que siguieron en Atenas muchos oradores, Demóstenes entre ellos; tal fue también el que siguió Hipérides. Al principio solamente abogado, luego a la vez abogado y orador. Esto explica el número bastante considerable de alegatos civiles que había proporcionado a las recopilaciones de la antigüedad. Asuntos de tribuna y de herencias, querellas entre contribuyentes, procesos intentados contra especuladores en materia de subsistencias, acusaciones de inmoralidad, querellas por injurias o delitos de hecho, disputas a propósito de acueductos o de límites de propiedades, tal son algunos de los asuntos que ejercitaron entre los tribunales la elocuencia de Hipérides. Él mismo afirma que jamás ha atacado a nadie en propio nombre. Contradice el hecho el proceso de Aristagora. No obstante, no le era muy factible ofrecer ese testimonio, a sí mismo, al final de su carrera, de no sentirse autorizado para ello por una fama de moderación relativa. Los triunfos que obtuvo ante los tribunales contribuyeron sin duda a proporcionarle los medios de satisfacer su afición al lujo y los placeres.

En efecto, en medio de la relajación de costumbres que era entonces general en la sociedad ateniense, se le atribuyen varias que eran especialmente voluptuosas. Se cuenta que, después de la muerte de su madre, llegó a arrojar a su hijo Glaucippo de la casa paterna para esta-

blecer en ella a la cortesana Mirrina, célebre por sus fastuosas exigencias, lo cual no le impedía sostener al mismo tiempo otras dos queridas, Aristagora en el Pireo, y en Eleusis, en sus propiedades, a la tebana Fila, que había sacado de la esclavitud a un precio muy elevado..... Con la memoria de sus disipaciones, ha llegado a nosotros la de su afición a comer bien. Iba todos los días a dar vuelta por el mercado de la pesca, y la comedia de su tiempo se alegró más de una vez con su afición a este alimento tan gustado por los buenos paladares de la antigüedad..... Otro poeta le representa jugador, y se sabe la severidad con que este vicio era fustigado por los antiguos.

Tal era Hipérides en su vida privada, sensual, cediendo descaradamente a las tentaciones que le ofrecía la licencia de costumbres de su siglo, desenfrenado en sus pasiones, sin preocuparse de la opinión ni de los deberes y su dignidad de padre, prodigando en locas disipaciones las riquezas que ganaba con su elocuencia. La comedia murmuraba del origen de estas riquezas. No hay que exagerar ni negar por completo el valor de tales imputaciones. La sátira política no decía siempre la verdad, sobre todo en el teatro. Hay que añadir que la acusación de venalidad formaba, por decirlo así, parte de las cargas profesionales de un orador. ¿Qué orador de aquella época no se oyó decir «vendido»? Licurgo sólo conservaba reputación bien fundada de integridad, y todavía una tradición le representa justificándose en su lecho de muerte de las acusaciones de Menesecme, su sucesor en la administración del tesoro. Por otra parte, la opinión tenía alguna causa para declararse fácilmente contra los oradores, pues muchas veces los asuntos públicos eran para ellos fuente considerable de ingresos. Los extranjeros que solicitaban la protección del pueblo ateniense, las ciudades griegas y los reyes del Norte y de Asia cuyos intereses estaban enlazados con los suyos, no creían poder pagar demasiado caro el apoyo de un palabra aplaudida en el Pnyx. ¡Y qué eran los tesoros de ciertos príncipes o solamente

de los sátrapas, para no hablar del Gran Rey, comparados con los recursos de las pequeñas ciudades de Grecia y de la misma Atenas! De donde, en gran parte, la elevada posición de los principales oradores, ricos e ilustres patronos de semejantes clientes. Con los estrategas, formaban en el Estado una especie de clase superior, a la vez respetada y sospechosa. Como ellos, ejercían influjo decisivo en los destinos de la patria; como ellos, estaban expuestos a las acusaciones de traición, a las venganzas del pueblo y al odio de los extranjeros; como ellos, en fin, parecían reclamar frecuentemente, a título de compensación, el derecho de abandonarse a todos los excesos del lujo y del placer. Aliados y enemigos daban a unos y a otros los medios de mantener, en interés o a expensas de la patria, aquella vida privilegiada. Nadie buscó con más ardor que Hipérides estos beneficios de la carrera de orador, pero nadie tampoco aceptó más resueltamente los peligros, ni a ellos opuso corazón más firme ni patriotismo más enérgico.

(J. Girard, *Études sur l'éloquence attique*, págs. 97-106).

## 22.—DEFECTOS DE LA DEMOCRACIA ATENIENSE

«Sobresalimos en la acción lo mismo que en la palabra, y tenemos tan poca cabeza que en un mismo día, acerca del mismo asunto, mudamos de opinión. Lo que condenábamos antes de ir a la Asamblea, lo votamos una vez reunidos, y luego, un instante después, lo que acabamos de votar aquí, apenas nos hemos separado, lo censuramos de nuevo. Nosotros que nos alabamos de ser los más sabios de los griegos, tomamos por consejeros gentes a las que todo el mundo desprecia, y a éstos hacemos árbitros absolutos de todos los asuntos públicos, cuando ninguno de nosotros querría confiarles ninguno de sus asuntos particulares. Pero he aquí lo más deplorable: los que

todos a una declararíamos los ciudadanos más perversos, son para nosotros los más fieles guardianes de la ciudad. Juzgamos a los metecos por los patronos que eligen, y no reflexionamos que a nosotros ha de juzgárse nos según los hombres que nos gobiernan. ¡Y cuánto diferimos de nuestros antepasados! Elegían los mismos jefes para la república y para el ejército (1). El que desde lo alto de la tribuna podía dar los mejores consejos, les parecía también capaz de adoptar las mejores resoluciones el día que tuviera la responsabilidad del gobierno. Nosotros, por el contrario, juzgamos indignos de las funciones de estratega, faltos de inteligencia para ello, a hombres cuyas opiniones seguimos en las cuestiones más graves, y a otros a quienes nadie querría consultar respecto a sus intereses particulares, ni acerca de los intereses públicos, les enviamos fuera con autoridad absoluta, como si en el ejército hubieran de ser más avisados y capaces de adoptar una resolución tocante a los intereses de Grecia entera que aquí mismo, tratándose de los asuntos de Atenas».

(Isócrates, *Discurso sobre la paz*, 52 y siguientes).

### 23.—EL SENADO DE ESPARTA

El Consejo que dirigía la ciudad era en Esparta el Senado. Se componía de veintiocho miembros, todos de sesenta años como mínimo, e inamovibles.

He aquí, según Plutarco (*Licurgo*, 26), cómo se hacía la elección. Se reunía la Asamblea del pueblo, y una co-

---

(1) Quiere esto decir que los estrategas, encargados de dirigir el ejército en tiempo de guerra, eran en tiempo de paz los jefes del gobierno. En el siglo IV, los estrategas sólo tenían atribuciones militares, y la política ateniense era dirigida por los oradores, es decir, por individuos que, muchas veces sin mandato oficial, tenían con su palabra más poder en la Asamblea.

misión permanecía encerrada en un local vecino desde el cual se podía oír todo sin ver nada. Cada uno de los candidatos atravesaba la plaza, en orden determinado en el momento mismo por la suerte. A su paso, la muchedumbre lanzaba aclamaciones más o menos calurosas. La comisión percibía la intensidad de las voces proferidas en honor de los diferentes candidatos y se declaraba electo a aquél en cuyo honor habían sido más fuertes los clamores (1). «Este último, con corona a la cabeza, visitaba sucesivamente todos los templos. Tras de él iba un cortejo de jóvenes que alababan y ensalzaban al nuevo senador y de mujeres que entonaban himnos. Cada uno de sus amigos le ofrecía una colación, diciéndole que la ciudad entera le honraba de esta suerte. Después de lo cual iba a la comida pública, donde comía lo de costumbre, salvo que se le servían dos raciones, una de las cuales se apartaba. Terminada la comida, sus parientas se presentaban a la puerta de la sala. Llamaba a la más estimada y la daba la ración que había reservado, diciéndola que después de haber recibido aquella parte como premio a la virtud, se la cedía por igual motivo. Aquella mujer, a su vez, era conducida por las demás a su domicilio».

La entrada en el Senado, en teoría al menos, era la recompensa suprema de una vida honrosa consagrada al bien público. Pero Aristóteles da a entender que aquellos senadores se dejaban corromper con frecuencia. En todo caso, eran realmente los que gobernaban el Estado.

#### 24.— LA ASAMBLEA POPULAR EN ESPARTA

La Asamblea del pueblo, a la que eran admitidos los ciudadanos de treinta años de edad, estaba lejos de tener

---

(1) Hasta estos últimos tiempos se seguía un procedimiento semejante en una islita del Archipiélago.

la misma importancia que en Atenas. No se reunía más que una vez al mes, a menos de que no fuera urgente convocarla en el intervalo. En ella se permanecía de pie, lo cual prueba que las discusiones no eran largas. Ningún particular tenía derecho a presentar una proposición, no se deliberaba más que acerca de las mociones presentadas por el Senado, y el Senado mismo no llevaba más que proyectos de iniciativa de los éforos. En un principio los simples ciudadanos no podían tomar la palabra, se limitaban a escuchar los discursos de los senadores y de los magistrados, y la Asamblea decía si la ley había de discutirse o no, sin tener la facultad de enmendarla. Se votaba por aclamación, como en las elecciones. En el siglo IV parece que todos los asistentes estaban autorizados para hablar y que el pueblo pudo modificar a su guisa la proposición que le era presentada, pero en este caso los senadores tenían el recurso de retirarla antes de la votación definitiva e impedir de este modo que prosperase cualquier resolución.

Se ve cuanto difería la Asamblea de Esparta de la de Atenas. En principio, era soberana como aquella y todas las cuestiones importantes le eran sometidas, pero no gobernaba, no tenía en materia legislativa más que el derecho de sanción, y en materia de gobierno el de inspección.

## 25. — LA REALEZA EN ESPARTA

Los reyes eran dos. Se sucedían en dos familias distintas, las cuales descendían de Hércules y casi siempre se mostraban rivales. Los espartanos mantenían todo lo posible este desacuerdo a fin de disminuir la autoridad efectiva de sus reyes, de los que desconfiaban singularmente.

Admiraba a los antiguos el prestigio de que los reyes eran rodeados. «Si se hace un sacrificio público, dice He-

rodoto, tienen en el festín el primer puesto, se les sirve los primeros y se les da doble ración. Comienzan las libaciones y reciben las pieles de las víctimas inmoladas. En la luna nueva y el sétimo día del mes, el Estado les da a cada uno una víctima sana para ofrecerla a Apolo, y un medimno de harina y vino. En los juegos ocupan puesto preeminente. Consultan, por mediación de personas que ellos designan, al oráculo de Delfos y se guardan las respuestas recibidas..... A su muerte se expiden correos que dan la noticia por toda Lacedemonia. Las mujeres recorren las calles golpeando calderos. En cada familia dos personas libres, hombre y mujer, han de vestir luto, so pena de fuerte multa. De toda la comarca acuden muchas gentes a los funerales, y en ellos se dejan llevar a lamentaciones inmensas, golpeándose fuertemente. Si un rey muere en la guerra, se expone su estatua en un lecho adornado con lindas telas. Por espacio de seis días, se suspenden las asambleas y las audiencias de los tribunales y se guarda luto» (VI, 57-58). Los espartanos, añade Jenofonte (*Gobierno de los lacedemonios*, XV, 9), quieren demostrar de este modo «que honran a sus soberanos no como hombres, sino como semi-dioses».

Todos estos usos se explican por el carácter religioso de que estaban revestidos los reyes en Esparta y en todas partes. Pero su poder político no era muy considerable, y no dejó de disminuir con el tiempo. Hablaban en la Asamblea, sin presidirla, se sentaban en el Senado, pero no disponían más que de un voto cada uno. Si lograban algún influjo en el gobierno, como Agesilao, lo debían menos a sus atribuciones propias que a sus cualidades personales. Eran poderosos si lograban captarse la voluntad de los éforos y del Senado; pero en caso contrario no tenían fuerza.

Eran los jefes naturales del ejército, y dirigían por lo común las expediciones guerreras. Pero se les juntaban dos éforos que, sin tener derecho a hacerles ninguna observación, notaban todo lo que veían. A partir de la guerra del Peloponeso, se instituyó al lado de ellos un



consejo cuyas opiniones debían obedecer. Finalmente, si llegaba una orden secreta de Esparta llamándoles, habían de acudir inmediatamente.

Todos los meses tenían que renovar el juramento «de reinar conforme a las leyes establecidas». Cada nueve años, los éforos podían, pretextando algún presagio del cielo, suspender a un rey en sus funciones hasta que el oráculo de Delfos o de Olimpia hubiera dicho que era digno de ejercerlas. Podían en todo tiempo imponerle una multa, y así lo hicieron con Agesilao, para castigarle por su popularidad. Los reyes tenían que dar cuenta de todos sus actos. Se les citaba corrientemente ante los tribunales, y se vió a varios destituídos, desterrados o condenados a muerte por razones políticas.

## 26.— LOS ÉFOROS

Había cinco éforos, nombrados anualmente por un procedimiento que no conocemos y que era quizá análogo al que se utilizaba para los senadores. No eran elegidos necesariamente en las familias más nobles y ricas. Aristóteles observa que individuos oscuros llegaban con frecuencia a esta magistratura. Eran los verdaderos jefes del poder ejecutivo. Todo el gobierno del Estado estaba concentrado en sus manos, siempre que marchasen de acuerdo con el Senado.

He aquí dos circunstancias en que se muestra perfectamente la naturaleza de su poder.

Cierto Cinadón se pone a la cabeza de un complot. Es traicionado por uno de sus cómplices, el cual le denuncia a los éforos. Estos proceden secretamente a una información, y luego obran sin tardanza. No piensan siquiera en convocar a la Asamblea del pueblo, se contentan con reunir apresuradamente a unos cuantos senadores. Como no sabían el número de los conjurados y tenían

un motín, encargan a Cinadón de una misión fuera de la ciudad y le dicen lleve consigo algunos jóvenes que le indicará otro magistrado. Eran personas seguras, a las que se habían dado las instrucciones necesarias. En el sitio convenido detienen a Cinadón, hacen que les diga los nombres de sus principales partidarios, y comunican éstos a los éforos, que ponen a los conspiradores en prisión (Jenofonte, *Helénicas*, III, 3).

Al final de la guerra del Peloponeso, los atenienses vencidos piden la paz. Envían una diputación al rey de Esparta. Agis, que estaba acampado en Ática. Agis responde que no tiene poderes para tratar. Quieren entonces entrar en negociaciones con las autoridades de Esparta. Al llegar a la frontera, los embajadores comunican a los éforos sus condiciones. Los éforos responden que no son suficientes y se niegan a oírles. Se dirigen entonces a Lisandro, que sin ser rey había contribuído más que nadie a la derrota de los atenienses. Responde lo mismo que Agis, que «todo depende de los éforos», e informa al mismo tiempo a estos últimos del paso que se ha dado cerca de él. Se envía una nueva diputación a Esparta con plenos poderes. Esta vez los éforos consienten en negociar y entregan a los atenienses el texto escrito de las proposiciones que habrán de ser aceptadas.

(Jenofonte, *Helénicas*, II, 2; Plutarco, *Vida de Lisandro*, 14).

## 27. — LUCHAS DE LOS PARTIDOS EN GRECIA

Durante la guerra del Peloponeso, «surgieron luchas en todas las ciudades entre las democracias, que invocaban a los atenienses, y los partidarios de la oligarquía, que llamaban a los lacedemonios... Como los dos partidos encontraban en esta doble alianza medio de perjudicar a sus enemigos, y al propio tiempo de progresar ellos,

estas insurrecciones vinieron a ser recurso enteramente dispuesto para los espíritus inquietos y ambiciosos. Aquellas turbulencias acarrearón daños numerosos y terribles a las ciudades, daños que han existido y existirán siempre, en tanto la naturaleza humana sea la misma, pero que son más o menos violentos según los casos y las circunstancias... Los Estados se encontraban, pues, divididos por las sediciones, y la experiencia de los primeros, aprovechando a los otros, les empujaba a los mayores excesos y a las innovaciones más atrevidas, ya en la habilidad de las acometidas, ya en la atrocidad de las venganzas. Todos variaron entonces, por abuso en la aplicación, el significado corriente de las palabras. La audacia desconsiderada se llamó sacrificio valiente al partido, la lentitud previsorá se volvía cobardía disfrazada, la moderación era muestra de timidez, y al que era prudente en todo, se le decía que no era capaz de nada. Precipitarse como un furioso, eso era verdaderamente ser hombre, pero tener seguridad en el proyecto de ataque, era buscar pretexto para retroceder... Los vínculos de partido vinieron a sujetar más que los de familia, porque en el partido se encontraba más prontitud y determinación... Se prefería vengar un insulto a no haberle recibido. Los juramentos de reconciliación, cuando por fuerza había que hacerlos, no tenían valor sino en el momento mismo en que se pronunciaban creyendo perdida la causa. Pero, a la menor ocasión, el que primero había recobrado alientos, viendo confiado al otro, sentía más placer en dañarle en medio de la fe jurada que en atacarle abiertamente... La causa de todos estos males fue el deseo del poder excitado por la avidez y la ambición, y de aquí vino, una vez entabladas las querellas, el ardor de los partidos. En efecto, los jefes de repúblicas, poniendo por delante los lindos nombres de igualdad política o de sabia aristocracia, so pretexto de velar por los intereses de la patria, hacían de ellos el premio de su rivalidad. Luchando por todos los medios para lograr la victoria, se atrevieron a abandonarse a los mayores ex-

cesos... En cuanto a los ciudadanos moderados, eran víctimas de los dos partidos».

(Tucídides, III, 82-83).

28. — MATANZAS EN CORCIRA (425 A. DE J. C.)

«Durante siete días que la flota ateniense estuvo en Corcira, los isleños degollaron a cuantos consideraban enemigos de la democracia. Algunos fueron víctimas de enemistades particulares; hubo acreedores muertos por sus deudores. La muerte apareció en mil formas... El padre mataba a su hijo. Se arrancaba de los asilos sagrados a los suplicantes y se les degollaba al pie de los altares... Algunos perecieron emparedados en el templo de Dionysos».

Seiscientos se libraron de la carnicería y consiguieron establecerse en un lugar fortificado, desde el cual bajaron a saquear toda la comarca. A la larga, no obstante, hubieron de capitular, siendo atacados a la vez por los demócratas de la ciudad y por los atenienses. Se convino que fueran trasladados a un islote vecino, en tanto se les enviaba a Atenas, donde habían de ser sentenciados.

«Los demócratas de Corcira, temiendo que los atenienses no les condenasen a muerte, imaginaron una estratagema. Enviaron bajo cuerda hombres fieles que, aparentando buen semblante, dijeron a los prisioneros que lo mejor que podían hacer era evadirse lo más pronto posible en una nave que estaría a su disposición. Los prisioneros cayeron en el lazo, pero se habían adoptado medidas para que la nave fuese capturada al partir. Desde aquel momento quedaba roto el convenio. No bien tuvieron los de Corcira a aquellos hombres en su poder, cuando los encerraron en un local grande, de donde les iban sacando en grupos de veinte, atados dos a dos, a través de una doble fila de hoplitas, los cuales les golpeaban o les herían, a medida que en ellos reconocían

un enemigo. A los lados iban individuos armados de látigos para hacerles ir de prisa. Sesenta fueron de esta suerte sacados y muertos, sin que lo supieran sus compañeros de cautiverio. Los otros creían ser trasladados a otra parte, pero se les desengañó. Mejor informados, apelaron a los atenienses, conjurándoles a matarles ellos si tal querían. Declararon que no saldrían de la prisión y que impedirían que nadie entrase en ella. Los de Corcira no se cuidaron de forzar las puertas, sino que subieron al tejado, hicieron agujeros y arrojaron al interior flechas y tejas. Los prisioneros se guardaban lo mejor que podían, y algunos se daban muerte ellos mismos. Se introducían por la garganta las flechas que les habían sido lanzadas, se ahorcaban con las telas de los catres que allí había o con los pedazos de sus desgarrados vestidos. Durante la mayor parte de la noche que cubrió aquella escena de carnicería, todo se puso en obra, de una y otra parte, para dar o recibir la muerte. Llegado el día, se amontonaron los cadáveres en carretas y fueron sacados de la ciudad. Se redujo a esclavitud a las mujeres aprensadas».

(Tucídides, III, 81 y 85; IV, 46-48).

29. — UN TIRANO GRIEGO DEL SIGLO II A. DE J. C.

Nabis, tirano de Esparta, desterraba a los que más se distinguían por la riqueza o por la nobleza de su linaje, y distribuía los bienes y las mujeres de sus víctimas entre sus principales partidarios y sus mercenarios, todos asesinos y ladrones. Estos últimos, arrojados de sus patrias a causa de sus impiedades y sus crímenes, acudían de todas partes junto a él. Era su patrono y su rey, hacía de ellos sus satélites y sus guardas, y en ellos fundaba una reputación de impiedad y una fuerza que fuera inquebrantable. No se contentaba con desterrar a los ciudadanos, sino que se las arreglaba de suerte

que ni aun fuera de la patria encontrarán lugar seguro, retiro alguno pacífico. Unos eran degollados en los caminos por sus emisarios, otros llamados del destierro para ser condenados a muerte. Finalmente, en las ciudades donde residían, hacía que alquilaran las casas vecinas a las suyas individuos que no inspiraban la menor desconfianza, y a ellas enviaba cretenses que, por aberturas practicadas en las paredes y en las ventanas, les acribilaban con flechas, estuvieran de pie o acostados. No había, en suma, lugar alguno donde pudieran refugiarse, y la mayor parte de los lacedemonios expulsados perecían de esta suerte.

Inventó una especie de máquina que representaba una mujer cubierta con lindos vestidos y semejante a su propia mujer. Cuando enviaba a buscar a algunos ciudadanos para sacarles dinero, les hablaba en un principio con amabilidad... Si se dejaban conmover por sus palabras, no seguía adelante. Si se resistían, añadía: «Quizá no tengo talento para persuadirte, pero presumo que Apéga lo logrará mejor». Era el nombre de su mujer. Entonces aparecía la imagen de que he hablado. Nabis, cogiéndola de la mano, la levantaba de su asiento, luego cogía al individuo y le arrojaba suavemente al pecho de la estatua, cuyos brazos, manos y pecho estaban provistos de clavos de hierro ocultos bajo los vestidos. Apoyaba las manos de la víctima en la espalda de la mujer, y atrayéndole con algún resorte, le apretaba poco a poco contra el seno de la supuesta Apéga, tanto que le obligaba con este suplicio a decir todo lo que quería.

Estaba interesado en las piraterías de los cretenses. Repartía por todo el Peloponeso asesinos y salteadores de caminos, ladrones de templos. Cobraba su parte en las rapiñas y les preparaba en Esparta un asilo seguro...

(Polibio, XIII, 6-8).

---

## CAPÍTULO X

### La justicia.

- SUMARIO: 1. El derecho de venganza privada.  
2. La justicia aristocrática.—3. Los jueces populares.  
4. Falta de ministerio fiscal. - 5. Los sicofantes.—6. El tormento.—7. Los logógrafos.  
8. Juramento de los heliastas.—9. El jurado ateniense, según Aristófanes.—11. Una audiencia de los heliastas.  
12. Un embargo.  
13. La sentencia de muerte.—14. Las penas.—15. La muerte por la cicuta.  
16. Los procesos políticos.—17. El proceso de la Corona.

#### 1.—EL DERECHO DE VENGANZA PRIVADA

En la Grecia primitiva incumbía la persecución del asesino, no a la autoridad pública, sino a los parientes de la víctima, y tenía lugar, no ante los tribunales, sino de mano armada. La guerra de familia a familia era, en una palabra, el único procedimiento de represión de los crímenes. No cuesta trabajo adivinar los desórdenes que de ello resultaban. Por eso se sintió muy pronto la necesidad de sustituir a este procedimiento otro menos bárbaro, y se dió con la *composición*, es decir, un acuerdo por el cual el culpable ponía a salvo su existencia y sus bienes pagando daños y perjuicios. Probable es que este uso se introdujera gradualmente en el derecho y que estas especies de transacciones empezaran por ser potes-

tativas antes de ser obligatorias. Los poemas homéricos nos muestran ya esta práctica en pleno vigor. Una de las escenas representadas en el escudo de Aquiles es descrita de esta forma: «Más allá una gran multitud está reunida en la agora. Violentas discusiones se alzan, se trata del pago de un asesinato, una de las partes afirma haber pagado enteramente, otra niega haber recibido la cantidad. Ambas desean que se abra información para resolver la diferencia. El pueblo, poniéndose de parte de unos o de otros, aplaude a los que favorece. Los heraldos reclaman silencio, y los viejos, sentados en el recinto sagrado, en piedras pulimentadas, cogen las cetros de los heraldos de resonante voz. Se apoyan en estos cetros cuando se levantan y pronuncian, uno después de otro, la sentencia». (*Iliada*, XVIII, 497 y siguientes). En otro lugar, Ajax pronuncia estas palabras: «¿No ocurre que se acepte el rescate del asesino de un padre y hasta de un hijo? Sí, el asesino permanece entre el pueblo cuando ha pagado mucho, y el otro reprime su resentimiento al percibir rico rescate». (*Iliada*, IX, 632 y siguientes). La suma que había de pagar el culpable se llamaba *ποινή* o *τιμή*. Podía exigirse no solamente en caso de homicidio, sino también por cualquier clase de crimen. Variaba sin duda la tarifa, dependiendo de la naturaleza del daño que había que reparar y quizá del rango de la persona perjudicada. Si surgía alguna dificultad en la determinación de la cantidad o en el pago de la multa, se sometía el caso a resolución de los tribunales. Al menos así ocurría en la época homérica; pero es posible que antes se hubiera recurrido a las armas.

El sistema de la composición desapareció con el tiempo, quedando sin embargo huellas muy perceptibles en el derecho griego. Una ley de Dracón, que no dejó nunca de ser aplicada en Atenas, proclamaba el principio de que correspondía a la familia perseguir el castigo del asesinato cometido sin premeditación en uno de los suyos. Los parientes sujetos a esta obligación «estaban designados en cierto orden que recuerda el que se observaba para las



herencias. Eran primeramente los parientes más cercanos no llegando al grado de primo, es decir, el padre, el hermano, los hijos; en segundo lugar los primos y los nacidos de éstos; finalmente, a falta de estos últimos, diez personas elegidas en la fraternidad de la víctima» (Dareste). Se ve por diversos textos que estaban en libertad de transigir con el culpable, y de aceptar de él, en pago de la sangre, una suma de dinero. «La acción de las partes perjudicadas, dice Demóstenes, queda extinguida una vez que consienten en perdonar. Esta regla es tan general, que después de haber hecho condenar al autor de un homicidio involuntario, si el demandante se reconcilia y perdona, no está ya en su mano obligarle al destierro. Es más, si la víctima perdona a su asesino antes de morir, no es lícito a los parientes que sobrevivan el perseguir». (*Contra Pante-netes*, 58-59). En un alegato del tiempo se trata de un individuo que pereció de muerte violenta. «¿Qué hizo entonces su hermano? Después de haber buscado a los asesinos, después de haberles descubierto, recibió dinero y transigió». (*Demóstenes, C. Teocrines*, 28). El orador se indigna de esto a consecuencia de las necesidades de la causa que defiende; pero no llega a pretender que el hecho fuera ilegal.

## 2. — LA JUSTICIA ARISTOCRÁTICA

Los primeros tribunales tuvieron carácter aristocrático. Al principio los reyes tenían la facultad de juzgar, prerrogativa recibida de los dioses, como la de gobernar. Este derecho pertenecía también a las personas nobles y ricas, con preferencia a las de más edad de entre ellas. Celebraban sus audiencias en la plaza pública, y la multitud estaba de pie a su alrededor, sin dejar, por otra parte, de manifestar en voz alta su parecer. Las leyes no eran todavía escritas, no había más que costumbres que se transmitían oralmente y cuyo secreto poseía casi únicamente

la clase aristocrática. Por todo lo cual venía a suceder que la clase inferior hallase esta justicia en ocasiones poco equitativa. Hesiodo se queja muchas veces de aquellos «tragones de presentes» que se dejaban corromper para dictar sentencias inicuas. Insiste en el daño que causan a los que merecen justicia y a la república entera, les amenaza con la cólera de los dioses, y se esfuerza en demostrarles que ellos mismos están interesados en juzgar bien, prueba cierta de que las instituciones no ofrecían a las gentes de su condición ninguna garantía contra ellos.

Fue un gran progreso que se escribieran las leyes y se fijaran en lugares públicos. Es imposible determinar la época precisa en que esta reforma tuvo lugar. Sabemos solamente los nombres de algunos legisladores que se encargaron de la tarea: Dracón y Solón en Atenas (siglos VII y VI), Pittacos en Mitilene (siglo VI), Zaleucos en Locres (siglo VII), Carondas en Catana (siglo VII). Cuando los habitantes de una ciudad conocieron las leyes que debían aplicar los jueces, estuvieron algo menos a merced suya. Pero, mientras que en los Estados democráticos se instituían además los jurados populares, los Estados aristocráticos reservaron el monopolio de la justicia a un corto número de magistrados. Así, en Esparta, los pleitos civiles no dejaron nunca de ser juzgados por los reyes o por los éforos y las causas criminales por el Senado.

### 3.—JURADOS POPULARES

Los griegos llegaron a pensar que el mejor modo de ser bien juzgado era juzgarse uno mismo, y de aquí la creación del jurado. En Atenas esta institución se remonta a Solón, pero es evidente que en un principio no tenía toda la importancia que adquirió más tarde. La competencia de los jurados o los *heliastas*, como se les llamaba, era en un principio muy limitada. Aumentó poco a poco, sobre todo en el trascurso del siglo V, y después

de un último progreso realizado en el siglo siguiente, acabaron por reunir en sus manos toda la justicia civil y casi toda la justicia eriminal.

Para ser jurado era necesario contar treinta años de edad y gozar de todos los derechos civiles y políticos. Bastaba presentarse al magistrado para ser incluido en la lista. Los pobres se mantuvieron mucho tiempo apartados, porque era pesada tarea la de ser heliasta, y gran número de ciudadanos necesitaban trabajar para vivir. Pericles hizo accesible este tribunal para todos, resolviendo que cada jurado percibiría por sesión una indemnización de uno o dos óbolos (16 ó 32 céntimos), cifra que Cleón elevó pronto a tres (48 céntimos). Desde entonces dominaron en el jurado los ciudadanos de la clase media poco acomodada. Para muchos, el cargo de jurado era un medio de ganarse la vida.

La lista general de jurados se hacía todos los años y comprendía 6.000 nombres. Parece que al principio no eran raros los casos de corrupción. Para evitarlos de una vez, se imaginó un procedimiento muy ingenioso y al parecer muy eficaz, que permitía mantener secreta hasta el momento de abrirse la audiencia la composición del jurado llamado a juzgar cada asunto. Inútil es describirlo aquí con todo pormenor. No hay más que consultar, para conocerlo, un pasaje del tratado de Aristóteles, por desgracia no completo, sobre la *Constitución de Atenas*. Variaba el número de jurados según la naturaleza de las causas. En materia civil oscilaba entre dos y cuatrocientos; en materia criminal era comúnmente de quinientos, pero podía subir a más. Los griegos estaban persuadidos, en efecto, de que la multiplicidad de jueces era garantía de buena justicia. Los casos que en Atenas ofrecían gravedad excepcional se confiaban a un tribunal de mil heliastas.

Presidía habitualmente uno de los arcontes, pero no era regla absoluta. Si se trataba de un delito militar, dirigía los debates un estratega; si de perjuicio causado al tesoro público, un individuo del orden financiero, etc.

## 4. — FALTA DE MINISTERIO FISCAL

El rasgo característico de la justicia ateniense consiste en la falta de ministerio fiscal. No había funcionario revestido del cargo de perseguir, en nombre de la sociedad, a los autores de crímenes y delitos. Este derecho pertenecía, en principio, a la parte perjudicada. El individuo víctima de un robo no tenía, como entre nosotros, el recurso de encargar a un magistrado de la obligación de buscar al ladrón, de reunir las pruebas de su culpabilidad y hablar ante el tribunal. Al robado tocaba hacer todo esto. Había casos en que este derecho constituía un deber, por ejemplo, en las causas por asesinato. Como era necesario que esta clase de crímenes se castigaran, y como, por otra parte, una costumbre de origen muy antiguo reservaba a los parientes de la víctima el privilegio de vengar su muerte, éstos estaban legalmente obligados a ejercitarlo, so pena de ser a su vez culpables.

En los procesos que se llamaban *γραφαί*, el derecho de perseguir era reconocido no solamente a la persona que había sido perjudicada directamente en sus intereses, sino también a un ciudadano cualquiera. Se pensaba que estas causas interesaban asimismo a la sociedad entera y se quería que todos tuvieran la facultad de perseguir la represión del delito cometido.

Esta costumbre dió lugar a un grave abuso. Algunos individuos, llamados *sicofantes*, se dieron a la especialidad de la delación. Había muchas penas dictadas contra ellos. Así el demandante que no reunía la quinta parte de los votos emitidos por los jueces era castigado en 1.000 dracmas de multa y perdía el derecho de intentar en lo sucesivo ninguna acción de este género. Pero esta amenaza, ilusoria muchas veces, intimidaba poco a los sicofantes, que veían en su industria un medio de llamar la atención, de satisfacer sus rencores, o de ganar dinero, ya por ame-

naza de difamación, ya por el derecho que tenían de reclamar una parte de la multa impuesta a su víctima.

5.—LOS SICOFANTES

*El sicofante* (a Crémilo y a Carión). Sois unos miserables, estoy seguro de que tenéis mi dinero.

*Crémilo*.—¡Ah! por Demeter, es un sicofante. ¡Qué desvergüenza!

*Carión*.—Tiene hambre canina, a buen seguro.

*El sicofante*.—Vas a seguirme en este momento a la plaza pública, donde los tormentos de la rueda te arrancarán la confesión de tus malas acciones.

*Carión*.—¡Eh, cuidado!

*El hombre de bien*.—¡Por Zeus salvador, qué agrado de deberán todos los griegos a Febo, si aniquila a estos infames sicofantes!

*El sicofante*.—Te burlas de mí. ¡Ah, ah! Te denuncio como cómplice. ¿Dónde has cogido ese manto nuevo? Ayer te vi uno muy usado.

*El hombre de bien*.—No te temo.

*El sicofante*.—¡Insolente! Pero no me habéis dicho, mis lindos burlones, qué hacéis aquí. Nada bueno, seguramente.

*Crémilo*.—No, nada bueno para ti. Ten la seguridad.

*El sicofante*.—Vais a comer a mis expensas, ¡por Zeus!

*Crémilo*.—¡Impostor, así revientes con la tripa vacía, tú y tu testigo!

*El sicofante*.—Lo negáis, apuesto, miserable, a que hay en esta casa mucho pescado salado y carnes asadas. ¡Ah, ah, ah, ah! (*huele*).

*Crémilo*.—¿Percibes algo, so tuno?

*El hombre de bien*.—El frío quizá, ¡lleva el manto tan viejo!

*El sicofante*.—¿Se pueden sufrir tales ultrajes, oh

Zeus? ¡Oh dioses, qué cruel es verme tratado así, yo que soy un hombre tan honrado, tan buen ciudadano!

*Crémilo.*—¡Tú, hombre honrado! ¡Tú, buen ciudadano!

*El sicofante.*—Más que nadie.

*Crémilo.*—¡Ah, pues bien, responde a mis preguntas!

*El sicofante.*—¿Acerca de qué?

*Crémilo.*—¿Eres labrador?

*El sicofante.*—¿Me crees tan loco?

*Crémilo.*—¿Comerciante?

*El sicofante.*—Me llamo así, si llega el caso.

*Crémilo.*—¿Sabes algún oficio?

*El sicofante.*—No, ciertamente.

*Crémilo.*—¿Y de qué vives, si no haces nada?

*El sicofante.*—Cuido de los asuntos públicos y particulares.

*Crémilo.*—¡Tú! ¿Y con qué título?

*El sicofante.*—Porque me agrada.

*Crémilo.*—Te introduces como un ladrón en donde no tienes ningún derecho. Todos te detestan, ¿y pretendes ser hombre honrado?

*El sicofante.*—¿Cómo, imbécil, no tengo el derecho de consagrarme al servicio de la patria?

*Crémilo.*—¿Se sirve a la patria con viles intrigas?

*El sicofante.*—Se la sirve velando por el mantenimiento de las leyes establecidas, no permitiendo a nadie violarlas.

*Crémilo.*—Eso toca a los tribunales, para eso están instituídos.

*El sicofante.*—¿Y quién acusa ante los tribunales?

*Crémilo.*—El que quiere.

*El sicofante.*—Pues bien, yo soy el acusador, y de esta suerte todos los asuntos públicos son de mi dominio.

(Aristófanes, *Pluto*, 870 y siguientes).

## 6.—EL TORMENTO

Para conseguir el establecimiento de la verdad en justicia, los griegos habían recurrido a los mismos procedimientos que nosotros, pero se servían además del tormento.

Jamás se aplicaba el tormento a una persona de condición libre, estando reservado a los esclavos. «Los esclavos no podían ser invocados como testigos, sobre todo contra sus dueños, pero se les hacía hablar mediante el tormento, que sin duda no era muy duro, tanto más cuanto que el dueño tenía derecho a indemnización de daños y perjuicios si no se le devolvía el esclavo en buen estado. Era una formalidad exigida por la situación misma del esclavo, que habría podido temer el resentimiento de su dueño si hubiera hablado de otro modo que a la fuerza. Los esclavos tenían, por otra parte, mucho que decir, porque muchas cosas pasaban delante de ellos, y hubiera sido difícil privarse de un medio de información tan precioso. Así puede explicarse, hasta cierto punto, cómo los atenienses podían conceder tanta importancia a una práctica tan contraria a la razón». (Dareste, *Plaidoyers civils de Démosthène*, págs. vxi-xvii).

Antifón dice que el hombre libre atestigua por el juramento, y el esclavo por el tormento «que saca necesariamente de él la verdad». (*Sobre la muerte de un coreuta*, 25). Isócrates termina un discurso con estas palabras dirigidas a los jueces: «Siempre os he visto estimar que nada hay más seguro ni verdadero que el tormento, y pensar que si los testigos pueden urdir una declaración falsa, el tormento revela plenamente la verdad». (*Trapezítico*, 54). Iseo se expresa de igual modo: «El tormento es el medio de averiguación más exacto a nuestros ojos. Cuando esclavos y hombres libres han presenciado un mismo hecho, y hace falta aclarar un punto oscuro, no os fiáis del testimonio de los hombres libres, sino que

mandáis dar tormento a los esclavos. Por este medio tratáis de saber la verdad que haya en el caso. Y tenéis razón. Os decís que habéis visto a testigos pronunciar falsos testimonios, en tanto que entre los esclavos sometidos a tormento no se ha encontrado ninguno a quien el tormento no haya arrancado la verdad». (*Acerca de la herencia de Cirón*, 12).

En *Las ranas*, Aristófanes ofrece algunos pormenores acerca del tormento (614-621).

«*Jantías*.—¡Que muera si he robado por valor de una aguja! Toma este esclavo, sométele a tormento, y si adquieres la prueba de que soy culpable, hacedme perecer.

*Eaco*.—¿Y qué género de tormento?

*Jantías*.—Todos. Puedes atarle al caballete, colgarle, hacerle pedazos, desollarle, retorcerle los miembros, verterle vinagre en la nariz, cargarle de ladrillos, todo lo que quieras».

Demóstenes menciona también el suplicio de la rueda.

## 7.—LOS LOGÓGRAFOS

Los griegos siempre han estado prontos para la disputa y los procesos eran muy frecuentes en Atenas. No había nadie que se sintiera seguro de no ser nunca llamado a los tribunales. ¿Cómo salir del paso, si en frente se tenía un adversario que sabía hablar bien?

No se pensó en instituir abogados con título. A lo sumo, se permitió al litigante hacerse asistir a veces por un pariente próximo o amigo íntimo. La idea de que el ciudadano debía saber cumplir por sí mismo todas las obligaciones de la vida ciudadana vivía en el fondo de todos los espíritus, y habría sido difícil comprender que un particular confiase a un extraño el cuidado de defender sus bienes o su vida ante los tribunales. No obstante fue posible, cuando no se tenía confianza en las propias fuerzas, pedir a un orador de fama, *logógrafo* que se



decía, que escribiese un alegato. El primero que ejerció este oficio fue Antifón, en la segunda mitad del siglo v. Tuvo muchos imitadores, y desde entonces no hubo orador célebre, salvo quizá Esquines y Licurgo, que no trabajase también para algún cliente.

El cual veía de esta suerte facilitada su defensa. No obstante, estaba obligado a presentarse personalmente. Aquel discurso, que el logógrafo había escrito para él, según las piezas del proceso, debía recitarlo ante los jueces. ¿Estaba autorizado a leerlo, o tenía que recitarlo de memoria? Se ignora. En todo caso el litigante, en lugar de permanecer apartado, como hoy ocurre, era el único que se presentaba ante el tribunal y el único que hablaba. No era grande el mal cuando tenía que habérselas con un individuo tan falto de experiencia como él; pero su situación era muy distinta cuando tenía por adversario a un ciudadano por naturaleza elocuente, a un hombre que poseía a fondo todos los secretos de la retórica, tanto más cuanto que los jueces eran muy sensibles a los atractivos de este arte.

(Según Perrot, *l'Éloquence politique et judiciaire à Athènes*, t. I, págs. 254 y siguientes).

#### 8.—JURAMENTO DE LOS HELIASTAS

«Votaré conforme a las leyes y a los decretos del pueblo ateniense y del Consejo de los Quinientos. Cuando la ley permanezca muda, votaré conforme a mi conciencia, sin favor ni odio. Votaré solamente acerca de los puntos que sean objeto de la causa. Escucharé al demandante y al demandado con igual benevolencia.

»Lo juro por Zeus, por Apolo, por Demeter. Si mantengo mi juramento, que me sobrevengan muchos bienes. Si voy contra él, que perezca yo y toda mi estirpe».

(Gilbert, *Handbuch der griechischen Staatsalterthümer*, t. I, pág. 373).

## 9.— EL JURADO ATENIENSE SEGÚN ARISTÓFANES

Todo ciudadano, siempre que cuente treinta años de edad, puede ser juez. Podrá absolver a uno y condenar a otro, según le plazca, dejarse conmover por la súplicas de éste porque tiene una hija bonita cuya presencia alegra al viejo juez, y por las palabras de aquél, porque le ha hecho reír o le ha recitado algunos lindos versos, o por aquel otro, en fin, porque al salir de la agora le toque en la flauta bonita música. He aquí los motivos por que se decide. Para convencerle, hay que saber hallar el camino de su corazón. Por eso los más altaneros se tornan pequeños en su presencia. En el momento de entrar en el tribunal, ve dirigirse a él a los más ilustres personajes, que le tienden la mano acariciadora, aquella mano que ha robado los dineros públicos, y se inclinan profundamente ante él. Luego, instalado en su asiento, adopta posición cómoda hasta la noche, gozando con los cumplimientos, con las súplicas y las promesas de los acusados, seguro por otra parte de no haber perdido el día. El Estado proveerá dándole los tres óbolos. Ante la barra comparecen los primeros personajes del Estado, en asuntos de interés capital, que la Asamblea y el Senado le envían. Cleónimo se confunde ante él en llanas protestas de devoción, y Cleón le aparta las moscas que le importunan. «¡Ah, exclama el juez Filocleón, ¿no tengo gran poder, tan grande como el de Zeus, yo que oigo hablar de mí como se habla de Zeus?» Cuando los jueces meten ruido, todos los que pasan dicen: «¡Grandes dioses, cómo hace resonar el tribunal su trueno!»

Filocleón, el tipo del juez ateniense según Aristófanes, no es bueno ni malo, sino tonto, manfaco, egoísta, extraño a la idea del bien y del mal, no viendo en el ejercicio de su cargo más que un medio de satisfacer sus pasiones y sus ideas preconcebidas. Confiad, pues, a tribunales de quinientos a seiscientos jueces semejantes la

consideración y la persona de los particulares, dadles a resolver cuestiones embrolladas en que es necesario el conocimiento del derecho, o asuntos en que esté comprometido el interés del Estado, haced más todavía, llevad ante este tribunal, a ellos ciudadanos de Atenas, súbditos y aliados que se sienten dispuestos a tratar como inferiores y enemigos, y que se quejan de las exacciones cometidas en su daño por algún funcionario ateniense, ¿qué justicia podréis esperar? Si tienen conciencia y deseo de juzgar bien, su ignorancia y sus prevenciones les harán dictar sentencias arbitrarias. Si carecen de escrúpulos, no cabe preguntar hasta dónde llegará su estulticia ayudada de su concupiscencia. Filocleón juzga a tuertas y a derechas, violando el sello de un testamento, poniendo de antemano su sufragio en la urna de las condenas, sin haber escuchado la causa, no obedeciendo a otra regla que a su capricho y su interés.

(Couat, *Aristophane*, pág. 73.)

#### 10.—EL JURADO ATENIENSE SEGÚN LOS ORADORES

El lenguaje de los oradores permite adivinar que el jurado ateniense era persona de mediana honradez, de espíritu limitado, poco versado en el conocimiento de las leyes, muy sensible a la elocuencia, deseoso de juzgar bien, pero apasionado, muy preocupado de sus intereses personales, muy inclinado a dejarse guiar por consideraciones extrañas a la causa y a favorecer a los que halagaban sus prejuicios y compartían sus opiniones.

Para ganar la causa, no era el medio mejor poner en claro el derecho que se tenía sino probar que se era excelente ciudadano, que se mostraba mucha solicitud en pagar los tributos, en cumplir el servicio militar, en imponerse costosos sacrificios por la república. Todo alegato se divide generalmente en dos partes: en la primera se discute el asunto, en la segunda se alaban los méritos

cívicos del litigante y se rebajan los del adversario, demasiado dichosos cuando cabe con visos de verdad imputarle tendencias aristocráticas y presentarse en cambio como demócrata probado.

Un individuo de Mitilene comparece ante el jurado bajo la inculpación de asesinato. El acusador había tenido cuidado de alegar que el padre del acusado había tomado parte en la sublevación de Mitilene contra Atenas, y el acusado se cree obligado a responder sobre el particular. «Antes de aquella sublevación, mi padre manifestó con hechos su buena voluntad con respecto a vosotros. Cuando la ciudad entera hubo resuelto, bien equivocadamente, abandonaros, se vió obligado a incurrir en la culpa común. Aun cuando conservase las mismas disposiciones con respecto a vosotros, no le era posible manifestáros las, no podía abandonar su patria, donde le retenían sus hijos y sus bienes, y por otra parte no podía luchar solo contra la defección general. Cuando hubistéis castigado a los agitadores y autorizado a los demás a permanecer en el país, mi padre, al cual no habfais tenido que castigar, se condujo, a partir de entonces, de manera irreprochable. Cumplió todos sus deberes y satisfizo todas las cargas que Mitilene o Atenas le impusieron». (Antifón, *Acerca del asesinato de Herodes*, 76-77).

En un proceso relativo a una herencia, Iseo dice lo siguiente: «Conviene examinar lo que son las dos partes. Trasippo, hijo de Hagnón y de Hagnotheos, es muy celoso en el pago del impuesto y en el cumplimiento de las liturgias. Sus hijos no han salido nunca del Ática más que para ir a la guerra. Lejos de ser inútiles al Estado, sirven en el ejército, pagan el impuesto, hacen todo lo que se les ordena, y, como todos saben, son modelo de ciudadanos. Tienen, pues, más razón que Cariades para reivindicar los bienes de Nicostrato. Cariades, en efecto, cuando vivía aquí, fue metido en la cárcel por robo. Salió por culpa de ciertos magistrados que condenastéis luego a muerte. Comprometido más tarde en otro asunto, partió para el extranjero. Allí ha vivido dieciséis años y

no ha vuelto hasta después de morir Nicostrato. No ha ido nunca a campaña por vosotros, no ha cumplido ninguna liturgia. ¡Y este es el que quiere apoderarse de los bienes de otro!» (Iseo, *Sobre la herencia de Nicostrato*, 27-29).

## 11. — UNA AUDIENCIA DE LOS HELIASTAS

Supongamos que se trata de juzgar el proceso que Demóstenes intentó contra su tutor Afobos.

Los heliastas han entrado en el tribunal y han tomado asiento en bancos de madera. A la puerta se ha entregado a cada uno de ellos una ficha de plomo que irá a cambiar al salir por tres óbolos (48 céntimos), en calidad de indemnización. El presidente es el arconte epónimo. Está sentado en lugar elevado, y al lado tiene su escribano. Sobre una mesa de mármol está la urna (*καθίσκος*) donde se habrán de depositar los votos, y el *erixo* (*ἐρίξο*), especie de vaso que contiene todos los autos del proceso sellados. La audiencia es pública y una valla de madera separa a los jueces de la concurrencia.

Tras de corta oración, el escribano llama a las dos partes, Demóstenes, el demandante, y Afobos, el demandado, que responden al oír su nombre. Lee entonces el texto de la demanda, concebido de esta suerte: «Demóstenes, hijo de Demóstenes, del demo de Peania, contra Afobos, hijo de N., del demo de N. Tutela. Tasación: diez talentos». Luego comienza el debate. Demóstenes sube el primero al estrado (*βήμα*) para pronunciar su discurso. Tiene la palabra torpe y la voz poco clara, no obstante lo cual, se le escucha con interés, en primer lugar, porque expone con mucha precisión, y luego porque admira el valor que ha tenido en atacar, él tan joven aún, a un poderoso adversario. En varias ocasiones el jurado y el público le aplauden. De tiempo en tiempo se detiene para invitar al escribano a leer, ya un texto legislativo, ya un auto del

proceso, ya un testimonio recogido en la instrucción de la causa. Todos estos documentos se sacan del *erixo* a medida que se necesita hacer uso de ellos. Mientras habla, la clepsidra o reloj de agua no cesa de caer, excepto cuando el escribano tiene la palabra. Demóstenes termina su alegato en el momento en que se oyen caer las últimas gotas de agua.

Inmediatamente los heliastas se levantan y cambian impresiones unos con otros. Cada cual comunica a su vecino la opinión que ha formado, y la inmensa mayoría se pronuncia decididamente en favor de Demóstenes. Pero he aquí que Afobos aparece en el estrado. El arconte reclama silencio, que le cuesta trabajo conseguir, ¡tan inclinados son los jurados a la conversación!

Afobos se ha aprendido de memoria un excelente discurso que ha escrito para él un logógrafo en boga. Lo recita con tanta maestría como seguridad. Sus numerosos amigos, repartidos entre el público, son para él verdadera *elaque* que le apoya con sus gritos. Por último, no se contenta con leer las declaraciones de los testigos de descargo, sino que para producir más efecto, les hace subir a su lado y les interroga. Pero todo ello no sirve de nada, y los heliastas le muestran con sus murmullos, con sus interrupciones, con señales de impaciencia, que los argumentos del orador les conmueven poco, y algunos llegan hasta pedir que se le retire la palabra. La conserva, no obstante, hasta el fin. Querría tenerla más todavía, pero cuando se ha vaciado la clepsidra, el arconte le para. Hay luego rectificaciones, y tras de ellas, el presidente declara terminado el juicio.

En medio del ruido de las conversaciones, los jurados se dirigen al estrado. Cada uno va a depositar una piedra, blanca si concede el triunfo a Demóstenes, negra si se lo niega. Cuando todos han votado, se vuelca la urna sobre la mesa de mármol, el presidente cuenta los votos y proclama el resultado, que es favorable a Demóstenes. Se trata al presente de saber qué suma deberá restituir Afobos. Demóstenes ha exigido en su demanda diez ta-

lentos, Afobos ha ofrecido mucho menos, quizá un talento. Se procedé a un segundo escrutinio, siempre con piedras blancas o negras, según se acepte la cifra del demandante o la del demandado, y el resultado de la votación es que Afobos queda condenado al pago de diez talentos. La sentencia no admite apelación; pero la dificultad para Demóstenes va a consistir en lograr el cobro de la suma. La autoridad pública no le ayudará, tendrá que contar con sus propios recursos, y lo único que quizá podrá hacer es practicar personalmente el embargo de los bienes de Afobos.

## 12.—UN EMBARGO

Un ateniense ha sido condenado por el tribunal a pagar cierta suma a Teofemo. Este va a practicar un embargo en casa de su deudor.

«Teofemo parte, y coge mis carneros en el prado, cincuenta animales de fina lana con su pastor y todo lo que hay en la majada. Se apodera luego de un esclavo doméstico que lleva un jarro de bronce de gran precio que me había prestado su dueño. Esta prenda no le pareció todavía suficiente. Fueron a mi finca. Yo labro el campo al lado del hipódromo y habito allí desde niño. Corrieron primero a apoderarse de los esclavos, pero éstos se les escaparon y huyeron por diferentes sitios. Se dirigieron entonces a la casa y echaron abajo la puerta que conduce al huerto. Eran Evergos, aquí presente, hermano de Teofemo, y su cuñado Mnesíbulo, que no tenían sentencia alguna contra mí, ni ningún derecho a tocar nada de lo que hubiese en mi propiedad. Penetraron hasta el sitio donde estaban mi mujer y mis hijos y se llevaron todos los muebles que me quedaban en casa. Contaban con apoderarse de más y con arrebatarse todo el mobiliario de mi casa que era antes de mucha más consideración, pero a consecuencia de las liturgias, de las contribuciones, de los gastos

hechos por mi solicitud en serviros, parte de estos objetos han sido empeñados y parte vendidos. Todo lo que quedaba fue llevado por ellos. Y no es todo. Mi mujer comía con mis hijos en el patio, y con ella mi vieja nodriza, criatura buena y fiel, emancipada por mi padre. Después de su emancipación, se había casado y vivió con su marido. Cuando enviudó, ya de avanzada edad, y no teniendo quien la sostuviera, había vuelto a mi casa. No podía realmente dejar en el desamparo a la que me había criado, ni olvidar a la que me había cuidado de niño. En aquel momento, por lo demás, iba a embarcarme como trierarca. Tenía de esta suerte una persona de confianza que dejar en casa junto a mi mujer, que no quería nada mejor. Estaban, pues, allí, comiendo en el patio, cuando de pronto aquellos hombres se lanzan, se apoderan de ellas, arrebatan los muebles. Las otras sirvientas, que estaban en el piso superior donde habitan, al oír el ruido, cerraron la habitación. Evergos y Mnesíbulo no penetraron en ella, pero se llevaron los muebles que había en todo el resto de la casa. Mi mujer les prohibía que los tocasen diciendo que eran de ella, que estaban tasados... Les dijo también que el dinero destinado a pagarles estaba en el banco... No se detuvieron. Lejos de ello. Mi nodriza había cogido la copa pequeña que tenía al lado y de que se servía para beber. Al ver a aquellos hombres dentro de casa, escondió la copa bajo sus vestidos para que no pudieran cogerla. Teofemo y su hermano Evergos la vieron, la arrancaron la copa y la maltrataron hasta el punto de que resultó con los brazos y las muñecas ensangrentadas. La retorcían las manos y la arrastraban por el suelo para quitarle la copa. Ha tenido en el cuello señales de estrangulación, y contusiones en el pecho. Llevaron su crueldad hasta el punto de apretar el cuello a aquella mujer vieja y de golpearla sin misericordia hasta lograr arrancarle la copa. Los sirvientes de los vecinos oían los gritos y veían mi casa entrada a saco. Unos se subían a los tejados para pedir auxilio a los traseuntes, otros fueron por el camino que hay de la otra parte,



y viendo pasar a Hagnofilo, le obligaron a entrar. Hagnofilo se acercó llamado por el criado de Anthemión, que es mi vecino. No entró en la casa, no creyéndose autorizado a hacerlo en ausencia del dueño, pero se colocó en terreno de Anthemión y vió a Evergos y a Teofemo salir de mi casa. No se limitaron a llevarse los muebles, sino que se llevaron a mi hijo, tomándole por esclavo, hasta que uno de mis vecinos, Hermógenes, habiendo tropezado con ellos, les dijo que era mi hijo».

(Demóstenes, *Discurso contra Evergos y Mnesíbulo*, 52-61).

### 13.—EL CASTIGO DEL ASESINATO

Consideraban los atenienses el asesinato bajo tres aspectos distintos. En primer lugar, afectaba a los intereses de la familia del difunto, y, por tanto, la persecución correspondía a los parientes de la víctima. En segundo lugar, perjudicaba a la sociedad entera, privándola de uno de sus miembros. Finalmente, era una ofensa directa a la divinidad. Los dioses, al crear un individuo, le asignaban de antemano tanto tiempo de vida. Era, pues, ir contra su voluntad abreviar la vida del asesinado.

Esta consideración imprimió carácter enteramente especial al juicio por esta clase de crímenes. El asesinato cometido con premeditación era castigado por el Areópago. Era el tribunal más augusto de Atenas. Su origen se perdía en la oscuridad de los tiempos y se creía que le había instituido Athena en persona. Se componía de los antiguos arcontes, no de todos, sino de los que siempre habían llevado vida irreprochable. Se reunía en la *colina maldita*, en la destinada a los dioses infernales (*ἄρατος πάγος*), y estaba colocado bajo la protección especial de las Erinnias, divinidades que velaban por la buena armonía del mundo físico y del mundo moral. El procedimiento no era el mismo ante el Areópago y ante el jura-

do. Estaba prohibido apelar a la piedad de los jueces, tratar de extraviar su juicio con elocuentes palabras. Los oradores debían limitarse a la exposición clara y sumaria de los hechos.

Los otros casos de asesinato (sin premeditación, legítima defensa), eran juzgados por un tribunal muy antiguo, que se llamaba de los *Efetos*, y del que formaban parte cincuenta y un jurados, elegidos, dice la ley, «de manera aristocrática». El procedimiento era el del Areópago. A mediados del siglo IV, las causas fueron transferidas a los heliastas. El Areópago fue el único que conservó su antigua jurisdicción.

#### 14.—LAS PENAS

1.º *Pena de muerte*.—Las más de las veces se recurría al veneno (la cicuta). Se lapidaba también, pero muy raras veces, a los condenados por delitos políticos. El patíbulo, la horca, los palos se reservaban para los malhechores de baja estofa, tal como los esclavos, los bandidos y los ladrones de profesión.

2.º *Destierro*.—Era perpetuo y daba lugar a confiscación de bienes. Si el desterrado no salía del lugar, o si volvía a la comarca, era condenado a muerte.

3.º *Atimia*.—Era general o parcial. En el primer caso privaba al ciudadano de todos sus derechos civiles y políticos, y hasta de sus bienes. En el segundo, no le privaba más que de uno u otro de sus derechos.

4.º *Prisión*.—La detención no se utilizaba casi más que para impedir que el acusado huyera antes del juicio, o para obligar al deudor aprisionado a pagar. Se condenaba también a prisión, pero con menos frecuencia que entre nosotros.

5.º *Venta como esclavo*.—El extranjero que fraudulentamente se casaba con una ateniense, el meteco que se hacía pasar por ciudadano, el liberto que había causado

graves daños a su patrono, podían ser vendidos como esclavos. Se podía vender igualmente al ciudadano que, rescatado de cautiverio, se negaba a devolver el precio del rescate al que le libertó.

6.º *Confiscación*.—Era una de las penas de que más se abusaba. Los bienes confiscados pasaban a poder del Estado, y ésta era fuente considerable de ingresos para el Tesoro.

7.º *Multa*.—Llegaba a veces a cifras muy altas, cuando la ley dejaba a discreción de los jueces la determinación de su cuantía. Si, pasado cierto plazo, no era pagada, se duplicaba. Además el multado pasaba a figurar entre los deudores del Estado, y con tal motivo era penado con la atimia, encarcelado hasta la liberación de la deuda.

(Según Thonissen, *le Droit pénal de la République athénienne*, libro II, cap. I).

### 15.—LA MUERTE POR LA CICUTA

El ejecutor trajo la cicuta machacada en una copa. Cuando Sócrates le vió: «Bien, amigo mío, le dijo, ¿qué hay que hacer? Porque debes estar al corriente.—Nada más que pasearte, una vez que la hayas bebido, hasta que sientas pesadez en las piernas. Entonces te tiendes y el veneno obrará solo». Tendió la copa a Sócrates, que la bebió entera con una calma y una dulzura inalterables...

Sócrates empezó en seguida a andar, pero pronto dijo que comenzaba a tener pesadas las piernas y se tendió boca arriba, como le habían recomendado. El ejecutor, al cabo de un momento, le tocó los pies y las piernas. Luego, habiéndole apretado fuertemente el pie, le preguntó si había sentido algo. Sócrates dijo que no. Le apretó por bajo de las piernas, y subiendo poco a poco, nos hizo señas de que se enfriaba y se quedaba tieso. Le tocó una vez más, y nos dijo que cuando el frío hubiera llegado al

corazón, moriría. Ya el frío llegaba al bajo vientre, cuando Sócrates, tirando el manto con que se había cubierto, pronunció estas palabras que fueron las últimas: «Critón, debemos un gallo a Aesclepios, no te olvides de ofrecérselo.— Se hará, replicó Critón, pero mira si tienes algo más que decirme». No respondió a esta pregunta. Un instante después hizo un movimiento y el ejecutor le destapó. Su mirada estaba fija. Critón, habiéndolo observado, le cerró la boca y los ojos.

(Platón, *Fedón*, 66).

## 16. — LOS PROCESOS POLÍTICOS

Todo el que, en Atenas, tenía una parte por pequeña que fuera de autoridad política era responsable de sus actos, y de ellos podía pedírsele cuenta ante los tribunales. Este principio no era solamente verdadero respecto a los funcionarios que habían tenido que manejar fondos del Estado, los estrategas que habían llevado alguna expedición militar fuera del territorio, o los arcontes adscritos a la administración de justicia. La misma regla se aplicaba a los simples particulares que hacían una moción al pueblo o al Senado. Toda proposición de ley había de ser presentada por un ciudadano, que se consideraba único autor de ella, aun después de haber sido aprobada por el Consejo de los Quinientos y adoptada por el pueblo. Si se observaba después de su aprobación que la ley tenía un vicio de forma o era contraria al interés público, todos estaban en libertad de intentar un proceso contra el orador que la había apoyado. En caso de ser condenado, la ley quedaba anulada, y el orador pagaba una multa, en ocasiones enorme. Era lo que se llamaba la *γραφὴ παρανόμων*, o acción de ilegalidad. Dió lugar a multitud de procesos políticos, que llevaban ante los heliastas las luchas y las pasiones de la Asamblea. Se conoce un personaje, Aris-

tofon de Azenia, que sufrió setenta y cinco acusaciones de este género, y que, por otra parte, fue siempre absuelto.

### 17.—EL PROCESO DE LA CORONA



Después de la batalla de Queronea, Agosto del año 338 antes de Jesucristo, Atenas había adoptado apresuradamente algunas medidas de defensa que la paz hizo inútiles. Hubo, no obstante, una que no hizo abandonar el establecimiento de la paz, y fue la reparación de los muros de Atenas y del Pireo. Se adoptó la resolución en Mayo del año 337, a propuesta de Demóstenes, y, a partir del mes de Junio, se nombró una comisión de diez ciudadanos, según costumbre, para la dirección administrativa de las obras. Demóstenes formaba parte de ella. Con tal motivo fue encargado de una sección que constituía la décima parte de los trabajos que había que ejecutar. El Tesoro público había puesto una suma de diez talentos a su disposición. Añadió de su dinero 100 minas.

El año 336, cuando todo estaba terminado, Ctesifón, amigo de Demóstenes, presentó un decreto por el cual se concedía a éste una corona de oro, en el teatro, en el momento de la celebración de las Dionisiácas. Era la recompensa común de los servicios prestados. Pero, en los momentos aquéllos, este decreto suponía la aprobación de toda la política de Demóstenes, hostil a Macedonia. Así, cuando el decreto, después de haber pasado por el Consejo de los Quinientos, llegó a la Asamblea del pueblo, Esquines sostuvo que la proposición era ilegal en la forma y en el fondo, e intentó la *γραφὴ παρανόμων*.

Esto tenía lugar el año 366, pocos días antes de la muerte de Filipo. El asunto quedó en suspenso durante seis años, y no fue discutido hasta el 330. ¿Por qué tal retraso? Aparentemente nadie tenía prisa, ni las partes ni los jueces. Los macedonios eran todopoderosos, y no

había libertad para hablar. Pareció ocasión más favorable cuando Alejandro se hubo entrado en Asia. Entonces el proceso se llevó ante el jurado.

Esquines habló el primero, en calidad de acusador, y pronunció el discurso que ha llegado a nosotros. Después de él, Ctesifón se defendió en pocas palabras, y Demóstenes habló después en calidad de amigo del inculpado. En realidad, defendía su persona y toda su política. Ctesifón fue absuelto por gran mayoría. Esquines no logró la quinta parte de los votos e incurrió en la multa de 1.000 draemas. Era una suma bien pequeña. Fácilmente hubiera podido pagarla, pero después de semejante fracaso, había acabado su fama de orador. Se condenó a voluntario destierro y se fue a Efeso, luego a Rodas, y por último a Samos, donde murió.

(Dareste, *Plaidoyers politiques de Démosthène*, II, páginas 200-202).

---

## CAPÍTULO XI

### Los impuestos.

SUMARIO: 1. Sistema contributivo de los griegos.—2. Impuesto sobre el capital.—3. Impuestos indirectos en Atenas.—4. Ingresos varios.—5. Exención de contribuciones en Cízico.

6. Suscripción nacional.—7. Empréstitos de Estados.  
8. Recursos financieros.

9. Las liturgias.—10. La coregia.—11. Liberalidades de los ciudadanos para con el Estado.

#### 1.—SISTEMA CONTRIBUTIVO DE LOS GRIEGOS

No se concebía en Grecia el sistema de impuestos como entre nosotros.

En un principio, parece que el recurso principal de los Estados fuese el diezmo, es decir, una tasa equivalente a la décima parte de las cosechas de cada individuo. Era un impuesto sobre la renta, pero soportado solamente por los propietarios del suelo, y se concibe que así fuera en una época en que la riqueza procedía casi entera del suelo.

Este impuesto dejó de ser percibido en Atenas por el año 500 antes de Jesucristo. Como el comercio empezaba ya a desarrollarse, fue sustituido por los derechos de aduana, por tasas sobre las ventas, sin contar con las rentas bastante elevadas que se sacaban de las minas de

plata del Laurión. Además, se introdujo otra costumbre. El Estado se habituó a cargar a los ricos con ciertos gastos que le incumbían. Se necesitaba, por ejemplo, armar una nave, o celebrar una fiesta, y un ciudadano se hacía cargo de los gastos. Era lo que se llamaba *liturgias*.

Durante la guerra del Peloponeso, estos medios fueron insuficientes, y entonces se pensó hacer contribuir directamente otra vez a los propietarios. Pero no se contentaron los atenienses con imponer el sacrificio a los poseedores del suelo, sino que se atendió al capital en todas sus formas. Este impuesto se designó con el nombre de *eisfora*. No obstante, no tuvo carácter permanente, fue esencialmente impuesto de guerra y no hay ejemplo de que se cobrase en épocas de paz.

Tales son los cambios que sufrió el sistema fiscal de los atenienses y de la mayor parte de los Estados griegos. Entre ellos no se observan en este punto más que diferencias de pormenor.

## 2.—IMPUESTO SOBRE EL CAPITAL

Se atendía a las declaraciones individuales para determinar el capital de cada uno. Estas, naturalmente, no eran siempre verdaderas. Muchos ciudadanos ocultaban parte de su fortuna, y era cosa fácil, si no respecto a los bienes raíces, cuyo valor era conocido, al menos respecto a los bienes muebles. Sin embargo, si se tiene en cuenta el poder enorme que representaba el Estado en la antigüedad, y la abnegación extraordinaria de los ciudadanos por el bien público, resultará el convencimiento de que las defraudaciones eran quizá menores de lo que serían entre nosotros. El amor a la patria, la vanidad, el deseo de aventajar las generosidades de otro, el afán de popularidad, todo se juntaba para persuadir al ateniense de que debía someterse valientemente a las exigencias todas del Estado, y hasta darle más de lo que pedía. Se estaba moral-



mente obligado a exceder en este punto la medida de los propios deberes, y se miraba con disgusto a los que hacían simplemente lo necesario.

El impuesto sobre el capital (*eisfora*) parece haber sido proporcional, y no, como se ha repetido muchas veces, siguiendo a Böckh, progresivo. Nada indica además que haya habido primitivamente un margen entre el capital efectivo y el imponible.

El año 378 antes de Jesucristo se resolvió que el segundo sería igual al quinto del primero. Pero la *eisfora* siguió siendo lo que era, un impuesto de distribución, es decir, un impuesto cuya cifra global era determinada por el Estado y que luego se distribuía entre los contribuyentes, según el prorrateo de su riqueza. A este efecto, los ciudadanos sujetos al impuesto fueron agrupados en cierto número de *simmorias* (quizá ciento), cada una de las cuales representaba un capital imponible del mismo valor y pagaba la misma cifra contributiva. Pero como las variaciones de la riqueza tendían constantemente a romper la igualdad de las *simmorias*, había a la fuerza que revisar de tiempo en tiempo sus listas, para que el capital imponible permaneciera el mismo. En los diferentes grupos, la parte del contribuyente se determinaba según el principio de la proporcionalidad, pero cualquier ciudadano era libre de asumir mayor carga y de aligerar por consiguiente la de los demás. Este uso muy común hacía el impuesto grandemente progresivo en la práctica. Posible es que se eximiera a los ciudadanos cuya fortuna resultase inferior a 2.000 dracmas (1.960 pesetas).

El impuesto lo recaudaban por administración funcionarios nombrados a la suerte. Fuera mala voluntad, fuera insuficiencia de recursos, había muchas veces morosos. La ley era muy severa con ellos. Se confiscaban sus bienes y no era raro que se les metiera en prisiones.

A partir del año 362, los trescientos ciudadanos más ricos se vieron obligados a anticipar al tesoro la totalidad del impuesto que había de percibirse, con la salvedad de que luego recuperasen las sumas correspondientes a los

demás. Probablemente éstas quedaban muchas veces a su cargo, porque no siempre les eran reembolsadas, y en ocasiones no se atrevían a emplear procedimientos de rigor. La ciudad hallaba en este procedimiento la doble ventaja de ingresar inmediatamente el producto íntegro del impuesto y de evitar los gastos y las contrariedades de la recaudación.

(Según P. Guiraud, *Études économiques sur l'Antiquité*).

### 3.—IMPUESTOS INDIRECTOS EN ATENAS

1.º *Derechos de aduana*.—Se percibían sobre todas las mercancías que entraban en el Ática o que del Ática salían. Se llamaban *cincuentenas*, porque la tarifa era del 2 por 100.

2.º *Derecho de puerto*.—Böckh supone que era igual a la centésima parte del cargamento de la nave.

3.º *Derecho sobre las ventas*.—Fue habitualmente del 1 por 100, pero no era regla absoluta. Una inscripción del siglo v nos hace ver que, en un caso determinado, se percibió un óbolo por objetos que valían de una a cuatro dracmas (es decir, del 6 al 24 por 100), tres óbolos de 5 a 50 dracmas (entre el 6 y el 1 por 100) y una dracma de 50 a 100 dracmas.

4.º *Consumos*.—Se designaba con la palabra *διαπόλιον*, porque se percibían sobre los objetos que pasaban las puertas de la ciudad.

5.º *Derechos de plaza*.—Eran pagados por los mercaderes que se instalaban en la agora, y determinados según la cantidad y la naturaleza de los objetos puestos a la venta.

La percepción de estos diferentes impuestos era arrendada por el Estado a particulares, que a veces se constituían en sociedad.

Inútil es mencionar otras dos contribuciones (el 20 y

el 10 por 100) que se crearon para los atenienses de una manera enteramente accidental durante la guerra del Peloponeso.

(Según Gilbert, *Handbuch der griechischen Staatsalterthümer*, t. I, págs. 331-334).

#### 4.—INGRESOS DIVERSOS.

1.º *Capitación*.—Los metecos pagaban en Atenas 12 dracmas al año los hombres y seis dracmas las mujeres. Los libertos estaban sujetos al mismo tributo.

2.º *Dominio*.—Las minas formaban parte del dominio público. Por explotarlas se daba al Tesoro una suma fija, más una renta al año igual al 24 por 100 del rendimiento. El Estado tenía también casas y tierras que arrendaba. Poseía sobre todo grandes pastos, por lo menos en ciertas comarcas de Grecia. Todos eran libres de enviar a ellos sus rebaños, pero a condición de pagar un tanto por cabeza.

2.º *Ingresos judiciales*.—Los litigantes estaban obligados en todas las causas a depositar cierta suma de dinero que, de todas suertes, pasaba a manos del Estado. Había además las multas que a veces alcanzaban cifras elevadas. Hay que añadir la confiscación, de que los tribunales abusaban en Atenas y en todas partes, y que constituía un artículo importante del presupuesto de ingresos. «Cuando el Senado tiene fondos suficientes para los gastos públicos, dice Lisias, no perjudica a nadie; pero si el Tesoro está exhausto, se ve obligado a admitir las denuncias y a confiscar algunas fortunas particulares».

(*Contra Nicomaco*, 12).

## 5.—EXENCIÓN DE IMPUESTOS EN CÍZICO (1)

La más envidiada de las recompensas nacionales era la exención de tal o cual impuesto, pero no se prodigaba. He aquí un ejemplo:

«La ciudad concede a Médices y a los hijos de Æsepos, y a sus descendientes, la exención de impuestos y el derecho de comer en el pritaneo. Se exceptúan los derechos que hay que pagar por el uso del arsenal público de construcciones navales y del peso público, los derechos de venta de caballos y esclavos, y el derecho del cuarto (2). Respecto a todos los demás, gozarán de inmunidad absoluta. El pueblo se ha comprometido por juramento a respetar este favor».

(Röhl, *Inscriptiones graecae antiquissima*, 491).

## 6.—SUSCRICIÓN NACIONAL

Los donativos voluntarios de los ciudadanos eran bastante frecuentes. A veces aun, el Estado abría una suscripción nacional, según atestigua la inscripción siguiente, que data del siglo III:

«El pueblo ha decidido:

» A fin de que se reúnan fondos, y que el tesorero militar tenga con que distribuir el dinero necesario para que durante el resto del año las cosechas sean cogidas con seguridad... aquellos ciudadanos y demás habitantes que quieran dar dinero para la seguridad de la ciudad y la guarda del territorio lo declararán al Consejo y se harán

(1) Decreto del siglo IV a. de J. C.

(2) Ignoramos en qué consistía.

inscribir en casa de los estrategas, de aquí al mes de Muniquion. Nadie podrá dar más de 200 dracmas, ni menos de 50. Los que hayan contribuído serán coronados, alabados y honrados por el pueblo, cada uno según su mérito. El secretario del pueblo consignará este decreto y los nombres de los suscritores en una estela de piedra que colocará en la agora, para mostrar bien a todos el celo de los bienhechores del pueblo...

»Lista de los que han dado para la seguridad de la ciudad y la guarda del territorio, conformé al decreto del pueblo».

Sigue larga serie de nombres, casi todos con una cifra de 200 dracmas.

(*Corpus inscript. Atticar.*, t. II, 334).

#### 7.—EMPRÉSTITOS DE ESTADOS

Cuando algún Estado necesitaba contraer un empréstito, se dirigía a un templo, o más raras veces a un particular.

1.º Fondos prestados por Athena al pueblo ateniense:

«Los tesoreros Androcles y sus colegas han entregado a los helenotanos N. y sus colegas, a los estrategas Hipócrates y sus colegas, en tal fecha, 20 talentos. El interés de esta suma ha sido de 5.636 dracmas.

»Segunda entrega, en tal fecha: 50 talentos. Interés de esta suma: 2 talentos, 1.970 dracmas.

»Tercera entrega, en tal fecha: 28 talentos. 5.078 dracmas. Interés: 1 talento, 1.719 dracmas, 2 óbolos.

»Cuarta entrega, en tal fecha: 44 talentos y medio. Interés: 1 talento, 4.662 dracmas, 1 óbolo.

»Quinta entrega, en tal fecha: 100 talentos. Interés: 3 talentos, 5.940 dracmas.

»Sexta entrega, en tal fecha: 18 talentos, 3.562 dracmas. Interés: 4.172 dracmas, 2 óbolos y medio.

«Total de los fondos prestados durante la magistratura de Androcles: 261 talentos, 5.640 dracmas (1.546.000 pesetas).

»Total de los intereses producidos por los fondos prestados durante la magistratura de Androcles: 11 talentos, 99 dracmas, 1 óbolo (65.000 pesetas próximamente)».

(*Corpus inscript. Atticarum*, t. I, 273).

2.º Fondos prestados por una mujer a la ciudad de Orcomene.

«Nicareta, de Thespies, asistida de Dexippos, su marido, ha prestado a Cafisodoros, Filomelos, Athanodoros, Polycritos (representantes de Orcomene) y a sus fiadores (siguen los nombres), 18.833 dracmas de plata, sin interés, suma entregada en Thespies. El plazo del préstamo es la fiesta de las Pamboiotia, en tal año.

«Los prestatarios o sus fiadores devolverán a Nicareta el dinero prestado en la fiesta de las Pamboiotia, dentro de los tres días antes del sacrificio. Si no, serán perseguidos conforme a la ley. Nicareta tendrá derecho a perseguir tanto a los prestatarios como a sus fiadores, a uno solo aisladamente, o a varios, o a todos a la vez, y también a poner mano sobre sus bienes, y usará de este derecho a su guisa. El contrato tendrá efecto, aun cuando fuese presentado por otro, en nombre de Nicareta.

»Testigos: siete thespianos.

»El contrato está depositado en casa de Fifiadas».

(*Inscriptions juridiques grecques*, I, pág. 283).

## 8. — RECURSOS FINANCIEROS

He aquí lo que hicieron las gentes de Lampsaco. Como la harina valiera a cuatro dracmas el medimno, ordenaron a los vendedores que la expendieran a seis. Elevaron el precio del aceite de tres dracmas el *cous* a cuatro drac-

mas y media, y lo mismo hicieron con el vino y los demás artículos. El exceso sobre el precio ordinario hubo de pasar a manos del Estado.

Los lacedemonios, teniendo necesidad de proporcionar subsidios a los samios, decidieron que ellos, sus esclavos y sus ganados ayunasen un día entero. La suma que se economizó de esta suerte fue entregada a los de Samos.

Los de Chío tenían una ley que ordenaba que las escrituras de préstamo fueran registradas por un magistrado público. En un momento de angustia, decretaron que las deudas de los particulares serían reembolsadas, no a los acreedores, sino al Estado, y que el Estado se encargaría de pagar a éstos los intereses, tomándolos de las rentas que de ellas obtuviera.

Los de Clazomene carecían de trigo y no tenían dinero. Resolvieron que los que tenían aceite lo prestasen al Estado con interés. Es una de las principales producciones del país. Luego alquilaron las barcas de sus deudores, para enviarlas a las comarcas de donde sacaban el trigo, y les dieron en prenda el valor del aceite.

Los de Efeso prohibieron un día a las mujeres llevar oro, y las ordenaron prestar al Estado el que poseían.

(Pseudo-Aristóteles, *Económicas*, II, 7, 9, 12, 16, 19).

### 9.— LAS LITURGIAS

No solamente proveía el Estado a sus necesidades mediante contribuciones en dinero, sino también con ayuda de diversas prestaciones llamadas *liturgias*, que sin enriquecer al Tesoro, le ahorran gastos por lo menos.

Entre las liturgias comunes, que se repetían todos los años, la más importante era la *Coregia*, es decir, la formación de un coro destinado a figurar en las representaciones dramáticas. Había también la *Gimnasiarca*. El encargado de ella hacía ejercitarse luchadores en los gim-

nasios con destino a determinadas fiestas, los mantenía durante todo el tiempo de esta preparación, disponía, en fin, de manera conveniente el lugar de la lucha. A la *Lampadarquia* incumbía la organización de los concursos en que se corría, a pie o a caballo, con antorchas encendidas. Lisias cita un individuo que gastó con este motivo 1.200 dracmas (1.176 pesetas). La *Arquiteoría* consistía en ir a representar al Estado en alguna solemnidad extranjera. Los gastos eran pagados en parte por el Estado, en parte por el jefe de la misión. Se cita además la liturgia instituída para subvenir a los gastos de las carreras de carros y de las regatas, la que tenía por objeto ofrecer una comida a todos los miembros de una misma tribu (*Estiasis*), etc.

No estaba sujeto a estas obligaciones el que no poseía al menos tres talentos. Las huérfanas solteras estaban dispensadas. Los muchachos huérfanos gozaban de igual favor, hasta un año después de la mayor edad. Nadie estaba obligado a satisfacer dos liturgias en un año, ni la misma dos años seguidos.

La *Trierarquía* era una liturgia extraordinaria, la más onerosa de todas. Imponía la obligación de equipar una nave de guerra.

Si alguien pretendía que indebidamente se le había cargado con una liturgia, y que se había ahorrado en cambio esta obligación al vecino a quien tocaba, podía intimar a este último para que ocupase su puesto. El cual se negaba muchas veces, y, en tal caso, el tribunal decretaba la confiscación provisional de los bienes de uno y otro. Mandaba hacer inventario de los mismos y sometía al más rico a la liturgia. Era lo que se llamaba *ἀντίδοσις*.

(Schömann, *Antigüedades griegas*; Lécrivain, *Revue historique*, t. XL, págs. 276 y siguientes).



## 10.—LA COREGIA

El corego había de organizar y dar la enseñanza necesaria, a sus expensas, a uno de los coros que tomaban parte en los concursos de determinadas fiestas, como las Dionisiácas y las Panateneas. Era un cargo muy honroso. Pero exigía tan grandes gastos que no podían cumplirlo más que los ricos. Estos, por otra parte, tenían a honra no retroceder ante ningún sacrificio. Eran estimulados, de una parte, por el ejemplo de sus antepasados o de sus rivales, y por la esperanza de obtener el premio del concurso; de otra, por el deseo de evitar las burlas de sus conciudadanos y los reproches de los magistrados.

Cada tribu daba para cada fiesta un corego. Generalmente, era designado de antemano por la autoridad competente, pero a veces se presentaba él mismo. Ante todo, tenía que proporcionarse un individuo capaz de formar el coro. Para esto se reunía con sus nueve colegas bajo la presidencia del arconte, y los diez sorteaban el orden en que podían elegir el *didascalos* o instructor. En tiempo de Demóstenes, se procedía de igual modo para elegir el flautista. Había luego que buscar coristas, exclusivamente entre los ciudadanos. Si el corego no tenía tiempo de asistir a los ensayos, delegaba este cuidado en persona de su confianza, pero era responsable de todo. Daba local adecuado para los ejercicios, las más de las veces en su propia casa. Daba de comer y pagaba a los coristas. Mandaba hacer para éstos y para él lindos trajes, coronas, máscaras, a menos de que no prefiriera alquilarlos. El día de la fiesta llevaba con gran pompa su coro al lugar del certamen y asistía a los ejercicios. Durante toda la ceremonia, tenía carácter sagrado. Ultrajarle, era ultrajar al Estado y al mismo dios que se festejaba.

Después del certamen, se clasificaban todos los coregos. El primero era coronado; pero no se le consideraba ven-

cedor, sino a su tribu. En las grandes Panateneas, se daba como premio al coro de bailarines una ternera. En las Dionisíacas, el coro de canto obtenía un trípode. El corego estaba obligado a consagrar este trípode al dios con una inscripción que recordaba su nombre, el triunfo, la nacionalidad de su coro, la tribu, el didascalos y el flautista que le habían auxiliado.

El coro trágico originaba más gastos que el coro cómico. Según Lisias, un ciudadano rico gastó en un coro trágico 3.000 dracmas. El coro de bailarines le costó 800. Tuvo que pagar en las Panateneas 5.000 dracmas por la organización de su coro y la consagración del trípode obtenido como premio. En suma, en el espacio de nueve años, siete coregias le costaron próximamente 15.000 pesetas. Para disminuir el gravamen de esta liturgia, se autorizó, por el año 406, a dos ciudadanos a hacer los gastos en común. Más tarde todavía, el Estado llegó a encargarse en ocasiones de todo el gasto.

Esta institución no es especial de Atenas. Se encuentra en Sifnos, en Egina, en Mitilene, en Tebas, en Orcomene, en Ceos; pero ignoramos si en todas [partes tenía el mismo carácter.

(Según Krebs, *Dictionnaire des antiquités*, t. I, páginas 1117-1119).

#### 11. — LIBERALIDADES DE LOS CIUDADANOS PARA CON EL ESTADO

«Nombrado corego para una tragedia, dice un cliente de Lisias, gasté 30 minas (2.946 pesetas). Tres meses más tarde, durante la fiesta de las Thargelias, alcancé el premio con un coro de hombres, y me costó 2.000 dracmas (1.960 pesetas), más 800 (784 pesetas), bajo el arcontado de Glaucippos, en las grandes Panateneas, por un coro de bailarines. En tiempo del mismo arconte, en las Dionisíacas, fui vencedor con un coro de hombres, y gasté, en la ofrenda del trípode, 5.000 dracmas (4.900 pesetas),

a lo que añadido, en el arcontado de Diocles, 300 dracmas (294 pesetas), en las pequeñas Panateneas. A más de estos gastos, a más de los peligros que corría a diario por vosotros fuera del Ática, pagué primeramente 30 minas (2.946 pesetas), luego 4.000 dracmas (3.920 pesetas) de *eisfora*. De vuelta a Atenas, en el arcontado de Alexias, fui inmediatamente gimnasiarca en la fiesta de Prometeo, y obtuve el premio con un gasto de 12 minas (1.178 pesetas). Más tarde, organicé un coro de niños que me costó más de 15 minas (1.473 pesetas). En el arcontado de Euclides, obtuve el premio con un coro cómico, y gasté 16 minas (1.571 pesetas), más 7 minas (687 pesetas), en un coro de danzarines en las pequeñas Panateneas. Fui vencedor en las regatas del cabo Sunion, y gasté 15 minas, sin hablar de algunas otras liturgias que me hicieron gastar más de 30 minas. Verdad es que si en todo ello me hubiera atendido a las prescripciones estrictas de la ley, no habría gastado siquiera la cuarta parte». (Lisias, XXI, 1-5).

Se lee en un alegato de Iseo: «Diceogeno, designado por la tribu para ser corego en las Dionisiacas, no obtuvo en el concurso sino el cuarto lugar. Respecto al coro trágico y al coro de danza, fue colocado el último. Son las únicas liturgias que, oprimido y forzado, ha sufrido, y a pesar de sus rentas, he aquí lo brillantemente que ha cumplido sus funciones de corego. Además, cuando tantos ciudadanos han sido designados para trierarcaras, él no no lo ha sido nunca, ni solo ni con un asociado, y esto cuando el Estado lo necesitaba tanto... Los ciudadanos han tenido que pagar contribuciones considerables para subvenir a la guerra y defender la ciudad. Diceogeno no ha pagado ninguna. Una vez solamente, interpelado por un ciudadano, prometió ante la Asamblea hacer un donativo voluntario de 300 dracmas; pero no cumplió su promesa, y pasó por la vergüenza de ver por tal motivo su nombre expuesto al público... Mis antepasados, por el contrario, no han rehusado ninguna coregia, han entregado al Tesoro por contribuciones para la guerra gruesas sumas

de dinero, y han soportado trierargias en todas circunstancias. Hay testimonios de lo que han sido en los templos, donde, de lo que les sobraba, han consagrado ofrendas que mostraban sus méritos. Hay en el templo de Dionysos trípodas que recibieron como vencedores en las coregias, los hay también en el templo de Apolo Pítico. En la Acrópolis, en fin, han consagrado, en forma de ofrendas, parte de sus bienes, y han enriquecido el lugar santo con objetos de arte, de bronce y de piedra, muchos, si se piensa que eran pagados con la riqueza de un particular... (Iseo, V, 36-42).

---

## CAPÍTULO XII

### El ejército y la marina.

SUMARIO: 1. El patriotismo.—2. Obligación del ciudadano de defender la patria.—3. Canto de guerra del siglo VII antes de Jesucristo.

4. El armamento en la época homérica.—5. Combate homérico.

6. Reclutamiento.—7. Abusos en la recluta, según Aristófanes.—8. Los mercenarios.

9. Las diferentes armas.

10. El mando en Esparta.—11. El mando en Atenas.—

12. Un jefe de mercenarios.

13. Sueldo de las tropas.

14. Orden de marcha.—15. Táctica de combate.—16. Batalla de Maratón.—17. Batalla de Mantinea, el año 418.

18. Fortificaciones.—19. Sitio de Platea.

20. La trirreme.—21. La tripulación.—22. La trierarquia.—23. El trierarca en su nave.—24. El Pireo y la flota ateniense.—25. Batalla de Salamina.

26. Honores tributados a los ciudadanos muertos por la patria.

#### 1.—EL PATRIOTISMO

La palabra patria, entre los antiguos, significaba la tierra de los padres. La patria de cada individuo era la parte del suelo que la religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde se depositaron los huesos de los antepasados y que ocupaban sus almas. La patria pequeña era el recinto de la familia, era su tumba y su hogar. La patria grande era la ciudad, con su pritaneo y

sus héroes, con su recinto sagrado y su territorio marcado por la religión. «Tierra sagrada de la patria», decían los griegos, y no eran vanas palabras. Aquel suelo era verdaderamente sagrado para el hombre, porque estaba habitado por los dioses. Estado, ciudad, patria, estas palabras no eran una abstracción, como entre los modernos, sino que representaban realmente todo un conjunto de divinidades locales con un culto diario y poderosas creencias acerca del alma.

De este modo se explica el patriotismo de los antiguos, sentimiento enérgico que era para ellos la virtud suprema y a que todas las demás virtudes venían a conducir. Todo lo más querido para el hombre se confundía con la patria. En ella encontraba su bien, su seguridad, su derecho, su fe, su dios. Perdiéndola, lo perdía todo. Era casi imposible que el interés privado estuviera en desacuerdo con el interés público. Platón dice: «La patria nos concibe, nos alimenta, nos educa». Y Sófocles: «La patria nos conserva».

Semejante patria no es solamente para el hombre el lugar donde vive. Que abandone las murallas santas, que franquee los límites sagrados del territorio, y no habrá para él religión ni lazo social de ninguna especie. En cualquier otra parte que su patria se encuentra fuera de la vida regular y del derecho, en todas partes se halla degradado y apartado de la vida moral. En ella solamente tiene su dignidad de hombre y sus derechos. Allí solamente puede ser dichoso.

La patria mantiene al hombre sujeto con lazos sagrados. Hay que amarla como se ama una religión, obedecerla como se obedece a Dios. Hay que entregarse a ella por entero, poner todo en ella, sacrificarla todo. Hay que amarla gloriosa u oscura, próspera o desventurada. Hay que amarla en sus beneficios y amarla también en sus rigores. Precisa, sobre todo, saber morir por ella. El griego muere pocas veces por devoción a un hombre o por honor, a la patria debe su vida. Porque si la patria es atacada, se ataca a su religión. Combate realmente por

sus altares, por su hogar, porque si el enemigo se apodera de la ciudad, sus altares serán derribados, sus hogares extinguidos, sus tumbas profanadas, sus dioses destruídos, su culto desaparecerá. El amor a la patria es la piedad de los antiguos.

(Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*).

## 2.—OBLIGACIÓN DE LOS CIUDADANOS DE DEFENDER LA PATRIA

Cierto Leocrates había huído de Atenas en el momento que acababa de ser vencida en Queronea por Filipo de Macedonia, y de esta suerte se había librado de la obligación de defender su patria. Cuando volvió al Ática, después de larga ausencia, el orador Licurgo le citó ante los tribunales. He aquí en qué términos anatematizó su conducta:

«Debéis a Atenas el suplicio de Leocrates, lo debéis a los dioses... Por una sola sentencia, váis a condenar en este día todos los crímenes más grandes, los más odiosos, cometidos todos públicamente por Leocrates: crimen de traición, puesto que, abandonando la ciudad, la ha entregado en manos de los enemigos; crimen de lesa democracia, puesto que ha rehusado combatir por la libertad; crimen e impiedad, puesto que en todo lo que de él dependía, ha dejado talar los bosques sagrados, derribar los templos; crimen de ultraje a sus padres, puesto que, por su parte, ha destruído sus tumbas y dejado de tributar los honores fúnebres que les son debidos; crimen, en fin, de desertión y de indisciplina, puesto que no se ha puesto a disposición de los estrategas para ser alistado. ¿Quién de vosotros, después de esto, podría absolverle y dejar impunes tantos crímenes voluntarios? ¿Estaríais tan faltos de razón que entregaseis, libertando a un cobarde, vuestra propia salvación al que quiere abandonarnos, para exponeros con corazón alegre, por lástima a este desgraciado, a ser

presa de enemigos implacables y para usar de indulgencia con un traidor a la patria, a riesgo de incurrir de esta suerte en la venganza de los dioses?»

(Licurgo, *Contra Leocrates*, 146-148).

### 3.—CANTO DE GUERRA DEL SIGLO VII ANTES DE JESUCRISTO

«Bello es morir, cuando se cae en las primeras filas, combatiendo valientemente por la patria. Pero abandonar la ciudad y sus campos fértiles para ir a mendigar, es la suerte peor de todas. Se vaga con la madre querida y el viejo padre, con los niños pequeños y la joven esposa, se es objeto de odio en todas partes donde se va, impulsado por la necesidad y la repulsiva pobreza. Se deshonra a la familia, se desmiente la nobleza del rostro, y se arrastran tras de sí todos los oprobios y todos los vicios. Si el vencido, de esta suerte errante, no halla estimación alguna, si el desprecio va unido en adelante a su persona, combatamos con valor por este suelo, y muramos por nuestros hijos sin ahorrar nuestras vidas. ¡Jóvenes, combatid firmes uno junto a otro, que ninguno de vosotros dé el ejemplo de la huída vergonzosa ni del miedo, sino más bien haced valiente y grande el corazón en vuestro pecho, y atacad al enemigo sin preocuparos de vivir! A los viejos, los viejos cuyas rodillas no están ya sueltas, no les abandonéis, no huyáis, porque es vergonzoso ver caer en las primeras filas, delante de los jóvenes, al anciano que tiene ya la cabeza y la barba blancas, es vergüenza verle caído, exhalando en el polvo su alma valerosa y apretando con las manos su herida sangrienta contra su piel desnuda. Por el contrario, todo conviene a los jóvenes, cuando poseen la flor brillante de la adolescencia. Admirados de los hombres, amados de las mujeres, son todavía hermosos si caen en las primeras filas... Que cada uno después del ataque permanezca firme, clavado en el suelo



con ambos pies, mordiéndose el labio con los dientes, las pantorrillas, las piernas, los hombros, por bajo del pecho hasta el vientre, todo el cuerpo cubierto por ancho escudo... Combata pie contra pie, escudo contra escudo, casco contra casco, cimera contra cimera, pecho contra pecho, muy cerca, y que desde muy cerca, cuerpo a cuerpo, hiiriendo con su larga pica o con su espada, atraviere y mate a su enemigo».

(Tirteo, fragmentos 10 y 11 de la edición Bergk).

#### 4.—EL ARMAMENTO EN LA ÉPOCA HOMÉRICA

La armadura defensiva, hecha de bronce, se componía del casco, de la coraza, del escudo y las perneras o *cnémides*. Añadid bandas o cinturones de metal que se sujetaban en el sitio donde acababa la coraza, para proteger el vientre y los riñones. Por cima del yelmo flotaba un penacho de crin, a veces teñido de rojo. El casco tenía carrilleras, pero no tenía aún nasal. Dos hojas metálicas gruesas, que se sujetaban por los lados, formaban la coraza, una tapando la parte de delante, otra la parte de detrás del cuerpo. El escudo era redondo u oval. En el primer caso tenía dos asideros, uno por el que pasaba el brazo, y otro que apretaban los dedos. Cuando la forma alargada le daba casi la altura del cuerpo, no se podía sostener más que con la mano. Cuando se caminaba o en la huída, una correa permitía echarle a la espalda.

Las armas ofensivas eran también de bronce. Apenas si en dos o tres versos, intercalados quizá, se habla de una punta de flecha, de una espada y de una maza de hierro. El arma principal era la espada larga de dos filos. Clavos de oro o de plata servían para sujetar en el puño una envoltura de hueso o de madera que permitía coger el arma y sujetarla bien con la mano. La vaina tenía muchas veces incrustaciones de plata o marfil. A veces se llevaba

unida a la vaina de la espada una daga más corta para sustituir a ésta caso de que se rompiera. La lanza era una vara de fresno con puntas de metal en los extremos. Una de estas puntas estaba dispuesta para el ataque, y la otra servía para clavar la lanza en el suelo. Se hería con la lanza y se la arrojaba también al enemigo. Las puntas de



Fig. 61.—Carro de guerra.

flecha tenían tres aristas, y no podían sacarse una vez clavadas, pues era su forma de anzuelo. La intervención de los arqueros en el combate, por lo demás, era sólo secundaria. Los guerreros de fama iban a la lucha en carros arrastrados por dos caballos. De pie, detrás de ellos, el cochero guiaba el tiro. Cuidaba de los caballos, en tanto el soldado, que había bajado del carro, combatía con sus enemigos. Se le llevaba, vencedor o vencido, una vez terminada la lucha.

(Perrot, *Revue des Deux Mondes*, t. LXX (1885), página 305).

## 5. — COMBATE HOMÉRICO

Los griegos, cubiertos con sus armas, marchan en orden y siguen al magnánimo Patroclo, hasta el momento que, llenos de noble orgullo, se precipitan sobre los troyanos... Inmenso clamor se eleva. Patroclo, con voz tonante, alienta a sus guerreros... Sus palabras reaniman todas las fuerzas y encienden todos los corazones. Las filas apretadas caen sobre los troyanos. A su alrededor, la flota repite su terrible grito de guerra. Los troyanos sienten su corazón turbado; sus filas se revuelven; piensan que el impetuoso Aquiles, renunciando a su cólera, llega de sus naves, reconciliado con los demás griegos... Indagan con la vista cómo evitarán la muerte.

Patroclo se dirige al centro de la pelea, y el primero, hace volar su javalina brillante en lo más fuerte del tumulto. Hiere en el hombro derecho a Pirecmo, que desde las orillas del ancho Axios condujo a los peonios de Amidona. El héroe cae gimiendo en el polvo. Los peonios huyen inmediatamente, llenos de espanto por la caída de su jefe, el más valiente de todos en el combate...

Mientras tanto, la pelea se extiende, se dispersa, y cada uno de los jefes inmola un guerrero. El valiente hijo de Menetios atraviesa con su aguda javalina la pierna de Arelicos fugitivo, le rompe el hueso, y le derriba la cabeza adelante. Menelao hiere en el pecho a Thoas que se guarda mal con su escudo, y hace que pierda sus energías. Meges previene el ataque de Anficlos y le hiere en la pantorrilla. El bronce corta y atraviesa todos los músculos del héroe, las tinieblas cubren sus ojos... Ajax, hijo de Oileo, salta sobre Cleóbulo y le coge vivo, sin poderse mover entre la multitud; pero al momento le inmola y le hunde la espada en la garganta. La hoja entera está tibia de sangre, la muerte de tintes violáceos y la Parca cruel extinguen los ojos de Cleóbulo. Licón y Peneleo se atacan

mutuamente, pero sus javalinas no aciertan y vuelan inútiles. Ambos, entonces, desenvainan la espada. Licón deja caer la suya sobre lo alto del casco de flotante cimera; pero se rompe por la empuñadura, y en tanto Peneleo le atraviesa el cuello por debajo de la oreja y hunde en la herida su espada entera. La cabeza se desprende del cuerpo, apenas sostenida por la piel. El cadáver se derrumba...

Los troyanos ya no piensan más que en la huida tumultuosa y olvidan su impetuoso valor... ¡Cuántos corceles fogosos, al precipitarse, rompen la lanza y abandonan los carros de sus dueños! Patroclo, alentando a los aqueos, medita la ruina de los vencidos. Los persigue, y huyendo entre grandes gritos, corren aturdidos por todos los caminos. Torbellinos de polvo se alzan por todas partes. Los corceles, al salir del campamento, se dirigen rápidamente a la ciudad.

(Homero, *Iliada*, XVI, 257 y siguientes).

## 6.—RECLUTAMIENTO

1.º *Atenas*.—En Atenas, como en todas las ciudades griegas, el servicio militar constituye al principio un derecho y un deber para todos los que intervienen en los asuntos públicos. Sin duda, en los combates de la edad heroica, el rey y los jefes desempeñan en todas partes el principal papel, tanto que las batallas de la *Iliada* semejan torneos o duelos. Pero los soldados que constituyen el grueso del ejército, y que a veces se ponen en línea para entablar una acción general, no son esclavos ni mercenarios. En el campamento, imagen de la ciudad, representan el *βήμος*, que asiste a las deliberaciones de la Agora.

Aristóteles dice que después de la abolición de la monarquía el gobierno más antiguo de los griegos se compuso de ciudadanos que iban a la guerra. Se ve así clara-

mente en el sistema instituído por Solón. Los hombres de la última clase, llamados *thetes*, fueron excluídos del servicio militar, porque apenas tenían algún derecho político. Este principio fue constantemente respetado por los atenienses, en tanto tuvieron ejército nacional.

La lista oficial que servía de base para el reclutamiento del ejército era el *ληξιαρχικὸν γραμματεῖον*, es decir, el registro del estado civil, a cargo en cada demo del demarca, y formado todos los años con la lista de los jóvenes que habían cumplido los dieciocho años. La inscripción en este registro indicaba para los atenienses su admisión en la ciudadanía. Hasta entonces no debían nada al Estado, ni gozaban de los derechos ciudadanos. El conjunto de las listas constituía, en cada tribu, la relación de los individuos sujetos al servicio, y se llamaba *ὁ κατάλογος*. Para figurar en él, había que justificar que se satisfacían las condiciones legales de edad y de censo. Había además que sufrir un examen físico. La inscripción duraba desde los dieciocho a los sesenta años.

No todos los individuos habían de servir en iguales condiciones. Los más jóvenes, de dieciocho a veinte años, efebos y *περιπολοι*, no tomaban parte en ninguna expedición lejana. Guardaban el territorio y los fuertes que defendían las fronteras del Ática. Por otra parte, los de más edad (de más de cincuenta años), parecen haber sido igualados a los efebos. El alistamiento de los hoplitas, para una campaña fuera del país, no se hacía, por tanto, sino entre los ciudadanos de veinte a cincuenta años. Cuando todos los de esta clase eran alistados a la vez, la expedición se llamaba *πανδημειὸ πανστρατιᾶ*. De esta suerte, la leva en masa no alcanzaba más que a los ciudadanos regularmente alistados. Tan sólo, a estos hoplitas se juntaban comúnmente, en este caso, los metecos aptos para ser hoplitas y la muchedumbre de los que formaban la infantería ligera. Según Tucídides, en los comienzos de la guerra del Peloponeso, el número de hoplitas de menos de veinte años y de más de cincuenta se elevaba a 13.000, el de hoplitas de veinte a cincuenta años a

10.000, y hay que añadir a ambas clases 3.000 metecos que figuraban entre los hoplitas.

Cuando el decreto de la Asamblea no ordenaba la leva en masa, se llamaba a los hoplitas por elección en el catálogo (*ἐκ καταλόγου*). Estas levadas parciales podían hacerse de dos maneras. A veces el pueblo determinaba, según la expresión de Aristóteles, «desde qué arconte epónimo hasta qué arconte hay que ir a campaña». Tal era la *στρατεία ἐν τοῖς ἐπωνύμοις*. No había excepción o excusa sino para los que en aquel momento desempeñaban algún otro servicio público. Otras veces el pueblo se contentaba con indicar el número de hoplitas que habían de alistarse, y entonces la operación consistía en tomar, no todos los ciudadanos de una misma clase, sino parte de ellos (*στρατεία ἐν τοῖς μέρεσι*). La tarea de los estrategas y de los taxiarcas resultaba entonces mucho más delicada. Era, en verdad, medio para formar tropas escogidas; pero también ocasión de favorecer a unos en perjuicio de otros. Aristóteles se queja de los abusos que de ello resultaban y que daban lugar frecuentemente a procesos intentados por los ciudadanos perjudicados. Pero en tanto llegaba la decisión de los jueces, el hoplita designado había de tomar las armas y presentarse en día fijo. El taxiarca apuntaba los nombres de los no presentados, que más tarde eran perseguidos en justicia.

Era la caballería, si no un cuerpo permanente, al menos una tropa escogida que se mantenía aún en tiempo de paz, y que se llamaba con más frecuencia que la infantería a causa de las ceremonias religiosas y de las procesiones en que formaba. Además, el número de jinetes era fijo y deber del hiparca cuidar de que el efectivo estuviera siempre completo. La lista de los soldados de caballería se hacía de nuevo todos los años. El filarca de cada tribu tomaba del *ληξιαρχικόν γραμματεῖον* cierto número de jóvenes pertenecientes a la primera y a la segunda de las clases de Solón, eligiéndolos entre los más ricos y robustos. Antes de la incorporación, les llamaba a sufrir ante el consejo un examen previo (*δοκιμασία*). Este exa-

men era necesario para que el ciudadano pasase a ser caballero; pero en cambio le confería un derecho absoluto. Una vez elegido por el hiparca y aprobado por el Consejo, el caballero estaba seguro de no ser cambiado de cuerpo durante el año, y de que ni el estratega ni el taxiarca le alistarían como hoplita.

2.º *Esparta*.—Todos los ciudadanos estaban sujetos al servicio militar desde los veinte a los sesenta años. Aristóteles pretende que los padres que tenían tres hijos estaban exceptuados; pero se ignora a que época se refiere esta medida. El alistamiento se hacía como en Atenas en la *στρατεία ἐν τοῖς ἐπωνύμοις*. Los éforos determinaban las clases que habían de dar el contingente necesario. No se contentaban, por otra parte, con alistar a los espartanos propiamente dichos, sino que se llamaba igualmente a los periecos, en tan gran número como era necesario. En la época de las guerras médicas, éstos formaban cuerpos distintos. Durante la guerra del Peloponeso, estaban confundidos con los ciudadanos.

Herodoto nos dice que, en las Termópilas, Leónidas tenía consigo «los trescientos hombres escogidos del ejército, designados entre los padres de familia». Son los mismos que Tucídides llama los «trescientos caballeros». Se les daba el nombre de caballeros aun cuando no fueran a caballo. Jenofonte nos indica de qué manera eran reclutados. Todos los años, los éforos designaban tres individuos en el vigor de la edad, que nombraban a su vez cien jóvenes cada uno. Los trescientos formaban en tiempo de guerra la guardia del rey y permanecían constituidos aún en tiempo de paz.

Al lado de la poderosa infantería de los espartanos, la caballería aparece bien pobre. Creada bastante tarde, por el año 424 antes de Jesucristo, no gozó nunca de favor, si es cierto, como dice Jenofonte, que los caballos, dados por los ricos, fueron montados por los hombres que se juzgaba incapaces de servir en la infantería.

(Hauvette, *Dict. des antiq.*, tomo II, págs. 206 y siguientes).

## 7.—ABUSOS EN EL RECLUTAMIENTO, SEGÚN ARISTÓFANES

Los taxiarcas están encargados en Atenas de reclutar las tropas. Usan de su poder de la manera más escandalosa. El favor y la sospecha inspiran todos sus actos. Cortesanos del populacho, no retroceden ante ninguna complacencia por él, y por ellos el ejército se desorganiza. Los demócratas impulsan a la guerra, pero haciendo todo lo posible para no tomar parte en ella. Los ciudadanos más pobres, que no podían ser alistados ni entre los caballeros, ni siquiera, por regla general, entre los hoplitas, eran embarcados en las trirremes en calidad de marinos. La clase media había de formar la infantería, gentes de regular posición y de hábitos pacíficos, buenos demócratas como el Filocleón de *Las Avispas*. Ahora bien, entre ellos había buen número de funcionarios, y muchos eximidos de derecho, como los miembros del Senado. Los demás buscaban medio de sustraerse al servicio. Si entre los inscritos en las listas de reclutamiento los había que, por la pureza de sus sentimientos democráticos, habían sido señalados al favor de los taxiarcas, éstos sabían bien, por fáciles cambios en el orden de los nombres, librarles de la prestación. Cuando la Asamblea había resuelto que se hiciese un alistamiento parcial y había fijado el número de soldados que habían de formarlo, los taxiarcas debían tomar a renglón seguido, en la lista de los inscritos de cada año, cierto número de hoplitas. Les sucedía, a lo que parece, que elegían a unos y olvidaban a otros. «Hacen cosas odiosas, inscribiendo a éstos, borrando a aquéllos sin razón alguna, hasta dos o tres veces. Mañana hay que partir, y hay quien no ha comprado víveres. No sabía que tenía que marchar. De pronto, al leer el bando, ve su nombre, y corre aturdido, los ojos llenos de lágrimas. Ved lo que nos hacen a nosotros, campesinos, en tanto son más mirados con los de la ciudad». El campo



proporciona, pues, al ejército los hombres que la ciudad le niega. Así, en el número de las reformas que Demos (el pueblo) se promete realizar, la del reclutamiento es una de las más importantes. «En lo sucesivo, todo hoplita inscrito en la lista no podrá, por favor, ser cambiado de lugar».

(Couat, *Aristophane*, pág. 86).

### 8.—LOS MERCENARIOS

Después de la guerra del Peloponeso se observa en Grecia, principalmente en Atenas, un decaimiento progresivo del espíritu guerrero. Al ciudadano le repugna hacer personalmente la guerra y prefiere servirse de soldados mercenarios. Es el mal que deplora Isócrates en un discurso que lleva la fecha del año 355 antes de Jesucristo.

«¡Qué diferencia entre nuestros antepasados y nosotros! Ellos no dudaron en abandonar su patria por la salvación de Grecia y vencieron de esta suerte a los persas por tierra y por mar. Nosotros, por el contrario, no queremos correr ningún peligro. Pretendemos mandar a todos, y no queremos tomar las armas, declaramos la guerra, por decirlo así, al mundo entero, y en lugar de prepararnos para sostenerla, alistamos vagabundos, trasfugas, un amasijo de miserables de toda especie, dispuestos a ir contra nosotros con el que les ofrezca mejor sueldo. Y tal es nuestra debilidad por ellos, que si nuestros hijos hubieran cometido una falta con cualquiera que fuese, nos negaríamos a aceptar la responsabilidad, mientras que si se trata de los actos de bandidaje, de las violencias, de los excesos de esas gentes, la culpa debe caer sobre nosotros, y lejos de irritarnos, nos regocijamos al oír decir que han cometido una maldad de esta clase. De aquí hemos venido a un grado tal de locura, que careciendo nosotros del pan

de cada día, hemos querido sostener mercenarios, y apremiamos a nuestros aliados, los ponemos a contribución, para pagar a los comunes enemigos de todos los hombres... Cuando nuestros antepasados habían decidido una guerra, aunque el Tesoro estuviera repleto de plata y oro, consideraban un deber ir al combate para asegurar el éxito de su resolución. Nosotros, en la pobreza a que nos vemos reducidos, y cuando tenemos población tan numerosa, hacemos lo que el rey de Persia, tenemos ejércitos de mercenarios».

(Isócrates, *Discurso sobre la pax*, 43-47).

## 9.—LAS DIFERENTES ARMAS

Los ejércitos griegos comprendían por lo común tres clases de tropas: hoplitas, tropas ligeras, caballería.

1.º *Hoplitas*.—Eran las tropas de línea propiamente dichas. Se reclutaban en la clase de los ciudadanos y constituían la parte esencial del ejército. Llevaban armamento completo, capaz para la defensa lo mismo que para la ofensiva. La túnica (*χιτών*) era roja.

Eran las armas defensivas: el casco, al principio de piel sin curtir (*κυνέη*), más tarde de bronce (*κράνος*), la coraza, las perneras (*κνημιδες*), placas de metal, probablemente reforzadas de bronce o tela por dentro, que cubrían la parte anterior de las piernas desde el tobillo hasta la rodilla; el escudo, redondo unas veces, otras oval, hecho con pieles de buey puestas unas encima de otras y una lámina metálica clavada encima.

Las armas ofensivas eran: la lanza o pica (*δόρυ*), de 2,04 metros a 2,33, de dos kilogramos de peso, con hierro de doble filo de 14 centímetros; la espada recta (*ξίφος*), o ligeramente curva (*μάχαιρα*), que se llevaba pendiente de un tahalí, a veces también un puñal recto (*ἐγχευρίδιον*), y un cuchillo de forma de hoz (*ξυγήλη*).

El peso total de estas armas era próximamente de 35

kilogramos, pero el hoplita no las llevaba todas más que en la retirada. En marcha, parte iba en los carros, parte llevaban los esclavos.

2.º *Tropas ligeras*.—Antes de las guerras Médicas, los esclavos que seguían a los hoplitas tomaban con frecuencia parte en el combate y podían ser considerados

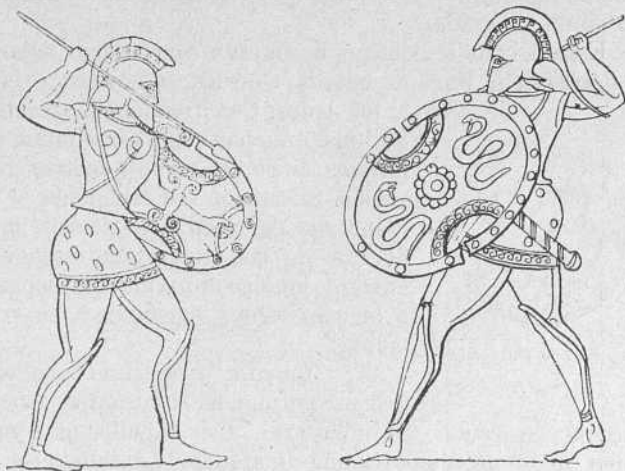


Fig. 62.—Hoplitas.

como tropas ligeras. Pero sólo después de dichas guerras, se organizaron cuerpos especiales de infantería ligera, y todavía no formaron parte integrante del ejército sino en el siglo iv. Se reclutaban estas tropas ligeras en los pueblos que especialmente se dedicaban al manejo de las armas arrojadizas, tales como la javalina, el arco y la honda. Se alistaban arqueros cretenses, honderos rodios o tesalios, peltastas tracios. Los acarnanios y los etolios proporcionaban soldados hábiles en el lanzamiento de la javalina.

Las tropas armadas a la ligera (*γυμνήτες, γυμνοί, φιλοί*), no tenían armas defensivas, puesto que peleaban de lejos.

Comprendían: los que *lanxaban javalinas* (ἀκοντισται), armados de javalina (ἀκόντιον) o lanza de 1,45 metros de larga, provista de una correa por la que el soldado pasaba los dedos; los *arqueros*, armados de arco y aljaba que podía contener de 12 a 15 flechas; los *nonderos*, con honda y una bolsa para contener los proyectiles (piedras o pelotas de honda); los *peltastas*, que tenían escudo pequeño, javalina y espada.

Estas tropas se colocaban, según era necesario, delante o detrás de la línea de batalla, o en los intervalos, a veces



Fig. 63. — Jinete.

a los lados. Con frecuencia atacaban en línea, muchas veces también en columnas dispersas como nuestras guerrillas. Su misión era reconocer el terreno, colocarse en emboscadas, apoderarse de las alturas, entretener al enemigo que se aproximaba, rechazar a la caballería y perseguir a los vencidos.

3.º *Caballería*. — La caballería griega permaneció durante mucho tiempo en estado rudimentario. Los caballos eran más bien medio de transporte que de ataque. La caballería no combatía más que contra su arma, no se arriesgaba a atacar a la infantería, sino cuando la viera en desorden o en fuga. En el ejército macedónico, su papel era casi nulo. En Atenas tenía más importancia, pero allí también servía siempre para formar en las fiestas. No era realmente de valor más que en Tesalia, en Beocia, en la Fócida y en la Lócrida. Hasta Epaminondas casi no tomó parte activa en las batallas.

El arnés del caballo se componía de la silla, o más bien de una manta-silla (ἐπίππιον), con su cincha, bocado, riendas y ronzal para atarle en el campamento. La herradura no era conocida de los griegos, que se contentaban con endurecer la pezuña por el ejercicio. Defendía al caballo un frontal, un pectoral y una especie de coraza aplicada a los lomos.

El jinete llevaba coraza, cinturón con franjas de metal alrededor del vientre, una envoltura de cuero o de bronce rodeando los brazos, perneras, polainas de cuero y casco. No llevaba escudo ni estribos. Sus armas ofensivas eran espada recta y lanza larga y delgada. Llevaba consigo un escudero montado, que iba fuera de la columna.

(Pascal, *L'Armée grecque*, según Vollbrecht y Köchly, págs. 13 y siguientes).

#### 10.—EL MANDO EN ESPARTA

El ejército espartano, en el siglo IV, estaba dividido en 6 *moras*, la *mora* en dos *λόχοι*, el *λόχος* en dos cincuentenas, la cincuentena en dos *enomotias*. Variaba el efectivo de estos diferentes cuerpos. Se encuentran en los autores *moras* de 500 hombres, de 600, 700, 800, 900 y hasta de 1.000. Los oficiales tomaban el nombre del cuerpo que mandaban y se decían enomotarca, pentecostero (o cincuentenario), lojago, y polemamarca, para la *mora*. En campaña, era por lo general jefe del ejército uno de los dos reyes. Hubo, no obstante, casos en que se puso un simple particular al frente de las tropas. Tal Lisandro, al final de la guerra del Peloponeso.

Sorprendía mucho a los antiguos la gran cohesión del ejército espartano. Isócrates atribuye estas palabras al rey Arquidamos: «Si superamos a los demás pueblos de Grecia, procede de que la república está organizada como un campamento, en que reinan la disciplina y la obediencia». Platón se expresa apróximadamente de igual modo cuando dice que los espartanos semejan un ejército acampado bajo la tienda. No podía el espartano ausentarse de Laconia sin permiso de los magistrados, porque el Estado quería tener constantemente todos los soldados a su disposición. La costumbre que tenían los ciudadanos de hacer sus comidas en común desarrollaba en ellos el es-

píritu de cuerpo, como hace entre nosotros la vida de cuartel. Excepción rara en Grecia, en Esparta se hacían ejercicios militares en tiempo de paz. En una sociedad de costumbres tan aristocráticas, en que las clases estaban claramente marcadas, todos eran disciplinados por naturaleza, y esta tendencia se reforzaba aún por la poderosa organización del gobierno y por la severidad de la ley. Finalmente, todas las instituciones de Esparta, empezando por el sistema de educación, tenían por resultado inspirar al ciudadano una especie de patriotismo exagerado, que aumentaba su valor guerrero.

### 11. — EL MANDO EN ATENAS

Jefe del ejército ateniense fue al principio uno de los nueve arcontes, el polemarcha. A partir del siglo v, el mando pasa a los diez estrategas. Cuando hay varias expediciones simultáneas, éstos se colocan, ya aisladamente, ya por grupos, a la cabeza de los distintos cuerpos. A veces un mismo ejército está mandado por siete u ocho estrategas.

La infantería estaba dividida en diez batallones (τάξεις), correspondientes a las diez tribus. Mandaba cada uno de ellos un taxiarca. El batallón se subdividía a su vez en λόχοι.

Los oficiales de caballería eran los dos hiparcas, y por bajo de ellos, los diez filarcas.

Caracteriza al ejército ateniense la suavidad de la disciplina. «¿No es extraño, dice Jenofonte, que los hoplitas y los caballeros, que parecen ser lo más escogido de las gentes honradas, sean los más indisciplinados de todos?» Vivían con sus jefes bajo un pie de familiaridad enteramente democrática y no se guardaban de censurar sus actos.

Plutarco, hablando de una campaña de Foción, refiere

lo que sigue: «Todos se aprietan a su alrededor, quieren darle consejos y hacer de generales. Uno dice que hay que ocupar tal altura, otro pretende que la caballería debe ser enviada a tal sitio, un tercero dice el sitio donde sería bueno acampar». «¡Grandes dioses!, exclamó Foción, ¡cuántos capitanes veo aquí, y qué pocos soldados!»

Raras veces aplicaba el oficial ateniense los procedimientos de rigor, buscando la acción sobre sus hombres principalmente en el ejemplo y la palabra. Jenofonte, que era no obstante buen militar, hizo en este punto singulares confesiones. ¿Se quiere comprometer a los caballeros a hacer lo debido? «Conviene, dice, recordarles que si el Estado se impone un gasto anual próximamente de 40 talentos para disponer de caballería en caso de guerra, no es para no tenerla, sino para hallarla dispuesta cuando la necesita. Esta idea estimulará, sin duda, su celo. No querrán, si sobreviene una guerra, ser cogidos de improviso, cuando se trate de combatir por la patria, por el honor y por la vida». Más adelante añade: «Para hacer obedientes a los soldados, es esencial representarles qué ventajas resultan de la sumisión, mostrarles prácticamente cuántos provechos asegura la disciplina a los que la observan, y cuántos males a los que van contra ella». (Jenofonte, *El comandante de caballería*, I). Los atenienses, en una palabra, confiaban tanto en el ascendiente moral de los oficiales como en el rigor de las ordenanzas. No era siempre muy eficaz el procedimiento; pero era imposible adoptar otro con hombres que no eran soldados sino ocasionalmente, y que, aun en el ejército, seguían siendo ciudadanos, tanto más cuanto que los jefes eran elegidos, responsables de su actos ante el pueblo, y que a la vuelta de la expedición cada soldado tenía derecho a convertirse en su acusador.

## 12.—UN JEFE DE MERCENARIOS

Clearco poseía en el más alto grado la afición y el talento guerreros. En tanto hubo guerra entre los lacedemonios y los atenienses, permaneció en Grecia. Cuando se hizo la paz, habiendo persuadido a los espartanos de que los tracios obraban en perjuicio de los griegos, y habiéndose procurado como pudo el consentimiento de los éforos, se embarcó para combatir a los tracios que habitan por cima del Quersoneso y de Perintho. Una vez partido, los éforos tuvieron algún disgusto de aquella empresa. Ya estaba en el istmo, cuando trataron de hacerle volver; pero no obedeció e hizo rumbo hacia el Helesponto, por lo cual los magistrados de Esparta le condenaron a muerte en rebeldía. Desterrado desde entonces, fue a avistarse con Ciro. He dicho en otra parte las palabras con que ganó su voluntad, y cómo Ciro le dió 10.000 dáricos. No cayó por ello en la molicie, sino que, habiendo reunido un ejército con este dinero, hizo la guerra a los tracios, les venció en un combate, luego destruyó y robó un puerto, y siguió la guerra hasta el momento que Ciro tuvo necesidad de aquel ejército. Partió entonces para volver a empezar la guerra a su lado. Es, paréceme, tener afición a la guerra, elegirla cuando se puede gozar de la paz sin desdoro ni daño, sufrir las penalidades de la guerra cuando se puede vivir en el descanso y el bienestar, disminuir sus riquezas por ella cuando se puede poseerlas enteras sin peligro. Clearco deseaba gastar en la guerra como otro en sus amores o en cualquier otro placer. He aquí de qué modo era amante de la guerra.

Se veía, además, que tenía talento para ella, porque buscaba el riesgo, porque noche y día guiaba las tropas contra el enemigo, porque era despierto en el peligro, según reconocen cuantos en él le han visto. Se decía de él



que era todo lo buen general posible, a causa de las cualidades siguientes: sabía mejor que nadie prever el medio de que el ejército tuviera todas las cosas necesarias y proporcionárselas, y sabía imprimir a cuantos le rodeaban la idea de que había que obedecer a Clearco. Su procedimiento era la severidad. Tenía la expresión sombría, la voz áspera, y castigaba siempre con dureza, a veces con cólera, de modo que en ocasiones tenía que arrepentirse. Castigaba por principio. Pensaba que sin castigo no sirve para nada un ejército. Decía aún que el soldado debe temer a su jefe más que a los enemigos, si se quiere que guarde su puesto, que se aparte de sus amigos y marche contra el enemigo sin buscar excusas. Así, en los peligros, los soldados deseaban mucho oírle, y no querían otro jefe que él, porque su rostro sombrío tomaba, dicese, apariencia de alegría, y su aspecto duro parecía una amenaza contra los enemigos, de suerte que ya no parecía duro, sino que animaba. Cuando los soldados habían salido del peligro y podían pasar a manos de otros jefes, muchos le abandonaban porque no tenía nada de amable, sino que siempre era duro y severo, de modo que sus soldados eran con él como niños con el maestro. Jamás hubo quien le siguiera por amistad o de buen grado. Todos los que estaban unidos a su persona, ya obedeciendo órdenes del Estado, ya porque necesitaban de él, ya por alguna otra exigencia, eran mantenidos en estricta obediencia. Cuando bajo su mando empezaban a vencer, había grandes causas para que viniesen a ser sus soldados, porque adquirían audacia contra sus enemigos, y el temor a sus castigos les volvía dóciles. Así mandaba Clearco. Decíase que no le gustaba mucho ser mandado por otros. Tenía, cuando murió, cincuenta años próximamente.

(Jenofonte, *Anabasis*, libro II, cap. 6).

## 13.—EL SUELDO DE LAS TROPAS

El sueldo militar data en Atenas de Pericles. Se instituyó porque las expediciones fueron entonces más lejanas y largas. No se daba, naturalmente, más que a las tropas en campaña.

Los griegos distinguían en el sueldo lo que es propiamente salario del soldado (μισθός) y las subsistencias (σιτος), ambas cosas distribuídas en dinero. Era cosa admitida que el hoplita no debía percibir menos de dos óbolos (32 céntimos) por alimento, y otro tanto por su salario. De donde el dicho vulgar: *la vida de cuatro óbolos*, para indicar la vida del soldado.

El sueldo del hoplita fue, por término medio, de dos a seis óbolos (de 32 a 98 céntimos). Böckh, comparando diversos testimonios, deduce que el del soldado de caballería fue unas veces el doble, otras el triple o aun cuádruplo del sueldo del hoplita. En Atenas era general el triple. Demóstenes, por ejemplo, fija el sueldo de las tropas que propone se envíen contra Filipo en diez dracmas al mes por hoplita, en treinta por cada jinete.

Como los soldados de caballería tenían obligación de mantener sus caballos aun en tiempo de paz, el Estado les concedía para ello cierta suma, que figura a veces en las inscripciones bajo la designación de σιτος ἵππων. Además, todo individuo nuevamente incorporado a la caballería cobraba del Tesoro una pequeña indemnización que le ayudaba a equiparse. Era lo que se llamaba la κατάστασις.

Los ciudadanos ricos o acomodados se armaban por su cuenta. Los demás lo hacían a costa de la república.

(Alb. Martín, *les Cavaliers athéniens*, págs. 346 y siguientes. París, Thorin, Fontemoing et C.<sup>ie</sup>, éditeurs).

## 14.—EL ORDEN DE MARCHA

He aquí, según la *Anabasis* de Jenofonte, donde se refiere la expedición de los Diez Mil, cual era el orden de marcha.

Una vez reunidas las tropas y terminados los preparativos se hacen los sacrificios, y si los presagios son favorables, se entra en campaña. Se camina por etapas, conducidos por guías, y se envían a los flancos o de avanzada exploradores encargados de reconocer el país. Las etapas son comúnmente de 27 kilometros, a veces de 38 a 44. A las diez o las once se hace alto para almorzar. Después de cada jornada de marcha hay un descanso de uno o varios días.

En las marchas diurnas, la caballería y las tropas ligeras van por lo común a vanguardia y a retaguardia, los hoplitas en el centro. En las marchas nocturnas, los hoplitas ocupan siempre la cabeza de la columna.

Se distinguía la marcha en columna, la marcha en orden de batalla, y la marcha en cuadro. En la primera, las lojas y las enomotias iban unas detrás de otras, de a dos, cuatro o varios hombres de frente, según la naturaleza del terreno. Si el enemigo aparecía al frente, la tropa se detenía, la loja se desplegaba a la izquierda y se ponía en línea. Si el enemigo aparecía a retaguardia, la columna daba media vuelta en firme, y se desplegaba en línea, ya a la derecha, ya a la izquierda.—En la marcha en orden de batalla la infantería iba en línea, y a los flancos la caballería y las tropas ligeras. Esta formación se adaptaba al llegar cerca del enemigo, estando entonces en disposición de entrar en combate y no habiendo temor a sorpresas.—En la marcha en cuadro, los hoplitas formaban a los cuatro lados, las tropas ligeras y los bagajes iban en el centro, quedando fuera la caballería. Era el

orden preferido cuando el enemigo acosaba y había que mantenerse constantemente a la defensiva, pero casi no podía utilizarse más que en terreno llano.—Jenofonte indica también una marcha en *círculo*. En este caso, los soldados se apretaban unos contra otros, el escudo vuelto hacia fuera. Los de retaguardia lo llevaban a la espalda, los del flanco derecho en el hombro derecho, los del izquierdo en el brazo de este lado, como de ordinario. Aquella muralla de escudos tenía la ventaja de contrarrestar algo las flechas del enemigo.

El bagaje (*σικυβή*) de un ejército helénico era siempre considerable. El griego, armado para campaña, quería privarse lo menos posible de las comodidades de la vida. De esta suerte llevaba consigo utensilios de mesa y de cocina, mantas, vestidos, etc. Iban además tiendas con sus palos, víveres, vendedores y a veces prisioneros con el botín. Se cargaban las tiendas, los utensilios y los víveres en animales a propósito o en carros que guiaban gentes especiales. Igualmente se ponía en los carros parte de las armas.

En marcha era necesario que el bagaje estuviera al abrigo de cualquier golpe de mano, y que se hallara al mismo tiempo a disposición de los soldados. Se colocaba a retaguardia, en los flancos o en medio del ejército, según fuera más o menos de temer el enemigo. No era raro que se dividiera en dos partes, estando las armas al alcance inmediato de la tropa, y quedando algo detrás las provisiones y demás objetos.

(Según Pascal, *l'Armée grecque*, págs. 44 y siguientes. París, Klincksieck, éditeur).

## 15.—TÁCTICA DE COMBATE

En la época homérica, la masa de las tropas no desempeñaba muchas veces otro papel que servir de cortejo a los jefes y librar a su ejemplo combates singulares. Más

tarde, los hoplitas, maniobrando en falanges compactas, vinieron a ser el elemento principal de la lucha. Desde las guerras Médicas hasta la expedición de los Diez Mil, el combate de los hoplitas es el único decisivo. A veces tienen en las alas caballería e infantería ligera; pero hay entonces tres combates distintos, siendo el más importante el del centro, y los otros dos tan poco, que los historiadores ni siquiera se toman el trabajo de mencionarlos. Con la expedición de los Diez Mil tiene lugar un progreso, y es la unión más íntima de las distintas armas y su acción común para lograr la victoria.

Al acercarse el enemigo, el comandante en jefe designa el orden de batalla en que se habrá de avanzar o alinearse ante aquél. Los hoplitas empiezan por desembarazar el escudo de la cubierta protectora, y por prepararse ellos lo mejor que pueden. Así, en la *Anabasis*, los lacedemonios se adornan la cabeza con una corona. Luego se forman en falange compacta, es decir, en orden de batalla.

El fondo ordinario era de ocho hombres, pero, según las circunstancias, podía ser más considerable y el frente más reducido. Para evitar que rebasase las alas el enemigo, se podía también reducir el fondo y extender la línea de frente.

Las primeras filas se preparaban para estar dispuestas a un ataque inmediato. Los primeros, que probablemente tenían la lanza derecha o la dejaban descansar sobre el hombro de su vecino de delante, no tenían más que mantenerse firmes, sostener las filas de delante si se veían en aprieto, empujarlas y sustituirlas en caso necesario.

La falange tenía dos alas, la derecha y la izquierda, y un centro.

La infantería ligera se colocaba unas veces delante de la falange, otras detrás, ya a un ala, ya, en fin, a las dos a la vez. La caballería estaba generalmente en las alas.

Colocado de esta suerte el ejército en orden de batalla, se hacía un sacrificio a los dioses y el jefe arengaba a sus tropas. Luego entonaba el pean o canto de guerra, que

todos los soldados acompañaban invocando a Ares. Avanzaban animándose unos a otros, al principio al paso, y conservando la alineación todo lo posible. Los hoplitas llevaban la lanza preparada, los peltastas arrollaban la correa a la javalina, los arqueros tendían el arco y los honderos preparaban la honda.

Una vez en presencia del enemigo, las trompetas daban el toque de ataque. Entonces, entre aquellos agudos sonidos y lanzando el grito de guerra: *ελελεε* y *αλαλα*, los soldados partían a la carrera. Los hoplitas bajaban la lanza, otros golpeaban con ella los escudos para espantar a los caballos enemigos, y las tropas ligeras disparaban sus flechas. Si el enemigo resistía el encuentro, los hoplitas de los dos ejércitos trataban de herirse con sus lanzas y de romper la línea contraria. Cuando las lanzas llegaban a romperse, los combatientes se entregaban al que el poeta Arquíloco llama *trabajo doloroso de las espadas*. Entre griegos las batallas eran más bien duelos de masa que combates de exterminio, siendo lo esencial quedar dueño del terreno. Así, cuando cedía el enemigo, no se perseguía casi a los fugitivos, por lo menos, no se lanzaba contra ellos más que la infantería ligera o la caballería. A veces la retirada se verificaba en buen orden. El vencido se alejaba paso a paso, haciendo frente al enemigo, y luego, cuando estaba fuera de alcance, daba media vuelta y apresuraba la retirada.

En cuanto al vencedor, ofrecía a los dioses un sacrificio en acción de gracias, y después de esto levantaba un trofeo en el campo de batalla. Este trofeo era de piedra o de madera. Formáballo habitualmente un tronco de árbol que se revestía de una armadura completa, y al pie del cual se amontonaban algunos restos del botín. Se ponía también una inscripción. Por último, se enterraba a los muertos y se erigía un cenotafio en memoria de los que no habían sido encontrados.

(Pascal, *l'Armée grecque*, págs. 74 y siguientes. París, Klincksieck, éditeur).

## 16.—BATALLA DE MARATÓN

Cuando el ejército ateniense estuvo colocado en orden de batalla, sus líneas se extendieron tanto como las de los medos. El centro se halló tener corto número de filas. Era el punto flaco del ejército, pero las alas eran formidables.

Tomadas posiciones, los auspicios se mostraron favorables, y los atenienses, en cuanto se les dió la señal, se lanzaron a la carrera contra los bárbaros. No había menos de ocho estadios (dos kilómetros y medio) entre los dos ejércitos. Los persas, viendo a sus enemigos cargar a la carrera, esperaron el encuentro. Por su corto número, por aquella manera de atacar corriendo, les juzgaron acometidos de una locura que iba a perderles en un abrir y cerrar de ojos, tanto más cuanto que no tenían caballería ni arqueros. Fue lo que creyeron los bárbaros. Los atenienses entablaron el combate y lucharon con bravura digna de ser recordada. En efecto, los primeros entre los griegos, que yo sepa, cayeron a la carrera sobre enemigos, los primeros también miraron sin turbación la vestidura médica y los hombres que la llevaban. Hasta entonces, entre los griegos, el solo nombre de los medos inspiraba temor.

La batalla de Maratón duró mucho tiempo. En el centro vencieron los bárbaros. El suyo lo componían los persas y los sacios, y en este punto fueron triunfadores, rompieron las filas atenienses y las persiguieron por las tierras. Pero, en las dos alas, atenienses y plateos obtuvieron el triunfo, pusieron en fuga a los cuerpos que tenían en frente, y luego, habiéndose reunido, se volvieron contra los que habían deshecho su centro. La victoria de los atenienses fue completa. Persiguieron de cerca a los fugitivos, les destrozaron y les empujaron hasta el mar...

Los bárbaros perdieron 6.400 hombres, los atenienses 192.

(Herodoto, VI, 111-113 y 117).

### 17.—BATALLA DE MANTINEA EN EL AÑO 418

Del lado de los lacedemonios, los esciritas ocupaban el ala izquierda. En el centro se hallaban los lacedemonios y los arcadios, en el ala derecha los tegeatas y otros lacedemonios. La caballería flanqueaba las dos alas.

En el ejército contrario, los mantineos estaban a la derecha, los arcadios y los argivos en el centro, los atenienses a la izquierda, apoyados por su caballería.

La línea de los lacedemonios contaba 448 combatientes de frente, por 8 de fondo.

«Los dos ejércitos se movieron. Los argivos y sus aliados avanzaron a paso acelerado y con vehemencia, los lacedemonios lentamente, al sonido de gran número de flautas, lo cual no es hábito religioso, sino medio de regular la marcha con la cadencia y de evitar que la alineación se rompa, como ocurre con mucha frecuencia a los grandes cuerpos de ejército que van contra el enemigo:..

» Cuando se entabló el combate, el ala derecha, donde estaban los de Mantinea, derrotó a los de Escira. Luego los de Mantinea, sus aliados y una parte de los argivos, lanzándose por la brecha, deshicieron a los lacedemonios, les envolvieron, les pusieron en fuga y los llevaron hasta sus carros, donde mataron a algunos de los veteranos encargados de la custodia de los bagajes.

» En este punto, los lacedemonios fueron por tanto vencidos; pero el resto de su ejército, sobre todo el centro donde estaba el rey Agis, cargó contra los veteranos de Argos, así como contra de los Cleonea, los orneatas y los atenienses colocados cerca de ellos. Todas esas gentes fueron puestas en fuga. La mayor parte ni siquiera esperaron



el encuentro con los lacedemonios y cedieron en cuanto se acercaron. Algunos fueron derribados por no haber podido evitar el movimiento del enemigo.

» Penetrado por este sitio, el ejército de los argivos y de sus aliados se encontró dividido en dos. Mientras tanto, el ala derecha de los lacedemonios y de los de Tegea rodeó a los atenienses cuyas filas rebasaba, y las puso en mala situación, porque estaban amenazadas de un lado y rotas de otro. De todo el ejército habían sido los más maltratados, sin el apoyo de su caballería. Por dicha Agis, al saber la derrota de su ala izquierda, ordenó a todas las tropas acudir en su auxilio. Este movimiento libertó a los atenienses y les permitió hacer cómodamente la retirada. Desde este momento, los de Mantinea y sus aliados no pensaron ya en rechazar al enemigo, sino que, viendo la derrota de los suyos y la proximidad de los lacedemonios, huyeron. Por otra parte, la retirada no fue violenta ni prolongada, porque los espartanos tienen por regla combatir obstinadamente y a pie firme en tanto el enemigo resiste, pero una vez declarada la fuga, su persecución dura poco y no se extiende lejos.

» Los lacedemonios, después de haber formado delante de los enemigos muertos, erigieron en el campo un trofeo y desnudaron los cadáveres. Alzaron sus muertos, los llevaron a Tegea para darles sepultura y restituyeron por trato los del enemigo. Perecieron en esta jornada 700 argivos, orneatas o cleoneanos, 200 de Mantinea, 200 atenienses con sus dos estrategas. Los aliados de Esparta no sufrieron sensiblemente. En cuanto a los lacedemonios, no es fácil saber la verdad. No obstante, se calculaban sus pérdidas en 300 hombres próximamente».

(Tucídides, V, 67-74).

## 18.—FORTIFICACIÓN

M. Rochas d'Aiglun describe así las fortificaciones de Mesena y de Atenas:

1.º *Mesena*.—«Esta fortaleza fue construída por Epaminondas el año 370 antes de Jesucristo, en las laderas del monte Itome, en cuya cumbre había ya un fuerte que fue conservado y arreglado para servir de acrópolis (ciudadela).

«La muralla, que subsiste, sigue las crestas que presenta el terreno. Es maciza, su espesor de 2,50 metros próximamente, y la altura tan sólo de 4,50 desde el pie de la escarpa hasta la parte superior de las almenas. Esta altura escasa tenía por objeto que los defensores pudieran servirse de la lanza contra el asaltante. Se sube a la muralla por escaleras de piedra adosadas al interior.

»Está flanqueada por torres de piedra edificadas sobre el muro y de uno o dos pisos. El tejado de estas torres no tenía más que una vertiente e iba inclinándose de fuera hacia adentro. Servía de plataforma para los defensores, según muestran las almenas que lo coronaban, y la inclinación mencionada servía para resguardarlos de los proyectiles lanzados desde fuera. El primer piso está taladrado por almenas que se estrechan al exterior, de modo que no permiten el paso de un hombre, mientras el segundo, cuando existe, recibe luz por ventanas bastante anchas, pero que podían cerrarse por dentro con postigos.

»Las torres están colocadas a intervalos de 100 metros por término medio, y tienen de 6 a 7 metros de saliente. La parte baja es maciza. A partir del primer piso, tenían los muros una sola fila de piedra de talla de 60 centímetros próximamente de espesor.

»Las partes salientes del recinto están reforzadas con gruesas torres, redondas al exterior y llanas por dentro.

»Todas las torres tienen dos puertas a la altura del ca-

mino de ronda, para que pueda haber paso por toda la muralla.

» La puerta principal, llamada de *Megalópolis*, está flanqueada por dos torres cuadradas de dos pisos y presen-

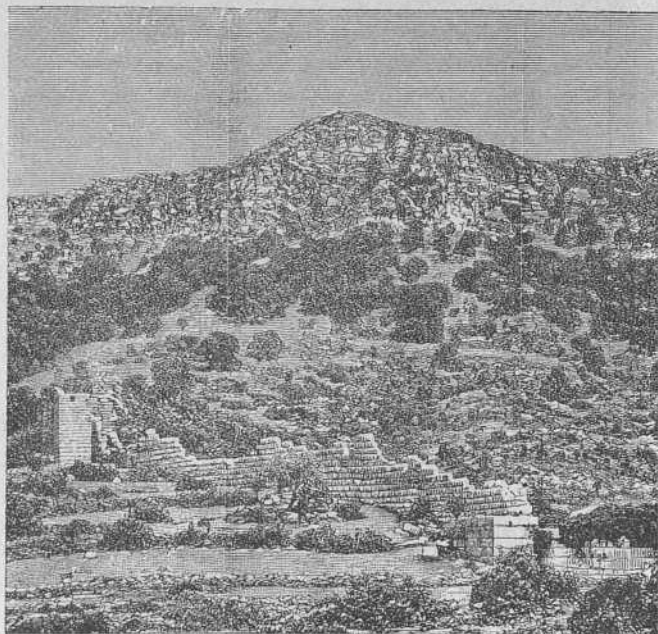


Fig. 61.—Fortificaciones de Mesena.

ta al exterior un patio de entrada circular terminando en una segunda puerta que da acceso a la ciudad. Los defensores podían mantenerse en el muro que ciñe el patio de entrada y disparar sobre el asaltante que hubiera forzado la primera puerta.

» Toda la construcción es de magnífica piedra almohadada, dispuesta en hiladas horizontales.

» Un muro aislado se destaca del recinto para ir hasta el fondo de un barranco por donde corre un arroyo. Ser-

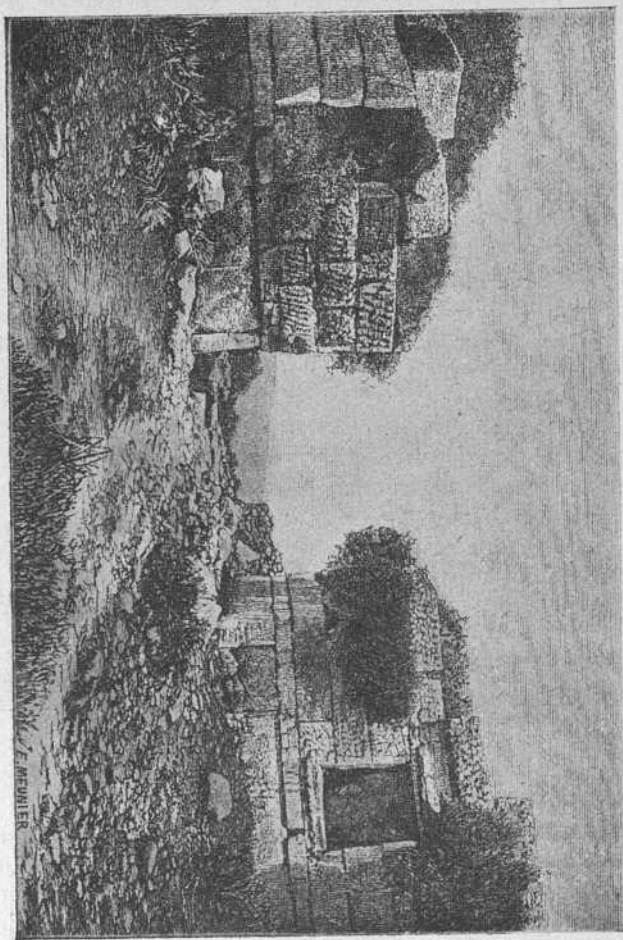


Fig. 65.—Puerta de Megalópolis en Mesenia.

vía<sup>s</sup> probablemente para la protección de los que iban a coger agua».

2.º *Atenas*.—«Las fortificaciones de Atenas se componían: de la Acrópolis situada en una altura y fortificada desde la más remota antigüedad, del recinto de la ciudad, reedificado por Temístocles en el siglo v y que tenía aproximadamente ocho kilómetros de circuito, de un recinto especial para la península del Pireo. Estaba la península unida a la ciudad por dos muros paralelos, de cinco kilómetros y medio de largo. Otro muro, de siete kilómetros, partía de Atenas e iba separándose hasta terminar en el puerto de Faleres. De esta suerte, los atenienses disponían siempre de camino franco al mar, aun cuando uno de los muros exteriores hubiera caído en poder del enemigo.

» Se han encontrado huellas del recinto de la ciudad en varios sitios. Se ven principalmente, de modo claro, dos torres cuadrangulares unidas por una cortina de 170 pies. Estas torres, en completa saliente sobre el muro, debían tener un frente de 40 pies de anchura. Sus flancos tenían 28 pies y sus muros parecen tener de dos a tres metros de espesor.

Por lo que concierne al recinto, había primeramente un basamento de cantos rodados hasta dos pies por encima del suelo. Sobre él había una hilada de grandes piedras. Luego se alzaba un muro liso de ladrillo, de seis metros de altura, protegido, de la parte de fuera, por un parapeto almenado».

(De Rochas d'Aiglun, *Principes de la fortification antique*, págs. 65 y 81).

#### 19.—SITIO DE PLATEA (428-421)

«El rey de Esparta, Arquidamos, mandó primeramente rodear la ciudad con una empalizada para impedir las salidas. Luego mandó hacer un muro de tierra pegado a la muralla. En los lados de esta obra se pusieron troncos de

árboles. Aquellos postes entrecruzados le servían de revestimiento exterior y debían impedir que las tierras se corriesen. Por dentro se amontonaron maderas, piedras y tierra. La obra exigió setenta días de continua labor.

» Los plateos, por su parte, levantaron más sus muros allí donde estaban más amenazados, haciendo una pared de ladrillo cubierta con madera. Encima pusieron pieles y cueros para cubrir a los que trabajaban y salvar la madera de los dardos inflamados.

» Esta construcción tenía considerable altura, pero la obra enemiga iba también deprisa. Los plateos idearon entonces abrir la parte de muralla contigua al muro de tierra enemigo, y quitar la tierra de éste. Pero los peloponesos llenaron de arcilla cestos de junco y los vertieron en los intersticios. Aquella tierra viscosa resbalaba con menos facilidad.

» Privados de aquel recurso, los sitiados abrieron una galería subterránea, que dirigieron por conjetura al lugar de la obra enemiga, y empezaron a extraer materiales de ella. Los sitiadores tardaron mucho en darse cuenta. Juntaban tierra, pero era trabajo perdido. El muro artificial, minado por debajo, se derrumbaba de continuo.

» Los plateos recurrieron todavía a otro sistema. Detrás de la muralla levantaron un muro de forma de media luna, la parte convexa vuelta hacia la ciudad, y que se apoyaba por sus dos extremos en la muralla misma. Esperaban que, de ser tomada esta última, aquel nuevo obstáculo detendría al asaltante.

» Mientras tanto el enemigo acercaba sus máquinas a la ciudad, sin dejar de proseguir sus trabajos. Una de ellas, colocada en el paredón de tierra, quebrantó mucho el aparejo de madera que coronaba el muro de recinto, en tanto las otras batían las fortificaciones en diversos puntos. Pero los plateos las cogían con nudos corredizos y tiraban de ellas, o bien suspendían por ambas puntas grandes vigas de cadenas de hierro, y las dejaban caer con violencia sobre los arietes, que destrozaban.

» Como la ciudad era pequeña, los peloponesios trataron

de incendiarla. Se proveyeron de haces de teas y los lanzaron desde lo alto del terraplén que habían levantado. Encima arrojaron azufre y pez y prendieron fuego. Resultó un brasero inmenso, y a poco estuvo que los plateos, que habían escapado a los otros peligros, no sucumbiesen a éste. Pero sobrevino una gran tempestad de agua, que apagó el fuego y conjuró el peligro...

» Los sitiadores se resignaron entonces a establecer el bloqueo. Rodearon la ciudad con doble línea. Una de las dos caras miraba a Platea, la otra estaba vuelta al campo, para oponerse a los auxilios que pudieran llegar de Atenas. El intervalo, próximamente de 16 pies (5 metros), estaba distribuído en alojamientos para el ejército sitiador. Estos alojamientos estaban contiguos, de suerte que, en conjunto, presentaban una sola pared, almenada por ambos lados. Cada diez almenas se erguían grandes torres, montadas sobre el doble recinto. De noche, en tiempo de lluvia, los centinelas abandonaban la guarda de las almenas y se refugiaban en las torres».

Tucídides refiere cómo, a favor de una noche tempestuosa, 212 plateos, provistos de escalas, consiguieron traspasar las líneas enemigas. Los que volvieron a la ciudad vieron pronto agotadas sus provisiones y sus fuerzas. Capitularon, y fueron todos degollados y sus mujeres reducidas a esclavitud.

El sitio había durado más de un año.

(Tucídides, II, 75-77; III, 20-24, 52, 68).

## 20.—LA TRIRREME

La trirreme navegaba a vela y a remo. Se llamaba así porque tenía tres filas de remos superpuestos en cada banda. No es este lugar de describir todas sus partes ni de decir cómo estaba construída. Bastará indicar, según M. Cartault, sus principales cualidades:



«Era esbelta y de buena marcha. Se sabe que podía hacer hasta 9 a 10 millas (16 a 18 kilómetros) por hora, lo que significa hoy una buena marcha para los barcos de vapor. Se alzaba mucho sobre el agua y tenía quizá menos estabilidad que nuestros barcos modernos; pero este defecto no tenía para los griegos la importancia que para nosotros. En Grecia, la navegación empezaba en primavera y cesaba en otoño, sólo por excepción, y en caso de absoluta necesidad, se navegaba en invierno. Ahora bien, durante el verano, el Mediterráneo está, por lo común, perfectamente tranquilo. La trirreme no estaba destinada, como nuestros barcos, a afrontar los rigores del Océano, casi siempre agitado, sino a surcar las tranquilas aguas del Archipiélago, sembrado de puertos y refugios. Conocemos, por otra parte, los destrozos que la tempestad hacía en las flotas de los antiguos, que un huracán bruscamente desencadenado bastaba para aniquilar. Así, en la época de las guerras Médicas, los griegos debieron sus triunfos sobre la escuadra persa tanto al mal tiempo como a su propio valor.

» En calidad de barco de combate, la trirreme reunía un conjunto de cualidades raras veces asociadas. Toda su fuerza parecía estar en el espolón, cuyo golpe, menos fuerte que en nuestros barcos, era sin embargo mortal cuando la trirreme, puesta en movimiento por sus remeros, iba a chocar directamente con los costados del enemigo. Si la proa estaba admirablemente dispuesta para la ofensiva, tenía también sus aparatos defensivos. Las amplias *epótidas* (1), sostenidas en firmes contrafuertes, podían resistir el choque sin ceder, y el *stolos* (2) era una protección seria. Finalmente, de lo alto de los mástiles caían con frecuencia pesados proyectiles de hierro o de

---

(1) Las *epótidas* eran firmes piezas de madera que sobresalían a ambos lados de la proa.

(2) El *stolos* se alzaba verticalmente por cima del espolón, apoyándose en la proa de la trirreme. Era de forma abombada.



plomo, capaces de abrir el puente de la nave enemiga y hasta de echarla a pique. La trirreme, por otra parte, estaba defendida por arqueros y soldados, y les ofrecía número considerable de puestos a propósito lo mismo para el ataque que para la defensa».

(Cartault, *la Trière athénienne*, páginas 253 y siguientes. París, Thorin, Fontemoing & Cie. 4, rue le Goff).

## 21.—LA TRIPULACIÓN

Iban en cada trirreme 174 remeros y 20 marineros para el mástil y las velas. Unos y otros se reclutaban generalmente entre los metecos y los ciudadanos más pobres.

Los primeros dependían de un oficial llamado *keleusta*. Su cometido principal era dirigir la maniobra, con ayuda de un flautista que marcaba el compás. Hacía además distribuir los víveres a sus gentes y cuidaba del mantenimiento de la disciplina. En cuanto a los mari-

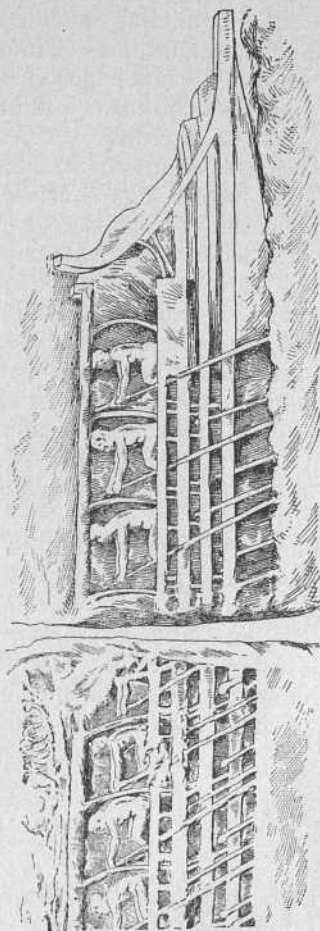


Fig. 66.—Parte delantera de una trirreme.

neros, estaban probablemente «a las órdenes de contra-maestres, cuyos nombres no conocemos».

Era capitán de la nave el trierarca. Tenía un segundo, el κυβερνήτης, al cual confiaba toda la parte técnica de sus atribuciones, tanto más cuanto que él no era con frecuencia competente. La importancia del papel asignado a este segundo de a bordo se ve en un texto de Demóstenes: «El error de un marinero causa sólo ligero daño; pero si el κυβερνήτης se equivoca, arrastra tras sí a todos los que tripulan la nave a segura pérdida». El *proreus*, «sentado o de pie en la proa, dirigía sus miradas adelante, por bajo y a su alrededor, atendía al arribo de las turbonadas, trataba de descubrir los escollos, mandaba echar la sonda cuando temía no encontrar fondo suficiente, se comunicaba con el κυβερνήτης a gritos o mediante señales, y le daba todas las noticias necesarias para dirigir la nave con conocimiento de causa... Por su mediación también, las órdenes del segundo eran transmitidas al resto de la tripulación». (Cartault, págs. 231-232). El *pentecontarca* ayudaba al capitán en la administración propiamente dicha de la trireme.

Finalmente, era costumbre embarcar cierto número de *hoplitas*, diez próximamente, «que pudieran, en un abordaje, habérselas con el enemigo, o rechazarle con sus flechas, o aun, en caso preciso, bajar a tierra para quemar y devastar». (Cartault, pág. 236). Eran los ἐπιβάται.

En suma, la tripulación de una trireme sumaba, con los oficiales, algo más de 200 hombres.

## 22.— LA TRIERARGIA

La trierargia era una liturgia y la más antigua de todas. Inútil es exponer las reglas bastante complicadas, y modificadas varias veces, según las cuales se distribuía esta carga entre los ciudadanos. Basta recordar que pesaba exclusivamente sobre los más ricos.

En la segunda mitad del siglo iv, el trierarca recibía del Estado la nave, con sus aparejos y velas, y además la tripulación con el sueldo y gastos de mantenimiento de las gentes. Estaba obligado, al acabar el año, a entregar todo el material ya a su sucesor, si la campaña no había terminado, ya a los comisarios de marina. Tenía que pagar en el transcurso del año los gastos eventuales que exigía el sostenimiento de la nave, y restituir al final todo lo que se había perdido o estropeado por su culpa. Estos gastos se calculaban, por término medio, en 40 a 60 minas por trierargia (4 a 6.000 pesetas). La nave o los aparejos, caso de resultar deteriorados o perdidos, habían de restituirse o ser pagados al Estado. Un inventario, incluyendo el valor de cada cosa, determinaba el coste legal del material. Circunstancias determinadas, como una tempestad, un combate naval, en que se perdían la nave y los aparejos, constituían casos de fuerza mayor y dispensaban al trierarca de todo desembolso; pero era necesario que la excepción fuera justificada ante los tribunales. La deuda era, en efecto, determinada por los magistrados competentes. Si el valor de la nave no se pagaba en el año, la deuda podía ser duplicada por el Senado.

No era raro que un trierarca se impusiera sacrificios suplementarios, ya donase al Estado la trirreme misma o los aparejos, ya se encargase de parte de los gastos a que no estaba obligado.

(Dürbach, *l'Orateur Lycurgue*, pág. 62).

### 23.—EL TRIERARCA EN LA NAVE

Es indudable que el estratega, jefe responsable de la escuadra, daba para la marcha y el combate las órdenes que cada trierarca estaba obligado a ejecutar, y que prescribía las maniobras de conjunto, de suerte que los movimientos de la armada fuesen siempre dirigidos por una

voluntad única. Es igualmente indudable que cada trierarca era dueño a bordo, y que cuando el estratega quería dar órdenes directas y particulares, podían ocasionarse conflictos, en que no siempre salía airosa la autoridad del estratega. De ello tenemos interesante ejemplo en el discurso de Demóstenes contra Policles. La flota ateniense se encontraba de estación en Thasos, y el estratega Tino-macos comunica al trierarca Apolodoro orden de aparejar para un destino desconocido. Designa para dirigir la expedición a un representante de su autoridad, Calippos, «que sube a bordo y manda al κυβερνήτης que haga rumbo a Macedonia». Calippos toma, pues, el mando de momento, sin resistencia por parte de Apolodoro. Pero, en el camino, Apolodoro llega a saber que su trirreme va a buscar a Methone a Calistratos, pariente del estratega, condenado dos veces a muerte por los atenienses. Ahora bien, estaba formalmente prohibido trasportar a los desterrados en las trirremes de la república. Hay un altercado entre Apolodoro y Calippos, y en consecuencia recobra aquél el mando de su nave: «Mando al κυβερνήτης que haga rumbo a Thasos». Calippos se opone y da orden de dirigirse a Macedonia, según las instrucciones del estratega. El κυβερνήτης le responde que yo soy trierarca de la nave y responsable, que de mí es de quien recibe el sueldo y que volverá a Thasos». Así, en este conflicto entre las dos autoridades, la del trierarca queda preponderante. De vuelta a Thasos, Apolodoro es llamado por el estratega y no osa presentarse a él por temor de ser aherrojado. No se le molesta más. Hay que deducir de todos estos hechos que el trierarca debía obediencia al estratega como su superior jerárquico; pero que, responsable ante el pueblo de su conducta y de lo que pasaba a bordo de su nave, podía en ciertos casos especiales, como en este en que se trata de violar la ley, y por su cuenta y riesgo, negarse a ejecutar las órdenes recibidas. Vemos, en esta circunstancia, que el estratega no puede o no quiere emplear los medios coercitivos que tenía a su disposición para forzar a Apolodoro a la obediencia. En todo caso, tampoco cas-

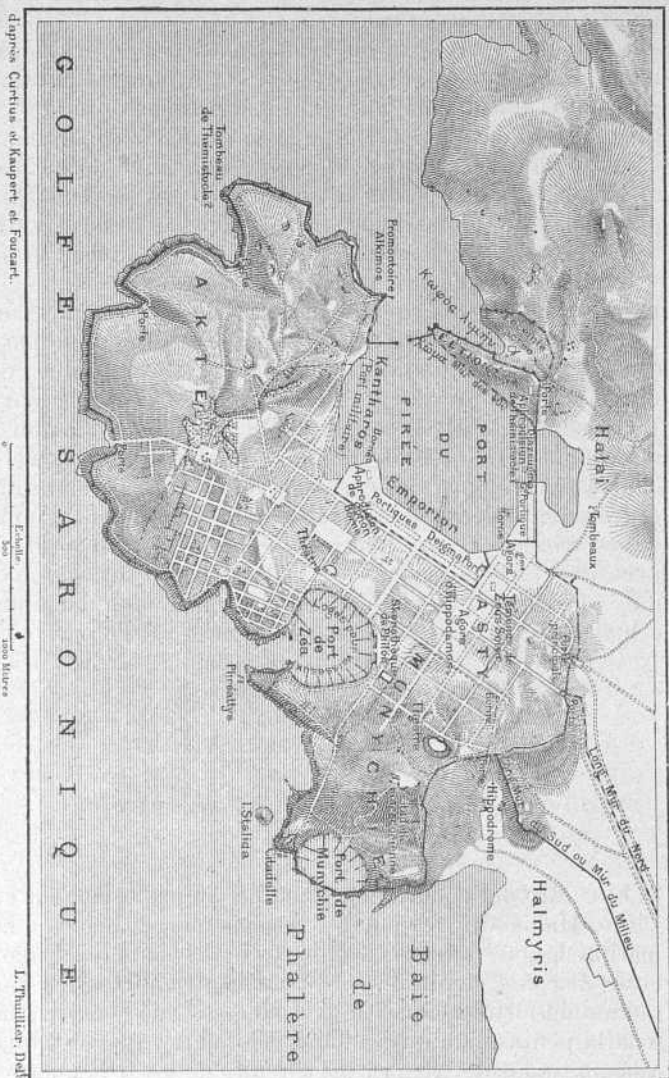
tiga a los oficiales inferiores que en el conflicto se habían puesto de parte de su trierarca.

Se ve por este texto de Demóstenes que el trierarca tenía el mando efectivo de su nave. La trierargia no era, por tanto, únicamente impuesto que pesaba sobre la fortuna de los ciudadanos ricos, que se satisfacía soportando la parte de gastos que en el equipo del barco no tocaba al Estado. Por otra parte, el trierarca no era a bordo simple oficial de contabilidad, responsable de la nave y de los aparejos que se le confiaban y que representaban gran valor, así como de las sumas que recibía del estratega para el pago de los sueldos. Debía además desempeñar las funciones que entre nosotros ejerce el capitán de barco. Lo hacía con tanta más competencia, cuanto que comúnmente era un naviero enterado de las cosas de mar, y la trierargia volvía con bastante frecuencia a las mismas manos, para que los que la ejercían adquirieran verdadera experiencia. Sin embargo, no hay que olvidar que el trierarca no era necesariamente un profesional. Podía haber trierarcas muy faltos de experiencia, y de aquí la necesidad en que estaban de hallar a bordo un segundo muy al corriente de las maniobras y capaz de guiar a un comandante novicio. Este segundo era el κυβερνήτης.

(Cartault, *La Trière athénienne*, págs. 224-226. París, Thorin, Fontemoing & Cie. éditeurs).

#### 24.—EL PIREO Y LA FLOTA ATENIENSE

El centro del poderío marítimo de Atenas estaba en el Pireo. Había allí tres puertos especialmente afectos a la marina de guerra: el de Kantharos en la bahía del Pireo, el de Zea y el de Muniquio. Estaban defendidos por un recinto de fortificaciones muy poderosas que comprendía toda la península a que estaban adosados y que los unía a las murallas de Atenas. El circuito de los tres puertos



d'après Curtius et Kaupert et Foucart.

Fig. 67.—El Pireo.

L. Thuncker. Del.

estaba provisto de fondeaderos (*νεώσοικοι*) destinados a abrigar las naves. Cada trirreme tenía el suyo. Por el año 330 antes de Jesucristo, había 82 en Muniquio, 196 en Zea, 94 en Kantharos, o sea 372 en total. Había además en el Pireo talleres para construcciones navales y un arsenal cuyas dimensiones conocemos exactamente. Era un rectángulo de 125 metros de largo por 17 de ancho.

El efectivo de la flota varió en las distintas épocas. Según Tucídides, Atenas, en tiempo de Pericles, poseía 300 naves de guerra, y llegó a tener 400 en el siguiente siglo.

## 25. — BATALLA DE SALAMINA

*Mensajero persa:* «Un soldado griego del ejército ateniense había venido a decir a Jerjes que, en el momento que hubieran descendido las sombras de la noche, los griegos abandonarían la posición, que para salvar su vida, iban a reembarcar apresuradamente y a dispersarse en las tinieblas. Al saberlo, Jerjes, que no desconfiaba de la perfidia del griego ni de la envidia de los dioses, ordena a todos los capitanes de su flota que en el momento en que la tierra cesara de ser iluminada por los rayos del sol y en que las sombras de la noche llenaran los espacios celestes, dispusieran en tres filas sus innumerables navíos, que cerraran todos los pasos, todos los estrechos, que otras naves, finalmente, acometieran a la isla de Salamina. «Si los griegos evitan su fatal destino, si su flota halla medio de escapar furtivamente, seréis decapitados». Tales fueron las órdenes que dió en su confianza, porque no sabía lo que le reservaban los dioses.

» Las tropas se preparan sin confusión, sin negligencia. Toman el rancho de la tarde, los marineros sujetan con la correa sus remos a los barcos, enteramente dispuestos para la maniobra. Cuando la luz del sol ha des-

aparecido, cuando ha llegado la noche, remeros, soldados, todos suben a bordo. Las filas de la flota guerrera se siguen en el orden prescrito. Todos los navíos se colocan en su puesto y durante toda la noche los pilotos tienen vigilantes a las tripulaciones.

»No obstante, la noche pasaba y por parte alguna el ejército de los griegos trataba de escapar a favor de las tinieblas. Pronto el día de los blancos corceles extendió sobre el mundo su luz resplandeciente. En aquel momento, un clamor inmenso, modulado como cántico sagrado, se alza en las filas de los griegos, y el eco de las rocas de las islas responde a estos gritos con el acento de su voz brillante. Engañados en su esperanza, los bárbaros se sienten acometidos de espanto, porque no era anuncio de la huida aquel himno sagrado que cantaban los griegos, sino que, llenos de valor intrépido, se lanzaban al combate. El sonido de la trompeta inflamaba todo aquel movimiento.

»Se da la señal. Inmediatamente los remos resonantes golpean a compás la onda salada que se estremece, y pronto su flota aparece toda entera a nuestra vista. El ala derecha avanzaba la primera en buen orden, el resto de la flota seguía, y estas palabras resonaban a lo lejos: «Id, hijos de Grecia, libertad a la patria, libertad a vuestros hijos, a vuestras mujeres, y los templos de los dioses de vuestros padres y las tumbas de vuestros antepasados. Un solo combate va a decidir de vuestros bienes». A estas voces respondimos por nuestra parte con el grito de guerra de los persas. La batalla iba a empezar. Ya las proas de bronce chocan contra las proas. Una nave griega ha iniciado el encuentro y destroza los aparejos de un barco fenicio. Enemigo contra enemigo, las dos flotas se acometen. Al primer esfuerzo no retrocedió el torrente del ejército de los persas. Pero pronto, amontonados en reducido espacio, nuestros innumerables navíos se estorban unos a otros, se entrechocan con sus espolones de bronce, y caen rotos bancos enteros de remos. Mientras tanto la flota griega, en hábil maniobra, forma círculo alrededor, y



hace llegar sus tiros a todas partes. Nuestros navíos son echados a pique, el mar desaparece bajo un montón de restos flotantes y de muertos, las orillas, los escollos, se cubren de cadáveres. Todas las naves de la flota de los bárbaros remaban para huir en desorden. Como atunes, como peces que se acaba de coger en la red, golpeándolos con pedazos de remo, con trozos de maderos, se aplasta a los persas, se les despedaza. El mar resuena a lo lejos con gemidos, con voces lamentables. Por último, la noche muestra su sombría faz y nos oculta al vencedor».

(Esquilo, *Los Persas*, 355-428).

26.—HONORES TRIBUTADOS A LOS CIUDADANOS MUERTOS  
POR LA PATRIA

«Los atenienses, conforme a la costumbre del país, celebran a expensas del Estado los funerales de las primeras víctimas de la guerra. He aquí en qué consiste la ceremonia. Se exponen los huesos de los muertos bajo una tienda que se ha preparado con tres días de anticipación, y cada cual lleva sus ofrendas al que ha perdido. Cuando llega el momento del entierro, unos carros traen féretros de madera de ciprés, uno por cada tribu. Los huesos son colocados en ellos según las tribus de que los muertos formaban parte. Un lecho vacío, cubierto de tapices, es conducido en honor de los *invisibles*, es decir, de aquellos cuyos cuerpos no han podido ser hallados. Cualquier ciudadano o extranjero está en libertad de unirse al cortejo. Los parientes acuden junto a la tumba a hacer sus lamentaciones. Los féretros son depositados en el monumento público, en el arrabal más hermoso de la ciudad (el Cerámico). Siempre se entierra allí a los que han perdido la vida en los combates. Los guerreros de Maratón fueron los únicos exceptuados. Su valor incomparable hizo que se les juzgase dignos de ser inhumados en el

lugar mismo en que habían hallado la muerte. En cuanto los huesos han sido cubiertos de tierra, un orador, elegido por la república entre los hombres más elocuentes y respetados, pronuncia un elogio adecuado a las circunstancias, después de lo cual todos se separan». (Tucídides, II, 34).

Poseemos numerosas listas de ciudadanos honrados de esta suerte por el Estado. Uno de estos documentos, que figura en el Museo del Louvre, comienza así:

«Los ciudadanos cuyos nombres siguen, pertenecientes todos a la tribu Erecteis, han muerto en la guerra, en el trascurso del mismo año, en Chipre, en Egipto, en Fenicia, en Halia, en Egina y en Megara». (*Corp. inscript. Attic.*, t. I, 433).

Por otra parte, Tucídides nos ha conservado, si no el texto, por lo menos las ideas esenciales de la oración fúnebre que Pericles estuvo encargado de pronunciar en el primer año de la guerra del Peloponeso. Las dos terceras partes del discurso contienen un magnífico elogio de las instituciones, de las costumbres, del valor de los atenienses en general. Después de lo cual, el orador llega a hablar de los muertos mismos. Ensalza su valor y los presenta como ejemplo a los supervivientes: «Tal han sido estos ciudadanos, dignos servidores del Estado. En cuanto a vosotros, debéis, deseando más dicha en el peligro, mostrar resolución tan intrépida contra los enemigos, e inspiraros, no solamente en palabras que no os enseñarían nada insistiendo sobre todos los bienes que dependen de la resistencia a los enemigos, sino en el espectáculo cada día presente del poderío de vuestra patria. Debéis enamoraros de ella, y pensar, viéndola tan grande, que esa grandeza ha sido el premio del valor, de la acertada comprensión de los intereses y del sacrificio al honor, y que, si la fortuna hiciera traición a los esfuerzos de los que la han logrado, no querían por esto privar a la ciudad de su valor, sino que la pagaban generosamente el tributo más glorioso. Porque si hacían abandono público de su vida, recibían como bien particular suyo una alabanza inmor-

tal y una magnífica tumba, que sirve menos para cubrir sus cuerpos que para conservar el recuerdo eterno de su gloria, para mezclarlo, en adelante, siempre que sea ocasión, a los discursos y las acciones de la posteridad. Los hombres ilustres tienen toda la tierra por tumba, y no solamente en su patria las inscripciones grabadas en la piedra atestiguan en su favor, sino que, aun en los países extranjeros, un recuerdo no escrito mora en todas las almas y representa su generosidad más todavía que sus acciones. Sed, pues, sus émulos, colocad la dicha en la libertad y la libertad en la nobleza de alma, y no vaciléis en afrontar los peligros de la guerra...»

(Tucídides, II, 43).

---



## CAPÍTULO XIII

### Las relaciones internacionales.

SUMARIO: 1. Sentencia de arbitraje entre dos ciudades.—  
2. Paz de Nicias.—3. Un tratado antiguo de alianza.—  
4. Tratado de alianza y de comercio entre Macedonia y Calcis.—5. Concesión de un monopolio comercial.—6. Derecho de represalias en Grecia.—7. Convenio monetario.  
8. Los proxenos.  
9. La colonización griega de los siglos VIII y VII.—  
10. Colonias atenienses del siglo V y del siglo IV.—11. Antifonía de Delfos.—12. La primera Confederación ateniense.—13. Liga aquea.

#### 1.—SENTENCIA DE ARBITRAJE ENTRE DOS CIUDADES (416 AÑOS ANTES DE JESUCRISTO)

«Habiendo declarado los melios y los cimolianos que aceptarían la decisión de los de Argos con relación a las islas en litigio, el pueblo de los argivos ha juzgado que a los cimolios pertenecían Polyæga, Heteria y Libia. Su sentencia es favorable a las pretensiones de los cimolianos».

(Lebas, *Inscriptions d'Asie Mineure*, 1).

## 2.-- PAZ DE NICIAS (421 AÑOS ANTES DE JESUCRISTO)

«Los atenienses y los lacedemonios, así como sus aliados, han hecho la paz en las condiciones siguientes, cuya observación ha jurado cada ciudad:

» Por lo que concierne a los templos comunes a toda la Grecia, todos podrán acudir a ellos, consultar los oráculos, asistir a las fiestas, conforme a los usos de nuestros padres, ya por tierra, ya por mar, con entera seguridad. El templo de Apolo de Delfos, y los habitantes de Delfos, serán independientes, libres de todo tributo, de toda jurisdicción extraña, ellos y sus territorios, conforme a los usos de nuestros padres.

» La paz durará cincuenta años entre los atenienses y sus aliados de una parte, los lacedemonios y sus aliados de otra, sin dolo ni fraude, en tierra o por mar. Queda prohibido todo acto de hostilidad a los lacedemonios y a sus aliados contra los atenienses y sus aliados, así como a los atenienses y sus aliados contra los lacedemonios y sus aliados. Si surge entre ellos alguna disputa, recurrirán a las vías legales y a los juramentos, y se conformarán con los arreglos que sobrevengan.

» Los lacedemonios y sus aliados devolverán a los atenienses Anffpolis. En todas las ciudades restituidas por los lacedemonios, los habitantes quedarán en libertad de irse donde bien les parezca, llevándose sus bienes. Estas ciudades se gobernarán conforme a sus leyes propias... Son Argilos, Estagira, Acantho, Scolos, Olintho, Spartolos. No serán aliadas ni de los lacedemonios ni de Atenas. No obstante, si los atenienses las persuaden de que entren en su alianza, podrán hacerlo de buen grado...

» Los lacedemonios y sus aliados devolverán a los atenienses Panacton.

» Los atenienses devolverán a los lacedemonios Coryfasion, Citerea, Methone, Pteleos y Atalanta.

» Ambas partes contratantes se devolverán mutuamente sus prisioneros.

» De una y otra parte se prestará el juramento reputado más solemne en cada ciudad. La fórmula estará concebida en estos términos: «Seré fiel a los convenios y estipulaciones del presente tratado con toda justicia y sin ningún fraude». Este juramento se renovará todos los años. Se grabará en estelas colocadas en Olimpia, en Delfos, en el istmo de Corinto, en Atenas en la Acrópolis, en Lacedemonia en el Amycleon...

» El tratado lleva fecha del eforado de Plistolas, el cuarto día de la última década del mes Artemisios, y en Atenas del arcontado de Alceos, el sexto día de la última década del mes Elafebolion.

» Han jurado y hecho las libaciones por los lacedemonios (15 nombres), por los atenienses (17 nombres)».

(Tucídides, V, 18-19).

### 3.— ANTIGUO TRATADO DE ALIANZA

«Tratado entre los eleanos y los hereanos (1). Que haya alianza por cien años, y que comience en éste. Si hay necesidad de hablar (2) o de obrar, que los dos pueblos se unan, ya para cualquier otra cosa, ya para la guerra. Si no se unen, que los que hayan roto el tratado paguen un talento de plata a Zeus Olímpico. Si alguien destruyera la presente escritura, sea magistrado, sea pueblo, castíguesele con la multitud sagrada que se consigna».

(Michel, *Recueil d'inscriptions grecques*, I).

---

(1) Es el documento más antiguo de la diplomacia europea (Egger). No se sabe la fecha exacta, pero es seguramente del siglo VI a. de J. C.

(2) O, en otros términos, de negociar.

4.—TRATADOS DE ALIANZA Y COMERCIO ENTRE MACEDONIA Y CALCIS (ENTRE EL 389 Y EL 383 ANTES DE JESUCRISTO)

«Tratado entre Amintas, hijo de Arrhidæos, y los de Calcis.

»Se ha convenido la alianza entre ellos por espacio de cincuenta años con respecto y contra todos. Si alguien ataca a Amintas, estará igualmente en guerra con los calcidios. Si ataca a los calcidios, estará igualmente en guerra con Amintas...

»Los de Calcis podrán exportar pez y maderas a propósito para la construcción de casas y naves, salvo maderas de abeto, a menos que el Estado de Calcis no las necesite. En este caso, se permitirá también la exportación de maderas de abeto, después que los de Calcis hayan dado aviso a Amintas y de que hayan pagado los derechos establecidos. Respecto a todos los demás objetos, se autorizará la exportación y el tránsito, a reserva de los derechos que hay que pagar, ya de Macedonia a Calcis, ya de Calcis a Macedonia.

»Ni Amintas ni los calcidios harán amistad separadamente con las gentes de Anfípolis, de Bottiæa, de Acantho o de Mendé, sino que tratarán con ellas de común acuerdo, si les place.

»Juramento de la alianza...»

(Michel, *Ibid.*, 5).

5.—CONCESIÓN DE UN MONOPOLIO COMERCIAL

Las tres ciudades de la isla de Ceos, Carthæa, Corósos y Iulis, hicieron decretos próximamente iguales para conceder a los atenienses el monopolio de exportar su bermellón.



He aquí el decreto de Iulis:

«Decreto del Consejo y del pueblo de Iulis:

» Con motivo de la petición de los atenienses, el Consejo y el pueblo de Iulis han resuelto que el bermellón será exportado a Atenas, y a ninguna otra parte, a partir de este día. Si un individuo lo exporta a otra parte, la barca y todo el cargamento serán confiscados, y la mitad será para el denunciante. Si éste es esclavo, quedará libre y obtendrá un tercio (?) de los objetos confiscados. El exportador deberá hacer salir el bermellón de Ceos en el barco que los atenienses hayan designado, y en caso contrario habrá de sufrir... Si place a los atenienses adoptar otras medidas para asegurar el monopolio del bermellón, tendrán fuerza de ley. No se pagará ningún derecho de exportación (?) a partir del mes de Hermæon... Las denuncias serán recibidas en Atenas por los..., en Iulis por los... y los próstatas. A los que resulten convictos de haber exportado contra lo preceptuado en la ley, se les confiscarán los bienes. La mitad de ellos será entregada al pueblo de Iulis, la otra mitad al denunciante. El Consejo hará grabar este decreto, que será colocado en el puerto».

(*Corp. inscript. Attic.*, t. II, 546).

## 6.—DERECHO DE REPRESALIAS EN GRECIA

Los ejemplos más antiguos de represalias se leen en Homero. Nestor, en la *Iliada*, refiere una expedición hecha por él contra los epeos que habían rehusado atender en justicia sus reclamaciones (*Iliada*, XI, 670 y siguientes). Los interesados tomaron las armas dirigidos por él, robaron numerosos rebaños y se los repartieron para cobrarse lo que se les debía. La *Odisea* habla de una expedición del mismo género, hecha por Ulises (*Odisea*, XII, 17 y siguientes).

Estas represalias se llamaban *ῥύσια* o *σῶλαι*, y el uso de de las mismas fue pronto arreglado mediante convenios. Una de las mayores ventajas que dos ciudades griegas podían conferirse una a otra, era la renuncia al derecho de represalia, y, por consiguiente, la seguridad de bienes y personas (*ἀσουλία* y *ἀσφάλεια*). A falta de un tratado semejante, la inmunidad de que hablamos podía ser conferida a título de privilegio personal y hereditario, por simple decreto, a los extranjeros que habían prestado servicios, principalmente a los proxenos. Por centenares se cuentan los monumentos epigráficos que contienen decretos o tratados de este género. La fórmula, casi siempre la misma, va a veces acompañada de cláusulas accesorias que merecen ser señaladas. Así la *ἀσουλία* es generalmente concedida tanto por mar como por tierra, y para caso de paz como para caso de guerra. Toda infracción a lo que la ley prohíbe da lugar a multa, independientemente de poner en libertad a las personas y restituir las cosas cogidas. Tiene derecho a entablar proceso a este efecto, no solamente el extranjero víctima de una presa ilegal, sino cualquier persona, porque se trata de un hecho que concierne al orden público.

Uno de los tratados más notables referentes a las *σῶλαι*, es el hecho en el siglo v antes de Jesucristo entre las dos ciudades cercanas *Εανθή* y *Καλειόν*. Ambas se ponen de acuerdo para suprimir las *σῶλαι* por tierra, pero las mantienen por mar, a excepción del puerto. Toda presa hecha contra derecho es castigada con multa de cuatro dracmas, y el que la hizo debe restituir en el plazo de diez días, pasados los cuales habrá de entregar una mitad más. Las reclamaciones se hacen, según los casos, ante jueces diferentes. Por ejemplo, si el de *Εανθή*, demandante, está establecido en *Καλειόν* como meteco, se dirigirá a los tribunales ordinarios de *Καλειόν*. Si no es meteco, se dirigirá a los magistrados especiales instituidos en *Καλειόν* con el título de *jueces de los extranjeros* (*ξενοδοίται*), y elegirá entre los notables de *Καλειόν* nueve o quince jurados, según la importancia del asunto. Finalmente, si se entabla

la demanda de oficio por un ciudadano de Caleion, en nombre del orden público, el tribunal estará formado por un número impar de jurados, elegidos entre los damiurgos, que son los principales magistrados de la ciudad, y que sentencian por mayoría. (Röhl, *Inscript. grecae antiq.*, 322).

Otros tratados más recientes confieren la jurisdicción en materia de presas al arbitraje de una tercera ciudad o a un tribunal común, que parece estar compuesto por mitad de individuos de cada una de las partes.

A falta de tratado, las represalias eran de derecho común y de práctica constante. Lisias dice que los beocios ejercían represalias contra los atenienses porque no podían lograr el pago de un crédito de dos talentos (*Contra Nicomaco*, 12). Demóstenes muestra a ciertos trierarcas robando todo lo que encuentran de provecho para ellos, exponiendo de esta suerte a sus conciudadanos a toda clase de represalias, reduciéndoles a no poder salir de su patria sin salvoconducto (*Por la corona trierárgica*, 13). En el alegato contra Lacrite se lee un contrato de préstamo marítimo hecho por un ateniense y uno de Eubea a Faselitas. Se estipula que si el navío hace escala en el Hellesponto, las mercancías serán desembarcadas y puestas en sitio donde estén al abrigo de represalias...

A veces el Estado tomaba las represalias por su cuenta y se encargaba de hacerlas como de una empresa. Los habitantes de Calcedonia tenían necesidad de dinero para pagar a sus mercenarios. Invitaron a ciudadanos y metecos que tenían que ejercer represalias contra una ciudad o un particular, a hacer declaración de las mismas. Se encargaron de ejercer esas represalias en los navíos que iban al Ponto Euxino, y que detuvieron con este pretexto (Seudo Aristóteles, *Económicas*, II, 12).

En el período macedónico, el uso de las represalias no fue menos frecuente, pero parece haberse subordinado a la autorización del gobierno. En tiempo de Polibio, ya no se hacía justicia en Beocia. Algunos aqueos, no pudiendo cobrar los créditos que tenían contra gentes de aquel país,

obtuvieron de Filopœmen, estratega de su liga, permiso para ejercer represalias. En otra parte se ve a los cretenses de Eleuthernes dar patentes de corso contra los rodios. Otra vez, los delianos refugiados en Acaya quieren ejercer represalias contra los atenienses, pero los aqueos se oponen.

En resumen, las represalias se consideraban acto jurídico, un procedimiento internacional que servía de garantía y de sanción a un derecho. Eran institución que no hay que confundir con el corso ni con el bandidaje y la piratería. El corso era acto de hostilidad que no tenía lugar más que en tiempo de guerra. En cuanto al bandidaje y la piratería, eran actos de violencia, muchas veces impunes, pero siempre tenidos por ilegítimos.

(Dareste, *Séances et travaux de l'Académie des sciences morales*, t. CXXXIII, págs. 358-364).

#### 7. — CONVENIO MONETARIO

Cada ciudad tenía su sistema monetario, porque el derecho de acuñar moneda era indicio de soberanía. Legalmente, las monedas de una cualquiera de las ciudades carecían de valor en la ciudad vecina, y era preciso, cuando se salía del país, cambiar la moneda por la del país a donde se iba.

Se comprenden los inconvenientes que de aquí resultaban, a causa de la extremada división del territorio griego. Con el tiempo se trató de aminorarlos. En medio de la diversidad tan grande de monedas, no era raro que el comercio eligiera libremente una, que de esta suerte venía a ser el instrumento privilegiado de los cambios internacionales. Cualesquiera que fueren su país y su residencia, los negociantes se comprometían y pagaban en sumas de esta moneda. Podía llevarse a todas partes, porque siempre hallaba curso favorable en la banca. Este fue

el papel que desempeñaron en el siglo v y en el iv las tetradracmas de Atenas y las estateras de Cízico, más tarde las monedas acuñadas por Macedonia.

Más tarde se realizó un progreso, y varios Estados tuvieron la idea de concertar entre sí convenios análogos al que hoy une a Francia, Italia, Suiza, Bélgica y Grecia. Por estos tratados, las partes contratantes establecían una clase de monedas, de peso, ley y valor convenidos, que debía tener curso legal en los mercados de una y otra. Determinaban la proporción en que cada una podía acuñarlas en su país, y si la fábrica era común a ambas, se determinaba la parte de gastos o beneficios correspondientes a cada una. Poseemos un trozo de un convenio de este género entre Focea y Mitilene (Michel, *Recueil d'inscriptions grecques*, 8). Las dos ciudades acuñarán las monedas que el tratado determina, alternativamente por espacio de un año, y la fábrica de la otra estará parada mientras tanto. Las monedas acuñadas en Mitilene circularán libremente en Focea, y recíprocamente. El fabricante de moneda que haya defraudado en la ley y aumentado indebidamente las proporciones de la aleación, será castigado con pena de la vida. Responsable ante las dos ciudades, le juzgará en la suya un tribunal mixto.

(Según Lenormant, *la Monnaie dans l'antiquité*, II, págs. 54-63. París, Quantin, libraires).

#### 8.—LOS PROXENOS

Los proxenos se parecían mucho a nuestros agentes consulares. Pero, mientras entre nosotros los cónsules no son siempre súbditos del Estado donde residen, en Grecia era costumbre que lo fuesen. Así los intereses de los atenienses estaban protegidos en Efeso, no por un ateniense, sino por un efesiano, al cual el pueblo de Atenas confería el título de proxeno, con determinados privilegios e inmunidades.

Los deberes del proxeno eran a la vez de orden diplomático y de orden consular. Los ciudadanos del Estado que le había nombrado podían reclamar de él hospitalidad, apelar a su protección y buenos oficios en las causas a que se vieran sujetos. Pagaba el rescate de los prisioneros de guerra, y, en caso de fallecimiento, administraba los bienes del difunto y los entregaba a los herederos. En esto sus funciones eran análogas a las del cónsul moderno. Pero las había también que le acercaban a nuestros embajadores. Él presentaba a las autoridades y a la Asamblea del pueblo los diputados del Estado de que era proxeno, él había de facilitar el cumplimiento de estas misiones con su influencia personal sobre sus conciudadanos.

En las ciudades griegas, las posadas eran generalmente muy medianas y los deberes de hospitalidad que incumbían al proxeno le originaban gastos muy considerables, en tanto que, por otro lado, la naturaleza de sus atribuciones le obligaba sin cesar a anticipar dinero a viajeros que carecían de él y que no siempre le pagaban. Como compensación a estas cargas, le eran concedidos privilegios muchas veces hereditarios, por ejemplo, el libre acceso al Senado y a la Asamblea de la ciudad que representaba, la protección asegurada a su persona y a sus bienes, en tierra y por mar, en tiempo de guerra y en tiempo de paz, la libertad de tránsito, de importación y de exportación; el derecho de adquirir tierras, la exención de determinados impuestos, a veces la *isopolitia*, es decir, el goce de todos los derechos civiles.

(Newton, en Reinach, *Traité d'épigraphie grecque*, páginas 45-47).

#### 9.—LA COLONIZACIÓN GRIEGA DE LOS SIGLOS VIII Y VII

Al fundar sus colonias, los griegos no hicieron más que seguir el ejemplo de los fenicios, que mucho tiempo an-

tes que ellos habían recorrido las costas del Mediterráneo para establecer en ellas factorías. Pero, a diferencia de sus precursores, crearon más que simples mercados. Fueron ciudades las que fundaron a cientos desde el fondo del Ponto Euxino hasta las columnas de Hércules. Esta expansión de Grecia no fue obra de esta o la otra raza particular, sino que todas participaron en ella, los aqueos y los dorios lo mismo que los jonios. No fue siquiera obra exclusiva de las ciudades marítimas. Con mucha frecuencia también, los colonos procedieron de ciudades de tierra adentro, y no hubo un solo distrito en Grecia que permaneciera extraño a aquella corriente emigratoria.

Fue provocada por razones muy distintas: la afición a las aventuras y el amor al cambio, la superabundancia de población, la concentración de las tierras en manos de la aristocracia, las discordias civiles, una calamidad que caía sobre una comarca, una sentencia de destierro, la conquista extranjera, la necesidad de buscar fuera mercados, tales fueron los motivos que obligaron a los griegos a multiplicar sus colonias. De un punto a otro, ocuparon todas las costas del Mediterráneo, penetrando en el interior cuando podían, limitándose en otras partes a apropiarse en el litoral, ya que no una estrecha faja de terreno, por lo menos un territorio bastante reducido, desde donde se extendía su acción en todos sentidos. Su difusión se detuvo en los límites del mundo entonces conocido, y se formó de esta suerte, fuera de la Hélade propiamente dicha, una Hélade nueva, diseminada por todas partes, toda a lo largo, dividida en multitud de ciudades autónomas; pero en la que subsistía, sin embargo, cierta unidad, fundada en el parentesco de raza, en la semejanza de las instituciones, en la identidad de creencias y en la comunidad de intereses.

La mayor parte de aquellas colonias primitivas eran empresas particulares. La ciudad de que partía cada una de ellas se contentaba con dar el fuego sagrado, destinado al hogar de la ciudad nueva, y el personaje religioso que había de encargarse de realizar las ceremonias de la

fundación. Este doble beneficio bastaba para establecer unión perdurable entre la metrópoli y la colonia. Pero ésta no debía a aquélla más que ciertas muestras de respeto y de deferencia. No estaba obligada a obedecerla ni a prestarle su apoyo. Si le ocurría a veces implorar su ayuda, era porque lo juzgaba ventajoso, y estaba en absoluta libertad de dirigirse a otra parte. La compraba gustosa sus productos y la vendía los suyos; pero no estaba, en modo alguno, obligada a darles la preferencia. En general, vivía con ella bajo un pie de buena amistad, pero no era raro que esta amistad fuera sustituida por el odio, aun con la guerra, por poco que hubiera entre la metrópoli y la colonia alguna diferencia de intereses. «Cuando una colonia es bien tratada, decían los de Corcira, respeta a la metrópoli; si es oprimida, se separa de ella. Cuando se deja el suelo nativo, no es para ser esclavo de los compatriotas, se sigue siendo su igual». (Tucídides, I, 34).

#### 10.—LAS COLONIAS ATENIENSES DEL SIGLO V Y DEL SIGLO IV

Plutarco ha señalado justamente el doble objeto que se proponían los atenienses con el envío de sus colonias: de un lado, aliviar a los pobres y desembarazar la ciudad de una muchedumbre turbulenta; de otro, ocupar fuertemente las posiciones más propias para sostener a sus aliados.

Estos dos caracteres, militar y económico, se encuentran reunidos las más de las veces, y en ocasiones también uno de los dos predomina. Potidea asegura la posesión de la Calcídica, Lemnos e Imbros vigilan el mar de Tracia y los pueblos bárbaros de la costa, el Quersoneso desempeña igual cometido con respecto al Helesponto. Puede verse sobre todo la intención de proporcionar recursos a los ciudadanos pobres en la cláusula del decreto de Brea que reserva los lotes de tierra a las dos últimas clases. Muchas veces también, los atenienses parecen ha-



ber pensado tan sólo en gozar de los frutos de la victoria despojando a los vencidos. Tal sucede con la cleruquia de Lesbos, cuyos colonos arrendaron sus lotes a los propietarios. El resentimiento contra enemigos encarnizados y la avidez de los vencedores parecen haber sido la causa principal de la expulsión de los eginetas, de los melios, de los samios.

La mayor parte de las colonias carecieron de todo carácter mercantil, y no quisieron los atenienses, como los fenicios, fundar establecimientos para desarrollar el tráfico en países remotos. Si algunos puntos fueron ocupados para garantizar la seguridad de su comercio, fue solamente cuando este comercio resultó necesario para la vida del Estado. Así el Quersoneso de Tracia protegía el paso de los convoyes de trigo que llegaban del mar Negro. De igual modo, la necesidad que tenía la marina ateniense de las maderas de Tracia y de Macedonia hacía útil la posesión de Lemnos, de Imbros y de algunas ciudades de la Calcédica.

Siendo las colonias principalmente posesiones estratégicas, no se podía dejar a los particulares la iniciativa de estas fundaciones, ni reconocer a estos establecimientos completa independencia. El Estado, por consiguiente, funda las cleruquias, arma a los colonos en el momento de partir, los trasporta, les distribuye lotes de tierra y los protege. Para mantener estrecha unión con la metrópoli, se les conserva el título y los derechos de ciudadanos atenienses. El alejamiento determina sin duda, en estas ciudades, cierta autonomía; pero su constitución es copia exacta de la de Atenas. Los colonos, ya unidos por tantos lazos a la madre patria, siguen obedeciendo sus leyes y decretos. Estas cleruquias, en una palabra, son una especie de Ática exterior y forman una verdadera confederación colonial.

(Foucart, *Mémoires présentés à l'Académie des inscriptions*, tomo IX, 1.<sup>a</sup> parte, págs. 407-409).

## 11.— ANFICCIÓNIA DE DELFOS

La anficciónia de Delfos no era la única existente en el mundo griego, pero sí la más importante de todas. Comprendía doce pueblos: tesalios, focidios, dorios de la Dórida y del Peloponeso, jonios de Atenas y jonios de Eubea o de Jonia, heocios, aqueos, ftiotas, malios, eteos, perrebos y dolopes, magnetos, enianos, locrios. Cada uno de ellos tenía dos votos; pero habiendo adquirido algunos, los jonios y los dorios, crecimiento extraordinario y habiéndose dividido en varios Estados, hubo que repartir también los sufragios. Las ciudades tuvieron, por consiguiente, un sufragio entero, otras una mitad o aun una parte más pequeña de voto. Por ejemplo, los jonios tenían dos votos, uno de los cuales era de Atenas, otro de los jonios de Eubea o de Asia. Lo mismo ocurría con los dorios. Lacedemonia poseía uno de los dos votos, el otro correspondía a las restantes ciudades de la Dórida. No se sabe muy bien cómo hacían las ciudades que entre varias votaban en común. ¿Elegían entre ellas un solo diputado, o bien tenían cada una un cuarto, un quinto de voto? Los documentos no nos ilustran sobre el particular.

El Consejo de los anficciones se reunía dos veces al año, una en las Termópilas, otra en Delfos. Tenía, ante todo, carácter religioso; pues administraba el templo tan rico de Apolo y hacía celebrar los juegos Píticos. Tenía además cierto derecho de jurisdicción sobre las ciudades confederadas, podía examinar las quejas que una de ellas presentase contra otras e imponer multas. Pero, en cuanto había por medio algún interés político, sus resoluciones no eran muy respetadas. En primer lugar, los grandes Estados, y así Esparta y Atenas, no se sometían de buen grado a las decisiones de un Consejo en que los sufragios estaban repartidos de manera tan extraña. En segundo lugar, los anficciones no tenían a su disposición ninguna

fuerza material, y su autoridad moral no fue nunca bastante para suplirla. No consiguieron desempeñar papel algo importante sino en el siglo iv, pero fue a condición de secundar las ambiciones de Filipo de Macedonia y de coadyuvar con él a someter a Grecia.

(Foucart, *Dict. des antiq.*, t. I, págs. 235-237).

## 12.—LA PRIMERA CONFEDERACIÓN ATENIENSE

Después de las batallas de Salamina, de Platea y de Micala, los atenienses dirigieron sus esfuerzos a formar una vasta confederación que impidiera toda vuelta ofensiva de los persas y que hasta fuera capaz de expulsarlos lejos de las costas del Archipiélago, quitándoles las ciudades griegas de Asia Menor. Los triunfos militares de Cimón y la diplomacia de Aristides tuvieron por resultado agrupar a su alrededor casi todas las ciudades marítimas del mar Egeo, y así nació una liga que señala la tentativa más seria de los griegos para llegar a la unidad política. Esta liga estaba colocada bajo el protectorado de Apolo y tenía su centro en la isla sagrada de Delos. Tenía también un Consejo federal, que se reunía periódicamente. Cada ciudad aportaba barcos y soldados, o una contribución anual, y la cifra total de los subsidios llegaba a 460 talentos (2.700.000 pesetas).

A la larga, la Confederación de Delos cambió de carácter. Cuando los aliados se dieron cuenta de que los persas ya no tenían flotas en el Archipiélago ni guarniciones en las costas, se sintieron tentados a creer en la inutilidad de su unión para lo sucesivo, y el lazo federal comenzó a aflojarse. Hubo menos gusto que antes por los asuntos comunes, se dejaron de enviar delegados a Delos, se cumplieron con menos celo las obligaciones, se lamentó la cuantía excesiva de éstas, y no hubo otro deseo que abandonarlas. Atenas no favoreció esta tendencia sino

en la medida que pudiera aprovecharla. Así el tesoro fue trasportado de Delos a Atenas. Las ciudades, salvo dos o tres, fueron dispensadas de contribuir con barcos y pagaron en cambio un tributo. Ya no hubo, finalmente, Asamblea federal, y el pueblo ateniense rigió solo en lo sucesivo la liga, haciendo de ella un verdadero Imperio. Primitivamente los diversos Estados eran para él aliados, más tarde no fueron más que súbditos. Sus subsidios eran a sus ojos impuestos, que tenía derecho a aumentar o disminuir a su antojo. Era libre de emplear aquellos fondos como bien le parecía, de aplicarlos a las necesidades de la república, siempre que garantizase al propio tiempo la seguridad de los Estados confederados, y la flota tanto estaba destinada a mantenerlos en la obediencia como a defenderlos contra los enemigos de fuera.

Llegaba Atenas hasta el punto de intervenir en el gobierno interior de las ciudades. Quería que se organizaran democráticamente, favorecía las revoluciones que debían producir la caída del partido aristocrático, hacía cuanto podía para ello, y a veces redactaba la nueva constitución, cuya permanencia aseguraba con el envío de tropas. No se contentaba con castigar a cualquier aliado que se hiciera culpable de una infracción al pacto federal, sino que también juzgaba los crímenes de derecho común, por lo menos los más graves. Un mitileno acusado de asesinato cometido fuera del Ática fue llevado ante los heliastas de Atenas.

Las cláusulas del tratado convenido entre Atenas y Calcis, en el momento que esta ciudad entró a formar parte de la confederación, muestran bien lo extenso de las obligaciones que contraían las ciudades súbditas. Todos los calcidios habían de prestar el siguiente juramento: «No me separaré del pueblo de los atenienses por astucia ni estratagema alguna, ni en palabras ni en hechos, y no obedeceré a nadie que se separe de ellos. Si alguien impulsa a la defección, le denunciaré a los atenienses. Pagaré el tributo según les haya persuadido a que lo fijen, y seré en todo lo posible bueno y fiel aliado. Iré en soco-

ro y en defensa del pueblo ateniense si alguien le perjudica, y le obedeceré». Los calcidios tenían la facultad de juzgar a sus magistrados al terminar el tiempo de sus funciones. Pero si los condenaban a destierro, a la *atimia* o a muerte, éstos podían apelar a los jurados atenienses. Los atenienses, por su parte, adquirían compromisos cuya vaguedad les dejaba en libertad de acción. El Consejo y los jurados hubieron de jurar de esta suerte: «No arrojaré a los calcidios de Calcis, ni destruiré su ciudad. No pronunciaré contra ningún particular la atimia ni el destierro, no privaré de la libertad, no condenaré a muerte ni a confiscación de bienes a ninguno de ellos sin haberle oído, a menos de resolución en contrario del pueblo ateniense. No someteré a votación, sin citación previa, ningún acuerdo contra la ciudad ni contra ningún particular». (Dittenberger, *Sylloge inser. Græcar.*, 10).

### 13.— LA LIGA AQUEA

La liga aquea, que llegó a su mayor extensión por el año 190 antes de Jesucristo, comprendió todo el Peloponeso. De ella se dijo que fue «la más perfecta, la más homogénea de las confederaciones helénicas, la que supo mejor conciliar la soberanía que conservaban las diferentes ciudades con la existencia de un poder central revestido de autoridad efectiva».

Sin entrar en el pormenor de su organización, bastará recordar que a su frente había un Congreso, y que en este Congreso cada aliado tenía un voto. La Asamblea «gozaba de plenos poderes en la dirección de los asuntos exteriores de la liga. Sus decretos eran los únicos que decidían de la paz y de la guerra, consagraban las alianzas, nombraban a los embajadores enviados al extranjero». Ella, en fin, recibía a los representantes de los países extranjeros y les daba respuesta. Determinaba los contingentes mili-

tares que debían ser pedidos a las ciudades confederadas y resolvía su aplicación. Administraba el tesoro federal alimentado por las contribuciones de las ciudades, votaba los créditos necesarios y examinaba las cuentas de los magistrados. Tenía también atribuciones judiciales, pero su competencia se limitaba a los crímenes y delitos cometidos en perjuicio de la Unión. Hay que añadir, por otra parte, que el Congreso no era convocado «sino a largos intervalos y por tiempo muy corto», y que no podía resolver todas las cuestiones dichas sino después de estudios preparatorios hechos por los magistrados federales. (Dubois, *les Ligues étolienne et achéenne*, págs. 141 y siguientes).

Cada ciudad, en el seno de la liga, «conservaba parte notable de autonomía. Cada una tenía, salvo las excepciones que la seguridad de la asociación hacían necesarias, sus leyes, sus magistrados, su hacienda, sus tribunales. El poder central no intervenía activamente en los asuntos locales sino en último extremo. Permanecieron libres hasta las relaciones de los miembros de la Unión con los Estados extranjeros (*Ibid.*, pág. 183). «La moneda era uniforme en peso, ley, valor y tipos; pero cada ciudad acuñaba cierta cantidad, quedando de su cuenta los gastos y beneficios, bajo la responsabilidad de sus propios magistrados, y como signo de esta responsabilidad, así como medio de comprobación para las autoridades federales, ponía en ellas, al lado de los caracteres comunes de la liga, su marca especial y la firma de su magistrado». (Lenormant, *la Monnaie dans l'antiquité*, II, pág. 101).

En suma, en la liga aquea fue donde los griegos consiguieron mejor constituir una autoridad central fuerte, sin sujetar a las ciudades que la componían a la preponderancia exclusiva de una de ellas.

---

## CAPÍTULO XIV

### Arte griego.

- SUMARIO: 1. Los descubrimientos arqueológicos en Grecia.—2. Una excavación en Grecia (Delos).  
3. Aspecto general de un templo griego.—4. La estructura del Partenón.—5. La policromía arquitectónica.  
6. Comienzos de la escultura en Grecia.—7. Las estatuas pintadas de la Acrópolis de Atenas.—8. Fidias.—9. Una metopa de Olimpia.—10. Los mármoles de Pérgamo.  
11. La pintura griega.—12. Polignoto.  
13. Fabricación de los vasos pintados.—14. Una pintura de vaso.  
15. Fabricación de los barro cocidos.—16. Las figuritas de Tanagra.  
17. Orfebrería miceniana.—18. Vasos de oro de Vafio.—  
19. El cofre de Cypsélos.—20. Objetos de orfebrería encontrados en el Bósforo Cimeriano.  
21. Grabadores de monedas.  
22. Himno a Apolo.

#### 1.—LOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN GRECIA

Hace unos cuarenta años, para la masa del público y en las obras literarias, el arqueólogo figuraba sin esfuerzo entre los personajes cómicos, destinados a divertir a la galería con sus locas y ridículas ocurrencias. Era el tiempo en que Edmundo About sacaba a escena, en el *Rey de las Montañas*, al dulce M. Mérinay, arqueólogo francés, miembro de varias sociedades sabias, pasando delante

«de un pequeño monumento de caliza conchífera, de 35 centímetros de altura por 22 de base, y plantado por casualidad al borde del camino», torturándose el espíritu para descifrar la inscripción, absolutamente inédita, que en él figuraba grabada en caracteres de buena época y esculpidos con perfección. «Si consigo descifrarla, decía el docto joven, he hecho mi suerte. ¡Seré miembro de la Academia de Inscripciones y Buenas Letras de Pont-Audemer! Pero es tarea larga y difícil. La antigüedad guarda sus secretos con celoso cuidado. Temo mucho haber tropezado con un monumento relativo a los misterios de Eleusis. En este caso, habría quizá que encontrar dos interpretaciones: una vulgar o demótica, otra sagrada o hierática. Será preciso que me déis vuestra opinión. — Mi opinión, le respondí, es de un ignorante. Pienso que habéis descubierto un guardacantón como se ven muchos a lo largo de los caminos, y que la inscripción que os ha dado tanto que pensar podría, sin el menor inconveniente, traducirse así: «Estadio 22, 1851». El teatro no era más clemente con la arqueología que la novela. En una comedia de Labiche, la arqueología estaba representada por un académico de Étampes, que olía lo romano a cien pasos, y era capaz de hallar bajo un humilde peral de Arpajón el escudo largo, *scutum*, la espada del centurión, *gladium*, pieza sumamente rara, las canastillas doradas, con las iniciales F. C., Fabius Cunctator, y hasta el lacrimatorio de la decadencia, demasiado conocido para que sea útil insistir. Podrían citarse otros ejemplos del caso que la gente hacía entonces de la arqueología. Para muchos, como para un personaje de *La Gramática*, la arqueología era, ante todo, una palabra muy difícil de escribir.

Desde entonces han variado las cosas. Hemos perdido la afición a los largos períodos oratorios, a los puntos de vista brillantes y superficiales, a las teorías generales, a las consideraciones abstractas. Hemos adquirido poco a poco, en este siglo de grandes descubrimientos científicos, la afición a las investigaciones exactas y a los métodos precisos, y hemos comprendido entonces que esos estu-



dios que antes eran objeto de burla, llevaban al conocimiento histórico de elementos nuevos de información, que no eran ciencias muertas y vanas, sino que nos hacían penetrar en lo más vivo quizá que hay en el mundo, en los sentimientos íntimos, en las maneras comunes de pensar de los pueblos desaparecidos. Hemos comprendido que no es la arqueología simplemente la ciencia de los cacharros rotos, sino que esta ciencia de los objetos y de los monumentos antiguos nos da a conocer una de las expresiones del carácter de un pueblo, y la más interesante quizá, la que concierne a sus ideas y a sus costumbres.

Cuando, en 1830, Otrifido Müller hizo por vez primera el inventario exacto de las conquistas de la arqueología, muchas nubes envolvían aún la historia del arte antiguo. Sin duda, ya a fines del siglo XVIII, en 1764, Winckelmann, en su *Historia del arte entre los antiguos*, había fundado el método de los estudios arqueológicos. Sin duda algunas series de admirables manuscritos auténticos habían revelado ya la belleza griega, tal como Atenas la concibió y realizó. Los mármoles del Partenón, cedidos en 1816 por lord Elgin al Museo Británico, las figuras de los frontones de Egina, que en 1820 formaban el núcleo del Museo de Munich, los frisos del templo de Apolo en Figalia, cuya posesión se aseguraba por la misma época el Museo Británico, todos esos monumentos habían iniciado a los eruditos y a los artistas en las maravillas de un arte hasta entonces casi desconocido. ¡Pero al lado de estas luminosas figuras, que lanzaban claridades repentinas en la noche de la antigüedad, cuántos rincones sombríos cuyas tinieblas apenas había logrado penetrar la mirada! Si los Museos de Nápoles, de Florencia y de Roma estaban llenos de figuras antiguas, estas obras de desigual valor, muchas veces estropeadas por torpes restauraciones, no aportaban más que informaciones incompletas, y muchas de aquellas estatuas no eran más que copias medianas salidas en montón de los talleres griegos de la decadencia para ir a adornar y poblar los palacios de los emperadores y las quintas de los ricos romanos. Se em-

pezaba a apreciar mejor el estilo de un Fidias o de un Praxíteles; pero los primeros tanteos del arte arcaico, el lento y doloroso progreso que llevó a la estatuaria desde la tiesura convencional de los primitivos al esplendor de la perfección clásica, todo esto, por falta de monumentos, seguía siendo letra muerta. Se habían determinado aproximadamente los principios de la arquitectura griega, por el estudio de los templos de Pæstum en Italia, de Selinonte y de Agrigento en Sicilia, de los monumentos de la Acrópolis de Atenas, pero ¿quién tenía idea de que hubiera pintura antigua? ¿Quién pensaba en buscar en aquellos vasos de barro adornados con figuras, que durante tanto tiempo se han empeñado las gentes en denominar vasos etruscos, imitaciones más o menos libres de los cuadros antiguos? ¿Quién pensaba en recoger, en los dibujos conservados en los vasos, un reflejo debilitado, pero vivo todavía, del arte de los Polignoto y los Apeles?

Sesenta años y más han pasado desde Otrifido Müller, y él mismo juzgaría hoy que hay que volver a empezar su obra. Con admirable emulación y fecunda rivalidad, todas las naciones europeas se disputan la gloria de descubrir los restos del viejo mundo antiguo; Inglaterra y Francia, Alemania y Austria, Grecia e Italia, América misma, han arrojado sumas considerables sobre esos campos de lucha pacífica, en que el triunfo, como en otras partes, es del más obstinado, del más dichoso, del más rico. Aquí, es Schliemann, que el ardiente amor a Homero lleva a los lugares ilustrados por el recuerdo de la guerra de Troya, y bajo el pico del intrépido explorador, la acrópolis de Micenas nos entregan sus tesoros, las tumbas llenas de oro y de alhajas donde duermen sus muertos ilustres (1). Allí, es Delos, la isla sagrada de Apolo, uno de los santuarios más antiguos y venerables de Grecia, donde diez años de excavar nos dan más de 1.500

---

(1) Desde 1871 a 1890, Schliemann realizó excavaciones en Issarlik (lugar ocupado por la antigua Troya), en Micenas, en Tirinto, en Orcomene y en Itaca.

inscripciones y series de ejemplares de la escultura arcaica (1). Las excavaciones de Olimpia ponen a nuestra vista las figuras con que los escultores del siglo v adornaron los frontones y las metopas del templo de Zeus, nos dan sobre todo el hermoso grupo de Hermes y Dionysos, obra original de Praxíteles, en que aparece en todo su esplendor la gracia soberana del maestro ateniense (2). La vieja acrópolis de Tirinto, explorada por Schliemann, nos da un palacio de los primeros tiempos en Grecia. De la roca de la Acrópolis de Atenas el azar hace surgir (desde 1882) un pueblo de estatuas, enterradas durante siglos al pie del Partenón, y que aparecen a nuestra vista brillantes todavía con sus frescos colores, enteramente adornadas con el encanto de las obras primitivas. Las excavaciones que la Escuela francesa prosigue en estos momentos en Delfos desentierran, día tras día, multitud de monumentos preciosos para el conocimiento de la arquitectura, de la escultura y hasta de la música helénica (3).

El Asia Menor nos descubre también sus tesoros. En tanto los *tumuli* de Issarlik nos devuelven las ruinas de Troya, los descubrimientos de Newton en el templo de Apolo Didimeo (1858), nos dan las estatuas colosales que adornaban la avenida sagrada de las Branquides. Las excavaciones de Mileto (1871-73) hacen entrar en el Louvre los restos del santuario de Apolo. El Museo Británico se enriquece con los despojos de la Artemisa de Efeso y de la Afrodite de Cnido. En Halicarnaso, el mausoleo encontrado por Newton (1856), nos da a conocer el estilo de la escuela ática del siglo iv y nos permite penetrar en una de aquellas pequeñas cortes asiáticas, verdaderas colonias

---

(1) Excavaciones de M. Homolle en Delos, de 1877 a 1880.

(2) En 1829 había emprendido excavaciones en Olimpia el arquitecto francés Abel Blouet. Aun cuando apenas duraron unas semanas, fueron muy fructíferas. Desde 1875 a 1881, una comisión de arqueólogos alemanes ha hecho la exploración completa de la comarca.

(3) Comenzaron en el mes de Octubre de 1892.

artísticas de Grecia, donde aparecen en todo su esplendor las artes y la civilización de la Hélade. En la pintoresca Licia, donde Fellows, desde 1831, recogía para el Museo Británico los curiosos monumentos de la acrópolis de Jantos, una expedición austriaca emprendía recientemente nuevas investigaciones y enriquecía el Museo de Viena con el friso de Göl-Baschi (1882). Finalmente, en la acrópolis de Pérgamo, las excavaciones ejecutadas por los alemanes (1) han renovado verdaderamente la historia del arte griego en el siglo II y revelado todos aquellos escultores que vivieron en la corte de los Atálidas, y que contribuyeron por su parte al brillo de aquella corte sabia, artística e ilustrada.

Y como si no fuera bastante con tantos descubrimientos para hacernos apreciar en su libre variedad el admirable desarrollo del arte griego, he aquí que de la sombra de las necrópolis de Tanagra y de Myrina (2) ha salido una Grecia nueva, no aquella Grecia algo grave y austera que se complace en las representaciones de los héroes y los dioses, sino una Grecia que se divierte y sonríe, que desciende de las altas cimas del ideal a las familiaridades de la vida terrena, y de la imponente nobleza de las composiciones heroicas a la libre intimidad de los asuntos de costumbres. En las tumbas de Asia Menor y de Beocia, el pico del obrero ha despertado de su sueño todo un mundo de figurillas elegantes y coquetonas, grandes y pequeñas señoras de la antigüedad, de nariz remangada, de peinados amanerados y caprichosos, de aire malicioso, cuyo amable abandono y expresión enteramente moderna recuerdan menos las obras del siglo IV helénico que los encantadores caprichos del XVIII francés.

(Diehl, *Excursions archéologiques en Grèce*, Introduction. Colin, éd. París).

---

(1) Desde 1869.

(2) La exploración de las tumbas de Tanagra (Beocia) comenzó en 1872. Se calcula en más de 8.000 las que han sido abiertas. Acerca de Myrina, véase pág. 165, nota.

## 2.—UNA EXCAVACIÓN EN GRECIA (DELOS)

Una mañana del año 1876, fuí llamado a casa de M. Dumont (director de la Escuela francesa de Atenas), el cual me preguntó si quería dirigir excavaciones. Sin vacilar un momento, acepté 1.328 francos y 35 céntimos, tal era nuestro tesoro para ir al descubrimiento de la isla de Delos; pero M. Dumont no era de los que quieren hacer las cosas en grande, prefería obtener dinero por el éxito a solicitarlo con promesas.

El programa de las excavaciones estaba claramente indicado por la historia de la isla. Había primeramente que hallar y desenterrar el templo de Apolo, limpiarlo de escombros, determinar el recinto. Se llegaría luego hasta los establecimientos comerciales, puesto que en estos puntos se había reconcentrado la vida antigua. Así debía llegarse al templo y al mercado, porque las ferias habían crecido a la sombra del santuario y el templo se había enriquecido con las ofrendas aportadas por los mercaderes. En la superficie misma del suelo se ofrecían a la vista los testimonios de la actividad comercial y de la devoción de los antiguos: un dique, muelles, fondeaderos, los pilares de granito de los almacenes, las columnas de mármol de los templos y de los pórticos, los pedestales de las estatuas. Aquí y allá, algunas inscripciones que habían permanecido en su sitio hablaban un lenguaje más claro todavía. No era todo, los griegos de la isla habían practicado otros cultos que el de Apolo, y había que encontrar otros tantos templos. Los extranjeros habían introducido sus dioses y erigido sus santuarios. A media ladera de la colina del Cyntho, una terraza estrecha, pero de 100 metros de larga, estaba toda cargada de ruinas, atribuidas a Serapis, Isis, Anubis, Harpócrates y Afrodita, la diosa siria. Alrededor del lago sagrado, restos arquitectónicos anunciaban otros monumentos. En las pendientes de la

colina, el teatro mostraba sus costados macizos como torres. En la llanura, las ruinas indicaban el emplazamiento del antiguo gimnasio. Luego, en toda la superficie de la isla, dispersas o agrupadas, las antiguas moradas alzaban sus paredes medio caídas; pero con frecuencia altas de 3 ó 4 metros. La casa griega, poco estudiada hasta entonces, se nos presentaba con las más variadas formas. Planos, distribuciones interiores, casi todo lo desconocíamos y podíamos estudiarlo allí.

Decir que ninguna dificultad se oponía a la ejecución de este programa y que para encontrar no había otro trabajo que el de bajarse, sería afectación inútil. En primer lugar, resultaba incómodo el alojamiento en una isla que permanece desierta todo el año, salvo en las épocas de la siembra y de la recolección, en que pastores y labradores no disponen como abrigo temporal más que de miserables chozas, sucias y abiertas a todos los vientos. De haber sabido que teníamos que permanecer allí mucho tiempo, hubiéramos edificado desde el primer día, quizá hasta sembrado; pero no estábamos seguros del mañana y reservábamos el dinero, poco abundante, para mejores fines. Por otra parte, se había puesto a nuestra disposición, en la isla vecina de Rhenea, los edificios del lazareto, hasta la próxima epidemia.

La cuestión de las provisiones estaba también sujeta a algunas dificultades, pues nada había en Delos ni tampoco en Rhenea. Tenía por vecino en Rhenea a un llamado Basilis, pero no siempre estaba dispuesto a vender, ni siquiera a buen precio. Un día me negó una gallina, diciéndome que ponía, y como entonces le pedí unos cuantos huevos, me respondió que de los huevos salían las gallinas, y cerró la puerta. Vivíamos de conservas, y el pan y los víveres frescos, Myconos, la ciudad más próxima, podía proporcionárnoslos. Todo hubiera ido muy bien sin el mar, que había que cruzar en barca y que no siempre permitió renovar a tiempo nuestras provisiones. Más de una vez hubo que comer pan con moho o mendigarlo de los trabajadores y los marineros. Conservo grato recuerdo

de cierto solomillo que me ofreció un día el comandante de nuestro aviso el *Sané*, y de unas cuantas botellas que el almirante Cremer, de la marina rusa, mandó, sin decirnos nada, depositar en el fondo de nuestra barca. No eramos menos sensibles al consuelo moral que nos producía la vista de nuestros colores nacionales, el placer de esperar noticias, de hablar nuestro idioma, de entrar por un momento en contacto con la patria y el mundo civilizado.

El clima era suave, aun cuando hemos trabajado en verano. Debíamoslo a los vientos etesios que soplan casi sin descanso desde fines de Junio a principios de Setiembre. Salvo los días de calma, muy sofocantes en verdad, hemos sufrido menos calor que el que es frecuente en los días de verano en Francia. El viento, no tendríamos sino motivos de alabanza para él si, al refrescar el aire, no hubiera levantado las olas tempestuosas y desencadenado las corrientes. Ahora bien, había que cruzar el mar incesantemente para ir al trabajo por la mañana y a la posada por la noche, para comprar las provisiones o ir en busca de trabajadores, y siempre en una frágil barquilla sin puente. La ola azotaba en el rostro, entraba en la barca, que achicábamos con mucho esfuerzo, y nos mojaba hasta los huesos. Un día me arrancó el timón de entre las manos; otra vez el viento me rompió el mástil y nos echó contra una roca, con gran peligro de irnos a pique.

A más de nuestros víveres frescos, sacábamos de Myconos todos nuestros trabajadores. A pesar de la mala fama de pendencieros que los myconiotas tenían en la antigüedad y que aun conservan, me han parecido dóciles y algunas veces abnegados. Salvo un intento de huelga inmediatamente reprimido, los trabajos han continuado pacíficamente por espacio de cinco años, sin aumento de salario.

Los inspectores que la ley griega impone al que emprende excavaciones, no eran siempre ilustrados y amables. Estos personajes son, en verdad, todopoderosos, ejer-

cen la vigilancia de las exploraciones arqueológicas, viendo cómo se llevan y pudiendo suspenderlas a su antojo. Ahora bien, estas funciones habían sido confiadas a un marinero sin empleo, más o menos pariente de un ministro, y que, por haber remado con algún cacique, se adornaba con el nombre de capitán, brutal, autoritario, henchido de orgullo, y que sabía justamente leer. Me libré de él, sin demasiado esfuerzo, al primer escándalo, porque había cambiado el ministro. Entonces fui agraciado con otro epistata diferente en todo al primero, suave, transigente, acomodaticio, cortés. Con él todo se hizo, no solamente fácil, sino agradable. Por desgracia, hubo de huir ante la fiebre. Viéndole temblar, le cubrí con un gabán y le pagué el pasaje, porque su bolsa estaba vacía. Pronto recibí una carta suya llena... de bendiciones. El agradecimiento es moneda bastante rara para que nos contentemos con él. Luego vino un poeta, ardiente reformador socialista, que viendo que recibía con frialdad sus versos y sus teorías, me significó rudamente la prohibición de continuar mis trabajos, ayudado de la gendarmería. Después de tantas penalidades, tenía derecho a una compensación. La encontré en la compañía de un hombre amable y la colaboración de un erudito tal como M. Cavvadias. No todos tienen suerte semejante; pero los inspectores griegos son hoy, sin excepción, bien educados y muchas veces también instruídos.

Ahora que han pasado los malos ratos, se sentiría casi no haberlos sufrido. Restan incidentes más divertidos que trágicos, que fueron para nosotros escuela de paciencia y de diplomacia y que nos sirvieron, en suma, sin perjudicar nuestros trabajos. Por otra parte, ¡cuántos motivos de consuelo en aquella vida libre, al aire siempre, bajo el cielo más hermoso, frente al mar brillante, en medio de aquel cordón de islas de elegantes contornos, que todas despiertan mil poéticos recuerdos! Y mejor todavía, la sobreexcitación constante de la lucha perpetua con las dificultades, la impaciencia febril del descubrimiento, las incessantes sorpresas de lo desconocido, la alegría, en fin,



del éxito que tan frecuentemente corona nuestros esfuerzos.

(Homolle, Conferencia dada en el Trocadero el 30 de Junio de 1889).

### 3.—ASPECTO GENERAL DE UN TEMPLO GRIEGO

Comúnmente, está en una altura que se llama acrópolis, sobre un basamento de rocas como en Siracusa, o en una montañita que fue, como en Atenas, el primer lugar de refugio y el emplazamiento original de la ciudad. Se ve desde la llanura y desde las colinas cercanas, los barcos le saludan de lejos al acercarse al puerto. Se destaca con toda claridad en la límpida atmósfera. No está, como las catedrales de la Edad Media, estrechado, ahogado por las filas de casas, inaccesible a la vista salvo en los pormenores y las partes altas. La base, los lados, toda su masa y todas sus proporciones se aparecen desde el primer momento. No hay que adivinar el conjunto por una parte, su emplazamiento le hace perceptible a los sentidos humanos.

Para que no falte nada a la claridad de la impresión, se le asignan dimensiones medianas o reducidas. Entre los templos griegos, sólo hay dos o tres que sean tan grandes como la Magdalena de París (1). Nada semejante a los enormes monumentos de la India, de Babilonia y de Egipto, a los palacios superpuestos y amontonados, a los dédalos de avenidas, de recintos, de salas, de colosos cuya abundancia acaba por sumir al espíritu en la turbación y el deslumbramiento. Nada semejante a las gigantes cascatelas que encerraban bajo sus naves toda la

---

(1) Por ejemplo, el templo de Zeus en Selinonte, que tiene 50 metros por 110, en tanto la Magdalena tiene 41 por 92.

población de una ciudad, que la vista, aun cuando estuvieran en una altura, no podría abrazar por entero, cuyos perfiles se escapan y cuya armonía total no puede ser percibida sino en un plano. El templo griego no es un lugar de reunión, sino la morada particular de un dios, un relicario para su efigie, el ostensorio de mármol que encierra su estatua única. A cien pasos del recinto sagrado que le rodea, se ve la dirección y la armonía de sus principales líneas.

Por otra parte, son tan sencillas que basta una sola mirada para comprender el conjunto. Nada complicado, extraño, retorcido en este edificio. Es un rectángulo que bordea un peristilo de columnas. Tres o cuatro formas geométricas elementales hacen todo el gasto y la simetría de la ordenación las acusa repitiéndolas y oponiéndolas.

Hay enlace entre las partes de un templo como lo hay entre los órganos de un cuerpo vivo, y los griegos han dado con él. Han fijado el módulo arquitectónico que determina la altura de la columna según el diámetro, por consiguiente, el orden, la basa, el capitel, y también la distancia entre las columnas y la disposición general del edificio (1). Han modificado premeditadamente la dura rectitud de las formas matemáticas, las han adaptado a las secretas exigencias de la vista, han ensanchado la columna con una curva acertadísima a los dos tercios de su altura, han combado todas las líneas horizontales, se han libertado de las trabas de la simetría mecánica, han entrecruzado, variado, desviado sus planos y sus ángulos de modo que comunican a la geometría arquitectónica la

---

(1) En el Partenón, la columna es igual a doce veces la mitad del diámetro (tomado en la basa). La distancia entre las columnas es de 2 módulos  $\frac{2}{3}$ ; la altura del capitel de un módulo, la del entablamento, la mitad de la de la columna. Las proporciones varían según las épocas, y así, en un antiguo templo de Corinto (siglo VII), la columna no tiene enteramente 8 módulos. Diferían también según los órdenes. En el jónico, las columnas tienen de 16 a 18 módulos, mientras que en el dórico son mucho menos airoas.

gracia, la diversidad, lo imprevisto, la fugitiva flexibilidad de la vida, y sin aminorar el efecto de las masas, han bordado en su superficie la más elegante trama de adornos pintados y esculpidos. En todo ello, nada iguala la originalidad de su gusto, a no ser la precisión. Han reunido dos cualidades que parecen excluirse, la extremada riqueza y la extremada sobriedad.

La criatura arquitectónica es aquí sana, viable por sí sola. No necesita, como la catedral gótica, mantener a sus piés una colonia de albañiles que reparen continuamente su ruina incesante, no toma como apoyo de sus naves contrafuertes exteriores, no necesita una armadura de hierro para contener la prodigiosa armazón de sus campanarios adornados y cortados, para colgar de sus muros su complicado y maravilloso dentellado, su quebradiza filigrana de piedra. No es obra de la imaginación sobreexcitada, sino de la razón lúcida. Está hecha para durar por sí y sin ayudas. Casi todos los templos de Grecia estarían todavía enteros si la brutalidad y el fanatismo de los hombres no hubieran intervenido para destruirlos. Los de Pesto están en pie después de veintitrés siglos, la explosión de un polvorín partió por la mitad el Partenón. Sin causa extraña, el templo griego permanece y subsiste. Se ve en su poderoso asiento, su masa le consolida en lugar de servirle de carga. Añadid a ese aspecto de fuerza el de la soltura y la elegancia. El edificio griego no aspira solamente a perdurar como el edificio egipcio. No está abrumado bajo el peso de los materiales, se desarrolla, se despliega, se yergue como hermoso cuerpo de atleta en que el vigor se armoniza con la delicadeza y la serenidad. Ved también su adorno, los escudos de oro a modo de estrellas en su arquitrabe, las acroteras de oro, las cabezas de león que lucen en pleno sol, los filetes de oro y a veces los esmaltes que serpentean en sus capiteles, el revestimiento de bermellón, de minio, de azul, de ocre pálido, de verde, de todos los tonos vivos o apagados que dan a la vista la sensación de la franca y sana alegría meridional. Contad, finalmente, los relieves, las

estátuas de los frontones, de las metopas y del friso, sobre todo la efigie colosal de la *cela* interior, todas las esculturas de mármol, de marfil y de oro, todos los cuerpos heroicos o divinos que ponen a la vista del hombre las imágenes perfectas de la fuerza viril, de la perfección atlética, de la virtud militante, de la nobleza sencilla, de la serenidad inalterable, y tendréis una idea de su genio y de su arte (1).]

(Taine, *Philosophie de l'art*, II, págs. 150-156).

#### 4.—ESTRUCTURA DEL PARTENÓN (2)

El templo griego no es lugar de reunión, sino envolvente para la estatua de la divinidad que en él se venera. Sus dimensiones son las que se acomodan a esta función definida. Cuentan justamente, o exceden muy poco, el tamaño de un *estuche* para el ídolo. En los templos más antiguos, en muchos otros más recientes, la parte cerrada, la *cela*, es de una pequeñez extraordinaria. Edificio tan célebre como el Erecteion mide aproximadamente

(1) Subsisten ruinas más o menos importantes de templos griegos en Atenas (Partenón, Teseion, Erecteion, templo de la Victoria Aptaera), en Sunion, Eleusis, Egina, Corinto, Delfos, Nemea, Bassæ, Olimpia, Mileto, Priene, Pesto, Siracusa, Selinonte, Agrigento, Segesto, etc.

(2) El Partenón o templo de la Virgen fue construido en honor de Athena bajo la administración de Pericles (mediados del siglo v). Sus arquitectos fueron Ictinos y Calícrates. Es de orden dórico. Después de haber servido de iglesia bajo la dominación bizantina, fue convertido por los turcos en mezquita. Durante el sitio de Atenas por los venecianos (1687), una bomba cayó en el polvorín en él establecido, y la mitad del edificio voló. A principios del siglo XIX, lord Elgin le despojó de parte de sus esculturas con destino al Museo Británico. Véase una reproducción de este templo en la pág. 294.

10 metros por 19. Y todavía estos 19 metros están divididos por paredes, en el interior, en tres departamentos. En el Partenón, el naos interior tiene próximamente 30 metros por 19 (1), pero este espacio no sirve para contener al pueblo reunido. Es más significativa todavía la pequeñez del espacio cerrado y cubierto, la altura relativa del templo y del ídolo. La estatua tiene 43 pies de alta, sin la lanza, y el techo del naos no llega a 55. Relación análoga se observaba en Olimpia. Fidias había hecho a Zeus tan grande, que «si se levantara, dice Estrabón, abriría un agujero en el techo».

En Grecia, el templo no es solamente *estuche* para el ídolo, es un *tesoro*, un *museo*. En su primera forma, en efecto, el contenido no es una estatua, sino una ofrenda, un mueble de valor, un talismán dotado de virtud mágica. Nada más natural que encerrar en él, en el mismo estuche de piedra, las demás piezas del tesoro nacional. Así se ve a la *cela* dividirse en dos, y la parte de detrás, el *opistodomo*, venir a ser la caja del dinero público. El *naos* mismo, es decir, el santuario, es en cierto grado una de las cámaras del tesoro, aquella en que se guardan los metales labrados, como el opistodomo es la de los metales acuñados. Los adornos de oro del ídolo pueden quitarse, y Pericles los menciona entre las reservas de que puede disponer la República (2). Además, en este mismo naos, se ve acumularse los objetos preciosos, absolutamente como en una sacristía se acumulan los objetos del culto y los ornamentos religiosos, lámparas, candeleros, cálices, incensarios. Había en el Partenón vasos de oro y de plata, pateras, coronas de oro, escudos, cascos, cimitarras doradas, una máscara de plata sobredorada, cabezas de león, una muchacha encima de una columna, sillas de ti-

---

(1) El edificio entero mide 68,90 metros de largo por 30,47 de ancho. De altura tiene 17,93 metros, hasta la cima del frontón.

(2) El oro de la estatua pesaba 1.152 kilogramos (por valor de tres millones y medio).

jera, una estatua de marfil, liras de todas clases, cabezas de Chío, de Mileto, aljabas de marfil, etc. Asimismo, en el Erecteion, cuadros cubrían el pronaos, y la cela contenía una silla de tijera, obra de Dédalo, una coraza de Masistios, jefe de la caballería en Platea, la cimitarra de Mardonio... El templo de Delfos estaba literalmente abarrotado de ofrendas y reliquias. ¡Tan cierto es que estos edificios no estaban hechos para admitir a los fieles en masa! No se creía faltar al respeto a la diosa ciudadana poniendo cerca de ella los objetos de lujo, las obras de arte votivas que recordaban la gloria y probaban el prestigio de Atenas.

El templo tiene, finalmente, un tercer carácter, es una *custodia*. Todo está dispuesto para que el creyente vea al ídolo del modo que resulte más solemne.

Primitivamente, el edificio es hipetro, es decir, que una abertura practicada en lo alto da entrada a la luz. La claridad venía de arriba, como en nuestros museos. Cuando se abría la puerta, cuando se subía o bajaba la cortina que tapaba la estatua, la procesión de los adoradores veía la inmensa estatua en una especie de gloria luminosa. Los relieves adquirían fuerte modelado, las pedrerías de los ojos lanzaban chispas, el oro resplandecía, el marfil parecía suavizar sus tonos. Vida cálida y no obstante ideal animaba la estatua del dios. Era el prestigio mezclado a lo magnífico y lo fantástico (1).

Doble columnata interior (2) dividía la *cela* en tres naves. La del centro era muy poco más ancha que el pedestal, y de esta suerte parecía destinada sobre todo a dirigir la mirada y a hacer aparecer la estatua en hondo. Un tubo de estereóscopo, tal es la comparación que mejor representa el cometido de esta supuesta nave. Así la

---

(1) M. de Rouchaud piensa que la estatua estaba defendida de la lluvia y el sol «por un conjunto de paños que sustituía al techo que no había».

(2) La formaban 21 columnas y dos pilares en los ángulos. Quizá entre ellas había tapices colgados.

misma columnata estaba dispuesta para un efecto de perspectiva. Era de doble altura, lo cual parece inexplicable en un principio, puesto que no había galería alguna al nivel del segundo piso de columnas. Esta disposición, que se encuentra en Pestó y en Egina, no había sido imaginada para el servicio interior del templo, sino para producir una especie de ilusión, mitad espiritual, mitad óptica. El estatuario había comprendido que la estatua parecía más grande, si la ponía al lado de una construcción menos alta, aun cuando de dos pisos. Esto producía, en beneficio de la estatua, la impresión engañosa de una mayor altura, y la majestad del dios resultaba aumentada por consiguiente.

Palas era una diosa olímpica, pero era también la diosa ciudadana, accesible y sonriente. Se quiso, pues, hacerla grandiosa sin exageración, magnífica sin énfasis y majestuosa sin misterio, cualidades verdaderamente dignas de la divinidad poderosa y familiar que habitaba el templo. Este objeto se logró por un medio tan sencillo como eficaz, el aislamiento de la columnata exterior (1). En los pequeños y probablemente en los antiguos templos, la pared del santuario debía presentarse directamente y en primer término a las miradas de los fieles. Ligera barandilla era el único obstáculo interpuesto entre la di-

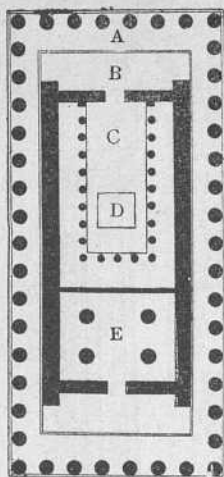


Fig. 68.  
Plano del Partenón.

(1) La columnata exterior tenía 46 columnas, de ellas 17 a cada uno de los lados y 8 en cada fachada (contando dos veces las de los ángulos). Entre las columnas de las fachadas y la pared de la *cela* había 6 más.

vinidad y los hombres. Más tarde, el artista desdobra este recinto, y después de haberlo dividido, separa de manera

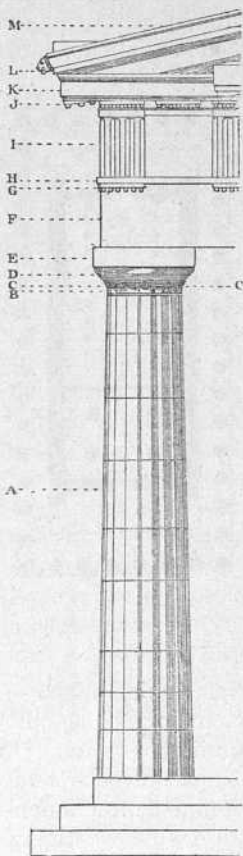


Fig. 69. — Columna dórica.

perceptible las dos partes, como se separa en el árbol la corteza del tronco. De su relicario simple, hace un relicario con dos envolturas. La interior guardará, para no descubrirla sino a ciertas horas, la imagen divina. La otra la precederá y acompañará con su magnífico y solemne cortejo.

La columnata periptera parece lenta procesión detenida en su marcha. Deja ver el muro de la *cella* por su disposición. Da vueltas por delante y por la parte posterior del templo, pero sin ocultar la puerta que se abre frente a la estatua. No hace más que ceñir el edificio de majestad y brillo, sin añadir nada a la idea de clausura. ¡Qué lejos se está de los siete recintos de macizos muros de las pagodas indias, y de sus puertas que van siendo cada vez más bajas hasta el achatado santuario en que está con las piernas cruzadas y sentado el terrible dios! Aquí la diosa no se esconde, se ostenta, y las grandes columnas, vestidas de luz, inmovilizadas en su marcha, parecen no ser más que la primera fila de la procesión que se des-

arrolla familiarmente alrededor del Genio nacional.

No es esto todo. El templo es tanto edificio político y municipal como edificio religioso. No es solamente el te-



so, el guarda-muebles. En cierta medida, representa el *palacio municipal* de una ciudad libre. En el templo se inscriben los tratados con los pueblos extranjeros, es un archivo. En él se alojan los príncipes y personajes notables que están de paso en las ciudades, como se les alojaría en los gobiernos civiles de nuestras provincias. Plutarco nos dice que Agesilao, durante sus viajes, moraba en los templos, y los atenienses dieron a

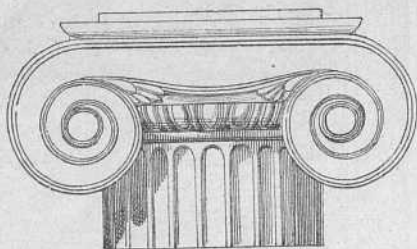


Fig. 70.—Capitel jónico.

Demetrio para residir el opistodomo del Partenón. Evidentemente, el arquitecto que construye el edificio, el escultor que lo adorna, recogen más bien sus inspiraciones en el patriotismo que en un sentimiento puramente religioso. Llena su pensamiento y anima su mano el entu-



Fig. 71.—Frontón del templo de Athena en Egina.

siasmo nacional y municipal, los recuerdos de la gloria común.

De aquí ha nacido la poderosa concepción que ha dado carácter al entablamento del templo griego. El arquitecto divide en dos el monumento. Abajo, en la *cela*, había conservado forma religiosa al sentimiento político, había encarnado la ciudad en una imagen única y dominante

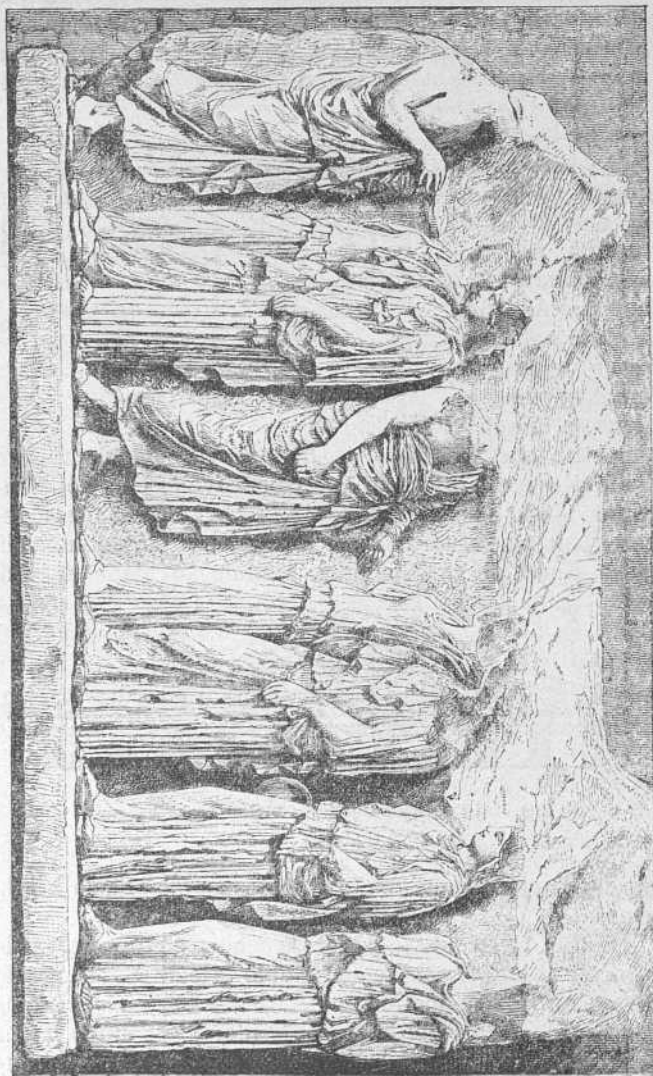


Fig. 72.—Procesión de las Panathenaeas (friso de la celda del Partenón)

que despertaba ideas de adoración, de sacrificio y de oración. El friso de la *cela* tenía el mismo carácter, representaba la principal ceremonia del culto. Arriba, en el entablamento, aparece en todo su esplendor el conjunto de las glorias nacionales, de los grandes antepasados que han ilustrado la patria. Es una especie de *museo heroico* que domina y corona el templo religioso. Ahora bien, de igual modo que en la *cela* el artista ha hecho todo lo posible para que la mirada fuera derecha a la estatua de la divinidad, así también se las ha arreglado para que se sintiera atraída a las alturas del entablamento.

Considerad, por ejemplo, la columna exterior. La columna no tiene más que una función verosímil, sostener, y por lo mismo llama la atención sobre las partes sostenidas, lleva el espíritu y la vista hacia las partes que sostiene. Para que cumpla me-



Fig. 73.—Procesión de las Panateneas (friso del Partenón).

jor este fin, el artista suprime la basa. Ha pensado que si la columna terminaba en sus dos extremos, en uno por la basa, en otro por el capitel, el fuste sería algo completo en sí, un verdadero *edículo* al que se dirigiría la vista e iría de un extremo a otro, antes de llegarse más lejos. Además, traza en el fuste estrías que son como canales múltiples por donde se desliza la mirada. Deja subsistente el capitel, pero éste, lejos de detener la vista, la conduce por una línea curva al arquitrabe.

Aquí el espectador encuentra un primer lugar de reposo y recogimiento. El arquitrabe no es una transición, es un punto de parada. La vista se fija en él al instante, y viaja libremente por aquel ancho y prolongado espacio, sin que ningún adorno la excite y la canse (1), luego pasa bien dispuesta al museo heroico que se abre inmediatamente después. Allí ha colocado el artista su admirable diadema de leyendas esculpidas. En los intervalos de los triglifos ha puesto los episodios guerreros (2), en el frontón, los altos orígenes nacionales (3). No basta el relieve para esta leyenda triunfante, es preciso que resalte, que se destaque orgullosa, so pena de pasar desapercibida, por razón misma de la distancia. Sobre el fondo rojo de las metopas y del frontón, con poderoso relieve, bajo un colorido que realzaban brillantes placas metálicas, se presentarán a la vista la rivalidad de Poseidón y de Athena,

---

(1) A fines del siglo IV antes de Jesucristo, se pusieron escudos dorados en el arquitrabe de la fachada oriental.

(2) Las 92 metopas que alternaban con los triglifos representaban: en el lado oriental, la lucha de los dioses y de los gigantes; en el lado sur, el combate de los centauros y los lapitas, y los atenienses acudiendo con Teseo en auxilio de Pirithous; en el lado occidental, la lucha de Teseo con las Amazonas; en el norte, la destrucción de Troya, con alusiones a las guerras médicas. El Museo del Louvre posee una cabeza de lapita y una metopa entera (Centauro llevándose una mujer).

(3) En los dos frontones estaban esculpidos: de un lado el nacimiento de Athena; de otro, su victoria sobre Poseidón.

los combates de los lapitas y de los centauros, de los atenienses y de las Amazonas. En el friso de la cela, el artista disponía de un edificio de sentido más íntimo, trataba un asunto de más tranquila marcha, la ceremonia de las Panateneas (1). Por eso empleó el bajo relieve. En el friso exterior, hubo de recurrir al alto relieve, a la estatuaria y a una rica policromía.

Hoy, si hubiera que escoger terreno para construir una iglesia, se elegiría al nivel de la ciudad, en medio de las casas, al lado de amplia calle. Se haría de suerte que el acceso resultara fácil, porque la iglesia moderna es lugar donde las gentes se reúnen para rezar, e importa que los fieles puedan llegar a ella con comodidad. Finalmente, el templo no está hecho para reunir al pueblo, ni para rodear a diario de silencio y de sombra las devociones particulares. El particular hace en su casa las invocaciones y los sacrificios. Cuando se acerca al templo, es casi siempre como nación, en las procesiones públicas. El Partenón es, por decirlo así, edificio *feriado*. Su destino esencial es servir de centro a las fiestas solemnes de la nación, forma parte de su aparato teatral. Al propio tiempo es tesoro, encierra los caudales públicos, está abarrotado de obras de arte, de objetos de valor. Por todos estos motivos, podía colocársele sin inconveniente a cierta distancia de la ciudad habitada, había que ponerle al abrigo de un golpe de mano. La acrópolis, con su altura inexpugnable, sus recintos, su escalera de anchura procesional, será lugar muy adecuado para los usos del culto. El mismo or-

---

(1) Este friso adornaba la parte alta de la pared de la *cela*, sobre la columnata exterior. Se había representado la procesión de las Panateneas, «larga serie de jinetes, de conductores de carros, de víctimas llevadas al altar, de mujeres y muchachas llevando el aparato del sacrificio, etc. Los caballos son especialmente hermosos. Agujeros de clavos muestran que las riendas y los arneses (hoy desaparecidos) eran de metal». (S. Reinach). La mayor parte de este friso está en Londres, un trozo figura en el Louvre. Acerca de la procesión de las Panateneas, véase pág. 321.

gullo municipal que hacía elevar las torres de las catedrales góticas, para que pudieran distinguirse desde lejos por el viajero, reclamará para el templo griego lugar dominante y bien visible. Será preciso que por todos lados le vea el ciudadano de Atenas al alzar los ojos, que el habitante de Egina le contemple con envidia desde la orilla de su caída isla, que el navegante, al pasar cerca de Salamina, le vea como en un fondo azul, y lleve en su espíritu, con esta imagen brillante, la idea del poderío y de la grandeza atenienses. Por tal razón también, el emplazamiento natural del Partenón es la acrópolis, desde donde domina ampliamente la ciudad, la campiña y el mar (1).

(Según Boutmy, *Philosophie de l'architecture en Grèce*, págs. 163 y siguientes. Alcan, éditeur).

##### 5.— LA POLICROMÍA ARQUITECTÓNICA

El uso de la policromía en la decoración de los templos griegos no podría ser hoy negado por nadie (2), pero está lejos de haber acuerdo acerca de la calidad y la armonía de tonos usados.

(1) No respondo del entero acierto de todas estas observaciones, que me parecen demasiado sistemáticas. En primer lugar, la supuesta división del templo en dos partes, afecta la una a Athena, la otra a los héroes nacionales, no es absolutamente exacta, puesto que la diosa es igualmente glorificada en el frontón y en las metopas que en la *cela*. Además, M. Boutmy prescinde demasiado de la teoría, muy extendida al presente, que explica la estructura de los templos griegos por el viejo uso de las construcciones en madera (Acerca de esta teoría, véase Beulé, *Histoire de l'art grec avant Périclès*, Première partie, chap. I).

(2) Este hecho, ya sospechado por Quatremère de Quincy en 1815, ha sido puesto fuera de duda por Hittorff en 1831.

Los barro cocidos barnizados o pintados, que en tan gran número figuran en los Museos de Palermo y de Olimpia, parecen ofrecer el tipo de coloración de los edificios griegos. Los colores más frecuentes en ellos son el blanco lechoso, el negro, el rojo oscuro y el amarillo. Se han descubierto también algunos vestigios de pintura en ciertos edificios de la antigüedad.

En los templos dóricos, los triglifos estaban cubiertos de azul oscuro. En las metopas, el rojo servía de fondo a adornos de colores, bronce y relieves. Finalmente, la faja o *tænia*, que pasaba por debajo de los triglifos y por encima del arquitrabe, estaba pintada de encarnado oscuro. Pero en las otras partes del edificio, el sistema de coloración parece haber sido muy vario. Así el arquitrabe era blanco en el Partenón como en el templo de Zeus en Olimpia, y la coloración no era obtenida sino aplicando escudos dorados, unidos por letras de metal acompañadas de meandros (1) sobre fondo blanco, mientras que en el templo de Egina, el arquitrabe conserva todavía huellas de color rojo. Respecto a las columnas, carecemos de datos, y salvo las palmas de los capiteles de Pesto, no se sabe nada de la policromía del capitel y del fuste de la columna dórica. Quieren algunos que todos los blancos de los estucos y de los mármoles hayan desaparecido debajo de capas de color, sin exceptuar las columnas, ni las esculturas de las metopas o de los frontones. Piensan otros, por el contrario, que las esculturas, tanto de los frontones como de las metopas, debían conservar en gran parte su blancura, así como las columnas, y que estaba más acorde con el genio griego una coloración menos complicada de los elementos del templo.

Por lo demás, abundan bastante los ejemplos de adornos policromos aplicados sobre molduras blancas. En

---

(1) Para comprender el sentido de los términos usados en este capítulo, puede consultarse Adeline, *Léxicque des termes d'art*. París, Quantin. Hay traducción española de D. José Ramón Mélida.

Olimpia, el cimacio estaba cubierto de palmas de color que destacaban sobre el fondo blanco del mármol, y si las cabezas de león de este cimacio estaban realizadas con colores, el mármol quedaba visible casi en todas partes. Las molduras que coronaban los saledizos estaban por lo general cubiertas de pintura. El saledizo quedaba blanco o estaba adornado con grecas dibujadas sobre fondo blanco. Quizá se usaban los dorados para adornar los tímpanos de los frontones, las gotas de los triglifos y los modillones, y también para servir de fondo a la decoración esculpida o pintada de las metopas.

A veces, la policromía se obtenía por la unión de materias de tonos diferentes, como, por ejemplo, la del oro y el marfil en las estatuas criselefantinas.

El bronce parece haber sido también de uso muy frecuente. Así los relieves de las metopas estaban realzados con adornos de bronce dorado. Las estatuas de los frontones presentan con frecuencia numerosos agujeros de clavos, atestiguando que ciertos pormenores de los trajes, los escudos, las javalinas, etc., eran de metal. Acroteras de bronce brillaban en los ángulos de los frontones y escudos dorados se aplicaban en los arquitrabes.

Estas observaciones son ciertas respecto al interior del templo como respecto al exterior. Las armas colgadas en los arquitrabes y del techo, las estatuas de mármol y de metal, las mesas, los trípodes, los vasos dorados y las tapicerías venían a aumentar el brillo de los colores que acompañaban a la arquitectura. Puede formarse idea de la magnificencia de ciertos santuarios por la profusión de obras maestras que, al decir de Pausanias, se amontonaban en ellos. Estatuas, retratos, un mobiliario muy rico adornaban el interior, y en las paredes estaban representados los hechos mitológicos y los acontecimientos en que la divinidad había desempeñado papel importante.

Los monumentos jónicos han sido menos estudiados, pero conservan también numerosas huellas de pintura. En Priene, en Halicarnaso, en Efeso, en Dídimo, dos tintes solamente parecen haber estado admitidos: el azul



de aspecto algo polvoriento y el rojo oscuro y sin brillo. Estos colores no se dan al azar, el azul se reserva para las molduras en plena luz, mientras que el rojo se encuentra con preferencia en el fondo de las molduras destinadas a permanecer en la oscuridad, como la parte de debajo del saledizo y el fondo de los artesones. Las partes llanas de la cornisa, del friso y del arquitrabe, los canales de las volutas, el fuste y la basa de las columnas permanecen blancos. Como en el Erecteion, los dorados se usaban quizá en los edificios para el ojo y las nerviaturas de las volutas, o para hacer valer los adornos corrientes de las molduras esculpidas.

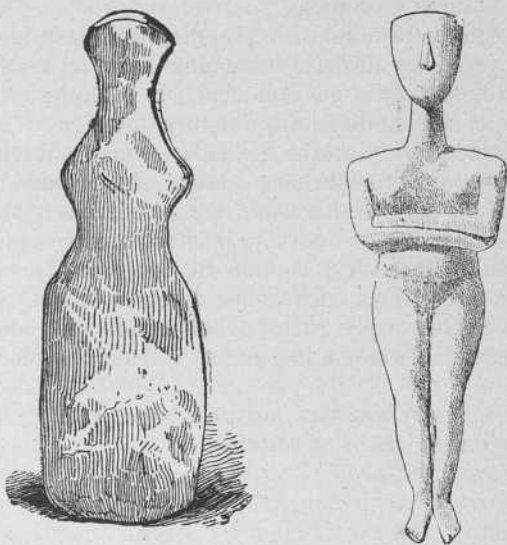
Tales son los principios de la policromía general de los templos jónicos y dóricos estudiados hasta aquí. Huellas de adornos recogidas en el mármol de algunos arquitrabes y en el estuco de la arquitectura interior o exterior, han mostrado que pinturas delicadas venían a interesar a veces las grandes superficies blancas del arquitrabe, del friso y de la cornisa, haciendo que el edificio apareciera con más color. Estos adornos, probablemente más abundantes en el interior y encima de los pórticos, estaban formados por palmas enroscadas, diversos enlaces, meandros, grecas, etc., que parecen haber sido muy análogos en la forma y el color a los que se ven en los vasos pintados.

(Laloux, *l'Architecture grecque*, págs. 127 y siguientes. París, Quantin, éditeur).

## 6.—LOS COMIENZOS DE LA ESCULTURA GRIEGA

Hoy, antes de toda enseñanza, el niño, efecto de larga herencia y en virtud de las imágenes que ve por todas partes a su alrededor, se habitúa más rápidamente a interpretar la forma viva que se habituaba el adulto en la Grecia enteramente primitiva. Esta forma se insinúa más que

se copia en los ídolos más antiguos. Al clasificar estos bosquejos, se acaba por adivinar una alusión a la figura humana hasta en esos pedazos de mármol tallados en forma de violín que se han recogido en Troya. Sin embargo, la alusión existe. A su modo, el obrero ha representado la cabeza, el cuello y el busto, pero ha suprimido los miembros. Revela su intención otro monumento de la misma procedencia, aquel de hueso en que las proporciones de las distintas partes del cuerpo se indican ya de manera menos imperfecta. No existen todavía piernas ni brazos,

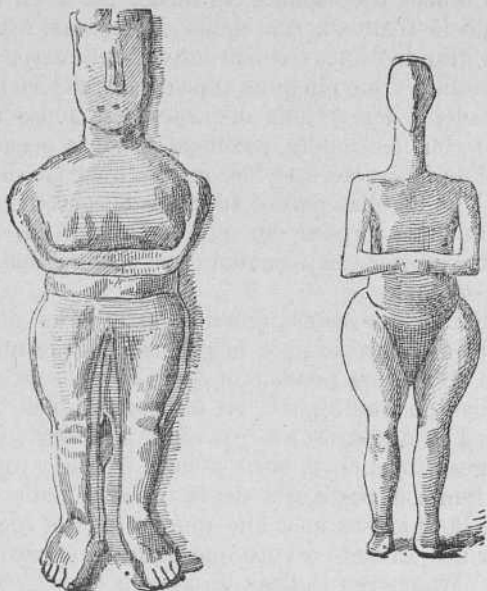


Figs. 74 y 75.—Ídolos primitivos.

pero la unión de éstos se recuerda con una ligera saliente que se perfila a ambos lados del busto.

Por insensibles transiciones, se llega al grupo de los ídolos que se consideran originarios de las islas del Archipiélago. Todos o casi todos reproducen un mismo tipo,

el de una mujer vista de frente, con los brazos cruzados sobre el pecho. La factura es de una torpeza y de una ingenuidad que mueven a risa, y no obstante hay progreso. En las más antiguas de estas imágenes, las piernas están juntas y los brazos pegados al cuerpo. La silueta



Figs. 76 y 77.—Ídolos primitivos.

de la imagen ha sido cortada en delgada tabla de mármol. El cuerpo aparece muy aplastado, pero la proporción de sus distintas partes está bastante bien observada, salvo que la cabeza, puntiaguda en la parte alta, es demasiado pesada y el cuello bastante largo. El contorno general de la forma está indicado aún por detrás; la redondez de las nalgas ligeramente marcada. Cuando el cincel adquirió alguna confianza en sí mismo, quiso separar las piernas, pero ¿no se corría el riesgo de romper el mármol? Algu-



nas estatuitas dan fe de estos temores. Los miembros inferiores han permanecido pegados al fondo, y éste se ve entre ellos.

A la larga, se acaba por no preocuparse de estos peligros. Hay estatuitas en que las piernas aparecen separadas y los brazos despegados del busto. Se ve en ellas el instinto de la realidad, con deseo de marcar, exagerándolas, las grandes líneas constructivas del cuerpo humano. El ombligo y los pliegues transversales del vientre están indicados a veces. Esta disposición se acusa todavía más, pero con insistencia que llega hasta la pesadez, en una serie de figurillas que fueron descubiertas cerca de Esparta. Una de ellas parece acurrucada; pero no se sabe si es efecto de la torpeza del escultor, o si se ha querido representar un personaje sentado y si completaba la imagen un asiento.

Probable es que estas figurillas estuvieran pintadas. El color ha desaparecido por lo general, porque no se había fijado de manera persistente, pero a veces se encuentran huellas de iluminación en estos mármoles. Así, en una cabeza de Amorgos, los ojos están pintados de negro, se ven líneas rojas en la nariz y en la frente, y una línea circular limita la parte alta de la cabeza, donde el pulimento de la figura es más fino que en todo el resto. Debía haber allí un tinte oscuro que figuraba el rostro. Quizá estos pormenores indican en aquellas poblaciones la costumbre de tatuarse o de pintarse la cara y ciertas partes desnudas del cuerpo, como hacen siempre los salvajes.

(Perrot, *Histoire de l'art dans l'antiquité*, VI, páginas 737 y siguientes).

## 7.—LAS ESTÁTUAS PINTADAS DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

Los días 5 y 6 de Febrero de 1886, se encontraron en la Acrópolis de Atenas catorce estatuas femeninas, probablemente sacerdotisas o devotas, todavía con la brillan-

tez de una policromía que había resistido a la acción de los siglos. Estas estatuas habían presenciado la invasión de los persas. Derribadas de sus pedestales y mutiladas por los soldados de Jerjes, fueron piadosamente recogidas en el momento de los grandes trabajos de Cimón y enterradas, con los restos dejados por el paso de los asiáticos, en los terraplenes que habían de servir de cimiento a los futuros edificios de la Acrópolis. Todas tienen un aire de familia. Representan un tipo uniforme, el de la mujer de pie, la pierna izquierda ligeramente avanzada como si anduviese, un brazo doblado con la mano tendida en actitud ofertoria, la otra mano baja, algo separada del cuerpo y sosteniendo los pliegues del jiton. A más de los datos curiosos que nos proporcionan acerca del traje femenino del siglo VI antes de Jesucristo, estas imágenes nos dan a conocer con precisión las reglas que presidían entonces a la policromía de la estatuaria en mármol. En el momento de ser descubiertas, habían conservado el brillante color que la luz ha empañado y oscurecido más tarde. Los vestidos, los accesorios, los tocados estaban realzados por un colorido convencional en que dominaban el rojo y el azul, pero en que el amarillo, el negro y el dorado intervenían asimismo. Por regla general, el pelo y los labios estaban revestidos de un tono rojo. Una línea negra marcaba el arco de las cejas y el borde de los párpados. La pupila era negra, rodeada de un círculo rojo representando el iris. No se han observado hasta aquí huellas de color en las carnes. Respecto al traje, la única parte enteramente pintada era el jitonisco, y todavía este hecho no se observa más que en las estatuas en que está en gran parte tapado por el himation. En este caso, es azul con adornos encarnados en la faja del cuello y el borde inferior. En el jiton y el himation, el pintor no ha trazado más que orlas y planteles (1). Estos dibujos, grabados primero con

---

(1) El jiton es una túnica larga; el jitonisco, una especie de chaleco de lana, de malla grande, que se ponía encima del jiton; el himation, un chal grande.

punzón, luego marcados con el pincel, tienen grecas, cuadraditos, líneas de puntos, florones, flores con los pétalos en forma de estrellas. Hay mucha distancia, como se ve, entre esta policromía discreta y una especie de estofado que hubiera cubierto toda la estatua. Aquí la pintura quiere producir no más que la ilusión de la realidad, no tiene otro objeto que realzar el trabajo del escultor mediante el reflejo de colores vivos y alegres, que marcar los pormenores, que acrecer el valor de los accesorios. En cuanto a las superficies que han permanecido blancas, se las untaba con cera o aceite, de modo que el mármol perdiera algo de su brillante y áspera blancura, y adquiriera tono más blando, algo ambarino, cercano al del marfil.

Ha sorprendido una particularidad que caracteriza a todos estos rostros femeninos. La oblicuidad de los ojos, la sonrisa que ata los labios y realza los ángulos de la boca, les dan un aire burlón e irónico. Se puede agotar todas las delicadezas del lenguaje para analizar, fantaseando cuanto se quiera, esa sonrisa a que el cincel de los escultores áticos imprime singular encanto de extrañeza. Pero no hay que buscar en ella sutilezas de sentimiento que no están en el espíritu del arcaísmo griego. La sonrisa de nuestras estatuas no es enigmática ni misteriosa. «Es pura afectación, dice M. Heuzey, una de esas modas convencionales por las cuales los artistas creen hacer mayor la humana belleza». En realidad, todas esas mujeres son mortales que, con su traje de fiesta, se hacen las elegantes y sonrían torpemente para agradar a la diinidad (1).

(Según Collignon, *Histoire de la sculpture grecque*, I, págs. 340 y siguientes. Didot, éditeur).

---

(1) He reproducido una de estas estatuas en la pág. 100. Se verá el mismo grabado en colores en Duruy. *Hist. des Grecs*, II, pág. 376.

## 8. — FIDIAS (1)

Fidias nació en Atenas entre los años 490 y 485. Su padre era escultor y su hermano pintor. Él escogió al principio la pintura, pero su vocación le llevó a la escultura. Tuvo por maestros al ateniense Hégias y al argivo Agelaidas.

La primera obra que de él se conoce es una estatua de oro y marfil que había en Palene, en un templo de Athena. Por el año 460, hizo un grupo votivo de bronce dedicado a Delfos por los atenienses, en recuerdo de Maratón. Este grupo comprendía una serie de figuras cuyos nombres nos ha conservado Pausanias: Athena, Apolo y el héroe de Maratón, Milciades, luego personajes legendarios, Teseo y Fileo, el antepasado mítico de la familia de Cimón, Codro, uno de los reyes del Ática, finalmente los héroes epónimos de las tribus atenienses, Erecteo, Cécrope, Pandión, Leos, Antiocos, Egeo y Akamas. Se cita también del mismo artista una estatua de Athena Areia, esculpida para un templo de Platea, una Afrodite Urania para un santuario de Atenas, un Apolo de bronce apellidado Parnopios («el que mata la langosta»), un Hermes Pronaos de Tebas, y la Amazona de Efeso que Luciano consideraba obra maestra.

Asociado por Cimón a los trabajos de embellecimiento de la Acrópolis, Fidias ejecutó, a expensas del Tesoro

---

(1) Los principales escultores de Grecia fueron: Arquermos (por el año 600 antes de Jesucristo), Theodoros (siglo VI), Anténor (fines del siglo VI), Onatas, Agelaidas, Calamis, Pitágoras, Pœonios, Alcámenes, Mirón (primera mitad del siglo V), Policleto, Fidias (mediados del siglo V), Praxiteles, Escopas, Eufranor (siglo IV), Lisipo (mediados del siglo IV), Escuelas de Pérgamo y de Rodas (siglos III y II). Hay que notar que varios de estos escultores fueron a la vez arquitectos.

público, una estatua colosal recordando la parte tomada por los atenienses en la lucha de Grecia contra los persas. Era la Athena *Promacos*. Al decir de Pausanias, se la veía desde alta mar, después de haber doblado el cabo Sunium, la cimera del casco y la punta de la lanza brillaban al sol. Parece, no obstante, que no tuvo más de nueve metros de alta, con el pedestal. Si se juzga por las monedas que la reproducen, la *Promacos* no estaba en actitud de lucha. De pie, inmóvil, revestida de doble túnica formando pliegues rectos y regulares, sostenía en la mano derecha la lanza que descansaba en el suelo, la punta a la altura de la cabeza. Las correas del escudo rodeaban su brazo izquierdo. Bajaba la mirada en dirección a la ladera norte de la Acrópolis, como para contemplar la ciudad. El conjunto de la estatua ofrecía un aspecto tranquilo y severo. Según el historiador Zósimo, cuando los godos de Alarico sitiaron la Acrópolis (por el año 400 después de Jesucristo), les llenó de terror la vista de la diosa armada, que parecía alzarse ante ellos para rechazarlos.

Fidias fue a Olimpia próximamente por el año 451, para hacer la estatua criselenfantina (de oro y marfil) de Zeus. Llevaba consigo a su hermano, el pintor Panainos, y a su discípulo Colotes, experto en todas las artes del metal. La estatua, de catorce metros de alta con la basa, estaba en el fondo de la cela. Delante del pedestal, el pavimento era negro, y constantemente se regaba con aceite para impedir que las emanaciones del Alfeo decoloraran y alteraran el marfil. Un velo, rigurosamente bajado, la separaba del resto del templo. En el siglo II antes de Jesucristo, el rey de Siria, Antioco IV, regaló al santuario un tapiz de lana riquísima destinado a este uso. Hay alguna razón para creer que era el velo del *Sancta Sanctorum* del templo de Jerusalem. Zeus estaba sentado en un trono, la cabeza ceñida con corona de oro imitando hojas de olivo. «En la mano derecha, dice Pausanias, tiene una Victoria, asimismo de marfil y oro. Tiene una cinta, y una corona puesta a la cabeza. En la mano iz-



quiera del dios hay un cetro incrustado de toda clase de metales y coronado por un águila. Las sandalias del dios son igualmente de oro, así como el manto sembrado de figuras y flores de lis». Según las monedas, el manto colocado en el hombro del dios dejaba al descubierto todo el pecho formado por amplia extensión de marfil, a la que se oponían los pliegues de oro del himation esmaltados de colores diversos. El brazo derecho se adelantaba, sosteniendo la Victoria, vuelta hacia al dios. El brazo izquierdo se apoyaba en el cetro, pero sin desarrollarse desmesuradamente. Las piernas no estaban horizontales, sino inclinadas, y la vista distinguía apenas sus contornos bajo los pliegues de los paños.

Nos cuesta trabajo representarnos esta estatuaria criselenfantina, que no es más que una forma de la estatuaria polícroma. Sin duda Fidias había puesto en obra todos los secretos de su arte para amortiguar el contraste entre el marfil y el oro, para cubrir con cálida patina las partes desnudas, variar los tonos, el oro, y combinar hábilmente las coloraciones del esmalte. El decorado del trono contribuía por otra parte, por la variedad de los materiales que en él concurrían, a atenuar el brillo demasiado uniforme del metal. El trono era un trabajo muy rico de toréutica y de marquetería, en que entraban el oro, el ébano, el marfil y las piedras preciosas. Estaba adornado con relieves, incrustaciones, figuras en alto relieve y pinturas. Los brazos estaban sostenidos por esfinges sosteniendo niños tebanos. Por bajo se veía de un lado a Apolo, de otro a Artemisa matando a los hijos de Niobe. Encima de las patas, cuatro Victorias bailando, y delante, otras dos Victorias. Para sujetar mejor los pies del trono, el artista los había unido con cuatro travesaños adornados con relieves. En el de delante estaban representadas las luchas de los antiguos concursos olímpicos. En los otros tres se desarrollaba el combate de Hércules y de sus compañeros contra las Amazonas. Por cima del respaldo se alzaban las Horas y las Gracias, hijas de Zeus.

Se habían adoptado precauciones para asegurar la so-

lidez de la estatua. Cuatro columnas estaban colocadas encima del asiento, pero ocultas por barreras macizas, a modo de muro. Estas barreras presentaban al exterior pinturas simétricas, cuyos asuntos eran los siguientes: Atlas y Hércules, Teseo y Pirithous, la Hélide y Salamina, Hércules y el león de Nemea, Ayax y Casandra, Hipodamia y su madre Steropé, Hércules y Prometeo, Aquiles y la amazona Pentesilea herida de muerte, dos Hespérides con manzanas de oro en las manos.

El taburete estaba también adornado con leones de oro y relieves mostrando el combate de Teseo con las Amazonas. Todo el monumento, estatua y trono, descansaba sobre amplio basamento con relieves que representaban el carro de Helios, Zeus y Hera, Hefaistos y una Gracia, Hestia, Eros recibiendo a Afrodita salida del mar, Apolo y Artemisa, Anfitrite y Poseidón, Selene fustigando a sus caballos.

Los testimonios antiguos concuerdan en ensalzar la suavidad infinita impresa a los rasgos del dios. Tenía el aire «tranquilo y amable», se reconocía en él «al que dispensa la vida y los demás bienes, al padre, al salvador y protector de todos los mortales», tanta «luz y gracia» le había comunicado el artista. «Era, se añadía, una obra augusta y perfectamente hermosa», que causaba a la vista «inefable encanto». Era más que admirable obra de arte, despertaba fuerte emoción religiosa. Tito Livio refiere que cuando Paulo Emilio penetró en el templo, creyó ver al dios en persona.

Se ignora en qué circunstancias pereció. Próximamente sesenta años después de la dedicatoria del templo, las placas de marfil empezaron a desunirse. Los eleanos hubieron de encargar a un escultor mesenio, Damofón, que hiciera una restauración completa. No obstante, la estatua estaba todavía en su sitio cuando el emperador Calígula trató en vano de enviarla a Roma. La leyenda contaba los prodigios que habían impedido el éxito de la operación. El dios lanzó una carcajada que puso en fuga a los obreros, y un rayo echó a pique la nave destinada

al transporte. Según un escritor bizantino, el Zeus fue llevado a Constantinopla y colocado en el palacio de Lausos, donde desapareció en un incendio el año 475 después de Jesucristo. Pero cuesta trabajo creer que la estatua sobreviviera al incendio del templo, ordenado en 408 por Teodosio II.

De vuelta de Olimpia, Fidias vino a ser, durante la administración de Pericles, una especie de superintendente general de las obras de la Acrópolis, empezadas por el año 447. Con este título, dice Plutarco, dirigía todo, vigilaba todo, aun cuando tuviera bajo sus órdenes grandes arquitectos y grandes artistas. Los arquitectos eran Ictinos, Calícrates, Mnesicles; los artistas, Alcámenes, Agorácrito de Paros, Colotes. A más de estos colaboradores, Fidias tenía a su alrededor todo un ejército de obreros, para trabajar el mármol, el bronce, el marfil, el oro, la madera de ébano y de ciprés. Plutarco enumera todos los oficios empleados en las obras: carpinteros, moldeadores, fundidores de bronce, albañiles, obreros hábiles en tender el oro y pulir las hojas de marfil, pintores, obreros de marquetería, cinceladores, verdadero organismo, añade el historiador, puesto en movimiento como para animar un gran cuerpo. La mano de Pericles impulsaba aquellos rodajes múltiples, y los trabajos eran llevados con una rapidez que admiró a Grecia.

La estatua de Athena, obra personal de Fidias, fue consagrada en el Partenón el año 431. El artista había podido disponer de más de 1.000 kilogramos de oro fino. En la mente de Pericles, este oro debía constituir una reserva en caso de apuro económico, y por eso se había dispuesto de manera que pudiera quitarse fácilmente. Una estatua de oro y marfil, hecha de distintas partes, suponía naturalmente fuerte armadura reproduciendo las formas y sobre ella estaban fijas láminas de marfil cortadas y hojas de oro repujadas. Esta forma de reunir piezas permitía quitarlas llegada la ocasión. De donde resultaban, por el contrario, pocas garantías de duración. Muy pronto hubo que hacer reparaciones en la estatua. No obstan-



Fig. 78.—Athena Parthenos.

te, aun existía el año 375 de Jesucristo; pero ignoramos cómo y cuándo pereció.

«Athena Parthenos, dice Pausanias, está hecha de marfil y oro. La parte media del casco representa una esfinge, y a cada lado hay grifos. La estatua está de pie, vestida con un jiton que cae hasta los pies, y sobre el pecho lleva la cabeza de Medusa de marfil. La Victoria tiene próximamente cuatro codos (1,85 metros) de alta. En una mano la diosa tiene la lanza. A sus pies está el escudo, y cerca de la lanza la serpiente que se dice representar a Erictonios. En el pedestal de la estatua está representado el nacimiento de Pandora». Por otra parte, Plinio nos enseña que la estatua tenía 26 codos (12 metros próximamente), que Fidias había representado, en la parte convexa del escudo, el combate de las Amazonas, y en la parte cóncava, la guerra de los Dioses y de los Gigantes, finalmente, que en el filo de la suela de las sandalias, el artista había cincelado la lucha de los Centauros y los Lapitas. «¡tanto brillaba aún en los asuntos más pequeños!» Poseemos, sea en la estatuaria, sea en las monedas y piedras grabadas, reproducciones más o menos exactas de la Athena de Fidias.

No es de dudar que el efecto general fuera de gran riqueza. Las partes desnudas ejecutadas en marfil, los ojos de piedras preciosas, el vestido de oro, el escudo adornado con relieves de marfil sobre fondo de oro y un gorgoneion de plata sobredorada, el casco, la serpiente de bronce dorado, todo debía formar un conjunto cuyo esplendor nos cuesta trabajo representarnos. ¿En qué medida la luz del templo podía suavizar la oposición del oro y el marfil, y atenuar el brillo de las masas metálicas? ¿Cómo, por la aplicación de los dorados verdes o pálidos, por la patina del marfil, Fidias había sabido evitar la monotonía y variar los matices? Otros tantos problemas cuya solución no alcanzamos.

Fidias parece haber tenido predilección por el tipo de Athena. A más de la Promacos y la Parthenos, había hecho para la Acrópolis la Athena Lemniana, de bronce, ofrecida

hacia el año 446 por los colonos atenienses de Lemnos. Había sustituido en ella el carácter guerrero de la diosa por la gracia pudibunda de la doncella. La cabeza no estaba cubierta con el gran casco de guerra, nada ocultaba los contornos delicados de la frente y de las mejillas cuya pureza admira Luciano. Pausanias habla de ella como de la obra más notable del maestro. Era, decíase, la belleza misma. Otros nos señalan varias estatuas de él cuya atribución, al menos respecto a algunas, no es absolutamente cierta.

El final de su vida fue trastornado por el proceso que le suscitaron sus enemigos, los cuales lo eran también de Pericles. Se le acusó de impiedad, por haber esculpido en el escudo de la Parthenos la efigie de Pericles y la suya; pero fue absuelto de este cargo. Se le acusó además de haberse apropiado parte de los ricos materiales que se le habían confiado, y murió en prisión, antes de que se hubiera dictado sentencia.

Fidias realizó con maestría incomparable la expresión perfecta de la belleza, en uno de esos momentos, tan raros en la historia, en que todo concurre a crear las condiciones más favorables para la actividad de un genio múltiple y poderoso: la fuerza del sentimiento nacional y de la fe religiosa, grandes obras que realizar, un arte ya formado, joven, lleno de savia, pero que espera todavía el genio capaz de traducir en forma perfecta la pura belleza de que tiene la visión confusa (1). Era el papel reservado a Fidias, y a él estaba preparado por una generalidad de

---

(1) «Lo que se llama el ideal entre los griegos era principalmente para ellos la belleza real, tal como la veían. La parte convencional siguió siendo mucho tiempo casi nula en su arte. Los relieves, las estelas funerarias, los frisos de algunos templos, sobre todo el de Partenón, lo muestran claramente..... Los hombres, los efebos, las doncellas que Fidias representa, los ha visto, todos sus contemporáneos los veían. Su genio consistió en impresionarse más que ningún otro por la realidad bella y expresarla como la sentía». (Dumont, *les Céramiques de la Grèce*, 2.<sup>a</sup> parte, pág. 191).

conocimientos que le hacía llegar al nivel más alto de la escultura de su tiempo. Resumía en su persona todo lo que un artista puede saber. No tenía rival en la estatuaría criselefantina, era el primero en el arte de trabajar el mármol y sigue siendo modelo inimitable para los estatuarios. Se le reconoce la gloria de haber revelado todos los recursos de la toréutica y del arte del metal. Aun cuando pusiera este saber técnico al servicio de obras colosales, se admira a la vez la grandeza de la obra y lo delicado del trabajo. Por cima de todo posee la grandeza del estilo y la grandeza magistral de la concepción. Personifica en su expresión más alta el idealismo griego, es decir, la persecución de una forma muy bella, muy viva, cuyos elementos todos están tomados de la naturaleza, y que traduce, sin embargo, tipos superiores a toda realidad. En este sentido, Platón le llama «creador» y otrosle consideran «hombre inspirado».

(Según Collignon, *Histoire de la sculpture grecque*, I, págs. 518 y siguientes. Didot, librairie de París).

### 9.—UNA METOPA DE OLIMPIA.

En las metopas del templo de Zeus, en Olimpia, estaban representados los principales trabajos de Hércules. Una de ellas representaba la lucha con el toro de Creta. Hoy está en el Museo del Louvre (1).

---

(1) Las exploraciones hechas por alemanes han hecho encontrar algunos nuevos fragmentos, de que se ha añadido el vaciado a lo existente en el Museo del Louvre. Estos fragmentos son la cabeza del toro, las patas y el arranque del brazo derecho de Hércules. El Louvre posee también trozos de otras metopas (Lucha con Gerión, Pájaros del lago Estimfalo). Acerca del conjunto de las metopas, véase Collignon, *Histoire de la sculpture grecque*, I, págs. 429 y siguientes.

El rey de Creta, Minos, había pedido a Poseidón que hiciera salir del mar un toro, prometiendo ofrecérsele en sacrificio. Su súplica había sido oída, pero, lleno de admiración por la belleza del animal que el dios le había enviado, le conservó entre sus rebaños e inmoló otro en su lugar. Poseidón, irritado por aquella falta de palabra, volvió furioso al animal, que devastó los alrededores de Cnosso hasta el día que Hércules se adueño de él y le llevó vivo a Tirinto.

En la escena que reproducía sobre el mármol, el artista ha elegido el momento decisivo. Hércules, afianzado en ambas piernas que tiene separadas, recibe, por manejo que es familiar a los toreadores de nuestra época, el peso del animal sobre su brazo izquierdo envuelto en la piel del león. Con el brazo derecho levanta la maza, y girando sobre sí mismo, va a asestar un golpe cuya fuerza habrá duplicado este movimiento de todo el cuerpo. Actitud tan real ha proporcionado al artista los elementos de una composición muy sencilla y sorprendente. El cuerpo del héroe y el del animal forman dos líneas diagonales cuya intersección está casi en medio de la metopa. El brazo derecho de Hércules y la maza que blande contrapesan la cabeza del toro, y las patas del animal, cruzándose con las piernas del que le domina, constituían igualmente, en la parte perdida del mármol, dos grupos simétricos y fuertemente unidos.

El gran carácter del conjunto se repite en la ejecución de cada parte. En el cuerpo del toro, que, colocado en el segundo término, sirve, por decirlo así, de fondo a la escena, el modelado es sumamente sobrio. La cabeza está rota; pero se adivina una estructura muy sencilla. La pata está dispuesta en anchos planos y el juego de los músculos se acusa muy poco. El cuerpo del héroe, que sobresale, y del que ciertas partes están completamente separadas, está naturalmente ejecutado con mayor estudio de pormenor. No obstante, tampoco en él ha olvidado el artista que su obra había de verse de lejos, y ha sabido contener a tiempo el cincel y no indicar más que lo



necesario. La cabeza, huesosa y cuadrada, no está cuidada más que en la parte expresiva. El pelo corto y la barba en punta están representados simplemente por masas, confiándose a la pintura el cuidado de dar más preci-



Fig. 79.—Metopa de Olimpia (Hércules y el toro de Creta).

sión a estas partes. Los músculos de los hombros son singularmente fuertes, el pecho, ancho e hinchado por profunda aspiración, se compone de planos poco numerosos y claramente cortados, el vientre está alzado por el

esfuerzo, las caderas son estrechas, el arranque de las piernas fino y nervioso.

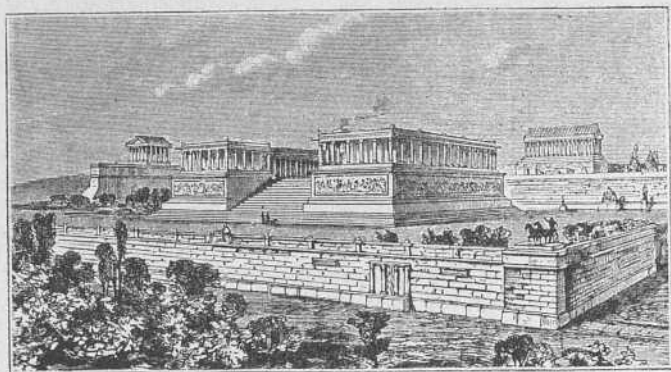
Es interesante comparar esta metopa con las del Partenón, que son de la misma época. No es inferior ni siquiera a las más hermosas. Ciertamente, al lado de defectos de que muy pocas están exentas, se ven en las metopas del monumento ateniense partes de excelente ejecución, firme y elegante a la vez. Pero en ninguna la composición está tan bien dispuesta, la comprensión de las necesidades decorativas es tan completa, la factura, sobre todo, tan amplia y completa. Estamos lejos todavía de tener bastantes monumentos del arte griego del siglo v para poder distinguir con certeza las diversas escuelas y señalar las cualidades propias de cada una. Parece lícito, no obstante, afirmar desde hoy que los escultores del Peloponeso han tenido más energía y amplitud que los artistas del Ática, particularmente enamorados de la gracia y cuidadosos del pormenor. Si se quisiera buscar en una obra anterior las poderosas cualidades de nuestro relieve, no habría que acudir a las metopas del Partenón, sino a los mármoles de Fidias, a las figuras de los frontones de este templo. Fidias, en efecto, no es más ático, aun cuando haya nacido en Atenas, que Rafael es romano por haber visto la luz en medio del patrimonio de San Pedro y por haber trabajado, sobre todo, en Roma.

(Rayet, *Monuments de l'art antique*. París, Quantin, éditeur).

#### 10.—LOS MÁRMOLES DE PÉRGAMO

Los arqueólogos alemanes han descubierto en estos últimos tiempos, en la antigua acrópolis de Pérgamo, un conjunto de fragmentos escultóricos, de una longitud total de 80 metros, que hoy se conservan en el Museo de

Berlín. Estos mármoles proceden de un altar inmenso de Zeus y de Athena, erigido por los príncipes de la dinastía de los Atalos. Representan una gigantomaquia, alusión visible a los triunfos obtenidos el año 239 por estos soberanos sobre los gálatas, es decir, por la civilización helénica sobre la barbarie. He aquí cómo los aprecia Rayet.



[Fig. 80. — Altar de Pérgamo (restauración).

«Es grande error considerar el arte griego como un arte frío, inmóvil en la pureza de sus líneas y fijo en su majestad. Las pasiones no han sido más ignoradas de los escultores de Grecia que de sus poetas trágicos. Podía sospecharse aún que en Asia Menor, en tiempo de los sucesores de Alejandro, en una época en que el gusto estragado quería para despertarse emociones más fuertes, y en medio de una población en que los sobresaltos del alma eran más violentos que entre los helenos, ese amor a las cosas dramáticas había sido llevado muy lejos. A las antítesis muy pronunciadas; al énfasis de expresiones de la elocuencia asiática, debía corresponder un arte amigo también de las oposiciones violentas y de la exageración de los efectos. Y de hecho, las pocas obras de esta época y de este país que hemos conservado, el grupo tan retor-

cido del Laoconte, obra de Agesandros de Rodas, el suplicio de Dircé, esculpido con gran resonancia por Apolonios y Tauriscos de Tralles, y la pelea furiosa de los griegos y de las amazonas que se desarrolla en el friso del templo construido por Hermógenes en Magnesia del Meandro, probaban que así ocurría, y que el arte asiático de los siglos III y II había perseguido ante todo la energía de las actitudes y la intensidad de la expresión.

No obstante, tanto en el Laoconte como en el suplicio de Dircé, la violencia no es más que aparente y superficial. Se comprende, examinándolos de cerca, que un escultor muy tranquilo ha estudiado lentamente, con esfuerzo, y según las reglas de la Escuela, cómo debía expresar el paroxismo de cólera de Amfión y de Zethus. El Laoconte es un actor que estudia su papel y contempla ante el espejo el efecto que produce la contracción de su rostro. El friso de Magnesia, próximamente un siglo anterior, permite ver bajo su ejecución pesada e imperfecta más vigor verdadero. Pero muy otra cosa ocurre con los mármoles de Pérgamo. En ellos el brío no está solamente en el dibujo, en la factura, sino en la invención misma. En aquella pelea furiosa, en que se entremezclan de mil maneras seres de naturalezas distintas, unos de raza divina y que conservan hasta en su furor su dignidad olímpica, otros nacidos del aire o del suelo, mitad hombres y mitad monstruos, descubriendo por su extraña conformación su carácter caótico y expresando en su rostro las pasiones más feroces, hay un fuego espontáneo, una fecundidad natural de imaginación que sorprenden a primera vista y obligan a la admiración.

En aquella época de decadencia, no se esperaba hallar una subida de savia tan vigorosa.

Pero desgraciadamente se trata, y no más, de imaginación, sin que para nada intervenga el alma. Con el Laoconte y el Toro Farnesio nos hallábamos en presencia de hábiles compositores escultóricos. Ahora tenemos que habérnoslas con dramaturgos. Esos furoros que representan, no los sienten un momento sino por esfuerzo de la

voluntad. Esos gigantes cuyas alas hacen batir violentamente o cuyas piernas alargan en repliegues monstruosos de serpiente, saben bien que nunca han existido. Desarrollan con inspiración que aturde un tema que les interesa, pero ya no creen...

Los grupos de Zeus y de Athena son muy superiores a todo el resto. El de Zeus, principalmente, es obra magistral. El dios avanza con paso rápido hacia la izquierda, adelantando, para cubrirse, el brazo izquierdo envuelto en la égida, y blandiendo un rayo en la diestra mano. Los paños, descubiertos por la violencia del movimiento, muestran un torso atlético. A sus pies se agitan dos gigantes. Uno, la pierna atravesada por un rayo, ha caído de espaldas, pero trata de resistir. El otro, herido en la espalda, ha caído de rodillas, parece renunciar a defenderse. Un tercero, erguido sobre las serpientes arrolladas que le sirven de piernas, la cara feroz y los cabellos flotando al viento, combate contra el águila del jefe del Olimpo. En este grupo tan lleno de figuras no hay enredo ni confusión. Las grandes líneas son tan sencillas y armónicas como bellos los pormenores.

El grupo de Athena es sensiblemente inferior. Las líneas son más complicadas, los pormenores más mezquinos, la ejecución más pobre y seca. Los pliegues profundamente excavados de los paños dan sombras demasiado negras que cortan la composición y dañan a la vista. La diosa coge por el pelo a un gigante, en tanto su compañera ordinaria, la serpiente Erictonios, le muerde con furor en el pecho (1). El hijo de la Tierra, abrumado por este doble ataque, cae de rodillas, y domado, incapaz de defenderse, batiendo en vano las alas al aire, alza al cielo desesperado la vista y tiende los desfallecidos brazos a su madre Gé, que, saliendo medio cuerpo del suelo, parece implorar en su favor la piedad de Palas. La idea es feliz,

---

(1) El grupo del Laoconte (fines del siglo II antes de Jesucristo) es imitación directa de esta parte del friso.

aunque un poco rebuscada, pero se expresa con excesivo amaneramiento y por medios demasiado mezquinos. El movimiento del gigante es hermoso; pero su cuerpo está detallado con superabundancia, y sus ojos, demasiado hundidos, no son naturales. La angustia agudísima del rostro de Gé nos conmoviera más si sus cabellos cincelados con



Fig. 81.—Relieve de Pérgamo (grupo de Athena).

cuidado minucioso no interrumpieran, atrayendo nuestra atención, el desarrollo de nuestra simpatía. La actitud de Athena es trivial, y es muy difícil explicarse cómo está hecho el cuerpo de la Victoria que vuela hacia ella y la tiende una corona.

Otro fragmento puede ser comparado con estos dos grupos, y es el resto de un tiro de hipocampos. El pecho de estos animales es soberbio, y especies de aletas colocadas en las espaldillas disimulan hábilmente la unión de su cuerpo de dragón con la parte delantera de caballo. Muy bello igualmente el torso de Apolo y hasta de más

puro estilo que el resto. El artista ha dispuesto asimismo con suma habilidad las tres cabezas y los seis brazos de Hécate. Sin dejar de indicar de manera bastante precisa este tipo impuesto por la tradición, disimula su rareza. ¡Pero en el resto, al lado de algunas partes hermosas, cuántas cosas medianas o aun absolutamente malas! ¿Qué decir de aquella Cibeles de largás trenzas que lleva a través de la pelea su tronco de leones, y de los animales quiméricos que forman la jauría de Artemisa?

Tal es esta obra colosal y sorprendente. Sin querer, en presencia de los trozos más hermosos de este friso, pienso en aquel admirable grupo de *La partida*, que Rude esculpió en el Arco del Triunfo de la Estrella. Es quizá el trozo escultórico que tiene más analogía con los mármoles de Pérgamo. Pero la comparación está lejos de perjudicar al escultor moderno. Ciertamente, tiene menos que su predecesor la forma humana en la punta de los dedos; pero tiene más que él la fe profunda. El entusiasmo que se desborda en su trabajo se apodera de nosotros y nos trasporta. El friso de Pérgamo nos sorprende por su ardor, nos seduce por su variedad. Entre *La partida* y él, hay la misma diferencia que entre el *Cid* y la *Torre de Nesle*.

(Rayet, *Études d'archéologie et d'art*, págs. 260 y siguientes. París, Didot, éditeur).

## 11. — LA PINTURA GRIEGA

Los colores de que se servían Polignoto y sus contemporáneos eran los siguientes: la tierra de Melos para el blanco, el sil ático (especie de ocre) para el amarillo, la sinopsis del Ponto para el rojo, y para el negro el *atramentum*, es decir, el negro de humo adicionado con una materia aglutinante. Más tarde, los pintores tuvieron mucho mejor provista la paleta. Así Apeles, a más de que

disponía para cada uno de los antiguos tonos de varios matices, poseía también el azul y el verde.

Se ha preguntado si el ojo de los griegos percibía todos los colores que percibe el nuestro, si era capaz de la misma precisión, de la misma delicadeza de análisis. Lo cierto es que sus palabras no designan siempre lo que creemos, pero no se sigue de aquí que no conocieran tanto número de tonos y matices como nosotros. Se lee, por ejemplo, en Plinio, que empleaban diversas variedades de rojo: la sinopis, por sí sola, les daba tres, y no solamente la hacían venir de Sinopis, sino que el Egipto, Africa, las Baleares, Lemnos, la Capadocia se la proporcionaban excelente. Tenían de igual modo varios amarillos: para pintar las partes oscuras, recurrían al amarillo de Skyros y al de Lidia, más oscuro que el sil de Atenas. Además, el espíritu inventivo de cada uno tendía más a multiplicar los tonos o a perfeccionar los ya existentes. Polignoto y Micón habían ideado hacer negro con heces de vino secas y cocidas. Apeles lo obtenía con marfil calcinado. Parrhasios encontraba en el yeso de Eretría cualidades que no tenía ningún otro blanco. Kydias de Kythnos había ideado el primero quemar el amarillo para obtener el bermellón. A todos estos recursos se añadían los que proporcionaban las mezclas, una de las más complicadas de las que era la que permitía dar el color de la carne.

¿En qué materia pintaban los griegos? Las pinturas prehistóricas de Micenas y de Tirinto eran ejecutadas sobre un unto que se adhería a las paredes que decoraban. ¿Ocurría lo mismo con las grandes composiciones murales de Polignoto? Un texto del siglo v de nuestra Era nos dice que las pinturas del Poecilo en Atenas estaban hechas sobre madera, pero esto no prueba que ocurriera lo mismo en Delfos. Ciertos decorados podían aplicarse directamente sobre la superficie que habían de cubrir, en tanto otros se pintaban en tableros fijados de antemano en la pared, o colocados en ella cuando el pintor había terminado su obra. Creería gustoso que, de los dos méto-



dos, el primero era el más conocido; pero es probable también que muy pronto se pintase sobre madera. Estos tableros, fáciles de sustituir en caso de un contratiempo, ofrecían ventajas que no presentaba la piedra no trasportable, y si se admite que no se ponían sino después de la construcción, tenían todavía la ventaja de ser pintados en el taller, en el caballete. Lo cierto es que el día que en lugar de adornar las paredes se quiso hacer pintura fácilmente trasportable, no se utilizó más que la madera. No parece, por otra parte, que los griegos hayan tenido la costumbre de pintar en tela, por lo menos en tela sola.

¿Conocían la pintura al fresco, es decir, con agua sobre el revestimiento húmedo de una pared? Tal era, sin duda, el procedimiento usado en las vastas composiciones murales, cuando se aplicaban directamente sobre la pared. Se usaba igualmente la pintura al temple, que consiste en desleir los colores en una sustancia que los une, como cola, goma, clara de huevo, leche, y tenderlos sobre una superficie preparada con la misma sustancia. Se había recurrido también al encaústico. En este caso se hacían con yeso blanco y colores pulverizados, pastillas de matices diversos que se conservaban en cajas. Para pintar, se licuaban estas pastillas en tacitas sobre una paleta metálica. Se extendía luego la cera así fundida con un pincel, pero como se fijaba pronto al enfriarse, el pincel no bastaba para unir los tonos. Entonces tenía lugar el *kau-sis*. Con ayuda de un hierro caliente, se recogían los toques de cera depositados en el lienzo y se extendían y unían con cuidado. Era la parte delicada de la operación.

Considerando la pintura griega en conjunto, se observa que, a excepeión del paisaje, que jamás ha sido en el arte griego más que un marco, ha abordado todo, lienzos decorativos y cuadros de caballete, asuntos de historia y de costumbres, retrato, alegoría, naturaleza muerta. Ha pintado los animales con una maestría de que dan fe los bueyes de Pausias, los perros de Nicias, los caballos de Apelles. Ha reproducido sobre todo la figura humana con una fuerza y una individualidad singulares. Desde los tiempos

más remotos, han sorprendido a los griegos los rasgos propios de ciertas razas, y los han fijado con precisión. Luego, sus figuras han venido a ser intencionadamente menos personales, sin tomar, no obstante, como modelo el ideal mismo de belleza. A los rostros angulosos, a las narices largas y aguileñas, han sucedido caras redondas, narices remangadas. Estas espirituales fisonomías han sido abandonadas a su vez por el rostro severo y algo frío en su regularidad que nos hemos habituado, bien equivocadamente, a considerar como el tipo único de la figura humana entre los griegos. No podemos notar casi estos cambios más que en la cerámica, pero nadie duda que se hayan producido también en la pintura. Lo que la cerámica, en todo caso, no refleja más que imperfectamente, es el movimiento cuyos rasgos animaba la pintura. El arte de comunicar interés con rostros expresivos, con gestos o actitudes en relación con determinadas situaciones, tal ha sido la gran originalidad de la pintura griega. No ha tenido nuestras delicadezas de colorido, nuestras exigencias de ahitos, cuyo gusto han hecho difícil siglos de arte, y refinados por otra parte por una observación más aguda cada día; pero ha penetrado profundamente en el corazón del hombre y ha exteriorizado sus sentimientos, sus pasiones. La expresión, es en lo que más ha brillado, y ello sólo bastaría para hacernos deplorar constantemente su pérdida (1).

(P. Girard, *la Peinture antique*, págs. 257 y siguientes. Quantin, éditeur. París).

---

(1) Conviene observar que no ha sobrevivido nada de la pintura griega. El único medio de tener alguna idea de ella, es estudiar las pinturas trazadas en los vasos, y los frescos hallados en Pompeya. Unas y otros parecen inspirarse en los cuadros que habían pintado los grandes maestros.

## 12. — POLIGNOTO (1)

Polignoto había nacido en Thasos. Su padre, su hermano, su sobrino fueron pintores lo mismo que él. Fue a establecerse a Atenas, poco tiempo antes de las guerras Médicas, y allí se hizo amigo de Cimón. Viviendo entre la aristocracia más alta, parece haber copiado sus usos y maneras de ser. Era un artista gran señor. Cuando se trató de pintar el Poecilo, rehusó el dinero que se le ofrecía, en tanto se hacía pagar su colaborador Micón. Los atenienses agradecidos le confirieron el derecho de ciudadanía.

Su primera obra importante fue el decorado de la Lesqué de Delfos. Así se llamaba a un gran pórtico que servía de paseo a los peregrinos y que había sido edificado cerca del templo de Apolo a costa de los de Cnido. Las pinturas que allí había ejecutado Polignoto fueron descritas por Pausanias, que las vió todavía intactas en el siglo II de nuestra Era. Formaban dos composiciones distintas, que se seguían en el mismo recuadro. En una se veía Troya y la campiña al día siguiente de la victoria de los aqueos (*Ilioupersis*), la otra era una imagen del mundo infernal.

El principal episodio de la *Ilioupersis* era el atentado de Ajax, hijo de Oileo, contra Casandra, o más bien el juicio de Ajax, después de este atentado, por los principales jefes de los griegos. Varios grupos representaban cautivos gimiendo por la ruina de su patria, en tanto Helena, causa de aquel desastre, estaba sentada entre sus ca-

---

(1) Principales pintores de Grecia: Eumares y Cimón de Cleonées (segunda mitad del siglo VI); Polignoto, Micón y Panainos (siglo V); Zeuxis, Panainos y Parrhasios (fines del siglo V); Melantios, Pausias, Arístides, Nicias, Eufnor, Apeles (siglo IV).

mareras ocupadas en arreglarla. Luego venían heridos y muertos, principalmente el viejo rey Príamo. Guerrieros, aquí y allá, acababan con los restos de los desgraciados troyanos. Epeos hacía caer las murallas de la ciudad que dominaba el funesto caballo de madera. Neoptolemo, después de asestado el golpe de gracia a Elasos, hería con su espada a Astinoos que yacía en tierra. El traidor Sinón, ayudado por Anquialos, arrastraba el cadáver de Laomedón. Eran los últimos hechos de la gran matanza que había comenzado la víspera. Todos estos grupos estaban comprendidos entre dos escenas que formaban pareja. En uno de los extremos del fresco, los griegos se disponían a partir, y los soldados de Menelao desmontaban su tienda. En el otro, un troyano, Antenor, cuya casa había sido respetada porque en otro tiempo había recibido a título de huéspedes a Menelao y a Ulises, enviados a Troya en calidad de embajadores, hacía también sus preparativos de marcha. Rodeado de su mujer y de sus hijos, dirigía, antes de tomar el camino del destierro, postrera mirada a la ciudad devastada, mientras un sirviente cargaba en un burro un cofre y otros objetos.

La segunda composición pintada en la Lesqué estaba tomada de la *Nékyia* de Homero, es decir, del canto de la *Odisea* en que el poeta muestra a Ulises yendo al país de los cimerianos para consultar la sombra del adivino Tiresias, y donde, con este propósito, describe los infiernos. El centro de la pintura lo ocupaba Ulises, en cuclillas, la espada desnuda, al borde de la fosa donde las almas de los difuntos acudían a beber la sangre de las víctimas. A su lado estaba su compañero Elpenor, vestido con el burdo sayal de los marineros. La sombra de Tiresias avanzando hacia el foso y la de Anticlea, madre de Ulises, sentada en una piedra, completaban este grupo central. Pero atraía sobre todo la atención del visitante la representación de los suplicios infernales, el castigo del mal hijo y el del impío, la vista de los grandes atrevidos, como Teseo y Pirithous, de las mujeres culpables, como Fedra, de los criminales legendarios, como Titios, Sísifo, Tántalo. Po-

lignoto no se había complacido en los pormenores horribles, había tratado de expresar menos la pena que la comprensión de la pena o de sus efectos. No había representado a Titios ofreciendo al pico y a las garras del gavilán su hígado sin cesar renaciente, sino que le había pintado, desfallecido por el suplicio, en uno de los cortos momentos de reposo más dados a la reflexión que la vista sangrienta del suplicio mismo.

A estas lúgubres escenas se oponían otras más alegres. Polignoto había mezclado a los horrores infernales del castigo las dichas del Elíseo. Así se veía en el fresco a los héroes y las heroínas de los antiguos tiempos entregándose a inocentes distracciones. Las hijas de Pandareo, coronadas de flores, jugaban a los huesecillos. Ajax, hijo de Telamón, Palamedes, Tersito, agitaban los dados en presencia del otro Ajax y de Meleagro. Había el rincón de los poetas, donde Orfeo, apoyado en un sauce, cantaba acompañándose con la lira. A su lado estaba el ciego Tamiris, y no lejos el sátiro Marsias enseñaba a tocar la flauta a Olympos niño. Los grandes campeones de la guerra de Troya, Aquiles, Patroclo, Agamenón, Héctor, Sarpédon, Memnón, Páris, la amazona Pentesilea, estaban agrupados en actitudes diversas. Escenas simbólicas, prácticas de iniciados, recordaban las ceremonias de los misterios de Eleusis y las relaciones del mundo terrenal con el subterráneo.

Diffícil es no ver estrecha relación entre este fresco y el anterior. De un lado, la vida humana con sus miserias y sus crímenes, su variable fortuna, sus glorias pasajeras. De otro, la vida de los infiernos, con sus penas y sus recompensas. Aquí, las acciones de los hombres, allí su sanción. Estas dos pinturas, próximas, contenían, por tanto, grandes enseñanzas, conformes con la religión de Delfos.

Hay que atribuir asimismo a los primeros tiempos de Polignoto una pintura que adornaba el templo de Athena Areia, en Platea. Esta pintura, inspirada en la epopeya, representaba la *Matanza de los pretendientes*, o más bien

a Ulises en su palacio, rodeado de los pretendientes muertos o expirantes. En esta obra se observa igualmente que no es la parte viva de la acción lo que había tentado al pintor, sino las consecuencias y el horror de aquella morada ensangrentada, devuelta a su dueño vengado y satisfecho.

Polignoto ejecutó grandes pinturas decorativas en Tespia, pero ignoramos el asunto. Su fama se extendía, por tanto, fuera del Ática, no obstante lo cual trabajó principalmente para Atenas. En el mercado público, que Cimón había plantado de árboles, se alzaba un pórtico construído por su pariente Peisianax. Quiso que este pórtico fuera adornado con pinturas, y Polignoto fue el encargado de ejecutarlas. Se ayudó de dos pintores de valía, Panainos y Micón, y pronto el pórtico de Peisianax, llamado *Pórtico pintado* o *Pocilo* (ποικίλη στοά), excitó la admiración con los hermosos frescos que lo llenaban. En el lienzo central, Polignoto había representado, como en Delfos, una *Ilioupersis* cuyo principal asunto era siempre el atentado contra Casandra. Tan sólo, en vez de mostrar a Ajax juzgado por los jefes aqueos, le había mostrado purificándose cerca del altar de Athena e implorando la clemencia de esos mismos jefes. A la izquierda, Panainos y Micón habían pintado juntos la batalla de *Maratón*. El momento que habían elegido era la derrota de los bárbaros, que se veía de un lado rechazados a las marismas, de otro arrojados hacia las naves fenicias que bordeaban la orilla. A la derecha, una pintura de Micón representaba la lucha de Teseo contra las Amazonas.

Había otros frescos de Polignoto en el Teseion, en el Anakeion o santuario de los Dioscuros, en un edificio de destino incierto, comúnmente designado con el nombre de *Pinacoteca*. En este último edificio estaban el *Robo del Paladío*, por Ulises y Nicodemo, *Ulises y Filoctetes en la isla de Lemnos*, *Polixena inmolada en la tumba de Aquiles*, *Orestes matando a Egisto*, *Ulises y Nausicaa*, *Aquiles en Esciros*. ¿Eran todas estas pinturas obra de Polignoto? Pausanias, que las enumera, no lo dice posi-

tivamente. Sea lo que quiera, entraban en sus aficiones, y si no habían salido de su pincel, pertenecían sin duda a su escuela.

Los antiguos admiraban mucho la sobriedad de su colorido. Según el testimonio de Cicerón y de Plinio, nos inclinaríamos a creer que no pintaba más que con cuatro tonos, el blanco, el amarillo, el encarnado y el negro. Aparentemente eran para él, lo mismo que para sus contemporáneos y sus sucesores inmediatos, los colores fundamentales; pero mezclándolos, obtenía un número de tonos relativamente considerable. Es extraño que no recurriera al azul. Había a su alrededor tanto azul en los edificios y las estatuas que sorprende no figure este color entre los que utilizaba. Es cierto, sin embargo, que había negro azulado en sus cuadros. La *Nékyia* contenía la imagen de un vampiro que se alimentaba con la carne de los muertos, y cuya piel era de un tono intermedio entre el negro y el azul, «semejante, dice Pausanias, a las moscas que pican en la carne». Quizá también el tinte del agua tiraba ligeramente al azul, aun cuando las ondas del Aqueronte, en la Lesqué, parecen más bien haber sido grises, con peces que aparecían al través, como siluetas fugitivas, apenas visibles. En cuanto al follaje, las cañas, los sauces, los olmos, no aparecían verdes; probablemente estaban bosquejados en negro o en color pardo, con gran delicadeza. A estos tonos indecisos, de un encanto penetrante, iban asociados otros francos, como la púrpura de ciertos mantos, la rareza de ciertos tocados femeninos. Efectos semejantes de coloración se pedían al blanco, sin duda adicionado con alguna materia cristalina, quizá con sal. Así Ajax, hijo de Oileo, tenía el cuerpo brillante con una especie de eflorescencia salina, recordando el naufragio que a la vuelta de Troya le había precipitado en el reino de Hades. Esta sencillez de colores era evidentemente intencionada. La brillante policromía, entonces de moda en la escultura y la arquitectura, no hubiera dejado de influir en la pintura si ésta no se hubiera resistido, pero tendía cada vez más a la sobriedad.

En aquel arte depurado, el dibujo lo es casi todo, el color es sólo accesorio. El pintor no quiere más que discretas indicaciones que ayuden a señalar la belleza de las formas y hagan valer la elegancia de las figuras.

A este convencionalismo se oponía en Polignoto un realismo superior, que trataba de expresar la verdad de los sentimientos y de las emociones. Buscaba con preferencia las circunstancias en que podían manifestarse las agitaciones interiores del alma. En Delfos, las cautivas de la *Ilioupersis* y la familia de Antenor abandonando Troya atestiguaban en sus miradas y en su actitud general la profunda aflicción y los punzantes cuidados que eran su tormento. Se veían niños mezclados en estas escenas luctuosas, unos tranquilos, como aquel hijo de Andrómeda que estaba mamando, o como el hijo de Antenor ya subido al asno dispuesto a partir, otros espantados a la vista de todo cuanto ocurría a su alrededor, como el que lleno de terror se asía a un altar, o como aquel otro que se tapaba los ojos con la mano. Pero lo más penetrante era la expresión de Casandra, cuyas cejas y mejillas coloreadas por ligero rubor, expresaban tan bien la angustia patética.

(P. Girard, *la Peinture antique*, págs. 154 y siguientes. París, Quantin, libraire).

### 13.—FABRICACIÓN DE LOS VASOS PINTADOS (1)

El barro que forma la pasta usada en la cerámica presentaba grandes variedades. Por razón de sus cualidades

---

(1) Según M. Pottier, hay en el Museo del Louvre más de 6.000 vasos pintados. Añadiendo los de la Biblioteca Nacional, puede calcularse en 8.000 el número total de los vasos expuestos al público parisién. Londres tiene próximamente 5.000, Berlín próximamente otros tantos, Nápoles más de 4.000.



especiales, ciertas tierras se prestaban mejor que otras al trabajo del alfarero. Tal la arcilla blanca de Corintia, la del territorio de Tanagra y, sobre todo, el barro que se encontraba en Ática, en la punta Coliade, que de tono más rojo que el barro corintio, daba un material excelente. Era el barro ático famoso entre todos. Pero el barro natural presenta raras veces una consistencia que permita utilizarlo sin ninguna preparación. Se tenía cuidado, por consiguiente, de añadirle los elementos que no tenía, las más de las veces marga y arena, a veces óxido de hierro. Después de lo cual se lavaba con agua abundante y se amasaba, para que tuviera perfecta homogeneidad. Luego se dejaba reposar para que una especie de combustión lenta le desembarazara de las materias orgánicas que habrían producido al ser cocido agujeros o manchas negras.

Una representación de un monumento nos muestra a los alfareros griegos ocupados en hacer vasos. Por un lado, se ve el interior del taller, por el otro, un espacio al aire libre con el horno encendido. Varios obreros trabajan. Uno de ellos, a la izquierda, tiene sobre las rodillas un ánfora terminada, que uno de sus compañeros coge con ambas manos para llevarla al horno. Más lejos presenciarnos la operación del torneado. Un ánfora está colocada en el torno, al cual un aprendiz, sentado en escabel muy bajo, da vigoroso impulso. Un alfarero de más edad ha metido el brazo izquierdo en el vaso e iguala con la mano las paredes interiores. Finalmente, un obrero joven se dirige a la puerta, llevando con cuidado un vaso ya torneado, que va a secar al sol. De otro lado, el maestro alfarero, de edad y calvo, vigila a dos obreros ocupados en la cocción. Uno lleva al hombro un saco de carbón, otro activa el fuego del horno, cuya pared anterior está adornada con una máscara de Sileno destinada a alejar los maleficios.

Los vasos primitivos se hacían a mano y simplemente se les daba brillo con el pulidor. Pero este procedimiento rudimentario fue sustituido, con anterioridad a Homero,

por el uso del torno, que los griegos aprendieron quizá de los egipcios. Era un torno bajo, cuya rueda ponía en movimiento la mano del obrero. Probable es que Grecia conociera también el torno de rueda, que se mueve con el pie.

Cuando ha adquirido la parte principal del vaso su forma definitiva con el torno, el obrero la pone a secar, ya al sol, ya a un fuego suave. Añade luego las partes accesorias torneadas o modeladas aparte, como son el cuello, el pie y las asas, después de haber sido secadas suficientemente. Pega estas piezas separadas con un poco de pasta muy a propósito para el objeto, y, finalmente, para que la superficie quede perfectamente lisa y se borre toda huella de pegadura, somete el vaso al pulimento. Después de esta última labor, el vaso pasa a manos del alfarero encargado de pintarlo.

Dos métodos estuvieron sucesivamente en boga, el de

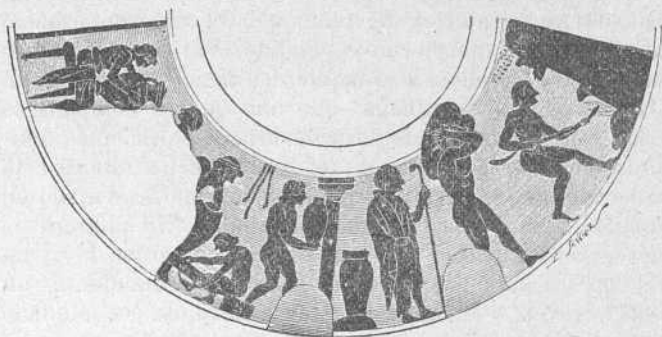


Fig. 82.—Taller de alfarero.

la pintura con figuras negras sobre fondo rojo o blanquecino, y el que lleva figuras que se destacan en color claro sobre un barniz negro. El primer procedimiento fue exclusivo durante mucho tiempo y no dejó de ser de uso corriente sino en la primera mitad del siglo v. Inútil es

entrar en la explicación técnica de esta doble operación, bastando recordar que era un trabajo muy arduo, en que los artistas griegos dieron pruebas de habilidad manual, de adaptación y de precisión incomparables. En efecto, con un simple pincel trazaban las líneas de finura extremada, dibujaban el encañonado tan regular de las telas pesadas, o expresaban con trazos de delicadeza infinita los mil pliegues de los tejidos ligeros y transparentes.

Si el vaso se cocía mal todo quedaba comprometido. ¡Por eso, cuántas precauciones se adoptaban! Una placa del museo del Louvre representa un horno de alfarero. La cubierta es circular, y la boca del horno, que sobresale por abajo, sirve para la entrada de aire. En lo alto, un agujero deja escapar la llama y el humo. En la parte media está la abertura por donde se metían los vasos. La cierra una puertecilla, pero se ha tenido cuidado de disponer un agujero por donde el operario puede dirigir la vista al interior. Con la cocción termina el trabajo del alfarero. Desde este momento los vasos están dispuestos para ser vendidos o enviados fuera.

Esta explicación nos permite adivinar hasta qué punto se confunden el arte y la industria en la fabricación de los vasos. A decir verdad, los cerámicos no separaban uno de otro, y ese es el secreto de su superioridad. Reivindicaban tanto la gloria de haber modelado un ánfora de forma irreprochable como la de haber ejecutado la pintura de estos vasos. No obstante, la decoración pintada exigía aprendizaje más largo. Para llegar al dominio del arte, para ser capaz de combinar sabiamente escenas complicadas y adquirir la habilidad necesaria, era preciso que el pintor se ensayase primero en labores más modestas. Una pintura nos enseña la importancia que tenía, a los ojos de los griegos, esta educación profesional. Nos muestra a los aprendices trabajando en un taller. Sentados en sillas o en escabeles, los botes de colores colocados al lado, están muy ocupados en adornar vasos. Uno de ellos acaba de trazar en el cuello de un ánfora redondeles y óvalos; otro, de más edad, tiene sobre sus rodillas un cántaro y lo pinta

con sumo cuidado; un tercero dibuja palmas en una cratera. Finalmente, un poco apartada, encima de pequeño estrado, una muchacha cubre de pintura el asa de un ánfora. Al ver el celo con que trabajan, se adivina el sentimiento de emulación que les impulsa. Pero he aquí, además, otras figuras que aclaran mucho la significación de la escena; dos Victorias aladas se disponen a coronar a dos de los jóvenes pintores, en tanto Athena, de pie en medio



Fig. 83.—Horno de alfarero.

del cuadro, tiene una corona de olivo, destinada al laborioso artista que está frente a ella. Ensalzando así, con una especie de orgullo, la dignidad de la profesión, colocándola bajo los auspicios de una gran diosa, el autor desconocido de esta pintura nos ha dejado un testimonio preciosísimo, ha expresado claramente el ardor en hacer las cosas bien, el deseo de perfección que animaba a todos sus colegas, desde los más oscuros a los que han firmado las más hermosas producciones de la cerámica antigua...

Es costumbre considerar a los ceramistas como simples obreros, estrictamente limitados a la práctica de un oficio. Nos imaginamos verles con su humilde traje de faena, manchados de barro, sentados en su escabel, ante

su torno, o teniendo sobre las rodillas el vaso que acababan de adornar. Sin duda, los obreros hacían en cada taller la labor corriente. Pero los que firmaban con su nombre los lindos vasos de los siglos v y iv, eran de otra condición social y estaban de otro modo instruídos. Los mismos maestros de las grandes fábricas, aun cuando ocupados principalmente del torneado y de la cocción, estaban informados las más de las veces del arte de adornar los vasos y eran capaces de pintarlos. Unos y otros habían hecho serios estudios, habían recibido lecciones, ya de los viejos en la fábrica, ya de verdaderos artistas. Estaban al corriente de lo que realizaban la pintura y la escultura en los templos o en las plazas públicas de Atenas, de Corinto, de Argos, de Tebas, de Delfos, de Platea, y tenían la ambición de trasladar a los productos de su taller todo lo que podían coger de la composición sabia, de la magistral belleza, del tranquilo y majestuoso aspecto de aquellas decoraciones murales que se multiplicaban por todos lados.

(Rayet y Collignon, *Histoire de la céramique grecque*. Introducción y pág. 157. París, Decaux, éditeur).

#### 14.—UNA PINTURA DE VASO

El vaso de que se trata tiene por autor al ateniense Eufronios, que vivía en la primera mitad del siglo v antes de Jesucristo. Se ha encontrado en Cœré, en Etruria. Es un cylix adornado por fuera y por dentro. De las tres escenas que en él hay pintadas, dos son episodios de la leyenda de Aquiles y Troilos. La tercera quizá, sin demasiado esfuerzo, puede unirse a las dos primeras. Ocupa una de las mitades del exterior de la copa y representa cuatro guerreros ocupados en armarse. Dos son de edad y con barba, y como gentes acostumbradas a la guerra, han terminado casi sus preparativos. Uno está completamente armado. No sólo tiene puesto el casco y la

coraza, sino que lleva ya el manto sobre los hombros y descuelga su escudo. El otro, por su parte, tiene ya el casco puesto, y de pie, sosteniéndose en la pierna derecha, se dispone a ponerse las eménides. Sin embargo, no se ha colocado todavía la coraza, y la túnica finamente plegada cubre su cuerpo. El pelo cae en largos bucles sobre los hombros. A su lado está la lanza plantada en tierra.

Cerca de estos dos hoplitas, hombres maduros y ex-

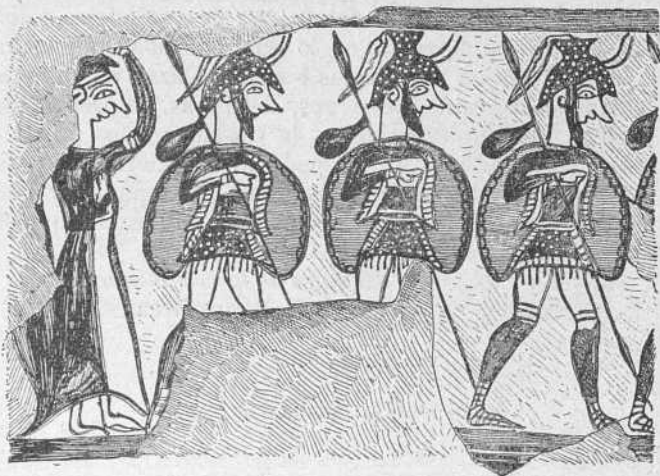


Fig. 84.—Pintura de vaso arcaico.

pertos en el manejo de la lanza, hay dos lindos efebos, vestido con corta y elegante clámide, la cabeza descubierta y las piernas desnudas. Uno pasa por encima del hombro el tahalí que sujeta la corta espada. Otro, la mano izquierda apoyada en el borde de un gran escudo redondo, coge con la derecha el casco que va a ponerse a la cabeza.

El arqueólogo Gerhard ha interpretado esta escena como el armamento de los mirmidones, y la hipótesis es

verosímil. Si se admite, todo el adorno de la copa ofrece perfecta unidad. Es, en efecto, una hazaña del jefe de los mirmidones, Aquiles, lo que representa la segunda de las pinturas exteriores. A la derecha de la composición hay un altar rectangular, levantado junto a una palmera, y al lado un trípode. La palmera y el trípode indican que



Fig. 85.—Pintura de vaso (Aquiles y Troilos).

el altar está consagrado a Apolo. A la izquierda del altar, Aquiles, con casco y coraza, el escudo y la lanza en la mano izquierda, coge con la derecha, por la áspera cabellera, a un joven desarmado y vestido con simple túnica. Es el hijo de Príamo, Troilos. De esta suerte sorprendido, Troilos cae hacia atrás, tendiendo el brazo derecho

y la mano abierta para implorar a su enemigo. Ha soltado los ramales con que sujetaba sus dos caballos y éstos huyen al galope.

En el interior de la copa está el último acto de esta cruel tragedia. Troilos ha tratado, sin duda, de escapar y sentarse sobre el altar, donde hubiera sido inviolable. La posición de su cuerpo es la de la carrera, pero Aquiles le ha cogido de nuevo de los pelos y el desgraciado niño trata en vano con la mano izquierda de librarse de la fatal sujeción, mientras que con la mano derecha tendida y abierta implora perdón todavía. Su vencedor, implacable en su cólera, afirma la pierna derecha que avanza, y blandiendo con el brazo derecho levantado la corta espada, inclinando ligeramente hacia atrás la cabeza de su prisionero, se dispone a cortar el cuello. La figura de Aquiles es enteramente notable. Sorprende por la originalidad de la actitud, por la fiereza del contorno, por la energía del movimiento, y el rostro es de gran vida. Los ojos muy abiertos, fijos en la víctima, la boca distendida por un grito de rabia satisfecha, la nariz al viento y los labios estremeciéndose con alegría feroz, hay en el conjunto una intensidad de vida que no se encontrará quizá en tan alto grado en ningún otro vaso griego, mientras que el rostro convulso por el miedo, el supremo esfuerzo de Troilos, inspiran al que los ve honda emoción.

(Rayet, *Histoire de la céramique grecque*. París, Decaux, éditeur).

### 15.—FABRICACIÓN DE LOS BARROS COCIDOS (1)

La fabricación de los barro cocidos pasa por las cinco operaciones siguientes: se amasa la pasta arcillosa, se la

---

(1) Hay en el Museo del Louvre rica colección de barro cocidos, con un excelente catálogo de M. Heuzey.



da forma a mano o en moldes, se retoca, se cuece, se da el color.

Los antiguos dedicaron todos sus cuidados a lograr para la confección de los barro cocidos una pasta homogénea y perfectamente depurada. La tierra llamada de *batanero*, cuyos depósitos son muy comunes en todos los países, constituye la materia prima. El barro de modelar presenta comúnmente de un país a otro, con las mismas cualidades de densidad y de fácil manejo, ciertas diferencias de color que no escapan a un ojo experimentado.

En el modelado se distinguen dos procedimientos: o se modelan los objetos en el barro o se vacían en un molde. El primer procedimiento se emplea solamente con figuras de pequeñas dimensiones, animales, muñecas para distracción de las niñas, bosquejos de pasta estirada que se cortan del tamaño que se quiere para ejecutar las piernas, los brazos y el cuerpo, y cuyas diferentes partes se juntan después. La fabricación al vaciado es mucho más utilizada. Presenta la ventaja, dando el menor espesor posible a las paredes, de encoger muy poco y evitar las roturas en la cocción. Además, permite obtener piezas huecas de muy poco peso.

El molde mismo era de barro cocido y de gran dureza. En las figurillas con pocos pormenores de ejecución, da el personaje entero, con la cabeza y hasta con el pedestal. El obrero coge un pedazo de barro, lo coloca sobre el molde, con los dedos hace penetrar el barro en los huecos. Esta primera capa es demasiado delgada para constituir una pared resistente, y así se superponen otras varias, hasta obtener el espesor conveniente. El molde preparado de esta suerte se deja al aire para que se seque, y el encogimiento que resulta en el barro fresco es bastante grande para permitir, en poco tiempo, sacar la prueba del molde.

Si el objeto que había que reproducir era complicado, si tenía brazos y piernas separados del cuerpo, alas, accesorios tales como sombreros, abanicos, troncos de árboles, etc., sobre todo si se trataba de un grupo, no bastaba

un solo molde, era necesario uno para cada parte, y se procedía luego a ajustarlas y a unir las. No obstante, sería equivocado creer que el número de moldes empleados en un taller cerámico debiera ser muy considerable. Los griegos sabían obtener de un instrumental económico preparado todos los recursos necesarios para una producción muy varia. Si se examinan las figuritas salidas de una misma fábrica, se ve que son muy raros los ejemplares idénticos. Muchas figuritas parecen tener estrecha semejanza, pero se observa casi siempre una diferencia de actitud, un gesto, un movimiento de cabeza o de brazo, un accesorio cambiado de sitio, una insignificancia, pero insignificancia que consigue diversificar los motivos. No había más que inclinar una cabeza sobre el hombro, alzar un brazo o bajarlo, avanzar una pierna, cambiar de sitio un accesorio, para producir diez ejemplares en lugar de uno. Si se supone ahora la combinación de los moldes entre sí, se concibe que la variedad llegara hasta el infinito. En el cuerpo de una mujer cubierta con paños se pondrá, por ejemplo, una cabeza velada de matrona o rizada de muchacha, sobre esta cabeza un sombrero o una corona de follaje, en las manos un abanico o una guirnalda, una bolsa con huesecillos, un pájaro, etc. Los modeladores griegos han desplegado en esta parte de su oficio una fecundidad de invención y un ingenio sorprendentes. Un taller pequeño podía no tener más que los moldes de diez tipos, y con tan pocos elementos, creaba sin esfuerzo un mundo de figuritas.

Una vez juntadas y pegadas las piezas de una de éstas con un poco de barro fresco, no queda más que cocer la pieza. La mayoría de las estatuitas pasan entonces de los modeladores al horno. Pero, cuando se trata de piezas de empeño, precede a la cocción una operación importante. Es el trabajo de *retoque*, que consiste en repasar con el desbastador el barro refrescado al contacto con una materia húmeda y que puede de esta suerte modelarse, a fin perfeccionar los pormenores. Era la parte verdaderamente artística del oficio. Los obreros de Tanagra, en particu-

lar, han mostrado en los retoques consumado saber y delicadeza exquisita. Raro es que hayan dejado una pieza sin retocar. En cuanto se olvida este trabajo o se descuida, la obra resulta de pacotilla.

La cocción no exige menores cuidados, pero de ella depende el éxito. Si se verifica mal la evaporación por las aberturas dejadas al efecto en el barro, si la temperatura se eleva demasiado, la pieza se rompe o se agrietea, las pegaduras saltan, los trozos pegados se caen, y el trabajo resulta perdido. Así se adoptaban grandes precauciones para evitar accidentes semejantes. Se esperaba a que las piezas se hubieran secado bien al aire libre, lo cual determinaba el lento encogimiento de la arcilla húmeda. Las paredes eran de una capa delgada y ligera, para que el encogimiento fuera lo menor posible. Además se practicaba en la parte de detrás de la figurita una abertura bastante grande, oval, rectangular o triangular, llamada *agujero de oreo*, de modo que el vapor de agua, al producirse a través de los poros del barro bajo la acción del fuego encontrara fácil salida. Se mantenía el horno a temperatura moderada. No había que dar mucha dureza al barro, y se observa que las figuritas antiguas, por lo general, están muy poco cocidas.

Pasaban entonces a manos del pintor. Los colores se aplicaban siempre en frío, y por eso están muy poco adheridos al barro. Para lograr mayor adherencia, se pasaba la figurita por un baño de lechada de cal. Esta materia penetraba en los intersticios del barro y formaba un tinte blanco sobre el cual agarraban los otros colores y resaltaban más. Los colores usados eran el rojo, desde el rojo vivo al rosa, el azul, el verde, el amarillo, el negro. Todo se pintaba, ropas, cuerpo, cara, pelo, pies, hasta el pedestal. Nada parecía de barro, a no ser la parte de detrás. El tinte es franco y no admite variedad en el mismo matiz. El rojo y el azul son con mucho los más frecuentes. El verde es más raro. El amarillo se reserva muchas veces como sostén del dorado. Se pone en el borde de las alas, en las franjas de las túnicas, en todos los accesorios que

debían ser dorados. El pelo se pinta de un castaño amarillento. Las cejas y los ojos se señalan con un trazo negro; la boca se marca con una línea encarnada; las partes desnudas de la cara y el cuerpo ostentan un tono uniforme encarnado oscuro o amarillo de tonos apagados, imitando la carne. Los paños son comúnmente de color rosa o azul, a veces blancos con listas de colores. No siempre se atiende a la verosimilitud en la elección de colores, y así se encuentra el azul en las hojas, el verde en el pelo de los animales. Son indicios de una labor presurosa y maquinal.

El dorado se emplea por excepción. En Tanagra y en Micenas se ve en los adornos de los trajes, en las cintas y diademas que coronan el cabello, en los pendientes, los brazaletes y collares. Jamás se ven huellas de él en los desnudos. Los productos de Esmirna son las únicas excepciones de esta regla. En varias figuritas de esta procedencia, el cuerpo es enteramente dorado. Es una verdadera falsificación, destinada a imitar los pequeños broncees dorados que tanto ambicionaban los aficionados ricos, pero que la clase popular no podía proporcionarse a causa del precio.

Sorprende en los procedimientos técnicos de esta industria la sencillez. El espíritu griego se encuentra en ella por entero, con su dosis, naturalmente equilibrada, de razón práctica y de sentido artístico. Lo bello es el fin a que instintivamente tienden los modeladores, pero lo útil no es nunca perdido de vista por ellos. Serán pensadores y creadores a su modo, reduciendo a proporciones de más fácil manejo los temas de la escultura de la época; entrarán con inteligencia en las concepciones filosóficas que presiden a la concepción de los motivos religiosos y funerarios. Proveedores patentados de los santuarios y las necrópolis, no olvidarán que sus compradores les piden símbolos en que se resumen, en forma graciosa, los sentimientos complejos de adoración a los dioses, de esperanza en la vida inmortal, de pena y cariño para los que existieron. Pero su filosofía sigue siendo vaga y su fe

muy amplia, como la de sus compradores. Se contentan con él poco más o menos, y la rutina del oficio se antepone muchas veces a la noción del ideal vislumbrado. Hay que juzgar su naturaleza de espíritu ni demasiado alta, ni demasiado baja. Se trata de obreros sumamente hábiles, penetrados, sin darse cuenta, de los pensamientos elevados que se extendían a su alrededor. Pero, al propio tiempo, se trata de industriales muy prácticos, dispuestos a aprovecharse de todo, falsificadores resueltos, afanosos de lucro, decididos a producir lo más posible con los medios más pobres, y expeditivos en la ejecución, atentos sobre todo al gusto del público y hasta a sus pasajeros caprichos. Por eso las obras de los *coroplastas*, como se les llamaba, son, con los vasos pintados, el más claro espejo en que se refleja la sociedad antigua.

(Pottier, *les Statuettes de terre cuite dans l'antiquité*, cap. XI).

## 16.—LAS FIGURITAS DE TANAGRA

El florecimiento de la fabricación de Tanagra se coloca a mediados del siglo iv antes de nuestra Era. Estas estatuitas tan airosas, tan coquetas en sus proporciones, tan familiares y de tan elegante aspecto, son tipos tomados de la vida diaria. Es lo que da gran interés a esas obras, hechas sin detención a veces, modeladas siempre con el sentimiento más sincero y delicado de la realidad de las cosas. Brillan sobre todo en la expresión de la figura femenina.

He aquí una soñadora sentada en una roca, al lado de un pequeño ídolo de Sileno. Ha mezclado a sus cabellos algunas hojas de pámpano, como si volviera de una fiesta de Baco. El brazo doblado a medias sobre el pecho, la cabeza alta y fija en un punto indeciso del espacio, deja vagar sus pensamientos, y su rostro se ilumina con imper-

ceptible sonrisa. Otra, adornada con las mismas hojas, se sumerge en sueños más melancólicos, a juzgar por la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo. Con una mano se apoya en la roca que la sirve de asiento, y en la otra tiene el cinturón de su túnica desatada. La tela, mal suje-



Fig. 86.—Figurita de Tanagra.

ta, resbala y descubre el hombro. En otra figura, de pie, en actitud de nobleza algo desdeñosa, aparece una mujer severamente vestida. El brazo derecho que pasa por detrás del talle, hace que sobresalga el codo bajo la tela y sujeta los paños al torso. Las hojas lanceoladas que coronan sus cabellos y el gran timpanon que sostiene la mano izquierda indican que esta belleza orgullosa viene, como

las anteriores, de tomar parte en los juegos y en las alegres procesiones de alguna fiesta. Una mujer de edad más madura se arrebujaba temblorosa en su manto. Se ha tapado con la punta del himation la cabeza, y el codo apoyado en la mano izquierda, la mejilla descansando en la derecha, eleva sus miradas al cielo con meditada expresión.



Fig. 87.—Figurita de Tanagra.

sión. Aumentad con la imaginación las proporciones de esta figurita, hacédla del tamaño de una estatua, y tendréis a la vista el retrato ideal de la matrona griega. ¿Queréis tener la mujer fuera de su casa, cumplimentando en la calle sus ocupaciones caseras? He aquí las que se pasean envueltas en su manto con franja de color, la punta del manto o un sombrero de paja puesto a la cabeza, el

abanico en la mano para agitar el aire ardiente alrededor de su rostro (1). Una de ellas se para, y tomándose un instante de reposo, se apoya con una mano en un pilarci-



Fig. 88.—Figurita de Tanagra.

to. No teme los ardores del sol y no cubre sus cabellos más que una sencilla cinta. Vista de costado, su delicado

---

(1) Véanse el grabado de la pág. 128.



perfil se destaca claramente en el aire. Los pliegues de su manto caen en ondas estudiadamente simétricas. No se ve nada del cuerpo a no ser la punta de los pies, y, no obstante, bajo la tela se adivina la plenitud vigorosa de todos los miembros. ¡Qué bien saben andar y presentarse esas elegantes criaturas! ¡Qué equilibrio y exacta ponderación en todos sus movimientos, qué impulso de tranqui-



Figs. 89 y 90.—Figuritas de Tanagra.

lo vigor y de salud imperturbable. Son, sí, las madres y las esposas de aquellos soberbios atletas que en aquel mismo momento llenaban las palestras y los estadios con sus vigorosos esfuerzos. La excelencia física de la raza griega se acusa en estas figuritas de barro, tanto como en los mármoles más hermosos.

(Pottier, *les Statuettes de terre cuite dans l'antiquité*, págs. 80 y siguientes).

## 17.—ORFEBRERÍA MICENIANA (1)

La orfebrería de Micenas nos es conocida por multitud de objetos hallados en las tumbas de la acrópolis.

Pueden dividirse en dos clases los vasos que Schliemann ha descubierto, los destinados a contener y verter el líquido, los destinados a beber. Se ven ya, entre los pri-

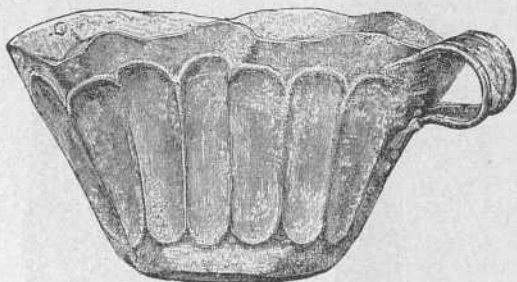


Fig. 91.—Copa de oro con estrias

meros, modelos que no carecen de elegancia, pero principalmente en los vasos para beber, el orfebre ha dado prueba de inventiva. No hay dos que sean copia exacta uno de otro. Muchos no tienen más que un asa y son más o menos anchos de boca. En éstos, por todo adorno, hay una serie de estrias. En otros, llenan el fondo ramos que separan tallos terminados por una flor abierta. La labor es más complicada en otro cubilete de oro. Por fuera una faja horizontal, de relieve, compuesta por tres líneas, di-

---

(1) En la historia del arte griego, se llama período miceniano al que precedió a la llegada de los dorios al Peloponeso. Se extiende desde el siglo XV al XII a. de J. C.

vide la panza en dos compartimentos, que están adornados con peces en relieve. Hay también copas. En una de ellas el fondo es liso y el asa ha recibido el adorno. Termina con una cabeza de perro que parece morder el borde de la copa. Hay una taza con una sola asa y muy sencilla, pero por debajo del borde corren a toda velocidad tres leones. Los obreros de Micenas parecen haber sido muy hábiles. Prueba de ello es un cantarillo cuya panza y cuello se hicieron por separado. La línea de unión de ambas



Fig. 92.—Copa de oro.

piezas se ha disimulado con una faja de metal, cuyos dos extremos se reúnen en el asa y están sujetos con clavos, que no habrían sido suficientes para lograr perfecta adherencia del añadido al cuerpo del vaso. En todo el contorno de la faja se distinguen pequeños agujeros, que antes tuvieron clavitos no mayores que cabezas de alfiler. Diez y siete cabezas de buey, repujadas, adornan la faja.

En la factura de las alhajas es donde el orfebre se ha mostrado más fecundo en recursos. He aquí, por ejemplo, una diadema formada por una banda de oro de óvalo muy prolongado. El principal adorno es una serie de nueve botones. El más grueso es el de en medio, los otros van

Fig. 83. — Diadema de oro.



disminuyendo desde el centro a los extremos. Dos círculos concéntricos rodean cada uno de ellos. En el espacio que los separa, espirales y cadenas muy finas. Botones más pequeños, envueltos en una orlita, cubren los ángulos curvos que dejan entre sí los círculos tangentes. Todo está dentro de un filete saliente, detrás del cual hay un galón. La composición es acertada. La disminución gradual de los botones se explica a la vista por la del espacio disponible, los puntos y las cadenas completan el adorno sin dar lugar a confusión. En esta superficie brillante, se producen juegos de luz y de sombra que tienen su encanto. El conjunto es de una elegancia severa, rico sin estar recargado.

En una tumba, Schliemann ha encontrado nada menos que 701 rodajas de oro. Debían estar colocadas encima de la mortaja del cadáver, de modo que tapasen todos los huecos que dejaban las piezas principales del tocado mortuario. Los motivos que las adornan se dividen en dos cla-

ses. Los hay formados por curvas diferentemente combinadas, y otros copiados de ese mundo de los vegetales y



Fig. 94. — Botón de oro.

de los animales inferiores en que se han inspirado con tanta frecuencia los pintores de vasos. La rosácea forma

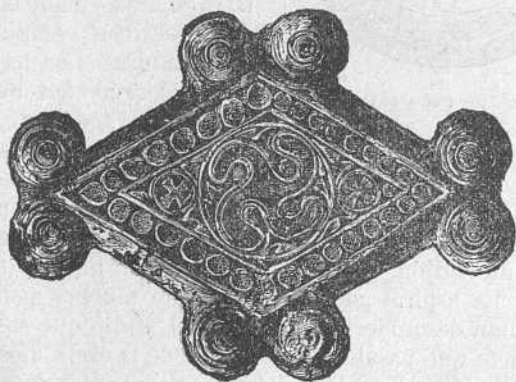


Fig. 95. — Broche de oro.

la transición entre estas dos clases de motivos. Una hoja de nervios radiantes, un pulpo y una mariposa represen-

tan la segunda clase de tipos. Todas estas placas han sido estampadas en molde.

Se tienen también botones hechos con una lámina de oro aplicada sobre madera o hueso, en que los dibujos se han trazado con punzón. Luego, apretando fuertemente, la lámina de oro ha tenido que penetrar en los huecos y adaptarse a los relieves de la madera o el hueso. El campo es un rombo cuya parte media ocupa una rosácea. Esta va dentro de una franja que cubre una fila de redondeles o de hojas cruzadas. En los cuatro ángulos del rombo, hay rollos colocados por parejas. La idea de estos rollos ha debido ser sugerida por las cabezas de los clavos que en los muebles servían para sujetar láminas de cristal, de vidrio o de marfil.



Fig. 96.—Pendiente.

Las placas que se prendían a los vestidos tienen todas las formas. Las hay triangulares, en que las curvas describen complicadas enroscaduras. Las hay trapezoidales, con florones que recuerdan vagamente el aspecto de ciertas liliáceas. Se

han encontrado también en las tumbas grandes pectorales de oro, y asimismo un adorno ya encontrado en Troya. Consiste, a ambos extremos de un tubito por el que pasaba un cordón, en espirales hechas con hilo de oro retorcido. La espiral adorna igualmente muchos pendientes. Se han descubierto varios con el anillo que sostenía el corchete que pasaba por el lóbulo de la oreja. Los agujones para el pelo no tenían menor desarrollo. Se conoce uno principalmente cuya cabeza se ensancha en un círculo, dentro del cual una figura de mujer extiende ambos brazos.

Los obreros de Micenas no soldaban el oro con el oro,

al menos en un principio. Valiéndose de clavos de cabeza chata, fijaban las asas de los vasos. Tampoco hay soldadura de plata con oro. Cuando se quería unir los dos metales, se clavaba el segundo en el primero con clavos pequeños, o se incrustaba el oro, en láminas delgadas, en huecos dispuestos en la superficie de la plata. No se conocía el dorado. Se ignoraba el arte de soldar el cobre o el bronce. Los vasos hechos de estos metales se componen de láminas de cobre unidas por multitud de clavitos. Clavos de cabeza ancha unen también todas las asas. Finalmente, se sabía ya obtener aleaciones muy diversas. Una de las materias incrustadas en el bronce de una chapa de Vafio es un bronce muy rico en estaño o una aleación de plomo y plata. Se obtenía de esta suerte un metal blando y blanco que es, sin duda, el *κασσίτερος* de Homero. Hasta el momento de ser explotadas las minas de España, el estaño escaseaba demasiado para que se emplease puro.

(Según Perrot, *Histoire de l'art dans l'antiquité*, VI, págs. 959 y siguientes).

#### 18.—LOS VASOS DE ORO DE VAFIO (1)

La forma de los dos cubiletes es semejante, así como las dimensiones. El uno tiene 83 milímetros de alto y 104 de diámetro. El otro, con la misma boca, tiene 3 milímetros menos de altura. Pesa el uno 276 y el otro 280  $\frac{1}{2}$  gramos. El adorno está repujado, pero las partes huecas no aparecen por dentro, pues forman cada vaso dos hojas metálicas aplicadas una encima de otra. La de dentro, completamente lisa, sirve de refuerzo. El obrero

---

(1) Estos dos vasos fueron encontrados en 1888 en una tumba de la llanura de Esparta, al oeste de la aldea de Vafio. Se remontan al período miceniano.

la había conservado un poco más alta que la hoja de fuera, y doblado ligeramente el borde por encima de ésta, de modo que formase, todo alrededor, una especie de reborde.

En uno de estos vasos, el artista ha representado la caza del toro silvestre. Atándola por las puntas a un árbol, se ha tendido una red en un paso estrecho que dejan entre sí las rocas y las malezas. Un toro, asustado por los gritos de los ojeadores, se ha lanzado de lleno en la red, y no puede desprenderse de las mallas a pesar de todos sus esfuerzos. Hecho un ovillo, se agita, y la cabeza, única parte de su cuerpo que permanece libre, se alza con angustia. Advertido por la desgracia de su compañero, otro toro ha saltado, con formidable impulso, por cima del obstáculo. Todavía no ha llegado al suelo, está próximo a hacerlo, pero se escapa a la derecha sin que nadie piense en detenerle. Por el contrario, al otro lado de la red, un toro ha tropezado en su camino con dos hombres que han querido cortarle el paso, pero se ha desembarazado de ellos. Con el cuerno izquierdo ha enviado al uno por los aires, y en este momento cae sobre el lomo del animal. Luego se ha revuelto contra el otro enemigo, le ha atravesado el pecho y le remueve colgado del cuerno derecho y con la cabeza hacia abajo. Los tres toros están entre dos palmeras.

En el segundo vaso, el artista ha representado la bestia vencida y domeñada. En medio, dos toros que están próximos, se vuelven el uno al otro como para comunicarse. A la derecha, separado de este grupo por un árbol, un toro, con la cabeza baja, camina lentamente. A la derecha del grupo central, hay un toro que un hombre sujeta con una cuerda. El animal parece tirar en esta dirección, pero sin violencia. Se comprende que no ofrecerá mucha resistencia. No protesta más que con el movimiento de cabeza, alzada para lanzar mejor el mugido de llamada y de queja que no le impedirá obedecer.

Se ve que ambas escenas ocurren en el mismo sitio, en los desfiladeros y las praderas de la montaña, y que los





Figs. 97 y 98.—Vasos de Vaño.

que intervienen son también, de un lado el vigoroso animal cuya fuerza se trata de domeñar, de otro el hombre, que empieza por poner en riesgo su vida en esta cacería peligrosa, que más tarde va a pasar las correas del yugo alrededor de los cuernos del toro, cuyas mortales acometidas ha temido mucho tiempo. Son dos vasos que forman pareja. En el uno se continua el tema del otro, en dos partes cuyo contraste produce buen efecto, y es evidente que los dos proceden del mismo taller.

Sin embargo, hay entre ellos alguna diferencia de factura. En el primero, la ejecución es menos detallada, menos cuidadosa, pero, por lo mismo, más amplia y viva. El trabajo conserva el carácter de bosquejo, llevado con un ardor y también con una seguridad que atestiguan a un tiempo la inspiración del maestro y su saber. Este se revela en más de un rasgo. Así, en los toros a que el hombre da caza, los miembros están más íntimamente enlazados con el cuerpo que en aquéllos que pasea por el prado, se unen mejor al tronco y continúan mejor el movimiento de éste. Las uniones de las patas, en el segundo vaso, son poco precisas y convencionales. Hay algo flojo en el aspecto de las patas, que parecen colgar bajo el vientre más que articularse con los huesos de la espaldilla y los lomos. Las cabezas dejan igualmente que desear. La del buey de la izquierda, en la pareja de enmedio, es sumamente estrecha. Si se separara del cuerpo, parecería más bien de macho cabrío que de toro. La del vecino, del animal que mira de frente, es insignificante y carece de expresión.

Si se examina atentamente el primer vaso, se observan faltas de dibujo de mucho bulto. La postura del toro que se remueve en la red, es realmente forzada. Para que estuviera arrollado de esta suerte, para que las patas delanteras llegasen a tocar los cuernos, debería tener los lomos partidos. No se sabe dónde tomar la parte trasera del toro de la izquierda. Se supone que esta parte de su cuerpo está tapada por la red y su contenido, pero esta interrupción del contorno ofende la vista y la confunde. Finalmente, hay algo confuso en la figura del hombre

clavado en el cuerno del mismo toro. Uno de sus brazos permanece invisible. La cabeza se alza, cuando se esperaríá verla colgando al suelo. Es que el escultor ha tenido en este caso miras muy elevadas. Ha querido expresar movimientos bruscos y violentos, que han durado muy poco tiempo. No habría sido demasiado, para llevar a feliz término esta ardua empresa, todo el saber de un pintor de animales como Barye. La tarea del artista que hizo el segundo vaso era más fácil. En él, los movimientos son de los que persisten en el animal y pueden estudiarse descansadamente. La postura del único hombre que interviene en la escena es también de lo más sencillo. Las figuras, todas reposadas, que comprende la composición, se distribuyen sin esfuerzo.

No obstante, como si hubieran estimulado al artista las dificultades de lo que se había propuesto, en la escena de caza da todavía prueba de las cualidades más serias. El dibujo tiene soltura, pormenor, y da fe de que la naturaleza ha sido mejor observada. Hay en este vaso varios rasgos de singular verdad. Por poco que se haya presenciado una pelea de toros, se sabe que éstos, en el ardor de la lucha, alzan vigorosamente la cola. Ahora bien, en este vaso, el toro que salta por encima del obstáculo tiene la cola levantada, y hasta inclinada hacia adelante, como para acompañar el movimiento del cuerpo. Tiesa por el furor, se mantiene derecha en el que ha derribado a los cazadores. Notad, además, la postura de este último para atacar a su adversario. Ha bajado la cabeza volviéndola de lado y hiere con un solo cuerno. Así dirige siempre el toro las malas cornadas en la plaza, cuando tiene los cuernos derechos. Con el cuerpo de frente, puede golpear con fuerza al torero y derribarle, pero no le hará mucho daño porque los cuernos no penetrarán en la carne. En cuanto al toro cautivo, su figura puede ser objeto de censuras, pero, ¡cuán expresiva es su cabeza, y cómo se cree oír el mugido furioso que sale de aquella boca tan abierta!

(Según Perrot, *Histoire de l'art dans l'antiquité*, VI, págs. 785 y siguientes).

## 19.—EL COFRE DE CYPSELOS

Uno de los tiranos de Corinto, probablemente Perian-dro (629-585 a. de J. C.), había consagrado a Hera de Olimpia, en memoria de su padre Cypselos, un magnífico cofre de madera de cedro, todo él adornado con figuras esculpidas en la madera o incrustadas en marfil y oro. Pausanias, que vió este cofre en el siglo II de nuestra Era, lo describe detalladamente.

Los asuntos estaban distribuídos en cinco fajas. En la inferior, yendo de derecha a izquierda, se veía lo siguiente: Enomaos montado en un carro y persiguiendo a Pélope que se llevaba raptada a Hippodamia en un carro tirado por caballos con alas; la casa de Anfiraos y una mujer vieja que llevaba a Anfilocos niño; delante de la puerta, Erifilo de pie con sus dos hijas y su hijo; el co-chero Baton, que tenía en una mano las riendas de sus caballos y en la otra una lanza; Anfiraos, el pie puesto sobre su carro, amenazando con la espada a su mujer culpable y conteniendo la cólera con gran esfuerzo. Se veían luego los juegos funerarios de Pelias, la multitud de los espectadores, Hércules sentado en un trono, y detrás de él una mujer tocando la flauta frigia. Había concurso de pugilato, de lucha, de disco, de carrera a pie y en carro. Más lejos, estaban: Hércules matando la hidra de Lerna acompañado de Athena, Fineo, rey de Tracia, y los hijos de Boreo dando caza a las Harpías.

La segunda faja, de izquierda a derecha, representaba los asuntos siguientes: la Noche teniendo en sus manos un niño blanco adormilado que era el Sueño, y un niño negro, durmiendo, con los pies torcidos, que era la Muerte; luego una mujer hermosa, la Justicia, que golpeaba con un bastón a una mujer fea, la Injusticia; magas preparando filtros en un mortero; Idas llevando a su casa

a Marpessa; Zeus disfrazado de Anfitríon y Alcmenes; Menelao con coraza lanzándose espada en mano sobre Helena después de la toma de Troya; Medea sentada, rodeada de Jasón y Afrodite; las Musas cantando dirigidas por Apolo; Atlas cargado con el peso de la tierra y el cielo, con las manzanas de las Hespérides en las manos, y Hércules aproximándose a él; Ares raptando a Afrodite; Tetis defendida por una serpiente de Peleo que trata de apoderarse de ella; las hermanas aladas de Medusa persiguiendo a Perseo que vuela.

En la tercera faja estaban representados dos ejércitos en que dominaban los infantes, mezclados con algunos individuos montados en carros. Los soldados estaban unos dispuestos a pelear, otros a conversar amigablemente. No había acuerdo en la antigüedad acerca de la interpretación de esta escena.

La cuarta faja representaba, de izquierda a derecha, lo que sigue: Boreo raptando a Orythia, ambos con cola de serpiente a guisa de pies; Hércules luchando con Gerión, monstruo con tres cuerpos; Teseo con una lira y Ariadna tendiéndole una corona; Aquiles y Memnón combatiendo a la vista de sus madres; Melanion y Atalante acompañada de un cervatillo; Ajax y Héctor luchando en presencia de la Discordia; los Dioscuros raptando a Helena y a Cethra; Agamenón disputando a Coon el cuerpo de Ifidamas; Hermes conduciendo a Páris las tres diosas que se disputan el premio de la belleza; Artemisa alada que sujeta con una mano un león, con la otra una pantera; Ajax arrancando a Casandra de la protección de la estatua de Athena; Eteocles y Polinice, este último con una rodilla en tierra y acechado por el *Ker* de horribles dientes y curvadas uñas; Dionysos con barba y larga vestimenta, una copa de oro en la mano, tendido en un antro que adornan cepas, manzanos y granados.

La faja superior mostraba: a Ulises y Circe en una gruta y fuera varias sirvientes en actitud de trabajar; al Centauro Quirón; Tetis recibiendo de manos de Hefais-tos las armas de Aquiles, en medio de un cortejo de

Nereidas montadas en carros de que van a tirar caballos con alas de oro; Nausicáa y una sirvienta montadas en mulos y dirigiéndose al lavadero; Hércules disparando flechas contra una tropa de Centauros, algunos de los cuales han caído ya muertos.

Es muy difícil decir, dice M. Collignon, si el autor de esta obra maestra era corintio o uno de aquellos artistas ambulantes que, a fines del siglo VII, llevaban a la Grecia continental los procedimientos de arte industrial usados en Creta, pero, sea quien quiera el autor, el cofre de Cypselos era obra enteramente griega.

(Pausanias, V, 17-19).

#### 20. — OBJETOS DE ORFEBRERÍA ENCONTRADOS EN EL BÓSFORO CIMERIANO (1)

En el reino del Bósforo, las tumbas son vastas cámaras que coronan altos montículos. El mobiliario fúnebre es vario y abundante, y los objetos preciosos, cuya posesión había constituido durante su vida el orgullo de los jefes semibárbaros del país, están escrupulosamente enterrados con ellos. Hay alguna de estas tumbas, el Kul-Oba (2), por ejemplo, que encerraba verdaderos tesoros. Ahora bien, en los adornos de las mujeres y de los hombres, encon-

---

(1) El Bósforo cimeriano era el actual estrecho de Ienikaleh, entre el Mar Negro (Ponto Euxino) y el Mar de Azof (Palus Meotides). Muy pronto, los griegos fundaron allí colonias (Panticapea, Fanagoria, Tanais, Teodosia, etc.), que acabaron por caer bajo la dominación de los bárbaros de las cercanías. Así se formó el reino, mitad helénico, mitad escita, del Bósforo, cuyos jefes fueron en el siglo IV Satyros (407-393), Lencon y Spartocos (393-348) y Pairisades (348-310). Estos príncipes mantuvieron relaciones muy amistosas con Atenas, que sacaba del país gran cantidad de trigo.

(2) Cerca de Kertch (Panticapea).

tramos buen número de piezas de fabricación puramente griega.

Estos objetos ciertamente helénicos escasean en las sepulturas de hombres, y se explica fácilmente, pues los griegos no llevaban alhajas. Una piedra grabada de montura muy sencilla era el único adorno que se permitían, y todavía la piedra grabada, cuya impresión en cera equivalía a una firma, era objeto de uso más que de lujo. No se hubiera encontrado en las tiendas de Atenas un solo collar, un solo brazalete de hombre. Los jefes escitas del Bósforo, entre los cuales la afición a los adornos de oro estaba tan extendida como entre las mujeres, debían proporcionarse, por tanto, en las ciudades griegas de su país, donde los orfebres trabajaban especialmente para ellos, los adornos de que tenían deseos. Sólo por excepción podían encargarlos a la Grecia propia. No tenían las mujeres, por el contrario, en el muestrario de un mercader venido de Grecia, más que el trabajo de elegir, y elegían muy bien en ocasiones. Testigo aquella cuyos restos se han encontrado en la cripta de Kul-Oba, y la que estaba enterrada en el mayor de los dos túmulos llamados «los Gemelos», o «los dos Hermanos», en el territorio de Fanagoria (península de Taman) (1).

El collar y los pendientes de esta última son quizá, con un adorno encontrado en Focea, en Asia Menor, las piezas más hermosas de orfebrería griega que han llegado a nosotros. El collar se compone de triple fila de colgantes de tamaño que va creciendo gradualmente, sujetos con cadenitas a una cadena plana de seis filas que se anudaba al cuello con cierres figurando cabezas de leones. Los puntos de suspensión de las cadenitas están alternativamente adornados con discos de superficie bombeada y lisa,

---

(1) Un francés, Paul Dubrux, director de las salinas de Kertch, fue el primero que tuvo la idea de explorar estas necrópolis antiguas (1816). Después de él continuaron los trabajos, y hoy los hallazgos realizados constituyen una de las riquezas del Museo del Ermitage, de Petrogrado.

y pequeños florones con un botón en el centro y dos filas de pétalos. Florones semejantes cubren la unión de las cadenas con los colgantes de la segunda y tercera fila. Los colgantes de la fila superior son simples bellotas oblongas, en cuya parte posterior se extienden hojas lanceoladas. Las que siguen tienen forma intermedia entre bellota y copa sin pie, cuya panza estuviera cubierta, en la mitad superior, con hojas imbricadas, con pequeñas ba-

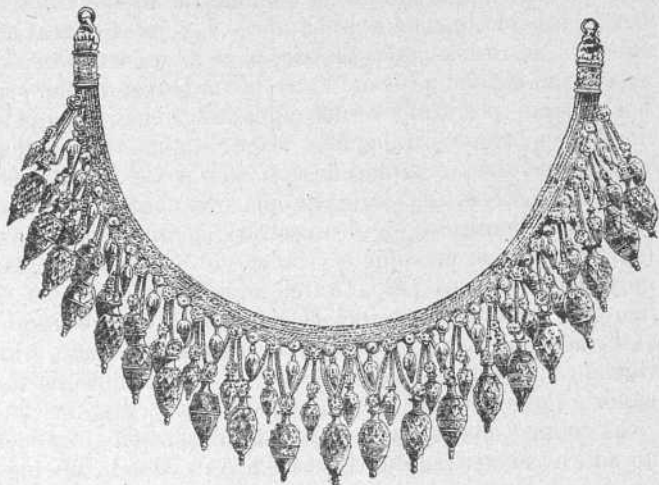


Fig. 90.—Collar de oro.

yas salientes. Las de la fila última, mucho mayores que las otras, tienen más declaradamente forma de copas. Las hojas que las cubren, y en cuyos intersticios hay igualmente pequeñas bayas redondas, se prolongan alternativamente, en cada caso, con dos colgantes hasta la punta, donde las interrumpe una faja circular adornada con rillosafiligranados. El estampado de la lámina de oro que forma estos colgantes, el retoque en la punta de las hojas que los adornan, la soldadura de las filigranas y de las bayas muestran una habilidad manual prodigiosa.



El dibujo permite darse cuenta del aspecto general del collar, pero no puede naturalmente dar idea ninguna de la riqueza de colorido que añadía la aplicación del esmalte en determinados adornos. Las fajas circulares de los colgantes grandes estaban llenas, entre los rollos, de una

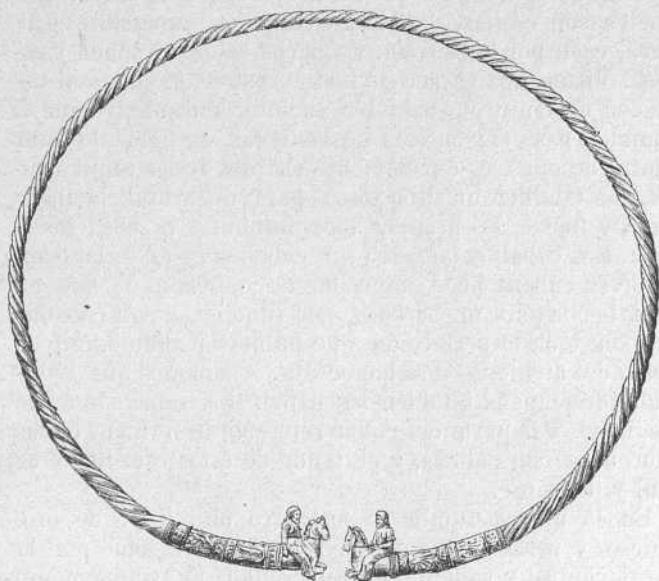


Fig. 100.—Collar.

pasta azul oscura que realzaba el brillo grande del oro empleado por el orfebre. Los pétalos de las florecillas y las hojas de los colgantes superiores estaban cubiertos de esmalte alternativamente azul y verde...

Otros objetos, de procedencia igualmente helénica, acusan por parte de los fabricantes un esfuerzo para acomodarse a los gustos especiales de sus compradores del Bósforo, a los que estaban destinados estos artículos de exportación.

He aquí, por ejemplo, un collar abierto, que se hizo evidentemente para un escita. Los adornos con que termina el cable de oro que constituye la curva del collar son dos medios cuerpos delanteros de caballos con sus jinetes, y que, dobladas las manos, parecen lanzarse al galope desde la vaina en que su grupa está prisionera. Los jinetes son escitas. Sus largos cabellos, anudados en la nuca, caen por la espalda. La barba es enmarañada y espesa. Visten una casaca de manga estrecha, sujeta al talle con un cinturón, pantalón ancho y botas. Salvo que el pantalón pasa por encima de las botas, en lugar de estar dentro de ellas, es exactamente el traje de los mujiks rusos. Es también un tipo tosco, pero no brutal, la nariz larga y fuerte, los grandes ojos dormidos, la boca hoci-cuda. Los caballos tampoco son caballos griegos, la comba de su cabeza hace imposible la confusión. Y esta alhaja, hecha para un bárbaro, está fundida, luego cincelada, con toda la perfección que hubiera podido exigir el gusto del ateniense más conocedor. Añadamos que el esmalte desempeña también su papel. La transición entre los jinetes y la parte del collar retorcida la forman cintas adornadas con palmas, y el fondo de éstas está lleno de azul y de verde.

En la misma tumba se encontró un objeto de oro, grueso y pesado, que equivocadamente se tomó por la parte central y saliente de un escudo. Es simplemente una copa sin pie, utilizada para las libaciones, y que los griegos llamaban *fiala*. Estas fialas recibieron casi siempre el adorno que primeramente las habían dado sus inventores, los egipcios: flores de loto, en hueco por la parte de dentro, salientes hacia fuera, radiando alrededor del punto central y que vienen a abrirse cerca de los bordes de la copa. En ésta se ha conservado la disposición tradicional, pero las flores de loto están recargadas con una profusión de adornos que deslumbran por su riqueza. Son, ante todo, en la primera fila de los pétalos, cabezas gesticulantes de Gorgonas, cuya cabellera de serpientes se prolonga en extraños enroscamientos. La segunda fila de

pétalos lleva también cabezas de Gorgonas, pero más pequeñas. En la tercera, son sustituidas por cabezas de escitas, con su gorro cónico y su larga y espesa barba.

Entre los objetos descubiertos en Nicopol, en el Dnieper, en una sepultura anónima como todas las demás,

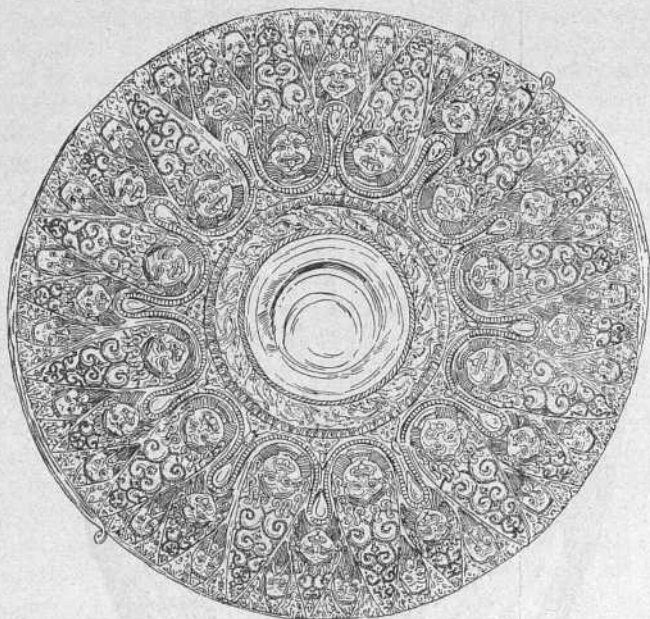


Fig. 101.—Fiala.

pero sin duda alguna regia, el más importante es un ánfora de plata, dorada en parte, y de tres pies de altura (70 centímetros). La forman dos hojas de plata unidas y tiene dos asas. El cuerpo del vaso está adornado con palmas y hojas dibujadas con esa elegancia algo descarnada que caracteriza a la época macedónica. En la parte delantera, las hojas están repujadas y presentan ligera saliente.



Fig. 102.—Vaso de Nicopol.

En la de detrás están simplemente grabadas. En medio de estos follajes ornamentales hay pájaros, dos grandes y dos pequeños a cada lado. En la parte inferior de la panza, dos aberturas, que cerraban dos taponos sujetos con cadenitas, servían para dar salida al líquido contenido en el vaso. Estas aberturas están adornadas con cabezas de leones, que recuerdan las del Partenón. Nos hallamos en presencia de un viejo modelo que se ha hecho clásico, que ha seguido copiándose en los talleres de orfebrería. Más arriba hay otra abertura, adornada con una cabeza de caballo alado. El animal, con las orejas tiesas, aire espantado, apretados los carrillos, dilatadas las narices y la boca abierta para relinchar, no tiene nada del caballo griego tal como nos le muestran el friso del Partenón y la tumba de Mausolo. Es el caballo indómito de la estepa, inquieto y espantado al menor ruido. Las grandes alas desplegadas que el artista le ha dado, ocultan muy acertadamente la unión de esta pieza con la superficie de la panza y acaban de darle extraño carácter. La parte superior de la panza, por bajo del nacimiento del cuello, está adornada a cada lado por un grupo de dos grifos, repujados unos, otros simplemente grabados. Pero la parte más original del adorno es el friso de figuras en alto-relieve, fundidas aparte, retocadas con el buril y soldadas, que corre por el sitio donde la superficie de la panza se encorva para llegar al cuello. El asunto de este friso es copia de la domesticación del caballo. En el centro hay un potro que tres hombres se esfuerzan para derribar tirando de cuerdas sujetas a la parte baja de las patas del animal (los hilos de plata que figuraban estas cuerdas se han roto). Se sabe que es un procedimiento todavía usado para asustar al animal y acabar con su resistencia. A la derecha de este grupo, un hombre en pie tenía entre sus manos un objeto que hoy falta, quizá trabas que preparaba. Más a la derecha todavía, el dueño del prado y de los animales que en él pastan acaba de bajarse del caballo. Su montura, con silla y bridas, espera tranquilamente, para ponerse a comer la hierba, a que el jinete haya aca-

bado de trabarle las manos. A la izquierda del primer grupo, el del potro y las gentes que le rodean, un hombre colocado delante de un caballo que sujeta con un cabestro, le coge y le dobla la rodilla izquierda, al mismo tiempo que, tirando de la cuerda, le hace volver la cabeza a la derecha. De repente, atrayéndole a la izquierda con movimiento brusco, le hará perder el equilibrio y que caiga de costado. En la parte de detrás del vaso, otros dos criados acaban de sujetar con lazos a los caballos que saltan y tratan de escapar, en tanto los dos últimos animales de la yeguada pastan todavía tranquilamente la corta hierba de la pradera. Todo excita la admiración en esta obra: la extrema rareza de objetos de este precio, el interés del estilo, la habilidad del artista. Me cuesta mucho trabajo creer que el platero que lo hizo fuera de Olbia, o, por lo menos, que su mano y su vista se hubieran ejercitado allí. Su habilidad de cincelador no es ciertamente indigna de un taller ateniense.

(Rayet, *Études d'archéologie et d'art*, págs. 208-210 y 218-229).

## 21.—LOS GRABADORES DE MONEDAS

Como los antiguos consideraban el arte monetario más bien como oficio que como arte propiamente dicho, los autores no se han dignado conservarnos ningún nombre de grabador de monedas. Pero nosotros, que no participamos de tales ideas, podemos colocar tres, por lo menos, entre los que han firmado sus obras, en el número de los artistas más grandes de Grecia. Son Evainetos y Cimón de Siracusa y Theodotos de Clazomene.

Evainetos y Cimón eran casi contemporáneos. La época de su esplendor corresponde a la tiranía de los dos Dionisios de Siracusa. Entonces fueron encargados de ejecutar las grandes piezas de plata, de 10 dracmas áticas de

peso (44 gramos), que se llamaban *pentekontalitra*, por que su valor equivalía al de 50 libras de cobre. Todas las monedas hasta el presente conocidas de la época citada proceden de manos de uno u otro, y son sus más maravillosas obras maestras. Parte solamente están firmadas.

Desde hace mucho tiempo, el juicio unánime de los numismáticos ha proclamado las monedas grabadas por Evainetos y Cimón como el *nec plus ultra* del arte monetario. De los dos grabadores, Cimón debe ser colocado el segundo, y, no obstante, sus obras sobrepujan a lo más notable que se ha hecho en el mismo sentido en el Renaci-



Figs. 103 y 104.—Moneda de Evainetos.

miento. Su estilo está lejos de carecer de defectos. Persigue con exceso el vencimiento de dificultades y el lado gracioso de los tipos, a expensas de una belleza más ideal y sublime. Sus figuras, demasiado recargadas de pormenor y de adornos, carecen de sencillez, y pierden consiguientemente algo de pureza y grandiosidad. Al mismo tiempo, tiene siempre en la ejecución cierta aspereza, que a veces llega casi a la rudeza, y contrasta singularmente con el afán de la gracia que parece preocuparle constantemente.

Cimón no es sino gran artista, pero Evainetos es el más grande de todos en la especialidad que ha cultivado.

Es como el Fidias del grabado en monedas. Mirad por algún tiempo una pieza grabada por él, y pronto olvidaréis las dimensiones exiguas del objeto que tenéis en la mano, y creeréis tener a la vista algún trozo desprendido de los frisos del Partenón. Porque es propio del arte llegado a su perfección dar tanta grandeza a los objetos más pequeños como a los más inmensos, y reunir en un molde de moneda de 6 a 7 centímetros de diámetro tanta belleza y poder como en una estatua colosal.

Como muchos grandes maestros, Evainetos progresó constantemente en el curso de su carrera y modificó su estilo de una manera sensible. En sus comienzos, en los últimos años del siglo v, su estilo y su factura participan mucho de los de Eumenos, con el que empezó por estar asociado y que parece haber sido su maestro. Tiene ya, más que Eumenos, un no sé qué de divino en que se percibe el artista de primer orden, pero de su maestro copia un último resto de rigidez y dureza del antiguo estilo. Poco a poco, su talento se afina y perfecciona, gana en dulzura y libertad, pero conservando siempre un acento de sencilla grandeza y de severidad hasta en la gracia que llega a lo sublime. En cuanto a precisión y conocimiento del modelado, es incomparable. Sus cabezas de divinidades respiran un aliento verdaderamente ideal. Sabe ser rico sin caer en esos excesos de adorno y pormenor que acaban por empequeñecer una obra de arte. Su ejecución llega a una delicadeza inaudita. Es aún escollo para él, porque en las figuras pequeñas de los reversos de sus tetradracmas, le lleva casi hasta la sequedad. En este momento, el más completo del desarrollo de su genio, grabó los cuños de los pentecontalitra y vió alzarse frente a él, como su émulo y rival, a Cimón, el cual parece haberle sobrevivido y haber seguido grabando después de él.

Por lo demás, no pertenecen a la escuela de Fidias los grabadores siracusanos, sino a la escuela doria de Policleto. Lo poco que queda de las obras originales de los escultores de la escuela de Argos, que por un momento



disputa la palma a la de Atenas, ofrece en punto a arte la más íntima relación con las lindas monedas de Siracusa. Es la misma manera de sentir y de expresar la naturaleza, la misma concepción del ideal, la persecución de las mismas líneas.

En cambio, Theodotos, el grabador de Clazomene, que hay que poner al mismo nivel de los dos grandes siracusanos, se enlaza por su estilo con las enseñanzas casi románticas de los artistas que trabajaron en el decorado de la tumba de Mausolo. Es también un maestro de primer orden, que, por la nobleza del estilo y el conocimiento del modelado, puede rivalizar con Evainetos mismo. Pero no ha comprendido tan bien las condiciones especiales de la composición de los tipos monetarios. Empleando en lugar de un perfil, para adornar el anverso de sus monedas, una cabeza presentada en sus tres cuartas partes y modelada en semiplano, se ha dejado llevar con excesiva complacencia de una moda pasajera de su tiempo. Y si ha encontrado ocasión de probar en dificultades grandísimas todos los recursos de su talento, ha dado prueba de menos gusto e inteligencia no distinguiendo los inconvenientes que habían de impedir el establecimiento definitivo de la moda que ha sufrido, en tanto Evainetos jamás se sacrificó a ella.

(Fr. Lenormant, *Monnaies et médailles*, págs. 78 y siguientes. Quantin, éditeur).

## 22.—HIMNO A APOLO (1)

La Escuela francesa de Atenas, desde los primeros sondeos hechos en Delfos en el lugar que ocupara el templo de Apolo, ha descubierto fragmentos de himnos reli-

---

(1) El texto ha sido descifrado por M. Weil, la melodía trascrita y restaurada por M. Th. Reinach, M. G. Fauré ha compuesto «un acompañamiento discreto, en que su arte muy moderno ha sabido hacerse suficientemente antiguo para el caso».

giosos, acompañados de su notación musical (1). El más importante de estos trozos, célebre en lo sucesivo con el nombre de *Himno a Apolo*, permanece intacto en sus dos terceras partes.

No faltaban hasta el presente por completo los restos de música griega, pero eran en muy corto número, de la última época, y no compensaban por su brevedad su interés musical. Sin hablar de algunos trozos insignificantes o de autenticidad dudosa, la herencia melódica de la antigüedad se reducía a tres himnos del siglo II de nuestra Era. Estos himnos, conservados en varios manuscritos, se atribuyen a dos compositores, Dionisio y Mesomedes. El primero, completamente desconocido y cuya misma existencia se pone en duda; el segundo que, a falta de genio, supo conciliarse el favor del emperador Adriano. De estas tres composiciones, la más corta es con mucho la mejor, el *Himno a la Musa*. Es un trozo de ritmo fácil y un tanto vulgar, de tono puro y gracioso. En él se observa un reflejo del sobrio encanto inherente a todas las producciones del arte helénico; pero ese reflejo es ya bien pálido y casi apagado.

Muy distinto es el *Himno a Apolo* descubierto en las ruinas del «tesoro de los atenienses». Este edificio, construido poco después de la batalla de Maratón y adornado con esculturas encantadoras, era a la vez museo, archivo y sacristía. En él se reunían para formar su cortejo los embajadores delegados por la república ateniense en las fiestas de Delfos, en él se acumulaban asimismo de siglo en siglo las ofrendas de los particulares o del Estado. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones: decretos hono-

---

(1) El sistema de notación antiguo es muy sencillo. No contiene pentágramas, ni claves, ni indicaciones de tono, de tiempo o de medida. Todo se reduce, para cada nota, a un signo único que indica su agudeza absoluta. Aun cuando una nota se repita varias veces seguidas, no se escribe más que una vez, en la primera sílaba. En cuanto a su duración, resulta naturalmente de la constitución rítmica del texto cantado.

ríficos, listas de delegados, poesías de circunstancias, Varias de estas poesías iban acompañadas de signos, grabados entre las líneas del texto, en que la vista del práctico reconocía inmediatamente notas musicales. Todos los fragmentos celebraban la gloria de Apolo, todos pertenecen a himnos compuestos y ejecutados con ocasión de una de las grandes fiestas internacionales que se celebraban periódicamente en Delfos.

Estas fiestas eran en número de dos: las *Píticas*, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los siglos, y las *Soterias*, de creación mucho más reciente. El año 279 antes de Jesucristo, bandas galas, que habían bajado del valle del Danubio, habían forzado el desfiladero de las Termópilas y avanzado sobre el rico santuario de Delfos, cuyos tesoros las atraían como presa fácil. Su tentativa resultó frustrada, y no se sabe muy bien cómo. Siempre resulta que los bárbaros, cuya pista seguían las milicias helénicas, se batieron en retirada. La leyenda, apoderándose pronto de aquellos sucesos, exageró el fracaso de los galos, dándole proporciones de un desastre que atribuyó a intervención sobrenatural.

En recuerdo de esta liberación del santuario fueron instituidas las Soterias, la «Fiesta de la Salvación». Comprendían, como todas las solemnidades análogas, sacrificios, procesiones acompañadas de cantos corales, concursos gimnásticos, de poesía y de música. Estos últimos eran los más importantes de todos, porque Delfos fue en todo tiempo la capital música de Grecia, como Olimpia lo era la atlética. Atenas, que había tomado gran parte en la victoria, no la tuvo menos activa en las fiestas destinadas a celebrarla. Sus poetas, sus músicos entraban en liza en la composición de los himnos, de los «peanes» que ensalzaban la gloria de Apolo, vencedor de los bárbaros impíos. La obra de los laureados era consignada en mármoles, a expensas de su gobierno. Era una especie de registro musical de premios.

La más larga y mejor conservada de estas cantatas, el *Himno a Apolo* por excelencia, estaba grabada en tres

grandes trozos de mármol a continuación uno de otro. El último, que no debía contener más que unos pocos versos, ha perecido. El primero está muy deteriorado. Respecto al autor, no queda más que la indicación de su patria, era ateniense.

Una traducción literal dará idea del estilo de la oda:

«A ti que eres ilustre en el manejo de la cítara, hijo del gran Zeus, diré cómo, cerca de este pico coronado de nieves, revelas a todos los mortales imperecederos oráculos, cómo conquistaste el trípode profético, que guardaba un dragón enemigo, cuando tus flechas pusieron en huida al monstruo de variados colores y repliegues tortuosos».

Viene luego un pasaje demasiado mutilado para prestarse a un intento de seria restauración. Se comprende que se trata todavía del dragón que lanza al morir «terribles silbidos». El poeta comparaba a los galos feroces con el monstruo de la fábula, que Apolo arrojó de su santuario llenándoles de terror. Cuando se reanuda el texto, a la invocación a Apolo sucede la invocación a las Musas.

«Vosotras a quienes ha correspondido en suerte el Helicón de bosques profundos, hijas de los hermosos brazos de Zeus que resonó lejos, venid, para encantar con vuestros cantos a vuestro hermano Febo de cabellera de oro, que, en la cumbre de doble cima de esta roca parnasiana, entre las ilustres Delficas, visita las ondas de Castalix de lindas aguas, en el promontorio de Delfos, protegiendo la colina profética.

»Avanza, ilustre Ática, nación de la gran ciudad, tú que, gracias a las súplicas de la diosa armada Tritónide (Palas Atenea), habitas un suelo no violado. En los altares sagrados, Hefaistos consume las piernas de los novillos; con él, el incienso de Arabia sube hacia el Olimpo. El claro murmullo del loto (de la flauta) suena en variados cantos, y la cítara de oro de dulce sonido responde a la voz de los himnos. Y he aquí todo el enjambre de los theores (peregrinos oficiales), oriundos del Ática...»

Aquí se detiene el texto. El himno acababa, sin duda, en corta y ferviente oración.

Esta cantinela se compone próximamente de ochenta compases, de los que apenas una quinta parte presenta algunas notas borradas que ha habido que suplir por conjetura. Aun cuando la conclusión del himno se haya perdido, aun cuando el acompañamiento de flauta y de cítara que menciona el texto no se haya anotado nunca en la piedra, lo que subsiste basta para determinar el carácter general de la pieza.

No deja de tener singularidades. En primer lugar, el ritmo de cinco tiempos, medida muy raras veces empleada en la música moderna, a pesar de los ejemplos dados por Boieldieu en un aire de la *Dama blanca* y por Gounod en el dúo de Magal (*Mirella*). El efecto naturalmente apasionado y un tanto febril de este ritmo era sin duda atenuado en la ejecución por un movimiento muy moderado. Otra particularidad es la larga repetición (empezando con las palabras «Avanza, ilustre Atica...»), que está escrita por entero en el género cromático. La cromática de los griegos no nos era conocida hasta el presente más que en teoría, y éste es el primer ejemplo auténtico que poseemos. Ante esta acumulación insólita de semitonos sucesivos y de intervalos aumentados, oídos insuficientemente adaptados a las armonías wagnerianas han experimentado al principio alguna duda, pero la emoción, el encanto que circunda, casi sensual, de esta melopea continua, de dulzura penetrante, no ha tardado en apoderarse de ellos, y a la sorpresa del primer momento ha sustituido un goce agudo y delicado.

Se buscaría en vano en esta pieza esa sencillez elemental, esa sequedad y esa tiesura en que los críticos pretendían encerrar poco ha el arte musical de los helenos. Nada tampoco de esas vagas salmodias y de esas cantatas inciertas en que se complace la música de los pueblos orientales, tan equivocadamente asimilada a la de los antiguos griegos. Nos hallamos en presencia de un arte llegado a su madurez, en modo alguno primitivo, que dispone de recursos abundantes y que no teme ser-

virse de ellos. La melodía se desarrolla con facilidad a través de modulaciones sabias, siempre unida del modo más íntimo a los repliegues de la frase poética, sin división en estrofas bien definidas, pero marcando de tiempo en tiempo, con rimas de sonidos y de ritmos, las articulaciones de los amplios períodos. Procediendo primero con aire alegre y decidido, como corresponde a un canto de victoria, se atenúa en seguida en un murmullo exquisito, alternativamente suave como caricia o ferviente como oración. Luego, de pronto, saltando con más atrevido impulso, avanza a grandes pasos para terminar, sin duda, lo mismo que había empezado, en la calma, la serenidad y la secreta alegría del triunfo. En esta cantinela flexible y variada, que acompaña a la poesía como sedosa tela, cubriendo las faltas del contorno y marcando sus bellezas expresivas, se ha reconocido el genio griego compuesto de verdad, de sobriedad y de luz, pero se ha saludado también al precursor de la melopea de nuestros tiempos, en lo que quizá tiene de más seductora y refinada.

(Según Th. Reinach, *Revue de Paris*, del 15 de Junio de 1894).



FIN

# ÍNDICE DE MATERIAS

---

	<u>Páginas</u>
ADVERTENCIA.....	I
ÍNDICE DE GRABADOS.....	III
BIBLIOGRAFÍA.....	VII

## CAPÍTULO I.—Generalidades.

1. El tipo helénico (Rayet) .....	1
2. El genio griego (Croiset).....	3
3. La dicha a los ojos de un ateniense (Herodoto, Platón).....	6
4. Paralelo entre los atenienses y los espartanos (Tucídides).....	7
5. Agudeza de los lacedemonios (Plutarco).....	8
6. Carácter de los tebanos (Dicearco).....	9
7. Sencillez de la vida griega (Taine).....	9
8. Divisiones del tiempo (Reinach y Gow).....	13
9. Medidas, pesas y monedas (Hultsch) .....	16
10. Manera de contar (Bouché-Leclercq).....	17

## CAPITULO II.—La familia.

	<u>Páginas</u>
1. La familia primitiva.....	21
2. La familia fundada en la religión.....	25
3. El celibato.....	26
4. Objeto del matrimonio en Grecia (Lallier).....	27
5. Ritos religiosos del matrimonio (Fustel de Coulanges).....	28
6. La dote.....	30
7. Condición jurídica de la mujer (Dareste, Fustel de Coulanges).....	32
8. La mujer ateniense (Lallier).....	32
9. Papel de la mujer en la casa, según Jenofonte (Lallier).....	38
10. Las mujeres espartanas (Schömann).....	41
11. Energía de las mujeres en Esparta.....	42
12. Valor de las mujeres de Argos (Plutarco).....	43
13. Divorcio (Caillemer).....	44
14. Las ceremonias del sétimo y del décimo día después del nacimiento (Becker, Saglio).....	46
15. Los nombres propios (Reinach, Hermann).....	47
16. La adopción (Gide y Caillemer).....	48
17. La autoridad paterna.....	50
18. Deberes de los hijos para con sus padres.....	51
19. Reglas relativas a la trasmisión de las herencias (Dareste).....	52
20. Reglas relativas al reparto de las herencias (Caillemer).....	53
21. El testamento.....	54
22. Testamento de Platón (Diógenes Laercio).....	56
23. Reparto amistoso de una herencia (Demóstenes).....	57
24. Robo de una herencia (Iseo).....	58
25. Aspiraciones ilegítimas a una herencia (Iseo)...	59



26. La hija epiclera .....	60
27. La tutela.....	62

## CAPÍTULO III.—La educación.

1. El niño hasta los siete años (Pottier) .....	65
2. En Atenas no había enseñanza oficial .....	67
3. Enseñanza oficial en Teos y en otras partes (Ins- erición y P. Girard).....	68
4. Enseñanza literaria y musical (P. Girard) .....	69
5. La gimnástica (P. Girard).....	70
6. Estudios de adorno (Platón) .....	74
7. Un profesor de moda (P. Girard).....	76
8. La educación del niño fuera de la escuela (P. Gi- rard).....	78
9. La muchacha ateniense (Lallier).....	80
10. La efebía (Dumont).....	82
11. Juramento de los efebos.....	84
12. Los efebos fuera del servicio (P. Girard).....	85
13. La educación espartana (Schömann).....	86
14. Las muchachas de Esparta (Schömann).....	89
15. La educación pública en Creta (Éforo).....	90

## CAPITULO IV.— La vida privada.

1. Los palacios homéricos (Perrot).....	93
2. Aspecto general de las ciudades griegas (Mon- ceaux).....	95
3. La casa rica de los siglos IV y V (Monceaux)....	97
4. El mobiliario (Guhl y Koner).....	100
5. Adorno de los vasos (Rayet y Collignon).....	109
6. Variaciones en el traje de las mujeres (Perrot)..	112

7.	El traje de los hombres en el siglo IV.....	114
8.	Traje de las mujeres (Diehl).....	116
9.	La barba y el pelo (Pottier).....	120
10.	Baños (Saglio).....	124
11.	El tocado de las mujeres.....	126
12.	Alhajas (Saglio, Collignon).....	127
13.	Las comidas (Ch. Morel).....	134
14.	Los cocineros (Pottier).....	138
15.	Una symposia (Jenofonte).....	141
16.	Los parásitos (Couat).....	144
17.	El lujo en Sibaris (Lenormant).....	145
18.	Precio de los artículos de comer (Böckh, Cail- mer).....	148
19.	Precio de los artículos de vestir y de los muebles (Böckh).....	150
20.	Presupuesto de una casa ateniense.....	150
21.	La medicina (Hipócrates).....	153
22.	Sacerdotes médicos (Decharme).....	154
23.	Curaciones realizadas en el santuario de Epi- dauro (Inscripciones).....	156
24.	Médicos públicos (P. Girard).....	158
25.	Médicos particulares (Hipócrates).....	159
26.	Los funerales (Rayet).....	161
27.	Necesidad de la sepultura (Fustel de Coulanges). 164	
28.	Doble modo de sepultura (Pottier y Reinach)... 165	
29.	Objetos colocados en las tumbas (Pottier y Rei- nach).....	167
30.	El culto de la tumba, según los monumentos figurados (Pottier).....	169
31.	Una fundación funeraria (Inscripción).....	172

CAPÍTULO V.—La esclavitud.

	<u>Páginas</u>
1. Esclavitud primitiva.....	175
2. Opinión de Aristóteles acerca de la esclavitud..	177
3. Orígenes de la esclavitud.....	178
4. Venta de esclavos (Luciano).....	179
5. Precio de los esclavos (Wallon).....	181
6. Procedencia de los esclavos.....	183
7. Número de los esclavos (Wallon).....	184
8. Condición del esclavo.....	185
9. Carácter del esclavo (Wallon).....	188
10. Esclavos públicos (Caillemer).....	190
11. Esclavos fugitivos.....	191
12. Sublevaciones de esclavos (Nimfodoro).....	193
13. La emancipación (Caillemer y Foucart).....	194
14. Acta de emancipación (Inscripción).....	196
15. Otra acta de emancipación (Inscripción).....	197

CAPÍTULO VI.—El trabajo y la riqueza.

1. Opinión de los griegos acerca del trabajo (Caillemer).....	199
2. Elogio de la agricultura (Jenofonte).....	203
3. La servidumbre.....	204
4. Contrato de arrendamiento (Inscripción).....	206
5. Los pequeños propietarios.....	207
6. Los propietarios ricos.....	209
7. Producciones del suelo.....	211
8. Producciones del ganado.....	213
9. La industria en Grecia.....	216
10. División del trabajo industrial (Jenofonte).....	217

11. Organización del trabajo industrial (Büchsen- schütz, Brants, Caillemér).....	218
12. Las minas.....	221
13. El comercio en Grecia.....	222
14. El mercado de las ciudades griegas (Caillemér).....	223
15. Costumbres de los vendedores (Platón).....	225
16. Ferias (Inscripción).....	225
17. Legislación mercantil.....	226
18. La política de Atenas y el comercio del trigo (Guiraud).....	227
19. El comercio del dinero.....	228
20. El banquero Pasion (Isócrates, Demóstenes, Pe- rrot).....	231
21. Una ciudad rica de la Magna Grecia (Lenormant).....	238
22. La riqueza en Atenas (Böckh).....	239
23. Enumeración de algunas fortunas atenienses (Iseo, Eschine, Demóstenes).....	241
24. El socialismo.....	242

## CAPÍTULO VII.—La vida social.

1. La vida al aire libre en Atenas (Barthélemy)...	245
2. Tipos de la calle (Pottier).....	247
3. Detalles de costumbres (Teofrasto).....	248
4. Genio sociable de los atenienses (P. Girard)...	250
5. Una invitación (Platón).....	252
6. Círculos.....	253
7. Sociedades de auxilios mutuos (Wescher).....	254
8. Algunos juegos griegos (Becq de Fouquières)...	255
9. El cottabos (Rayet y Collignon).....	258
10. Riña de gallos (Saglio).....	259
11. Danza (A. Croiset).....	260
12. Música vocal e instrumental (A. Croiset).....	263
13. La música en Esparta (Plutarco).....	267

14. Las peluquerías (Rayet).....	269
15. Una disputa entre jóvenes (Demóstenes).....	270
16. La caza (Barthélemy).....	271
17. Los viajes.....	273
18. La hospitalidad (Homero).....	274

CAPITULO VIII.—La religión.

1. Origen de los dioses griegos (Fustel de Coulanges).....	278
2. Los dioses semejantes a los hombres (Maury)...	278
3. Descubrimiento del mito de Apolo (Decharme).	280
4. Caracteres de la religión en Grecia (Dumont)...	283
5. Los dioses de la ciudad (Fustel de Coulanges)..	289
6. El templo de Zeus en Olimpia (Laloux y Monceaux).....	293
7. Los sacerdotes.....	295
8. Falta de clero (J. Martha).....	297
9. El ritual (Fustel de Coulanges).....	298
10. Presencia de las prácticas religiosas (Plutarco)..	300
11. El culto en la época homérica (Maury).....	302
12. Descripción de un sacrificio (Eurípides).....	305
13. Ceremonia expiatoria (Sófocles).....	306
14. Abundancia de los sacrificios (Inscripción, Caillemer).....	307
15. Ofrendas a los dioses (Homolle).....	308
16. Una fundación piadosa (Jenofonte).....	312
17. Rentas del templo de Delos (por el año 180 antes de Jesucristo) (Homolle).....	313
18. Los ex-votos de Delos (Diehl).....	314
19. Deudores del templo de Delos (Inscripción)....	316
20. Administración de los bienes de Apolo Delio (Homolle).....	317
21. La oración (Schömann).....	318

	Páginas
22. Las Panateneas (Curtius).....	320
23. La procesión de las Panateneas (Taine).....	321
24. La fiesta de las Antesterias en Atenas (Fivel, Lenormant).....	234
25. Representaciones dramáticas (Gow).....	327
26. La peregrinación de Olimpia (Laloux y Mon- ceaux).....	333
27. Los juegos de Olimpia (Laloux y Monceaux)....	328
28. Creencia de los griegos en lo sobrenatural (E. Havet). ....	348
29. Un ateniense supersticioso (Teofrasto).....	349
30. El oráculo de Delfos (Bouché-Leclercq).....	351
31. Preguntas hechas al oráculo de Dodona (Inscri- pciones).....	354
32. Oráculo de Trofonios en Lebadea (Bouché-Le- clercq).....	355
33. Los misterios de Eleusis (Decharme).....	358

### CAPITULO IX.—El gobierno.

1. Fundación de las ciudades (Fustel de Coulanges)	363
2. Pequeñez de los Estados griegos (Taine, Platón, Aristóteles).....	366
3. Espíritu municipal (Fustel de Coulanges).....	367
4. Las clases sociales'.....	369
5. Los no-ciudadanos de Atenas.....	374
6. Concesión del derecho de ciudadanía (Inscri- ción).....	375
7. Persecuciones contra un falso ciudadano (Lisias)	376
8. Revisión de las listas ciudadanas (Demóstenes).	377
9. El ciudadano.....	378
10. Sujeción del ciudadano al Estado (Fustel de Cou- langes).....	379
11. Las comidas públicas en Esparta (Plutarco).....	382

12.	Los demos y las tribus .....	384
13.	Amor a la libertad (Eurípides).....	386
14.	Obligación del ciudadano de defender las instituciones nacionales (Andocides).....	387
15.	Preferencia dada en el gobierno a la clase media (Eurípides, Aristóteles).....	388
16.	Las instituciones democráticas.....	388
17.	La Asamblea ateniense, según los poetas cómicos (Couat).....	390
18.	Una sesión de la Asamblea ateniense (Eurípides)	393
19.	Reunión extraordinaria de la Asamblea (Demóstenes).....	395
20.	Un hombre de estado en el siglo v: Pericles (Tucídides).....	396
21.	Un personaje político del siglo iv: Hipérides (J. Girard).....	397
22.	Defectos de la democracia ateniense (Isócrates).	400
23.	El Senado en Esparta.....	401
24.	La Asamblea popular en Esparta.....	402
25.	La realeza en Esparta.....	403
26.	Los éforos.....	405
27.	Luchas de los partidos en Grecia (Tucídides)...	406
28.	Matanzas en Corcira (425 años antes de Jesucristo) (Tucídides).....	408
29.	Un tirano griego del siglo II antes de Jesucristo (Polibio).....	409

CAPÍTULO X.—La justicia.

1.	El derecho de venganza privada.....	411
2.	La justicia aristocrática.....	413
3.	Jurados populares.....	414
4.	Falta de ministerio fiscal.....	416
5.	Los sicofantes (Aristófanes).....	417

	<u>Páginas</u>
6. El tormento.....	419
7. Los logógrafos (Perrot).....	420
8. Juramento de los heliastas.....	421
9. El jurado ateniense, según Aristófanes (Couat).	422
10. El jurado ateniense, según los oradores.....	423
11. Una audiencia de los heliastas.....	425
12. Un embargo (Demóstenes).....	427
13. El castigo del asesinato ... ..	429
14. Las penas (Thonissen).....	430
15. La muerte por la cicuta (Platón).....	431
16. Los procesos políticos.....	432
17. El proceso de la Corona (Dareste).....	433

#### CAPITULO XI. -Los impuestos.

1. Sistema contributivo de los griegos.....	435
2. Impuesto sobre el capital (Guiraud).....	436
3. Impuestos directos en Atenas (Gilbert).....	438
4. Ingresos diversos.....	439
5. Exención de impuestos en Cízico (Inscripción)...	440
6. Suscripción nacional (Inscripción).....	440
7. Empréstitos de Estados (Inscripciones).....	441
8. Recursos financieros (Pseudo-Aristóteles).....	442
9. Las liturgias (Schömann).....	443
10. La coregia (Krebs).....	445
11. Liberalidades de los ciudadanos para con el Es- tado (Lisias, Iseo).....	346

#### CAPITULO XII.—El Ejército y la Marina.

1. El patriotismo (Fustel de Coulanges).....	449
2. Obligación de los ciudadanos de defender la pa- tria (Licurgo).....	451



3.	Canto de guerra del siglo VII antes de Jesucristo (Tirteo).....	452
4.	El armamento en la época homérica (Perrot)....	453
5.	Combate homérico (Homero).....	455
6.	Reclutamiento (Hauvette).....	456
7.	Abusos en el reclutamiento, según Aristóteles (Couat).....	460
8.	Los mercenarios (Isócrates).....	461
9.	Las diferentes armas (Pascal).....	462
10.	El mando en Esparta.....	465
11.	El mando en Atenas.....	466
12.	Un jefe de mercenarios (Jenofonte).....	468
13.	El sueldo de las tropas (A. Martín).....	470
14.	El orden de marcha (Pascal).....	471
15.	Táctica de combate (Pascal).....	472
16.	Batalla de Maratón (Herodoto).....	475
17.	Batalla de Mantinea en el año 418 (Tucídides)..	476
18.	Fortificación (de Rochas d'Aiglun).....	478
19.	Sitio de Platea (428-421) (Tucídides).....	481
20.	La trirreme (Cartault).....	483
21.	La tripulación.....	485
22.	La trierargia (Dürbach).....	486
23.	El trierarca en la nave (Cartault).....	487
24.	El Pireo y la flota ateniense.....	489
25.	Batalla de Salamina (Esquilo).....	491
26.	Honores tributados a los ciudadanos muertos por la patria (Tucídides).....	493

CAPITULO XIII.—Las relaciones internacionales.

1.	Sentencia de arbitraje entre dos ciudades (416 años antes de Jesucristo) (Inscripción)....	497
2.	Paz de Nicias (421 años antes de Jesucristo) (Tucídides).....	498

	Páginas
3. Antiguo tratado de alianza (Inscripción).....	499
4. Tratados de alianza y comercio entre Macedonia y Calcis (entre el 389 y el 383 antes de Jesu- cristo (Inscripción).....	500
5. Concesión de un monopolio comercial (Inscri- ción).....	500
6. Derecho de represalias en Grecia (Dareste)....	501
7. Convenio monetario (Lenormant).....	504
8. Los proxenos (Newton).....	505
9. La colonización griega de los siglos VIII y VII..	506
10. Las colonias atenienses del siglo V y del siglo IV (Foucart).....	508
11. Anficciónía de Delfos (Foucart).....	510
12. La primera confederación ateniense.....	511
13. La liga aquea.....	513

#### CAPITULO XIV. —Arte griego.

1. Descubrimientos arqueológicos en Atenas (Diehl) .....	515
2. Una excavación en Grecia (Delos) (Homolle)....	521
3. Aspecto general de un templo griego (Taine)...	525
4. Estructura del Partenón (según Boutmy).....	528
5. La policromía arquitectónica (Laloux).....	538
6. Los comienzos de la escuela griega (Perrot)....	541
7. Las estátuas pintadas de la acrópolis de Atenas (según Collignon).....	544
8. Fidias (según Collignon).....	547
9. Una metopa de Olimpia (Rayet).....	555
10. Los mármoles de Pérgamo (Rayet).....	558
11. La pintura griega (P. Girard).....	563
12. Polignoto (P. Girard).....	567
13. Fabricación de los vasos pintados (Rayet y Co- llignon).....	572

	Páginas
14. Una pintura de vaso (Rayet).....	577
15. Fabricación de los barro cocidos (Pottier).....	580
16. Las figuritas de Tanagra (Pottier).....	585
17. Orfebrería miceniana (según Perrot).....	590
18. Los vasos de oro de Vafio (d'après Perrot).....	595
19. El cofre de Cypselos (Pausanias).....	600
20. Objetos de orfebrería encontrados en el Bósforo cimeriano (Rayet).....	602
21. Los grabadores de monedas (Fr. Lenormant)...	610
22. Himno a Apolo (según Th. Reinach).....	613









